REVISTA DE ARTES Y LETRAS

REVISTA

DE

ARTES Y LETRAS

TOMO XIII

SANTIAGO DE CHILE
OFICINA: CALLE DE HUÉRFANOS, NÚM. 64-A
—
1888

RECUERDOS DE GRANADA

(Conferencia dada en el Círculo Católico de Santiago el 27 de julio del presente año)

"¡Salve, ciudad del sol, Granada bella,
amor de Boabdil, huerto florido,
que entre nieves estériles descuella,
taza de nardos, de palomas nido,
diamante puro que sin luz destella,
Edén entre peñascos escondido,
ilusión de esperanza, sueño de oro
que halaga aún el corazón del moro!"

(ZORRILLA)

I

SEÑORAS, SEÑORES:

Siempre ha sido alto honor y codiciada honra el presentarse ante un público cualquiera, y el solicitar la atención y la indulgencia de un auditorio; y ¡cuán grande no será ese honor para mí ahora que alzo por primera vez mi voz en este recinto, y que diviso en torno de esta hermosísima sala al auditorio más selecto y distinguido que pudiera elegirse dentro de la sociedad en que vivimos!

Los honorables directores de este Círculo han tenido la bondad de pedir mi cooperación en el ramo de las conferencias públicas, que dan á aquél tanto lustre y tanta vida, y, á pesar de mi insuficiencia bien conocida para ellos, no me era posible rechazar invitación tan espontánea y bondadosa. Sírvanme, pues, señores, de bastante excusa para presentarme ante vosotros la voluntad y los deseos de los directores, y la benevolencia de vosotros mismos que habéis demostrado en repetidas ocasiones.

II

No es mi ánimo desarrollar en estos momentos ninguno de los temas que de ordinario han ocupado la atención de los diversos oradores en este mismo sitio. No es mi ánimo profundizar ninguno de los problemas filosóficos ó sociales que preocupan á las gentes interesadas en el estudio desmenuzado de la verdad. Y no lo es tampoco ofreceros un trabajo puramente literario ó estético, como quizás lo habría hecho, á no conocer los deseos de los directores, que son los que me sirven de guía.

Muchos más modestos son mis propósitos; mucho más fácil que todo eso mi cometido, porque solamente me propongo narraros lo que he visto, comunicaros algunas impresiones que en el curso de mi vida he recibido, traduciros al lenguaje lo que ha sentido mi alma en pasadas ocasiones, lo que ha pensado mi inteligencia y lo que que ha soñado mi fantasía cuando mi vida no era otra cosa que una linterna mágica en que se sucedían las imágenes unas tras otras, y en que el cuadro de ayer era totalmente diverso del cuadro del día siguiente.

Muy conocida es, señores, la simpática estrofa del poeta español:

¡Feliz el que nunca ha visto
más río que el de su patria,
y duerme anciano á la sombra
do pequeñuelo jugaba!

Pero yo creo, sin embargo, que hay una época en la vida en que el hombre experimenta imprescindible nececidad de salir del estrecho círculo de su hogar, de su familia y hasta de su patria.

Yo creo que no le bastan ni el valle florido, ni el campanario de la aldea que le vieron nacer, ni el río á cuyas orillas contemplaba deslizarse las aguas, ni los añosos árboles que le prestaban sombra en los dulces y juguetones días de la infancia.

Necesita, por el contrario, ver con sus propios ojos lo que se oculta tras las nieves de sus elevadas montañas, y lo que esconde ó separa de sus playas ese mar inconmensurable, retrato de lo infinito.

Yo creo antes bien, señores, que nuestro mundo es estrecho para la ambición desapoderada del alma, y que ella nunca encuentra horizontes en que pueda contenerse, ni cadenas que la aprisionen, ni límites que la detengan ó arredren.

Pero de esa necesidad vehemente, de ese impulso poderoso que el hombre experimenta en los primeros años, á la felicidad de que habla el poeta, hay mucha distancia, y quién sabe si no sea verdad que más feliz es quien menos ha visto y quien menos curiosidad experimenta por lo nuevo ó por lo lejano.

Así como la fortuna es incierta y veleidosa, así también es la felicidad quimérica y engañadora; y es tan

difícil encontrarla para el que la busca dentro de los estrechos límites de una comarca reducida, como el que se lanza á buscarla en las más apartadas regiones del orbe. La vida, al fin y al cabo, no es más que un viaje; todos los hombres seguimos una senda más ó menos estrecha, pero siempre esa senda es dificultosa, y tropezamos en ella con los mismos escollos.

Cualquiera que sea la extensión del camino que recorremos, cualesquiera las tendencias ó las ambiciones, vosotros lo sabéis tan bien como yo, no es aquí, en esta deleznable vida, en donde pueda encontrarse la completa felicidad que tanto anhelamos.

Yo puedo declararos con toda la sinceridad de mi alma que si hay algo grato para el viajero, si hay algo que pueda compensarle la pena sorda y continua de las fatigosas jornadas de la vida errante, ello es la esperanza de volver un día á su patria; porque la patria está grabada siempre en lo más íntimo del corazón, y ni la hermosura de los sitios presentes, ni los encantos del momento que embriagan á veces, ni los atractivos sin cuento que tanto seducen, nada, nada alcanza á apagar el fuego sagrado de los recuerdos queridos de la patria.

Al abrir la primera hoja del diario de mis viajes, de ese libro íntimo que había de encerrar tantas y tan variadas impresiones, estampé la siguiente frase de la ilustre escritora francesa, Mad. Craven, que me pareció verdadera entonces, y que ahora juzgo extraordinariamente verdadera: "Sólo es dulce vagar por el mundo cuando se ve constantemente en la imaginación y en el espíritu el sitio en que se ha de reposar más tarde, y donde va á deponerse el tesoro de los recuerdos recogidos."

Y ¡cuán dulce no será para mí, señores, vuelto ya al querido lugar de mi reposo, y respirando el benéfico ambiente de mi patria, confiaros á vosotros una parte siquiera del tesoro de mis recuerdos!

Acompañadme, pues, señores, en esta excursión por el pasado; juntad vuestra imaginación á la mía; avivad vuestros recuerdos, los unos; vuestros instintos poéticos ó vuestra legítima curiosidad, los otros; y así todos unidos por el lazo común de simpatía con que la poesía y el sentimiento estrechan á las almas capaces de gozar y sentir, remontaremos el vuelo esta noche á una lejana comarca, cuya lozanía no se ha disipado aún de mi vista, y cuyos ecos melancólicos no dejan aún de resonar en mis oídos.

III

Me escasean, en verdad, las palabras para describiros á Granada, porque es corto y deficiente el lenguaje que poseo, y muy torpe mi fantasía, cuando se trata de pintar un cuadro que exige los más vivos colores de la humana palabra. Menester es tener la fantasía ardiente y soñadora de los árabes, y la estupenda habilidad de sus artífices para reproducir pálidamente siquiera tantos primores y tantas maravillas.

Al á, en medio de fertilísimo valle, donde crecen los naranjos, los limones, los mirtos y los laureles; donde engalanados jardines se recuestan sobre la llanura, y los viñedos la ciñen como guirnaldas; á los pies de los erizados picos de la Sierra Nevada, cuyas eternas nieves coronan siempre las empinadas crestas, allá reposa en dulce somnolencia Granada, la Sultana. El Genil y el

Darro, y mil otros arroyuelos que se desprenden bulliciosos de la sierra, bañan sus plantas, para continuar serpenteando como hilos de plata entre la verde alfombra de la Vega.

La Granada de hoy es la mezcla más abigarrada de dos civilizaciones. Abraza dentro de sus muros la síntesis de la dominación arábiga de Occidente, y el albor y lustre de la dominación de los reyes de nuestra querida España.

Al lado de la iglesia y del claustro á nuestra religión católica consagrados, álzase soberbia todavía la morisca mezquita; pero si resuenan en el aire los tañidos de la campana que convocan al pueblo á la oración de Jesucristo, desiertos están los almenares de las mezquitas, y no se escucha ya la voz sonora del muzlim que gritaba tres veces al día desde sus balcones: ¡Allah, Allah, sólo Dios es grande!

Frente á la gótica portada que puso fin á la arquitectura ojival de la Edad Media, y que daba paso á los nobilísimos señores castellanos, hállase aún el arco en forma de herradura, y el agiméz de mil tallados, é inscripciones casi geroglíficas, y en fin, la hermosísima estructura que sólo los árabes han sido capaces de idear con sus fantásticos ingenios.

IV

Permitidme, señores, que aleje completamente de vuestra vista uno de estos dos cuadros, una de estas dos civilizaciones tan diversas, aquella que á nosotros mismos pertenece hoy porque, á Dios gracias, la hemos heredado de nuestros padres. Vosotros la conocéis dema-

siado, y de seguro que nada nuevo podría sobre ella deciros. De la otra, por el contrario, de la otra que yace desde siglos confundida entre los escombros de sus ruinas, ó que duerme el tranquilo sueño de los que ya se deslizaron para no volver más, de ella deseo hablaros, porque sé bien que no os ha de causar enfado el revolver conmigo esas preciosas cenizas, espaciándoos algunos instantes en tan vastísimo campo de la poesía y de la leyenda.

Nos sentaremos juntos sobre la piedra de ese cementerio; juntos evocaremos las sombras de sus muertos; y haciendo hablar á esos sitios y á esas murallas mudas y abandonadas, hemos de pensar tristemente cómo vuelan los años y los siglos, y cuán presto desaparecen los hombres, las generaciones y los reinos!

V

Al centro de la ciudad está la plaza de Bivarrambla. Es allí donde tenían lugar las fiestas árabes tan ensalzadas por el Romancero. Allí es donde Zaide festejó á las nobles damas de Granada. Cegríes, Gomeles, Abencerrajes, todas las tribus de los altivos moros reuníanse para sus fiestas y zambras. Unos jugaban á la sortija, tocaban otros las dulzainas, los añafiles y los atambores, ó corrían al són de los clarines y de cajas en sus briosos corceles andaluces llenos de cascabeles por el Zacatín y demás calles de Granada.

Todo era alegría entonces, todo música y eróticas canciones; hasta que encendidos los celos y los rencores de los caudillos, trocábanse las fiestas en torneos, las guzlas

en mortíferas lanzas, los cantos en gritos y alaridos, y el vino en sangre.

Si eran hermosas las fiestas de Granada, harto terribles eran á la vez sus combates. Varias tribus poderosas se disputaban la supremacía en la Alhambra, y al propio tiempo el corazón de las damas. Cegríes, Gomeles y Abencerrajes, eran acaso las principales entre esas tribus altaneras y ambiciosas, y abundan las leyendas que nos refieren sus odios y sus combates.

Es tan hermoso el desafío de Tarfe al moro Zaide en el antiguo romance morisco, que bien vale la pena de intercalarlo aquí:

Si tienes el corazón,
Zaide, como la arrogancia,
y á medida de las manos
dejas volar las palabras;
si en la vega escaramuzas
como entre las damas hablas,
y en el caballo revuelves
el cuerpo, como en las zambras;
si eres tan diestro en la guerra
como en pasear la plaza,
y cómo á fiestas te aplicas,
te aplicas á la batalla;
si como el galán ornato
usas la lucida malla,
y oyes el són de la trompa
como el són de la dulzaina;
si como en el regocijo
tiras gallardo las cañas,
en el campo al enemigo
le atropellas y maltratas;
si respondes en presencia
como en ausencia te alabas,
sal á ver si te defiendes
como en el Alhambra agravias.
Y si no osas salir solo,

como lo está el que te aguarda,
alguno de tus amigos
para que te ayuden saca.
Que los buenos caballeros,
no en palacio, ni entre damas,
se aprovechan de la lengua,
pues es do las manos callan;
pero aquí que hablan las manos,
ven, y verás cómo habla
el que delante del rey,
por su respeto callaba.
Esto el moro Tarfe escribe
con tanta cólera y rabia,
que donde pone la pluma
el delgado papel rasga.
Y llamando á un paje suyo,
le dijo: "Vete á la Alhambra
y en secreto al moro Zaide
da de mi parte esta carta;
y dirásle que le espero
donde las corrientes aguas
del cristalino Genil
al Generalife bañan."

VI

Dejando ahora la plaza de Bivarrambla, y los variados recuerdos que ella nos evoca, subamos por la cuesta de los Gomeles á la elevada colina que domina á la ciudad andaluza. Las torres encumbradas y los muros á cuyos cimientos azotan sin cesar las aguas del Genil y del Darro, se divisan desde muy lejos, y levántanse majestuosos en medio de la desolación y del abandono. He allí la *Alhambra*, llamada así por el color rojizo de sus muros y por la fortaleza que coronaba la cima.

Dejad que Zorrilla, el inspirado poeta de imaginación oriental, os hable en lugar mío, porque sus ardientes es-

trofas resonarán á vuestros oídos mucho mejor que mis frases pálidas y desaliñadas:

Salud, favorita bella, etc., etc.

VII

Estamos ya en el sagrado recinto de la Alhambra. Para penetrar en el regio alcázar se pasa por la puerta de las *Granadas*, erigida por Carlos V, cuando el emperador se complacía de habitar las antiguas mansiones de los muzlímicos sultanes. Un camino entre gigantescos árboles, adonde penetra muy poco el ardiente sol de Andalucía, conduce al alcázar, y sólo de trecho en trecho permiten las ramas divisar los roídos torreones que como centinelas se alzan en las murallas.

Llégase luego á la *Puerta de la Justicia*, que era el sitio donde, según la leyenda antigua, los reyes moros la administraban. Una inscripción nos dice: «Permita Allah que por esta puerta prospere la ley del Islam.» Una mano esculpida en la piedra representa con cada uno de sus dedos los cinco preceptos que el Corán ordena á los creyentes: la oración, el ayuno, la limosna, peregrinación á la Meca y guerra santa á los infieles. En las columnas del arco interior hay, por fin, otra inscripción con estas palabras: «No hay más Dios que Allah, y Mahoma es el enviado de Allah. ¡No hay poder ni fuerza fuera de Allah!»

Tal es la entrada al interior del alcázar, y os aseguro, señores, que al penetrar por esa espesísima torre, albergue hoy sólo de los lagartos que se arrastran entre las hierbas y el jaramago, yo creía divisar por todas partes

á los celosos guardianes del granadino emir, negra la tez, albas las túnicas y los turbantes, y relumbrosos los alfanges y las cimitarras. Pero todo estaba desierto. No había más ruido que el murmullo de los arroyos y el bullir cadencioso de los surtidores. El agua es imagen del del tiempo; corre, corre sin cesar, y ve deslizarse unas tras otras las edades.

Pasada la *Puerta del Vino*, mucho más pequeña que la de la Justicia, nos encontramos en la plaza de los Algibes, ó de las cisternas; pero ¡qué desagradable sorpresa! Allí en medio de las reliquias moras, tan escasas como preciadas, levántase aislado y como perplejo en su aislamiento, el palacio que en su real capricho se hiciera levantar Carlos V. Ese palacio del Renacimiento, severo é inconcluso, es un anacronismo en el arte, un anacronismo en la historia. Así el grande emperador lo había ya cometido en la mezquita de Córdoba, destrozando en uno y otro sitio parte de las maravillas arábigas para suplantarlas por masas informes de piedra.

Sobre un costado de la plaza de los Algibes está el alcázar sarraceno, y son tan bajos y pequeños sus muros, su arquitectura exterior tan insignificante, que nada hace presagiar al viajero el maravilloso tesoro que dentro de aquellas desnudas murallas se esconde para su deleite.

De esta suerte el que por primera vez entra por la estrecha puerta del alcázar, y se encuentra de súbito en el Patio de los Arrayanes, y entra en la torre de Comares, y luego avanza poco á poco, de sala en sala, de maravilla en maravilla, ¡ah! yo os lo aseguro, jamás ese viajero ha experimentado mayor deleite, porque allí se halla en el mundo fantástico de los sueños, en la encantadora región de las Mil y una noches.

VIII

Yo visité por primera vez la Alhambra en una noche de luna en primavera. Era en mayo, mes de las flores para aquellos países. La atmósfera estaba tibia y llena de regalados aromas. El palacio moro completamente solitario; sus murallas blancas, tapizadas de infinitas decoraciones y arabescos, se reflejaban admirablemente á la claridad de la luna sobre el agua purísima de la alberca que servía de baño á las sultanas. Brillaban los mármoles del piso, y relucían los azulejos pulidos de mil colores que cubren los zócalos de la sala y de los corredores. Al penetrar los rayos tenues de la luna por entre las aberturas de las claraboyas, parecían envueltas en misterioso velo esas bóvedas erizadas de agujas de oro, de carmín y de cielo, que, en infinita sucesión y con simetría estupenda, cuelgan como estalactitas de la gruta encantada donde moran las huríes del paraíso mahometano.

Los arabescos y las inscripciones figuraban por todas partes blancos encajes, ó colosal filigrana de plata trabajada por algún ciclópeo artífice. Las tenues columnas que sustentan los arcos con sus variados chapiteles, parecían de nácar del oriente, y de seguro que con ser tan ligeras y débiles no pesa sobre ellas el delicado encaje que soportan.

La Fuente de los Leones, al centro del vasto patio desierto y silencioso, era la única representación de vida en todo el palacio; pero más que de vida real se me antojaba mitológica. Habría querido preguntar á esos animales de mármol, por grotescos en su forma y míticos en su apariencia, qué escenas habían presenciado allí

qué espectáculos habían visto, cuando golpeaba el agua sobre su taza, cuando los perfumes brotaban de pebeteros de oro, y cuando reclinadas las esclavas sobre alcatifas persas distraían con laúdes y canciones el regio hastío de las sultanas.

¡Qué fácil es en tales momentos transportarse con la imaginación á aquellos tiempos! ¡Qué fácil es poblar las desiertas mansiones con los séres que en otra época las habitaron! Porque allí sin querer se evocan las sombras del pasado, y aparecen, como fantasmas, en silenciosa cohorte los reyes con sus odaliscas, los cautivos con sus negros guardianes de la Nubia africana.

Debajo de la torre de Comares está la gran Sala de Embajadores, y para entrar en ella atraviésase por un vestíbulo que encierra todos los primores del dibujo y de la caligrafía árabes. En ese vestíbulo, como en la sala misma, abundan de tal suerte las inscripciones y los ornamentos, que no hay el más pequeño espacio de muralla desnuda. No podían los mahometanos reproducir la figura humana, y de allí que se valiesen de la caligrafía y de los arabescos para sus decoraciones. Siempre sus letreros son citas simbólicas del Corán, ó bien saludos al visitante, ó alabanzas alegóricas á algunos de sus califas. En la Sala de Embajadores se ensalza á Yusuf, ó se pondera la pureza de las aguas de la fuente, ó la hermosura especial de cada uno de los nichos, que representan otros tantos genios de la belleza.

Uno de ellos dice: "Soy como el aderezo nupcial de una novia dotada de todas las perfecciones..." Otro, ensalzando al Califa:... "¡Oh, hijo de la grandeza, de la prudencia, de la sabiduría, del valor y de la liberalidad, que sobrepujas la altura de las estrellas en la región del

firmamento! Te has elevado al horizonte del imperio, así como el sol, para disipar las sombras de la opresión y la injusticia. Has defendido del soplo de la brisa á las más tiernas florecillas, y hecho temblar á las mismas estrellas en la bóveda del cielo...»

Continuemos, entretanto, nuestra rapidísima ojeada por el alcázar. De la Sala de Embajadores pasamos por corredores estrechos al *tocador*, *al peinador* y *al mirador de la reina.*

El mirador es una torre saliente de las murallas de la Alhambra, y desde sus balcones colgados sobre el abismo, se domina un espectáculo prodigioso; á los pies, Granada, con sus dos ríos que se despeñan casi en torbellino; á la espalda la imponente cadena de Sierra Nevada con los picos de Alpujarras, Veleta y Mulhacen, y todo en torno la fertilísima Vega, donde se destacan de entre jardines y verdes praderas, una que otra torre, resto todavía de las guerras entre moros y cristianos.

Y yo debo confesaros, señores, que muchas veces al encontrarme sobrecogido de admiración ante las obras portentosas de los hombres, que revelan su ingenio ó su pujanza, busco reposo para mi alma en la contemplación de las obras de Dios, que son tanto más portentosas todavía. Y cuando está cansada mi imaginación, ó fatigado mi cerebro, hallo descanso al contemplar la verdeante campiña, la mole nevada de la sierra, ó la inmensa bóveda azul del firmamento.

Tal me acontecía en la Alhambra, donde hay exceso de emociones para el espíritu y para la fantasía.

IX

Volviendo ahora al Patio de los Leones, á que da entrada al centro un elegantísimo templete sostenido por pequeñas columnas de mármol, estamos otra vez en la parte central del edificio, y tenemos al rededor tres de sus salas más importantes; la de las dos Hermanas, la del Tribunal, y la de los Abencerrajes. La primera es la perla de todo el alcázar, y se llama de las Hermanas por dos enormes planchas marmóreas que cubren el piso. Da entrada al mirador de Lindarraja, por cuyo agimez de dos pequeños arcos, se divisa un jardín que lo rodea y que exhala el aroma de los azahares Era allí donde habitaban Boabdil y Moraima, y donde consumían en goces el escaso tiempo que les restaba aún en su palacio, mientras venía desmoronándose el último reino de los moros, y avanzando á su vez las conquistas de los reyes castellanos.

En la sala que está al frente, tuvo lugar la carnicería de los últimos Abencerrajes, y de allí le vino su nombre. Terminó la tribu por la criminal traición de los Cegríes; cayeron junto á la fuente unas tras otras las cabezas de los Abencerrajes, y muestran todavía sobre los mármoles del piso la mancha no desvanecida de la sangre que corrió á ríos por los surtidores.

Sin quererlo me veo arrastrado, en fuerza de mi propio entusiasmo, á describiros algunos sitios del portentoso alcázar, y temo de veras haber abusado de vuestra paciencia.

Pero por lo poco que me habéis oído, y por todo lo demás que conocéis sobradamente de Granada y de su forta-

leza, podréis imaginaros sin duda cuán justificada era la codicia de los reyes castellanos de adquirir esa joya para engastarla en su corona.

Poco á poco, lucha tras lucha, denuedo tras denuedo, habían ido los reyes de Castilla arrebatando á los moros sus fortalezas y sus ciudades. El rey San Fernando había juntado á sus dominios el califado de Córdoba, sometido á Sevilla, y á la unión de Castilla y Aragón bajo el cetro de los reyes católicos quedaba únicamente Granada sustentando la media luna musulmana.

¡Cuál no sería entonces el deseo vehemente de Fernando é Isabel de arrojar á los árabes de ese último puesto, y unificar por fin el poderoso reino de España, por tantos siglos destrozado! Poderosos baluartes de la fe católica no podían permitir tampoco que por más tiempo imperasen en la Península las leyes de Mahoma, y que el estandarte de los infieles sarracenos continuase tremolando en la más bella de sus ciudades.

X

Reinaba á la sazón en Granada el moro Abul Hacén, soberbio guerrero que, sin respeto á las leyes pactadas por sus antepasados, perseguía á los cristianos y les atormentaba con sus crueldades. Despreciando á los reyes de Castilla, despidió á su embajador con este mensaje:

"Id, y decid á vuestros soberanos, que ya murieron los reyes de Granada que pagaban tributo á los cristianos, y que en Granada no se labra ya oro, sino alfanjes y hierros de lanza contra nuestros enemigos."

Con esto quedó declarada la guerra contra Castilla, y pronto Abul Hacén se apoderó de la fortaleza de Zaha-

ra que estaba en poder de los cristianos. Un viejo alfakí, testigo de la victoria, predijo entonces la ruina del imperio muslímico; y se lamentaba de esta manera:

"¡Ay, ay de Granada! Las ruinas de Zahara caerán sobre nuestras cabezas; plegue á Allah que yo mienta; pero el ánimo me da que el fin del imperio musulmán en España es ya llegado!"

Los reyes católicos y todos los nobles caballeros de su corte se aprestaron para la guerra; y en tanto la Alhambra era sólo presa de los deleites y de las intrigas del serrallo. Allí estaba la cautiva doña Isabel de Solís, sultana favorita de Abul Hacén, y conocida entre los árabes con el hermoso nombre de Zoraya, ó lucero de la mañana, por su belleza. Allí estaba la sultana Aija, que á pesar de su poderío no pudo contener la matanza de los Abencerrajes, sus amigos. Allí estaba también la hermosa Moraima, favorita de Boabdil, y todos, príncipes y vasallos, pensaban más en zambras y placeres, en intrigas y rivalidades que en mantener sus vidas y sus reinos.

Día por día minábase el poder de los moros, y amenazaba caer por un soplo desmoronado. El viejo Abul Hacén abdicó su trono, y lo dividieron entre Boabdil y Abdallah el Zagal. Continuaron las guerras, y después de las conquistas de Loja y Málaga, imposibilitada para mayor resistencia, hizo por fin Boabdil el Chico, la solemne entrega de Granada á los reyes católicos Fernando é Isabel.

Bajaba Boabdil y su séquito de las alturas del Alhambra, y encontrando á orillas del Genil al cardenal González de Mendoza, le dijo con acento lastimoso: "Id, señor, id en buena hora y ocupad esos mis alcázares en nombre de los poderosos reyes, á quienes Dios, que todo lo

puede, ha querido entregarlos por sus grandes merecimientos y por los pecados de los musulmanes.»

Continuó Boabdil su camino de humillación y vergüenza, y al encontrar á los reyes católicos que con numerosa hueste entraban en Granada, detuvo su caballo negro frente á los reyes, y con noble sumisión al entregar las llaves les dijo estas palabras:

«Tuyos somos, rey poderoso y ensalzado; estas son, señor, las llaves de este paraíso; esta ciudad y reino te entregamos, pues así lo quiere Allah, y confiamos en que usarás de tu triunfo con generosidad y con clemencia.»

Luego flameaba al viento en la torre de la Vela el estandarte de la Cruz y el pendón de los reyes de España; y los soldados del ejército y los caballeros del real séquito prorrumpían en unísono grito: «¡Granada por Fernando é Isabel!»

Entretanto los moros «tristes marchando, las trompas roncas, los tambores destemplados,» bajaban las colinas hacia el valle que no volverían á ver. Aija, Moraima, Zoraya, abandonaban tristes y silenciosas las regias mansiones de su alcázar, los encantos de sus embriagadores jardines, los voluptuosos nidos de sus dorados alhamíes; lo abandonaban todo, placeres, dichas, riquezas, para trocarlas en su destierro por las ardientes arenas del desierto africano.

Y perdida la esperanza
de jamás volver á vella,
con suspiros tristes dicen:
«¡Del cielo luciente estrella,
Granada bella,
mi llanto escucha, y duélate mi pena!»

Era ya la tarde, y los rayos del sol poniente prestaban

sus rosados tintes á la sierra de Elvira. Boabdil, rodeado de su melancólico séquito, de las mujeres del palacio, de los santones y los fakíes, se detuvo antes de llegar á la montaña de la sierra, para contemplar por última vez las torres de su ciudad querida y las murallas de su adorado alcázar. Tan grande fué la pena del rey proscrito, que al darles su último adiós, prorrumpió en llanto. Aija, su madre, siempre varonil y esforzada, le reprochó con estas palabras, que han quedado memorables en la historia: «Llora, hijo, como mujer lo que no has sabido guardar y defender como hombre.» Y desde entonces quedó aquel sitio con el nombre de «El suspiro del Moro.»

XI

Y ahora, señores, que dejo terminada la conquista de Granada por los Reyes Católicos, de veneranda memoria, menester es también que termine esta disertación tan larga, y con la cual tanto he abusado de vuestra benevolencia. Os he tratado de pintar á ligeros rasgos la decadencia y el fin de la dominación arábiga en España, y asimismo el fin de una civilización que, tan adelantada entonces, ha ya casi desaparecido de la faz del orbe. Deploremos las ruinas de los monumentos artísticos; pero ensalcemos una y mil veces á los heroicos esforzados reyes que lograron arrojar de España á los infieles sarracenos, suplantando la media luna de Mahoma por la sacrosanta cruz del Calvario.

RAFAEL ERRÁZURIZ URMENETA

VEO COMO ANTES...

Veo como antes florecer las rosas
y abrir su cáliz de brillante nieve
al fresco lirio; de amorosas aves
oigo los cantos.

¡Ah! Primavera, Primavera hermosa,
lumbres, fulgores, perfumadas auras,
gratos murmullos del jardín ¡radiante
Naturaleza!

Tú sóla guardas tu beldad; si pierdes
por un instante tu ufanía y galas,
en nueva pompa y majestad vestida
luego renaces.

Sólo las flores que en el alma brotan
gozo, alegría, inocencia, amores,
para no alzarse, por el polvo ruedan
mustias y secas.

ENRIQUE DEL SOLAR

1887

LLORABAS CONTEMPLANDO...

Llorabas contemplando
cómo la rosa pierde
sus hojas, que traidora
esparce el aura leve.

Y la memoria vino
súbita á sorprenderte
del tiempo, en que la vida
te daba sus placeres...

Sombra de negro luto
oscureció tu frente...
¡ay! que son los recuerdos
verdugos muy crueles.

ENRIQUE DEL SOLAR

1871

CONFORMIDAD

DE LA FÍSICA Y LA QUÍMICA CON LA FILOSOFÍA ESCOLÁSTICA

(Conclusión)

XVIII

Necesariamente debe existir un sistema que concuerde al mismo tiempo con la filosofía y las ciencias naturales. Sólo nos resta examinar el escolástico y si él es rechazado con verdaderas razones por alguna de estas ciencias debemos declarar que nos es enteramente desconocida la esencia de los cuerpos.

El sistema escolástico se presenta desde luego adornado de la unidad, el primero de los caracteres de la verdad: las doctrinas que enseñó Aristóteles, que sostuvieron los santos padres, son las mismas que enseñaron los escolásticos y que hoy sostienen los filósofos cristianos al contrario de lo que acontece á los demás sistemas.

Otro signo de su verdad es el hecho de ocupar el tér-

mino medio entre sus rivales, pues, reúne y concilia las verdades que ambos contienen y evita sus exageraciones; admite en los cuerpos la materia, pero no como su único principio, y así elude los absurdos del materialismo; y admite igualmente fuerzas, y no sólo mecánicas, sino también fuerzas plásticas que obedecen á fines determinados; pero ellas no forman la esencia de los cuerpos sino que residen en la materia como sujeto y se derivan de la misma esencia.

Expongamos las doctrinas escoláticas. Todos los cuerpos se componen de dos principios sustanciales incompletos: la materia prima y la forma sustancial; la primera constituye el elemento material que es indeterminado; le es indiferente existir en cualquier cuerpo, pero forma parte de todos ellos; carece de toda propiedad, por lo que no puede existir por sí sólo y al mismo tiempo es la raíz y fundamento de todas las propiedades generales de los cuerpos, de las que hacen que ellos sean cuerpos; la forma sustancial es el principio de actividad que obliga á la materia á salir de su indeterminación y formar un cuerpo real, cuya naturaleza depende de la forma, de la cual emanan todas las fuerzas y propiedades particulares de cada cuerpo.

Numerosas razones exigen la existencia de ambos principios. Todo sér finito se compone de potencia y acto; sólo Dios es acto puro; en los séres corporales la materia es la potencia; en la materia prima de cualquier cuerpo están en potencia todos los demás; la materia que la tierra contiene puede convertirse en vegetales y animales sinnúmero y nadie juzga que estos posean la misma sustancia de aquélla; es la forma sustancial de estos séres la que convierte la potencia en acto y obliga á esta

materia que puede ser cualquier cuerpo á ser un árbol ó un animal determinado.

Los cuerpos todos son unos en cuanto á cuerpo; pero cada individuo posee un sér distinto de todos los demás; por lo tanto, es preciso admitir un principio común á todos ellos que haga que todos sean cuerpos, é igualmente es necesario que cada uno posea un principio de individualización que lo distinga de todos los demás; al primero lo denominan los escolásticos materia prima; y al segundo, forma sustancial.

Con mayor claridad manifiestan esta doble composición de los cuerpos los cambios sustanciales: algunos filósofos han negado su existencia, pero el sentido común no permite ponerla en duda; todos los días vemos producirse nuevas sustancias, nacer animales y plantas que antes no existían: de la tierra se forma la sustancia de las plantas, de éstas se alimentan los animales, que á su turno se convierten en polvo. Admitida esta verdad, es evidente que en los cuerpos existen dos principios: uno inalterable que es el sujeto de los cambios sustanciales, y el otro que varía al producirse los nuevos séres. Si el primero no existiese, si en el cambio no permaneciese algo común al cuerpo destruído y al que recibe el sér, se habría operado una creación; toda la sustancia, todo el sér del nuevo cuerpo habría empezado á existir sin que nada preexistiese: si, al contrario, nada se muda, no habría cambio en los cambios sustanciales; serían idénticos y poseerían la misma sustancia los séres que nacen con los que dejan de existir. El principio inalterable que es la materia prima, puede poseer las propiedades de todos los cuerpos; pero requiere para producir uno determinado que se una

al principio variable, á la forma sustancial que á dicho cuerpo corresponde.

Poco tenemos que agregar para dar á conocer cómo este sistema explica la diversidad sustancial de todos los séres. Para los atomistas no existen otras sustancias que las de los átomos; para los dinamistas, el absoluto es el único sér que reúne en sí todo el universo; sólo el sistema de Aristóteles, reconociendo á cada cuerpo una forma sustancial que le es propia, le concede un sér y una sustancia que es independiente de todas las demás: un árbol es formado por los elementos de la tierra, el agua y el aire, pero todas estas sustancias desaparecen, se destruyen al formarlo y dan al sér una nueva sustancia independiente de las que la produjeron.

Las propiedades de los cuerpos pertenecen á todo el compuesto, á la unión de la materia con la forma; pero unas le convienen en virtud de la materia y otras en virtud de la forma; en aquélla tienen su raíz las propiedades pasivas que hacen á los cuerpos capaces de sufrir la acción de los demás; propiedades que á todos son comunes, porque también lo es la materia prima. Todo sér que tenga materia debe necesariamente poseer partes colocadas fuera de las partes y ocupar lugar en el espacio; por esta causa los cuerpos son extensos. Por la forma poseen los cuerpos las propiedades peculiares á cada uno y la actividad que los anima, y á ella deben la unidad que todos conservan á pesar de la dispersión de las partes.

El modo imperfecto que la materia posee de existir y que constituye la extensión, se deriva necesariamente de la imperfección de su naturaleza. El modo de existir de

un cuerpo guarda relación con su esencia, y ninguna es más imperfecta que la materia prima que constituye la oposición más completa con el Sér Supremo: la nada, que es su contrario, no existe; la materia prima, que es pura receptibilidad y no posee propiedad ni acción alguna, es la esencia que más se acerca á la nada, y, por consiguiente, la más opuesta á Dios: su modo de existir debe ser también el más imperfecto, el más opuesto al modo de ser de Dios. El primer atributo del Sér Supremo es la unidad; por ella carece absolutamente de partes; es uno por esencia y su indiviso sér está todo presente en todo lugar. Los espíritus, séres purísimos desprovistos de toda materia, son las creaturas que más se asemejan á Dios y participan en alto grado de su unidad; carecen de partes y no ocupan lugar en el espacio; pero su acción no es infinita, porque no son absolutamente simples; están compuestos de potencia y acto, de esencia y existencia. La materia prima, el último de los séres, comunica á los cuerpos el modo de existir, el más imperfecto, el más opuesto á la unidad, y por esta causa poseen partes físicas que existen unas fuera de otras, y su acción está limitada por el espacio que los encierra. No poseen los cuerpos otra unidad que la que el concepto de sér exige, la que es necesaria para que una criatura pueda existir, lo que hace que sus innumerables partes formen un solo cuerpo. Todo sér que contenga materia prima es extenso, llena el espacio y no permite en él á los demás cuerpos; y si esta propiedad no puede separarse de ellos é hizo creer á Descartes que ella forma su esencia, es solamente porque se deriva de la materia prima, uno de sus principios esenciales.

Igualmente, el sistema escolástico es el único que

resuelve el difícil problema de la divisibilidad de los cuerpos.

La extensión, indudablemente, es divisible hasta el infinito; siempre podrá existir una cantidad menor que la más pequeña que podamos imaginar; pero no se puede admitir igual propiedad en los cuerpos: existen en ellos necesariamente unas últimas porciones que no es posible dividir si no queremos admitir un número infinito de partes, lo que implica contradicción. Se me objetará que los cuerpos pueden componerse de un número indefinido de partes, que esto no es absurdo; pero las partes existen actualmente en el todo antes de la división; no son producidas por ella, y su número, en lugar de ser indefinido, sería infinito. Tenemos, pues, que admitir en los cuerpos partículas indivisibles. El atomismo así lo sostiene; sus átomos no pueden dividirse; pero no ha sido capaz de dar á conocer la causa de esta propiedad que ni al mismo Dios permite dividirlos. Sólo el sistema escolástico puede explicarla.

Cada forma sustancial necesita una cantidad de materia sin la cual no puede existir; ella es quien pone límites á la divisibilidad de cada sustancia. El alma humana, forma sustancial del hombre, no puede estar unida á la materia que un grano de trigo encierra ni á toda la que un monte contiene: exige cierta cantidad mayor ó menor, pero siempre comprendida dentro de ciertos límites. Igual propiedad poseen las formas sustanciales de todos los animales y vegetales y á ella debe cada especie la figura y dimensiones que le son peculiares. Es cierto que estas figuras y dimensiones no son idénticas en todos los individuos de la misma especie; pero ello es debido á que, aunque las formas sustanciales sean idénticas, no lo son

las facultades que la adornan. Los animales y vegetales no están regidos en su formación únicamente por su forma, sino que reciben la acción de mil agentes exteriores que modifican sus facultades y producen la diversidad que vemos entre los individuos de la misma especie; por esta causa los animales salvajes y los pájaros ofrecen menos variedad de formas y colores que los animales y aves domésticos. Aquellos no reciben los cuidados y atenciones del hombre, que ejercen poderosa influencia en éstos; por esta misma causa el hombre que es el más perfecto de los séres corporales, el que está adornado de mayor número de facultades, es también el que ofrece mayor variedad de formas. Las plantas, que ocupan un grado muy inferior entre los séres, pues únicamente poseen facultades vegetativas, sólo reciben la acción del clima y del suelo, y siendo ambos elementos iguales, adquieren siempre igual desarrollo y formas idénticas. Y á medida que descendemos por la escala de los séres, disminuyen las desigualdades entre los distintos individuos de una misma especie: los moluscos, los helechos y más aún los organismos microscópicos apenas si se diferencian entre sí.

Los cuerpos minerales son los últimos entre las criaturas, y sus formas sustanciales las más imperfectas. Todas sus propiedades se reducen á conservar determinados movimientos: ellos no crecen ni se reproducen; no pueden, por consiguiente, recibir influencias extrañas en su formación: todas las causas de las desigualdades entre los individuos de las demás especies desaparecen en ellos, y por consiguiente sus formas sustanciales exigen una cantidad de materia enteramente determinada: la unión de una forma sustancial mineral con esta cantidad

de materia que su naturaleza exige forma el átomo, que es indivisible porque su forma no puede existir unida á una menor cantidad de ella. Ni Dios puede dividirlo porque no puede alterar la naturaleza de los séres.

De igual modo, como un hombre no puede ser partido en dos hombres sino que, por la division perece y su cuerpo se destruye, un átomo no puede dividirse en dos porciones sin que su sustancia deje de existir: pero hay una notable diferencia en ambos casos: siempre existe una forma sustancial más elemental que la del hombre, y aunque él no puede dividirse en dos individuos de su especie, puede sin embargo ser partido, y entonces su materia, uniéndose á una forma más elemental, da origen á otra sustancia de un orden inferior; pero si no existe forma alguna más simple que la del átomo que queremos dividir, será imposible partirlo, pues se produciría únicamente la aniquilación de la materia. Pongamos un ejemplo para aclarar estas ideas: cuando cortamos la cabeza de un animal destruímos su sustancia, y la materia prima que contiene, uniéndose á una forma más elemental, se convertirá en cadáver; y si valiéndonos de los medios que la química posee dividimos el cadáver, podremos obtener innumerables sustancias que se producen necesariamente al destruirse las anteriores y cada una será más simple que la que se destruyó para darle el sér: así obtendremos, verbigracia, carbonato de cal, cuyas moléculas aún pueden dividirse; pues existen formas más elementales, y cuando privamos á la forma sustancial de este carbonato de la cantidad de materia que su esencia exige para existir, se producirán ácido carbónico y cal, sustancias que á su turno dan el sér, al destruirse, á la sustancia de calcio, oxígeno y carbón, cuyos átomos son ya

absolutamente indivisibles, puesto que al separarse la materia prima de estas formas no encontrará ninguna más simple con que unirse; y como no puede existir separada de toda forma, se aniquilaría en el mismo instante en que se dividiesen estos átomos, si les quitan parte de la materia que su naturaleza exige. Por esto los átomos más elementales que existen son indivisibles.

No se deduzca que los átomos poseen en el interior de los cuerpos existencia propia y estén independientes uno de otro; pues desaparecería la unidad de los séres corporales y caeríamos en todos los absurdos del atomismo. Ninguna de las enseñanzas de las ciencias exige que los átomos existan separados uno de otro; al contrario, casi todos los naturalistas son hoy partidarios de la continuidad de la materia, y cuando en el lenguaje científico hablan de átomos, sólo expresan la mínima porción que puede existir de una sustancia que, por ser enteramente determinada, se presta admirablemente para comparar sus pesos y fuerzas y determinar sus combinaciones; de igual modo que ordinariamente expresamos el peso y valor de los cuerpos con relación á la unidad de medida, sin que nadie por esto haya entendido que cada unidad tiene existencia independiente cuando decimos, verbigracia, que el pie de una madera vale ó pesa tal cantidad.

La materia tiende siempre á unirse á la más perfecta de las formas que puede recibir, y cuando se ve obligada á abandonar una forma toma la inmediatamente inferior; siempre que se dividen los animales más perfectos no puede la materia conservar su forma sustancial, porque ella no puede existir unida á la mitad de los órganos de un cuerpo; pero á medida que descendemos en la escala de los séres, se hacen más indeterminadas las fun-

ciones de los órganos, de tal modo que todas las funciones de los últimos séres del reino animal pueden existir en una parte de su cuerpo, y en ellos la división no obliga á la materia á tomar otra forma más imperfecta: dividiendo los gusanos podemos formar varios séres de la misma especie. Como las plantas no poseen un sólo y determinado órgano para cada función, aumenta considerablemente en ellas esta divisibilidad, y pueden partirse en numerosas plantas, porque en una de sus ramas pueden existir todos los elementos de su vida; pero siempre tiene un límite esta división. Cuando una parte de la planta posee sólo la materia indispensable para que conserve su actividad; nuevas divisiones sólo destruirían su sustancia, convirtiéndola en madera inanimada. Las acciones de las sustancias minerales sólo consisten en movimientos, los cuales no necesitan órganos para ser efectuados; por esta causa, siempre que se divide una piedra mineral, todas sus partes conservan su sustancia hasta que se llegue al átomo, el cual es la menor porción que puede existir de una sustancia mineral y no tiene existencia ni forma sustancia propia antes de la división, sino que sólo es una parte de un todo continuo.

Ni el atomismo ni el dinamismo pueden explicar la distinción que existe entre los séres animados y los inanimados, ni entre los cuerpos y los espíritus; sólo las enseñanzas escolásticas son capaces de decirnos en qué consiste ella. Cuerpos son los séres compuestos de materia prima y forma sustancial, y los espíritus son formas purísimas desprovistas de toda materia: no es posible colocar sobre bases más científicas esta distinción. Entre los cuerpos, unos poseen vida y otros carecen de ella; porque las formas sustanciales, principio de toda su

acrividad, están adornadas en los diversos géneros, de facultades del todo diferentes, y sólo la actividad de algunas de ellas reúne los constitutivos de la vida. Vida es, según Santo Tomás, la existencia de los séres que obran y se mueven por sí mismos. «Dios es el sér vivo por excelencia; no vive esta vida común á todo lo viviente, que parte del interior para afuera, sino una vida que es de adentro y dentro se termina, que multiplica el número sin romper la unidad ni multiplicar la sustancia.» Dios es la vida misma y el autor de toda vida, que Él ha comunicado á la mayor parte de sus creaturas. Desde los ángeles, las más perfectas de todas ellas, hasta el último de los vegetales, todas poseen vida, puesto que aun éstos poseen en sí mismo el principio de su crecimiento y propagación. Sólo los minerales son inanimados; la actividad única de sus formas sustanciales consiste en determinar el movimiento que sus átomos han recibido; pero no tienen facultad de producir acción alguna sobre su propia sustancia: el imán puede comunicar el movimiento que sus átomos poseen al hierro dulce y obligarlo á moverse; pero no posee ninguna acción sobre su propio sér, ni puede modificar sus propios movimientos. Por esto los filósofos sensatos de todos los siglos han enseñado que la materia es inerte; el movimiento que la anima no es vida, sino signo de una vida que no reside en los cuerpos sino en quien les imprimió la fuerza que poseen: la actividad de un reloj no indica vida en él sino en aquel que lo construyó y en aquel que le dió cuerda.

Igualmente, sólo el sistema escolástico puede atribuir á los cuerpos la unidad que á todo sér corresponde; según el atomismo, en cada uno existen tantos séres cuantos son sus átomos, y para el dinamismo aquella unidad

es únicamente la de la *sustancia universal.* Es la forma sustancial la que rige todas las acciones de cada cuerpo, ordena sus diversas partes, las une entre sí y forma de todas ellas un solo sér; ella es la que conserva la identidad de los séres animados al través de los continuos cambios que la materia de que se forman experimenta; ella conserva la identidad de las especies al través de los siglos. El alma humana, forma sustancial del hombre, es una é invariable, y ella informa todo el cuerpo, da vida á todos los órganos, dirige todas sus operaciones y forma de los diversos miembros una sola sustancia, un solo sér que es el mismo que varios años antes era informado por la misma alma, á pesar de que todas las partículas de su cuerpo han variado.

En consecuencia, el sistema escolástico es el único conforme á la razón y capaz de explicar los numerosos problemas que se derivan de la ciencia de la materia, y si es cierto, como lo sostienen los naturalistas, que él está en pugna con la enseñanza de las ciencias naturales, que se opone á las demostraciones de la experiencia, preciso nos será declarar que es un misterio para el hombre la esencia de los cuerpos y dar ya por terminada esta larguísima disertación. Pero antes analicemos sus argumentos, veamos si es verdadera aquella afirmación.

XIX

La química rechazó las doctrinas de Aristóteles, porque éstas enseñan que las sustancias se destruyen para dar el sér á las nuevas sustancias y el principio fundamental de aquella ciencia afirma que nada perece y nada se crea en la naturaleza; los componentes se conservan ín-

tegros en el seno de sus combinaciones. Si Santo Tomás hubiera conocido la ciencia moderna, se habría visto obligado á sostener que el oxígeno y el hidrógeno dejaban de existir para dar el sér á una nueva sustancia enteramente diversa, denominada agua, y la química ha demostrado que ni el oxígeno ni el hidrógeno se destruyen, sino que sus átomos se unen para formar el agua y pueden quedar en libertad y existir nuevamente en su anterior estado apenas cualquiera causa descomponga el agua, destruya la combinación.

Los naturalistas, además, jamás han podido encontrar en los cuerpos ni indicios siquiera de la existencia de la materia prima ni de la forma sustancial, á pesar de los poderosísimos instrumentos que poseen. Los átomos forman el último elemento que el análisis manifiesta.

Examinemos con atención estas razones con que se rechaza el sistema escolástico.

Nosotros conocemos á los cuerpos por sus propiedades. La misma química nos enseña que no tenemos otro medio de distinguirlos unos de otros: para saber si en el agua existen oxígeno é hidrógeno, debiéramos, para proceder con lógica, averiguar si ella posee las propiedades de ambos cuerpos, y sabemos cuán distante está de poseerlas; por consiguiente, si las propiedades son las únicas que nos dan á conocer la naturaleza de los cuerpos, debemos afirmar que la experiencia enseña que en el agua no existen ni oxígeno ni hidrógeno sino una sustancia del todo diferente que recibió el sér de la destrucción de aquéllas.

La química, fundada en numerosos experimentos, nos enseña también que cada sustancia posee una cantidad de energía que corresponde á su naturaleza, y si en el agua

existiesen las materias de sus componentes, debería ella estar dotada de la suma de energía que á ambos corresponden; y es la misma química quien ha demostrado que las fuerzas del agua son inmensamente menores que las del oxígeno y del hidrógeno: luego, ó no existen en ella, ó están en un estado contrario á su naturaleza.

Sostener que en los compuestos permanece la sustancia de los componentes, porque al destruir la combinación aparecen éstos nuevamente, es fundarse en lo mismo que se trata de probar; pues la experiencia manifiesta, y los escolásticos así lo enseñan, que de igual modo que al destruirse la sustancia del oxígeno y del hidrógeno se produce la forma sustancial de agua, cuando éste sér se destruye, se engendran las sustancias de oxígeno y de hidrógeno. Hay siempre relación determinada entre las formas que la materia abandona y las que en su lugar recibe; cada una da origen á las mismas formas que le dieron el sér; así como, tomando en cuenta que los vegetales, por su mayor perfección, se producen de muy diferente manera, las semillas se destruyen al comunicar la vida á la sustancia del árbol, que á su turno engendra nuevas semillas, así el oxígeno y el hidrógeno se destruyen al dar el sér al agua, la que á su turno se convierte en la sustancia de oxígeno é hidrógeno. Si estas ideas pueden ofrecer alguna dificultad en los cuerpos minerales, ellas se imponen en la producción de los vegetales y animales. El sentido común atestigua que se destruyen y dejan de existir las sustancias qua los forman. ¿Quién podrá sostener que el árbol no es sustancia diferente de la tierra, del aire, del agua que lo han formado; que el hombre es sólo una reunión de los átomos que los alimentos le han cedido?

No tiene más sólida base el argumento que niega la existencia de los dos principios constitutivos de los cuerpos, porque jamás, ni con el auxilio de los más delicados instrumentos, ha sido posible observarlos. Á estos sabios les preguntaremos si con sus microscopios han encon- el éter, si han visto los movimientos que constituyen el calor y la luz. Si la materia y la forma fuesen miembros diversos de los cuerpos, podría tener algún valor dicho argumento; pero tratándose de principios metafísicos que no pueden existir el uno sin el otro y que es imposible observarlos separados, no merece refutación.

Pero no sólo sostenemos que no se opone el sistema escolástico á las ciencias naturales, sino también que éstas demuestran la existencia de la materia prima y la forma sustancial.

Los naturalistas han descubierto en los cuerpos propiedades que exigen un principio común á todos ellos. Los átomos de las diversas sustancias están ligados por tan estrechas relaciones, que han permitido sostener, con apariencias de razón, que todos están formados por agrupaciones diferentes de átomos de una materia única; sus pesos guardan las notabilísimas proporciones que dimos á conocer en la primera parte de esta disertación; sus propiedades varían y se reproducen á medida que varía el peso atómico. Las fuerzas de todos los séres corporales son de una sola naturaleza, y así la que impulsa á un rayo de luz puede convertirse en cualquiera de las fuerzas de cualquiera de los cuerpos animales, vegetales y minerales y puede producir todas las acciones de cada uno de ellos; y esta propiedad permitió á los panteístas apoyar con la experiencia su doctrina de la unidad sustancial del Universo. Pero ¿será permitido dedu-

cir de la igualdad de algunas acciones y cualidades de dos séres, no solamnnte la existencia de un principio común á ambos, sino también su identidad absoluta? Si una fuese la sustancia de todos los cuerpos, serían también unas todas y cada una de sus propiedades, como lo son las de dos barras del mismo metal.

De las relaciones que existen entre el peso atómico y las propiedades de todos los cuerpos y de la unidad de sus fuerzas, sólo podemos deducir que existe un principio material, común á todos los cuerpos que produzca la cantidad y el peso y sea el sujeto de las fuerzas; sólo podemos deducir la existencia de la materia prima.

Las ciencias naturales enseñan igualmente que todas las propiedades de los cuerpos son efectos del movimiento que á sus átomos anima; y si cada sustancia posee propiedades peculiares, es porque sus átomos ejecutan movimientos diferentes de todos los demás: el cobre no es hierro y no posee las propiedades de este metal, porque sus átomos vibran de diferente manera: no podemos convertir la plata en oro, porque no podemos alterar los movimientos que la naturaleza de la plata exige á sus átomos; esta es la única causa de la diferencia de las sustancias corporales que los sabios han podido encontrar. Pero ¿quién obliga á cada átomo á vibrar de un modo determinado? Quién rige las transformaciones que se operan en las fuerzas de los cuerpos? No están sometidas á las leyes mecánicas, que son unas é idénticas para todos los cuerpos, y estas transformaciones se operan de diferente manera en cada sustacia: cuando azotamos con una piel una placa de resina, nuestros movimientos se convierten en electricidad; si empleamos la misma fuerza en herir una campana, se transformará su sonido; haced

chocar contra las pidras un trozo de acero, y vuestros esfuerzos producirán calor; los rayos de sol, al caer sobre los cuerpos, los calientan; pero si chocan con una pila termoeléctrica, sólo darán origen á una corriente eléctrica. Mil y mil fenómenos pudiera enumerar que manifiestan que las mismas causas producen efectos diferentes en las diversas sustancias que por este medio se distinguen entre sí. Debe de existir en cada una un principio interno que determina los diferentes efectos que las mismas causas originan en ellos, un principio que rija las transformaciones del movimiento y que obligue á los átomos á ejecutar las vibraciones que correspondan á su sustancia. Este principio debe de ser sustancial; un fenómeno tiene muchas veces por causa otro fenómeno, y éste, otro; pero siempre habrá un último fenómeno cuya causa sea una sustancia, obra esclusiva del Sér Supremo, y mientras no la conozcamos no podemos decir que conocemos un efecto cualquiera; afirmar que la luz, el calor y demás propiedades de los cuerpos son efecto del movimiento de sus átomos, equivale á señalar como causa de estas líneas el movimiento de las manos; las vibraciones de los átomos tienen necesariamente una causa sustancial que, siendo de diferente especie en cada sustancia, produce sus diferentes movimientos, que á su turno dan el sér á todas las propiedades de los cuerpos.

La forma sustancial se impone á las ciencias naturales, ella es este principio que distingue á los séres materiales y reemplaza en todas sus acciones la actividad del artista que mueve y ordena los elementos que obran. El alma de los animales, su forma sustancial, es quien rige todas sus operaciones; ella hace latir el corazón; ella lleva, por medio de la sangre, la vida á todo el cuerpo; ella da

á los órganos la actividad que poseen; ella transforma la fuerza que reside en los átomos de la materia, en los movimientos que él mismo ejecuta; ella es, por fin, el hábil artista que de los alimentos consumidos forma el cuerpo. Los vegetales poseen menores facultades, su actividad es más limitada y es siempre su forma sustancial quien la rige y gobierna. Igualmente es la forma quien dirige todas las acciones de los minerales; ella impulsa al potasio á unirse con el oxígeno dondequiera que lo encuentre; ella mantiene unidos los átomos de las sustancias explosivas, á pesar de que siempre buscan la ocasión de separarse; ella hace que á la temperatura ordinaria, el ázoe sea gas, el mercurio líquido y el oro sólido; ella da al vidrio la facultad de permitir que las vibraciones luminosas lo atraviesen y al carbón el poder de impedirlo: cada una de las propiedades de cada cuerpo es debida á su forma sustancial.

El agua es la sustancia más conocida del universo y quizá la que posee propiedades menos enérgicas, y, sin embargo, su estudio es digno de ocupar la vida entera de un sabio. Todas las sustancias se comportan con ella de diferente manera; ella, á su vez, posee variadísimas acciones sobre cada una, y mil efectos diferentes produce sobre ella cada uno de los agentes naturales: disuelve á unos cuerpos produciendo frío; con otros se combina y desarrolla calor; el potasio y el sodio la descomponen; y ella, á su vez, descompone á algunos y fomenta las combinaciones de numerosos otros; oxida siempre al hierro; á la plata, sólo á elevada temperatura; al oro jamás. El calor produce en ella maravillosos efectos: cuando se congela, se producen los millones de pequeñísimos cristales de variadas figuras, que forman el hielo, y en el

estado líquido son muy diversas todas sus propiedades, se hace más útil al hombre y de más variada aplicación; en forma de vapor encierra en sus átomos inmensas fuerzas, regidas por numerosas leyes, cuyo conocimiento constituye la base de grandes adelantos. Un extenso y utilísimo volumen podría formarse de la enumeración de las propiedades conocidas del agua. Estas acciones revelan que los minerales obran obedeciendo á fines determinados, y sin un principio interno de actividad la materia por sí sola no podría poseer tales propiedades; es la forma sustancial del agua la que dirige sus acciones; ella, permitidnos este lenguaje, conoce admirablente todas las propiedades que le corresponden á su sustancia, y en cada instante obliga á los átomos á obrar conforme á su naturaleza, á manifestar sus propiedades, sin que en ninguna circunstancia equivoque ú olvide el modo de obrar que al agua corresponde.

Se nos acusará de atribuirle alma á los séres inanimados, y no rechazamos tal acusación si alma se denomina á todo principio interno de actividad; pero no por esto admitimos que los cuerpos tengan vida. Vimos poco há qué es vida; y la forma sustancial de los cuerpos, á pesar de toda la actividad que posee, no es capaz de obrar sobre sí misma, no puede producir acción sobre su propia sustancia; no posee, por tanto, vida. Sólo admitiendo estas doctrinas podemos comprender cómo la materia es inerte, como la mecánica lo demuestra, al mismo tiempo que está dotada de numerosas fuerzas que han descubierto las ciencias naturales. Toda sustancia corporal está animada de poderosas fuerzas, de variados movimientos; pero la forma sustancial, el alma, si se quiere, que los rige, no puede alterarlos sin que obre un agente

exterior, no puede por sí mismo modificar su estado de reposo ó de movimiento; de este modo, á pesar de ser activa, la materia es inerte.

Dijimos, al tratar de la luz y el calor, que las definiciones que de ellos da Santo Tomás eran más científicas, aunque menos precisas que las de los sabios del siglo XIX; él dice que aquellos agentes son modos de obrar de la materia inherentes á la forma sustancial de los cuerpos; los escasos conocimientos naturales de su época no le permitieron especificar este modo de obrar; pero manifiesta la última causa de dichos fenómenos, el fundamento del movimiento de los átomos que los naturalistas no han podido encontrar, y hoy no se habría visto obligado, como estos sabios, á sostener que los movimientos son la causa de las propiedades de los cuerpos, que un fenómeno es la última causa de otro fenómeno. Ninguna de las propiedades de los cuerpos podemos conocerla perfectamente si no admitimos la forma sustancial, como no podemos explicarnos obra alguna sin admitir la existencia del artífice.

Se ha dicho que nada avanzamos con admitir la forma sustancial, pues este sér nos es desconocido, como los fluídos que los físicos admitían en los cuerpos cada vez que descubrían una ignorada propiedad; pero aquel hecho es falso. Conocemos la forma sustancial, de igual modo que conocemos el alma humana, que conocemos á Dios, que conocemos á todas las cosas que no están al alcance de nuestros sentidos; menester es no confundir la imaginación con la inteligencia y no decir que ignoramos todo aquello que no podemos imaginar. Sabemos que la forma de los escolásticos es un principio sustancial incompleto que no puede existir sino unido á la ma-

teria; sabemos que es ella quien determina á la materia prima á formar un cuerpo determinado y le comunica el sér propio que lo distingue de todos los demás; sabemos que es principio activo de todas las operaciones de los cuerpos, la raíz de sus propiedades; y mucho más sabremos el día que los sabios, aceptando las enseñanzas de la filosofía, emprendan la tarea de reconstituir las ciencias tomando por base la existencia de los principios sustanciales de los cuerpos. El solo hecho de manifestar la causa de las propiedades de los cuerpos da luz á numerosos problemas.

Los sabios no han podido explicar cómo el movimiento, que es el sér variable por excelencia, toma en los átomos tal carácter de fijeza que ha hecho creer que él forma la esencia de los cuerpos; pues si cada sustancia tiene propiedades peculiares é invariables es sólo porque no es posible alterar el movimiento que á cada átomo corresponde por su naturaleza. Las doctrinas escolásticas enseñan que la forma sustancial, que es parte de la esencia, le impone á cada átomo determinados movimientos que participan de este modo de la estabilidad de la forma. La física nos proporciona un ejemplo que facilita la comprensión de estas ideas. La forma sustancial toma su nombre de la forma ó figura de los cuerpos con la cual tiene muchas semejanzas: ambas formas encierran la idea de belleza y perfección, y así llamamos informe, nó á lo que carece de figura, sino á los cuerpos cuya forma es irregular y difícil determinar; pero, hablando estrictamente, no existe cuerpo sin figura, como tampoco materia prima sin forma sustancial; la materia prima es indiferente para unirse á cualquiera forma, pero siempre debe existir unida á una; é igualmente los cuerpos son

indiferentes para poseer cualquiera figura, pero jamás dejarán de tener alguna.

Pues bien, la física ha probado que la figura de los cuerpos les impone ciertos movimientos que el hombre no puede alterar: un tubo sonoro no puebe producir sino la nota que á su figura corresponde; los brazos de un diapasón se mueven con igual número de vibraciones cuando han sido impulsados por imperceptible esfuerzo y cuando los agitamos con violencia; si él produce el *la* normal, sus átomos ejecutarán siempre ochocientas setenta vibraciones por segundo, número que á esta nota corresponde; y no podemos alterar dicho sonido, no podemos alterar el número de aquellas vibraciones, si no alteramos igualmente la figura del diapasón. La acústica no estudia, en último análisis, sino los movimientos que la figura de los cuerpos impone á los átomos, y en esta propiedad se funda la música; pues sería imposible que el artista dominase los sonidos si los tubos, las cuerdas y las placas sonoras no estuviesen obligadas á ejecutar siempre igual número de vibraciones, ó lo que es lo mismo, á producir igual sonido. No es de extrañar que la forma sustancial, que es de un orden tan superior á la figura, ejerza igual acción sobre los átomos en un grado más perfecto; la figura, que es sólo un accidente, impone á los átomos movimientos accidentales; ellos pueden producir ó nó sonidos, pero siempre que alguno produzcan, él será el que su figura le impone; y la forma de los escolásticos, que es sustancial, impone á los átomos un movimiento que participa de su carácter de esencia; por esto los átomos de cada sustancia poseen siempre los movimientos que á su naturaleza corresponden.

Interminable sería detallar todos los fenómenos que

la física y la química estudian para manifestar cuán acordes están todos con esta teoría; sólo como ejemplo analizaremos algunos.

Los cristales de una sustancia poseen siempre la misma figura, ya hayan sido producidos por la naturaleza ó por la acción del hombre. Para explicar este hecho, dicen los físicos que cada cuerpo posee una fuerza que obliga á sus átomos á agruparse siempre de idéntica manera y da de este modo á todos los cristales de una sustancia la misma forma. Ignorando la naturaleza de este fuerza, es pobrísima esta explicación. Sólo apoyándonos en las doctrinas escolásticas podemos comprender aquella propiedad; la forma sustancial es un obrero que sólo sabe ordenar los átomos de una manera; la forma sustancial de la sal marina sólo sabe construir cubos, la del alumbre octaedros, la del azufre prismas rectos, así como la forma sustancial, el alma del hombre sólo sabe formar cuerpos humanos. Por esta causa los cristales de una sustancia tienen siempre igual figura, las de sustancias semejantes la tienen semejante; porque sus formas tambien lo son.

La diversidad de peso de los átomos se deriva de la propiedad que las formas poseen de exigir una determida cantidad de materia para poder existir. Esta cantidad es diferente para cada cuerpo. Como el alma del elefante necesita mayor materia que la del perro, así el átomo de oxígeno que es la unión de la forma del oxíjeno con la mínima cantidad de materia á que puede unirse requiere más materia que el del hidrógeno.

Todas las leyes de las combinaciones se fundan en la propiedad que poseen los átomos de ser indivisibles. No pudiendo existir fracciones, siempre entrarán en acción uno ó varios átomos enteros y se unirán, por supuesto, en

proporción al peso de su átomo ó sus múltiplos; y ya hemos visto que sólo la teoría escolástica es capaz de conocer la causa de la indivisibilidad de éstos.

Igualmente, sólo admitiendo las formas sustanciales podemos establecer la diferencia que existe entre las mezclas y las combinaciones. Los químicos dicen: el aire es una mezcla de exígeno y ázoe; todas las disoluciones son también mezclas, porque en ellas los componentes conservan sus propiedades, en la combinación ellas desaparecen para sustituirse por otras del todo diferentes; y para explicar tal diversidad, enseñan que en ésta la unión es más íntima y modifica las propiedades de los componentes, como si no fuese lo más íntimo posible la unión que existe entre dos líquidos disueltos, como en una mezcla de agua y alcohol que para nadie forma combinación. La diferencia consiste en que en las mezclas hay dos sustancias adornadas de sus respectivas cualidades, mientras que las combinaciones son cambios sustanciales en los cuales desaparecen las formas de los componentes al dar el sér á la forma del compuesto, que por esto posee nuevas propiedades.

Llaman los químicos cuerpos simples á aquellos que sólo contienen una sustancia, y compuestos los que están formados por la reunión de varias; éstos no poseen sustancias diferentes de las simples, que son las únicas que existen en el universo. Según las doctrinas escolásticas, son cuerpos simples aquellos cuyas formas son las más elementales, y cuando ellas se destruyen no encuentra la materia otras formas más simples á que unirse; sustancias compuestas son las que dan el sér á varias formas, y, por consiguiente, á varias sustancias diferentes: el oro es simple porque, no existiendo formas más elementales

que la suya, no puede este metal dar el sér á otros más simples, y el agua es compuesta, porque al destruirse, la materia toma las formas de oxígeno y de hidrógeno.

Sólo con estas doctrinas podemos señalar con precisión los límites de la física y de la química. Se dice generalmente que la química estudia los cambios permanentes que los cuerpos experimentan, y la física las modificaciones momentáneas, como son las causadas por la luz, el calor y demás agentes físicos; pero esta distinción es muy relativa. Existen cambios físicos que no son momentáneos, el hierro imantado puede permanecer años y años con esta propiedad, é igualmente existen muchas combinaciones que son momentanéas y pronto se destruyen por sí mismas. Si queremos una definición filosófica, debemos buscarla en las doctrinas escolásticas; á la química corresponden los cambios sustanciales que se operan en los cuerpos, y á la física los cambios accidentales: nunca podemos dudar á cuál de ambas ciencias toca estudiar un fenómeno.

No creo que necesite detenerme más en manifestar cuán eficaz apoyo presta la verdadera filosofía á las ciencias naturales: con igual facilidad con que ella revela la causa del movimiento atómico que constituye el calor y la luz, da á conocer el fundamento de todas las propiedades físicas y químicas de los cuerpos; todas son producidas por la forma sustancial, así como todas las acciones del hombre son las manifestaciones de la actividad de su alma, que es su forma sustancial.

XX

Cimentadas las ciencias naturales sobre estas bases, se restablece la armonía que debe reinar entre todas las ra-

mas del saber: ellas, de enemigas de Dios y del mundo espiritual, como hoy se muestran, se convierten en sus más celosos defensores; dan á conocer la magnificencia del Creador de una naturaleza tan grandiosa y sublime que hasta en sus últimos detalles lleva impresas las huellas del Sér Infinito y que hasta en el más ínfimo de los séres encierra verdades y misterios capaces de abrumar la más alta inteligencia; ellas manifiestan que el universo no es formado por los átomos de Demócrito, que ordenó el acaso; sino la obra del Sér Omnipotente que lo sacó de la nada y lo rige y conserva en cada instante; ellas también enseñan que en el hombre existe un principio superior a la materia, que produce el pensamiento y es la base del derecho.

Enseñan las ciencias naturales que todos los fenómenos de los cuerpos son la manifestación de un solo principio que produce las infinitas y sorprendentes maravillas del universo: él impulsa á los astros en sus órbitas, anima nuestras máquinas, produce nuestra voz, es la luz que nos alumbra y el calor que á la naturaleza vivifica. Este principio, que es el movimiento, no puede perecer ni disminuir; cada nuevo movimiento es la transformación de otro igual que deja de existir para transformarse en él: luego, si descendemos de transformación en transformación, llegaremos por fin á un primer movimiento que no sea transformación de otro anterior; llegaremos á un Motor Inmóvil productor de todo movimiento. Laplace, el autor de la hipótesis que explica la formación del mundo por el solo movimiento, sin necesidad de un Sér Infinito que lo ordene y dirija, se vió obligado por sus propios estudios á confesar que las ciencias naturales exigen una causa productora del primer

movimiento, una causa existente antes de todas las acciones de los cuerpos.

Del mismo modo la sustancia de cada cuerpo es la transformación de otras sustancias que han existido antes que ella; la materia prima es común en todas; pero las formas se destruyen al dar el sér á nuevas formas; por lo tanto, la constitución de los cuerpos pide la existencia de una causa productora de las primeras formas sustanciales, la que también será productora de la materia prima, que no puede existir sin forma alguna. Las ciencias en lugar de probar la eternidad de la materia, dan á conocer su origen. Por doquiera la naturaleza presenta pruebas de la creación; todos los séres tienen huellas de su edad y manifiestan que han tenido principio: los astros pierden día á día parte de la energía que antes los animara, enviándola á los espacios en forma de luz y de calor; por lo tanto, los astros han tenido principio, y si no haría ya una eternidad que sus fuerzas se habrían agotado; existen entre ellos algunos que aún están en vía de formación: las nebulosas son la materia de futuros astros. La luz blanca de algunas estrellas ha revelado que están aún en la juventud, por el estado elemental en que aún encuentran las combinaciones de las sustancias que las forman; las estrellas amarillas se hallan en la plenitud de su vida; el sol es una de ellas; la vejez ha llegado para las estrellas rojas; el espectroscopio ha dado á conocer cuán avanzadas están sus combinaciones: los planetas han perdido ya tal fuerza que carecen de luz propia; la tierra conserva aún el calor necesario para mantener la vida animal y vegetal; la luna está decrépita, no puede en ella existir la vida, ya se han apagado las fuerzas que antes animaran á sus inmensos volcanes, y no faltan aún as-

tros que han dejado de existir y cuyos restos diseminados recorren los espacios. El mundo necesariamente tendría que perecer por causas naturales si Dios no hubiese dispuesto ponerle término de un modo sobrenatural; la materia ponderable que forma todos los séres sensibles, pierde día á día su energía y su calor que pasan á animar á la materia imponderable, al éter que llena los espacios: llegará un día el fin, y su vida permanecería eternamente inerte, sin actividad alguna, si Dios no alterase las leyes de la materia el día del juicio.

No existe testimonio más elocuente de la grandeza del Creador que las enseñanzas de las ciencias naturales, que manifiestan en el universo tal unidad y variedad, tal orden y armonía, que no pueden ser explicados sin una inteligencia y un poder infinitos. Suspendidas en el espacio por invisibles fuerzas, nos muestra las ciencia innumerables estrellas cuyas dimensiones se miden por millones de leguas, entre las cuales el sol, con los miles de planetas que giran en torno suyo, es quizá una de las menos importantes; las distancias que separan á estos astros son inmensas; los millones de millones de leguas no alcanzan á medirlas, y, sin embargo, el conjunto de todas las estrellas es sólo un punto en el espacio con relación al universo; existen otros millones de millones de agrupaciones de estrellas cuyas dimensiones y distancias los números no son capaces de expresar, y nosotros las percibimos sólo como un punto ó una pequeña nube en el cielo. Cada uno de estos sistemas de astros, cada una de sus estrellas, cada uno de los planetas que á éstas rodean están animados por variadísimos movimientos que efectúan en cada instante impulsados todos por una sola fuerza que á todos es común; todos giran, todos re-

corren sus caminos sin desviarse un punto de él, sin que jamás se altere el orden y la armonía que entre todos reina; pues estas inmensas esferas que pueblan los espacios son más dóciles á las leyes que las rigen que la aguja de un reloj.

Los cuerpos terrestres muestran por doquiera orden y grandeza; hasta el más humilde atestigua la grandeza del Creador. Todos los cuerpos están formados por innumerables átomos que se agitan obedeciendo leyes constantes que son diferentes en cada sustancia, impulsados todos por una sola fuerza que es la misma que anima á los astros; los movimientos de los átomos son tan pequeños que sólo pueden medirse por millonésimas de milímetro, y sus dimensiones son infinitamente pequeñas, la imaginación no puede representárselas: el microscopista Sorbi, después de rectificar los numerosos cálculos hechos para averiguar las dimensiones de un átomo, afirma que en un cubo que tenga un milésimo de pulgada por lado caben ¡tres mil novecientos billones (3,900.000,000.000,000) de átomos de agua! Comparado con el mundo planetario, nuestro mundo es microscópico, como lo es el de los átomos con relación al nuestro; lo grande y lo pequeño son ideas relativas que sólo nacen de la insuficiencia de nuestras facultades; tanta grandeza existe en los astros como en los átomos, así como son igualmente admirables las leyes que á unos y otros rigen. El hombre, colocado entre dos infinitos, es incapaz de comprender ni la inmensidad del espacio, ni la pequeñez del átomo, que están tan distantes de los objetos que los sentidos perciben.

Si todos los cuerpos están gobernados por leyes, si todos manifiestan tendencias á ciertos fines, si en todos

resplandece un orden admirable, ¿cómo no admitir una inteligencia ordenadora que conozca estos fines y haya impuesto estas leyes? El orden, los fines y las leyes del universo exigen que exista esta inteligencia; la unidad que en él reina pide que ella sea una y la grandeza del universo, manifestada por la inmensidad del firmamento y por la pequeñez de los átomos, da á conocer su omnipotencia.

Al dictar leyes á la materia, el Creador no abdica el absoluto dominio que sobre ella tiene, que le permite suspenderlas cuando le agrade; por lo tanto, los milagros no son violación de las leyes, sino sólo manifiestan aquel absoluto dominio de Dios sobre la materia. La universalidad de las leyes no se opone á la existencia de los milagros, como tampoco á la eficacia de oración, como lo pretenden los naturalistas; aún sin necesidad de hacer milagros saliéndose de las mismas leyes naturales puede Dios concedernos lo que pedimos en el orden natural; puede, verbigracia, hacer que llueva para acceder a nuestros ruegos, pues él conoce nuestras acciones desde la eternidad, sabe lo que hemos de pedir y ha podido ordenar las causas naturales de modo que acontezca aquello que con fe vamos á pedir, así como un padre puede de antemano disponer lo conveniente para satisfacer las peticiones que sabe que sus hijos le han de hacer.

La ciencia confirma enteramente la relación de Moisés sobre la creación. Dios, primera causa y motor inmóvil, creó á la materia adornada de las más elementales formas y le imprimió el movimiento, débil imagen de su esencia, que produce él solo todas las infinitas y variadas acciones de los cuerpos, y en seguida, transformando las primeras sustancias y el primer movimiento, dió el

sér á la multitud de las sustancias corporales, y á todas sus fuerzas. Moisés dice que Dios creó primero el caos, de cuya ordenación nacieron todos los séres y el caos en la materia prima unida á las más simples de las formas.

El primer día creó Dios la luz que, según la ciencia, es sólo este movimiento inspirado á la primera sustancia; el sol, que no es sino una de sus transformaciones, fué formado cuando ya la luz existía, y la luz que él posee es sólo una de las transformaciones de la energía del universo, de la primera luz.

Á las innumerables formas sustanciales que Dios unió á la materia las adornó con las prodigiosas propiedades de todos los séres del universo, y su divina Providencia de tal modo las ordenó y conserva, que la reunión de los séres más diversos forma el armonioso conjunto que bajo todos aspectos presenta la naturaleza. No es cierto que las leyes mecánicas sean las que rijan todas las acciones de los cuerpos, á pesar de que todas son transformaciones del movimiento; hemos visto cómo son la formas sustanciales quienes las dirigen y hacen que una misma causa produzca efectos diferentes en los diversos cuerpos. En lugar del fatalismo de las leyes mecánicas, es el Creador y conservador de las formas quien rige el Universo. Al obrar cada cuerpo, Dios obra conjuntamente con él de tal modo que el sér de sus acciones es obra exclusiva de Dios y sólo su modo de existir es obra de ellos; así, cuando el carbón eleva la temperatura del agua, el calor que él produce es obra exclusiva de Dios; pués el sér de este calor es sólo el sér del movimiento que en el carbón existía y que no es sino el mismo movimiento producido por Dios en el principio del mundo, la única actividad del carbón consiste en variar la forma de este sér

llamado movimiento; hacer que eleve la temperatura del agua en lugar de agitar sus propios átomos del mismo modo que en una estátua el sér, la sustancia es obra esclusiva de Dios y sólo el modo de ser, la figura del mármol es la obra del artista. ¡Cuán admirable armonía existe entre estas enseñanza de las ciencias naturales y la teoría escolástica de la actividad de las causas segundas!

Entre las formas sustanciales que Dios creó para unir á la materia, existen algunas dotadas de vida, y los séres que ellas forman poseen, por lo tanto, la facultad de moverse á sí mismos y de formar su propia sustancia. Estas operaciones no pueden explicarse, como lo enseñan algunos naturalistas, por las solas fuerzas físicas y químicas de la materia. Un cuerpo vivo y uno que acaba de perecer, no se diferencian químicamente: ambos poseen los mismos átomos animados de fuerzas iguales; pero á este último le falta la forma sustancial que dirigía su actividad, le falta el motor que hacía circular la materia en el seno de su cuerpo, le falta el artífice que dirigía todos los órganos; los alimentos en vano le ofrecerán los materiales que su cuerpo necesita para crecer y desarrollarse: ya no es capaz de usar de ellos. Las fuerzas físicas no pueden tampoco explicar las funciones orgánicas; desde el momento en que la materia es asimilada por un cuerpo vivo, está dominada únicamente por la forma sustancial, que la obliga á cooperar á sus fines; las leyes físicas obran en el cuerpo, pero obran subordinadas á la forma. Los naturalistas enseñan que el corazón es una perfecta bomba; el ojo, una cámara oscura; el oído, un admirable aparato acústico, en los cuales se cumplen numerosas leyes físicas; pero ellas, en lugar de hacer innecesario el principio vital, exigen su existencia;

pues esta bomba, esta cámara oscura, este aparato acústico, necesitan un agente que los dirija y ponga en actividad: sin él permanecerían eternamente inactivos. Las fuerzas que se desarrollan en los séres animados, son las mismas fuerzas mecánicas que animan á los minerales; pero ellas no están sometidas únicamente á las leyes del movimiento, sino que son regidas por el principio de actividad inherente á los séres animados, por sus formas sustanciales.

El alma humana es el más perfecto de todos estos principios de actividad que animan á los cuerpos, pues es el único adornado de facultades de un orden superior á la materia; la conciencia y el pensamiento sólo pueden existir en una sustancia simple, y nada es simple en la materia; hasta sus últimas partículas están formadas de materia prima y forma sustancial: son, por lo tanto, extensas y poseen partes. El alma humana es absolutamente inmaterial y puede existir separada de la materia, puesto que sus facultades intelectuales no necesitan de ella para obrar.

Es falso que la pérdida de las facultades mentales que producen las lesiones del cerebro, ni la fatiga que el trabajo intelectual produce sobre el cuerpo, demuestre que la inteligencia es material; pues siendo el alma la forma sustancial del cuerpo, forma con él un solo sér, y no puede en esta vida obrar sin el concurso del cuerpo, de las facultades sensibles que son las que proporcionan á la inteligencia los materiales que necesita. ¿Cómo pretender entonces que los trabajos del espíritu no producen efectos en el cuerpo? ¿Cómo exigir que las lesiones del cerebro no obren sobre la inteligencia? ¿Negará alguien el talento á un artista porque no puede sacar raudales de

armonías de un instrumento roto? Aseguran los frenólogos que el examen del cerebro permite conocer las facultades del alma que lo animó, y de este hecho pretenden deducir la materialidad de ésta, confundiendo el espíritu con la sustancia del cerebro. No sabemos hasta qué punto sea verdadera aquella afirmación; pero si lo fuese, sólo probaría que el espíritu rige á la sustancia cerebral y deja en ella impresas las huellas de su actividad.

Apoyados en las ciencias naturales, se ha negado la libertad del hombre, á pesar del testimonio de la experiencia y del sentido común; porque ellas han demostrado que las acciones de su cuerpo son sólo transformaciones de la energía solar; pero ello no pugna con la libertad: las fuerzas que animan á todos los cuerpos son una sola; pero ellas están á las órdenes de las respectivas formas sustanciales, y aquellas que son más perfectas como artífices, más inteligentes, las ocupan en más altas funciones; las formas minerales sólo las emplean en mover los átomos; las vegetales, en la formación de su sustancia; las animales, en todas sus variadísimas acciones, y el alma humana, que es la más perfecta y es libre, puede á voluntad transformar las fuerzas mecánicas que los alimentos le comunican en todas las acciones que ella quiere. Cuando el asesino entierra su puñal en el corazón de su víctima, el movimiento que constituye su acción no es sino el mismo movimiento mecánico que existe en todos los átomos del universo, y que es obra exclusiva del Creador; la acción del criminal es determinar dicho movimiento y obligarlo á quitar la vida á la víctima, sin agregarle sér ninguno nuevo; pero esta acción le es imputable, porque la forma de esta acción, que es la contraria al orden, es obra de su exclusiva voluntad.

XXI

Los naturalistas han de oponer tenaz resistencia á las doctrinas escolásticas que armonizan tan admirablemente la filosofía y las ciencias naturales; su orgullo y el falso brillo del moderno progreso no les permiten doblegarse ante un genio que floreció hace seiscientos años, ni subordinar sus brillantes triunfos y sus portentosos descubrimientos á unos fríos principios metafísicos. En lugar de sentir su propia pequeñez en presencia de la sublimidad de la naturaleza, la deifican porque sus adoraciones caen sobre ellos mismos que han descubierto sus grandezas; pero la misma ciencia es quien se encarga de manifestar que el universo es obra de Aquel cuyo poder es tan grande, que sus obras al hombre dios parecen. La naturaleza, que cada día se muestra más pródiga en dar á conocer sus fenómenos y leyes, se manifiesta más avara en ocultar la última causa de todos ellos, y hace más sensible el vacío que yace bajo las doctrinas de las ciencias. Llegará un día en que los sabios vean con evidencia la derrota que se oculta en el seno de sus mismos triunfos y comprendan que ignoran qué cosa es la materia que tanto han estudiado, y entonces, no pudiendo mantener por más tiempo el trono en que hoy reinan, que se sostiene únicamente merced á la superficialidad de la época, tendrán que solicitar el apoyo de la verdadera filosofía, única base estable en que pueden cimentarse todas las ciencias y comprenderán cuánta verdad encierran aquellas palabras del actual pontífice: «La concordia entre la fe y la ciencia, en ninguna parte aparece más perfecta que en las obras del Príncipe de los filósofos.»

JOAQUÍN ECHENIQUE G.

LASTARRIA

Princeps ovlium carmen ad Italos deduxisse modos. . . . .

Al consagrar hoy la REVISTA DE ARTES Y LETRAS unas cuantas de sus páginas á honrar la memoria de don José Victorino Lastarria, juzga que cumple con un deber que pesaba más que sobre otras, sobre esta única publicación literaria del país.

Porque Lastarria fué literato en todo la amplitud que comporta la palabra, y porque, si representó con brillo á su patria en el extranjero, si administró justicia bajo el dosel más alto de la República, si dividió con varios jefes del Estado la civil administración y sus responsabilidades, si tomó activa parte en muchas empresas políticas y aun comerciales, fué sólo accidental y transitoriamente, como que su carácter distintivo fué el de hombre de letras, el de amante apasionado de las ideas grandiosas y de todo lo bello en el arte y en la naturaleza, y como que con ese carácter pasará á la historia y vivirá enaltecido y amado en el recuerdo de sus conciudadanos.

Poseído desde temprano de altas aspiraciones de libertad y progreso, parecía en su patria naciente un hombre de otra época más avanzada, que hubiera vivido, mediante el estudio y la meditación, un siglo más que todos sus contemporáneos. Era de los que sirven para impulsar á los pueblos, para infundirles tendencias y apetitos nuevos, cuando les llega el período de ansias de adelantamiento, de deseos de mejoras intelectuales y morales, de gravitación hacia el sol del perfeccionamiento humano, centro eterno á que mira y camina invariablemente toda creatura y todo lo creado. Allá el año 44, cuando ni siquiera la crónica casera formaba parte de nuestro caudal literario, Lastarria escribió sus «Investigaciones sobre la influencia de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile,» para demostrar que era necesario rehacer la filosofía de la historia y estudiar las ideas que han producido los acontecimientos, comoquiera que las naciones no pueden entregarse á ciegas en brazos de la fatalidad, sino que deben preparar el desarrollo de las leyes morales que las encaminan á su ventura. «Solamente este método de estudiar la historia humana,—decía él mismo,—puede conducirnos á hallar en ella el conocimiento de las leyes que rigen el Universo moral, y esta verdad es cada día más exacta para mí. Se dice con mucha justicia que no merecen el nombre de ciencias las morales y políticas, porque no son más que el conocimiento de sistemas ó de razonamientos más ó menos ingeniosos sobre esos objetos, en tanto que la verdadera ciencia, el conocimiento de la naturaleza física, está fundado en los hechos y en demostraciones incontestables. ¿Por qué no podríamos dar á las

ciencias sociales una base igual en los hechos y en la experiencia?»

Habló como maestro, y no fué comprendido, y hubo entonces de encaminar su actividad y su anhelo de progreso por otro sendero. Desde 1836 era profesor de literatura y de derecho público, y había logrado concitarse la deferencia y el aplauso de sus alumnos; trató de formar de éstos individuos que se penetraran de su propio espíritu y que coadyuvaran á su labor de adelantamiento y de renovación de las ideas, y creyó que no habría campo más adecuado ni más fecundo para esa propaganda santa, para esa cruzada de la inteligencia, que la vasta arena del periodismo en que, sólos hasta ese día y como para vergüenza nuestra, se disputaban la palma los escritores argentinos que habían trasmontado los Andes en su fuga de la tiranía. Promovió la publicación de *El Semanario*, endonde colaboraron Francisco Bello, García Reyes, Tocornal, Salvador Sanfuentes, Vallejo, Ramírez, Irisarri y Espejo, y poco después asociando á los más jóvenes bajo su experta dirección, hizo salir *El Crepúsculo*, y más tarde la *Revista de Santiago*, periódicos literarios destinados á publicar los ensayos de los jóvenes escritores, y á estimular y fomentar el movimiento saludable que debía darnos tantos escritores y poetas, honor de nuestra patria.

Después de ser el primero en Chile en abrir horizontes á las letras y en fomentar su cultivo, su espíritu incansable en el propósito de enseñar y cambiar lo rancio y acomodaticio por lo nuevo y vigoroso y filosófico, prosiguió la tarea de enseñar á sus conciudadanos cómo se escribía la historia, y cómo ella podía ser lección sa-

ludable para los pueblos y los individuos. El partido conservador trató por aquel tiempo de elevar una estatua á Portales, y Lastarria creyó de su deber manifestar que si bien ese patricio era el grande hombre de un partido político, la influencia que tuvo en los destinos de su nación lo convirtió en un estadista de circunstancias, y escribió su *Juicio histórico* sobre don Diego Portales, á vista de los más reveladores documentos y con la conciencia desprendida del historiador que juzga una época pasada, á la cual no está ligado por interés alguno.

Otro trabajo de igual género, por desgracia poco conocido y estimado, es el que en 1847 fué premiado por la Facultad de Humanidades de la Universidad, y que lleva el título de *Bosquejo histórico* de la Constitución del gobierno de Chile de 1810 á 1814. "Queremos,—decía en él Lastarria,—elevar un monumento á la primera Constitución que tuvo Chile: si así no lo hiciéramos, ¿quién nos daría mañana noticia de ella? Y sin embargo esa Constitución es una obra preciosa, y lo será más todavía para las generaciones futuras, porque en ella se compendia el origen de nuestra revolución, las miras, los principios, la civilización política de los que la promovieron. ¿Quién no la estudiará con interés? Nó, no está en ella el descrédito del país, no es un error de aquéllos que se cometen en la juventud y que es vergonzoso confesar en la vejez: ella es solamente la expresión pura y verdadera de los intereses y de las ideas que dominaron en aquel tiempo á los que nos dieron una república independiente, una patria."

Estas ideas, escasas en aquella éra en que todo renacía después del letargo de la colonia, y que tenían que pasar por la vía-crucis de todas las que en sí entrañan

alguna novedad ó reforma, fueron las que en su larga vida de estadista y escritor y hombre político propaló en la cátedra, en la tribuna y en el libro el ilustre fundador de nuestra literatura. Desde su *América* y su *Historia constitucional de medio siglo* hasta sus *Lecciones de política positiva*, Lastarria trató de ir de frente contra las tendencias reaccionarias, herencias de un pasado oscuro, que engeridas en nuestros hábitos, parecían ser el impulso de gobiernos y representantes, y puede afirmarse que si el espíritu estudioso moderno es el que hoy preside en gran parte nuestras asambleas políticas y encamina sus actos, se debe á la labor perseverante de ese grande hombre público.

Lastarria era liberal por convicción y por temperamento, y lejos de transigir jamás con el despotismo ó con las doctrinas que tiranizan la conciencia ó el individuo, las combatió con denuedo tenaz, y el horror que les profesaba vive hasta en sus más puras manifestaciones literarias.

Don Guillermo, por ejemplo, es una muestra de lo que esa alta y poderosa inteligencia trabajaba de continuo por infundir en todos el patriotismo que la abrasaba y el desprecio y odio que le merecían los tiranos y la tiranía. Era el personaje de la novela de ese nombre, á quien Lastarria nos presenta por la primera vez en el Café del Águila de Valparaíso, en un cuadro descriptivo de gran naturalidad y colorido, un inglés que, para conquistar el tesoro de su amor, la espléndida Lucero, debía peregrinar veinte años entre Santiago y Valparaíso, para hallar al fin de tres mil viajes el talismán del *patriotismo* perdido en la primera de esas ciudades. Al cabo de cada una de sus peregrinaciones, debía pronunciar en cierto modo

varias frases sacramentales: "La luz de la *Justicia*, el ardor del *Patriotismo* y el poder de la *Democracia* disipan las tinieblas y aniquilan la ignorancia!" Y Don Guillermo, con constancia no desmentida, empezó su tarea y la prosiguió años de años sin lograr ver disminuído ni uno solo de los días de sus obligados viajes.

En medio del tejido de alusiones políticas que forman casi la exclusiva trama de esa novela, y de los incidentes de todo género que la hermosean, ¿quiso acaso el ilustre pensador retratarse á sí mismo, eterno peregrino de la libertad, viajero incansable en pos del progreso y de la justicia, y que murió, con el bordón de los caminantes en la mano, sin haber logrado ver realizarse sus sueños, que habrían sido la felicidad y el engrandecimiento de su patria? Porque Lastarria fué soñador incorregible en la política, en la sociología y en la literatura. Fué un hombre que en su carrera de estadista se rigió siempre por principios, sin considerar que cuantos le rodeaban no tenían otra estrella polar que la conveniencia del momento, ni otros móviles que sus intereses; que en sus relaciones de la vida creyó encontrar en todos los corazones y en todas las inteligencias un amplio tributo de reconocimiento á sus trabajos y aun de aplauso y admiración á sus talentos, cuando la mayoría de su alrededor no veía en él otra cosa que un iluso ó un presuntuoso; que pensó hallar en el cultivo de las letras, no sólo satisfacción á las aspiraciones nobilísimas de su alma de elección, sino puesto primario y de honra entre sus conciudadanos, á quienes había puesto la pluma en la mano y mostrado los inagotables tesoros del saber, y que sólo recogió laureles en las coronas con que la juventud cubrió su tumba, después de haber recorrido lar-

go trecho de su existencia entre los desdenes de los muchos que juzgan ociosidad el culto de las letras, porque no hallan en sus veladas la compensación de fortuna que anheloso persigue este siglo en que todo se ha materializado.

Y ¿qué sería de esos grandes sacrificios, de esas luminosas labores de la inteligencia, si siquiera en la historia futura y en los recuerdos que se hacen en las horas nobles de la vida, no hubiera de vivir, amado y venerado, el nombre de Lastarria?

No vivirá él hoy y mañana porque fué ministro de Estado ó representante diplomático de Chile: glorias son esas que muchas veces reparte el favor ciego, ó á cuya cumbre suelen llevar más bien las circunstancias del momento que los méritos con fatiga adquiridos. Vivirá porque, pensador, literato y artista, trabajó por ilustrar á sus conciudadanos, y porque en sus obras ha dejado libros que perennemente ilustrarán al pueblo sobre sus derechos, y sobre las conquistas que le es lícito hacer en nombre de la libertad. Vivirá porque en él algo más había que ese dón de la oportunidad, que suele presentar á los hombres nulos como salvadores de una situación, como que su talento creador y vigoroso le dió una fuerza vital que lo mantuvo en la cátedra del que enseña durante más de medio siglo de su dilatada y laboriosísima existencia. Vivirá no porque el éxito coronó sus esfuerzos, sino porque fué sembrador infatigable, y porque hoy y mañana,—cada cosa á su tiempo,—iremos nosotros y los que vengan después de nosotros viendo nacer algunos de los hechos ó mejoras que él preparó con sus enseñanzas, y el nombre de Lastarria vendrá á los labios y las bendiciones que le circunden avanzarán á mucho

más allá de aquel día lluvioso de junio en que sus mortales despojos fueron á dormir á la mansión de la última esperanza.

El engaño en que vivió fué el de que trabajaba para hoy, cuando no podía ser otra cosa que obrero del porvenir. Los hombres de su talla, cuando nacen en pueblos jóvenes como el nuestro, y no dispuestos aún para la vida autónoma y para la vida literaria, no hacen más que sembrar, porque muy raras veces ó nunca lograrán ver el fruto de sus enseñanzas. Á la manera de Moisés, morirán en la cumbre del Nebo, lejos de la tierra prometida, y apenas si divisándola.

¡Qué enseñanzas! *El Libro de oro de las Escuelas* llamó á una de sus obras publicadas en 1863: trataba ahí de los deberes del hombre, de la tolerancia, de las dos leyes del progreso,—inteligencia y sentimiento,—de su acción, de la filiación de las ideas y del criterio de verdad. La alta filosofía en el trabajo más elemental. «Opúsculo es éste, decía el doctor Löbeck, que, á mi juicio, reúne todos los méritos que deben asegurarle siempre un lugar distinguido en la literatura pedagógica y popular.»

Por desgracia, tiempo há que ese libro, que era verdaderamente de oro para las escuelas, no se ve en ellas, porque la especulación y el compadraje le han reemplazado con fútiles lecturas. En vez de ir preparando al niño para que sea hombre, al alumno para sea ciudadano, las obras actualmente en curso en nuestra enseñanza primaria sólo llenan la cabeza de cuentos insustanciales, sin cuidarse jamás de ir dando al infante ó al adulto que se le asemeja, una noción más ó menos definida de su

personalidad, del puesto que más tarde ha de ocupar en el taller ó en la sociedad, y de las relaciones que tiene con los demás séres de la creación.

Desde 1836 hasta la víspera de su muerte, don José Victorino Lastarria fué incesantemente el maestro de la juventud. Si ya, á las postrimerías, no se sentaba á la cátedra en el aula, ejercía su augusto magisterio en las columnas de los diarios y en las páginas de las Revistas literarias. Esta misma de ARTES Y LETRAS ha tenido á alta honra hospedar en las suyas los trabajos de aquel eminente publicista.

Con motivo de los últimos certámenes abiertos por el opulento caballero don Federico Varela, Lastarria tuvo sobre sí una tarea extraordinaria en que se desempeñó con el celo que acostumbraba cuando creía que su obra iba á propender al adelantamiento intelectual y civil del país. Examinó por sí mismo y minuciosamente cada uno de los numerosos trabajos presentados, redactó un informe que puede estimarse como modelo por su acopio de observaciones y de erudición, y porque en todo él vaga ese aroma de ático casticismo, que Lastarria, sin ser del todo correcto, hacía sentir en cuanto germinaba de su pluma privilegiada. Tomó á su cargo después la impresión y corrección de los dos grandes volúmenes que se originaron en ese certamen, y amén los aumentó con algunos galanos artículos de su fantasía nunca envejecida, que después de medio siglo en que el labrador espíritu la había probado casi hasta el agotamiento, aún daba frutos granados y de rica sabor. ¡Y cuántos discursos literarios, y cuántas arengas políticas, y cuántos artículos en la prensa diaria y periódica, y cuántos sabios conse-

jos y prescripciones dadas de viva voz, y cuánta obra santa, y útil y grandiosa llevada á cabo en los quince lustros de su vida intelectual y moral!

Los que, ilusos como él, vamos por el camino, con los ojos puestos en algún grande ideal, creyendo en el culto de las letras y sacrificando en sus altares, ¡cuántas veces al encontrarnos por la calle, con quien es hoy memoria venerada, nos reputábamos felices de haber podido ver de cerca á ese gran patriarca de nuestras letras, ya que no nos fué dado lo mismo con el patriarca de las letras americanas, el insigne Bello! Había, al parecer, en la figura de Lastarria algo de ese amargo tinte que dan los desencantos de la vida, cuando el hombre se siente contrariado en sus más santas aspiraciones, y cuando á dondequiera que vuelva la vista no encuentra ni quien lo siga ni quien lo comprenda. Nunca fué feliz en el relativo sentido en que este predicado puede tomarse en la existencia humana, porque siempre vivió como extraño entre los suyos, apóstol de una religión de más tarde, hombre de una sociedad más avanzada, actor que habría habido menester teatro más amplio para el cabal lucimiento de su carácter y talentos.

Cuando exigía de los demás el respeto y consideraciones á que lo hacían de sobra acreedor sus merecimientos en las letras, se le tildaba de orgulloso y vano: ¡como si el talento no tuviera sus prerrogativas, como si el que por título y esfuerzos propios llega á las cumbres del humano saber, no se sintiera con derecho bastante para exigir el acatamiento que los hombres prestan á los que se hallan en lo alto del poder que dispensa favores, aunque hayan subido arrastrándose! El único orgullo disculpable, más aún, legítimo, es el orgullo del talento.

Pero ese orgullo sólo lo gastó con los advenedizos de la fortuna y del mando. Comunicóse de igual á igual con los humildes cultivadores de las letras, y sentóse muchas veces entre los jóvenes y entre los modestos para alentarlos con su palabra inspirada, y para mostrarles cuánto nivela á los obreros del bien un mismo anhelo por las grandes ideas y por el adelantamiento de la patria. Aquel magnate de la república literaria y artística llevaba las producciones de su ingenio á la más insignificante revista, y contestaba afable y aún reconocido á los que solicitaban sus luces para orientarse en los senderos de la ciencia, ó los consejos de su criterio experimentado para tener una prenda de acierto en cualquiera ardua labor.

Y para que nada faltara á este hombre de letras, hasta las musas lo tentaron con sus caricias. No dejó en tan difícil género obra de estimación; pero trabajó para ejemplo de los demás. Sanfuentes escribió por él su *Campanario*, su *Iuami* y su *Ricardo y Lucía*, y muchos de los actuales jóvenes cultivadores de la poesía, á él deben sus primeros pasos, sus primeros versos enmendados, sus primeras intuiciones de lo bello en la naturaleza y en el arte.

¡Qué vida tan completa y tan bien llenada! De hombres así, es de quienes dice el lenguaje bíblico que «han muerto llenos de días.» Y á tales hombres también, para que nada haya cumplido en la tierra, no se les empieza á hacer justicia sino cuando pasan los umbrales de la muerte. ¿Hay acaso, en cada hombre, en la humanidad entera, algún sentimiento escondido de soberbia envidia que impide ver en sus proporciones lo grande que nos rodea, de miedo tal vez á la sombra? Pero, en fin, algu-

na vez se abren las puertas de la inmortalidad para los héroes del talento, como Lastarria, y entonces ya no se cierran más. Al revés: cada día van creciendo con la alabanza, como de sí decía justamente Horacio.

¡Quiera Dios que estas líneas contribuyan á esa alabanza que en la posteridad ha de hacer crecer el nombre y la memoria de don José Victorino Lastarria!

E. Nercasseau y Morán

En 3 de agosto de 1888.

EL MINERO

(Á Alberto Valenzuela C.)

En la falda de una áspera montaña
una humilde cabaña
levántase en terreno pedregoso.
Allá, junto á unos hornos de ladrillo,
vive pobre y sencillo
el minero intranquilo y ambicioso.

En oscuras entrañas de la tierra
la riqueza se encierra.
Allí se hunde el minero infatigable
para ofrecer en más dichoso día
los tesoros que ansía
á tiernos hijos y á su esposa amable.

Su querida mujer, la gentil Luisa,
ruégale: —"Deja aprisa,
el labor rudo de esta ingrata mina.

Ya diez años trabajas sin provecho...
á vivir siempre estrecho
tu inflexible porfía te encamina.

"Huyes del sol la lumbre bienhechora;
sólo tu faz colora
la luz de sucia lámpara de aceite,
y en ese soterráneo infecto, inmundo,
alejado del mundo
te privas de descanso y de deleite.

"Del martillo y barreno ingrato ruído
aquí tan sólo he oído.
Veo entre el fuego y humo, maldiciente
al rubusto gañán hosco y resuelto,
y en el hollín envuelto,
de hundidos ojos y ceñuda frente.

"¡Ya desapareció franco contento!
Tu rostro macilento
acusa de tu afán la fiebre impía.
Ya veo en ti de un loco la mirada...
Ni duermes casi nada
cual pobre jugador en su mal día.

"¿Por qué no dejas tan odiosa vida?
En campiña florida
podrás acrecentar nuestro ganado
y sembrar y coger nuestra cosecha.
Mi ruego no desecha...
¡Deja la cuña y toma ya el arado!"

—"Cara Luisa, la suerte es caprichosa;
no siempre nos acosa,
y á aciagos días sigue la bonanza;
para ti es mi ambición; mas no deliro,
que hasta que exhale mi último suspiro
un tesoro me queda: la esperanza.

JAVIER PORTO-SEGURO O.

APUNTACIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS USADAS EN CHILE, ESPECIALMENTE EN EL LENGUAJE LEGAL Y FORENSE

(Continuación)

El mismo Bello ha titulado *La Chacra* el canto 3 de su leyenda *El Proscrito (Obras completas*, tomo III, páginas 338 y siguientes).

Quien se dé el gusto de leer ese canto notará sin dificultad que todo lo que el autor dice de una *chacra*, cuadra perfectamente á la noticia de esta especie de fundos que he dado.

Así lo comprueban, entre otros, los versos que siguen:

> ... Un espacioso llano
> (que allá y acá interrumpe una *alquería*
> hermosa con los dones del verano),
> y de una acequia el mal seguro puente,
> huella la cabalgata lentamente.
> Y luego, entre la salva vocinglera
> de una turba de perros ladradores,
> recibe de naranjos larga hilera
> á nuestros polvorientos viajadores,
> que, apenas desmontados, la escalera

suben; y ya en los altos corredores,
vasto paisaje admiran de sembrados,
potreros, rancherías y arbolados.

La Real Academia, en el tomo II del DICCIONARIO de autoridades, año de 1729, dió de *chacra* la definición que copio en seguida:

«*Chacra*, habitación rústica, y sin arquitectura ni pulidez alguna, de que usan los indios en el campo, sin formar lugar, ni tener entre sí unión.—Latín: *rústica domus, cassa.*»

Tal definición era muy imperfecta.

Las *chacras*, aun en el siglo XVI, como resulta de los documentos citados, eran poseídas, no sólo por los indios subyugados, sino muy principalmente por los conquistadores españoles.

En el día, los propietarios de éstos y otros fundos son los descendientes de unos y otros, entre quienes no se hace distinción.

Los dueños de gran número de *chacras* son muy acaudalados.

Es probable, y aun seguro que, en el tiempo antiguo, las *habitaciones* de las *chacras* fuesen *rústicas y sin arquitectura ni pulidez;* pero actualmente, á lo menos en Chile, la mayor parte tienen casas tan bien construídas como las de las ciudades, y algunas las tienen muy espléndidas.

Las *chacras* son verdaderas *alquerías*, como Bello las denomina en los versos antes copiados, las cuales se destinan no sólo á las industrias agrícolas, á menudo dirigidas como en las naciones más adelantadas de Europa, sino también al recreo de sus dueños.

La Real Academia repitió sin alteración la definición

en la segunda edición del DICCIONARIO, 1780; en la tercera, 1791; en la cuarta, 1813: en la quinta, 1817; en la sexta, 1822; y en la séptima, 1832.

En la octava edición de 1837, modificó como sigue la dicha definición:

"*Chacra*, habitación rústica sin pulidez ni arquitectura de que usan los indios con estancias separadas y sin forma de lugar."

Es fácil observar que esta nueva definición es tan inexacta como la primitiva.

No obstante, fué repetida en la novena edición de 1843, sin más variación que la de suprimir la expresión "ni arquitectura;" y fué repetida en la décima de 1852 sin más variación que la de suprimir la expresión "y sin forma de lugar".

En la undécima edición de 1869, se conservó sin alteración la definición de 1852, que es la siguiente:

"*Chacra*, habitación rústica sin pulidez de que usan los indios con estancias separadas."

Esta tercera definición sólo se diferencia de las dos primeras en ser más concisa; pero da fundamento á iguales observaciones contra su exactitud.

La Real Academia, en el DICCIONARIO de 1884, dice que *chacra* es "vivienda rústica y aislada."

Tal definición sugiere la idea de que *chacra* ó *chácara* es una habitación ó casa aislada, fabricada en el campo, pero que no está destinada á la industria agrícola.

Esto no es efectivo.

Mucho más exacta es la definición que don Vicente Salvá dió el año de 1846 en su NUEVO DICCIONARIO DE LA LENGUA CASTELLANA, donde enseñó que *chacra* es "alquería ó casa de campo para la labranza."

Aunque desde el tiempo de la conquista hasta el presente se han practicado en las *chacras* ó *chácaras*, sementeras de trigo ó de cebada, ello es que estos fundos se destinan principalmente á las plantaciones de viñas y de árboles frutales, y al cultivo de las hortalizas.

De aquí el que se haya dado á las siembras de papas, zapallos, maíz, cebollas, sandías, melones, tomates y otras plantas, el nombre de *chacra* ó *chácara*.

El lingüista ecuatoriano don Pedro Fermín Cevallos, en su BREVE CATÁLOGO DE ERRORES EN ORDEN Á LA LENGUA Y AL LENGUAJE CASTELLANO, dedica el siguiente artículo á la palabra *chacra*.

"*Chacra*. Habitación rústica; alquería. Se la toma por el suelo que ya está con plantas.—Sembrado, sementera."

En Chile, se denomina *chacarería*, el cultivo de las plantas mencionadas.

Esta voz no aparece en los diccionarios.

El de la Academia, duodécima y última edición, dice que *chacarero, chacarera* significa en América "persona dedicada á los trabajos del campo."

Tal definición deja algo que desear.

Chacarero es el trabajador que se ocupa personalmente en el cultivo de las plantas mencionadas, ó sea de las *chacras* ó *chácaras*.

CHAPECÁN

Chape significa en araucano "las trenzas del cabello," según los padres Febres y Havestadt.

Estos mismos gramáticos enseñan que del mencionado sustantivo *chape*, se formó el verbo *chapecán*, que significa en el mismo idioma "hacer trenzas."

No hace muchos años que en Chile se designaba con el verbo *chapecán* lo que habría debido designarse con el sustantivo *chape*, cuando se quería expresar en araucano las trenzas que los indios solían llevar.

Este vocablo ha caído ya en completo desuso.

CHAPURRAR

La Real Academia Española, en su DICCIONARIO, undécima edición de 1869, admitía los verbos *champurrar* y *chapurrar*, advirtiendo que los dos pertenecían al lenguaje familiar, y que el primero significaba lo mismo que el segundo.

El artículo que ella destinaba á *chapurrar*, era el que va á leerse:

«*Chapurrar*. Mezclar un licor con otro.—Hablar algún idioma mezclando palabras de otros, ó mezclar en el discurso especies inconexas.»

La misma Academia, en la reciente edición de 1884, ha modificado como sigue el precedente artículo:

«*Chapurrar. (Voz imitativa). Verbo activo.* Hablar con dificultad un idioma, pronunciándole mal y usando en él vocablos y giros exóticos.—*Familiar.* Mezclar un licor con otro.»

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

(Continuará)

EL CENTRO DE ARTES Y LETRAS

La REVISTA DE ARTES Y LETRAS, dedicada desde su primer número al cultivo y fomento de la literatura nacional, aplaude como suceso fausto y digno de los mayores encomios la organización definitiva del *Centro de Artes y Letras*.

Si hasta ahora ha podido ella bogar contra la indiferencia, que de ordinario acompaña á este linaje de publicaciones; al constituirse hoy día en representante de aquella institución científica y literaria, como así mismo de otras que le son análogas por sus fines, necesariamente habrá de vigorizar su influencia y extender el campo de su publicidad.

Hoy, como ayer, sólo aspira á reflejar el movimiento literario que entre nosotros se determina, y propende no más que á difundir el gusto por las buenas letras y á dilatar la cultura filosófica y artística, en la medida de sus facultades.

Consecuente con lo que expresaba en su número primero, la REVISTA DE ARTES Y LETRAS "acepta la coope-

ración de los hombres de buena voluntad y amantes de las letras, y dará acogida en sus páginas á toda producción científica ó literaria, siempre que sea concebida con espíritu sano, recto y elevado.»

Como órgano del *Centro de Artes y Letras*, acoge y hace suyas las ideas fundamentales y los propósitos que se contienen en los párrafos del discurso del señor Concha Castillo que á continuación copiamos:

«Al inaugurar estas sesiones que han de ser fructuosamente dedicadas, según nos lo persuade nuestro deseo, al asiduo estudio y cultivo de las letras, de las ciencias y de las artes, no habrá de parecer inoportuno que declare en términos breves el objeto que en ellas nos proponemos, los principios que nos han de servir de guía, y los resultados más ó menos fecundos á que aspiramos. Pero antes, será bien que conste que al realizar este pensamiento tan antiguo como provechoso no hemos obedecido á un arranque de juvenil entusiasmo, ni al incentivo de una vanidad ridícula y estéril, ni mucho menos al espíritu de imitación que, aunque digno de alabanzas siempre que lo imitado las autorice, priva á una idea, por vigorosa que parezca, de aquella savia de la espontaneidad que le da vida propia y florecimiento lozano.

«Casi desde el día mismo en que el Círculo de la Estrella de Chile hubo de disolverse estrechado por circunstancias excepcionales, y mayormente por las patrióticas preocupaciones de la guerra, fué anhelo constante de muchos, si no de todos los que pertenecimos á él, reanudar aquellas tareas de tan agradable memoria; congregarnos, como entonces, semanalmente; enhebrar de nuevo aquellas inacabables discusiones artísticas y li-

terarias; desempolvar del olvido tanto recuerdo hermoso, tantas ideas afortunadas; volver á aquellas lecturas favoritas, y á aquellas pláticas amenas, y á aquel descuidado vagar de la fantasía; y condensándolo todo en un proyecto feliz, organizar con la cooperación de cuantos se interesaren por el adelantamiento de las ciencias y de las letras, una institución con eficacia bastante para influir en la cultura intelectual de nuestra nación y de nuestro tiempo.

"Hoy ya podemos ver realizada aquella aspiración nuestra. El *Centro de Artes y Letras*, que no ha nacido ciertamente, con la rauda facilidad con que prende y se desarrolla todo lo efímero, no arraiga en suelo movedizo sino en el muy estable y seguro de una concorde armonía de principios, y de un amplio criterio literario.

"Trabajará cuan poderosamente se lo permitan sus fuerzas en difundir el gusto y la afición por las muy amables tareas del arte y las muy provechosas disquisiciones de la ciencia. No rechaza ningún orden de conocimiantos, sino que aspira á darles á todos impulso decidido. Filosofía; literatura; ciencias morales y políticas, siempre que sean tratadas de modo especulativo y con alteza de miras; ciencias naturales; linguística; y especialmente la filosofía de lo bello, ó estética; todas habrán de encontrar en este *Centro de Artes y Letras*, campo apropiado para su estudio y ejercicio.

"Él no cierra á nadie sus puertas, que antes las abre espaciosas para que por ellas entren cuantos deseen hallar estímulo fructuoso para su ingenio y grato solaz para su fantasía. Otra condición no exige, así en las disertaciones orales como en los trabajos escritos, que un noble acatamiento á la fe de nuestros padres y á la moral que

de ella se deriva; sin que por esto se dé nadie á entender que esta institución, puramente literaria y científica, persigue un determinado fin apologético, moralizador ó docente.

«Reconocemos y proclamamos la libertad artística en todas sus variadas manifestaciones; ni pretendemos encerrar al ingenio, como entre vallas insalvables, en los más ó menos estrechos recintos de ninguna escuela ó doctrina. Si queremos que la vivífica lumbre del ideal cristiano nos ilumine, es porque en él se contiene todo de muy excelsa manera: idealismo y realismo; literatura simplemente bella ó tendenciosa; plasticismo griego; luminación oriental; nebulosidad sajona; todas las formas del arte, todos los gustos y caracteres del ingenio. El espíritu cristiano lo abarca todo en sincretismo razonado y fecundo: de igual modo concibe, diseña y eterniza en obras de perennidad incontestable los grandiosos crepúsculos del recuerdo que las auroras inmortales de la esperanza; así se complace en revivir lo pasado como en retener la fugacidad de lo presente ó prevenir con intuición soberana lo futuro; abraza la ciencia en todas sus esferas, así en lo material como en lo espiritual, y á la vez que estudia con la ontología la realidad objetiva de las cosas visibles, ahonda en las profundidades psíquicas de la conciencia, y analiza hasta los más indefinidos matices del sentimiento; y al explayarse en la inmensidad deslumbradora del arte, concuerda ó más bien funde en unidad altísima los conceptos augustos de lo verdadero, del bien y de la belleza.

. . . . . .

«Si el *Centro de Artes y Letras* se encamina á promover, como queda dicho, la actividad literaria de sus

miembros y á coadyuvar al progreso del arte y de la literatura nacionales, aspira igualmente á ejercer una influencia positiva en el ambiente social que le rodea, depurando el gusto y difundiendo el suave calor de la vida intelectual y de la emoción estética.

"Excusado sobre superfluo sería demostrar cuán fructíferos resultados consiguen asociaciones como éstas, cuando las anima un propósito común. Mucho alcanza, á la verdad, el ingenio que en el apacible retiro de sus meditaciones estudia y cultiva el arte á que su vocación lo determina; pero es obvio que al encerrarse en el egoismo de su propia fama, no llegará á irradiar en torno suyo la suma de conocimientos que otros, menos sabios pero más expansivos, divulgan con generosa perseverancia. Y ello consiste en que las ideas no son como esas lagunas solitarias y hermosas aprisionadas entre altísimas cordilleras, sin cauce ninguno por donde se deslicen sus aguas inútiles y baldías; sino raudales que buscan la tendida llanura de los campos para fertilizarlos con sus corrientes y embellecerlos con sus rumores. Que es una necesidad imperiosa de las ideas, con especialidad de las que se disputan el predominio del sentimiento en la vida contemporánea, reunir en torno suyo á sus mantenedores para extender su dominio, vigorizar su influencia y asegurarse la victoria.

"Ni se diga que tales prodigios sólo puede alcanzarlos la fuerza germinativa y ardiente de un ideal con suma claridad discernido, ó de una aspiración con gran vehemencia anhelada; porque sin contar que no le faltan ideales propios á nuestra vida intelectual, que sí los tiene y muy dignos de llenar con su luz las inteligencias, basta el suave calor que en todas las almas infunde la inquisi-

ción de la verdad y el razonado examen de la belleza para atraer y concertar en un anhelo fecundo las voluntades. Y ya que no tengamos hoy día, porque nuestra civilización no los consiente, aquellos magnos ideales antiguos que arrasraban en pos de sí á pueblos enteros y naciones y razas, tenemos, sin embargo, otros de naturaleza distinta y, sin duda alguna, de mayor trascendencia para los destinos del hombre, de la familia y de la humanidad. No se necesita investigación muy recóndita para descubrirlos: basta para ello el estudio serio y reposado de la época en que vivimos; de sus preocupaciones y creencias, de sus gustos y caprichos, de sus dudas y certidumbres, de sus esperanzas y temores: que el arte literario debe ser, antes que todo, expresión verdadera, si idealizada, del medio en que se desarrolla y florece, y de la sociedad, cuya peculiar naturaleza le informa.

. . . . . .

«Pero, si bien la literatura tiende á representar como en una imagen viva y animada el aspecto social de un pueblo en los varios períodos de su existencia, tiene todavía otro fin más alto, cual es de abrir nuevos horizontes y rumbos nuevos á la incesante progresión y al continuo anhelar de las sociedades. Para cualquiera que haya estudiado, aunque sea de un modo compendioso y breve, la historia de las manifestaciones artísticas de un pueblo, no será punto muy recio de esclarecer y de probar el influjo, decisivo á veces, que ellas han ejercido, no ya sobre los gustos y las costumbres únicamente, sino que también sobre arduos problemas de moral ó de política, ó sobre asuntos de indiscutible importancia para la vida de las naciones. Por cierto que para conseguir tan es-

pléndido resultado no basta la mera educación literaria, ni el aislado esfuerzo de un individuo, por grande ingenio, rica sensibilidad y opulenta imaginación que él tenga: menester será que busque en el trato continuo de sus semejantes atmósfera renovada y vivaz para sus concepciones; que aplique el oído y el pensamiento al rumor incesante de las pasiones que bullen alborotadas; que se embeba (si es dable declararse de este modo) en el espíritu general de su siglo, y en el particular de su nación y de su raza; pero guiándose, en todo caso, por aquellos resplandores eternos de la verdad, y modelando sus creaciones según el arquetipo inmutable de la belleza.

«La complicada estructura del arte contemporáneo, que ya no se satisface, como debiera, con sus altos fines estéticos, sino que trabaja y lidia por constituirse en pregonero ó heraldo de tesis filosóficas ó de doctrinas políticas; esa misma tendencia suya á servir no más que de ropaje y gala de sistemas trascendentales ó de abstrusas cuando no fantásticas teorías; su propensión invencible á convertirse en maestro de las costumbres y guía de las opiniones: todo ello conspira para que el escritor, como el poeta, y como el artista no busquen ya sus ideas en la soledad reflexiva de su pensamiento, sino en el incesante oleaje de la vida social, política y literaria.

«No poco habrán de contribuir para tal objeto las periódicas reuniones del *Centro de Artes y Letras*. La selecta cuanto numerosa concurrencia que llena hoy esta sala, es muy dichoso presagio de que este instituto nacido entre afectuosos recuerdos y promesas halagadoras, habrá de rendir, en plazo breve, fruto sazonado y copioso.

«Debo significar, por último, que el *Centro de Artes y*

Letras de ningún modo desea el aniquilamiento de otras sociedades análogas á él por su objeto y principios fundamentales; ni lo anima propósito ninguno centralizador y absorbente; por el contrario, desea que todas ellas se robustezcan, y dilaten cuan largamente puedan sus beneficios: lo que intenta no es más que unificar tantas dispersas actividades y dar impulso mayor al movimiento literario á que obedecen todas aisladamente.»

REVISTA LITERARIA

LAS PRIMERAS REPRESENTACIONES DRAMÁTICAS EN CHILE

Por don Miguel Luis Amunátegui

(Trabajo leído en la sesión inaugural de "El Centro de Artes y Letras")

El libro del señor Amunátegui sobre las primeras representaciones dramáticas en Chile, que acaba de aparecer en edición oficial, tiene con los apuntes biográficos sobre don Jose Joaquín de Mora,—á que no há mucho tiempo dediqué un artículo,—varios puntos de semejanza y analogía en cuanto á su nacimiento y composición, aun cuando es más interesante si se le considera en orden á la materia de que trata.

Como dichos apuntes, se publicó primero, parcialmente, en la *Revista de Santiago*, allá por el año de 1872; y como ellos, aparece ahora adicionado con nuevos datos y nuevas observaciones que el señor Amunátegui redactó después de la primera publicación.

Pero tal circunstancia no es la más digna de ser tomada en cuenta, tratándose de la analogía entre las dos obras, porque sólo revela—y es saludable revelación,—

que su autor, lejos de echar en olvido los trabajos que daba á luz, y de dormirse sobre los laureles que le conquistaban, seguía estudiándolos, corrigiéndolos, perfeccionándolos, en una palabra; sino que hay semejanzas en la manera de composición, que dan á conocer la personalidad literaria del señor Amunátegui en un período de su laboriosa existencia.

Antes de consignarlas y de manifestar que son extensivas á esta obra algunas de las observaciones que me sugirieron los apuntes sobre don José Joaquín de Mora, advertiré, siquiera sea de paso, que el título de «Las primeras representaciones dramáticas en Chile», no es el más apropiado al libro porque no corresponde exactamente al vasto cuadro que en él se encierra; no lo censuro, sin embargo; es un detalle insignificante cuya irregularidad proviene de que en el libro se han insertado, con buen acuerdo, á mi juicio, diversos artículos que sobre teatros escribió el señor Amunátegui en época reciente y que no tienen relación íntima con el plan trazado en 1872.

Mediante la inserción de tales artículos, el libro ha perdido la unidad que tenían los escritos publicados por el señor Amunátegui en la *Revista de Santiago*, pero ha ganado en interés y en amplitud de materia. De esta suerte la obra no sólo considera las primeras representaciones dramáticas en Chile, de que se tiene noticias, verificadas un siglo más ó menos, después de la conquista, y de su origen «en el recinto de los conventos ó á su sombra,» sino que marcha á través de las vicisitudes de nuestro teatro, hasta una fecha muy próxima, y se cierra con las representaciones que dió entre nosotros la eminente actriz Sara Bernhardt.

Es verdad que por efecto de dichas agregaciones se notan en la obra lagunas demasiado sensibles para que pasen inadvertidas y deficiencias fáciles de subsanar y que el autor habría subsanado, como habría llenado aquellas, á no haberle arrebatado la muerte cuando aun estaba en el trabajo; pero con todo, juzgo de buen acuerdo el haberlas introducido, porque así el arsenal de noticias y de observaciones es más abundante, más variado y de mayor interés.

Hecha esta advertencia, que se refiere no tanto al título como á la obra misma, corresponde hablar de su forma de composición.

Aquí principian las analogías más importantes con el libro acerca de Mora, porque la obra en que me ocupo, como esotra, es no sólo de literato, sino también, y más que de literato, de recopilador; hay, en efecto, por cada página del señor Amunátegui, dos ó más de citaciones con las cuales el autor confirma lo que ha expresado ó nos da á conocer la opinión ajena.

Yo no digo que este sistema de recopilar sea menos bueno que el de redactar, extractando los documentos y vistiéndolos de forma propia y adecuada á la narración, aunque no es tan literario en el sentido artístico, nó; es indudable que históricamente vale más porque afianza con prueba testimonial los hechos que se enuncian, dándoles hasta cierto punto un carácter de indiscutible veracidad, y un libro así compuesto ofrece á los futuros historiadores que quieran explotar el mismo campo que el señor Amunátegui ha recorrido, una rica fuente de informaciones para dar á conocer con todos sus detalles la vida de nuestro teatro; yo no digo tampoco que tal sistema no sea á las veces indispensable para exponer algu-

nos hechos ó para manifestar con todo su colorido las controversias á que han dado lugar los diversos asuntos con el teatro relacionados, que tal vez perderían en la narración el sabor de la época y perderían la intención que sus autores les imprimieron; ni digo tampoco, porque no hace á mi intento decirlo en este párrafo, que de dicho sistema, bueno ó malo, ha usado el señor Amunátegui con poca parsimonia, insertando documentos que, por interesantes que sean, tienen escaso, remotísimo nexo con la materia de su obra; tiempo y oportunidad habrá después de hablar en esto: asiento sólo el hecho para dejar bien establecida una de las notas características de la escuela literaria del señor Amunátegui.

Por lo expuesto, se comprende que la obra de que trato no es sólo un estudio crítico sobre las primeras representaciones dramáticas en Chile, sino más bien un repertorio de noticias y de observaciones interesantes sobre representaciones y producciones teatrales entre nosotros, y en el cual, si la crítica y la filosofía tienen parte, ni forman la más importante, ni resuelven los problemas que plantean.

Es cierto, como se ha dicho en un artículo de diario, que la filosofía anda siempre de incógnita entre los bastidores, porque da á conocer el espíritu de la sociedad en diversos períodos de nuestro teatro, y así vemos que en varias épocas se le ha querido poner, y de hecho se le ha puesto, al servicio de ideas políticas ó sociales. El señor Amunátegui recuerda, por ejemplo, que después de 1810, algunos patriotas para quienes la revolución había tenido por objeto no sólo independizar á Chile de la madre patria, sí que también de los principios religiosos, "desplegaron particular empeño por imprimir al tea-

tro una tendencia anti-clerical,» y que poco tiempo después, cuando se principió á discutir la libertad de cementerios, cuestión tan debatida como despóticamente resuelta por la ley, los liberales quisieron oponer el teatro al púlpito, y entonces se representaron piezas como el *Aristodemo* y *El abate seductor*.

Quiero detenerme en este punto, nó para rebatir las opiniones y exageraciones de algunos patriotas, enunciadas por el señor Amunátegui, y que sólo prueban los extravíos de un grupo de hombres que en otro orden de ideas tuvieron luz más segura é intención más benéfica, sino para hacer una observación pertinente sobre el libro mismo, y á la que es aplicable lo que dije sobre el uso del sistema de recopilar.

Si es verdad que para explicar satisfactoriamente el espíritu del teatro es necesario poner de manifiesto cuál es el de la sociedad que lo alienta, y cuáles las causas que lo informan, no es menos cierto que este estudio no debe extenderse á sostener dichas causas ni á combatirlas, porque entonces, aunque hiciéramos una obra útil, nos alejaríamos muy mucho del objeto primario, y correríamos el peligro de salirnos de sus linderos y naturales límites.

Tal es lo acontecido al señor Amunátegui.

Tratando de explicar las causas de la tendencia anticlerical del teatro en la época referida, ha entrado, yo no sé si casual ó deliberadamente, á exponer y dilucidar la primera cuestión que se promovió, en 1819, sobre libertad de cementerios, y ha insertado una serie de documentos que, como él dice, «son desconocidos ó están olvidados,» y que, en realidad, no carecen de interés para el historiador y para el político, pero que encuentro

de más en un libro sobre representaciones dramáticas.

Antójaseme (sin entrometerme en el campo de las suposiciones gratuítas), que tal inserción de documentos y de observaciones propias acerca de dicho asunto, es más deliberada que casual, y que con ella quiso el señor Amunátegui servir á sus ideas; sería ésta una analogía más con el libro sobre Mora, en que el autor defendió la enseñanza oficial, y al mismo tiempo otra nota característica de su escuela, que aceptaba el sacrificio de la unidad y del plan de una obra por la propaganda de las doctrinas.

Los que dedican todas las fuerzas de su actividad á difundir un principio político, aplaudirán sin embozos la tarea del literato que les secunda, pero los que, sin negarnos á los principios, buscamos el arte en las obras literarias, lamentaremos siempre la consumación de semejante sacrificio.

Pasando ahora á la parte crítica de la obra, debo manifestar, como lo he enunciado, que aquella no resuelve los problemas que plantea, aunque analiza algunas de las piezas de que ésta trata.

Es natural que siguiendo el orden cronológico de los acontecimientos, el señor Amunátegui se haya encontrado de frente con cuestiones, antiguas algunas y nuevas otras, relacionadas con el teatro, y en las cuales no se ha detenido con criterio propio lo suficiente para resolverlas ó siquier para dilucidarlas de modo que produzca convencimiento.

La primera cuestión es la de saber si el teatro es contrario á las buenas costumbres y á la moral.

Tal vez en aquellos tiempos de atraso y de ignorancia en que por primera vez se promovió entre nosotros, este

punto sería arduo, espinoso y de difícil resolución: creo que hoy no lo es, y que nadie sostendrá en términos absolutos que hay incompatibilidad entre el teatro y las buenas costumbres; aquel es una rama del arte, una rama compleja, es cierto, que requiere el concurso de la poesía, de la pintura, de la declamación, etc., pero que como arte al fin, eleva el alma á regiones muy puras cuando se ajusta á los principios que deben generarlo; lo que es contrario á la moral y no dudo que pernicioso á las costumbres, es el arte,—si puede llamarse así,—corrompido, que no busca la belleza sino la inmundicia, y que se complace en revolverla, en exhibirla y en salpicarnos con ella.

Pero aparte de aquella supuesta oposición por que era entonces considerado con temor, hay otro asunto relacionado con el teatro, no menos discutido que el anterior, y que el señor Amunátegui pasa de ligero sin darle toda la importancia y sin prestarle toda la atención que se merece: el de la finalidad del arte.

Se ha visto ya que en un tiempo se puso especial empeño en dar al teatro un carácter docente y en dirigirlo, como elemento de destrucción de las ideas contrarias, por el cauce de los principios liberales; las tentativas, ora en ese sentido, ora en el sentido opuesto, han sido débiles pero repetidas hasta nuestros días.

Y bien ¿conviene que así sea?

El teatro, como el arte en general, puede tener un fin docente, y se comprende que lo tenga en épocas de agitaciones, cuando los espíritus están dominados por una idea que desean realizar; todos los medios de que dispone el hombre se dirigen entonces á la consecución de esa idea; pero tal fin no es en manera alguna necesario

al arte mismo, que no tiene más objeto que producir la belleza, y que con sólo producirla alcanza á su pleno y perfecto desarrollo.

De aquí no se deduce que la docencia no sea conveniente, nó; he manifestado algunas veces, y lo repito ahora, que, á mi juicio, tanto mejor será una obra, no en cuanto artística, que tiene su perfección en el arte mismo, sino en cuanto humana, si á su fin propio, que es la belleza, aúna un fin moral, que es la enseñanza.

Una condición se impone, sin embargo, á la moralidad para hermanarla con el arte, y es que no le estorbe, que no le perturbe en su tranquila marcha, que no le impida seguir fielmente las leyes de su desarrollo, que no le perjudique, en suma; si á tal imposición no se somete, debemos combatirla, porque de amigo y compañero se convierte en adversario y en traidor.

Como resumen de estas ligerísimas observaciones, diré que el arte es un sujeto independiente y que tiene su puesto especial y reservado en el recinto de las concepciones humanas; que puede acordarse con otros sujetos para marchar unidos, pero no pierde por este acuerdo su personalidad ni depone sus atributos de señor y de sér libre.

Tales son las dos cuestiones antiguas y principales que flotan en el libro del señor Amunátegui; pero hay otra, de naturaleza crítica también, más nueva y de mayor interés para los chilenos, que se reduce á saber por qué no ha florecido el drama en Chile.

No me propongo dilucidarla, ni me sería dable hacerlo dentro de los límites de este artículo; creo que es materia muy vasta que no puede compendiarse en dos cuartillas: la traigo á cuento para dar á conocer la opi-

nión del señor Amunátegui acerca de ella, y para manifestar que si lo que da por causa pudo serlo antaño, no lo es ogaño, ó cuando menos no es la causa única.

Es cierto que el señor Amunátegui dice que la falta de teatro ó compañía es uno de los motivos de la poca producción original, porque, exigiendo el drama, como se sabe que exige, para alcanzar á su perfección, no sólo de la pieza dramática sino también de la escena en que se la represente, faltando ésta, faltan estímulos para componer aquélla; verdad; pero, sobre todo, según sus palabras textuales, "entre las varias causas de que el drama y la novela no hayan prosperado en Chile como debieran, debe contarse la excesiva gazmoñería del país en materia de amor, esto es, del sentimiento que ordinariamente informa esta especie de producciones;" "existe en el país,—agrega poco después,—un pudor tan asustadizo, no sólo en las mujeres, sino también en los hombres maduros, y aun en los viejos, que rechaza toda página de amor."

Yo no creo tan absoluta ni tan inconcusa esta opinión, sostenida y apoyada últimamente por don Miguel Luis Amunátegui Reyes (1); nuestra sociedad será todo lo mojigata que se quiera, pero no llega hasta hacer escrúpulo del amor,—sentimiento noble que, exhibido con dignidad, eleva el alma y purifica el espíritu de las sensaciones materiales; lo que de cierto rechaza es, no la belleza física ni la admiración que ella causa, sino el desbordamiento de pasiones impuras que sumen los sentidos

(1) Artículo publicado en *La Tribuna* de Santiago, de 6 del mes en curso.—Aprovecho esta nota para decir á mi amigo que el drama *Los dos sargentos*, que atribuye al italiano Carlos Roti, es obra de D'Aubigny.

en el fango, y conducen á la bestialidad ó al crimen. ¿Y acaso es necesario este elemento para la producción dramática? ¿Acaso en el inagotable venero de los sentimientos y de las ideas no hay recursos bastantes para el dramaturgo? ¿Es menester producir el desenfreno, exhibir la mancha, herir la inocencia y acabar con la moral?

Nó; no ha sido aquella la causa de la postración de la dramática nacional; la causa debe buscarse en la falta de teatro, en la sencillez de nuestras costumbres, que también acepta el señor Amunátegui; en el poco desarrollo de la literatura en general; en la escasez de gusto artístico, etc., todo lo cual contribuye en parte á impedir que tome vuelo y crecimiento una de las más hermosas ramas del arte literario.

Sea como se fuere, y aunque el señor Amunátegui no haya ahondado en esta materia como hubiera podido hacerlo, su obra será siempre instructiva y amena y siempre tendremos que admirar la erudición que revela y que felicitarnos del provecho que se saca de un libro de esta naturaleza.

No es cosa sencilla remontarse hasta el origen de la producción teatral y descender en seguida paso á paso, investigando el valor de las piezas dramáticas, el juicio que han merecido á sus contemporáneos, el espíritu que las ha informado, las polémicas que han ocasionado, y salpicando, todavía, este camino, de observaciones propias, de anécdotas, de noticias políticas ó bibliográficas, y de apuntes biográficos sobre algunos dramaturgos, así nacionales como extranjeros.

Para acometer tal empresa, el señor Amunátegui ha tenido que resucitar y dar vida y animación á muchos períodos históricos sepultados en la tumba del pasado;

y persiguiendo el propósito de completar su obra, alcanzó á bosquejar, según se dice, las biografías de otros compatriotas que se han dedicado al teatro, como don José Antonio Torres, don Carlos Walker Martínez y don Luis Rodríguez Velasco.

Voy á terminar estas líneas sin haber hablado antes del estilo de *Las primeras representaciones dramáticas en Chile;* y no lo he hecho porque pienso que tal trabajo será más oportuno cuando se considere en conjunto la labor del señor Amunátegui, cuya escuela literaria, por el corte especial de la frase, por las ventajas é inconvenientes que ésta tiene, y por las apreciaciones tan opuestas á que ha dado lugar, merece estudio más detenido del que corresponde hacer en una mera noticia crítica, como la presente.

LUIS COVARRUBIAS

Agosto de 1888.

EL DESAFÍO DE DOS VALIENTES

(Composición leída en la sesión inaugural de "El Centro de Artes y Letras")

"En este momento los asaltadores abordaron la *Esmeralda* por todas partes, y Cochrane y Guise, cuya rivalidad empeñaba su honor en aquel lance, se dieron la mano en e alcázar de popa."—(GARCÍA REYES, *Memoria sobre la primera escuadra nacional.*)

—"Capitán Guise, mirad
que provocándome á un duelo
cometéis doble delito,
porque sois mi subalterno.

"Si creéis que os he ofendido
y haya de satisfaceros;
si el valor de que hacéis gala
con vuestros labios es cierto;

"Si queréis poner á prueba
las fibras de vuestro pecho,

yo á vuestro reto respondo,
vuestro desafío acepto.

"De impostor y de villano
no son mis actos, por cierto,
que ardiente corre en mis venas
la sangre del caballero.

"Mas, si soy el ofendido,
y razón hay para serlo,
de elegir armas y plaza
me corresponde el derecho.

"No quiero un campo que pueda
dar cuna á un crimen perverso,
que en mi conciencia no caben
miserables sentimientos.

"Para batirme con vos
elijo mejor terreno,
y en él con alma serena
satisfaceros prometo.

"¿Veis allá aquella fragata
llena de bocas de acero
que levanta en su alta popa
de España el pendón soberbio?

"Sobre su puente os emplazo,
y os juro que el que más luego
llegue allí, será el que tenga
más razón y más aliento.

"¿El día? ¡Esta noche misma
¿y testigos? Los dos pueblos
que hoy traban batalla inmensa
á la faz del Universo."

*
* *

Así Cochrane orgulloso
vice-almirante chileno
respondió al capitán Guise,
sin arrogancia, ni miedo,

En la rada del Callao
donde al ábrigo del fuego
de los castillos, mecía
los altivos masteleros

la *Esmeralda*, linda joya
de la mar, hija del viento,
que miraban con codicia
nuestros bravos marineros.

*
* *

Momentos después, la noche
se desmayaba en silencio
como el suspiro del alma
en los brazos del misterio;

Y el mar murmuraba apenas
y en sus ondas los recuerdos
parecían confundirse
con la ilusión de los sueños...

Todo en honda paz dormía:
la naturaleza, el cielo,
la gente de mar, los bronces,
golfo y calles, muelle y puerto.

De esta suerte por las sombras
favorecidos y envueltos
los guerreros de la patria
dieron cabo á un gran proyecto.

Suavemente y sin ruïdo,
á dura fuerza de remo,
en embarcaciones rápidas
preparadas al efecto,

se lanzaron al asalto
de la fragata, en dos cuerpos
divididos: bajo el mando
de Cochrane iba el primero;

seguía á Guise el segundo...
Guise, el atrevido émulo
del héroe, que se empeñaba
por llegar á oscurecerlo...

¡Loca ambición! ¡Cuando brilla
el sol en el firmamento,
apagan su luz los astros,
la luna se esconde léjos!

*
* *

La nave real tenía
á su alrededor un cerco
de lanchas y de cadenas
unidas con lazo estrecho,

que á manera de gigantes
tan celosos como fieros
la guardaban como pueden
en las tiendas del desierto

los beduinos implacables
guardar con ánimo inquieto,
hasta los dientes armados,
la hermosura de su dueño.

Un solo instante de duda,
la indecisión de un momento
consigo traían la ruina
de todo el plan. Pecho á pecho

era preciso destruir
con los puñales el cerco,
para asegurar el golpe
ya sobrado aventurero.

Locura en aquellos días
se llamó el osado empeño...
¡Siempre á las almas mediocres
parecen locos los genios!

*
* *

Súbito resonó un grito
en la popa, otro en el centro
de la fragata, en el puente,
á babor, á estribor... ¡ciento!

Ciento y más... "¡Gloria y victoria!"
"¡Aquí, valientes chilenos!"
"¡Aquí los de España!"—"¡Á mí
mis bizarros marineros!"

Confusión, desorden, ayes,
amenazas, juramentos,
voces de ataque y defensa...
todo en horroroso estruendo

retumbó, como en las nubes
lejano, espantoso trueno,
como un volcán que revienta
en los Andes gigantescos,

¡Cuadro de horror alumbrado
por los horribles reflejos
de un combate sin cuartel,
desesperado y tremendo!

¡Fúnebre, inmortal escena,
para pintar cuyo aspecto,
si el alma tiene pinceles,
no tienen las frases eco!

***

Entre tanta confusión
se oyó una voz, cuyo acento
revelaba extraño idioma,
que sobre el puente y en medio

de la matanza llamaba
al almirante chileno...
—"¿Dónde estáis, Cochrane, decía,
dónde estáis que no os encuentro?"

No bien dijo, cuando todos
los combatientes oyeron
al héroe, que respondía,
su mano a otro hombre tendiendo;

—"Capitán Guise, el valor
no se prueba en necio duelo;
que la sangre no es bautismo
del honor que mancha el cieno..

"Se prueba en luchas más nobles,
de más altos pensamientos,
que en la misión de la vida
hay deberes más excelsos.

"Por valiente os felicito...
desde hoy más, si somos émulos
en hazañas, en virtudes
émulos también seremos!"

"¡Gloria á los bravos que saben
morir con honra en su puesto!

¡Victoria á los que luchando
dan la libertad á un pueblo!»—

*
* *

Para Chile es la *Esmeralda*,
nombre de hermosos recuerdos...
¡Harto dulces y sagrados
de ella yo también los tengo!

CARLOS WALKER MARTÍNEZ

EL CABALLO VENGADOR

(Á Manuel Luis Infante F.)

I

Jamás olvidaré aquel desgraciado accidente. Desde entonces han trascurrido con sus cortejos de lluvias, heladas, desengaños y tristezas, cerca de cuarenta inviernos: y no digo cien años, doscientos que viviera, no me abandonaría su recuerdo, tenaz á despecho del soplo glacial que entorpece nuestras facultades en la vejez.

Fué en Rancagua, en 1888, á los pocos meses de instalada la Feria, y en ella acaeció precisamente.

Era un día de otoño, fresco, perfumado, tan límpido y tan brillante que parecía de primavera. De la tierra, recientemente húmeda por un ligero chubasco, desprendíanse blancos y leves vapores. Reverberaba la nieve en las cumbres de los Andes, y, en el occidente, el azul profundo de los cerros de la cordillera de la costa hacía armónico contraste con las listas celestes, suaves, casi desleídas, del firmamento. Sonreíase la naturaleza, y su

riente aspecto se manifestaba en los rayos del sol, el murmullo de las aguas, revolotear de los insectos, trinar de las aves, correr rápido y juguetón de los animales. Aunque de una especie muy silenciosa, muy íntima, hasta en las hojas amarillentas de los árboles había cierta dósis de alegría. Agitadas por el viento, al caer, sus tenues rumores semejaban himnos dulcísimos más bien que gemidos postreros. Apagadamente canoras eran las ondas del aire, aire saturado de benéficos efluvios. Respirando tan dulce ambiente, acaso los hombres se desentendían siquiera por un instante de la vida real, dando tregua á los negocios, á las zozobras, á los pesares, para abrir sus pechos á la esperanza, creer en el amor, soñar con la fortuna, mecidos en la deliciosa hamaca de red tejida por los dedos sonrosados de las gayas ilusiones. De seguro que en aquella espléndida atmósfera flotaban, envueltas en sus túnicas resplandecientes, las hadas de la salud, de la dicha, del buen humor, siempre avaras de su presencia para con los mortales.

Nada más ajeno á tan hermoso día que la idea de la muerte.

II

Al arrullo de tan agradables impresiones, galopaba en un alazán por el camino que conduce á la Feria. Cuando llegué á ella me sorprendió el cuadro animado y bullicioso que ofrecía. Hallábase ocupado su vasto local por más de quinientas personas. Cerca de la entrada crujía larga y gruesa vara al esfuerzo de formidable línea de caballos que, hábilmente manejados y en dos

bandos divididos, topaban ferozmente. Tenacidad sajona, astucia italiana, abundante sudor, animosos gritos, guapas intergecciones, ardor y sangre fría á la vez, ponían en juego á fin de triunfar aquellos bravos jinetes. Contemplábalos una compacta muchedumbre que no cesaba de vitorear á los vencedores y de *pullar* cruelmente á los vencidos. Ahí, juntamente con el sol, resplandecía indiscutible el derecho del más fuerte, izada en lo alto de un poste la bandera del éxito. Un extranjero no hubiera podido menos de imaginarse que en aquella vara, cuyos centímetros eran porfiadamente discutidos, se verificaban las elecciones del país.

Allá, en el otro extremo, sonriendo con sus rostros enrojecidos por el viento y la buena vida, examinando los animales encerrados con unos ojos chispeantes de malicia, de esa fina malicia de los campesinos, recorría los corrales, diseminada en diversas partidas, una de más de cincuenta jinetes, administradores de fundo ó pequeños propietarios en su mayor parte, todos ellos vistosísimos con sus sombreros de pita de ala desmedida, pañuelos multicolores atados al cuello, mantas listadas, flecos colgantes de la faja de seda, plateadas hebillas de las polainas, espuelas relucientes con enormes rodajas. Pero donde verdaderamente se encontraba la flor y nata, la crema de los inteligentes, donde ese examen más profundo aún, si cabe, se atendía por los interesados y curiosos con mayor respeto, era en el arco del ancho puente del canal que aún hoy día atraviesa aquel terreno. Allí estaba el cenáculo. Componíalo un puñado de abasteros, quienes desde la altura de sus bien mantenidos cuadrúpedos y de sus muy panzudas personas, fumando unos cigarrillos de hoja tamaños como un pértigo de carreta,

lanzando al aire desdeñosas bocanadas de humo, sin apelación y con aquella aparente pachorra que les es característica, fallaban sobre las cualidades de las bestias, ¡oh cátedra de la mentira! según la conveniencia de sus negocios. Proclamar malo lo que es bueno y viceversa, ¿qué máxima más lógica y natural? Aquellos juicios reñidos con la verdad eran dignos de corredores de comercio en la Bolsa y fuera de ella.

La parte cívica de aquella heterogénea concurrencia hallábase casi en su totalidad calentando los bancos colocados á la sombra de un gran sauce llorón, tan cargado de años como de ramas. En uno de ellos el cura, el intendente, el juez de letras, don Trifón González, primer alcalde, el joven don Aniceto Sánchez, llegado por primera vez el día anterior, diputado por el Gobierno y también por el departamento, aunque desconocidos en todo él, y don José Martín Peñaloza, senador por la provincia, varón de escasas luces, pero gobiernista acérrimo y riquísimo hacendado, charlaban, reían y bromeaban, formando un grupo tan amistoso, tan festivo y tan cordial que bien valía la pena de haberlos, por arte de brujería, momificado de repente, sorprendiéndoles en sus afables gestos y sonrisas melosas, á fin de sacar de todos ellos y con todos ellos un sólo molde para un gran modelo que, una vez vaciado, serviría á las mil maravillas de magnífico mentís á la tradicional mal avenencia entre nuestros diversos poderes constitucionales.

Al pie del sauce levantábase una pequeña tarima sobre la cual, puesto de pie y martillo en mano, don Joaquín Lanza abrió en esos momentos la Feria, gritando:—¡Atención, señores!—Acto continuo, con grandes bríos, principiaron á cruzarse las ofertas y demandas, sucedién-

dose con rapidez las posturas. ¡Ah! bien se conocía en la voz robusta, alegre, azás sonora y vibrante del martillero que aquella feria prometía buenas cosas. No era esa vez como otras, ¡qué diablos! en las que don Joaquín se estropeaba los pulmones durante largas horas por unas cuantas bagatelas, como monturas usadas, arados de palo, puertas viejas, carretas inservibles; y por unos animalejos raquíticos, enfermos, casi aéreos, sin fuerzas suficientes para ensartar siquiera el aire con sus astas, miserables restos que aún sobrevivían á sus compañeros, muchos de los cuales, tendidos largo á largo, mordían el polvo de los caminos, víctimas de la picada ó de la telaraña, oliendo mal y estorbando el paso; ó por unos mancarrones flaquísimos, indignos de la posta, llenos de mataduras, cubiertos de llagas, inútiles hasta para el provecho del cuero, buenos tan sólo para convertirlos en aceite para las máquinas, conservando, merced á tan hedionda industria, aún más allá de la tumba su cualidad de séres con fuerza motriz. Nó, ahora era muy distinto. Novecientos vacunos mestizos, de primera calidad, pertenecientes á la sucesión de don Francisco de Paula Vasconcelos que formaban cincuenta lotes, á más de unos quince lotes compuestos de un toro inglés y otro chileno, una partida de caballos frisones y otra de vacas lecheras, una yeguada de trillar y otros varios animales que no recuerdo...

He aquí la causa de aquella animación extraordinaria, de esa numerosa concurrrencia.

III

—¡Atención, señores!—volvió á reclamar don Joaquín Lanza apenas los empleados concluyeron de intro-

ducir en el corral de las tribunas un piño de setenta novillos, media sangre, de dos á tres años, cuya gorda presencia colmó el entusiasmo de los concurrentes.

—Este es el lote número uno, señores. Como veis, es un lote de prímer orden, superior. Podéis rematarlo en uno solo ó en pequeños de á diez, á vuestra elección. ¿Cuánto por cada cabeza de estos espléndidos animales? Vamos, una oferta, una oferta cualquiera, para comenzar...

—Treinta pesos,—dijo al fin uno, por decir algo.

Esta oferta rompió el fuego. Tras ella se atropellaron las siguientes: treinta y un pesos;—treinta y dos;—un peso más;—treinta y cuatro;—treinta y cuatro, cincuenta —treinta y cinco;—treinta y cinco, cincuenta;—veinte centavos más;—otro veinte más;—treinta y seis, diez;—quince centavos más;—treinta y seis, cuarenta;—sesenta centavos;—setenta centavos;—ochenta centavos;—treinta y seis, noventa;—treinta, y seis, noventa y cinco;—cincuenta pesos.

Un largo espacio de silencio, impregnado de asombro, sucedió á la última oferta, silencio que se prolongó á despecho de las ardientes protestas y reiteradas instancias del martillero.

—¿Cómo es posible, señores, cómo es posible que así tan tranquilos toleréis semejante enormidad? ¡Cincuenta pesos! Nadie, absolutamente nadie se atreve á dar un centavo más... ja, ja, cincuenta pesos por unos animales de la calidad de éstos... es una miseria... ¡ni cuyanos que fuesen! Vamos, ¿quién dice cincuenta y uno? ¿Conque nadie quiere gangas? Almas de cántaro...! ¿Acaso habéis comido ratones, señores?

En vano del anterior modo don Joaquín peroró un

buen trecho; don Joaquín imprecó á los espectadores; don Joaquín alzó el grito por encima de los tejados. Inútil fué todo su aparato de mímica; igualmente inútil todo su derroche de garganta. Aquel salto audaz, aquella brusca transición de treinta y seis pesos, noventa y cinco centavos á cincuenta pesos parecía haberle sorbido los sesos á los interesados. Y no era que el precio fuese exajeradamente alto; al contrario, era bajo. Sin dificultad habrían pagado de sesenta á sesenta y cinco pesos en las ferias de Santiago; y ¿con cuánta mayor razón en la de Rancagua, donde las ventas de animales alcanzaban siempre elevados precios?

Mal que le pesara, don Joaquín no tuvo otro recurso que dar el martillazo i ordenar se estendiese la partida á favor del señor que hizo la última oferta. Si los rayos visuales ocasionaran males físicos, más le habría valido al autor en el momento de recibir la respectiva boleta ser colgado del sauce que soportar las miradas de reojo, preñadas de envidia rencorosa ó de risible desdén, que, cual picos y uñas de buitre en insepulto cadáver, se clavaron en su persona.

Respetable era el número de los chasqueados; cada uno de ellos había acudido con el ánimo resuelto á apropiarse aquellos animales, espléndidos, como los había calificado el martillero, y todos ellos habían quedado burlados en sus esperanzas á causa del error en que incurrieran. El engaño general consistió en creer que la intención del señor de los cincuenta pesos era la de quedarse á todo trance con los novillos, resolución que él ni siquiera había soñado. Ofreció los cincuenta allá por si acaso; y la acertó. Semejante chiripa irritaba.

—¡La suerte de los pícaros!—murmuró en voz alta y

riendo forzadamente don José Manuel Ustáriz, sujeto entrado en años, de cierto prestigio debido á su fortuna, única cualidad moral de algún valor que poseía, pues por lo demás era sencillamente un guaso gordo, rechoncho, coloradote, gran lagarto en negocios de vacas y frejoles, un tanto egoísta y otro tanto avaro para todo lo que no fuera el regalo de su humanidad, no menos cuadrada de cuerpo que obtusa de espíritu, según las malas lenguas y también según las buenas.

La frase de don José Manuel, nacida al calor del despecho, hizo sensación; y todos repitieron:—¡La suerte de los pícaros!

IV

Ociosidad es decir que la anterior indirecta iba enderezada contra el señor de los cincuenta pesos, quien, maldito lo que se inquietó por ello. Ni siquiera un solo músculo de su impasible y bello semblante se contrajo en señal de desagrado. Era este señor el joven de más hermosa figura que yo haya visto en mi larga vida. Rubio, alto, gallardo, un poco delgado, un tanto pálido, de ojos rasgados y claros, su esbelta persona habría inspirado simpatías irresistibles á no ser por su gesto irónico, expresión de audacia, aire insolentemente orgulloso, mirar frío, penetrante y en sumo grado altanero. Bastaba mirarlo para convencerse de que era uno de esos séres soberbios que después de haber, en fuerza de escándalos, provocado las murmuraciones y conquistádose la malquerencia de sus semejantes, concluyen, pequeños Satanes, por aceptar el reto y recogen arrogantemente el guante lanzado por la sociedad justamente indignada. Llamába-

se Juan Haro. Su edad sería más ó menos la que inspiró á Espronceda ese soberbio canto á Teresa. Y ya en tan temprana época de su vida, pesaba sobre sus hombros negra nube de odio. Nube que le amenazaba, pero que no lo hería, porque Juan era el hijo predilecto de la fortuna. Acaso hasta el presente ninguno de los descendientes de Adán ha hecho su entrada en este mísero planeta protejido por tan feliz estrella. El astro benéfico que presidiera en su nacimiento, le acariciara en la cuna y le guiara en los primeros pasos, no le había abandonado ni por un momento. Leal y constante, no se había eclipsado jamás; por el contrario, no habiendo cesado de derramar ondas de luz sobre el camino de su existencia, la suerte de Juan era fabulosa bajo muchos conceptos.

Éralo en el juego. El baccarat y el monte, el julepe y la poca no le ocasionaban otra molestia que la de obligarlo á recojer á manos llenas el dinero, siempre solícito de cobijarse á la sombra de sus bolsillos. No había noticias de que él hubiese perdido una apuesta, por atrevida y disparatada que fuese. Sus caballos de carrera, así los del país como los de británica raza, eran siempre los primeros, no encontrando dignos rivales en las canchas campesinas los unos y siendo los otros premiados todas las primaveras en el Club Hípico de Santiago, con la rara circunstancia de que yendo rarísimas veces á la capital tenía que valerse de agentes.

Éralo también en sus conquistas amorosas, y esta suerte más que otra alguna excitaba la envidia y azuzaba el encono de sus enemigos. Concurrían á facilitarle sus endiablados triunfos la triple fuerza de la hermosura, la fortuna y una carencia de moral práctica tan absoluta,

que aquella célebre máxima de un personaje de Dickens: "La castidad es una de las tantas profesiones industriales de los pillos," era quizás la única convicción arraigada de aquel hombre sin convicciones.

Éralo princincipalmente en sus negocios. Ni la Bolsa, esa coqueta azote de las ambiciones inexpertas, se había permitido veleidades para con sus cálculos, siempre coronados por el éxito. Y respecto á sus trabajos agrícolas, baste saber que las gentes del lugar decían de este afortunado mozo que aun cuando sembrara cardo negro no dejaría de cosechar miles de pesos.

Hasta el mismo fallecimiento del autor de sus días, el respetable senador don Raimundo Haro, muerto repentinamente á consecuencia de un ataque cerebral, no había sido para él sino una de las tantas manifestaciones de la influencia protectora de su buena estrella. Exasperado don Raimundo con la conducta siempre perversa de su hijo, acudió, resuelto á desheredarlo, á casa de un notable abogado de Santiago, en cuyo zaguán, al salir, después de una larga conferencia, súbito golpe de sangre lo tumbó para no volver ya á levantarse. Muerto intestado don Raimundo, Juan, hijo único, heredó toda su hacienda.

V

No siempre había sido blanco de odios. Lejos de eso; cinco años antes su compañía era, si no solicitada, por lo menos grata aun para las personas severas. Merced á su generosidad que traspasaba la largueza y rayaba en el derroche, merced á sus modales francos, afables y caballerosos, buen humor y alegría permanente, agudeza de ingenio y espiritualidad inagotable, predominaba en

el muy bribón con tal energía el elemento simpático, que sin mucha dificultad hacíase perdonar hasta sus mayores fechorías. Pero, á datar de la muerte de su noble padre, ocurrida justamente un quinquenio atrás, se había verificado en su carácter un cambio atrozmente desfavorable á su sér moral.

Esta brusca transición explicábanla sus conocidos de diversos modos. Unos la atribuían á molestísima afección al hígado contraída á consecuencia de sus prematuros desórdenes; otros á una causa extraordinaria, misteriosa, algo como un castigo providencial, bien pudiera ser que estuviese endemoniado... y los más decían sencillamente ser cosa naturalísima, dada su vil condición, su índole perversa. Si antes atrajo por sus amables y brilantes cualidades, fué únicamente porque su clara inteligencia le hacía comprender lo muy necesario que era para un desvalido culpable el captarse la voluntad de los demás; mientras que desde el momento en el cual, junto con caer la losa de la tumba sobre el cadáver del padre, había quedado el hijo señor de una elevada posición y dueño de una cuantiosa fortuna, ya no había tenido reparos en romper los vigorosos frenos con que la fuerza de las circunstancias sujetara hasta entonces los ímpetus de su genio feroz y corazón ardiente.

Los sostenedores de esta interpretación, sin duda la más sensata, apoyándose en un examen prolijo, recordaban cómo á los diez años de edad ya había amargado los últimos días de su madre, indignada con las precocidades del muchacho hondamente perturbadoras al órden y moralidad domésticos; cómo á los quince ya había recorrido uno tras otro los colegios de Santiago y Valparaíso hasta parar en la Marina; cómo más tarde, durante

unas vacaciones en que se encontrara don Raimundo en el campo, habíase aprovechado de su ausencia, para vender, después de forzar cajones, las joyas de la familia y algunos títutos de crédito, con cuyo producido emprendió un viage á Europa, dónde,—á ser ciertos los cuentos de suyo exagerados cuando no inverosímiles refiriéndose á semejantes tipos, pasto sempiterno de ociosas inventivas —no fueron las menores de sus aventuras las de destapar los sesos, movido de los celos, á una célebre bailarina napolitana; dejar exámine en el campo del honor á un barón alemán, hendido el cuello de un sablazo; falsificar billetes del Banco de Londres en compañía de un limeño, dos yankees y una italiana; y cómo á su regreso, de paso por el Perú, ocupada Lima por nuestras tropas, hallándose falto de dineros, salió del apuro mediante un matrimonio fingido, plan ideado entre copas y puesto en práctica con la ayuda eficaz de tres tunos, amigos decididos, de esos hasta la muerte, de los cuales dos, habiendo servido de testigos y uno echado las bendiciones merced á un disfraz de presbítero, casaron al insolvente con una jamona muy vieja, muy fea, muy noble, muy rica, y muy tonta; y cómo por último...

Mas no pretendo repetir todas las historietas relativas á Juan: tendría que escribir un volúmen. Me limitaré á la última de sus hazañas.

VI

Zoilita Azola era muy linda,—la más linda del pueblo; —pero difícil. De alientos falaces la resguardaban no solamente su virtud, sino también la integridad y honradez de su padre, *ño* Pedro Azola, de profesión herrero, alias

el maestro Quique. La severidad de este hombre digno aunque pobre, tachada de áspera, no admitía transacciones de ningún género, sobre todo, en un cierto género de suyo espinoso. Nada podía constatar mejor la altivez de su temple que la cabeza, por fortuna levemente herida, del rico agricultor Dieguito Martínez. Á una excelente proposición de dinero que el bellaco mozo hiciera al maestro, contestó con ejemplar laconismo ño Pedro dando un garrotazo al proponente, cuyo eco formidable, cual si fuera estampido de escopeta, ahuyentó los carnívoros que hacía dos años agitaban sus negras alas revoloteando al rededor de tan hermosa presa.

Demasiado sabido es que las dificultades son imán irresistible para ciertos sujetos. No apagado aún el ruído del golpe, Juan, que anteriormente ni siquiera se había preocupado de la muchacha se propuso triunfar de ella venciendo todos los obstacúlos posibles Y los venció; pero á lo Alejandro Magno, robándose á Zoilita.

Pedro Azola no se abatió. Hecho una joroba, flaco como un perro, con la cara una cuarta más larga que de ordinario, viósele durante año y medio golpear con mano firme el aldabón de las puertas de la justicia hasta obtener contra el raptor una sentencia condenatoria.

La sentencia del juez del crimen, confirmada por la Corte Suprema el 6 de junio de 1888, condenó á Juan Haro á pagar mil pesos. ¡Pena fácil de cumplir; infamia imposible de borrar!

Esa sentecia fué el triunfo del pobre herrero, pero también fué su muerte. Cinco días después se encontró su cuerpo cosido á puñaladas en su mismo lecho.

Sin titubear, el dedo del pueblo señaló á Juan como el malhechor. En cambio la justicia, que necesita pruebas

tan claras como la luz del día, según el espíritu y los términos de nuestra legislación penal, no podía inquietarle en lo más mínimo. Fuera de los rumores populares no había rastros ni indicios de ninguna especie. Ejecutado el crimen con habilidad suma, habría sido más fácil descubrir un delito perpetrado por sombras ó por espíritus.

VII

He aquí, pues, la causa de que los lectores, al comienzo de esta relación, encontransen tan tranquilo á nuestro héroe en la Feria. Durante el trascurso de ella hasta el suceso crítico, que en breves palabras trataré de referir, mantuvo su imperturbable continente.

Iban ya rematados cincuenta lotes y faltaban aún para concluir, quice más, El martillero pasábase un pañuelo por la frente sudorosa, y de cuando en cuando para reanimar la voz, remojaba su garganta con pequeños sorbos de cogñac diluído en agua de Seltz. En esos momentos acercóse á la tarima el hijo del finado herrero, Perico Azola, un muchachón como de unos veinticuatro años.

—Señor,—le dijo en tono triste y humilde á don Joaquín Lanza,—su merced me va á hacer un servicio. Traigo una bestiecita... *ese* que está ahí. ¡Rematemelo, patroncito!

—Nó, hombre,—le contestó secamente don Joaquín. Ya se los he dicho repetidas veces... se lo he dicho á todo el mundo... El que quiera que se le remate algo, debe traerlo á más tardar antes de las doce del día. Es regla inflexible; y mucho más ahora,—prosiguió en voz alta para que todos le oyesen,—que estoy recargado de trabajo y que tengo que concluirlo, aunque venga la

noche... Seguiré con la luz de la luna, si es preciso.

—Pero esta vez, mi patroncito,—replicó el hijo de Pedro Azola,—no será lo mismo. La regla fallará; no podrá menos de fallar. Su merced es bueno con los pobres y mi desgracia es tan tamaña... Á mi padre lo asesinaron la noche del miércoles. Con hoy van cuatro días, y todavía no he podido enterrarlo. Me faltan unos cinco pesos para pagar el cajón. Está concluído; pero el carpintero no quiere entregármelo hasta que no le entere. Además hay otros gastos... Si no puede rematarlo, ¿por qué no me lo compra, mi patroncito? Se lo doy muy barato. Hágame ¡por la Vírgen Santísima! este gran favor, que Dios, protector de los desgraciados, se lo pagará á su merced.

—¿Pero qué no dejó plata tu padre?

—Nó, señor. No se ha encontrado nada, ni un centavo. Tengo entendido que enterraba: temía los robos. Él no nos alcanzó á decir. Yo y mi... hermana, la pobre Zoila, hemos buscado mucho, mucho, pero inútilmente... Ni ayer ni hoy nos hemos llevado ni tanto así de pan á la boca.

Mientras atendía don Joaquín á Perico Azola, se produjo una confusión. El lote cincuenta y uno, un torazo de las serranías de Cauquenes, digno por su fiereza de figurar en las corridas de España, rompió la empalizada, saltó el canal, embistió contra una mula, dió de cornadas á un tonel y, atropellando dos chiquillos, un cojo y una vieja, rápido como un volador se coló en la viña.

—¡Esta si que es buena! ¡y cuándo más urge el tiempo! —exclamó don Joaquín dirijiendo una mirada inquieta al sol, próximo ya á las montañas de la costa.

—¡Amador, Amador!—gritó en seguida á su ma-

yordomo,—trae el lote cincuenta y dos, pronto, pronto!

Y luego, volviéndose hácia Perico Azola, le dijo afablemente:

—Vaya, hombre, andas con suerte. Aprovecharemos este espacio para rematar tu... ¿Dónde lo tienes? ¿Ese que está ahí? ¡Caracoles con el animal bonito!

—¡Señores!—agregó entusiasmado, pensando en su interior que nunca había visto un cuadrúpedo de tan peregrina belleza,—voy á rematar esa hermosura... ese precioso caballo tordo que ahí veis!

VIII

—¡Hermosura! ¡Precioso!—Al oir estas palabras, todos los circunstantes, aguijoneados por la curiosidad,—una curiosidad humorística, incrédula,—volvimos los rostros. El martillero no exageraba. Más bién, sus expresiones pecaban de frialdad; porque á aquél caballo de tan sorprendente corrección si algún nombre le cuadraba era sin duda el de "Excelsior". Solamente el primero, ése que salido de las manos mismas del Creador, hollara con sus plantas los jardines del Edén, pudo ser tan perfecto en sus espléndidas formas.

La belleza, bajo cualquier aspecto que se nos presente, tiene la facultad de absorver nuestra atención. En aquellos instantes, la misma Zoilita, á estar presente, no hubiera obtenido una sola mirada á no ser las de don José Manuel Ustáriz, quien no cesaba de rezongar desde que se presentó el caballo.

—¡Bah, bah!—decía,—muy lindo será, pero mañoso... ¡uy! Yo no daría cuatro reales por él. Ni regalado. ¿Para qué? Para tomarme la molestia de impedir que mis pe-

rros comiesen su carne ¡qué carne! charqui envenenado. ¡Oh! nó, nó, nó... Si lo conozco mucho. ¡Vaya si lo conoceré! Desde potrillito... Es de Doñigüe, y ¡míren ustedes si yo sé lo que sé! es nieto del potro cuevano en que Bulnes hizo su entrada triunfal en Santiago. Pero ¿de qué le sirve? En extremo indomable, demasiado chúcaro, peligrosamente lunático, no ha habido domador que se le atreva; ¿qué domador? ni un borracho se atrevería á montarlo á menos que un loco, y eso...»

—¡Cierra tu pico, so bruto, que no dejas oir con tus charlatanerías!—le cortó la palabra Juan con un tono imperioso, despreciativo, hiriente como el cruzar de un látigo por las mejillas.

¡Cosa rara! El sanguíneo don José Manuel Ustáriz se calló: la primera vez que callaba. Puede que le impusiera el recuerdo sangriento de Azola.

—¡Calma, señores, calma y respeto, mucha calma!—impuso don Joaquín Lanza.—Aquí se viene á negociar y no... ¿Conque la última postura es por siete pesos quince centavos? ¿Quién dice siete veinte?

IX

Hubo varios que dijeron siete veinte, y mucho más aún; pues el valor de la última postura llegó á diecisiete pesos, suma enorme, dadas las condiciones maniáticas del corcel, el cual fué rematado por Juan.

Apenas se lo adjudicaron, ordenó á sus servidores lo montasen. Su mandato no pudo ser ejecutado. Uno de ellos se disculpó; otro que intentara enfrenarlo recibió un mordizco en el lagarto izquierdo, que le dejó el brazo bañado en sangre; y un tercero, más sereno y valiente

que los anteriores, logró, ya que no el freno, ponerle un bozal; mas al colocarle el primer pellon, el caballo, dando una vuelta increíblemente rápida y parándose en las manos, asestó contra el infeliz sirviente un par de feroces patadas.

—¡Mejor será matarlo!—ahulló haciendo con los dedos la señal de la cruz una vieja apergaminada, nacida durante la colonia.—Esa bestia es el mismísimo Diablo.

Y casi tenía razón la supersticiosa estantigua; porque aquel caballo no parecía sino que cobijara una legión de demonios dentro de su brillante piel de azabache. Sus ojos de un rojo vivo despedían llamaradas; y las hinchadas ventanillas de su nariz arrojaban dos columnas de hirviente vapor. Clavado en el ancho pecho el hocico lleno de espuma, hiriendo el suelo con sus cascos, erizada la crín, arqueado el lomo, palpitantes todos sus músculos, era la imágen de la hidrofobia.

Juan Haro lo contemplaba con marcado interés.

—Este bucéfalo es digno de que yo lo dome,—murmuró al fin apeándose del suyo.

—No sea loco usted, Haro,—le recomendó el martillero.

—¡Psech!—le contestó Juan encogiéndose de hombros. —Todavía no ha nacido el caballo que me deba botar.

Y con paso reposado, sonriendo, fija su mirada de acero en las pupilas de la fiera, acercóse á ella. Y ¡suceso dudoso para cuantos no lo presenciaron! la fiera se manifestó tímida, subyugada, anonadada á la aproximación de su nuevo señor.

Mansamente le dejó que le pusiera el freno; le acariciase el cuello y las orejas; le acomodara una trás otra las diversas piezas de la montura, y le apretase á entera

satisfacción la cincha de cordel, ancha y firme, y la bordada sobrecincha de grueso paño. Pero no bien sintió sobre sus lomos vírgenes el peso del jinete, pareció decir: ¡Basta!

Y entonces todos los concurrentes, helada su sangre, vieron al caballo tordo dar un bote único, tremendo, superior al salto de un león, mayor en dificultad á la pirueta mas aérea de un macaco. El jinete, lanzado violentamente, disparado como una flecha por sobre la cabeza del animal, fué á estrellarse contra la vara, y, partido el cráneo, de espaldas, con los abiertos pero apagados ojos fijos en el cielo, quedó cadáver tendido sobre el guano húmedo del corral.

Rápida como el relámpago cruzó por la mente de varios la proposición de la vieja. "¡Mejor será matarlo!"

Sin duda el corcel pensó que no sería mejor; pues abriéndose paso,—no se supo cómo,—por entre la apretada muchedumbre, desapareció por la alameda, en dirección del oriente. Y allá muy lejos, á la luz escasa de los últimos rayos del sol, se divisó su negra silueta.

Si hubiéramos de atenernos á los díceres de las comadres, asegurariamos que no se le volvió á ver por aquellas tierras ni tampoco por otras.

X

. . . . . .

Por un acuerdo tácito entre el martillero y el concurso se suspendió la feria.

XI

Algunas horas más tarde, la luna alumbraba melancólicamente el camino por el cual, conduciendo el yerto cadáver de su dueño, rodaba un elegante americano. En aquellos solitarios campos su rodar pausado i triste no fué percibido sino por algunos perros que, despertados al paso, se apresuraron á ladrar y por tres ó cuatro chunchos que desde lo alto de las copas de los álamos saludaron con sus graznidos el lúgubre convoy. Pero las lechuzas que en aquella noche se encontraran entre las ramas de los maitenes i perales alineados á orillas de la carretela, debieron filosofar á la dulce claridad del satélite sobre las burlas del destino, al ver haciendo el oficio de carreton de muertos aquel carruaje que parecía destinado á ser una perpetua orgía ambulante.

Solamente una población que ha sufrido una catástrofe, tal como un fuerte temblor de tierra, ú otra por el estilo, puede darnos una idea aproximada del aspecto que en el pueblo de Rancagua ofrecían los ánimos en aquella noche. Durante sus nocturnas horas, más de unos bellos ojos no pudieron conciliar el sueño. Se duplicó para los niños el número ya crecido de los duendes. Hasta el mismo don José Manuel Ustáriz sintió un vago malestar. No comió sino unos diez guisos; bebió dos litros menos que los de regla; le costó impaciencias el dormirse, y es fama que, á contar de ese día, ya no tornaron sus carnosos labios á proferir esa frase vulgar: "¡La suerte de los pícaros!"

Por supuesto que el tristísimo accidente de la tarde fué el tema general de las conversaciones en la heróica villa.

Y como en todos los hechos sometidos al criterio de los hombres, anduvieron discordes los pareceres al investigar las causas. Después de muchos días y semanas enteras en que no se habló de otra cosa, no se arribó á una solución concluyente, quedando por resolverse sí aquella desgracia fué efecto de la justicia divina ó resultado de una simple casualidad.

ALBERTO VALENZUELA C.

DEL MANZANARES AL DARRO

RELACIÓN DE VIAJE, POR JUAN GARCÍA (1)

(Notas bibliográficas leídas ante la Academia Filosófica de Santo Tomás de Aquino)

¿No conocéis á Edmundo de Amicis? ¿A quién de vosotros no han aliviado la carga de las horas de tedio ó de ocio, tan largamente monótonas, los libros en que el ligero y brillante escritor italiano refiere sus viajes, impresiones y correrías? ¿Cuántos no habréis creído, con el intitulado *España*, ver abiertas ante vuestros ojos las puertas de aquella nación, enigma redivivo, ó moribundo aún, para sus vecinos traspirenaicos, santuario monumental, único y singularísimo relicario artístico de tres civilizaciones, de tres razas pujantes y espléndidas, peregrinación perenne de artistas, viajeros y escritores? Cierto que al volver la última hoja y cerrar el libro de Amicis, se imagina uno que ha penetrado en el caracter

(1) Un tomo en 12.º de 321 págs., pobremente impreso en Madrid, Imp. Cristóbal González, 1863.

y costumbres de la moderna España, conocido sus progresos y adelantos, admirado la portentosa fábrica de sus góticas catedrales, y extasiádose ante las primorosas labores de los alcázares y de las mezquitas; pero si pasado el encanto de la primera impresión, cuando se hayan esfumado, por decirlo así, los acentuados contornos de los cuadros que, á manera de castillos pirotécnicos, ha hecho desfilar á nuestros ojos el escritor, queremos conservar en la memoria una imágen, siquiera aproximada, reconstituir las líneas fundamentales de aquellos monumentos en que con el arco bizantino, la ojiva cristiana y la herradura arábiga dejaron como impreso su genio las pasadas generaciones,—de cierto, también, que no lo conseguiremos y que por fruto de nuestros esfuerzos nos habremos de contentar con decir que las catedrales son estupendas, y las mezquitas vistosas y lindas, si no asombrosas.

Y ello es natural. La fácil verbosidad, la pintoresca dicción de Amicis, préstanse de maravillosa manera para colorir cuantas imágenes surgen de su ardiente fantasía al contacto y como al calor de los tesoros del arte y recuerdos históricos que en calles y plazas saltan al encuentro del viajero en las ciudades de España; y de ahí que anime y haga bullir en confuso tropel, como en medio eval y fantástica *danza de la muerte*, los «informes y desarrapados hijos» de la febril imaginación de los artífices que los muros y columnillas, rosetones y arquivoltas de las góticas fábricas cubrieron de endriagos y sirenas, centauros y dragones, sátiros é hipógrifos,—de cuantos séres monstruosos pudo fingir para los reinos semovientes de un mundo de Carnaval. Contrastando con aquel argadillo de figuras, destaca la pluma de Ami-

cis las yertas estatuas de monjes y guerreros, obispos y monarcas, adosadas á los muros, retrepadas sobre hacecillos de columnas, las cuales crecen y crecen como suspendidas por los angelones que las circundan, en oposición á los demonios que á sus pies se retuercen.

Del propio modo mueve y da vida febricitante á los alicatados muros, azulejos varios y mosaicos, morunas inscripciones, afiligranados contornos de alcázares y mezquitas; y en aquel mar de colores y finuras, túrbase la vista, ofúscase la imaginación, y como aletargada el alma sigue al escritor por naves y salones, patios y galerías, cual en deleitosa pesadilla.

Sin duda que por tales caminos se llega al *efectismo;* y la verdad es que por tales medios Amicis, como Echegaray, fascina y aprisiona los sentidos en la red de oro con que, á la manera de Castelar, envuelve aquellos fantasmagóricos cuadros con todas las galas del Cosmos, lozanas y calorosas, pródigas de luz para representar el aspecto material de las cosas y atraer el ánimo en pos de sí, embelesándolo con la melodía de un lenguaje rico de tonos y sonidos, insinuante y pintoresco. Subyugada la imaginación por aquellas visiones donde se confunden todas las líneas, todas las formas y todos los colores, parece también el entendimiento, deslumbrado por aquella violenta armonía, apacentar su anhelo de verdades y realidad; mas, si tratando de sentir la vida del objeto ahonda un poquillo en la luciente hojarasca que lo encierra, quizás, quizás no lograse más que el niño cuando sacude y limpia las alas de una mariposa del polvillo sutil con que luce al sol mil cambiantes y vivísimos matices.

Lo cual no juzgará exajeración quienquiera que re-

cuerde las páginas que á Amicis inspiran las portentosas catedrales góticas de España, páginas en que el alma del escritor se muestra animada no más que por la duda, por la falta de fe, retozona y chancera, formando mil caprichos grotescos con las figuras que su vista material descubría,—ciega y sorda para ver y oír aquel otro mundo intraducible en palabras que el artífice entrevió al tallar aquellos sillares. Y ello aparecerá de más bulto trayendo nuevamente á la vista las páginas ardientes en las cuales se condensa en primorosa frase, en agitada imágen, aquella voluptuosidad elegantemente fina y pulcra, más seductora y vehemente cuanto más se reviste de cendales y artificiosas veladuras, con que Amicis expresa las sensaciones que le causaba la aparición ó el paso de un rostro, de una silueta, de un ropaje de mujer en las calles y plazas, casas y posadas de las ciudades españolas. Manifiéstanse allí, como en todo, los ímpetus violentos y mal regidos del fuego de los sentidos, los «extremecimientos de la carne»,—para valerme de una frase de Víctor Hugo,—no «los sueños del alma», ni las aspiraciones ideales, como dice otro escritor, «esa como celeste exaltación ó sublimación de cuanto hay en ella de más puro, de más celeste y divino».

¡Cuán diverso del libro de Amicis, que, así y todo, es el extranjero que menos mal ha reflejado el sér y general fisonomía de la nación hispana, es la relación de viaje *Del Manzanares al Darro*, por Juan García!

Hé ahí un nombre que para muchos de nosotros sonará á conocido, si no os pone cavilosos trayéndoos á la memoria un amigo, muy bueno, sí, pero modesto hasta no haber perjeñado en su vida una mala copla y mucho

menos publicado un libro. Buen amigo es también el homónimo suyo de que os hablo y querido de cuantos lo son de él, como puede verse en la *Oda* de Menéndez Pelayo *Á mis amigos de Santander*, y en el viaje *De Madrid á Nápoles*, donde Pedro Antonio de Alarcón lo recuerda con tan dulce nombre, apellidándolo, además, «delicado poeta», al relator la víspera de la Noche-Buena en Roma.

Juan García es montañés, de la montaña de Santander, como Pereda y Menéndez Pelayo. Amante como uno y otro del terruño natal, sus tradiciones y costumbres han inspirado á su pluma escenas montañesas y marinas que rivalizan con las más acabadas del autor de *Sotileza* y *El sabor de la tierruca*, á la vez que tienen los delicados matices de la sobria inspiración del cantor de *La galerna del sábado de Gloria*. Como Pereda, conoce y estima la rica lengua de los autores del siglo de oro, que acaudala y rejuvenece con la dicción expresiva de las ideas y sentimientos modernos, cual suele Menéndez Pelayo, sin que su elocución pierda el carácter castizo y genuinamente castellano. Mas afinidad con las de éste que con las de aquél tienen las cualidades idiomáticas de su lenguaje, sobre todo en sus primeros libros; que por lo que mira á los últimos que conozco suyos, *En la playa* (Madrid, Imp. de Tello, 1873;) y *Ave, maris Stella* (Madrid, Imp. de Tello, 1877),—no he logrado obtener *Costas y Montañas*,—por lo correcto de la frase y lo acendrado de la dicción compiten con los del clásico Pereda, y sufren no desventajosa comparación con las obras del atildado y elegante Juan Valera. Deléitase Pereda en bosquejar y pintar con fidelidad pasmosa, ora tipos y paisajes, como *El tío Tremontorio*, *Mechelín*, *Pa-*

tricio Rigüelta, D. Simón de los Peñascales, El hidalgo D. Lope, La Cajiga, el Ábrego y la Hoz de Valdecines; ora escenas tan locales y pintorescas como *La lucha de los de Rinconeda con los de Cumbrales, La hila, La roba, Un cabildo callealtero, La derrota y Las hembras de Mocejón.* También *Juan García* ha dado vida á las abruptas playas cantábricas y traducido en palabras las múltiples sensaciones que el mar despierta, sus luchas y zozobras, el vario aspecto de sus aguas y riberas; también ha hecho revivir las contiendas y litigios de los Pérez de Ongayo, los usos y costumbres de los hidalgos montañeses en el siglo XVII, las pasadas glorias y los heroicos recuerdos de la Montaña; pero ha sabido, asimismo, dar á sus cuadros cierto colorido melancólico, cierta nota personal y subjetiva, que no aparece en Pereda y que avasalla dulcemente el ánimo del lector. Sale Pereda de las Asturias de Santillana, abandona aquél su «huerto hermoso, bien regado, bien cultivado, oreado por aromáticas y salubres auras campestres», como dijo la Pardo Bazán, y enriquece la novela española con joyas de tanta valía como *Pedro Sánchez* y *La Montálvez.* Los vaivenes de la fortuna ó las tribulaciones de la dicha humana llevan á *Juan García* lejos del solar de sus mayores, y la *Relación de su viaje* por España, y los *Recuerdos* de su peregrinación *Del Ebro al Tíber* (Madrid, Imp. de Cristóbal González, 1864); realzan la literatura regional cantábrica y cimentan la reputación del escritor, de quien veinte años más tarde escribe Menéndez Pelayo (al remate del *Prólogo* á las *Obras completas* de Pereda) que sus libros «pasarán por clásicos cuando los españoles vuelvan á aprender el castellano.»

Si á esto se añade que *Juan García* ha sido periodista

y diplomático, se tendrá por cumplido lo que la urbanidad exige y presentado al insigne AMÓS ESCALANTE, oculto bajo aquel vulgarísimo nombre; con que podré empezar á hablar del libro cuyo título encabeza estas líneas, y señala su primera diferencia con el de Edmundo de Amicis. (1)

Del Manzanares al Darro: he ahí los términos de la peregrinación de *Juan García*, y en donde se contienen como en cifra los caractéres de su libro, en el cual, narrando mucho siente más, y sabe considerar la naturaleza de un modo tan franco, natural y amplio, que á él se presta sin esfuerzo el lector, complacido en seguir á un ingenio que así embellece las cosas comunes de la vida y reviste de poesía las realidades.

No fué su objeto describir *itinerariamente* paseos y monumentos, ciudades y caminos, ni instruir sobre la geografía, la historia ó la estadística de los pueblos que recorre; más, "caminante que piensa en alta voz y cuen-

(1) Muéstrase ya la índole genuína de la obra de *Juán García* en la dedicatoria misma, que dice así:

"Á LA SEÑORA DOÑA MARÍA DE LA SALUD BUISSON DAGUERRE DOSPITAL:

"*Esto no es un libro, es un recuerdo.—Quise imitar el ejemplo de los antiguos peregrinos que, en cambio de la hospitalidad recibida, ofrecían la relación de sus peregrinaciones.*

"*Fué vano intento: sentía el agradecimiento de ellos; me faltó su poesía. —Toda la de mi obra está en el nombre escrito al frente de esta página primera.*

"*Si anduve libre al escribirlo, no fué culpa de la pluma, sino de la memoria de*

"JUAN GARCÍA."

Á esta obra pertenecen también las frases puestas entre comillas, sin otra indicación.

ta al paso cuanto le inspiran los objetos que ve y las personas que encuentra», halla una fuente inagotable de variados sentimientos y de bellos conceptos en cuantos objetos ofrece al viajero la privilegiada tierra andaluza. Que otros se complazcan en reproducir, como Amicis, las formas exteriores, las imágenes palpables y vivientes; *Juan García* «pasa» por las ciudades y monumentos, «como las ráfagas de aire que sólo cogen al pasar una hoja muerta ó un átomo liviano de polvo», y desprendiéndose en cierto modo de las propiedades y cualidades contingentes, generaliza penetrando en su fondo, en su esencia, que anima con la expresión del estado interior de su alma y de los efectos más nobles de su co razón.

Danos á conocer la fisonomía moral, si puede decirse, de los hechos, á la manera que en la pintura acaece hacernos adivinar el artista el semblante de sus figuras por «la franqueza del toque, la verdad de las actitudes y la expresión, no limitada al rostro, sino esparcida por todos los miembros.» Su ingenio natural, elegante, fecundo en delicadezas de sentimiento y de pasiones verdaderas, se embelesa en pintar las costumbres andaluzas, de la «España pintoresca, original y castiza, de aqnella tierra clásica del torero y de la maja, del contrabandista aventurero, del bandido garboso, tierra del amor y la bizarría, del donaire y la gentileza, del valor y la hermozura»; da vida llena de interés y animación á los hazañosos recuerdos de «aquellas comarcas donde, como también dice él mismo, se terminó la epopeya castellana y se escribieron sus páginas más gloriosas; donde vivieron y eternizaron sus nombres tantos monarcas desde San Fernando hasta la Reina Católica, tantos héroes desde Guzmán hasta Pé-

rez del Pulgar; donde Colón mendigó amparo; donde pintó Murillo; donde escribieron Cervantes y Rioja; donde brota, en fin, tal numen de fama y de gloria, que por esas provincias solas es la patria española honrada querida, y con afán buscada por los que no nacieron bajo su cielo purísimo y afortunado.»

Cúmplense en *Juan García*, y este es otro de los encantos de su libro, los prodigios que los recuerdos realizan en las ruínas monumentales, que nada dicen al profano y al viajero indocto, pero con aquellos resucitan el pasado y comprender hacen lo que del pasado queda. "¿Qué son los monumentos, exclama al hablar de la mezquita de Córdoba, qué son los monumentos, obra de los hombres, sin los hombres que los fundaron inspirados por su fe, ó por su genio, por su virtud ó acaso por sus vicios? Cuerpos sin alma, sepulcros vacíos, losas fúnebres sin inscripción, piedras mudas junto á las cuales pasa indiferente el viajero y les da con el pié si le embarazan la senda. Pero heríos el pecho con la vara mágica de la tradición y la poesía, haced que de su estéril aridez brote la vena viva de la fe que transporta montañas, de la fe que da vida al polvo, forma á las cenizas, y trae y convoca á constituir familias, tribus y naciones los restos de cien razas barridas de la tierra por el viento de los siglos, y se poblará el sepulcro, y leeréis en la losa la historia de una civilización extinguida, y las piedras responderán á vuestro afán curioso. Dejad entonces á la imaginación que vuele, ella os curará de vuestra frialdad primera; ello os compensará el desencanto.»

Palabras las últimas que son como el epígrafe del libro de *Juan García*, en donde todo le da ocasión á que ma-

nifieste su manera de sentir individual y poética, á que exprese el fondo de su pensamiento y los movimientos de su vida íntima, á la vez que anima con la magia del estilo el alma y la vida interior de las obras que á la admiración de los hombres dejaron los pasados siglos.

Incurriría, empero, en grave error quien creyere por lo dicho que *Juan García* pertenece á la escuela sensiblera que las lucubraciones de Rousseau pusieron en boga inspirando poemas bucólico-humanitarios llenos de empalagosas filosofías y enfadoso sentimentalismo, cual se ve en las *Estaciones, Jardines y Reflexiones sobre la naturaleza*, de todos conocidos; lo cual se compadece mal con el ingenio suyo, despierto y altamente poético y con el sentir generoso de su alma, manifiestos en la serie de cuadros que su pluma ha trazado en el libro y que, á la manera que en la poesía olímpica se contienen en vigorosos y breves versos las glorias de los juegos, sus triunfos y apoteósis, la alabanza y el lauro de los vencedores, reflejan los sucesos memorables, las tradiciones y proezas, las costumbres y vicisitudes de la región andaluza. Un nombre, un derruído baluarte, la clara linfa de un arroyo, la aridez de la campiña, la escueta figura de un anciano, bástanle para que la historia le descubra los tesoros de su enseñanza, y broten de su pluma conceptos galanos y ardorosos en honra de la patria, severos y melancólicos en recuerdo de las caídas grandezas, para recoger la triste experiencia de las catástrofes humanas. ¡Cómo contrasta la intensa y rápida relación de la jornada de Bailén, de las Navas de Tolosa, de Trafalgar, con las páginas que le inspiran Cervantes y Hernán Cortés, Argamasilla y Castilleja, Itálica y Colón, la Alhambra y el Palacio de Cárlos V, páginas hon-

damente sentidas é interesantes por su ardor íntimo y la poderosa intuición de las pasiones internas de la humanidad!

Nunca ha alcanzado Amicis á tales alturas ni su ingenio, admirablemente dotado para la percepción del sonido, del color, de la apariencia y del contraste, ha logrado nunca despertar tamaños sentimientos. Campeón del ropaje y el efecto, prodiga lás pinturas exteriores, iluminándolas con toda la viveza del epíteto más inflamado, de la frase más transparente de colorido y de ardor material; pero no habla tanto al corazón ni el entendimiento, no hace tanto vibrar y bullir las contenidas emociones del alma, cuanto fascina y aguijonea la imaginación, enardece la fantasía y agita el tropel impetuoso de las sensaciones. Restablecida la calma, cuando la mano del tiempo ha empañado y marchito los colores tan brillantes y seductores, acontece casi con las descripciones de Amicis lo que á los oyentes del Mono titiritero, que embelesados con la labia y la fecundia del narrador, no habían caído en la cuenta de que todas las maravillas del diorama estaban ocultas á sus ojos por hallarse apagadas y faltarles la luz que les daba vida y apariencia.

Esa luz, esa realidad de la naturaleza, esa verdad humana que el arte anima y transfigura es lo que Amicis no acierta á reproducir con el color, que al fin no es más que la apariencia de las cosas; esa luz es la que *Juan García* sabe ver y sentir y expresar dando forma literaria á cuanto tiene carácter, gracia ó interés en las obras del hombre ó de la naturaleza. No satisface á *Juan García* la fiel y chinesca reproducción de los tipos y escenas que al viajero ofrece Andalucía; mas, como verdadero artista, desentraña lo que aún queda allí de original y castizo,

rastrea, por decirlo así, en los hombres de hoy lo que las razas y civilizaciones pasadas han dejado de propio y expontáneo y característico en el pueblo español, y á ello da aplauso y alabanza, ó se duele noblemente de su pérdida ú olvido.

Así él nos dirá más breve y hermosamente que pudiera el asendereado *pastor* Borrow ó el excéntrico y erudito Ford cómo en los gitanos el origen aristocrático y primera gerarquía sacerdotal manifiéstanse en su lealtad á las antiguas tradiciones, especialmente á la de no consentir mezcla de su sangre con la de otra raza, y en la costumbre de la buena ventura y el ejercicio de la medicina; á la vez que de artística manera nos indicará la patria de esa raza vagabunda y extraña. «Poned, dice, una de aquellas mujeres en quienes la frente espaciosa, las mejillas y barba pronunciadas, la inmovilidad del gesto, la noble expresión, la mirada luminosa y fija recuerdan esas misteriosas figuras egipcias que terminan un cuerpo de monstruo en una hermosísima cabeza de mujer; poned una de aquellas figuras reposando sobre los levantados lomos de una esfinge á la sombra de una palmera, ceñid su frente con la diadema hierática, haced que á sus piés florezca el lotus, y entre sus anchas hojas asomen la escabrosa cabeza del cocodrilo y el cuello inmóvil del ibis, y tendréis el genio de la antigua y muerta civilización del Nilo.»

Así también la espléndida imaginación de *Juan García* reviste y transforma á la vieja que en la mezquita de Córdoba mostraba el Cristo del Cautivo á los viajeros, «á la luz temblona de una cerilla que reflejaba en el sombrío mármol, y alumbraba el rostro descarnado y moreno de la vieja, sobre el cual oscilaban las sombras proyec-

tadas por su mano y la que hacía la negra mantilla caída sobre la frente»; pues nos dirá que «con su voz cascada y grave, su figura enjuta y pobre, y el tono solemne y convencido de sus palabras, parecía ana sibila mahometana, un eco resucitado de los sepulcros, el acento del fatalismo oriental, resignado de antemano á todo, libre de la desesperación, porque no conoce la esperanza.»

En esta riqueza de expresión y aptitud para dar forma sensible y viva á cuanto toca su pluma compite *Juan García* con el *Solitario*, con Estébanez Calderón, el clásico pintor de las *Escenas Andaluzas*, á cuyas páginas parecen arrancadas las desenfadadas y donairosas que dedica á la Feria de Sevilla, á las cigarreras de Triana, á los patios y cancelas, amores y rejas, á la calle de las Sierpes, á los ventorrillos de Puerta de Tierra y al mercado de Málaga, páginas que avalora además rico caudal de ideas y pensamientos, en que se exhala el sér exuberante de imaginación y sentimientos del escritor.

Hé ahí también manifiestas las cualidades de estilo y elocución que caracterizan las páginas en que juzga é interpreta las obras de las bellas artes en sus relaciones con la naturaleza, las costumbres y las inspiraciones del ideal. Leed, si no, aquellas en que ahondando con elevado idealismo en el pensamiento generador de las manifestaciones artísticas de dos razas, de dos creencias, de dos civilizaciones, nos muestra que en el arte sarracénico «la pompa oriental, el gusto y la variedad del trabajo, revelan su procedencia bizantina: que hijos son de una madre San Marcos de Venecia y el Mihrab de Córdoba. Arte enervado por el clima de su cuna, intérprete de sentimientos voluptuosos, su objeto es seducir, no imponer; su carácter la gracia, no la majestad. El numen sarra-

ceno atiende siempre á complacer á los sentidos, cuyo ejercicio erige en acto religioso; recoge y encierra esas sensaciones para concentrarlas, como se recoge y guarda la llama para que alumbre mejor; busca la vida individual, y la lisonjea y halaga con todos los recursos de su genio. Es el contraste de la poesía de los orientales, opulenta y pomposa, y su discurso, mesurado y frío.»

Con igual gracia y delicada intuición nos dice en el mismo orden de ideas que la obra de las catedrales góticas era como «la aspiración del alma del artífice al cielo, una oración sin palabras como esas que mentalmente dice el fervoroso ó el desgraciado, una comunicación con Dios como las que tienen los estáticos: acciones todas alma, todas espíritu, en las cuales no tiene participación la materia y el sér perecedero... La fe de los siglos medios encontró el estilo ojival y lo llevó á su perfección,—la fe cristiana, la fe católica, la fe que cree en la revelación, que venera el misterio, que adora la cruz. Cuando esa fe estaba en todo su vigor, cuando era el impetuoso que animaba la sociedad, y la regía y gobernaba, entonces produjo aquel arte sus mejores obras, y esa filiación es tan verdadera, y esa dependencia tan íntima, que ninguna otra arquitectura realiza como ella la idea del templo cristiano. La concepción colosal de Miguel Ángel, la maravilla de Roma, San Pedro; obra magnífica, sin término á que poderse comparar, pero llena de soberbia, rebosando orgullo, pomposa, opulenta, pero terrenal, mundana; asombro de genio, pero de genio humano, no tiene el recogimiento, la piedad, el misticismo profundamente cristiano de las catedrales españolas. Allí podrá sucederos entrar con el sombrero puesto distraídos en el examen de las bellezas

acumuladas: ¿os sucederá eso alguna vez en una iglesia gótica? ¡oh, no! Esta es la casa del Señor, aquí se siente su presencia, y la oración brota expontáneamente del ánimo afligido, del corazón creyente. De ella dijo el Señor: *Domus mea, domus orationis.* Porque en el arte greco-romano sus líneas severas, correctas, graves, se recortan en el ambiente luminoso pesando sobre el suelo: las del arte gótico, al contrario, nacen de la tierra como un árbol, como una fuente milagrosa, y tienden arriba, y suben buscando el sol de la gracia, el rocío de la divina misericordia; el primero realiza un hecho, la belleza geométrica; el segundo traduce un sentimiento ingénito, la aspiración. El genio de aquél lleva en la frente una llama ardiente, y sobre los hombros el manto de la púrpura imperial; el de éste tiene por corona una estrella luminosísima, y pliega en sus espaldas dos alas recogidas; pero prontas á abrirse y á batir en busca de la Jerusalén celeste.»

La alteza y galanura de estos conceptos alábanse de suyo, y para ponderarlos huelgan los comentarios; sino que sirven además de mostrar la opulencia pictórica del ingenio y elocución de *Juan García* cuando interpreta y reproduce con la palabra las obras en que el genio de las nobles artes dejó impreso su perdurable sello. Confieso que he leído y vuelto á leer la *Memoria de las pinturas del Escorial*, escrita por el eximio pintor don Diego de Silva Velázquez, que al decir de Adolfo de Castro, su descubridor, muestra «el excelso mérito del pintor de Felipe IV como escritor de poderosa elocuencia y de dulce y fácil estilo;» pero sin titubeos ni reticencias declaro que, para mí, no alcanzó Velazquez á la perfección que *Juan García* en los capítulos dedicados á Murillo y

á las bellas artes sevillanas, a quien cede la palma en la intensidad del sentimiento estético, en la frescura de la expresión, profundamente conceptuosa unas veces, en otras sobria y risueña, siempre expotánea y luminosa, natural y pintoresca, adaptándose de maravilloso modo á las gradaciones y matices de las ideas é impresiones que el escritor confía á su libro. Cierto que el decir de Velázquez, si descuidado, candoroso, tiene un no sé qué que queda deleitando; más, ¡cómo en *Juan García* armonizan el fondo con la forma, el pensamiento con la expresión, y el rodar de la frase, y el ritmo del período y la melodía del lenguaje con los diversos afectos é íntimas emociones de su delicada sensibilidad, con todos los impulsos y giros errabundos de su espíritu, con las varias modificaciones que los recuerdos, el arte y la naturaleza ocasionan en su alma, noble y bellamente poética!...

Bien quisiera, para poner más de bulto esta cualidad de *Juan García* (á pocos concedida) de dar a lo escrito los tonos y colores del ánimo, copiar siquiera dos de esas descripciones admirables, y más que descripciones, adivinación y exposición lucidísima de las concepciones artísticas, bastante cada una para que un gran pintor trazase por ellas lienzos inmortales; bien quisiera transcribir los delicados conceptos con que representa el San José de Murillo, trayendo al alma dulcedumbre i blandura y moviéndola á terneza y rendido dolor; ó la pintura enérgica y realista de los cuadros de Valdés Leal, escrito con la pluma con que Pereda describió la merienda de la casa de Mocejón; pero sacrifico mi deseo al temor de ser enojoso y pesado, además de que habrá nueva ocasión de hacerlo cuando hable de las otras

obras suyas, especialmente de la titulada *En la playa.*

Bien mirado el caso, no obstante, sería ello superfluo, porque los párrafos transcritos, por la viveza y novedad de estilo, por la felicidad de expresión y pureza de lenguaje, por las dotes de pompa, de gala y de brío que los enriquecen, bastan y sobran para acreditar á *Juan García* de *soberano artífice y maestro de la palabra*, como lo calificó el docto montañés Gumersindo Laverde y Ruiz, en el proemio á las *Polémicas* del montañesísimo Menéndez Pelayo, y para justificar las palabras de éste que en la oda gratulatoria á sus amigos de Santander lo saluda como al escritor

que en rica prosa
del áureo siglo el esplendor renueva

JUAN DE DIOS VERGARA SALVÁ

Santiago, mayo de 1888.

LA ESCLAVITUD

DOCUMENTOS PARA SU HISTORIA

El 23 de junio de 1888 se cumplieron sesenta y cinco años desde que Chile dictó la ley que abolió definitivamente y para siempre en su territorio el oprobioso yugo de la esclavitud.

El erudito historiador don Diego Barros Arana, en el tomo VIII de su magistral *Historia de Chile*, refiere circunstanciadamente lo que el primer Congreso Nacional de 1811 hizo para extinguirla.

Nos proponemos copiar á continuación algunos curiosos documentos que reflejan hasta donde llegaba la degradación de esta infame institución, y la justicia con que siempre se le ha considerado como una afrenta para el género humano.

Luchando trabajosamente muchos pueblos en las edades pasadas por extinguirla, sólo lo conseguían con lentitud mediando espacios considerables entre una y otra época, pero dejando, en sí, en cada una de ellas ancha y luminosa huella de civilización y humanidad.

La Iglesia con sus inmortales enseñanzas ha sido en esta conquista, como en tantas otras, la gran palanca que ha impulsado el movimiento regenerador. Haciendo resonar por toda la tierra la erudita é infalible voz de sus Pontífices, inspirando oradores, escritores, artistas y cuanto en la naturaleza tiene vida, movimiento y colorido, ha anatematizado, en imponente y armonioso concierto, el infame yugo de la esclavitud (1).

Aun repercute con universal regocijo en toda la tierra el acto que lo arrojó para siempre de la última guarida que le quedaba en el continente de Colon.

El sabio y católico monarca del Brasil, impulsado por sus generosos instintos llevó personalmente al Soberano Pontífice en el clásico día de su Jubileo Sacerdotal la valiosísima ofrenda de tan fausto acontecimiento y se la ofreció como holocausto á sus enseñanzas divinas.

Desterrándolo de su territorio, este monarca cimenta, á más, sobre pedestal de granito el nombre y la ventura de su patria, se conquista para su historia los homenajes y las bendiciones del continente americano, que con esta medida recobra su absoluto y envidiable prestigio en el universo.

(1) Dice *La Unión* del 30 de junio de 1888: "*Papas que han condenado la esclavitud.*—Publicamos en seguida los nombres de los principales Pontífices de Roma que han condenado de un modo especial la esclavitud, para que se vea cómo la Iglesia ha venido trabajando en esta grande obra.

Hélos aquí:

Pío II condenó la esclavitud en el año 1482; Paulo III, en 1537; Urbano VIII, en 1639; Benedicto XIV, en 1741 ; Gregorio XVI, en 1839.

Como se ve, cuando la sociedad civil no se preocupaba absolutamente de la suerte de los esclavos, los Papas tomaban su defensa en nombre del Evangelio."

En Chile esta noticia innundó de gozo el corazón de sus habitantes, y aun vibran en todos los oídos los ecos de las numerosas sociedades, corporaciones, etc. que han llevado sus entusiastas adhesiones al representante del Imperio en Santiago.

El que esto escribe como municipal de un departamento,—el de la Victoria,—tuvo el honor de pedir y obtener que se aprobara por aclamación la propuesta de uno de sus colegas con idéntico designio.

En la prensa, en discursos, en todas partes un solo movimiento de noble é inmenso entusiasmo ha sacudido los corazones.

Nadie, sin embargo, ha exhibido la esclavitud con tanta erudicción histórica como el ilustre deán de la Catedral de Concepción don Domingo Benigno Cruz en el discurso que pronunció el 28 mayo último en el Círculo Católico de Santiago. Sólo recordamos el igual como indignado entusiasmo que por la esclavitud nos produjo el magistral discurso que sobre el tráfico de esclavos en Cuba y Puerto Rico pronunció en el parlamento español el gran tribuno Emilio Castelar. Nuestro amigo Jorge Asta-Buruaga nos dió á leer ese discurso, el cual lo tenía entonces tan grabado en su mente, repitiéndome á cada paso el patético cuadro del embarque de una partida de negros "que no tenían que comer, y para beber sólo tenían el agua del mar, no tan amarga como la cólera de los hombres"...

He aquí los documentos que sin comentarios entrego á la publicidad.

"Digo yo don Benito Cristis, vecino del comercio de esta ciudad, que he vendido al señor doctor don Ramón

de Rozas y Corvalán un negro casitano, bozal, de edad al parecer como de quince años poco más ó menos, en precio de quinientos ochenta pesos, por pertenecientes á la partida, que en mayor número se ha conducido del puerto de Valparaíso en el navío nombrado *La Rosa* bajo partida de registro, por cuenta y riesgo mío y á mi consignación, que empezó á correr desde su compra en la ciudad de Buenos Aires, y es declaración que dicho negro lo he vendido bien registrado, y escogido por el facultativo de parte de dicho comprador á su satisfacción, con todas las tachas, defectos, vicios y enfermedades ocultas y manifiestas, que al parecer tenga ó adquiera y tenga en lo sucesivo alma en boca, costal en huesos á usanza de Feria, sin asegurarlo de achaque alguno; y el expresado comprador que lo ha hecho reconocer se da por contento y entregado de él, y acepta la venta en estos términos, renunciando, como desde luego renuncia, á la acción redhibitoria aún que de derecho se requiera, excepto sólo en los dos achaques, de mal de corazón y gota coral, verificándose éstos en la fecha de los sesenta días, según uso establecido, porque si después de este término le sobreviene y adoleciese de ellos ha de ser por su cuenta. En fe de lo cual le doy este despacho para que le sirva de bastante documento de propiedad en forma.—Lima y julio 17 de 1810.

"Benito Chriſte"

Este curioso documento está impreso, lo que prueba eran conforme á él todos los títulos análogos.

"Digo yo don Tomás de Carricaburu que por la presente vendo y doy en venta real y verdadera al señor teniente letrado doctor don Ramón de Rozas una mula-

ta llamada Petronila, perteneciente á don Pedro Nolasco Correas en la cantidad de doscientos sesenta pesos libres para el dicho comprador, de que me doy por recebido á mi satisfacción, por lo que cedo, paso y traspaso todo el derecho que había y tenía á dicha esclava el citado don Pedro Nolasco Correas en virtud de su carta-orden, en dicho comprador el doctor don Ramón de Rozas y sus herederos, quien deberá correr el riesgo de lo que sobrevenir pueda, porque la vende con todas sus enfermedades, tachas, buenas y malas, que tuviere y las que se le puedan manifestarla ó reconocérsela en lo sucesivo á la esclava; y para que así conste lo firmé éste, siendo testigos don Francisco Semir y Segue, don Francisco Ibarria y don Francisco Sánchez.—Santiago de Chile y agosto 26 de 1795.—TOMÁS DE CARRICABURU.—Testigo.—FRANCISCO SEMIR Y SEGUE.—JOSÉ FRANCISCO SÁNCHEZ.—FRANCISCO DE IBARRIA.»

«Digo yo abajo firmado que por cuanto el señor doctor don Ramón de Rozas, residente en esta corte, ha resuelto por justas causas y consideraciones separar por ahora de su casa á su esclavo Antonio, negro bozal, que trajo consigo desde Lima y propuéstome le conserve y mantenga para mi servicio como si fuera propio hasta nueva providencia. Por el presente declaro haber recibido dicho esclavo para el fin y en el modo referido y que le mantendré, cuidaré y tendré á su disposición y orden hasta que, conforme á lo que me prevenga, haya de pasar á quien determine. Además declaro que dicho doctor Rozas me ha endosado hoy la escritura de venta que en Lima se otorgó á su favor en 8 de abril de 1799 para el solo fin de que pueda yo hacer lo mismo en favor del

sujeto que lo compre, si fuera de aquí se proporcionase venderlo, conforme á sus órdenes. Y para que conste firmo este en Madrid á 20 de febrero de 1806.—José Caxide y Taboada.»

«Nota.—Por cuanto este negro salió del presidio del Prado en donde lo tenía su amo y señor Rozas, no sé por qué causas, de ningún modo me constituyo responsable á fuga ó huída, muerte, etc., etc., pues únicamente lo llevo con el objeto de servir á dicho Rozas, cuidarlo como dicta la humanidad, y tenerle á su disposición hasta tanto que disponga de él; pero si los vicios del negro fuesen insufribles, con aviso mío me lo sacará el señor Rozas de mi poder, porque mi obligación no se extiende á más que á tener el negro mientras me acomode su conducta y siempre avisaré á dicho señor Rozas con oportunidad. Fecha ut supra.—*José Caxide y Taboada*».

«*Buenos Aires, 9 de enero de 1818.*

«Señor Don Dionisio Fernández.

«Mi apreciado amigo:

«Contesto á sus estimadas de 24 de noviembre y 10 de diciembre últimos diciéndole que he consultado á la señora Velázquez el particular de su negro prófugo y que en la actualidad se halla en esa en poder del señor Ricard ganando siete pesos mensuales: me ha contestado la expresada señora que si el Estado comprase la esclavatura para poner en servicio de las armas, desde luego conviene en que al momento al precio de su tasación, teniendo presente en este caso que ella es natural de

ésta y el único hijo varón que tiene se halla teniente en el número 8 sobre el sitio de Talcahuano. Mas en caso de no satisfacer su importe aun alegada aquella circunstancia le parece mejor partido el descontarle dos tercias partes de lo que gane á beneficio de la expresada su ama y reservar la otra tercera para que el esclavo se vista.

Suspendo por ahora remitir á Ud. el documento de propiedad por omitir partes y considerarlo inoficioso hasta el caso de la venta...—*Manuel José Galup.*

RAMÓN RICARDO ROZAS

ÚNICO DESEO

Hondo silencio donde nunca llega
del agitado mundo el vano ruído:
bosques umbríos donde el viento juega,
y hacen las aves su amoroso nido:

Un cielo azul donde contempla el alma
el misterioso mar del infinito,
y allá... á lo lejos, en perpetua calma,
la cordillera eterna de granito:

Un manso río que apacible suena,
cuya corriente á meditar convida,
y una cabaña de alegría llena...
¡Si así pudiera deslizar mi vida!

J. GUSTAVO VALLEDOR S.

1877.

APUNTACIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS USADAS EN CHILE, ESPECIALMENTE EN EL LENGUAJE LEGAL Y FORENSE

(Continuación)

Sin necesidad de que se expresen, cualquiera puede notar las diferencias que existen entre estos dos artículos.

La Academia enseña, además, que, en vez de *chapurrar*, puede decirse *chapurrear*, por lo que toca á la primera acepción, y *champurrar* por lo que toca á la segunda.

El reputado orador é ilustre estadista peninsular, don Salustiano de Olózaga, leyó el 23 de abril de 1871, al tomar posesión de su plaza de número en la Academia Española, un discurso que se encuentra inserto en las MEMORIAS de esta corporación, tomo 3, páginas 530 y siguientes, y del cual saco el pasaje que copio á continuación:

"No son pocas las dificultades que he hallado para usar con propiedad las palabras y las frases que han de-

jado de emplearse en su sentido recto, y que se usan exclusivamente en el traslaticio. No sé con qué conciencia literaria puede atreverse nadie á usar en este sentido una expresión cuyo primitivo significado no conoce. Las palabras figuradas las pudieron usar con acierto los que conocían bien su sentido propio; mas cuando han dejado de usarse de esta manera, cuando no se sabe bien lo que significaban, ¿qué traslación se puede hacer que no sea arriesgada? Y ¿qué mucho que en este escollo hayan tropezado, y hayan caído tantas gentes, cuando no han podido evitarlo algunos oradores muy notables y escritores muy distinguidos? Los que no podemos imitarlos en las bellezas, tenemos doble obligación de no imitarlos en sus pequeñas faltas. Por eso yo, en mi juventud, iba apuntando todas las expresiones que sólo se usan en sentido figurado, con el firme propósito de no emplear ninguna cuya significación primitiva no conociese perfectamente. ¡Cuántos errores, cuántas impropiedades habría yo cometido en otro caso, en el largo y continuo tormento que he dado á la lengua! Citaré solamente dos palabras que recuerdo, en una sola letra, de la que menos tiene en nuestro diccionario: la *che*.

"Había un verbo, muy usado sin duda en otros tiempos, *champurrar*, que significa mezclar un líquido con otro; y el uso, caprichoso como siempre, ha preferido dar un rodeo, y se dice *mezclar el vino con agua*, cosa muy frecuente en el dia, ya se deba á los preceptos de la higiene, ya á las exigencias de la moda. Nadie usa ya la palabra *champurrar* en este sentido, y los que la usan en sentido traslaticio, la estropean y desfiguran, diciendo algunos *chapurrar*, y los más *chapurrear* para dar á comprender que hablan mal un idioma extranjero, sin

pensar que lo que hablan mal, al expresarse así es su propia lengua, que lastimosamente han olvidado.

"Hay un oficio muy tosco, que viene á ser respecto del de herrero, lo que es respecto del maestro de obra prima un zapatero de viejo. Se llamaba, y aún en algunos pueblos se llama *chapucero* al que hace *chapuces* ó remiendos en hierro, y ciertas cosas tan toscas y de tan poco valor, que un herrero desdeñaría dedicarse á ellas. De *chapucero*, viene *chapucería*; pero como la raíz ha llegado a ser desconocida, no puede calificarse bien el fruto. La palabra será muy necesaria mientras en España se hagan algunas cosas toscamente, groseramente, con poco arte, con mal gusto; pero, aunque no huelgue en el diccionario este vocablo, no tendrá, ó al menos no ha tenido en estos últimos tiempos, mucho uso para expresar lo que realmente significa. Para unos, *chapucería* es una mala acción; para otros, una cosa insignificante ó ridícula. No sé lo que sería para el insigne autor del Sí DE LAS NIÑAS, cuando en el acto 1.º, escena 6, habiendo dicho doña Irene:

"—¡Qué pereza tengo de escribir! Pero es preciso, que estará con mucho cuidado mi pobre hermana,—replica Rita:

"—¡Qué *chapucerías!* No há dos horas, como quien dice, que salimos de allá, y ¡ya empiezan á ir y venir correos! ¡Qué poco me gustan á mí las mujeres gazmoñas y zalameras!

"Si, como parece, usó Moratín la palabra *chapucería* como equivalente de *gazmoñería*, no pudo desconocer más completamente su verdadera significación; pero, por fortuna, he hallado en la última edición del DICCIONARIO de la Academia la (undécima de 1869) que el epíteto

de *chapucero* se aplica en algunas de nuestras provincias al *mentiroso*; y como según ha dicho un antiguo escritor, el encarecimiento es ramo de mentira, hubo de querer decir la criada que no le gustaban las mujeres en exceso ponderativas, exageradas, ó alharaquientas. No acuso, pues, formalmente á tan insigne hablista de haber usado con impropiedad una voz en significación metafórica, por no haberse fijado en su sentido recto; digo sólo que, en tal error suelen incurrir los que, lejos de estudiar la etimología y el valor de las palabras que han de usar, prefieren las que menos conocen, ó por amor á la novedad, ó por aparentar una instrucción que no tienen.»

La doctrina expuesta con poca claridad y con harta vaguedad por don Salustiano de Olózaga en el trozo que acaba de leerse, parece ser que una palabra ha de emplearse siempre en un sentido que se ajuste al etimológico, si proviene de otra nacional ó extranjera, ó al recto, si el sentido es traslaticio ó figurado.

Principiemos por admitir que esta regla, tomada en toda su generalidad, fuera exacta.

Los ejemplos con que el eminente orador trata de explicarla no son adecuados.

Olózaga reconoce que en castellano existe un verbo *champurrar*, muy usado sin duda en otros tiempos, pero muy poco usado en el nuestro, verbo que significa «mezclar el vino con agua, ó un licor con otro.»

Ese sentido recto dió origen al traslaticio de «hablar con dificultad un idioma mezclando con las palabras de éste otras que le son extrañas, y pronunciándolo mal.»

Me parece que esta es una metáfora muy legítima.

Mezclar las palabras de distintos idiomas, ó mezclar las palabras de un idioma con otras que no le pertene-

cen, se asemeja en sustancia á mezclar agua con vino, ó á mezclar dos ó más licores.

Pero, aun cuando la tal metáfora se prestara á observaciones, el uso, árbitro soberano en estas materias, la ha autorizado, como lo viene testificando desde años atrás el DICCIONARIO de la Academia, y como lo reconoce el mismo Olózaga.

La circunstancia de haberse trasformado *champurrar* en *chapurrar* y en *chapurrear*, innovaciones ya adoptadas por la Real Academia, no tiene nada, absolutamente nada de insólito.

El erudito don Antonio Capmani, en su excelente memoria sobre LA FORMACIÓN DE LA LENGUA CASTELLANA, trae un curioso capítulo referente al *antiguo lenguaje comparado con el moderno.*

Quién lo lea verá prácticamente que Olózaga no tuvo fundamento para censurar con tamaña severidad un caso tan común como la transformación de *champurrar* en *chapurrar* y en *chapurrear.*

Como la obra de Capmani á que me refiero es escasa, y por lo tanto, no es fácil que los lectores chilenos se la procuren, voy á transcribir por vía de ejemplo el siguiente pasaje:

"En las conjugaciones de los verbos, se ha experimentado muy notable mudanza y variación, no sólo en el trueque de letras, sino también de sílabas enteras. Generalmente hasta muy entrado el siglo XVI, no empezaron á sincoparse las terminaciones en *ades*, en *edes* y en *ides* de los verbos de primera, segunda y tercera conjugación, que después se mudaron en *ais*, en *eis* y en tales como *amades*, amáis; *veedes*, veis; *venides*, venís; *is*; etc.; *amárades*, amaríais; *amásedes*, amaseis; *viérades*,

veirais; *viésedes*, vieseis; *viniéredes*, vinierais; *viniésedes*, vinieseis; etc.

"En la formación de los demás tiempos y modos, ha habido casi igual alteración conforme las palabras se han apartado más de su etimología. El latín *videre* se romanceó en *veder*, que, perdiendo la *d*, se escribió *veer*, y perdiendo después una *e*, quedó en *ver*. De estas alteraciones del infinitivo, vinieron las inflexiones varias en los demás modos, como *vido*, *vío*, y últimamente *vió*, etc. El latín *esse* se romanceó en *seer*, hoy *ser*; de aquella alteración, se formó *so*, hoy *soy*; *sodes*, hoy *sois*; *seredes*, hoy *seréis*; *fumos*, hoy *fuimos*; *fuestes*, hoy *fuisteis*; etc. El latín *dicere* se romanceó en *dicir*, hoy *decir*; de aquí se formó *disso*, hoy *dijo*; *diveren*, hoy *dijeron*; etc. El latín *sapere* se romanceó en *saber*; de aquí se formó *sobo*, después *sopo*, hoy *supo*; *sabería*, hoy *sabría*; *sepades*, hoy *sabed*; etc. El latín *cadere* se romanceó en *cader*, hoy *caer*; de aquí se formó *cadió*, hoy *cayó; cadrá*, hoy *caerá*; *caya*, hoy *caiga*; etc. El latín *mittere* se romanceó en *meter*; de aquí se formó *metrá*, hoy *meterá*; *misso*, hoy *metió*; etc. De *valer* se formó *valo*, *valan*, hoy *valgo*, *valgan;* de *salir* también *salo*, *salan*, hoy *salgo*, *salgan*; de *andar* se formó *andió*, *andaron*, hoy *anduvo*, *anduvieron*; etc. Generalmente todos los tiempos acabados en *ovo*, *opo* y *ogo*, como se usaron antiguamente en *tovo*, *estovo*, *sopo*, *copo*, *plogo*, se convirtieron, entrado el siglo XVI, en *uvo*, *upo* y *ugo*, como en estas palabras *tuvo*, *estuvo*, *supo*, *cupo* y *plugo*."

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

(Concluirá)

OBRAS RECIBIDAS

En los últimos días hemos recibido dos obras de que nos apresuramos á dar cuenta á nuestros lectores.

Titúlase una *Gobierno Parlamentario y Sistema Representativo* (un tomo de 334 páginas, Imprenta Cervantes, Santiago de Chile, 1888), por don Julio Bañados Espinosa. Es un detenido estudio de diversos puntos que se rozan con esta importante materia de la ciencia política, y termina con una bibliografía bastante extensa. El señor Bañados Espinosa es autor de dos obras más: *Ensayos y Bosquejos*, y *La Batalla de Rancagua*, publicadas en 1884.

Nuestro colaborador don Rubén Darío acaba de reunir en un volúmen, *Azul*, (Valparaíso, Imprenta y Litografía Excelsior, 1888, *XXXIV*, 133 páginas) algunos de sus cuentos y poesías. Precédele un prólogo de don Eduardo de la Barra. El señor Darío ha publicado otros cuatro volúmenes: *Epístolas y Poemas*, *Abrojos*, *Emelina* (en colaboración con don Eduardo Poirier), y *Rimas;* y, según anuncio, tiene otros cuatro en prensa y una novela en preparación.

Acusamos recibo de estas dos publicaciones y damos las más cumplidas gracias á sus autores.

Los Editores

EL COMBATE SUPREMO

(POEMA)

"Acechará el pecador al justo y rechinará contra él sus dientes."
(*Salmo XXXVI*, versículo 12.)
"En ninguna cosa tengo mayor gusto que cuando entiendo que mis hijos van por el camino de la verdad."
(*Epístola III* de San Juan, versículo 4.)

I

Plomizas nubes cruzan el vacío
en rápida carrera; lanza el trueno
la voz de tempestad; el noto rueda
vertiginoso en montes y llanuras
y en su amplio seno arrastra á los espacios
ruidos como lamentos, choques de armas,
imprecaciones y confusa mezcla
de silbos y rumores diferentes.
La tierra entumecida, envuelta en sombras,

que la luz del relámpago abrillantan,
honda la propia lobreguez tornando,
bebe el agua del cielo en los raudales
que de lo alto recibe ó sufre el golpe
del helado granizo que se incrusta
en su ablandado seno y en él deja,
al tornar á la nada, su alveolo.

Sombrío cuadro ofrece á la mirada
la repentina luz: enhiestas cumbres,
que mientras más al cielo se avecinan,
eternas nieves más y más acopian;
como gradas de altísima escalera
de las cumbres, desciende á la llanura
una serie de montes; por doquiera
infecunda aridez, macizas rocas,
negruscos farellones donde no halla
ni el musgo propio de las piedras vida.

Descúbrese en la base de un montículo
oscuro boquerón, antro ó caverna
donde ahullidos resuenan espantosos.
Estalla rimbombando un trueno; ruge
entre las rocas húmedas el viento;
el diabólico estrépito del antro
cesa un punto, y fatídica figura
de las entrañas de la tierra surge.

Sus ojos en las órbitas voltean
con asombrosa rapidez; sus labios
abrevados están en cenagosa,
impura fuente; hirsutos sus cabellos,
nido semejan de enroscadas sierpes;
su escasa frente al peso se doblega
de anhelos infernales; sus pupilas

siniestro fulgor lucen; y en sus fauces
jamás el hambre yace adormecido.
Tal es la horrible aparición. Y mientras
la tempestad arrecia, así apostrofa
á los enfurecidos elementos.

"Rápido viento, cuyo choque airado
causa ronco fragor con que amortigua
del trueno el rodar súbito, pesado;
cuyas fuerzas gigantes atestigua
el huésped de las selvas, destrozado
cuando alardeaba de firmeza antigua;
son tus rudos embates leve pluma
ante el fiero huracán que á mí me abruma.

"Relámpago, engendrado en el vacío,
de la fúlgida luz siniestra esencia,
tienes en el espacio el poderío
de que ilumine al orbe tu presencia,
tú, que al nacer muriendo, á tu albedrío
en uno fundes muerte y existencia;
es tu sér y no sér fugaz, violento
en repetidas ansias, mi elemento.

"Hórridos nimbus, que cruzáis la altura
en encontrados rumbos atrevidos,
con vuestro són llenando de pavura
los ámbitos del cielo estremecidos;
do forjan la flamígera armadura
los rayos mil á destrozar nacidos;
son vuestras furias, gérmenes de miedo,
de las que hay en mi sér leve remedo.

"Surge y muere, relámpago, y el centro
ilumina del cielo tenebroso;
corre, viento veloz, la selva adentro,
derriba y hiere y mata sin reposo;
negros nublados, de uno en otro encuentro
chocad sin fin rugiendo; y temeroso
el universo escuche. ¡En tanta ruina
anhelo ver si todo se extermina!

"¡Quiero sola reinar!... ¡Muera la santa
virtud en mi poder, por siempre muera!
¡La dulce fe, que á la virtud levanta,
despojo sea en mi triunfal carrera!
¡Quiero posar mi asoladora planta
sobre cuanto hay de grande en esta esfera!
¡Espíritus del mal, ¡sús! ¡á la lidia!
¡Vosotros me ayudáis: soy la Perfidia!"

Los desatados elementos callan
ante la odiosa aparición; mas luego
con nuevos y frenéticos impulsos
las nubes chocan, se penetran, rugen
en hórrido estampido; el rayo cruza
los espacios sin límites; clamores
y sollozos resuenan en el antro;
ronca el volcán oculto en la montaña;
las sombras se ennegrecen y semejan
el sudario del mundo.

II

En una cima
con base inconmovible de granito,
en cuyo flanco el huracán se azota
y gime herido y se retuerce y brama
álzase de repente, rodeado
de torrentes de luz, la faz serena,
un anciano de aspecto majestuoso.
Genio parece descendido á punto
en que ya el universo, perturbadas
las leyes que lo rigen, iba al caos,
para impedir con su presencia augusta
la inminente catástrofe. Encadena
con su mirada al huracán y, alzando
en su diestra una tea luminosa
con llama que en el viento brilla inmóvil,
así apostrofa á la feroz Perfidia,
que con ira satánica le escucha.

—"¿Quién alza entre las breñas desoladas
de estos ásperos montes,
siendo veloce mensajero el viento,
su destemplado acento?
¿Quién de estos apartados horizontes
los aires puebla en ruidos diferentes,
que sin ser truenos rugen en la altura,
en el espacio corren sin ser vientos,
y de la voz relámpagos, amagan
tal cual estos la vista, los oídos?
¿Quién, fiera humana, exhala

inhumana fiereza en sus gemidos?
¿Quién mueve tanta guerra
en la fría region de aquesta sierra?... »
Calla el anciano; escucha. La Perfidia
no da pronta respuesta; en su semblante
ya se pinta la cólera, ya el miedo;
vacila, duda... Pero al fin compone
su rostro miserable; cuanto puede
suaviza su palabra silbadora,
y le contesta con fingida calma,
llamando en su socorro al disimulo:

—« Tu planta abate, y sobre el haz del suelo
á mí ven á juntarte,
fantástica visión; pues imagino,
así mi pensamiento osa juzgarte,
que eres sólo apariencia de la vida,
y en ello está mi mente confundida.
Ven, si eres realidad. La antorcha apaga,
que en mágica penumbra te presenta,
y apenas la diviso cuando siento
la esencia de mi sér ¡raro portento!
sumida en niebla densa.
Mata, mata esa luz; ven á mi lado;
depón todo temor. ¿Qué te detiene?
Oyes que te convido con agrado,
con el sincero agrado que conviene
al pecho en que no cabe la falsía.
¿Por qué dudas, anciano, todavía?
extíngase la antorcha y tus sentidos
se abrirán á la luz en las tinieblas
y verás los senderos conocidos

de la verdad, que con los tuyos pueblas.
¡Mata, mata la antorcha!...»

Con sonrisa
de supremo desdén así el anciano
contestó á sus razones.

—«Falaz sirena por tu voz que embriaga;
monstruo espantable por tu faz, antípoda
de la hermosura; fiera en tus deseos;
desdichada en perpetuos devaneos;
te abono en cuatro estados diferentes,
y ya de todos ellos advertido,
sabrás que no me apartan del sentido
tus halagos, que son negra celada,
sirena, monstruo, fiera y desdichada.
¡Ay de mí triste, si tu voz oyera!
¡Ay si en tus sendas mis sentidos guiara!
¡Pingüe despojo de tu rabia fuera
y atado siempre á tu poder quedara!
Estampada en tu rostro está la ira
que agita poderosa tus entrañas;
al disimulo apelas, que conspira
por tu triunfo infernal; con él engañas
de los humanos la confianza ingenua;
con tesón implacable en lo más noble
infiltras la ponzoña gota á gota.
Ya se trastorna tu semblante doble;
la rabia te alborota.
Continuará irritante
el són de mi palabra en tus oídos.
¡Ármate con los signos del encono,

que no verás suspensos mis sentidos,
ni muerta la entereza en que blasono!»

—«¡Oh demencia! ¡oh furor! ¡oh sino triste!
(Exclamó la Perfidia)
¿Quién eres di, que para daño mío
en lo alto de esa roca apareciste,
aborrecido sér, que á tu albedrío
en angustias sin término me pones;
porque hace tu presencia
chocar furiosa en mí mi propia esencia?
¿Quién eres di, que á tu placer dispones
palabras altaneras,
que con dolor el alma me traspasan
y como ardientes dardos ¡ay! me abrasan?
¿Quién eres di, que evitas el halago
de mi voz de sirena,
de aquellos que la atienden sumo estrago,
si esa voz buscar sabe
á cada cual la fibra delicada
por donde queda su firmeza en nada?
Ella los trae á todos á mi imperio;
llegan á mí confiados
en discurrir dichosos
y vense para siempre desdichados...
¿Quién eres, genio incógnito y sombrío,
que pretendes vencer mi poderío?»

III

—«Espíritu del mal, finges en vano.
Bien sabes quién soy yo, porque te aterra

(Dijo el austero anciano)
la misión de mis pasos en la tierra.
Yo soy aquel que, sombra del humano,
ligado está por siempre á su destino;
donde quiera solícita mi mano
alumbra con la tea su camino.
Si tal vez las empresas de su mente,
afán de sus potencias,
de región en región, de patria en patria
lo llevan á buscar su cumplimiento,
siempre á su lado atento,
en la suya mi esencia confundida,
marco seguro el rumbo de la vida.
Desque llega entre duelos y suspiros
al goce de la luz, carne animada
sin mérito, ninguno que no sea
entre sus lazos cobijar la idea,
átomo del divino pensamiento,
yo velo ante la cuna que lo guarda
en reposo al del sueño parecido,
mas sueño sin segundo,
porque, estando despierto, está dormido
cual si se hallara en un sopor profundo.
Adormecida yace en él la idea,
menguada por la recia sacudida
que parte fué á estrecharla
en cárcel donde habite
á la inerte materia entrelazada.
Unas tras otras en eterno giro
pasan las horas, nombre caprichoso
conque el mortal, en todo limitado,
ha creído orgulloso

término cierto dar á lo increado;
púlese la materia del humano;
despierta en él la idea,
llega anhelante á su cerebro inculto
y allí se posa y crece y lo ilumina,
cual suele en los cristales
de incoloro fanal luz repentina.
Crece su cuerpo, emporio de sus males;
y desde el punto en que su mente acierta
á distinguir los encontrados rumbos
del bien y el mal en su razón despierta,
solícita mi mano alza la tea...
Si por la inmóvil luz sus pasos guía,
el día de su noche será grato,
quieta será la noche de su día;
si desprecia mi tea ¡ay del ingrato!
Pábulo de su luz es la conciencia
y juez inexorable en la existencia.
Llega entonces tu vez; cumples tu oficio,
que es inundar el corazón de cieno,
arrojar la virtud al precipicio
y á torrentes lanzarle tu veneno...
Por mí es grande el mortal, por mí sublime.
Sin mí ¡oh Perfidia! entre tus lazos gime.
¡Cuanto se haga por mí será bien hecho,
porque toda verdad está en mi pecho!...»

—«¡Te conozco, oh Deber!... Te conocía,
(la Perfidia gritó furiosamente),
mucho antes que estas rocas apartadas
turbara la irritante melodía
de tu palabra ardiente.

Te comprendí en el punto que llegaste,
pues llevas en tu frente,
espejo de tu esencia,
la sublime expresión que tu existencia,
á las grandezas sólo consagrada,
ha podido dejar allí grabada.
¡Te conozco oh Deber!... Aquí al mirarte,
admiro tu nobleza para odiarte.
Hija soy de Luzbel, que con su aliento
la vida me otorgó en un juramento.
Enemiga mortal de los mortales
que marchan por la senda á ti debida,
es sabroso manjar á mi existencia
ver cómo ciento á ciento te abandonan
por mi hálito pestífero turbados;
y ver cómo pregonan
que no van descarriados;
y ver cómo los mismos
que, cansados de ti, se te separan
van rodando, rodando á los abismos.
¡Ah! Tu senda es gloriosa, pero triste!
¡Mis secuaces estrechan el asedio!
Á tan rudo combate ¿quién resiste?
¡El bueno ha de caer!... ¡No habrá remedio!

El Deber le replica:—"¡Nó! ¡En la lidia
sucumbirá el espíritu maldito!
Perdidos han de ser ¡oh vil Perfidia!
tus afanes por ver del varón fuerte
ya la virtud en términos de muerte.
En vano tus satélites feroces
de mil diversos modos infernales,

que tu origen descubren como cierto,
desplomarán sobre él males de males!
El bueno llegará al divino puerto,
yo le brindo mi aliento soberano;
con la luz de la fe ya lo encamino,
y despreciando tu rencor insano,
resuelvo en la virtud el grave arcano
que á los séres oculta su destino.»

IV

En tanto la Perfidia, fascinada
por la palabra osada
del rígido Deber, que repercute
entre aquellos horribles peñascales,
no acierta á desatar su inicua lengua.
Entre un coro de voces celestiales
el imponente anciano
con su tea de luz que nunca amengua
despareció en la roca.
La tempestad dió en lo alto nuevo impulso
á los acumulados nubarrones;
el vendabal corrió con furia loca,
y á modo de estampido de cañones
se sucedieron los pesados truenos.
Así habló la Perfidia entre clamores
llenos de rabia y de amenazas llenos.

—«Deslumbrada quedé!... ¡No me intimida!...
Sin el Deber ¡oh justo! en el combate

fueras hoja caída
del viento al rudo embate
y arrebatada en giro tan violento
que, siendo á la partida
hoja, quedaras en espacio breve
despreciable materia en polvo leve.
Mas ¿por qué desconfiar?... Los elementos
de mis iras en contra del privado
desataré; terribles sufrimientos
caigan sobre él; le hieran mis aliados,
séres que en mí se nutren y así ponen
en dar cima á mi intento sus cuidados;
séres que buscan con afán creciente
dónde está aquel en quien hincar el diente,
porque á todos da ejemplo y se levanta
con los brillantes rayos de la ciencia,
de la virtud, del genio ó de las artes.»

V

De la montaña en la empinada cumbre,
sobre una roca, al borde del abismo,
próxima de la rabia al paroxismo,
ya entre tinieblas ya en siniestra lumbre,

Se asienta la Perfidia; la deslumbre
repentino fulgor; á un tiempo mismo
cruce el rayo á su lado, y su mutismo
no turbarán ni su honda pesadumbre.

Al viento flota su raído manto;
inmunda hiel destila de su boca;
su atravesada vista causa espanto.

Con su brazo tendido acaso evoca
á su alredor los génios infernales,
numerosos agentes de sus males.

Lenguas de fuego cárdeno atraviesan
del un extremo al otro la montaña;
ya giran por el aire en danza extraña,
ya de repente sin motivo cesan;

Luego parece que la tierra besan
ó se persiguen con tremenda saña;
ya su fulgor se aviva, ya se empaña,
ya se forman en filas que se espesan.

Entretanto las rocas bambolean
y los truenos redoblan el espanto
y los rayos do quiera serpentean.

Recoge la Perfidia el negro manto,
hace iracunda rechinar los dientes
y grita con acentos estridentes:

—"¡Quiero sola reinar!... ¡Muera la santa
virtud en mi poder, por siempre muera!
La dulce fe, que á la virtud levanta,
despojo sea en mi triunfal carrera!
¡Quiero posar mi asoladora planta

sobre cuanto hay de grande en esta esfera!
¡Espíritus del mal, ¡sús! á la lidia!
¡Vosotros me ayudáis: soy la Perfidia!»

Grita; y dando satánico alarido,
en el antro diabólico se hunde,
de donde lanza al mundo sus secuaces.

VI

En medio á los cantares
que vibran en la esfera,
llenando de armonías
el cielo de zafir,
consientes, hado rígido,
que, desplegando artera
sus bríos poderosos.
¡ay! la Perfidia vil,

Desate los satélites
que aprestan en la sombra
con el porfiado encono
que les inspira el mal,
los dardos, que preparan
de ruinas triste alfombra,
la mente de los buenos
con ansias de ofuscar.

¿Qué fuerza inevitable
las tuyas adormece,
que ya no cabe en ellas

benéfico poder?
¿Á qué velado impulso
tu espíritu obedece?
¡Sacude, hado solícito
la soporosa sien!

¡Levántate, y tu diestra
separe generosa
las monstruos implacables
que huellan la virtud!
¡Levántate, que al bueno
turba infernal acosa!
¡El horizonte aclare
tu bienhechora luz!

Mas ¡ay! que ya diviso
grabada una sentencia
en las severas páginas
del libro divinal:
en luchas y contrastes
¡oh Santa Providencia!
cuanto en el orbe es grande
se debe aquilatar.

Por eso tiene el cielo
oscuros nubarrones,
que tristes vestiduras
semejan de dolor;
y baten los espacios
soberbios aquilones,
causando mil estragos
de su rugido al són;

¡Y el sol tiene sus manchas;
volcanes mil la tierra;
tormentas pavorosas
el insondable mar!...
¡Y el bueno, lo más noble
que el orbe todo encierra,
el bueno... ¡ay! ¡contra el bueno
se ensaña la maldad!...

VII

Mas rueden por doquiera
furiosas tempestades;
sembrando espanto ruja
tremendo el huracán;
tronando los volcanes
sepulten mil ciudades
el bueno, en tanto estrago,
glorioso surgirá.

¡Desplómense las iras
sobre su augusta frente;
las furias del averno
rujan á su alredor;
que en tan supremo trance
lo encontrarán sonriente
con la mirada fija
en la eternal mansión!...

ANTONIO ESPIÑEIRA

LA SEUDO CRÍTICA

Hablando en general y sin examinar muy de cerca la comparación, puede decirse que la crítica viene á desempeñar en la república literaria el papel de la policía en las ciudades; es decir que está encargada de velar por el orden literario conforme á las prescripciones de la belleza, y le toca aplicarlas en los casos particulares, prevenir lo que pudiera hacerse en contra de ellas, corregir lo que así ya estuviese hecho, revisar las patentes de ingenio para dar libre paso á los que las tuvieren legítimas y estorbarlo á los que anduviesen con patentes falsificadas. También le corresponde atender al aseo y limpieza de las letras, impidiendo que se amontone el mal gusto y forme esos focos de infección que han ocasionado grandes pestes literarias, de cuyo contagio no escapan ni los ingenios más bien constituídos. Bastará citar las terribles pestes del conceptismo y del culteranismo en España, del eufemismo en Inglaterra, del estilo precioso en Francia. Ahora hace estragos en esta última nación el naturalismo y aunque, según parece, ya va en decadencia, todavía la policía literaria no consigue dominarlo.

Ya que toco este punto, no dejaré de decir, aun cuando sea cosa sabida, que no debe confundirse esta calamidad del naturalismo con el realismo, el cual no es calamidad ninguna sino gran beneficio. Debe recomendarse el realismo para el ingenio, como los baños y abluciones de agua fría para entonar el cuerpo. Los grandes poetas y los grandes novelistas, en especial el más grande de todos, Cervantes, se han dado muy frecuentes baños de realismo, como nadie podrá racionalmente negarlo, ni tampoco es fácil negar racionalmente que el vigor y la eterna juventud de sus obras, más son debidos á las profundas raíces de un realismo universal y humano, que á las flores de un idealismo verosímil. El naturalismo, por el contrario, debe proscribirse como el continuo exceso en el comer y beber, exceso que apaga y debilita las facultades mentales y deja al hombre á merced de sus necesidades animales, que son las que minuciosamente se describen en las obras naturalistas, como objeto primordial de ellas.

También se parecen los críticos á los agentes de policía en que, como éstos, son ellos objeto de risa y broma para todos los aficionados á campar por sus respetos y hacer de las suyas; y así los autores creen cosa muy lícita disparar saetazos á esos pobres diablos cada vez que se les ocurre. Siempre, como es natural, consideran que la crítica es en sí buena y loable; pero nunca hallan persona digna que la maneje como es debido, sino que sueñan con una crítica imaginaria, en virtud de la cual aparezca que lo que ellos escriben no tiene defectos, salvo tal cual punto insignificante, que tal vez hace gracia y da simpatía, como un lunarcillo bien puesto en la cara de una muchacha morena.

En lo que no se parecen los críticos á los agentes de policía es en la manera cómo llegan al puesto. Á éstos los nombra una autoridad superior, mientras que el crítico se nombra á sí mismo, y sin pedir á nadie permiso, sale á apostarse gravemente en las esquinas de la ciudad literaria. De lo cual resulta que muchos, engañados por una vocación ilusoria, sientan plaza de críticos sin tener la preparación, competencia y dotes naturales que el cargo requiere. El seudo crítico conviene en gran manera á los autores mediocres, porque, como no conoce bien las ordenanzas y es más ó menos cegato, pueden fácilmente captarle la voluntad, engañarlo y arrancarle aplausos que nunca dejan de tener eco en alguna parte. Pero al público honrado de ningún modo conviene tener noticias falsas de la calidad de las obras literarias, ni de que se toleren infracciones al buen gusto ó al sentido común y se las haga aparecer como actos conformes á derecho. Por esto me parece que podrá ser útil dar algunas señales de los seudo críticos.

Entre ellos cuento en primer lugar á los poetas y artistas. Sus juicios críticos, por lo menos, deben mirarse con desconfianza. Comunmente son más creídos que nadie, en virtud de esta reflexión: "Quien puede lo más, puede lo menos. Si Fulano puede escribir una hermosa poesía, es claro que también podrá juzgar rectamente las poesías que otros hagan, cuanto más que, por experiencia propia, conoce la manera cómo tales cosas se hacen." Á este raciocinio no se le halla ajuste, porque confunde en un mismo orden materias del todo diversas, y en las cuales se ejercitan diversas facultades intelectuales. La obra poética requiere fantasía, y en la crítica se ejercita el raciocinio. Siempre un artista ha de necesitar racioci-

nio, pero sólo un poco, que le sirva á modo de lastre ó de dique que contenga el desborde de la imaginación. El crítico no necesita ni un grano de imaginación creadora; pero sí ha de poseer una sensibilidad tal que le permita percibir hasta los más leves pormenores de la concepción estética. Un artista sobrado juicioso, en cuanto artista, será correcto, frío y mediocre. Un crítico que tenga fantasía será apasionado. Delante de las bellezas ó defectos de la obra que estudia, su imaginación toma vuelo por cuenta propia, se exhalta; unas veces ve cosas que no hay, otras cierra involuntariamente los ojos por no ver cosas que hay. Por poco que la obra se avenga con sus inclinaciones, la pondrá en las nubes; por poco que la obra las contraríe, la pondrá por el suelo. Y así son los juicios de los artistas y poetas verdaderos. Descubren las cualidades de una obra guiados más bien por el instinto que por la reflexión. Su instinto artístico podrá servirles de guía seguro en el campo donde se mueve su propia fantasía; pero no en campos ajenos. Difícilmente podrán prescindir de ese instinto que, al juzgar, se convierte en preocupación. Casi no hay juicio de artista donde no aparezca alguna aversión ó predilección que se procura justificar con grandes palabras á falta de buenas razones. Y porque se dejan llevar principalmente por el instinto son absolutos y dogmáticos, quieren imponer; si discuten, lo hacen como condescendencia; y como en una crítica hay que dar razones, las que ellos presentan son de ordinario débiles ó, por lo menos, así lo parecen si se atiende al dogmatismo de los asertos.

Si un buen poeta, por ser tal, hubiera de ser buen crítico, tendríamos que un poeta eminente habría de ser crítico eminente, cosa que nadie se atreverá á decir. Ahí

está, por ejemplo, Cervantes, ingenio sin segundo y á más muy sensato. Pues, bien, sus juicios literarios son harto vulgares. Antes que algún cervantófilo me acuse de poco respetuoso, me apresuro á escudarme con lord Macaulay. Dice este sesudo crítico que en ningún libro ha visto pasajes más insignificantes y pueriles que las disertaciones literarias del Quijote; sin embargo de que dichos pasajes son los más estudiados y trabajados de la obra entera. Aun cree que, en estos tiempos, á duras penas admitirán esas disertaciones en la sección literaria del *Morning Post* (1).

(1) Vale la pena de citar el texto original. «In Don Quixote are several dissertations on the principals of poetic and dramatic writing. No passages in the whole work exhibit stronger marks of labour and attention; and no passages in any work with wich we are acquainted, are more worthless and puerile. In our time they would scarcely obtain admittance into the literary department of the *Morning Post. (Dryden.)* Debe advertirse que, antes de las líneas citadas, Macaulay ensalza los caracteres de Don Quijote y Sancho y la concepción general de la obra, en términos tan absolutos y entusiastas como los que habría empleado cualquier cervantófilo. Por lo demás, la exageración que se nota en la parte transcrita no debe tomarse á la letra, sino como un modo de decir, común en los escritores vehementes aunque no sean apasionados, como por cierto no lo era Macaulay. Es natural que sacara de tino á crítico tan práctico, ver que uno de los genios más sublimes, en una obra de pura imaginación, se devanara los sesos, levantara el tono y acicalara la frase por explicar racionalmente teorías y reglas arbitrarias, antojadizas, fundadas en una inextricable maraña de sutilezas. Hasta don Juan Valera dice que los juicios de Cervantes «nunca traspasan los límites del vulgar, aunque recto juicio.» (*Sobre el Quijote y sobre las diferentes maneras de comentarle y juzgarle.*) Nótese que el calificativo de «recto» resulta tan vago, por poco que se piense en él, tan falso si está por «racional», ó tan fuera de lugar si acaso estuviese por «bien intencionado», que se puede sospechar que el señor Valera lo ha puesto por no perder la costumbre de alabar á todo lo español, ó más probablemente por redondear y hacer más bonita la frase.

Por otra parte, no es exacto que un artista conozca por experiencia propia cómo se conciben y ejecutan las obras de arte. Sabrá, si tiene buena memoria, cómo ha concebido y ejecutado sus propias obras; pero nó las ajenas. Las obras de cierta originalidad tienen cada una su molde propio, su concepción propia, su ejecución propia, que sólo percibe, rastrea y saca á luz el sentido crítico y nó la imaginación, por muy valiente y vigorosa que sea.

Con las observaciones apuntadas no he pretendido afirmar que haya antagonismo entre el ingenio del poeta ó del artista y el del crítico. Nada de eso: poetas ha habido, sobre todo, que han sido también críticos de primer orden; pero son casos raros. Esos han debido dar gracias especiales á Dios por haberles dotado de un cerebro tan bien ponderado.

Ni tampoco doy grande importancia á la opinión de que una facultad intelectual se desarrolla á expensas de las otras, de modo que, cuando la imaginación abunda, ha de escasear la razón. Si hay algo de esto, no debe de ser cosa mayor. Todos los días estamos viendo que los poetas en sus prólogos, discursos, polémicas, folletos, dilucidan puntos científicos con argumentación tan cuidada y tan en forma, aun con tal lujo de abstracción y de términos raros; aguzan tanto la vista para enhebrar sutilezas, que, á no saber uno que son poetas, los declararía por filósofos en toda regla. Vemos también que suelen ser ministros de Estado, ministros diplomáticos, diputados y que desempeñan éstos y otros cargos públicos tan bien como la gente negada á toda poesía. Y no muestran menos juicio en sus negocios: en diez poetas no habrá más de dos deschavetados y perdularios. En

lo antiguo, Shakespeare, que por su maravillosa fantasía debió de ser más pobre de razón que nadie, según la opinión antes citada, fué hombre muy juicioso, administró muy bien sus ganancias, y murió como un burgués de los más respetables. Víctor Hugo, en nuestro tiempo, sabía colocar sus capitales con el tino de un negociante de primer orden. De esto puede inferirse que el poeta no pierde como racional lo que gana en imaginativa, sino que facilita considerablemente el juego de su imaginación con el continuo uso y las diversas aplicaciones que de ella hace; mientras tanto, tal vez dejará estacionaria la razón, y aun podrá suceder que se le enmohezca un poco si no la hace trabajar; pero no por eso perderá ninguno de sus rodajes, como no los pierde una máquina que está guardada.

Lo que aquí se ha intentado manifestar es que los poetas y artistas, en vez de estar más habilitados, por el hecho de ser tales, para hacer obra de crítico, lo están menos, no por escasez de razón, sino porque las especiales aptitudes que requieren los géneros que cultivan, les ofuscan de algún modo el sentido crítico; por donde tienden naturalmente á convertir en sistema y doctrina su peculiar manera de concebir y expresar la belleza. He insistido en este punto, porque casi no hay artista y poeta que no sienta achaques de crítico; y sus decisiones, como ya dije, son muy atendidas y respetadas por el común de la gente, la cual irreflexivamente cree que, si hacen cosas buenas, las hacen por arte crítico, siendo así que obran ó deben obrar por arte imaginativo ó intuitivo, sirviéndoles la reflexión sólo en lo accidental y secundario.

Estos críticos son los más peligrosos de todos porque

deleitan con la pompa y riqueza del estilo, deslumbran con la viveza de las imágenes é imponen, por mucho que uno resista, con el dogmatismo de sus sentencias. Pero el lector que deja pasar la primera impresión y después medita, se admira de no sacar en limpio nada más que el conocimiento de los afectos personales del artista ó del poeta.

Con no menos desconfianza, aunque por diversa causa, debemos mirar la crítica del erudito de profesión. El erudito siente cariño y afecto casi paternal á todo lo que se ha escrito, y siempre anda aquejado de ansias de leer cuanto hay, no para darse gustos estéticos, saborear bellezas ó embeberse en contemplaciones ideales, sino para hacerse cargo de la obra, darla á conocer al público y clasificarla en la historia literaria. De aquí resulta que su espíritu está siempre inclinado á evaluar una obra por sus méritos relativos, que son los que le saltan á la vista, antes que por lo que tenga de distintivo y propio. El erudito nos presentará un estudio lleno de acotaciones, notas, comparaciones con otros autores. Nos dirá á quién imitó el autor en tal parte, á quién copió en tal otra, cuáles eran las opiniones reinantes acerca del género de la obra que estudia en tiempo de su aparición, cuáles son las opiniones actuales, de qué modo influyó en el desenvolvimiento de dicho género, y mil reflexiones de esta naturaleza, sin omitir los pormenores del bibliófilo; pero el alma, la inspiración de la obra, de ordinario se le escapa. Y aun cuando en aquello primero sus observaciones sean muy notables y verdaderas, en esto último bien pueden ser ordinarias, desteñidas y falsas, y darnos una idea errónea, que fácilmente se nos entra viniendo rodeada por el aparato de la erudición.

De paso notaré que dicho aparato tiene la particularidad de ocasionar tanto más asombro cuanto más nos desorienta y confunde con esos pormenores que generalmente se olvidan al volver la página.

La sensibilidad estética del erudito no es muy delicada. Esto se ve en el modo cómo califica á una obra: si le agrada, no escasea el epíteto encomiástico; pero si la halla mediocre ó mala, le cuesta muchísimo señalarla como vitanda, procura atenuar las faltas, hace descollar lo que tenga de bueno; aún, si es necesario, recurre á los méritos personales del autor, á las circunstancias de su vida. El verdadero crítico no anda con tales contemplaciones. No desparrama así en seguida los calificativos de «divino», «bellísimo», «admirable»; y cuando concluye que una obra es mala, procura con frases breves é incisivas hundirla en el olvido. El erudito no halla nada digno de olvido. En una obra de imaginación, el crítico ve puramente la manifestación de un ideal de belleza; pero el erudito se deja un lado para mirar la obra como manifestación de la actividad humana, cuyo conocimiento siempre podrá ser de alguna utilidad.

También hay que contar en el erudito lo que tiene del anticuario, y la parcialidad con que ha de mirar aquellas obras que ha descubierto ó que él primero que nadie ha dado á conocer, aun cuando sean de muy escaso mérito.

En todo caso, los que se dejan avasallar por los juicios de los poetas, artistas y eruditos, pueden decir, por lo menos, que andan en buena compañía. No así los legos ó incautos que prestan fe á la seudo crítica vulgar y más ó menos anónima.

De esta especie hay una crítica muy usada, que está

al alcance de todos, que sólo requiere vulgares aptitudes para el análisis. Tiene su asiento en los periódicos ó en libros ocasionales, y se presta admirablemente para desahogar los odios ó dar importancia á lo que nada vale; crítica menuda, rastrera, laboriosa, de ordinario bien arropada en un vistoso manto de imparcialidad y gravedad. Esta crítica sigue un sistema peculiar: da primeramente un extracto metódico y bastante minucioso de la obra (lo cual es recurso para manifestar imparcialidad), y en seguida procede al examen por partículas ó trozos. Coge algunos, los transcribe, los contempla, les aplica reglas retóricas ú otras convencionales y los califica de buenos ó malos según salgan de la prueba. En seguida balancea estos trozos con aquellos y falla mirando aparentemente el fiel de la balanza. Para hilvanar todo esto, el seudo crítico encaja aquí y allí reflexiones y teorías tan vagas y generales que le pueden servir para todas las críticas que haga en su vida.

Se comprende que así pueda el seudo crítico engañar con facilidad al público, el cual se imagina, en vista del extracto y de las citas, que le han puesto delante la obra tal cual es; se comprende que así pueda presentar una obra por el lado que le convenga, eligiendo las partes que hagan á su intento y deteniéndose en ellas, como lo hace el abogado con las declaraciones testimoniales que lo favorecen; y se comprende también que tal sistema de crítica no merece ninguna fe.

Desde luego pensar que con un extracto á modo de índice ó sumario, se va á dar fiel é imparcial idea de la obra, es error de los más vulgares. Ninguna obra de imaginación, medianamente original, puede ser imparcial, porque el autor ha de manifestarse apasionado por

el ideal de belleza que le ha puesto la pluma en la mano, y sólo será imparcial y fiel aquella reseña que ponga de manifiesto la parcialidad del autor. Presentar una reseña fiel de una novela ó drama, por ejemplo, es cosa de las más difíciles, es la piedra de toque del crítico. Para llevarla á cabo es preciso haber percibido ya y desembrollado la inspiración fundamental que anima la obra, y poseer la penetración y tacto suficientes para manifestar esa inspiración eligiendo los rasgos que la reflejan con más viveza. Un buen crítico nunca ofrece ni podría ofrecer extractos descarnados y metódicos: esto sólo bastaría para dar á conocer que no se ha posesionado de la obra que estudia. Obsérvese el procedimiento que emplea: toma puramente el personaje principal ó aquellos que encarnan principalmente el ideal, los caracteriza con unos cuantos rasgos bien escogidos, sin hacer caso de las figuras é incidentes secundarios, y los presenta con tanto calor y viveza como el autor mismo lo habría hecho, de tal suerte que uno llega á sentir como en extracto la impresión general que le ocasionaría la lectura de toda la obra. En esto sí que consiste la verdadera imparcialidad: en darnos las cosas tales como son, y no en referirlas con brevedad y frialdad, siguiendo la obra paso á paso. Cuando leemos la reseña del buen crítico, nos parece que está encantado de la obra. ¡Se manifiesta tan posesionado de ella, del espíritu que la anima! Sin embargo, luego lo vemos discurrir serenamente acerca de la bondad de la obra. Esto proviene de que allá el autor habla por boca del crítico, y acá habla el crítico por cuenta propia. Y con una obra vulgar procede del mismo modo: saca de ella los rasgos más salientes que patenticen la falta de originalidad, inspiración y armonía.

El análisis individual de los trozos ó partes, su contemplación inmediata, la prueba retórica á que se les somete, todo es tan erróneo y va tan fuera de camino como los susodichos extractos. Una obra no debe considerarse principalmente sino en su conjunto, porque es un todo; y las distintas partes no deben considerarse sino como tales partes, como manifestaciones parciales de un pensamiento general. El crítico las examina separadamente para reconocer el vigor ó la debilidad con que expresan el concepto general; y si lo expresan con vigor, las declarará por nobles esfuerzos de ingenio, aún cuando pequen contra la retórica; y si lo expresan con debilidad ó vaguedad, las declarará por impertinentes y fuera de lugar, aún cuando encajen en la retórica sin sobrarles ni faltarles un ápice, y sean de gran mérito individualmente consideradas. En las bellas artes, esto aparece con evidencia. Así en la pintura, suele observarse en buenos cuadros que el colorido de un objeto mirado de cerca y aisladamente es enteramente falso, y, sin embargo, resulta verdadero, bellísimo y armónico, contemplado á una distancia tal que se abarque todo el cuadro y no se distingan las pinceladas; lo cual proviene de que unos colores cambian con la simple yuxtaposición de otros. Aún he leído yo que muchos de los insuperables primores y magnificencias de colorido que ofrecen las obras maestras de la pintura, provienen, no de una sabia preparación en la paleta, sino de un conocimiento soberano de los resultados de la yuxtaposición de los colores. Hasta en la música, arte cuyas reglas parecen tan incontrastables, se puede notar en las obras de genios muy originales y atrevidos el empleo de acordes que, considerados aisladamente, son de todo punto chocantes é insufribles, aún

para el oído menos delicado; y, con ser así, en el curso de la frase, lejos de chocar, dan cierto carácter, relieve y originalidad admirables á la idea musical.

Por más que el seudo crítico proteste de miras muy hondas y de tomar puntos de vista muy elevados, viene á parar en miras superficiales y en puntos de vista bastante bajos; pero conoce tretas tales que pueden hacerlo aparecer ante el lector desprevenido y confiado, como crítico de mucho vuelo. En algunas críticas que se publican en los diarios, no puede uno menos de admirar la habilidad para alabar una obra sin dar razones, haciendo como que se dan; para extenderse en el análisis sin analizar; para hacer como que se estuviese tocando el fondo, rozando la superficie á la ligera; para presentar como axiomas doctrinas de las más discutibles.

He aquí algunas frases que, con variaciones de más ó menos, se usan generalmente en esta seudo crítica, y las tomo de críticas de poesías que son las que más se ven.

"El señor N. posee notables dotes de poeta. Hay en su versificación fluidez, soltura y abundancia. Su elocución tiene vida, calor, impetuosidad Si su expresión es alguna vez poco precisa y correcta, si sus epitetos no son de vez en cuando escogidos con esmero, en cambio su lenguaje es siempre fácil y espontáneo." Nada más común que este período, y nos manifiesta dos cosas. Es la primera, aquella propensión de los críticos vulgares á dar grande importancia á lo que hay de más externo y aparente en la obra literaria, es decir al estilo. Es la segunda, que escogen para calificarlo, aquella cualidad que, con ser muy accidental, es la que más hiere los sentidos: la fluidez y abundancia de las palabras. Ahora bien, esta abundancia lo mismo se aviene con la pura charlatanería como

con la fecundidad de pensamientos; con la incorrección, impropiedad y vaguedad, como con las cualidades contrarias; de modo que alabar á cierto estilo sencillamente por fluído y abundante, es alabarlo sin ningún fundamento. La abundancia merece muchos elogios; pero sólo cuando es de cosas buenas, y que hay cosas buenas es lo que el crítico debería probar antes que nada.

Otra muestra: «El señor N. tiene algo del lirismo de Hugo; tal de sus composiciones hace pensar en el humorístico sarcasmo de Heine; y las hay empapadas en la dulce melancolía de Lamartine.» El seudo crítico se muere por amontonar nombres de autores y lucir lo que sabe. Pero lo singular es su candor: por alabar á su favorecido lo deja desnudo con buena fe infantil. Le dice esto es de Hugo, esto de Heine, esto de Lamartine, y no le dice esto es lo suyo, única cosa que puede caracterizar al autor y darle derecho á las hojas de laurel. Y cuando algún seudo crítico más avisado suele insistir en algo que cree propio y original del autor, resulta casi siempre que eso algo es de otro autor que el seudo crítico no conocía, lo cual no es raro, porque el seudo crítico de ordinario no conoce más que á una docena de escritores; pero los baraja, revuelve y desparrama con tal arte que no parece sino que se hubiera leído una biblioteca.

Á menudo leemos: «El señor N. carece, es verdad, del vigor y nervio de Núñez de Arce; pero, en cambio, posee á fondo la delicadeza, el pensar sugestivo de Becquer.» Es el mismo caso de los ejercicios de Ollendorff: —«¿Tiene usted los guantes de mi tío?—Nó: pero tengo el bastón de mi hermano.»

No es raro encontrar observaciones tan imparciales y precisas como la siguiente: «Con lo dicho no hemos

querido sostener que el señor N. sea un Leopardi; pero habrá de reconocerse que hay en él algo del verdadero lírico.» Se puede creer sin dificultad que el señor N. no será un Leopardi; pero en lo demás quedamos tan á oscuras como si alguien nos dijese: «Fulano es muy alto de cuerpo; verdad que no es tan alto como una torre; pero es bastante alto.» Con lo cual podemos darnos por enterados del porte de ese individuo.

Basta con los ejemplos citados.

Antes de terminar estas indicaciones, señalaré un rasgo propio del seudo crítico. Él, que gasta comunmente humos olímpicos con los autores humildes ó desconocidos, hace gala de admiración servil, incondicional, absoluta, delante de un escritor famoso. No averigua si la fama es merecida, ó si se trata de aquella fama tradicional, que se acepta por costumbre y de una manera inconsciente, y que suele tener su origen en partes ajenas á la literatura, bien que aparentemente relacionadas con ella. El seudo crítico no se atreve á hundir la mirada en punto tan respetado, no se atreve á arrostrar las iras ó el menosprecio del vulgo, y desconfía de su propio raciocinio. Su crítica de un autor famoso es una serie no interrumpida de éxtasis. Todo es soberbio, maravilloso, divino. Si contempla el conjunto, queda suspenso con lo artístico, armonioso y acabado de las proporciones; si fija la vista en alguna parte, se encuentra con un primor, con una verdadera joya. Tímidamente insinúa que tal y tal cosa podrían ser mejores de lo que son; pero no insiste en eso, atendiendo á que el sol tiene manchas y no hay obra humana que sea perfecta. Y luego él quiere gozar de tantas maravillas. Oye en las palabras la música más deliciosa. Mira aquí, y ve

profundidades insondables; mira allí, y ve horizontes tan vastos que se pierden de vista; mira acullá, y ve como quien dice nada, el último punto á que puede llegar el ingenio humano. Ello es que dan ganas de dirigir al seudo crítico la pregunta de cierto campesino de un cuento de Lafontaine. Á este campesino se le había perdido una ternera, y se subió á la copa de un árbol á ver si la descubría en el llano. En esto llegaron á cobijarse bajo las ramas un joven y una niña. Á poco estar ahí, comenzó el mancebo con exclamaciones: "¡Ay, qué de cosas veo! ¡Ay, qué de cosas no veo!" No bien oyó esto el campesino, gritó mirando hacia abajo: "Mire, amigo, usted que ve tantas cosas, dígame: ¿ha visto mi ternera?"

No, por cierto; no basta tener gusto educado, ilustración suficiente y conocimiento de la técnica de las artes para ser crítico. El buen gusto distingue y escoge, la ilustración alumbra, los conocimientos técnicos allanan la comprensión. Con todo ello se podrá emitir opiniones ilustradas, hacer indicaciones muy útiles y aplicar con más ó menos acierto las teorías literarias ó artísticas; pero tales juicios adolecerán de vaguedad en las generalizaciones y de estrechez de miras en el examen particular. Sucederá esto mientras el crítico, guiado por cierta facultad propia que tiene de lo racional y de lo intuitivo, no penetre hasta el alma misma del autor, se identifique con él y siga las evoluciones de la idea literaria desde su nacimiento; mientras no discierna con claridad la especie de inspiración que anima la obra, sin lo cual no podrá juzgar del vigor ó debilidad con que es manifestada, ni dar á las distintas partes y pormenores el lugar é importancia que les corresponden. Sólo así po-

drá elevarse á miras vastas, verdaderas, completas; sólo así podrá desprenderse de las preocupaciones de las escuelas, de sus propias y naturales tendencias, y emitir juicios bien fundados.

El seudo crítico, por su parte, juzga las obras como una señora al visitante á quien recibe por primera vez. Reparará la señora en el modo de conversar, de inclinarse, de sonreírse del visitante; mirará como de paso, pero notándolo bien, el corte del traje, de los zapatos, el nudo de la corbata; y si el visitante aunque sea un pobre diablo, sabe portarse con toda corrección y halaga con delicadeza á la señora, saldrá ella declarando que el tal es uno de los hombres más encantadores que ha visto en la vida.

PEDRO N. CRUZ

LA MANO FRÍA. . .

La vertu des femmes, est la plus belle invention des hommes.

(MME. DE GIRARDIN)

¡No era verdad! mentía la perjura
jurándome su amor y su ternura
cubierta de rubor;
¡no era verdad! la ardiente mano mía
halló la suya temblorosa y fría:
¡la mano de un traidor!

Y yo que mi alma estremecida y loca
soñaba darle en su entreabierta boca
con incansable afán;
al llegar á las rosas de sus labios
hallé solo el dolor y los resabios
que la mentira dan.

Con el candor de un alma enamorada
que su vida feliz tiene cifrada
en la dulce ilusión,

yo no vi la verdad de su mentira
hasta que arrebatado, ardiendo en ira,
exclamé: ¡traición!

Y entonces ví su angélico semblante
demudado y cubierto en un instante
por palidez mortal,
y vi entonces en polvo convertida
la ilusión que formaba en esta vida
mi dicha terrenal.

¿Cómo pudo cruzar su blanca frente
de azucena, purísima, inocente,
el pecado fatal?
¿Cómo su pecho de alabastro y grana
pudo guardar de la miseria humana
todo el horrible mal?...

¡Misterios!... Sólo escoria y podredumbre
encerraba aquel ángel que á la cumbre
me llevó del placer;
y al despeñarme en el profundo abismo,
la maldíje en el fondo de mí mismo
y maldije el ayer!

. . . . . .

Entre las ruinas del pasado triste
á veces su figura se reviste
de fúnebre crespón;
y la veo, la veo en mi memoria,
como el fantasma negro de una historia
de crimen y baldón.

Llega la noche, y al buscar ansioso
en el sueño, la calma y el reposo
que todo hace olvidar,
siento una mano temblorosa y fría
que al encontrar la ardiente mano mía
no la puedo estrechar...

¡Sí! mentía, mentía la perjura
jurándome su amor y su ternura,
cubierta de rubor;
¡no era verdad! la ardiente mano mía
halló la suya temblorosa y fría:
¡la mano de un traidor!

ENRIQUE DEL CAMPO

1.º de julio de 1888.

REVISTA LITERARIA

"LO QUE NO TIENE SANCIÓN"

Drama en tres actos y en verso por don Antonio Espiñeira

No soy ni crítico ni escritor; y no tengo ni deseo ni pretensión de serlo: llanamente transmito al papel mis sentimientos, mis impresiones, mis escasas ideas. Hago lo del viajero que apunta en su cartera observaciones de lo que ve, intimidades de su alma, horas felices, horas amargas para que le sirvan más tarde de recuerdo y hasta, si le fuese posible, de agradable solaz en el retiro ó en las confianzas de la amistad.

Hecha esta salvedad, quiero cumplir como mejor me sea posible el compromiso que contraje con un amigo, de comunicarle por escrito las ideas que me sugiriera la la lectura del drama *Lo que no tiene sanción*, obra que, no há mucho, publicó en esta REVISTA DE ARTES Y LETRAS, el aventajado dramaturgo señor don Antonio Espiñeira.

Conozco de este autor muchas composiciones en verso

y todos sus dramas y comedias; y puedo desde luego adelantar que *Lo que no tiene sanción* es indudablemente superior á cuanto ha entregado á la prensa hasta la fecha.

De la simple lectura salta inmediatamente á los ojos una suma delicadeza en la concepción del plan, y una moralidad poco común en nuestro reducido número de autores nacionales, en el desarrollo lento y natural del drama. El asunto, que es trivial por ser de aquellos con que todos los días tropezamos en sociedad, no es por esta sola causa inaparente para el objeto, ni mucho menos desnudo de bellezas, cualidad indispensable á toda obra de este género.

De los sucesos que diariamente pasan á nuestro lado, y en los cuales quizás más de una vez hemos sido partes y hasta actores, los que se relacionan con sentimientos del corazón, con pasiones nacidas á la luz de unos ojos que siempre hemos visto y que fueron la causa primera que nos hizo palpitar á impulsos de entusiasmo desconocido, á impulsos del amor, son en muchos casos la cuna, el origen más adecuado para un drama hermoso. ¿Por qué esa historieta tierna y delicada que casi todos llevamos guardada y escondida en las cenizas de otras muertas ilusiones, no ha de poder servir de argumento de una pieza teatral, ya que el drama y la novela son el reflejo de la sociedad y de los sentimientos naturales de toda persona? Francamente que no alcanzo á comprenderlo, como tampoco comprendo que esto fuese motivo de censura de parte de alguno.

De algo que paladeamos día á día y que está inoculado en la sangre de los hombres, la calumnia, sacó el célebre dramaturgo español don José Echegaray argu-

mento para la más notable de sus obras y uno de los mejores dramas del teatro contemporáneo: *El Gran Galeoto.*

Don Manuel Tamayo fué á buscar en las comunes y triviales intrigas de los actores de una compañía dramática el asunto para su obra inmortal, la más perfecta sin duda alguna de cuantas se hayan escrito en el mundo durante los últimos treinta años: *El Drama Nuevo.* ¿Por qué entonces ha de ser inadecuado enredo de *Lo que no tiene sanción* la siempre vista y eterna historia de los amores entre primos y los impremitados galanteos de un joven más truhán que enamorado?

El desarrollo hecho con talento de estas repetidas escenas de la vida humana forma y produce una pieza notable, como el carbón que, purificado por la llama, se convierte en puro y cristalino brillante.

Que un padre cifre en un joven que ha llegado á ser sujeto apreciable merced á sus esfuerzos, que le conoce á fondo, que le estima, que le quiere, el ideal de esposo para su hija única y á quien él cree un dechado de perfecciones, preocupándole, por lo tanto, el asegurarle un porvenir halagüeño, estable y henchido de los mayores encantos, no tiene de impropio para un drama cosa alguna; y sí muchísimo de real, natural y delicado para todo el que desee ver en las tablas el retrato fiel de personas conocidas y cultas, sin necesidad de que el que escribe vaya á poner en exhibición la vida de los calaveras y las costumbres libres del bajo pueblo, haciendo aparecer el carmín en las mejillas de las damas, y el fastidio en los hombres por el desenfado insolente del autor. Y por último, que dos jóvenes llenas de ilusiones y halagadas con ese porvenir siempre risueño que tiene para

ellas la juventud, con ese amor novelesco que atrae como un abismo sin fondo los corazones de las mujeres, se sientan enamoradas al mismo tiempo y de un mismo mancebo que, sin pensar en las consecuencias, festeja, galantea á ambas, valiéndose de su fácil y vana palabrería de salón y de su no poca bien *parecida* presencia,—red en que caen muchas hermosas,—encuentro que es tema profundamente real y profundamente moral.

Es, pues, el argumento una concepción felicísima del señor Espiñeira, por el que le envío gustoso mis pobres pero entusiastas aplausos.

El argumento

Sin pensar, habíame puesto ya á tratar del asunto del drama antes de darlo á conocer, y de poner al habla á mis lectores con don Salvador, esposo de doña Irene; con Matilde, hija de ambos; con María, hermana de Vicente y sobrina de don Salvador; y con Joaquín, amigo de la familia, pero mucho más de galantear á cuanta dama encuentra en su camino; personajes todos de la historia que voy á relataros en poquísimas palabras, á excepción de un criado que no toca más pito en el asunto que el de entregar á don Salvador una carta de un tal Ricardo, hombre que no toca ni pito ni flauta y á quien no tendréis el gusto de conocer siquiera de vista, porque no sale á la escena.

Viven todos estos señores, menos el amigo de la casa, en santa paz de Dios y á costillas de don Salvador, que gana la vida con el ejercicio de la profesión de abogado.

Entre los pleitos que tiene á su cargo hay dos bastante interesantes: uno de Ricardo y otro de Joaquín. Este último le inspira serios temores, no por la pérdida, sino por el mismísimo Joaquín, que con motivo del pleito ha estrechado más y más las relaciones que cultivaba con Vicente; y dádole pábulo ambas cosas para llegar á ser el amigo íntimo de la familia, lo que don Salvador mira con muy malos ojos desde que hace tiempo tiénelos puestos en Vicente,—muchacho que él ha formado y que será muy pronto licenciado en leyes,—para marido de su hija Matilde.

Don Salvador, en plática con doña Irene, y el mismo bueno de Vicente,—que no es lerdo en enamorarse de su prima,—son los encargados de revelar al público estos secretos, los cuales están muy lejos de ser ignorados de las niñas, que gustan harto más de conversar y recibir los requiebros de Joaquín (como ellas cuentan) en las tiendas, en la casa, en cualquiera parte donde se encuentren, que de cuanto don Salvador sospeche y tenga ardientes deseos de realizar.

Quiso la suerte que el éxito premiara los esfuerzos del abogado para ganar el pleito de Ricardo; y una vez que la corte hubo afianzado *ab in eternum* los derechos del tal sujeto, un horizonte inmenso y lleno de gratísimos ensueños se abre para doña Irene y su caro esposo. Empiezan á gozar siquiera con la esperanza del feliz coronamiento á sus desvelos de tantos años; y no está lejos el día en que, casada María, entre Vicente de lleno á formar parte en la familia.

Las estrechas relaciones de Vicente con Joaquín principian á empañar prontamente el soñado cielo azul; Vicente, sorprendido por Joaquín, en su misma pieza,

mientras escribe, no la memoria de licenciado, sino la novela de sus platónicos amores con su prima Matilde, acaba por confesarle su pasión, lo que Joaquín escucha con no poca sorpresa y rabia, pues entre las chicas que enamora á diestro y siniestro parece que es Matilde también la que hace latir con mayor verdad el corazón de este don Juan.

Joaquín y Vicente se cuentan franca y mútuamente sus amores por Matilde, concluyendo el acto primero con la pendencia de los dos buenos amigos y con el amargo pronóstico que el primero pronuncia al exclamar:

¡Ha de ser ella
Nuestra ventura ó nuestro eterno llanto!

En el acto segundo se da á conocer el plan de doña Irene en todo su desarrollo, cual es el de casar á María con Ricardo; y así verificar presto y á su sabor el matrimonio de Vicente con Matilde, pues ve con júbilo que su sobrina está día á día con mayores síntomas de mujer á quien Cupido brinda sus dulzuras y sinsabores; y queda plenamente convencida, por ciertas bromillas que le ha dirigido, que Ricardo y María se quieren entrañablemente, viniendo á ponerla más gozosa una carta que don Salvador recibe de Ricardo en la que pide a la muchacha por esposa.

Don Salvador y señora navegan en un mar de felicidad, pues creen ya realizados sus propósitos y cimentada para siempre la dicha de su hija y sus sobrinos. Pero, como el navegar tiene sus peligros, y mayores en número y fiereza en un mar de esa especie, sufren ambos inmediatamente las graves consecuencias del temporal y de tan arriesgada empresa. Comisionado Vicente para

llevar la fausta noticia y tamaña ventura á su hermana, se queda como petrificado al escuchar de boca de María que no le importa un comino el cariño de Ricardo, y que es Joaquín el objeto de su amor y única causa de sus congojas.

Los dos hermanos, unidos más estrechamente ahora por los vínculos de sus desgraciados amores, lloran amargamente sus desventuras; y maldice Vicente en arranque de pasión la amistad con Joaquín, que ha venido á turbar la apacible calma de que antes gozaban, haciendo nacer tan funesto germen en el corazón de su hermana y el infortunio en el suyo, porque Matilde dista mucho de corresponder á su cariño; mientras María, en magnánimo y amoroso arrebato, perdona al fingido amante y celebra la felicidad de Matilde, la prima idolatrada.

Vicente, al dar parte á don Salvador de lo que pasa, es sorprendido, sin alcanzar á comunicarle la noticia, por doña Irene y Matilde que llegan á ese tiempo de hacer visitas. Ambas señoras vienen haciéndose lenguas por contar, y Matilde á más por saber la verdad neta, de lo que una amiga les ha dicho; y que no es otra cosa, en términos de sociedad y comadreo, que se corre por esos mundos el casamiento de Joaquín.

Matilde, como buena mujer y como enamorada, está que salta por preguntar á Vicente si es efectiva la tal noticia; y aprovecha la ocasión de que doña Irene va también á espetárselo á don Salvador, para conversar con Vicente. Matilde, después de unos cuantos subterfugios y de almibaradas frases para el primo,—cosas muy propias en una mujer que necesita conseguir algo,— dice y pregunta al pobre de Vicente por la exactitud de lo que ha sabido en casa de doña Tomasa, (así se llamaba

la habladora comadre); y Vicente, aunque manso y humilde de corazón, el amor lo ha puesto malo, contesta afirmando lo que se corre para tomar venganza del traidor de Joaquín, esperanzado en que, despechada Matilde, venga á caer rendida en sus apasionadas redes. Pero le fueron al buen primito fallidos sus intentos; pues á Matilde nada que se le da el que Vicente tenga despedazado el corazón por ella, y sólo trata de lamentarse de su desgracia y seguir queriendo en silencio al pérfido Joaquín. Mas como dos desgraciados siempre se compadecen el uno del otro, Matilde, al concluir la entrevista con el primo, exclama consternada y tal vez compadecida:

¡Ah! me amaba también!... Pobre Vicente!...

Sin embargo, marido y mujer han fraguado ya un nuevo plan de combate: don Salvador hablará á Vicente, doña Irene á María; y de este modo se sabrá definitivamente si Joaquín se casa y si Matilde le ama de todas veras. Doña Irene, de la conferencia con María, se queda en ayunas y no logra sacarle más que un nó redondo como una bola. Resuelve entonces comisionarla para que sondee á Matilde y le averigüe al fin la verdad.

Las dos muchachas conversan largamente; y el resultado es que una y otra se descubren enamoradas del mismo galán y hasta cierto punto engañadas, pues creen efectivo que Joaquín se casa con otra dama que no es ninguna de ellas. Matilde, herida por tan inesperado golpe, llora á gritos; á los cuales acuden don Salvador, doña Irene y Vicente que, enterado de lo qne sucede por María y conociendo su maldad al asegurar el enlace de Joaquín, se desespera amargamente; mientras María, con infinita emoción y abrazando á Vicente, exclama:

¡Vicente! hermano! huyamos de esta casa!...
¡Huyamos para siempre... para siempre!

Posesionados ambos hermanos de la imperiosa necesidad de abandonar la casa del tío, Vicente va á ver á Joaquín y á convencerle de que Matilde se muere de amor por él y que ha llegado el caso de pedir á don Salvador la mano de su prima. También es preciso anunciar al dueño de casa la determinación que han formado de salir de ella; y Vicente, haciendo de tripas corazón, se lo manifiesta á don Salvador, que le escucha como quien ve visiones.

Esta ceguera, unida á los vehementes deseos que siempre ha abrigado don Salvador de casar á Matilde con su sobrino, es la causa que al sorprender en Vicente que el amor es quien origina la locura de ausentarse de su casa, crea convencidísimo que los dos primos se quieren como dos pichones; y llama á gritos desaforados á Matilde para dársela por esposa, henchida el alma ¡cosa tan natural! de la mayor y más justísima alegría. Don Salvador, al notar que la niña llora en vez de morirse de gusto y que Vicente le dice por lo bajo que está enamorada de Joaquín, si no se va de espaldas en el acto, es por una carta del bellaco galanteador en que le pide por esposa á Matilde.

Vicente, al quedar solo con su prima, le cuenta que él mismo ha ido á comunicar á Joaquín el amor que ella le profesa y que, merced á sus súplicas, en esa carta viene la petición de esposa; Matilde no le acepta en calidad de tal, porque María también le ama con locura y eso sería herirla de muerte.

Entretanto la infortunada María, estrechada por doña

Irene, descúbrele su pasión por Joaquín; y al entrar ambos en escena, después de muchos lloriqueos y desesperaciones, llegan don Salvador y Joaquín que ha venido en busca de la contestación de su carta.

Don Salvador, con toda solemnidad y en pleno consejo de familia, por decirlo así, anuncia que aquél ha venido á solicitar la mano de su hija y espera la respuesta que dé la misma interesada: Matilde le rechaza en obsequio de su prima Maria; y ésta, por no quedarse corta á tamaña generosidad y sacrificio, le rechaza también. Con lo que el don Juan, corrido y con el rabo entre las piernas, se manda á la calle, á proseguir tal vez y con mejor acierto sus amorosas aventuras con otras hermosas; pero no sin recibir antes de los labios de doña Irene la orden de marcharse, en el siguiente endecasílabo:

¡Salga usted, salga usted, desventurado!...

Todos lloran; todos se abrazan; y don Salvador, al tiempo de caer el telón que pone fin á cuadro tan lastimero, exclama compungido:

¡Desdicha sin igual! ¡Hijas de mi alma!...
¡Cuándo, Dios justo, cuándo vendrá el día
de la sanción social para tal crimen!

Personajes y escenas

Con suma extrañeza he visto publicado en *El Independiente* de hace algunos días, por un joven literato, que con la mayor humildad é ingenua franqueza se llama á sí mismo crítico, que el drama del señor Espiñeira tiene

una tendencia perniciosa, cual es la de enseñar "para convertir el arte en azote de vicios y pregonero de virtudes:" ¡como si fuera contrario al arte y sus bellezas la moralidad y la enseñanza!

Y tanto más inmensa es mi admiración por tal aserto, cuanto que, concediendo poco después que dentro de la teoría del arte por el arte, de que es acérrimo partidario, puede una obra ser artística y docente á la vez, censura acremente al autor por haber sacrificado en aras del arte docente las bellezas y los elementos verdaderamente dramáticos que forman el material indispensable á toda obra de este género.

No entraré á discutir aquí con el señor crítico que, como él mismo lo dice, "tiene que cumplir con una misión sobre la tierra, como la tienen los poetas *y algunas otras especies del género literario,*" la teoría del arte por el arte que, á mi humilde juicio es más hermosa en sus términos brevísimos que en el desarrollo de su doctrina. También hay que advertir de paso, que un crítico no debe pretender juzgar ni menos amoldar la belleza artística de una producción á la idea ó sistema que él profesa y cree muy superior á toda otra opinión contraria. Juzgar las obras por este criterio, es verlas por un solo lado y por un prisma muy estrecho, y no es difícil entónces que el crítico no cumpla su misión y caiga en erróneas apreciaciones. Á más, la ciencia no ha pronunciado todavía su última palabra á este respecto, lo que no da derecho para que una opinión cualquiera sea la norma y guía que forzosamente deba seguirse.

Si es cierto que una obra puede ser bella sin enseñar, no lo es menos que muchas veces se encuentran unidas en admirable y dulce consorcio la belleza y la enseñanza.

Entiendo que enseñar deleitando es el sumo de la perfección artística.

Muy lejos, pues, de seguir al novel crítico en su censura por esta tendencia docente del drama del señor Espiñeira, tengo yo dos motivos de felicitaciones para el autor: porque su drama, sin la tal tendencia, enseña; y porque la moral que en él se encierra es provechosísima para el público culto que, dejando á un lado los encantos de una doctrina dudosa, busca en el teatro la belleza sana, limpia, pura, y no el desborde áspero de una pasión brutal.

Lo que no tiene sanción lleva envuelto en su argumento una lección sin que ella sea el objeto primordial; y aún me atrevería á decir que no hay más tendencia en él que la de poner en escena, á la vista de los espectadores una falta social de ciertos personajes, acarreadora de funestas consecuencias; sin que esta tendencia sea perniciosa ni merecedora del ardor con que ha sido criticada.

Los personajes del drama están más ó menos bien caracterizados desde el primer momento en que aparecen en escena; y ese mismo carácter, mantenido siempre, forma el nudo de la pieza, llevándola á feliz desenvolvimiento. Don Salvador manifiesta franca y prontamente sus deseos de casar á Vicente con Matilde; ésta su amor por Joaquín, no haciendo caso del cariño de su primo; y, por último, María tímidamente prendada también de Joaquín. Doña Irene, más deseosa de casamientos que de un yerno predilecto, se muestra hasta el fin así... indecisa. Sin embargo, la evaporación de todos los novios la convierte en irascible y llorona, acabando por despedir de la casa, entre suspiros y enojos, al im-

pertinente mozalvete que ha traído á su familia la intranquilidad y la desventura.

Un tipo único hay oscuro y que nada importaría hacerlo desaparecer: el de Ricardo. Si el señor Espiñeira hubiera explotado más el papel de Joaquín, suprimiendo á Ricardo, recurso muy poco feliz y hasta inútil, habría obtenido para el segundo acto de su drama mayor donosura é interés y evitado fuese él el más pobre y ménos bello de los tres. No así el acto primero, que por sí solo basta á hermosear la pieza; y creo no ser exagerado al asegurar que posee una perfección á que no han alcanzado otras obras dramáticas publicadas en Chile.

La escena entre Joaquín y Vicente es interesantísima y acabada, retratando admirablemente á ambos personajes; de tal suerte que, despues de oír á Joaquín, uno cree conocerlo á fondo y se le viene involuntariamente á la memoria el eterno tipo que todos hemos contemplado en los salones.

Y si no, escuchadle un momento:

. . . . . .
. . . . . .
En estos lances de amor
eres... un pobre infeliz,
y estás hasta la nariz
trasminado de candor.
Cuando una persona honrada
ve una chica que la ofusca,
la ve, y la sigue, y la busca
y le suelta la andanada.
Esto de andar suspirando
y bebiéndose los vientos,
gastándose los cimientos,
(Señalándose los pies.)
calle tras calle aplanando,

quejándose de la suerte
de amor platónico al grito
sin que nos importe un pito
que nos coja ó nó la muerte,
sin decir un chicoleo
á aquella que nos encanta...
¡es antigualla que espanta,
es un arcaísmo feo!...
Si llego una chica á ver,
que me guste ¡bobería!
le digo al punto:—"Alma mía,
¿quiere usted ser mi mujer?"—
Me aparto de ella, y es cosa
segura que si otra encuentro
le digo:—"De mi alma centro,
¿quiere ser usted mi esposa?"—
Y si al volverme hacia el norte
otra encuentro, peregrina,
le digo:—"Estrella divina,
¿quiere usted ser mi consorte?"
Y al fin de tanta maldad
y del mentir soberano,
dicen de uno:—"Don Fulano
es... un dije en sociedad."
Convéncete, pobre iluso;
el de alma noble y sencilla
es miserable polilla;
más bueno es el más intruso.
Desecha la cortedad,
toma un poco de descaro
y no te pondrá reparo
la orgullosa sociedad.

. . . . . .

. . . . . .

Sobre tu frente, de un hilo
hay una espada pendiente.
Amando así ¿qué se saca,
misterioso soñador?
Las chicas ¿quieren amor?
Nó, señor, quieren *casaca*.
Si paso junto á una bella,

siempre cruel será conmigo,
si en el acto no le digo
que he de casarme con ella.
. . . . . .
. . . . . .
Vicente, pobre inocente,
todo el mundo, chico, miente
más que á nadie á la mujer.
Y tú con ese temor
y ese carácter menguado
te quedas, hombre, callado
y no le haces el amor.

VICENTE. Para expresar nuestro amor
hay, Joaquín, diversos modos,

JOAQUÍN. Pero habla hasta por los codos,
que ese modo es el mejor.

VICENTE. Qué quieres, yo soy... así...
cuando voy á hablarla temo.

JOAQUÍN. Haz un esfuerzo supremo,
domina tu genio.

VICENTE. Sí,
es muy fácil, cómo nó,
discurrir á sangre fría;
pero otra cosa sería
si tú fueras como yo.

JOAQUÍN. Te narraré con verdad,
guárdala bien en memoria,
en dos palabras la historia
de lo que es la sociedad.
Llegas tú á sus puertas, bueno,
corto de genio, sencillo...
dicen todos:—"¡Pobrecillo!
es pollo en corral ajeno.
(Con mucha socarronería.)
Llego yo; paso la puerta
(Con tono enfático.)
hablando hasta por los codos,
al momento exclaman todos:
—"¡Qué cabeza tan despierta!"
Para ti la compasión, *(Burlándose.)*
aunque seas un Cervantes;

yo, ignorante entre ignorantes
alcanzo... ¡la admiración!
¿Desprecias el oropel?
¿te concentras en ti mismo?
vas camino del abismo;
soy yo quien hará papel.
¿Muy poco mueves el labio,
pues te horroriza lo fútil?
—"¡Qué muchacho tan inútil!"
(Con tono despreciativo.)
¿Charlo yo?—"¡Pues, si es un sabio!"
¿Te sientas junto á una hermosa,
le conversas de gramática,
de ciencias, de arte?—"¡Uf! ¡qué plática!
Háble me usted de otra cosa."
(Con sumo fastidio.)
¿Me acerco yo, y al oído
le espeto una tontería
que entre los tontos del día
está en boga?—"¡Qué cumplido!"
(Con zalamería.)
Y llegará un día en que
digan que eres... ¡un bendito!
¡Que me libre el Infinito
(Con viveza y temor.)
del apodo que apunté!
El modesto va perdido;
(Con convicción y aplomo.)
el charlatán surge pronto;
y, en general, el más tonto,
es el mejor recibido.

De desear habría sido que el autor hubiese dado una desigualdad completa al modo de ser y carácter de las niñas; pues tal como aparecen en el drama, la semejanza de ambas es tan marcada que forman una misma persona: las dos quieren á Joaquín; las dos no le aceptan en beneficio la una de la otra; las dos usan de poca franqueza para contarse mutuamente sus cuitas; las dos

se quedan, al fin, á la luna de Valencia y sin marido.

El tipo de Vicente está algo indefinido y como á media luz: le falta vigor, colorido, pasión intensa y arranques de entusiasmo. Indudablemente la timidez ha obrado con eficacia en la paleta del artista; de otra suerte el contraste entre Joaquín y Vicente no tendría una media tinta y ciertos toques de pálido é inseguro. Y no insignificante diferencia resultaría en que doña Irene fuese señora de más carácter y no tan bien dispuesta á dar hospitalaria acogida á toda idea nueva, á todo acontecimiento repentino y de muy vacilantes resultados.

La escena en que don Salvador, al conocer los sentimientos de Vicente y el amor que martiriza á Matilde, enajenado de placer da por esposa su hija, sin mediar antes la petición de regla, al sobrino querido, al joven que es su hechura, al ideal de su esperados ensueños, tengo para mí que es harto bella, natural y dramática; y que viene preparándose con talento desde los comienzos de la pieza. No así la escena penúltima, en la cual, reunidos todos los personajes del drama, apareciendo Joaquín por segunda vez en acción, don Salvador comunica oficialmente la petición de aquel y espera que la misma Matilde le dé categóricamente la respuesta: no le acepta por esposo, porque es un farsante que no la ama con sinceridad; pero con la mayor aparente generosidad se lo endosa á su prima María, que como es de esperar, tampoco le admite de marido por las mismas razones, y quizás, por no ser menos que Matilde. Este arranque tan inmenso de bondad de parte de una mujer enamorada, ya que el amor cuanto más profundo es tanto más egoísta, lo juzgo, si de efecto para ser representado, donde el espectador se inclina siempre á simpatizar con la desgracia

de una joven buena, hermosa é intensamente encatiñada, poco lúcida para el lector y el literato, que anhela encontrar mayor belleza en la acción que sentir compasión de una calamidad que no alcanza á ser del todo grande é irreparable, porque se evitan, con lo acontecido, las miles de penalidades y de funestas consecuencias que un mal casamiento acarrea á una niña de por sí tímida y locamente enamorada de quien no le corresponde. Ni encuentro asimismo lógica ni natural la cesión que de su novio hace Matilde á su prima, fundándose para ello en el cariño que ésta alimenta por el don Juan; pues no es justo regalar á los demás lo que, por no ser suficientemente bueno, no queremos para nosotros.

También hay que añadir de esta escena, la falta de precisión qne se nota, al no exponer el autor con toda claridad si Joaquín ama realmente á Matilde, ó si se va á casar con ella como quien se come un pedazo de pan ú oye llover; cosa que Joaquín se ha cuidado bien de revelar al público, y olvidado el autor de decírnoslo para que uno sepa si verdaderamente sale chasqueado de la amorosa calaverada, ó si sencillamente se queda riéndose á dos carrillos del "amargo trance" de las dos muchachas. Con este desenlace se queda el lector un tanto perplejo, y preguntándose si pretender casarse con una dama que se corteja y se quiere, y galantear á otra que por puro capricho se enamora, es un delito tan enorme que no tenga sanción, y es de urgente necesidad pedirla al cielo para que llegue cuanto antes.

No faltaría todavía alguna otra escena que pudiera tildarse de poco conveniente y escasa de belleza; pero, como la enumeración cabal de todas ellas, no lograría de ningún modo empañar ó desvirtuar el mérito de casi la

totalidad, pues el señor Espiñeira maneja hábilmente el diálogo y sabe dar animación y colorido y movimiento á las conversaciones, tengo por excusado seguir esta tarea, dejando por sentado que, en las escenas y personajes de *Lo que no tiene sanción*, el autor es muy digno de encomio y alabanza.

La versificación

El señor Espiñeira es indudablemente poeta; y bastaría para probarlo un trozo cualquiera de sus composiciones ó piezas dramáticas en que revela dotes de tener esa misión con que solamente se nace y no se adquiere jamás. Pueden hacerse lindos versos, muy correctos y todo cuanto se quiera á fuerza de ilustración, de estudio, de constancia; pero será, sin remedio, ímprobo trabajo para el que desee llegar, sin haber venido al mundo con ese destino, á la cúspide del parnaso, ceñida la frente por el laurel que tejen puramente las divinas musas. Una obra será artísticamente hecha y por consiguiente bella, pero nunca logrará ser poéticamente bella, si no le dió Dios al autor dedos delicados para poder arrancar las armonías en el arpa sublime del sentimiento. Á la manera que existen flores hermosísimas que recrean nuestros ojos y carecen del aroma que embarga los sentidos y el corazón, hay composiciones muy acabadas pero sin el perfume sentimental que llega al alma: la inspiración poética.

Espiñeira peca por el lado opuesto, es decir, es más poeta que correcto. No carece de vuelo inspirado para obtener el honroso título de tal; mas decae algunas ve-

ces, como una mariposa sin alas, por el vacío que deja la ausencia del arte. La donosura en el decir, la elegancia de la forma son el manto de oro que envuelve entre sus pliegues á la dulce y celeste poesía.

Confirma lo que acabo de decir el trozo siguiente:

JOAQUÍN. ... Si tus ojos
se hubieran extasiado en otros ojos
en éxtasis de amor; si tus *sentidos*
el rayo de esos ojos admirados
hubiera conmovido de tal suerte
que quedaran esclavos, *sometidos*
al supremo poder de su belleza;
si tu alma por otra alma *enardecida*,
sus pensamientos puros le *brindara*,
formando de dos vidas *una vida*,
pues una en otra esencia *confundida*,
lo que á una acongoja á otra *acibara;*
responde, di ¿qué harías, si supieras
que al sér que tú adorabas, *adoraba*
con delicado, inextinguible afecto,
aquél á quién tú dabas afanoso
y nombre, y mano y corazón de amigo?

Es tan exacta á mi juicio esta observación que, como está anotado, casi todos los endecasílabos, que según parece el autor quiso hacer sueltos, son consonantes y asonantes en confusa mezcla, sin que se sepa la clase de rima que se ha pretendido fijar en ellos. Sin duda que hay inspiración y poesía; pero en manera alguna la corrección que hubiera sido de desear. Si las citas no fuesen siempre molestas, habría de escribir aquí aquel otro que empieza: "¡Á gozar!... la vida es corta!"... que también posee inspiración y en el que, sin embargo, se encuentran aconsonantadas las palabras *ofrezca* y *mezcla*, re-

bajando la cadencia y hermosura de este monólogo. Por idéntica razón son dignos de mencionarse estos ocho versos:

> Cuando ambas, una de otra recelosa,
> queríamos sondearnos mútuamente,
> siempre nos *protestábamos* lo mismo:
> que eran sólo atenciones, *atenciones*
> de buena educación, las de... aquel *hombre*...
> Si *habláramos*, con tiempo *descubriéramos*
> sus palabras, iguales para todas
> y para todas falsas. ¡Tarde ha sido!...

en los cuales hay una dureza tal, que se hallan á dos leguas de ser agradables al oído y sí muy cerca de dejar de pertenecer al autor; y si á esto se añade la falta de concordancia entre dos de los verbos, se tendrá un período desagradable y desgraciado.

Dejando á un lado otros versos sueltos que están señalados en el ejemplar que he tenido á la vista, me concretaré á decir que noto en el señor Espiñeira mayor soltura y perfección en los cortos de ocho sílabas que en los de á once; y me es imprescindible decir que la diferencia es tal, que en los primeros el autor sobresale grandemente del común de nuestros poetas para merecer por entero el honor de la primacía.

Dos palabras más, y habré puesto punto final á estas ya largas y mal pergeñadas líneas.

Lo que no tiene sanción es, al parecer de este hijo de Adán á quien no le es dado hablar con otro título que la benevolencia del lector, un drama, si no del todo acabado y perfecto, de lo mejor en bondad y belleza que en esta tierra de Dios se produce, atendidos los grados

de cultura y adelantamiento social á que hemos alcanzado. Pues, á la penetración de nadie se oculta que don Antonio Espiñeira es el único literato que entre nosotros cultiva con acierto tan difícil ramo de literatura; y más de uno conocerá los que á juicio del jurado universitario fueron merecedores de aplauso y distinción. No admito ni siquiera parangón entre el uno y los otros; pero sí deseaba estampar la anterior advertencia, á fin de borrar el cargo que alguno me pudiera lanzar tachándome de parcial y exagerado.

Error sería si sostuviese que *Lo que no tiene sanción* es una obra completa y de grande importancia; muy lejos de eso. Afirmo llanamente que, siendo una de las más perfectas y hermosas que se han dado á la prensa en Chile, con sus defectos dramáticos y literarios, vale muy mucho la pena de leerse y de estudiarse para, en cuanto lo permitan los conocimientos y estímulos de cada uno, alentar al autor que tan excelentes cualidades manifiesta para el drama; y difundir, entre los jóvenes amantes de la literatura nacional, el deseo por este género de estudios literarios, por demás descuidado y abatido en Chile.

MANUEL BARROS BARROS

LA ÚREA

Y SUS EFECTOS EN EL ORGANISMO

(Conclusión)

II

La importancia de los obstáculos mecánicos en la circulación abdominal la tenemos en los accidentes dispépsicos que acompañan á las obstrucciones hepáticas. Y una circunstancia sobre la que debemos volver es la siguiente:

Gallois ha visto los accidentes urénicos mortales en cinco conejos de mil quinientos á dos mil gramos de peso por dosis de veinte gramos de úrea, y cree que ésta ha obrado en cuanto úrea porque en el aire expirado no existía carbonato de amoniaco. Bien pudiera ser que la úrea obrara como tal; pero la experiencia no es concluyente porque el autor no ha visto en la sangre y en la orina si había un exceso de úrea ó de sales amoniacales.

Gigot Suart contradice los resultados de Gallois porque administrando la úrea á la dosis de cinco gramos por

día no tuvo los mismos resultados, lo que no es extraño, pues su dosis ha sido cuatro veces menor. Hemos referido ya las experiencias de este mismo autor que ha administrado la úrea á dosis de cincuenta centigramos y un gramo al día y ha obtenido en algunos días conjuntivitis catarral, coriza, angina, bronquitis y neuralgias. Estos mismos resultados que ha obtenido en sus experiencias en perros, no pueden ponerse en duda.

Sin embargo, una sustancia que se produce en la sangre á dosis diaria, que varía según el alimento entre dieciséis y cien gramos, ¿iría á producir resultados por la absorción de medio gramo á un gramo? Si así fuera no sería posible comerse un pedazo de carne sin experimentar un catarro. La explicación es otra: la úrea administrada se descompone antes de llegar á la sangre en el tubo digestivo en sales amoniacales y son éstas las que producen los catarros y neuralgias. Esto es tanto más cierto cuanto que está de acuerdo con las notables experiencias de MM. Bernard y Freitz.

Según mis observaciones, puedo afirmar que la sensación de fatiga de agua, de cortamiento de estómago que se suele sentir por la mañana, cuando la boca se llena de saliva de gusto desabrido y salino ó urinoso que en ciertos casos suele producir hasta vómitos, es debido al amoniaco, porque lo he visto desarrollarse por un papel de reactivo puesto á cierta distancia de dicha saliva á la que había agregado potasa cáustica. El gusto que se siente en la boca y las sensaciones nauceosas que produce la ingestión de la sal amoniaco no dejan la menor duda de que se trate de dicha sal. La cantidad de amoniaco contenida en la saliva suele ser muy fuerte, pues se desprende por la potasa mucho amoniaco. Cuando

hemos tomado sal amoniaco, hemos sentido en la boca y el estómago la misma sensación que experimentábamos antes con el régimen alimenticio ordinario.

El estado de que acabamos de hablar no puede ser grave, primero porque el ácido clorhídrico del estómago impide que el amoniaco pueda producirse en dosis superiores á las medicinales, y por otra parte porque sus efectos nauceosos y eméticos hacen que se expulse por vómitos ó que no se ingieran nuevos alimentos que vayan á sostener la fermentación amoniacal. Estos síntomas no son constantes, lo que es muy natural, pues si dos ó más personas toman sal amoniaco, los accidentes gástricos en una serán mayores, en otra será la salivación, en otra la diuresis, en otra la fluidicación, en fin, de sus catarros.

He citado la experiencia de M. Gallois que nos dice que dando veinte gramos de úrea á unos conejos, los envenenaba (1); pues bien, el mismo M. Gallois (2) ha podido inyectar mucha úrea en la sangre sin producir accidentes notables ó parecidos á la uremia; lo que prueba que era la alteración de la úrea en el intestino la causa de los accidentes que ha determinado en los conejos. Sin embargo, dice Bernard: «Inyectado el carbonato de amoniaco en la sangre de un perro en proporción considerable, da grandes gritos, se apodera de él una agitación extrema, pero vuelve á la vida.» Se ve que este caso es igual al de Gallois, cuando daba veinte gramos de úrea á sus conejos, pues sólo se ha reemplazado la aceleración de la respiración de éstos por los gritos de los perros y la agitación extrema de éstos por las

(1) Sesión de la Academia de Ciencias, del 6 de abril de 1867.
(2) BERNARD, *Liquides de l'organisme*, pág. 33.

convulsiones de aquéllos. Si los perros no murieron es porque no alcanzaría la dosis á diez gramos por cada kilogramo de peso del animal. Por otra parte, la diferencia de síntomas depende de la clase animal y de que la úrea dada á tomar no pasa á la sangre al estado de carbonato sino de distintas sales amoniacales.

Pero volvamos á las experiencias de Bernard. Quitando en una de ellas los riñones á un perro, vió producirse al día siguiente estos síntomas: vómitos ácidos, indigestión de la comida de la víspera y mucha sed sin ganas de comer. Al otro día, convulsiones epilépticas, que se sucedieron sin descanso hasta la muerte, ocurrida dos días después de la operación. La vejiga de la bilis, el estómago é intestino contenían líquidos negruscos, el hígado estaba friable y reblandecido, la sangre líquida. No había olor amoniacal; ni en parte alguna parecía haber úrea, pero tratados los órganos por la potasa cáustica produjeron un desprendimiento sofocante de amoniaco. En otro perro que se mató, antes de morirse, se encontró en la sangre úrea en exceso, el hígado no estaba alterado, el intestino de reacción ácida contenía líquidos amarillentos y desprendía por la potasa mucho amoniaco, así como el líquido céfalo raquídeo. En este caso, la transformación de la úrea en sales amoniacales no ha sido completa y las lesiones cadavéricas no están tan adelantadas, ni durante la vida se tuvieron las convulsiones generales.

En otro perro, al que quitó Bernard los riñones en plena digestión, al dia siguiente de la operación, no encontró úrea en la sangre; pero sí dos días después en la agonía; el estómago entonces contenía un líquido amarillento con amoniaco libre, el hígado estaba negro y fria-

ble, la vesícula de la bilis estaba distendida por un líquido negrusco, y en el intestino existía una papilla negrusca muy fétida.

En otro perro, ocho horas después de la operación, ya el jugo gástrico revelaba gran cantidad de amoniaco por la potasa. El día siguiente por la mañana, en ayunas el animal, el jugo gástrico era ácido y claro, capaz de digerir, y la potasa revelaba siempre en él mucho amoniaco, y el animal no presentaba síntoma particular. Al día siguiente el jugo gástrico había disminuído y el amoniaco aumentado; el animal no comía, comenzaba á debilitarse y el jugo gástrico siguió en diminución hasta el cuarto día, en que se le dió muerte estando ya moribundo. La sangre sacada del animal, cuando el intestino secretaba mucha sal amoniacal, no tenía úrea en exceso; pero ésta fué aumentando á medida que el animal se debilitó y á medida que pararon las secreciones intestinales.

De estas y otras muchas experiencias concluímos que la importancia patológica de las fermentaciones amoniacales del tubo digestivo es muy grande; que ella puede tener dos orígenes: primero, los materiales de la orina, que secretados por el tubo digestivo, fermentan en él; y segundo, el alimento mismo, que sufre también fermentaciones amoniacales. De modo que debe buscarse el amoniaco en todos los líquidos vomitados, cuando los riñones están comprimidos por el embarazo ó estorbados de cualquier modo en sus funciones, y en segundo lugar, cuando hay esta clase de fermentación en el tubo digestivo.

Ya hemos hablado de la sal amoniaco y de sus efectos. La formación del acetato de amoniaco se anuncia en el estómago, nó por fatiga y aislamiento de estómago,

sino por una sensación de acritud y de ardor, y se tiene lo que se llama pirosis; el contenido estomacal se viene á la boca indigestado, agrio y acre, se tiene cefalalfia frontal, fiebre, insomnio, el cuerpo adolorido, sueño intranquilo y sudores. Esta forma es muy común después de las comidas, y la anterior en ayunas, siendo la razón clara: por la mañana el contenido del estómago ha pasado al intestino, de modo que la sal amoniacal que existe en la sangre á esa hora, pasa por las paredes estomacales, que por su secreción clorhídrica la transforman en amoniaco. En estos casos se puede observar lo siguiente: mientras que en el caso de la sal amoniaco en la sangre el desprendimiento que se hace en la orina por la potasa no produce precipitado notable, en el caso del acetato de amoniaco se descompone en la sangre en acetato alcalino y fosfato de cal amoniacal, y es esta sal amoniacal la que descompone la potasa, y es el fosfato de cal la causa de la abundancia del precipitado.

El ácido acético se destruye en la sangre y la sal de soda que resulta es más ó menos inocente; se suele sentir el olor acético en el sudor. Los efectos generales de la fermentación acética se deben al fosfato de cal amoniacal. La fermentación láctica es inocente; sus propiedades son como las de los ácidos cítrico, málico, tártrico y si los alimentos contienen creta ó magnesia, forma sales purgantes lo mismo que con la potasa y la soda. El efecto purgante de las frutas y de la leche se debe á estas sales purgantes: lactatos, malatos, citratos y tartratos alcalinos.

Si las sustancias sacarinas no son las que fermentan sino la gelatina, entonces la cosa es más seria, porque lo que se forma es sarco-lactato de amoniaco. Esta sal no

tiene efecto purgante, su desarrollo ocasiona pocos gases, no se sienten dolores intestinales, pero se reabsorbe por completo y transportada por la circulación general va á producir la inflamación de la trama conjuntiva de nuestro organismo. Producto del desdoblamiento de la oseína ó de la gelatina, va por su presencia á viciar el trabajo de regeneración vital. Este efecto lo obtiene de dos maneras: primero, los principios gelatinosos que alimentan estos tejidos se encuentran destruídos por esta fermentación; segundo, la formación de la úrea se encuentra estorbada. Este trabajo es de dos clases, siendo el primer efecto producido por el sarco-lactato de amoniaco, que obra sobre los tejidos aumentando é hipertrofiando su contenido celular cuando por un vicio de la nutrición es llevado hasta ellos por la circulación arterial. El segundo efecto es producido por una falta de asimilación de la gelatina, que no alcanza á transformarse en úrea y ácido úrico por falta de oxidación y que por este motivo queda al estado de sarcolactato de amoniaco, yendo en este estado á obrar sobre el tejido conectivo de los ganglios linfáticos, á hinchar sus células y á disminuir la producción de los glóbulos sanguíneos.

El fermento sifilítico hace una cosa idéntica: produce una llaga por destrucción del tejido conjuntivo por vía de disolución, al rededor hay una tumefacción por vía de hinchamiento celular, y sus productos de absorción, transportados por los linfáticos, van á producir las tumefacciones glandulares. Se introduce el fermento en la sangre y ataca todas las partes en que encuentra su alimento, es decir, la gelatina disuelta y al estado de asimilarse. Los glóbulos de la fermentación gelatinosa necesitan

para su vida del oxígeno del aire y de una reacción ácida, por eso van á buscar la piel y las mucosas. Por otra parte, el fermento sifilítico ejerce en su primer período una acción semejante á la que produce el ácido úrico, y en su segundo período una acción semejante á la del sarcolactato de amoniaco. Después volveremos sobre este particular.

En las escrófulas tenemos un proceso semejante al proceso sifilítico con sus infartos glandulares, sus accidentes superficiales y luego con sus accidentes profundos intersticiales. Los accidentes intersticiales que produce la absorción del sarcolactato de amoniaco se diferencian de la interior, porque la materia activa no pasa por los linfáticos, pues no se hacen infartos ganglionares, y en segundo lugar, que el agente tiene una acción pirogenética de la que carecen los otros. Para nosotros, las tres especies son fermentos del mismo género.

Cuando es la fermentación bútirica la que domina, la lengua se seca y se pone sarrosa, blanca y hasta negrusca; se siente la comida sin gusto, el vientre produce mucho gas, tiende á secarse, hay á veces flato, la gana de comer se pierde y se siente una especie de llenamiento, de tensión y ardor en el vientre, la cabeza se resiente y experimenta como borrachera con entorpecimiento intelectual y pesadez general que conduce á una modorra estúpida. La potencia genital disminuye y hasta se suspende. La orina en estos casos no contiene amoniaco, pero deja por el enfriamiento depositar urato de soda. Esta sal aparece en muchas circunstancias y no es mas que el signo de una oxidación incompleta. Según M. Bernard (tomo II, pág. 66), la orina hervívora contiene

mayor cantidad de úrea, más por la abstinencia en que ha visto la circulación linfática predominar, que por la digestión vegetal.

Ácido úrico

El ácido úrico ingerido en el cuerpo, produciría á veces úrea, ácido oxálico y alantoína, otras veces úrea y otras, en fin, no sufriría alteración. En las enfermedades del hígado, del pulmón y del corazón, aumentaría, lo mismo que en las fiebres, la gota y las fermentaciones ácidas y amoniacales del tubo digestivo. En la orina de los carnívoros en libertad, el ácido úrico es muy escaso, pero cuando se les amarra ó encierra, aumenta mucho. Los hervívoros tampoco lo contienen; pero si faltan también los fosfatos, existen los ácidos hipúrico, oxálico y depósito de carbonato de cal.

El ácido úrico descompone el fosfato neutro de soda en fosfato ácido y en urato de soda, y por este motivo la orina es ácida por el fosfato y deja depositar por el enfriamiento el urato de soda. Según Longet, el ácido úrico se mira como un trabajo de combustión menos avanzado que la úrea, y del cual es preciso, sin duda, buscar el origen en una oxidación incompleta de los verdaderos principios inmediatos de la sangre. Bajo el punto de vista químico, tiene tal vez razón; con la fijación de oxígeno, puede el ácido úrico convertirse en úrea; pero fisiológicamente considerada la cuestión, no es tan sencilla. En las fiebres, por ejemplo, el ácido carbónico es mayor, el calor crece y no es sólo la úrea la que aumenta, sino el mismo ácido úrico.

Se dirá que este es un caso patológico en el cual al

oxidación no es más completa por ser más abundante. Está bien, responderemos; pero ¿cómo se explica que el ácido úrico aumente por un ejercicio violento, que no es sin duda un caso patológico, y en que se ve la combustión vital aumentada? Si esta observación se nos contestara como la anterior, diciendo que la oxidación en ese caso era más abundante pero nó tan completa, replicaríamos que á lo menos en las anemias, clorosis, inanición, hay menos oxidación, y el ácido úrico tiende á desaparecer de la orina. Así, pues, no es la debilidad ó la robustez, la pequeña ó gran producción de calor la causa de las variaciones que experimenta la formación del ácido úrico. Podría decirse con mayores apariencias de razón que el ácido úrico es uno de los productos de la combustión orgánica, y que crece con éstas en las fiebres y ejercicios, y que decrece en la anemia por la disminución de la combustión. Pero esto tampoco es efectivo porque su proporción respecto de la úrea varía mucho; en unos casos crece con la úrea, en otros crece cuando la úrea decrece, en otros crece con la materia colorante de la orina, y en otros, en fin, le es independiente.

De modo, pues, que se debe concluir que la formación del ácido úrico es una función del organismo humano, que oscila como todas las otras en ciertos límites bajo la influencia de condiciones que es conveniente estudiar. Según Leman, el ácido úrico aumenta por los alcohólicos, las indigestiones, las artritis y la enfermedad de Biegt. Por nuestra parte, hemos observado el ácido úrico en cantidad extraordinaria en la orina en un caso de cirrosis hepática al lado de una gran cantidad de materia colorante. Hemos visto formar al ácido úrico abun-

dantes depósitos en dispépticos al lado de mucha ó de poca materia colorante, y con presencia del amoniaco dado á conocer por la potasa. Los mismos depósitos los hemos visto aparecer en una orina sin amoniaco en la dispepsia butírica.

Si se aproxima la fórmula de constitución del ácido úrico, se ve que la hiposantina pasa á xantina con dos más de oxígeno, y ésta á ácido úrico con otros dos equivalentes más del mismo cuerpo. Estos son tres cuerpos de una misma serie natural, que deben venir el uno del otro por el procedimiento de la oxidación progresiva del organismo. En el bazo se ha notado la hiposantina al lado del ácido úrico, láctico, acético, fórmico y butírico. En un caso de cirrosis hepática hemos notado los fenómenos siguientes: la axitis cundir en la orina por el alcohol y por el ácido úrico, y disminuir por los alcalinos. Al mismo tiempo de formarse derrames mayores en las pleuras y piernas, hemos visto aumentar la orina y disminuir el ácido úrico.

Parece, pues, que el alcohol aumentaba el obstáculo mecánico que tenía la circulación hepática y con esto el ácido úrico de la orina. Este sería el efecto del acrecimiento de congestión del bazo, que formaría este principio. Si los alcalinos facilitaban de un modo extraordinario la circulación del hígado, sería porque el ácido úrico, llevado por el baso congestionado, se disolvía con facilidad y pudiera que disminuyera en ese órgano la producción por la diminución que se notaba en su matidez. El hígado sería sensible al ácido úrico, porque viniendo de la circulación abdominal, pasaría por él en mayor cantidad y lo irritaría, disminuiría la circulación hepática y congestionaría el sistema abdominal para

impedir la llegada de nuevos alimentos. Esto traería la diminución del apetito y la congestión de la superficie del cerebro que produce por su presencia en el líquido céfalo-raquídeo la inacción por la cefatalgia y la tendencia á vomitar los líquidos úricos que se habían acumulado en el hígado.

El bazo y el hígado tendrían funciones correlativas y opuestas que desempeñar, pues mientras el bazo sería el destructor de cierta clase de principios orgánicos bajo la influencia de un fermento, la bilis sería de otra clase por otro fermento. En la metamorfosis orgánica, el hígado y el bazo serían dos platillos. Ambos órganos son sistemas de perfeccionamiento que sirven para evitar accidentes y dar más flexibilidad á la máquina. En la función de nutrición era no sólo necesario que los diversos sistemas orgánicos tuvieran la propiedad de asimilar su propia sustancia y de transformarla según su propia naturaleza por el trabajo de oxidación desasimiladora, sino que eran también necesarios aparatos especiales de transformación para ciertos grupos de sustancias químicas que necesitaban de reactivos particulares. Por ejemplo, el almidón necesita de la saliva para convertirse en glucosa, la carne de la pepsina acidificada para pasar á albuminosa, y la grasa, de los jugos emulgentes para su absorción. Asimismo, los ganglios linfáticos, el bazo y el hígado son órganos de elaboraciones químicas cuyo estudio sería muy interesante hacer.

El bazo formaría ácidos de la serie grasa, como fórmico, acético, butírico, valérico, etc., que saldrían por el cutis, á cuya transpiración irían á dar olor. El bazo sería un destructor de los gliceridos, como el hígado lo sería de los glucocidos. Estas funciones serían importantes

para la transformación orgánica, porque á los compuestos copulados se sustituirían compuestos neutros más simples y sales alcalinas de una más fácil oxidación en la sangre El fermento esplénico obraría sobre la glicerina, que transformaría en ácido láctico (C^3 H^8 O^3 y C^3, H^6 C^3), dándole un equivalente de oxígeno á dos de hidrógeno, para formar uno de agua, H^2 O, equivalente que queda reemplazado por el sodio, Na, en el lactato de soda, C^3 H^5 O^3 Na, pues la pérdida de los dos átomos de hidrógeno de la glicerina le dieron propiedades ácidas que el sodio ha satisfecho. El fermento esplénico desdoblaría, pues, los gliceridos en sales grasas alcalinas, es decir, en forniato, acetato, butirato, etc., alcalinos, y en glicerinas alcalinas ó lactatos.

En los músculos en actividad jamás se ha encontrado úrea ni ácido úrico; al contrario, éste disminuye en las orinas por el trabajo muscular. Si se toma la sustancia cerebral ó lecitina, se la encuentra compuesta de ácido fosfoglicérico, colina y ácidos esteárico y oleico. Esta misma sustancia ha sido llamada *protagón* por Leibreich. La composición de este producto ha dado dos bases, la glicerina, la colina, y los ácidos serían tres: margárico, oleico y fosfórico. Se supone que la glicerina forma con los ácidos grasos un compuesto y que por el otro lado se une al ácido fosfórico y á la colina. Esta sería un glicoside amoniacal, porque bajo la acción del ácido clohrídrico el protagón produce glucosa. De modo que tenemos un glucoside azoado unido á un glicerido fosforado.

La colina existe como elemento de la bilis y tiene por fórmula C^5 H^{13} Az O. Otra base muy abundante en el hígado es la leucina C^6 H^{13} Az O^2. El hígado produce

azúcar y grasas alcalinas azoadas y sulfuradas de equivalente elevado; lo mismo son los pigmentos biliares, de modo que mientras el hígado desdoblaría los compuestos albuminóideos complejos en cuerpos más simples, el bazo destruiría los compuestos más simples en sus elementos de excreción. En el bazo se notan la descomposición de las sustancias albuminoides ferruginosas, es decir de los glóbulos, y la aparición de ácidos simples de la serie grasa y úrica.

De manera, pues, que mientras la destrucción de los compuestos sulfurados es peculiar al hígado, la de los ferruginosos lo es al bazo; mientras que el hígado desdobla los compuestos que lo atraviesan en azúcar y otros cuerpos complejos, el bazo desdobla en lactatos, uratos, hipozantatos, acetatos, formiatos, butiratos, etc., alcalinos los cuerpos que lo atraviesan. Si buscamos el orígen del ácido úrico lo encontramos en los compuestos siguientes: el ácido úrico procede de la xantina por un grado de oxidación, pues mientras el ácido úrico es $C^5\ H^4\ Az^4\ O^3$, la xantina es $C^5\ H^4\ Az^4\ O^2$. Á su turno la xantina viene de la sarcina por un grado también de oxidación, pues la sarcina es $C^5\ H^4\ Az^4\ O$. Esta sustancia se produce en el tejido muscular.

En el hígado y el bazo se ha encontrado la sarcina al lado de la xantina y del ácido úrico. En la enfermedad del bazo llamada leucemia, la hipozantina se acrece en la sangre según Leman. La comida aumenta el ácido úrico en la orina, pero aumenta el volumen del bazo y hace que la sangre que sale del bazo sea negra. En el bazo hay dos circulaciones: una en que la sangre pasa de las arterias á las venas por anchas comunicaciones, y la otra

que recorre una verdadera red capilar. De modo, pues, que en las tumefacciones del bazo habría un aumento de la acción de este órgano.

El alcohol, según nuestras observaciones, disminye la circulación hepática y aumenta el ácido úrico. En la hepatitis aguda y crónica, el cáncer y la cirrosis hepática habría, según Becquerel, un aumento absoluto del ácido úrico contenido en la orina. En todas estas enfermedades del hígado el ácido úrico está aumentado. Este resultado no puede atribuirse á las funciones del hígado, que sabemos que se encuentra atrofiado, por ejemplo, en la cirrosis, ni al sistema general que en la anemia que lo acompaña sabemos que está disminuído. Según Banque W. Robert, durante la abstinencia las cantidades de ácido úrico se hacen rápidamente muy pequeñas; después de la comida aumentan también rápidamente y casi tanto con un alimento vegetal como con uno animal. Las observaciones de Ritter y de muchos otros autores han probado que el movimiento muscular aumenta la úrea y disminuye el ácido úrico, y que la falta de movimiento aumenta éste. Cuando se trabaja, la circulación visceral disminuye, porque la circulación se hace por el sistema muscular, y si la temperatura se eleva, por el sistema cutáneo.

La úrea se forma á expensas del ácido úrico en el sistema conectivo. El bazo lo que haría sería asimilar la xantina; con este objeto oxidaría la sarcina y de su desasimilación resultaría el ácido úrico. El ácido úrico, á su turno, sería absorbido por el sistema conectivo que lo transformaría en glicocola y que lo desasimilaría al estado de úrea. La ecuación de transformación sería la siguiente. El ácido úrico $C^5 H^4 Az^4 O^3$ se transformaría en glicocola ó gelina que se fijaría en la trama conjunti-

va. La gelina es $C^2\ H^5\ Az\ O^2$. Debemos representar la ecuación, según Strecker, del modo siguiente: $C^5\ H^4\ Az^4\ O^3 + 5\ H^2\ O = C^2\ H^5\ Az\ O^2 + 3\ C\ O^2 + 3\ Az\ H^3$, en cuyo segundo término las fórmulas corresponden sucesivamente á glicocola, ácido carbónico y amoniaco. De modo, pues, que la destrucción del ácido úrico se haría con la producción de una sal amoniacal, que sería el fosfato de cal amoniacal. Ahora, de la gelatina debemos pasar por oxidación á la úrea, he aquí cómo: $2\ (C^2\ H^5\ Az\ O^2) = C\ Az^2\ H^4\ O + 3\ (C\ O^2) + H^2\ O$. Esta es la descomposición que produce la úrea, pero puede hacerse también esta otra: $C^2\ O^2\ H^4\ Az\ H^3$. Para que esta combinación se produzca es necesaria una fermentación que desarrolle hidrógeno como la butírica, por ejemplo. Por último, la glicocola podría producir por oxidación ácido cianhídrico, ácido carbónico y agua, según la ecuación siguiente: $C^2\ H^5\ Az\ O^2 + O^2 = C\ O^2 + C\ H\ Az + H\ O^2$. Es lo que hace la glicocola bajo la influencia del ácido sulfúrico diluído y de un oxidante como el peróxido de manganeso ó de plomo.

Estas dos últimas reacciones no experimentan regularmente la gelatina, porque la una necesita del hidrógeno, que no existe regularmente en la trama del tejido conjuntivo, y la segunda, una reacción ácida del medio, que tampoco tiene lugar, porque el medio es alcalino. Si tomamos nota de las reacciones anteriores, tenemos que de la sarcina pasamos á la xantina por un grado de oxidación y al ácido úrico por otro grado. Para pasar del ácido úrico á la glicocola ó gelina, el fenómeno es de distinto género; es una hidratación sin oxidación que se hace por un desdoblamiento propio de un agente de desdoblamiento especial. Este fenómeno de producción de

gelina no puede ser realizado por otra sustancia que la gelina misma.

Toda sustancia goza de la propiedad de fijar las moléculas de su propia sustancia, si en la atmósfera que la rodea su tendencia difusiva es menor que la que tiene la misma sustancia en el medio que la rodea. De modo, pues, que si los tejidos gelinos contienen menos glicocola que la que forma su tipo, la tendencia formadora existirá y las moléculas de ácido úrico al contacto de estos tejidos se descompondrán, ó si no pasará por ellos sin experimentar descomposición alguna. Para que la descomposición se verifique, es naturalmente necesario que los residuos del compuesto que se destruye se coloquen en las combinaciones más afines. Así, el amoniaco se unirá al fosfato de cal ó de soda y el ácido carbónico á la soda de la sangre ó á la que resulta de la descomposición del fosfato de soda.

De estas consideraciones resulta que el ácido úrico no debía existir en la orina y que su existencia atestigua un exceso de alimentos ó una falta de armonía entre las distintas oxidaciones del organismo por causas perturbadoras que han aumentado ó disminuído uno de los términos de las oxidaciones orgánicas. Siempre el ácido úrico existe, porque jamás la armonía es perfecta, pero su proporción es muy variable. Si la dosis se hace en un caso cincuenta y cien veces mayor que en otro, es porque la perfección de la armonía ha bajado cien grados para poder aumentar otra oxidación. Los distintos principios que existen en la sangre son apropiados por los tejidos por esta fuerza universal del equilibrio de las tensiones. Así es que el ácido úrico es atraído por el tejido conectivo y es sobre él que se van á hacer los depósitos de

uratos y las lesiones órgánicas que el ácido úrico es susceptible de producir. En cuanto á la úrea, último término de oxidación, no es asimilada por ningún tejido, sino exosmosada del tejido conjuntivo al sistema linfático; por éste es acarreada á la sangre, para ser expulsada por los riñones con una admirable perfección. Debemos, pues, notar como causa de enfermedades del tejido conectivo el ácido úrico.

Hemos visto al tejido conectivo asimilar el ácido úrico, transformarlo en glicocola y expulsarlo al estado de úrea. Hemos visto, además, el ácido úrico proceder del bazo, de la desasimilación de la xantina, que á su turno había sido fijada por oxidación de la sarcina ó hiposantina que viene del tejido muscular; pero ¿de dónde procede la sarcina? Tal es la cuestión que va á ocuparnos por algunos momentos.

Si buscamos el origen de la sarcina, la cuestión se hace muy difícil. Parece probable que se forma en el tejido muscular, pero ¿á expensas de qué sustancia? ¿Á expensas de los albuminatos del músculo? No lo creemos, porque es un poco absurdo suponer un aparato orgánico que tuviese por función su propia destrucción. Por otra parte, la oxidación es gradual y no se debe suponer que las sustancias más complejas pasen á las más simples, sin pasar por los grados de oxidación que observamos en la misma máquina animal. Por estos y otros motivos creo que las sustancias de descomposición simple que existen en el sistema muscular, proceden de las grasas neutras y de los glicocolato y taurocolato de soda.

Se nos objetará á esto que en los análisis hechos de los músculos no se los ha encontrado, pero eso no es

extraño, porque mientras el músculo no funciona, su tejido es alcalino, y, por consiguiente, no se atraen en una proporción mayor que en lo demás de la economía. Si el músculo funciona, tampoco se los puede encontrar porque, á medida que son llevados por la sangre por la reacción ácida del músculo, son desdoblados en ácidos inósico, fórmico, acético y butírico, que se unirían á la soda, y en taurina, ácido colálico y glicocola. Respecto á la taurina no hay dificultad, porque se la ha encontrado realmente; pero ni la glicocola ni el ácido colálico figuran entre los principios extractivos del jugo muscular.

Según Sarokin, por la contracción muscular la creatina y creatinina, subirían de 18 á 21 por 100 en los mamíferos. En este aumento sería la creatina la que sufriría el incremento mayor. La creatina es $C^4 H^9 Az^3 O.^2$ De esta sustancia procedería la creatinina $C^4 H^7 Az^3 O$ por la eliminación de un equivalente de agua $H^2 O$, bajo la influencia de los ácidos; pero como la reacción del músculo vuelve á ser alcalina por la llegada de sangre nueva al músculo, lo que pasa la contracción se desdobla en otros dos principios que forman parte del jugo muscular: la sarcosina y la úrea. Esto sucede según la ecuación siguiente: $C^4 H^9 Az^3 O^2$ (creatina) + $H^2 O = C^3 H^7 Az O^2$ (sarcosina) + $C H^4 Az^2 O$. La acción de los ácidos como la del nitroso, por ejemplo, tiende á producir compuestos más azoados, como lo ha visto Dessaignes, asistiendo á la producción de dos compuestos, uno á 4 y el otro á 7 equivalentes de ázoe.

Bajo una influencia que nosotros por este momento no podemos determinar, es probable que la glicocola del ácido glicocólico, se úna á la creatinina bajo la ecuación siguiente: $C^4 H^7 Az^3 O$ (creatinina) + $C^2 H^5 Az O^2$

(glicocola) + O^4 = C^5 H^4 Az^4 O (sarcina) + C O^2 + 4 (H^2 O). Tal vez el ácido inósico y la sarcina sean dos ecuaciones de la descomposición de la glicocola y de la creatina. El hecho es que este punto es oscuro, falto de datos analíticos en que apoyar una reacción de preferencia á otra.

En cuanto al ácido colálico C^{24} H^{40} O^{10} según Leman, sería producido en el hígado y equivaldría á una combinación de ácido oleico y de azúcar. El ácido colálico sería, pues, C^{24} H^{40} O^{10} = C^{18} H^{34} O^4 + C^6 H^6 O^6. Esta reacción que indica Leman, podría tener lugar, pero no se formaría el hidrato de carbón C^6 H^6 O^6 que él señala, sino que se destruiría en el hígado. En este caso, el hígado tomaría de la sangre ciertas sustancias de las que produciría glicocolato y taurocolato de soda. Estas sales, que formarían la bilis, irían á dar en el intestino, y descompuestas ahí por el ácido del jugo gástrico transportado en el intestino, se descompondrían en él, y el ácido colálico y la glicocola reabsorbidas irían, la una á alimentar la trama conjuntiva de los órganos, y el otro se transformaría en el hígado en materias grasas.

Según esto, el hígado haría dos cosas: descomponer las sustancias albuminóideas en azúcar y sales biliares, descomponer estas sales en el intestino en sales simples y ácido biliar y glicocola y taurina, y en que el ácido colálico se transformaría en grasa en el hígado. Si estas son las causas fisiológicas, los estados patológicos serían: por exceso de transformación glicogénica, la degenerecencia amiloide, y por el exceso de esta transformación en azúcar la glicogenie, por falta de formación glicogénica la uricemia, por el exceso de formación grasosa, la polisarcia y por falta el marasmo. El cuerpo humano

tendría dos combustibles: el uno más suave, el azúcar, y el otro más fuerte, la grasa; y, por fin, un tercero que podría transformarse en grasa y azúcar. Si la azúcar aumenta, la grasa debe disminuir, y viceversa. Si ambas faltan en la alimentación, las sustancias albuminóideas las suplen desdoblándose en las dos clases de combustibles. El azúcar puede transformarse en grasa; es un punto ya resuelto en la ciencia, y las grasas á su vez en azúcar. Pero esto no basta; es necesario averiguar dónde y cómo suceden estos fenómenos.

Respecto de la glicogenie hepática, tenemos, según Bernard, que la glucosa viene de un almidón, materia glicogénica que se encuentra en el hígado. La sustancia es una materia albuminosa que produce la transformación del almidón en glucosa. Quedan por averiguar dos cosas: de dónde proviene el azúcar, ó más bien, la sustancia glicogénica del hígado, y en segundo lugar, de qué sustancia proviene el fermento que transforma el almidón en glucosa. Este fermento se encuentra en el extracto hepático, y puede ser suplido por la saliva y por el jugo pancreático. La transformación en glucosa del almidón en el hígado y en la boca, siendo un fenómeno idéntico, es natural suponer que la sustancia sea igual. En cuanto al origen de este fermento, es natural que sea producido por una modificación de una sustancia de la sangre bajo la influencia de la misma diminución del azúcar de la sangre. Las glándulas que producen este fermento no harían sino lo que hace el riñón con la úrea, concentrarla en el líquido secretado en cien tantos, por ejemplo.

Para sostener esta teoría hay algunas razones. Por ejemplo, la sangre que sale del riñón en estado de acti-

vidad, es roja como la que entra en las glándulas. Por el contrario, cuando se hace lo que se llama nutrición de un órgano, la sangre que sale de él es negra, por la pérdida de oxígeno que experimentan los glóbulos sanguíneos para la oxidación de los elementos que se queman en el órgano que se considera. Por esto, cuando vemos que las arterias de un órgano glandular llevan una sangre de la misma coloración que la que sale, podemos asegurar que el producto secretado no se ha formado en la glándula por vía de oxidación, y si vemos que la circulación se hace muy activa en una glándula, cuando un fermento se produce, debemos concluir que es para extraer un principio que existe en un gran estado de disolución en la sangre. Si se compara, por ejemplo, el volumen del riñón con el calibre de los vasos que lo atraviesan y se nota la relación de volumen de otros órganos relativamente á sus vasos, se verá que los vasos de los riñones son muy grandes. Esto nos manifiesta que sus funciones necesitan una activa circulación.

La consecuencia anterior es indudable, porque sabiéndose, además, que la proporción normal de úrea en la sangre es de dieciséis por cien mil, más ó menos, y secretándose por el riñón sólo la mitad de la úrea contenida en la sangre que lo atraviesa, es claro que para expulsar las dieciséis partes de úrea se necesita que pasen por los riñones doscientas mil partes de sangre. De modo, pues, que si la úrea expulsada es de treinta gramos, la sangre que tiene que atravesar el riñón sería de cuatrocientos mil gramos, ó sea cuatrocientos kilogramos. Este cálculo no es exacto por una multitud de influencias que modifican el fenómeno; pero es, sin duda, aproximado y puede darnos una idea sobre la rapidez de la circulación san-

guínea, sobre la necesidad de la dimensión crecida de los canales circulatorios de los riñones, del mecanismo de la secreción y de las condiciones necesarias para la expulsión de la úrea y otros productos de la orina.

Si vemos que las mismas condiciones fisiológicas existen entre los riñones y las otras glándulas, debemos concluir que sus funciones químicas son del mismo orden en virtud de la correlación que debe existir entre los fenómenos químicos y fisiológicos. Por consiguiente, los riñones y las glándulas que vierten un producto sobre las superficies cutáneas y mucosas no fabrican sus secreciones sino que acumulan en ellas productos preexistentes en la sangre. La relación de los productos depende de la extructura especial de cada glándula, la suma de líquido de la actividad de su circulación y la variación de las proporciones de estos productos entre sí de las diferencias de composición de la sangre. Si la secreción de los riñones es continua y otras son intermitentes, esto depende de que la circulación en los riñones es continua y en las otras glándulas intermitente; diferencia que tiene su causa en la diferencia de las funciones, porque mientras la secreción del riñón depura la sangre, debiendo ser por esto continua, otras llenan funciones temporales; y en cuanto á los productos, mientras unos son excreticios, como los de los riñones, los otros son protectores ó transformadores y pueden reabsorberse con utilidad para el organismo.

Estas variaciones de clases no son, sin embargo, suficientes para destruir el carácter de un orden más elevado de la función secretoria, que consiste en la separación de un producto de la sangre. Las glándulas son, pues, filtros especiales que hacen separaciones especiales de sus

tancias contenidas en la sangre, según leyes armónicas, que no es por ahora el caso exponer.

Los fermentos digestivos ó transformativos no son, pues, producidos por las glándulas ordinarias, que vierten líquidos á la superficie, sino por las glándulas vasculares sanguíneas, y en estas glándulas son los polículos cerrados los órganos de esta función. Estos polículos los encontramos en el bazo, donde se llaman corpúsculos de Malpighi. En este órgano debemos notar un fenómeno muy importante é inverso del que se ha visto en los riñones: mientras la sangre que sale de los riñones tiene menos fibrina que la que entra, la sangre que sale del bazo tiene más que la que entra (Beclard, etc.). De modo que el papel del bazo sería opuesto al de los riñones, porque mientras estos órganos, por la separación de los principios de la orina, disuelven la fibrina, el bazo, por la producción de esa clase de sustancia, la produciría. Los ganglios linfáticos del estómago serían, según Schiff, los órganos productores del fermento antipeptogénico y los polículos cerrados de la superficie del tubo digestivo, los productores del fermento sacarificante.

El bazo obraría como los riñones, disolviendo la fibrina, y los músculos como el bazo, produciendo fibrina. Esta analogía de funciones entre el bazo y los músculos creemos que se debe á la serie de sustancias ácidas que producen ambos órganos, como ácido úrico, inósico, láctico, acético, fórmico y butírico, y los riñones y el hígado, al contrario, separarían estos principios ácidos de la sangre; en el riñón, los ácidos úrico, hipúrico y fosfatos ácidos; en el hígado, los ácidos glicocólico, taurocólico y sarcoláctico.

Sería, pues, un aumento de sales alcalinas en el bazo

y los músculos la causa del aumento de la fibrina y una diminución de estas sales la causa de la disolución de la fibrina. Siempre vemos al exceso de alcalinidad de la sangre predisponer á las hemorragias y á los ácidos disminuir esta tendencia. Si en un enfermo vemos disminuir la fibrina, debemos creer en la producción de compuestos básicos ó en una exageración de las funciones del hígado y de los riñones; si, por el contrario, es la fibrina la que aumenta, debemos creer que hay una diminución de la acción de los riñones, del hígado, un aumento de la acción muscular del bazo ó la producción por otra circunstancia de productos ácidos. Esto nos enseña que en las fiebres en que la fibrina aumenta, tenemos ácidos en exceso, que debemos tratar de expulsar por la bilis, el sudor y la orina. Si la fibrina ha disminuído, debemos solicitar las secreciones alcalinas, la in tes i nal, brónquica y nasal.

DR. ERASMO RODRÍGUEZ

APUNTACIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS USADAS EN CHILE, ESPECIALMENTE EN EL LENGUAJE LEGAL Y FORENSE

(Continuación)

Me parece que las observaciones precedentes, las cuales podrían explanarse y justificarse, manifiestan que las de Olózaga referentes á *champurrar*, *chapurrar*, y *chapurrear*, revelan una idolatría exagerada á las acepciones y formas primitivas ú originales de las palabras.

Muy poco más atendibles son las observaciones que don Salustiano Olózaga hace respecto de *chapucero* y de *chapucería*.

En realidad, el ilustrado académico acepta todos los significados que, según dice, se han dado á *chapucero* y á *chapucería* (los cuales son los mismos que autoriza el DICCIONARIO de la Academia,) excepto dos que ha oído dar en España á *chapucería*, á saber: "mala acción," y "cosa insignificante ó ridícula."

Si Olózaga acepta, como no puede menos de hacerlo, y como efectivamente lo hace, que *chapucería* significa

"remiendos en hierro, y ciertas cosas tan toscas y de tan poco valor, que un herrero desdeñaría dedicarse á ellas," no hay el menor inconveniente para que, por una metáfora muy permitida, se emplee esta misma palabra en la acepción figurada de "cosa insignificante ó ridícula."

No se ve, pues, en qué yerran los que usan á *chapurrar*, *chapurrear*, *chapucero* y *chapucería* conforme á las enseñanzas del DICCIONARIO de la Academia, cuerpo al cual no puede tildarse de propenso á autorizar novedades, y conforme á las reglas de la retórica más severa y restrictiva.

De todo lo que Olózaga escribe acerca de estas palabras, lo único que considero indudable es aquello de que no debe usarse á *chapuccría* para detonar "mala acción."

Después de haber tomado en consideración los ejemplos, paso á expresar el juicio que he formado acerca de la doctrina para cuya aclaración se han invocado.

Nadie puede negar que el sentido etimológico y el recto sean á menudo utilísimos para comprender bien el sentido secundario ó traslaticio; pero ello no tiene de ninguna manera la importancia absoluta y decisiva que el ilustre académico autor del discurso á que me refiero le atribuye.

El sentido que el uso más ó menos constante y uniforme del pueblo y de la gente instruída da á las palabras se aparta con mucha frecuencia del que corresponde á su etimología.

Aunque puedo comprobar tal aserción con centenares de ejemplos, voy á mencionar sólo algunos.

Novia proviene de la expresión latina *nova nupta*, cuya traducción literal es "la nueva casada."

Parece entonces que debería significar «la mujer recién casada.»

Mientras tanto, esta es la segunda de las acepciones que le señala el DICCIONARIO de la Academia.

La primera que le da es la de «la que está tratada de casarse, ó inmediata al matrimonio,» acepción mucho más usada que la anterior, aunque no se ajusta de ningún modo á la etimología.

«*Primavera*, (dice el antiguo director de la Academia Española don Ramón Cabrera en la obra póstuma titulada DICCIONARIO DE ETIMOLOGÍAS DE LA LENGUA CASTELLANA) se formó de las dos palabras latinas *primo vere*.

«*Primo vere*.

«Prima-vera.

«*Primo vere* son ablativos: el primero del adjetivo *primus, prima, primum*, y el segundo del nombre neutro *ver veris*, que significa *primavera*. Así que las dos palabras *primo vere* quieren decir *al principio de la primavera*; y en este sentido, las usa Paladio en varios lugares, y señaladamente en el libro 3, capítulo 24, y en el libro 5, título 3. Vése, pues, claro que las palabras *primo vere* trasladadas al castellano recibieron una significación más extensa que la que tenían en latín.»

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

(Concluirá)

OBRAS RECIBIDAS

El señor don Miguel Luis Amunátegui Reyes acaba de publicar (en un tomo de 152 páginas, Imprenta Cervantes), un libro titulado *Enrique Cood.* Además de abundantes noticias biográficas, el estudio en que nos ocupamos contiene y da á conocer la opinión del señor Cood sobre diversos puntos de derecho, especialmente sobre la legislación patria. En este sentido la obra del señor Amunátegui Reyes es interesante para los literatos y para los abogados.

—El señor don Alberto del Solar, compatriota nuestro residente en París, ha tenido la amabilidad de enviarnos también su última obra *Huincahual* (un tomo de 194 páginas). Es una leyenda interesante y en que con rasgos felices se manifiesta el carácter de los araucanos y su modo de ser.

Acusamos recibo de estas dos nuevas publicaciones y por habérnoslas enviado damos las gracias á sus autores.

LOS EDITORES

EL CAMPAMENTO DE CAUCATO

Ha sido la esperanza, "esa gran mentira que dura toda la época de nuestra existencia y á la cual se adhiere el alma hasta el fin," según dice un autor célebre, de todos los halagos que pueden sonreír al hombre, el que más persiste en los deseos de éste, y el que han aplaudido más los poetas y escritores.

Y el gran Federico, sin duda erradamente, por ser otro campo que el de la estrategia, quizo decir "que el sueño y la esperanza eran dos calmantes que la naturaleza prodigaba al hombre." Cuando así se habla, parece olvidarse que basta tener esperanzas para tener martirios; y que también nadie es tan feliz que no recele siempre por sus deseos.

Tal vez la memoria sí sea un calmante, pues no existe persona alguna tan desgraciada que no posea algún recuerdo.

Es ella una dádiva divina, que aun en medio de las penas nos concede alivios, y siempre nos hace solazarnos presentándonos los momentos en que alguna vez gozamos.

¡Oh, que es bien dulce al alma perderse y divagar romántica en ese caos de tintes crepusculares que forman los recuerdos!

Sí, es por la memoria que la vejez tiene su segunda vida, y las enfermedades un paliativo; sobrevive ella aunque las demás facultades hayan muerto; y siempre, sea que horas pesadísimas nos abrumen, ó que no tengamos ni actividad ni espansiones, viene á halagarnos el dejo suavísimo que han dejado en nosotros las horas que se fueron.

¡Feliz quien entonces no tiene remordimientos!

También por ser recuerdos de otras edades, nos interesa la historia: son sus misterios, sus grandes hechos, la poesía que encierran sus pasajes, lo que cautiva nuestra alma y nos lleva á estudiar aquellos preciosos anales. Y es por ello, finalmente, y por ésto tener más verdad es que, alejándonos de las teorías y de los ensueños, y en vez de ir adelante con el pensamiento, queremos mejor retrogradar y, hablando de recuerdos, ocupar con el asunto de ellos los momentos de que graciosamente se nos ha concedido disponer en esta hora.

*
* *

Existe algunas leguas al norte de Pisco, ya en los valles de Chincha, del Perú, una estancia famosa por sus productos agrícolas y aun más famosa en sus tradiciones históricas.

Allí junto á estepas arenosas y prolongadas, en las cuales se mecen cadenciosamente las palmeras, se cultiva la hortaliza y la caña de azúcar, y están los plátanos y viñedos, los olivares y algunos trozos de montaña que

hacen de la hacienda de Caucato una verdadera joya de sus dueños.

Y desde antiguo aquel valle debió ser afamado, pues también yacen ahí unas ruínas imponentes, cuyo aspecto adusto y ennegrecido refiere su origen al tiempo incacial sin duda.

Allí debieron estar unos dorados templos, allí unos palacios austeros y sombríos y llenos de respetuosos guardias, testigos todos del placer.

Por ahí, igualmente, se alzarían unos cerrados recintos, en los cuales dormirían su sueño de ensueños los seres privilegiados que encerraba la *Casa de las escogidas*.

* * *

El inca Pachacutec, el conquistador de Chile, había avasallado aquella tierra; pero sólo después de apremios y batallas se habían rendido los de Chincha, quienes se atrevieron á contestar á los pacíficos embajadores del inca, fundados en la arrogancia de sus propias tradiciones y en sus tropas, que «ni querían al inca por rey ni al sol por su dios; que su dios era la mar que, como todos sabían, era mayor cosa que el sol, y que tenía mucho pescado que les dar, siendo que el sol no les hacía beneficio alguno y antes los ofendía con su demasiado calor.»

Discernimiento y sentido práctico admirables, dignos indudablemente de otro siglo.

Por lo cual, y habida tal respuesta, después de algunos reencuentros y hostilidades, *caminó* el inca, así dicen las crónicas, y tal era su poder, subyugando, como dijimos, esas tierras, y en seguida levantando templos, palacios y serrallos.

Cuando visitamos aquellos sitios, siempre nos imaginábamos que, entre la espesa montaña inmediata, se debió adormecer el indio arrullado perezosamente por la música de sus *guacos*, los cuales, llenos en parte de agua, al moverse pendiendo de los árboles y al penetrar en ellos el aire, irían con monótonas y tristes notas alejando de la frente ardorosa de aquella gente sus fantasías vivas y haciéndola después soñar.

Eran sus sueños, según la historia, de manera que al dormirse abandonaban las almas á los cuerpos y vagaban por otros mundos y regiones, resultando de recordar y hacer memoria de los espectáculos vistos en esos paseos, lo que decían ser los sueños.

*
* *

También en los contornos aquellos el viejo de don Diego de Almagro fundó una ciudad que quiso perpetuase su nombre, y la cual más tarde fué despoblada para asentarse donde está actualmente la ciudad de Pisco. Además, las revoluciones del Perú republicano tuvieron allí sus duelos de sangre y de bambolla, dándose margen por la batalla de Agua Santa, librada en aquellas cercanías, á un original episodio que cuentan las crónicas del país.

En 1842 mandaba secundariamente el ejército constitucional del Perú el célebre general don Domingo Nieto, quien, después de una hábil estratagema, trajo, dividido en fracciones, hasta frente de su línea, que había tendido en las cerrilladas que lindan al norte la tal hacienda, al ejército revolucionario, doble en número, y

que capitaneaba el pretendiente Torrico en contra de Vidal, cuyos derechos amparaba Nieto.

Empeñado el combate inopinadamente por parte de Torrico, fué, sin embargo, por la superioridad numérica de este ejército, la acción de Caucato de las más arriesgadas y empeñosas que refieren las historias. Y hubo tantas alternativas de triunfo y de derrota, que los dos capitanes á quienes más les iba en el desenlace, hubieron de huir cada cual presurosos al ver vacilar respectivamente sus tropas; siéndole necesario al intrépido Nieto, herido en la refriega, mandar á la siga de Vidal que, huyendo como huyó Torrico, había sobrepasado al sur de Ica, cuando le alcanzaron los emisarios para anunciarle *su triunfo*, y que las tropas le aguardaban para encaminarse á Lima.

Torrico, por su parte, al escapar hacia Callao, dejó en manos de un soldado que quiso retenerle, una vistosa capa multicolor que le adornaba durante la batalla, y sólo se detuvo en ese puerto, donde, contando humorísticamente á sus amigos los lances de la fuga y su ligereza, dijo "que en aquel momento el Perú tenía *dos vapores*, uno al norte y otro al sur", refiriéndose al general San Román, que por aquellos días habia salvado también en algunas horas inmensas distancias por librar igualmente de las consecuencias de una derrota.

*
* *

Empero, concluyamos las reminiscencias antiguas y vengamos á los primeros días de diciembre de 1880, cuando en esos mismos campos, históricos ya y renom-

brados, acampaba la primera brigada de la segunda división del ejército que habría de operar sobre Lima.

Era nuestra brigada y nuestra familia en aquel entonces.

Había venido desde Arica reclamada urgentemente para reforzar á la primera división del ejército que, acantonada de antemano en la zona de Ica á Pisco é iniciando la gran campaña, se dijo por aquella fecha estar amagada por poderosas fuerzas que el dictador Piérola había destacado en su contra desde Lima.

Al arribar á esas playas, los aires patrios nos llenaron el alma de regocijo y de entusiasmo, por las notas que nos aclamaban saludándonos, y por la lozanía y verdor de los campos inmediatos, desde tanto tiempo no vistos iguales, y que remedaban á los de Chile, harto semejantes.

Luego remontamos desde el puerto á Pisco Alto, distante algunas cuadras al interior. Admiramos las vetustas torres y el desaliñado aspecto de esta ciudad, en apariencia abandonada de sus moradores y guarnecida por algunos cuerpos del ejército, que á nuestro tránsito nos saludaron con sus toques marciales.

Sobre las casas, cuyas puertas generalmente cerradas, dejaban algunas veces resquicios por donde asomarse á los curiosos, flameaban los pabellones chinos é ingleses como amparadores improvisados de aquellos hogares enemigos.

Aquella extraña bandera, de forma triangular, orlada de calados también triangulares y con filetes rojos, y destacando en su campo amarilloso, como la raza cuya nacionalidad dice, el dragón simbólico del Celeste Imperio, prestaba un tono especial y dudoso á aquella población

solitaria y polvorienta, pensándose por unos momentos estar en otro país alejado y remoto.

*
* *

Continuando nuestro camino, en seguida doblamos á la izquierda y hacia el norte por un barrio más silencioso y abandonado aún, y cruzamos después algunos potreros empastados pobremente. Salimos más allá, y llegamos á un campo hermoso cubierto de trecho en trecho, y con bastante simetría, de un sinnúmero de palmas, dátiles pequeños y admirables.

Pasado tres ó cuatro horas de este camino, en que el calor se hacía sentir á pesar de la inmediación del mar, y en que el sol nos punzaba sin dejarnos gozar de la perspectiva bellísima que presentaban aquellos despoblados, entramos en unos callejones que encuadraban dilatados campos de plantíos de azúcar.

Ya á la caída de la tarde llegábamos al que sería nuestro campamento. Era el olivar de la hacienda de Caucato.

Allí nos colamos como en una madriguera, por una puerta estrechísima y tras de altas murallas, quedando acampada la brigada, fuerte de 4,000 hombres, en aquel recinto, sin duda inadecuado si se atiende á la estrategia, pues no había campo de despliegue para más de un batallón de los varios que componían aquella subdivisión del ejército.

Quedábamos á media legua del mar, que estaba á la espalda, y media legua también de un cordón de cerritos que por el norte cerraban el valle.

La primera noche, fué nuestra cena y nuestro lecho

como Dios á cada cual dió á entender, reparándonos sólo los árboles de las inclemencias de un cielo, sin embargo muy benigno.

Al día siguiente cada compañía levantó sus cuadras, las cuales esta vez, gracias á la abundancia de fagina y al empeño en que las comprometió el ocio y la cantidad de obreros, todas estuvieron alzadas en la tarde, compitiendo entre sí en lujo de decoraciones y de comodidades.

Eran extensas mediaguas, ó galerías, si se quiere, hechas de cañas, con artísticos frontis coronados de nuestra hermosa bandera; tenían en el interior entarimados también de cañas, y armeros y perchas para las armas y mochilas.

***

En ese campamento haríamos durante quince días una vida deliciosa de campaña, sin que nada nos faltase, pues estábamos ocupando una de las regiones más productoras del Perú.

Desde la leche, la carne y el pan fresco, sí que la harina de éste traída de Chile; hasta el vino, las frutas y las legumbres, todo lo tuvimos de calidad inmejorable y en abundancia, siquiera los primeros tiempos; pero sin que estos regalos en nada perturbasen tampoco la vida rígida del campamento, que en tan buena forma sabe preparar al soldado al sacrificio y á la admiración de quien lo observa de cerca.

¡Que es el campamento, su vida austera, las mismas ausencias que en el silencio de sus veladas se deploran, lo que va templando los ánimos, y purificando el patriotismo y encendiéndolo en el corazón del soldado!

Quizás refiriéndose á esta vida de las tropas, uno de los segundos de Napoleón (1) dice con tanta justicia como verdad: "Si hay entre los hombres alguno tan desgraciado para no creer en la abnegación, la adhesión y la virtud, que venga á vivir entre los soldados en tiempo de guerra."

Y efectivamente, es el campamento la peor vida del soldado: ahí puede pensar; en el combate el soldado no piensa; el entusiasmo y el delirio que provocan en él la sangre y la gloria, le arrastran bastante poderosamente para que pueda presentársenos grande, en mérito de su propia voluntad; también la emulación despierta en él el aliento y el coraje; y si esto no fuera sobrado, si acaso inconscientemente se viera impulsado en aquel vértigo que lo aturde, quizá en obedecimiento á la disciplina y á la confianza en quien lo manda, tampoco tendría el mérito que cuando ese mismo soldado en las soledades del campamento medita y piensa, y no obstante se apercibe á morir.

Sí, es aquí, donde junto con apagarse el día, el soldado vuelve á ser hombre y á sentir que todavía existe cierta parte sensible en su alma, más sensible sin duda que los afectos también delicadísimos que exigen su profesión y su deber.

Es en las horas esas cuando el corazón dicta aquellas expresiones que sólo el papel puede llevar á los séres lejanos é inolvidables.

Es entonces también, cuando el bullicio de los camaradas le permite recogerse á su sombría tienda, cuando el soldado suele llorar, sí, llorar, dejar que la naturaleza

(1) MARISCAL MARMONT, *Instituciones militares.*

llene su misión y sus misterios. Testigos fuimos de unas lágrimas la víspera de un día memorable:—"Mis hijos, mi mujer; mi mujer, mis hijos",—decía el desventurado. Y también le vimos morir, yendo adelante, como solamente moriría un león acosado en su guarida.

Tristes, tristísimas suelen ser las meditaciones del campamento. Ahí, contra sí misma lucha el alma, combatiendo entre sí los afectos y pugnando todos y cada cual de ellos por ser más poderoso é intenso.

*
* *

Es otra cosa cuando, montando los puestos de honor y de confianza, se exaltan sus sentimientos y se subleva su patriotismo; en este caso el soldado está contento, es un loco sublime...

Él se sacrificará porque los demás descansen; él morirá entonces embriagado por la gloria; pero si no, y al contrario, otros afectos le tienen preso el corazón, y si hay lugar al pensamiento, él no tiene más que charlar y dormir, dormir y charlar, y comprenderá bien lo que expresa un libro que dice "que el sueño es el consuelo de los desgraciados", y bendicirá además, como dice el mismo autor, "la bondad de Dios, que diariamente nos llama algunas horas á su seno para hacernos olvidar nuestras miserias."

Es al mismo tiempo, en el campamento donde el soldado se persuade, ya sin fantasías, que sus años, su voluntad, su salud, sus afecciones y hasta la vida misma se la debe á su patria: todo aprende ahí á sacrificarlo. Después de este aprendizaje, cuando tal vez postrado de cansancio ó quizá soñando en sus bellos ángeles, se le

dice:—"¡Arriba!...»—él se levanta; y se le grita—"¡Adelante!...»—y él va; y—"Aquí has de morir»,—se le ordena más tarde, y el soldado obedece... y muere...

Y esto lo aprende, aunque sean los campamentos como el de Caucato, llenos de halagos y de bienestar. Aunque suaves brisas hieran constantemente su tosco uniforme; aunque á su alrededor jueguen las aguas y extienda el océano sus espumas bulliciosas y encantadoras; aunque el follaje con sus secretas sombras le convide al placer, y aunque las hermosas noches de luna estén derritiendo constantemente su alma sensible, ¡siempre! y aunque los ecos de la naturaleza le susciten las más bellas fantasías y le despierten los más preciados recuerdos, y aunque también regale su labio, todavía son nada poderosos todos esos halagos contra su honor y entereza que le hacen ser abnegado y sacrificarse siempre.

* * *

Así tranquilos y sin sobresaltos transcurrieron los días que estuvimos en aquellos valles, como gran guardia del resto del ejército que á nuestra espalda hacia la guarnición en las ciudades. Un clima halagüeño y un permanente bienestar nos sonrieron. Las avanzadas, algunas exploraciones, los ejercicios, las tertulias y los pasatiempos llenaron esos días.

Eran las armonías vehementes y anhelosas del toque de *diana* las que diariamente daban comienzo á nuestras tareas. Nadie había perezoso para resistirse y para abandonar el endurecido lecho al clamor precipitado de aquellos sones que de una manera tan indecible afectan los nervios y el alma del soldado.

É inmediatamente, concluídas las listas de esa hora, la revista de aseo, y algunos momentos más que se empleaban en el desayuno, recogidas también las avanzadas, y mientras las partidas exploradoras corrían las inmediaciones, la llamada *á tropa* del cuartel general de la brigada, convocando los regimientos á un campo extenso y sin cultivo que se hacía á la izquierda del cantón, nos atraía después por los sorprendentes ejercicios de las tres armas combinadas que allí hacíamos.

Allí, al aire de la madrugada que ensanchaba nuestros pechos, y envueltos en las deliciosas brumas del amanecer, sin más ruído que el de las respiraciones, y apagada ya la música, admirábase formada la interminable línea, luciendo los variados trajes, los arreos y las armas, y prestando al viento las banderolas y banderas.

Luego, partiendo al galope los ayudantes, y llenando el espacio las voces de mando y las cornetas, y al són de las marchas de maniobra, se rompía aquella línea: desprendiéndose aquí las columnas, atropellándose allá los caballos y lanzándose á escape la artillería, y emprendiendo en seguida carrera todas las subdivisiones, acompasadas é imponentes, arrasando aquí los malezales y doblegando allá las altas cañas para aparecer de nuevo la línea de batalla intacta y formidable sobre una serie de colinas: vuelto el frente al sol que nace y que la hiere, hiriéndose también él con los reflejos de tantas bayonetas y de tan lucidas y apuestas filas que allí habían asomado á saludarle.

Y al rato, otra vez corren los ayudantes y llegan á la línea, y ésta se quebraja de nuevo, y como en aluvión ruedan por la pendiente las ordenadas columnas, y corren á escape; repercutiendo el aire las voces y las lla-

madas, y plegándose y desplegándose en tropel confuso y ordenado á un tiempo, con un rumor sordo que hería todos los nervios y que hacía tomar esas maniobras como caso de combate, en que iban empeñados el honor y el entusiasmo del alma; y, haciendo después la agitada multitud alto en su carrera, concluía por verse otra vez la inmensa línea, apoyado uno de sus extremos en la altura y el otro perdido entre las exuberantes cañas y arbustos, como los paisajes que nos pintan los grabados de la admirable guerra de los ingleses contra los zulúes, cuando se combatía en el trópico africano, también lleno de selvas, ante las cuales el hombre aparece perdido como un átomo, y bajo un sol candente también, que exalta el valor y la fantasía y pone en vértigo el alma.

* * *

Volviendo del ejercicio, y siempre bajo las prescripciones estrictas de la ordenanza que ni un momento desamparan al soldado, cada compañía, aisladamente y sin exceptuar ninguna, bajaba á la playa para que la tropa tomase su baño. Una vez desnudos los soldados y aún en formación, á un toque de corneta se lanzaban al mar, en carrera vertiginosa y con grande algazara, compañía tras compañía, hasta verse en la extensión de más de una legua blanqueando enteramente las aguas inmediatas á la costa; sólo algunos de esos peces *sui generis* iban en apuestas atrevidas hasta bien adentro de las embravecidas olas.

Había prohibición que se separasen mucho de la playa, tanto por el peligro de la distancia, como porque ahí cercanos á la costa se veía voltejear un sinnúmero de

animales negros y brillantes, entre los cuales pululaban también terribles tiburones; pero no era bastante la prohibición: cuanto la vista no podía destinguirlos, se veía á uno que otro de los soldados ir solos contra aquellos peces, nadando á par que ellos, y los cuales, como después supimos, iban armados de sus *corvos*, nada menos que á provocar combates á tales fieras; y fué fortuna que estas no se atrevieran á tanto, que de no, habríamos tenido que lamentar más de alguna desgracia.

Llamados por fin de nuevo, y una vez vestidos, tornaban las compañías el campamento, donde les aguardaba el rancho del medio día. En compuesta formación iban recibiendo los soldados su parte, y después, separándose, se sentaban en grupos ó solos á dar fin á su plato, sazonándolo con más picantes dichos que el mismo ají *chincha* famoso del lugar.

*
* *

Después de medio día, generalmente se formaban las compañías sin armas, primero para ir en busca de agua potable, pues la del campamento por lo salobre era insoluble enteramente. Caminábamos con ellas á la distancia de una legua al menos, á unas vertientes que se hacían entre impenetrables cañaverales; ahí se llenaban las *carmañolas* y los barriles del rancho, y después se sesteaba un rato, deteniendo los ricos y los traviesos las cargas de sandías que venían del interior para Pisco, para comprarlas ó dar sustos á los infelices *cholos*, que temblaban temiendo ser despojados ó tal vez muertos por las partidas de *niños*, como dió en llamarse en la campaña á los soldados.

Después, otra vez estaba en movimiento la tropa para

traer cada soldado un haz de leña para las cocinas del campamento.

Seguían las listas de llamada, á las tres de la tarde, y la de retreta á las oraciones. Ésta con sus sonidos siempre melancólicos, y concurriendo á más con la hora, llevaba al alma un cierto romanticismo extraño, al considerar la vida especial que hacíamos en aquellos campos, al solo abrigo de nuestra bandera, lejos de todo hogar y animados únicamente por una esperanza de sangre y de gloria.

Antes de la retreta, se habían despedido las avanzadas que cuidarían al frente y á los costados del campamento el sueño y el descanso de éste. Cuando iba á morir el día, caminaban á apostarse esas guardias, de consignas estrictísimas, en los apartados parajes en que pronto había de envolverlas las oscuridad y la tristeza. Había que morir en el puesto antes que dejar avanzar cualquier enemigo que pudiera amenazar a los que dormían.

Era encantadora y poética aquella misión: quien la desempeñaba sabía que sus compañeros descansaban, solazándose y confiados en él.

Era una misión grandiosa: los defensores de Chile, sus banderas, los afectos, las esperanzas y el corazón de ellos dormían confiados á la espalda de las avanzadas, sabiendo que no se les sorprendería, y que tiempo habían de tener para pelear con esfuerzo y morir con gloria, ventaja y oportunidad.

* * *

Algunas veces en el campamento, compañías de acróbatas ó los populares títeres hacían pasar alegres las

primeras horas de la noche, reuniéndose toda la tropa, y riéndose y gozando con aquellas puerilidades esos buenos soldados, que más tarde sabrían morir intrépidos.

No faltaba tampoco una pantomina, como final de la función, en la cual algún soldado, con el nombre de Luisa, por ejemplo, como se llamaba á uno de nuestra misma compañía, representase con mimos y donaires propios del sexo, el rol de las mujeres. Las risas, los comentarios, los aplausos y los chistes eran inacabables entre aquella gente especial que reía sin término y voceaba oportunamente tomando parte con los actores mismos.

Á la nueve de las noche, si no más tarde los días de función, repercutía en el campamento, ya silencioso de antemano, el toque de silencio. Era un toque suave, bello y tranquilo, que acordaba muy bien con la hora de ensueños en que se dejaba oír.

Siempre, cuando iba á sorprendernos, estábamos tendidos á la sombra de los árboles y nos alumbraba la hermosa luna que luce en aquellos campos. Y suspendía también siempre nuestras pláticas, y nos llevaba el alma envuelta en sus sones magníficos, y volteando entre las irradiaciones de un tan bello cielo hasta los mismos rincones queridos de nuestra patria. Trepidando sí un tanto, como era natural, nuestra entereza; pero el mismo ambiente, la misma luz, la misma música que oíamos, aquellas mismas memorias nos hacían más entusiastas de nuevo, más animosos y nos considerábamos los más felices, sabiendo que nuestros hogares descansaban en nosotros y en nuestras promesas.

No de otra manera se tienen los padecimientos y nos sentimos fortalecidos cuando sabemos que alguien, alguna mujer, por ejemplo, nos ayuda á soportarlos; reímos,

y las mismas penas son nuestra felicidad y, por un contraste, el premio que á nuestros amores da el mundo y la maldad.

Después dormíamos, como sólo se duerme en campaña, sin remordimientos, con una esperanza entonces sí segura, pues sabíamos que no tarde podríamos ofrecer á lo que amábamos el sacrificio más precioso, y el cual había de agradecérsenos y serle útil.

* * *

También solían alternarse en aquellas estadías en los campos del Perú, las lágrimas y los goces imprevistos. Hoy era un amigo que llegaba de otro campamento del ejército á estarse algunas horas con nosotros. Era un amigo con quien departíamos de lo más caro. Hablábamos de personas queridas que sólo nosotros, entre aquella ciudad ambulante, conocíamos. Las recordábamos y las admirábamos más, vistas á aquella distancia; á veces se nos quería ir toda el alma tras ellas, convertida toda en esperanzas.

Pero doblábamos esa hoja, y hablábamos de las expectativas de la campaña, de nuestros presentimientos; pensábamos en la batalla, en lo que del enemigo se decía, y concluíamos augurándonos, aunque no lo sintiéramos, felicidades que, por el puedeser del soldado jamás se ven con certeza. Después nos despedíamos para no saber uno de otro, tal vez hasta tener tristes nuevas, pero riéndonos y desfigurando siempre los sentimientos del alma. Otras veces era el compañero de la tienda el que caía enfermo y empezábamos á verle morir.

Allí en Caucato, un viejo soldado, el subteniente Orre-

go, que desde los primeros grados militares había llegado á ese ascenso, y que dormía en el mismo entarimado de cañas y bajo la misma tienda, murió atacado por lo insalubre del agua, allí á nuestro lado: perturbando nuestro bienestar su última agonía, expiró impasible.

Murió cual muere el soldado, con conciencia tranquila, sin sobresaltos, sin una queja, sin un clamor; guardando tal vez en su alma un mundo de sentimientos y expresiones que en aquel abandono no tenía á quien comunicar. Murió sin despecho y feliz, aunque sabía que tierra ingrata y enemiga debía ser su postrer lecho de descanso.

Una partida de tropa, después de larga jornada, llegó con sus restos á Pisco, para entregar en ese cementerio á la tierra, más hospitalaria que sus hombres, aquellos despojos que nunca hollarían más tarde los pies de sus compatriotas. Solamente una descarga desapacible y horrísona fué el adiós que la patria y los hombres dieron á aquel abnegado defensor de sus banderas.

*
* *

Otro día, cuando el sol candente de esos valles, tomando forma extraña, estaba para perderse en el mar, una partida de caballos, á cuyos pies esperaban órdenes unos cuantos soldados, piafaban impacientes á la puerta del campamento.

Llegamos después dos oficiales, mandamos en voz baja y, cabalgando la tropa, salimos al camino. Íbamos á una hacienda distante en demanda de ganados, pues ya escaseaban en nuestro campo.

Galopamos primero orillando una serie de potreros

anegados de agua, para practicar así el riego de la caña de azúcar, y adelantando, detuvimos el paso al llegar á una hoyada que poblaban tupidos arbustos y cañaverales. Ya al oscurecerse, discurrimos por unos cuantos minutos en unos angostos senderos de aquel paraje.

Cruzamos después de nuevo algunos ingenios de azúcar, sólo á la marcha de nuestras caballerías, y ya al desvanecerse el crepúsculo y cuando nos alumbraba hermosamente la luna, desembocamos en una senda espaciosa que se hacía entre un palmar callado é interminable.

Fué aquella excursión y aquella cabalgata, de las más encantadoras que recordamos. Al penetrar en ese campo de artísticos y armoniosos árboles, aguijoneamos ásperamente los caballos, y á un galope tendido y suave, como dormidos en nuestras sillas, y acompasados además por el estruendo de los sables, nos deslizamos y galopamos sin freno entre aquel monótono paisaje que nos volvía de más en más silenciosos y que dejaba viva solamente nuestra imaginación.

El terreno era arenoso pero firme, y la cálida atmósfera que el día había dejado, se iba, merced al viento de la noche, templando poco á poco; y empezaban á susurrar quedamente aquellas sábanas de aridez y de verdura, y también á moverse con gracia sin igual cual si fueran gigantes y encantados abanicos que mil miteriosas hadas, habitantes de aquellos páramos, impulsasen con su magia de placeres y de ensueños.

Así, abismados en una contemplación indecible, como en vértigo, atravesamos la llanura inconscientemente; á ratos palmeábamos el pescuezo de nuestros caballos, que le llevaban tendido, pero sin muestra alguna de fatiga,

y adelante el oído y la vista, se exhalaban generosos y cuidados como buenos ejemplares de su raza.

Fuímos después más en calma, sintiendo mejor el movimiento suavísimo de las hojas; y todavía adelantando salimos otra vez á un camino en que se sucedían las plantaciones de azúcar y de viñas. Y de nuevo galopamos, y de nuevo fuímos al paso, hasta que el guía nos indicó la casa del ingenio en cuya demanda íbamos. En todas las haciendas del Perú, en especial en los ingenios de azúcar, las casas de los señores se levantan como una mansión feudal: tienen sus altas murallas que circuyen todo el cuerpo de edificios, solamente suelen interrumpirlas los ferrocarriles que van á los plantíos; en la parte principal, además de la portada y del gran patio de honor, están los edificios coronados de almenas y demás defensas aptas para las contiendas lugareñas.

Dentro de las mismas murallas queda el inquilinaje, compuesto generalmente de chinos ó negros.

*
* *

Al allegarnos á las casas, avanzamos con cautela, temerosos que nos recibieran como intrusos y enemigos que éramos, y también porque deseábamos, si era posible, hablar con los dueños antes de proceder en nuestro apremio de guerra y al rodeo de nuestros animales.

Pero al estar ya en la puerta, fuímos sorprendidos por un jinete que de nuestras narices la emprendió á escape por el camino adelante. Nos lanzamos consiguientemente detrás del fugitivo, seguidos de algunos soldados, y mientras nuestro compañero el otro oficial penetraba al patio, y nos desmandábamos en la persecución, sin

poder superar los bríos del agilísimo caballo que llevábamos delantero, y queríamos recurrir ya á otros medios para detener al insolente que de aquella manera nos burlaba, cuando á lo mejor, de otra puerta que daba también al camino, surge una aparición más formal, harto más tremenda: nada menos que una mujer, cabalgando como una amazona, cubierta de un largo traje y sombrero negro, y que, animosa, torciendo brida al salir al camino y mirándonos como ellas suelen mirar á los hombres, se une al corrido jinete y ambos redoblan sin tino la carrera.

Nuestro primer impulso fué de animación, pero después, pensando que nos la habíamos con algún sér superior, tal vez con alguna de aquellas hadas que nos habían asistido todo el camino, dejamos escaparse á la venturosa pareja, cuando justamente de nuevo las palmas empezaban á reemplazar á los tapiales del camino. La dejamos perderse hacia el oriente como una visión que fuera á confundirse con las luces que ya lucía la aurora. Confesaremos que tristes, corridos y cansados nos volvimos donde nuestros compañeros nos aguardaban con curiosidad. Después *paramos rodeo* en los mejores pasto de la hacienda, y nos volvimos, con harto menos romanticismo sin duda, acosados por el sol, que se vengaba con su prosa de nuestros romanticismos de la noche anterior, y con sólo el contento de que comeríamos carne que debieron comer las hadas.

*
* *

Al tiempo de esta excursión, llegaba ya á su término nuestra estadía en aquellos valles. Dos días después, una

noche, observando á la espalda del campamento una gran polvareda que oscurecía el cielo, bajamos á la playa, por cuya inmediación corría uno de los caminos para ir al norte del Perú hasta el mismo Lima.

Era la primera división, que dejaba sus cantones de Ica y Pisco y emprendía ya su ruta hacia la capital enemiga.

Con paso tranquilo, como que empezaba sólo el largo sendero, en ordenadas columnas de marcha, acompañados del traque-traque de las armas y del rumor de las calladas voces, y con resuelto andar, pasaron ante nuestros ojos esos batallones como fantasmas de la gloria: sin preocuparse de que ya sobre ellos empezaba á cernirse la muerte, orgullosos de sus banderas que emvolvía el polvo; alegres con su fatalismo, risueños con sus esperanzas, sin dejar atrás ni los recuerdos, y llamados por la gloria como iban, despertaron en nosotros esa nerviosidad que acompaña a la envidia: sí, codiciábamos las pocas horas que solamente se anticiparían á nosotros.

*
* *

Triste fué el campamento esos días: habríamos querido menos reposo, y más expectativas.

Empero, después de aquélla noche, al segundo amanecer, caminamos también á Pisco.

Allí, una excursión en busca de provisiones, y una batida que dimos á los infelices chinos, por equivocación de un soldado y sin ofenderlos, pudiendo explorar sus escondites y viendo sus costumbres extrañas, fué lo único de notar que sobrevino en los dos días que estuvimos en aquella ciudad.

Ya el 20 de diciembre recalaba á esas playas una

flota poderosa, la más poderosa que ha surcado el mar Pacífico, y se detenía unas horas para recoger nuestra brigada é integrar las dos divisiones que por mar debían avecindarse al campo del último duelo á que estaban emplazadas las armas de Chile, cerca de los villorrios de Chorrillos y Miraflores.

Pronto desalojamos nuestros campamentos, y en pocas horas, sin dolor ni penas, nos veíamos á bordo. Al contrario, sentimos entonces un placer voluptuoso, que no sabríamos definir, tal vez algo semejante, en los recelos y agrados, á como sentimos el alma al estar al lado de alguien que nos cautiva y que ya amamos y que no obstante, no sabemos si acaso nos será propicia la ingrata.

Así es la guerra, entusiasta, emborrachadora y dulce como el amor, y como el amor llena de sobresaltos, de fatales destinos y de lágrimas.

Así también el ejército de Chile á las puertas de Lima, iba, como el hombre á su amor, á pedir á la fortuna sus favores, intrépido cauteloso y vehemente.

José Clemente Larraín

LA PATRIA

(Trabajo leído en el Círculo Católico de Santiago el 19 de septiembre de 1888)

Señoras, Señores:

Reunidos en este recinto para celebrar el aniversario de nuestra independencia, del día en que se constituyó el primer gobierno nacional, nada más justo que mostrar hoy que si los primeros patriotas tuvieron al suelo que los vió nacer un cariño que los hizo arrostrar con ánimo sereno los rigores de larga guerra y sacrificar sus intereses y su vida misma por dar á su país la ansiada libertad; en el curso de los años permanece vivo el amor á la patria y se une á él la gratitud á los que le dieron libertad.

Setenta y ocho años han pasado desde la fecha que hoy conmemoramos; la nación, que entonces era pequeña, hoy ha extendido su territorio y sus habitantes se han duplicado. En 1810 era el último rincón del universo; lejos del mundo antiguo y del rey, que le nombraba sus gobernadores, era Chile una desgraciada colonia, á la que enviaba sus soldados para mantenerla entre

los dominios de la corona de Castilla y destruir en continua guerra esa raza indomable que había resistido á tres siglos de prolongada lucha y que costó á España más soldados y más dinero que la conquista de la América entera.

Se llevaba á cabo la obstinada guerra porque el orgullo de España no le permitía volver la espalda donde había avanzado, porque las armas, victoriosas en toda Europa, no podían declararse vencidas abandonando la conquista de Arauco, aunque esta conquista fuera un triunfo efímero, triunfo glorioso pero inútil.

Y mientras se seguía esa guerra en el sur de Chile, la autoridad suprema del reino y el porvenir de todo el país dependía de las cualidades de los hombres que designaba el rey para esta pequeña porción de sus dominios. ¡Mísero país, condenado á llevar una vida triste, entregada al capricho de la suerte y á los favores de un señor que no lo conocía!

Las ciudades y los campos, pequeñas unas y abandonados otros, no tenían esa vitalidad propia que hace á los ciudadanos amantes de su suelo, y que por el progreso y bienestar del país que ellos gobiernan y en que ven realizados sus deseos, los lleva al sacrificio de sus más caros intereses y de su propia vida.

Colonia distante y en los últimos confines del mundo, Chile recibía sumiso los gobernadores que le enviaban, tenía que sufrir las leyes que autoridad tan lejana le imponía. Sus propios gobernadores veían con placer el engrandecimiento del país, solamente en cuanto así aumentaban las reales arcas y eran acreedores del rey por este servicio.

Llegó un día en que la metrópoli no tenía autoridad

y en que las ideas del siglo pasado hicieron que las provincias de España se gobernasen por ellas mismas. Las provincias americanas siguieron el ejemplo, y en el día que hoy conmemoramos, de 1810, se constituyó una junta de gobierno nombrada por los vecinos de Santiago.

El más precioso de los derechos, la libertad, por la que tanto anhela el hombre en todos sus trabajos y en todos sus ensueños; la libertad, que desarrolla en la juventud las nobles tendencias del alma y da al anciano en sus últimos años el consuelo de haber cumplido su destino en el mundo; la libertad de la patria, cuyos mártires regaron con su sangre los campos de Rancagua, de Chacabuco y de Maipú, nació en este día. Desde entonces somos nación.

Año tras año ha venido creciendo y aumentando la pequeña porción de ciudadanos y el territorio mismo que se declaró libre.

¡Cuán distinta es la situación del presente! Doquiera miremos, encontramos la huella del progreso natural de los pueblos y la obra de gobiernos patriotas. Ya sea que nuestra escuadra surque el océano Pacífico, llevando victoriosa la bandera de la República, ya que el ejército encargado de vengar las ofensas y de garantir nuestros derechos se adueñe de la capital del Perú después de sangrientas batallas, la obra de los fundadores de nuestra independencia se mantiene como base y como principio de todo nuestro bienestar actual. Á los que nos dieron la libertad debemos todos los adelantos y toda la grandeza del presente.

Las tranquilas labores de la paz han aumentado el desarrollo natural de la riqueza y el bienestar del pueblo.

Las ciudades que á principios de este siglo eran pequeñas y despobladas, hoy, rebosando vida, han ensanchado su circuíto, y son el orgullo de sus habitantes y la admiración del viajero. Los ferrocarriles han acortado las distancias y unido á los ciudadanos entre sí. El telégrafo ha completado la obra. El mismo pensamiento anima hoy á las provincias más distantes de la capital. De Chiloé á Iquique, es una la patria y uno el amor de sus hijos.

Y como coronación y fundamento, para hacer duradera y perpetuar en el tiempo la obra, se levantan los templos y las escuelas, esparcidos en todo el vasto territorio de la República. Las generaciones que apenas hoy abren sus inteligencias á la luz de la verdad y de la ciencia, aprenden á amar a Dios, á quien deben la vida, y á los hombres de 1810, á quienes deben la patria.

Ya sea que en el curso de la vida el espíritu aventurero los lleve á tierra extraña, siempre estarán prontos á dejar sus pacíficos trabajos para defender á su madre cuando cualquier peligro la amenace.

¿Recordáis aquel tiempo en que las campanas que os llaman al templo anunciaban el triunfo de nuestras armas, y el pueblo entero, loco de entusiasmo, se precipitaba por calles y plazas, ansioso por saber y repetir la dichosa nueva?

Vosotros habéis visto partir á la guerra á los soldados improvisados para la defensa de Chile; quién huía del hogar de sus amados padres; quién dejaba al sér más querido de su corazón, y hasta el padre abandonaba á sus tiernos hijos; y todos marchaban tranquilos á los desiertos del norte á dar su sangre y su vida por esa porción de tierra que se llama patria; los habéis vistos mar-

char serenos, sin que el llanto de sus familias los detenga, y las privaciones y fatigas de una larga campaña los hagan desistir de su empresa. No van tras la gloria, ni los mueve la ambición.

¿Sabéis qué secreto impulso los anima? El soldado moribundo en el campo de batalla, en los últimos estertores de la agonía, pregunta si Chile es vencedor de sus enemigos... y muere feliz si triunfa Chile.

He recordado ligeramente, señores, el cariño del hombre á su patria. La presente fiesta, arreglada por delicadas manos, bien demuestra que si antiguamente, decía un autor clásico, «Mujeres dieron á Roma reyes, y los quitaron. Diólos Silvia, quitólos Lucrecia. Á este sexo ha debido siempre el mundo la pérdida y la restauración, las quejas y el agradecimiento» (1), en la actualidad, en otra esfera más digna de ella, siempre que alguna desgracia aflige á su país, trabaja por aliviarla en su inagotable caridad, y también celebra las más puras y nobles festividades de su patria.

A. LAMAS G.

(1) QUEVEDO, *Vida de Marco Bruto*.

FANTASÍA

(Á J. M.)

No sé por qué de tu mirada pura
la luz y la dulzura
mi alma llenaron de ideal contento.
No sé por qué, visión halagadora,
mi corazón te adora,
te rinde su altivez mi pensamiento.

Y allá en mis horas de silencio y calma,
cuando tranquila el alma
en fugitivos sueños se recrea,
no sé por qué mi corazón te invoca,
y fantástica, loca,
entre ilusiones mil bulle la idea.

Y al suave encanto de mi amor sincero,
como al fulgor primero
que leve tiñe el matutino velo,

yo contemplé, cautivo, enamorado,
desplegarse rosado
en el sendero de mi vida, un cielo.

. . . . . .

Si después de una noche oscura é ingrata
ve como se dilata
la blanca cinta del oriente y brilla,
al encontrar la ruta de su nido,
¡con qué canto sentido
gorjea alegremente el avecilla!

Cuando el primer albor vago y lejano,
descorre en el oceano
el manto funeral de la neblina,
al desplegarse las marinas galas:
¡cómo agita sus alas
la risueña y viajera golondrina!

¡Ay! si es la luz la vida de la vida!
y por Dios encendida
para barrer las sombras y las brumas:
todo con ella es mágico, bien mío,
las montañas, el río,
los valles y las flores, las espumas!

¡Ay! si tus ojos son la luz hermosa
que mi noche luctuosa
dejará en paraíso convertida:
todo con ella es mágico y risueño,
mi corazón, mi sueño,
mis sonrisas, mis lágrimas... mi vida!

. . . . . .

. . . . . .

Mas, cuando en calma los delirios veo
de mi febril deseo,
y la loca ilusión en que me agito,
y la sombría realidad que toco
me advierte que estoy loco
quemándome en la sed de lo infinito;

Cuando latiendo el corazón me avisa
que el sarcasmo y la risa
del egoísmo humano me rodea:
entonces ¡ay! cual pesadilla horrible,
temerario imposible
en tu risueño amor halla mi idea!

Entonces es la dicha una mentira;
cuanto palpo me inspira
el más frío desdén, odio profundo,
todo, sí, menos tú, porque mi anhelo
te cree un ángel del cielo,
cuando es entero de maldad el mundo.

Entonces ¡ay! de tu mirada pura
la luz y la dulzura
lejos están de mí... y en el vacío
de esa duda mortal que llevo dentro
del corazón, me encuentro
¡qué abandonado y huérfano, Dios mío!

Pero aun en medio de ese atroz combate
que mi espíritu abate
y aletarga en fatal melancolía,
no sé por qué, visión halagadora,
mi corazón te adora
y te invoca y te llama todavía!

J. VICENTE 2.º SANTOS

Septiembre de 1888.

LA MONTAÑA

(Trabajo leído en la Academia Filosófica de Santo Tomás de Aquino)

La cordillera de los Andes, que vista de lejos semeja un solo y elevadísimo muro levantado por la Providencia para dividir la heredad de dos hermanos, es para el viajero que tiene la ocurrencia de atravesarla, colosal gradería en la que cada escalón es una cadena más escarpada y alta que la anterior. Y si dicho viajero practica esta excursión partiendo de la muy noble ciudad de Chillán, tendrá por fuerza que traspasar, entre otros muchos cordones, *la Buitrera*, y cuando al llegar á su cima crea ya divisar las pampas argentinas, verá con desconsuelo alzarse ante él, elevados cual ninguno, *los cerros del Guanaco*. Entre estos dos cordones correrá pobre y estrecha nuestra narración, y á ellos debemos conducir á nuestros lectores.

Cúbrelos de la base á la cima espesísimo bosque, á través del cual han practicado los moradores de esos parajes un camino largo y angosto como sus esperanzas, por el cual apenas puede marchar la diminuta *carreta-*

chancha, que con sus bulliciosas y toscas ruedas de una pieza perdidas en el *trumao*, se arrastra perezosamente bajo la bóveda que, para consuelo de viandantes, forman las ramas de los robles, avellanos, peumos y maitenes, lujoso atavío de la montaña, que aún no se ha estremecido á los golpes del hacha ni ha crujido entre las llamas de un incendio.

Los dos cordones dejan entre sus bases un pequeño espacio plano en medio del cual corre el río Pichinco, justificando plenamente su nombre, que en araucano quiere decir *poca agua*, con su exiguo caudal, bastante apenas á mojar las enormes peñas entre las cuales se arrastra refunfuñando y como disgustado de hallarse tan lejos de los buenos tiempos en que su corriente, entonces poderosa, arrancaba trozos de candentes rocas al volcán á cuyos pies tiene su origen, y jugando con ellas las arrastraba largo trecho hasta abandonarlas dispersas en los diferentes sitios en que hoy están clavadas en medio de su cauce, como desafiándole á repetir las hazañas de su juventud.

El río da nombre á la quebrada, que, como hemos dicho, forman las faldas de la Buitrera y el Guanaco y en la cual habita un corto número de familias labradoras que han dado preferencia á aquella hondonada de difícil acceso, por hallarse más á cubierto de las inclemencias del tiempo que las alturas circunvecinas.

Mirado desde una eminencia, Pichinco aparece á los ojos del viajero como un grande hoyo, en cuyo fondo se descubren después de algunos instantes de atenta observación no escaso número de *ranchos*, que tanto pueden pasar por habitaciones como por hacinas de paja ennegrecida por la humedad. En cuanto al arroyo, que sus

vecinos llaman río porque no conocen otro mayor que merezca este nombre, no da más señales de su existencia que un sordo murmullo apenas perceptible. El restante espacio ocúpalo el monte que deja á trechos hermosos claros en los que, durante el estío, lucen su lozanía las espigas ó verdeguean las *chacras*, como allí se llama á las plantaciones de maíz.

Mas si, descendiendo al bajo, contemplamos todo esto desde la ribera del susodicho arroyo, río, ó como se le llame, notaremos que se presenta de bien diverso modo el agreste escenario en que nos ocupamos. El espectador verá que le rodean enormes paredes cubiertas de verdura, ocupadas en sostener un retazo de cielo que tal vez por sobrante fué destinado á Pichinco, y sólo allá muy lejos, siguiendo el curso del río, se divisa la Angostura, en donde el firmamento cae hasta el suelo, cual azulada cortina destinada á cubrir la única puerta de aquel bello escondite.

Si seductor es el conjunto, sus detalles los son mucho más, porque hay en aquellos bosques en que el *boqui*, enlazándose al tronco de los diversos árboles hasta internar en ellos sus flexibles ramas, ha tejido tupida red que impide al hombre profanar con su planta el retrete en que la naturaleza ostenta su poder libre de trabas, y solo permite admirar tanta riqueza desde el umbral en que se puede aspirar el aire húmedo y perfumado que se escapa de allí, y divisar las rojas flores del copigüe que resaltan en el fondo de esmeralda como las únicas joyas con que la diosa que allí mora engalana su seno virginal; hay decíamos, en esos bosque tal encanto, tal fascinación, que cuando por vez primera se visitan, nace en el alma un vivo deseo de no abandonarlos jamás, deseo que da vida

á su recuerdo cuando nos vemos constreñidos por el deber á dejarlos para siempre.

Y no es sólo el recreo de la vista el secreto de este mágico influjo. Los ecos del urbano bullicio sólo llegan á Pichinco tardíos y apagados; en sus empinadas montañas se estrellan y se rompen las olas del mundo; allí, donde todo es natural, donde la creación está libre todavía del sello profanador de la mano del hombre, es más grata la vida, se siente la presencia de Dios en la fuerza creadora que pregonan sus obras y se olvida involuntariamente cuanto fuera de allí existe. Su atmósfera alienta y fortalece, sus brisas forman pechos de granito que el trabajo y las privaciones no consiguen gastar, y para los que tuvieron la dicha de nacer bajo su cielo, pequeño en extensión pero infinito en bellezas y en elocuencia, el mundo es Pichinco.

Yo quisiera tener en mi pobre paleta los tonos más ricos, los más varios matices, las más suaves modulaciones del iris, para copiar con aproximada exactitud, siquiera la mudable belleza de su cielo, la exuberancia de su vegetación, la onda fugitiva de sus arroyos, espejo del firmamento. ¡Vano esfuerzo y tristísima impotencia para quien, contemplando en su interior un acabado cuadro en el que cada objeto es una historia y cada rasgo un recuerdo, se ve traicionado tal vez por su lenguaje impropio y vulgar!

No espere, pues, el que lee, encontrar en estas páginas otro género de bellezas que el que mi objeto ofrecerá por sí solo, si soy tan afortunado que no lo empañe. Verá tan sólo desfilar antes sus ojos una serie de *vistas de la montaña*, que así como otros han comparado los escritos de este género á las creaciones del pincel, el mío es como

las imágenes de la cámara oscura, que no mienten, pero no tienen colorido.

I

La Cruz de Mayo

En las anteriores líneas hemos hecho un rápido bosquejo de las bellezas de Pichinco, y para evitar el que en lo sucesivo se nos crea inexactos, debemos hacer á este bosquejo una salvedad. Fascinados por el paisaje que tantas veces nos ha cautivado mientras veraneamos en aquel paraje, lo presentamos al lector sin acompañarlo del paisaje invernal, ó sea el reverso de la medalla; porque si bien es cierto que el primero es una obra maestra del sublime Artista, que el sol se complace en inundar con torrentes de su luz, no lo es menos que cuando con el estío huyen las aves, las flores y las hojas, y cae abundante nieve que todo lo envuelve en helado sudario y hasta se mueren de frío las bestias y los hombres, se hielan también los apetitos campestres para no renacer hasta que rasgándose las nubes, dejan paso á los rayos de un sol primaveral que á todo devuelve la vida y las fuerzas.

Mas ya que abrimos la escena en plena canícula, no trastornaremos el orden de las estaciones, continuándola en el otoño, la más triste de ellas.

Y á fe que no podríamos señalar á los que deseen conocer la vida que por esas tierras se hace, época mejor que el mes de mayo, no porque aparezcan en nuestra narración episodios llenos de romántica melancolía, sino al contrario porque en el tercer día de este mes y mientras la Iglesia celebra una fiesta, que aunque de grande é

histórica significación, no es de las que en el almanaque se estampan con letras gordas, es cuando el montañés deja ver de cuerpo entero y al natural su figura, no como el hombre de vigoroso empuje para los trabajos, que todos conocemos, sino como el roto alegre en cuyas venas no se ha secado aun la sangre andaluza.

La fiesta de la Cruz de Mayo será, por lo tanto, la festiva portada de este panorama; y como no quiero dejar mal á la *culminante* sociedad montañesa, como diría un cronista, y digo yo con mayor exactitud por lo que toca á alturas, diríjome á la persona que mejor la representa y en cuya habitación tiene lugar la celebración á que me refiero; ella es nada menos que *ña* Basilia, digna esposa de Jacinto Ponce, el mayordomo de Pichinco. ¡Qué nombres! exclamarán bostezando los lectores; cierto que no son muy bonitos, pero mía no es la culpa: así son y así los dejo.

Ya que, empeñada nuestra palabra, hemos de asistir á la susodicha fiesta, paréceme de rigor presentar ante todo á la dueña de casa, conforme lo prescriben los códigos de la etiqueta. El momento no puede ser más feliz: es la tarde del tres de mayo; *ña* Basilia vuelve del río llevando sobre su cabeza una batea casi colosal llena de ropa que se ha ocupado en lavar; su talla no es tan grande que parezca excesiva, ni tan corta que deje que desear; su busto apoyado en vastas espaldas tiene apenas una pequeña modulación en la cintura, porque, como dicen sus amigas malas lenguas, «*ña* Basilia tiene mucho ruedo;» y como base de este fornido monumento, posee dos pies que, no contenidos por los zapatos y viéndose tentados por el mucho espacio, se han desmandado hasta el extremo de parecer que son ellos la parte esencial, y el cuerpo

que sostienen un mero accidente. En cuanto al rostro, parécenos que si no es cuadrado debe acercarse mucho á esta forma; su color, á pesar de todo, es blanco; las mejillas parecen arrancadas á un manzano silvestre y contemplan envidiosas á los vecinos labios, ante cuyo encendido color se sienten pálidas; bajo la económica frente centellean dos ojos, azules iba á decir, pero mentiría, que para señalar su color tengo que recurrir á las malas lenguas que los han comparado al de los huevos de diuca; suprimo en el retrato la nariz, que de puro medrosa no ha hecho más que asomarse con todo recato, tal vez por el qué dirán; y concluyo llamando la atención del lector hacia los cabellos, rubios como los del más cumplido alemán, y que en una trenza robusta como todo lo que á *ña* Basilia pertenece, se desploman sobre la espalda dividiéndola en dos partes para hacer menos sensibles sus desmedidas proporciones. Mírenla, ustedes, ahora, apoyada una mano que acompaña á un brazo bélico, en la cadera, sosteniendo con la otra la batea, y comprenderán que el primer pensamiento que el examen de su persona suscita es el que tan gráficamente expresan las murmuradoras, mis auxiliares, cuando dicen que «ña Basilia es muy capaz de deshacer á cuatro de un bofetón.»

Tal era, en lo físico, la señora Basilia, y si fuera mi intento hacer su retrato moral, bastaríame decir que por cualquier lado que se la considerase, era buena como pocas; y daría fuerza á este juicio con la autoridad del señor cura, que en más de una ocasión había dicho de Jacinto que «la había acertado» al escoger para compañera de su vida á Basilia, quien, si en sus buenos tiempos fué una chica alegre, vivaracha y retozona como una ternera, que bailaba como un cuspe y cantaba unas to-

naditas con mucha sal y pimienta, se había transformado en una mujer tan hacendosa y trabajadora, en una palabra, tan de su casa, que era una bendición.

Su carácter expansivo conservado á despecho de los años, que por lo general mudan en taciturno al más alegre, y sobre todo su posición social y económica relativamente desahogada, pues su marido era nada menos que *campañisto*, como quien dice superintendente general de vacunos y caballares, hacían de su casa el punto obligado para las reuniones de confianza (allí todas lo son) de la sociedad de los contornos, y muy especialmente para las que se celebraban en ocasiones tan solemnes como la mencionada al comenzar este capítulo.

Consecuente con esta costumbre y solícita en no desmentir su fama de rumbosa, jamás se descuidaba *ña* Basilia, y en la tarde en que la hemos presentado al lector, ya se hallaba suficientemente prevenida para ofrecer á sus huéspedes una Cruz de Mayo que sin duda haría época en los anales de Pichinco. De Carmencito, que era el pueblo más próximo, había hecho traer con profusión todas aquellas sustancias indispensables para formar las entrañas de una empanada, y no faltaban ni las piernas de cordero ni los saquitos de harina, sólidos que sin duda debían disolverse en *chicha* de la nueva cosecha, *chacolí* no tan nuevo y algo vinagre, y aguardiente de dudosas uvas. Sume usted, y no le espante el resultado, que en aquel respetabilísimo hogar era donde, según el común decir, «había menos bolina.»

Nada faltaba, pues, para el buen éxito de la velada, y así lo comprendió *ña* Basilia cuando al llegar á su casa depositó en el suelo la batea, y sentándose en un banco bajo la *ramada* que formaba sombroso vestíbulo

al *rancho*, tendió una mirada á su alrededor y vió muy barrido y soplado el espacio libre de hierba que le servía de patio y plantada en el centro una cruz no esbelta, cuya reciente instalación demostraba la tierra removida en su base. Al fijar sus ojos en el signo del cristiano, *ña* Basilia lanzó un resoplido de satisfacción, manifestación muy justificada si se atiende á que esos *coligües* cruzados con tan poco arte debían ser el motivo de la fiesta y uno de sus más notorios alicientes, desempeñando en ella el interesantísimo papel que el lector verá, si con un poquito de paciencia nos sigue en esta rápida visita.

Luego que hubo hecho la referida inspección y mientras sacudía sus polleras, en las que el agua del río y el polvo del camino habían formado una terrible mezcla que agregada á la de los días precedentes aumentaba por grados el espesor de esos vestidos, gritó con voz chillona:

—¡Feli!

Obediente al llamado, apareció al instante en la puerta de la cocina una muchacha bella y agraciada cuyo rostro moreno-pálido coronado por profusa y revuelta cabellera negra tenía notable semejanza con el de nuestra conocida; aquella joven era el primer fruto de bendición que concediera el cielo á *ña* Basilia; su cuerpo esbelto y de formas musculares se hallaba á la sazón dentro de un vestido de percal muy blanco, que el almidón ensanchaba y alzaba más de lo que á las extremidades inferiores convenía; en su rostro que, como dijimos, no era blanco, ardían dos ojos negros tan relucientes y dilatados, que cuando miraban con fijeza parecían salir de sus órbitas acercándose al objeto; y entre las cejas había constantemente una arruga que las sonrisas jamás conseguían deshacer: del todo resultaba una mujer cuyo aspecto, si

no hermoso, mostraba al menos vivacidad é inteligencia; y un buen fisonomista no hubiera hallado en sus pupilas, que velaban cuidadosas las pestañas, más que la imagen de un alma recta en la que sólo rectitud cabía. Tenía veinte años y se llamaba Felicia.

—¿Pusiste la olla al fuego?—le preguntó Basilia apenas la hubo visto.

—Ya la puse ya,—respondió la muchacha algo turbada al ver que su madre contemplaba en éxtasis el vasto círculo de sus polleras.

—Anda á *alisarte*, entonces.

Y mientras Felicia entró en el rancho, dispuesta á poner *lisa* su cabeza como se lo ordenara su madre, ésta tomó el camino de la casa de una de sus casi innumerables comadres, á quien pensaba pedir auxilio en las tareas que la noche le traería consigo.

Y ya era tiempo: el patrón había ordenado suspender las faenas una hora antes que de ordinario, y en las diversas habitaciones salían ya del fondo del baúl pañolones del más extraño gusto, cuchos vírgenes, enaguas musicales, pantalones con tendencias de enaguas, ignorados calzones y hasta tal cual pareja de aros mohosos.

No quiero describir la impaciencia que dominaba á todas aquellas buenas gentes mientras hacían sus aprestos para la noche, porque comprendo también la que se habrá apoderado del lector por saber si esta narración será tan larga como mala. Mas no hay para qué inquietarse, que ya comienzan á brillar las estrellas y á la claridad ofuscante del día sucede la luz suave y misteriosa de la luna, que al asomar por detrás de la Buitrera mira á Pichinco y se sonríe: sabe bien la amable compañera de los pobres, que aquella noche están de fiesta, y aun-

que no la conviden, ya procurará verlo todo, metiendo sus rayos por cuanta rendija encuentre, siempre que no se lo impida la descortés opacidad de algún objeto.

¡Y cómo por todos los puntos accesibles afluye ya la gente al teatro de la fiesta, y cómo van por los caminos enlazadas del brazo, semejando grupos de nocturnas mariposas, entretenidas en amena charla las mozas de Pichinco, y cuál se afanan por alcanzarlas las celosas madres, para quienes pasó ya la edad en que se vive á escape!

La enramada de *ña* Basilia, que en esta ocasión había recibido un regular ensanche, era estrecha para la concurrencia que aumentaba por momentos; ya en los bancos colocados al rededor sólo se veían mujeres; los mozos se mantenían unos de pie ante sus damas, distraídos en sabrosa plática, al par que otros iban y venían ofreciéndoles ya una rama de olorosa albahaca que enredaban en sus cabellos ó prendían en el seno, ya «un traguito de mosto para el refresco.» En el patio y la cocina hormigueaban los chiquillos, para quienes la fiesta tenía más de un atractivo.

Felicia, la niña de la casa, se hallaba también sentada entre sus amigas, y entre todas resplandecía por su gallarda presencia; todo era en ella pulcritud y aseo; hasta sus revoltosos cabellos crespos habían consentido en someterse á los límites de una trenza en agradecimiento á un clavel rojo que entre ellos colocara la mano de su dueña; á su lado sentábanse las Oñates, lamidas como unas gatitas y radiantes de albayalde... Mas no tenemos tiempo de pasar revista al concurso, que ya aparece en la entrada del recinto un mozo risueño como unas pascuas, que deteniéndose y mirando con verdadera frui-

ción aquel congreso de bellas, exclama desde lo íntimo de su alma y con la más pícara de las sonrisas:

—¡Vivan las niñas *boñichas!*

—¡Viva, viva!

—¡Ya llegó Zacarías!

—¡Cueca, cueca!—repitieron todos rodeando al recién llegado, quien sin hacer caso de esas manifestaciones, se puso delante de Felicia y quitándose el *cucho* ó bonete cónico de lana azul que cubría su cabeza, le dijo mirándola lo más tiernamente que le permitió la expresión viril de su fisonomía:

—¡*Benaiga* los ojos que te ven, mi alma!

—¡Ve qué suerte!—le contestó la aludida, haciendo un graciosísimo mohín y enseñándole la puntita colorada de su lengua.

—¡Que *treigan* la vihuela! ¡Qué hubo de la cantora!—no cesaban de gritar otros, que sólo se tranquilizaron cuando vieron el deseado instrumento en manos de Parmenia, la no menos deseada artista. Cogió ésta la guitarra después de muchos melindres y repulgos, y comenzó á afinarla, alentada sin duda por la compañía de Prudencio, ó más bien Puy, mocito afeminado, que tomando asiento muy pegado á ella, se disponía á tamborear.

—¡Que baile la Feli!—proclamó la mitad del concurso.

—¡Con Zacarías!—repitió la otra mitad.

—Si yo no sé.

—Baila no más, no *seáis* lesa.

—En otra como ésta no te *hallaríis*, Zacarías,—se dijo éste y arrojó á un rincón su cucho, tiró sobre los hombros la doblada manta, apoyó la mano izquierda en la cadera y enarbolando con la derecha un gran pañuelo rojo, se plantó en facha en medio de todos.

—¡Así me gusta, caray!—le gritó un viejo gordo.

Y no hubo remedio. Felicia se levantó, y mientras preludiaban una zamacueca, fué á colocarse delante de Zacarías recogiendo con suma gracia la falda de su vestido.

Así los combatientes, principió la batalla.

Primero fueron sólo paseos cadenciosos en que el talle podía dar pruebas de su gentileza con suave é inimitable balanceo, mas luego que la música y el canto se animaron, los movimientos se hicieron más caprichosos, las vueltas más rápidas, y el galán, saliendo de la línea en que hasta entonces se había mantenido, comenzó á perseguir á su dama, zapateando con increíble entusiasmo cuando ambos pañuelos se enredaban en el aire; ella entretanto le volvía en vano las espaldas, cada vez que, obligada por su singular estrategia, se hallaban cara á cara; todo inútil, que á la próxima vuelta, y cuando menos lo esperaba, ya estaba junto á ella, y doblando con perezosos movimientos su cuerpo de gigante, la dejaba pasar no sin haber antes batido su pañuelo por sobre la hermosísima cabeza de Felicia.

La animación llegaba á su colmo; los hombres, colocados en semicírculo hacia un lado, palmoteaban á compás, agitaban sus piernas como si bailasen y estrechaban más y más el circuíto en que se movían los danzantes, tras de quienes se les iba el alma.

—¡Échale agrio, morena!

—¡Al salero, mi alma!

—¡Cómetela, diablo!

—¡Esa es la cosa!

Así gritaban en confusa algarabía que sólo dejaba percibir las notas más agudas lanzadas por la vigorosa gar-

ganta de Parmenia, que cantaba desesperadamente aquel viejo estribillo:

Monta en tu caballo blanco,
arrolla tu lazo atento,
echa tu negrita en ancas
y acuérdate de tus tiempos.

Aquí llegaba el canto cuando partió del lado de la guitarra una voz sonora y dominante, que gritó:

—*¡Aro! ¡Aro!*

Y al punto cayeron dos manos sobre las cuerdas del instrumento, enmudecieron el canto y las palmadas, se detuvieron los bailarines y apareció Puy, sosteniendo con ambas manos un *potrillo* ó vaso descomunal, lleno de espumoso y legítimo *tornasolado*, que con muchos contoneos y ofrecimientos, presentó sucesivamente á Parmenia, Felicia y su compañero. Apuraron algunos sorbos las primeras, entre alegres y turbadas, y bebió con febril ansiedad el segundo, que apenas tuvo tiempo para pasar la manga de su chaqueta por la sudorosa frente, porque á una señal de la mayoría renacieron la música y el tamboreo, sonaron palmoteos estrindentes, volvió el canto más agudo que nunca y siguió la danza.

Si la animación fué grande antes del *¡aro!*, pasado él no tuvo límites, y ya se secaban las gargantas y se apoderaba el vértigo de las piernas, ya el canto, las palmadas y los chillidos se mezclaban en infernal batahola y era la cueca un torbellino, cuando sonó el último rasguido. Zacarías se acercó entonces á su acompañante, con un ligero movimiento tiró al suelo la manta, y Felicia, erguida como una reina, no rechazó el homenaje, pasó sobre la manta y fué á sentarse entre sus compañeras.

Una lluvia de aplausos y exclamaciones saludó esta escena; los vasos corrieron de mano en mano, y es incalculable el número de los que, llenos de aguardiente, horchata con *malicia* y sin ella, chicha y chacolí fueron destinados á hacer indefinido el regocijo de damas y galanes.

Si en la enramada se divertían, no lo hacían tan mal en el patio, en donde un gran número de pilluelos se había apresurado á cubrir de paja y ramas secas, que luego encendieron, la base de la Cruz de Mayo ya mencionada, y, formando ronda, daban vueltas al rededor de la hoguera, diciendo á grito pelado:

¡Que viva la Cruz de Mayo
y nos guarde *pa* este otro año!

Unos hacían cabriolas sobre las llamas, otros los empujaban hasta hacerlos caer; por aquí huía una chiquilla perseguida por un pillastre á quien intentara quemar la cabeza; y más allá derramaba otro sobre la de su contrario una lluvia de fuego que, sin duda, no era castigo de Dios.

Atraídos por tan animadísima escena, los de la enramada fueron llegándose á ella unos tras otros, hasta que al fin cogió cada uno á su cada una, vino la cantora y reemplazaron á los chicos en la ronda, cantando mientras daban vueltas:

Que viva la Cruz de Mayo,
la Cruz de nuestro Señor,
y nos guarde *pa* este otro año
sin penas y sin dolor.

Y así siguió la noche, repartidos los favores públicos entre la Cruz y la cueca, fortalecidas las gargantas por

menudos tragos, firmes los cuerpos gracias á las empanadas y tortillas que no cesaban de salir de la cocina y dominados todos por una alegría que aumentaba en temible progresión.

Bailó *ña* Basilia, bailó Jacinto, bailaron mamás muy respetables, y sólo se desbandaron cuando vieron con sorpresa que ya palidecían las estrellas y en la casa del patrón llamaba al trabajo la voz acompasada y triste de una campana. Entonces vieron muchos con extrañeza que mientras caminaban, los árboles les salían al encuentro, y el cielo, uniéndose á la tierra, intentaba aplastarles.

Zacarías notó también que estaba más alegre que de costumbre; le zumbaban los oídos, y al dirigirse al trabajo, sin quererlo, iba bailando cueca y cantando entre dientes:

Cuando se tiene pena,
ahogarla en chicha
y chupar aguardiente
pa que no venga.

CARLOS SILVA VILDÓSOLA

(Continuará)

APUNTACIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS USADAS EN CHILE, ESPECIALMENTE EN EL LENGUAJE LEGAL Y FORENSE

(Continuación)

Llamamos *setiembre* al noveno mes del año, *octubre* al décimo, *noviembre* al undécimo, y *diciembre* al duodécimo, siendo que esos cuatro nombres, si se atiende al origen estampado en su forma misma, deberían significar el séptimo, el octavo, el noveno y el décimo mes, y que así lo significaron en el antiguo año de Rómulo.

Don Pedro Felipe Monlau leyó el 27 de septiembre de 1863 ante la Real Academia Española, para solemnizar el aniversario de la fundación de este cuerpo literario, un bien elaborado discurso sobre *el arcaísmo y el neologismo*, que corre impreso en las MEMORIAS DE LA ACADEMIA, tomo 1.º, páginas 422 y siguientes.

El autor manifiesta que muchas de las palabras tomadas del griego ó del latín por los sabios han sido mal formadas, y que, entre ellas, hay aún algunas que, si se

atiende al origen, denotan precisamente lo contrario de lo que se trata de expresar.

Voy á entresacar algunas de las que menciona.

«Todos decimos muy satisfechos *bibliófilo* por aficionado á comprar, á poseer libros; pero á los helenistas les pasma con razón tal significado, por cuanto la raíz *philo* ó *filo*, para tener el sentido activo, debe anteponerse, pues, si se pospone, recibe el sentido pasivo. *Filoteo* es el que ama a Dios, y *teofilo* es el amado de Dios. A Ptolomeo II, le dieron el sobrenombre de *filadelfo* para significar el amor que profesaba á su hermano; y á Ptolomeo IV, le apellidaron *filopator* (y no *patrófilo)* por su piedad filiar. Decimos bien *filósofo, filántropo, filarmónico*, etc., por amante de la sabiduría, de los hombres ó de la música; pero *sofófilo, antropófilo* y *armoniófilo* tendrían una acepción inversa. *Bibliófilo*, por consiguiente, en buena ley de composición analógica, significa *amado de los libros*, que es precisamente lo inverso de lo que se propuso dar á entender el malaventurado artífice de este vocablo. En París, se fundó, el año de 1820, una sociedad de los *bibliófilos* franceses; y en 1853, fundóse, bajo la presidencia del príncipe Alberto, una sociedad de los *filobiblon* de Lóndres. Ambas son sociedades de *amigos de los libros*, pero sólo la de Londres dice con propiedad lo que es.»

«*Decímetro, centímetro, milímetro*, etc., son voces mestizas ó híbridas, es decir, compuestas de elementos de dos diferentes lenguas, cuando tan natural y llano era valerse esclusivamente de elementos latinos, ó de elementos griegos. No sólo esto, sino que el más humilde preceptor de humanidades advierte que, en la composición, se ha trocado el sentido legítimo: *centimetrum* en

latín no significa una *centésima parte de metro*, sino *cien metros*, ó medidas, como *bifronte*, *trifolio*, *cuadrienio*, *miliforme*, etc., significan *dos frentes*, *tres hojas*, *cuatro años*, *mil formas*, etc., y no una *mitad de frente*, una *tercera parte de hoja*, una *cuarta parte del año*, ó una *milésima parte de forma*. Por manera que á los divisores se les ha impuesto, en rigor gramatical, el nombre que correspondía á los múltiplos.»

«Por *ateo*, tenemos hoy al que niega la existencia de Dios, al que no reconoce á Dios, al paso que los griegos llamaban *ateos* á los abandonados de los dioses, á los no reconocidos por los dioses, á los dejados *de la mano de Dios*.»

Por fundadas y poderosas que sean las precedentes observaciones de Monlau, creo que nadie ha de estimar posible el que las palabras antietimológicas sobre que discurre sean reemplazadas por otras mejor formadas.

Igual cosa puede decirse respecto á numerosas palabras de sentido traslaticio que no corresponde absolutamente al recto ó primitivo.

Voy á hacerlo palpar también con algunos ejemplos.

Acordar, entre varias acepciones, tiene la de «traer á la memoria de otro alguna cosa.»

Este verbo ha sido formado manifiestamente de la preposición *a*, que aquí dice una tendencia al objeto de la acción del verbo, i de *corde*, ablativo del nombre neutro latino *cor*, *cordis*, «corazón.»

Si atendemos sólo al significado que, al presente, damos á la palabra *corazón*, no se percibe la conexión que puede haber entre la idea expresada por esta palabra, y la espresada por *memoria*.

Don Pedro Felipe Monlau, en su DICCIONARIO ETI-

MOLÓGICO DE LA LENGUA CASTELLANA, explica cómo en otro tiempo, se había establecido entre *corazón* y *memoria* una relación que ahora no se admite.

"El corazón, en sentido recto, dice, es la entraña ó el órgano principal del cuerpo; y de ahí el que ciertos filósofos de la antigüedad lo considerasen como la residencia de la vida y del alma, y algunos como el alma misma. Aún hoy día la fisiología popular considera el *corazón* como el asiento y foco de las pasiones, del valor, de la sensibilidad, etc."

Don Ramón Cabrera, en su DICCIONARIO DE ETIMOLOGÍAS, aclara más esta explicación.

"El *corazón* entre los latinos, dice, fué tenido por la silla de la *memoria*, no sólo entre los que vinieron después de la decadencia del latín, sino también entre los que florecieron cuando el idioma se hallaba en su mayor auge. Por esta época, era muy corriente el verbo *recordor, recordaris*, que vale "recordar, hacer *memoria* ó traer á la *memoria*"; y, á nadie por cierto podrá ocultársele que este verbo deponente fué formado de la preposición inseparable *re*, y del nombre neutro *cor, cordis*, que significa *corazón*.

"Nuestros antiguos también daban á la palabra *corazón* el significado de *memoria*."

Cabrera cita en comprobación de este aserto dos pasajes del ALEJANDRO.

Se ve que, en remotas edades, hubo entre los significados de *corazón* y de *memoria*, una relación que, en la actualidad, ha desaparecido, sin que ello nos impida seguir dando á los verbos *acordar* y *recordar*, y al modo adverbial *de coro*, los significados que se saben referentes á la *memoria*.

Ceniza es muy empleado como equivalente de «reliquias ó residuos de un cadáver.»

Mientras tanto, tal metáfora proviene de la práctica de quemar los cadáveres que, desde siglos atrás, no se observa sino en raras ocasiones.

Perillán, perillana denota según el DICCIONARIO de la Academia, «persona pícara, astuta.»

Léase como Monlau explica la etimología de este adjetivo.

«*Perillán.* De *Pero* (Pedro) *Illán* (Julián), militar distinguido y pundonoroso, de quien se cuenta que no podía resistir la idea de que le pisasen después de muerto; y, en su consecuencia, pidió al rey, por premio de todos sus servicios, que su enterramiento estuviese en alto; así se ve hoy su sepulcro, que está en la capilla de Santa Eugenia de la catedral de Toledo. De la ocurrencia de *Pero Illán* para no dejarse pisar ni aún después de muerto, vino el llamar *Per-Illán*, al mañoso, cauto y sagaz en su conducta y en el manejo de sus negocios, Últimamente el lenguaje familiar ha dado á *perillán* la acepción de pícaro, ó de astuto en mala parte.»

Resulta que el nombre de un militar distinguido y pundonoroso ha venido á servir para designar los bribones.

Sería difícil encontrar un argumento práctico más concluyente contra la doctrina tan absoluta de Olózaga.

No faltan aún en castellano palabras á que se ha dado un sentido enteramente caprichoso que no tiene la más remota relación ni con el etimológico ni con el recto.

Don Juan Eugenio de Hartzenbusch, en su contestación al discurso de Olózaga (MEMORIAS DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, tomo III, págs. 554 y siguientes) cita una de estas palabras.

Léase lo que dice:

"Otro cuenta que iban N. y N. caminando á Segovia, *y á lo mejor* se les rompió una rueda del coche. Y la verdad es que no fué, ni se trata de decir que fué, á *lo mejor* ó *peor* del camino, sino *de improviso, de pronto, cuando menos pensaron, cuando no se esperaba.*"

Me parece que lo expuesto basta y sobra para manifestar que la doctrina de don Salustiano de Olózaga sobre que he discurrido, no puede ser admitida en toda su latitud, y que, para ser aceptada, ha menester de aclaraciones y de restricciones.

CHARQUI

Don Claudio Gay, en la HISTORIA FÍSICA Y POLÍTICA DE CHILE, *Agricultura*, tomo I, página 427, dice así:

"El hacendado que en Europa se dedica á la crianza de animales de cuerno, no se propone, por lo general, otro objeto que el de hacerles producir mucha leche para todas las industrias á que da lugar este producto, ó bien el de engordarlos pronto para que sirvan al consumo diario.

"En Chile, la industria lechera es relativamente poco practicada, porque los habitantes hacen rara vez uso de la mantequilla para sus guisos. Se dedican, pues, á la crianza de estos animales con el solo fin de engordarlos y venderlos, ó más bien matarlos en la hacienda, lo que haría perder una cantidad considerable de carne, si no hubieran hallado un medio para conservarla.

"Este medio no consiste en salarla, ó por lo menos muy rara vez lo hacen, como se practica en Estados Unidos, y en las repúblicas de Buenos Aires y de Montevideo,

sino en secarla al aire, método que la naturaleza del clima cálido y seco favorece singularmente. Esta carne es la que se conoce con el nombre de *charqui*, y la que ha creado una industria considerable, pero solamente en las provincias del norte y del centro, porque, á los 34°, la humedad del clima le es ya muy perjudicial.»

El arbitrio de convertir la carne fresca en *charqui* fué invención, no de los españoles, como quizás pudiera deducirse del pasaje de Gay antes copiado, sino de los indígenas.

Léase lo que Prescott, en la HISTORIA DE LA CONQUISTA DEL PERÚ, tomo I, página 152, traducción al castellano publicada el año de 1847, refiere sobre este asunto, dando á conocer el grado de civilización que el imperio de los incas había alcanzado.

«Matábanse los venados machos y alguna de las clases más ordinarias de carneros peruanos; sus pieles se conservaban para los varios objetos útiles que con ellas se hacían generalmente, y su carne, cortada en tajadas muy delgadas, se distribuía al pueblo que la convertía en *charqui*, la carne seca del país, que constituía el único alimento animal, como después ha constituído el principal en las clases bajas en el Perú.»

«Las comidas del pueblo eran por la mañana temprano, y al ponerse el sol (dice el escritor peninsular don Sebastián Lorente, en su HISTORIA ANTIGUA DEL PERÚ antes de la llegada de los españoles, págs. 332 y 333); el alimento habitual, hierbas cocidas, papas, chuño, maíz, alguna onza de *charqui*, todo bien codimentado con sal y agí; la principal bebida, la chicha de maíz, de quinua, de maguey, de semilla de molle ó frutas.»

Así, lo que los españoles hicieron fué aplicar á la car-

ne de los animales vacunos traídos de Europa el procedimiento que los indígenas habían adaptado á la de los animales de su tierra.

Charqui proviene del quichua *chharqui*, palabra que, según Mossi, significa "cecina ó tasajo"; y también "cuerpo seco ó el flaquísimo."

Charqui se había introducido en la lengua de los antiguos chilenos ó araucanos, como puede verse en el DICCIONARIO CHILENO-HISPANO del padre Febres, y en el CHILIDUGU del padre Havestadt.

Esta palabra es ahora muy usada en Chile, y la única que se emplea para designar esas tajadas de carne secadas al aire.

Léanse los decretos que siguen expedidos por el Presidente de la República.

"*Santiago, 26 de mayo de 1877.*

"Vista la nota que precede,

"Decreto:

"Se incluye el *charqui* entre los artículos que, según la ordenanza de aduanas, son de despacho forzoso.

"Tómese razón, comuníquese y publíquese."

"*Santiago, 28 de julio de 1877.*

"Vista la solicitud é informes que preceden, derógase el decreto de 26 de mayo último.

"En consecuencia, el *charqui* se depositará en lo sucesivo en almacenes de aduana.

"Tómese razón y publíquese."

"*Santiago, 20 de noviembre de 1877.*

"Vista la nota que precede,

"He acordado y decreto:

"Los derechos de almacenaje del *charqui* se pagarán en adelante conforme á su volumen.

"Tómese razón, comuníquese y publíquese."

La palabra *charqui* es también la usada en el Ecuador, según don Pedro Fermín Cevallos.

El señor Paz Soldán, en el DICCIONARIO DE PERUANISMOS de don Juan de Arona, dice que en el Perú se usa *charque*.

Sin embargo, se ha visto que don Sebastián Lorente, el cual ha vivido largos años en este país, emplea *charqui* y no *charque*.

Don Vicente Salvá, en el DICCIONARIO de 1846, trae las dos palabras *charqui* y *charque* como equivalentes y provincialismos de la América Meridional para designar un "pedazo delgado de carne de vaca secado al sol ó al aire sin sal"; pero prefiere *charque* sobre *charqui*.

La precedente definición de Salvá, que es muy exacta, manifiesta que *charqui* no puede ser reemplazado ni por *cecina*, ni por *tasajo*, denominaciones de comestibles en cuya preparación entra la *sal*.

Parece entonces que hay sobrado fundamento para que *charqui* tenga cabida en las futuras ediciones del DICCIONARIO de la Real Academia.

En Chile, es muy usado *charquicán* para denotar una vianda ó guisado cuyo principal ingrediente es el *charqui*.

CHATA

El artículo 1.º de los estatutos de la Compañía Nacional de remolcadores, estatutos aprobados por decreto del Presidente de la República, fecha 17 de mayo de 1884, dice así:

"*Artículo primero.* Se forma una sociedad anónima con el título de Compañía Nacional de Remolcadores con el objeto de explotar, comprar y vender vapores remolcadores ú otros, *chatas*, lanchas, norias, establecimientos ó derechos de agua, equipo marítimo, carbón y demás enseres convenientes para remolcar buques en la bahía ó fuera de ella, surtirlos de agua, fondearlos, amarrarlos y desamarrarlos, prestarles auxilio, levantar anclas, apagar incendios á bordo y en tierra, levantar objetos del fondo del mar; y, en fin, practicar todas las operaciones al alcance de una compañía provista de los elementos mencionados."

"*Chato, chata* (dice el DICCIONARIO de la Academia) aplícase á algunas cosas que de propósito se hacen sin punta y con menos elevación que la que regularmente suelen tener las de la misma especie. *Clavo chato, embarcación chata.*"

Se sabe que es la ley del castellano el que, cuando un adjetivo se usa muy á menudo junto con un sustantivo, éste se omite, conservándose el adjetivo á que se da el carácter de sustantivo.

Así puede usarse *chata*, en vez de *embarcación chata.*

CHÉPICA

Don Claudio Gay, en la HISTORIA FÍSICA Y POLÍTICA DE CHILE, *Agricultura*, tomo 1.º, páginas 296, 297 y 298, describe como sigue las praderas de este país:

"Los pastos son en Chile de una importancia tanto mayor cuanto que todos los terrenos que permanecen algún tiempo en reposo, se cubren en seguida de plantas que, fecundizadas por sus propios despojos, podridos poco á poco en el mismo sitio donde han brotado desde hace muchos siglos, producen una vegetación asombrosa suficiente para alimentar cantidades considerables de animales, y que alimentarían cantidades cuatro veces mayores, sobre todo en el Sur, si el arte y los capitales secundasen sus esfuerzos. En estas últimas comarcas, una temperatura suave y húmeda favorece con extremo el desarrollo de las plantas; y algunas extremadamente sustanciosas, como el trébol, la gualputa, el alfilerillo, etc., y más al sur de gramíneas, siempre tan preferibles para el cebo de los animales, y susceptibles de ser segadas por su abundancia y elevación, cubren los campos, haciéndolos aparecer como un verdadero mar de verdura; y en algunas localidades forman praderas naturales, si no del género de las de Europa, que necesitan recibir algunas labores, al menos como puntos de elección y de reserva, especial y únicamente destinados, en calidad de potreros de engorda, al cebo de los animales que hasta entonces se han alimentado en praderas de inferior calidad. En las provincias centrales, sólo en algunos valles de las altas cordilleras, es donde se encuentra esta vegetación permanente; pero en la primavera, todos los

campos se hallan cubiertos del mismo modo con una gran variedad de las indicadas plantas, que se desarrollan con fuerza y rapidez y logran hasta cierto punto proteger en muchas localidades el suelo contra todas las causas que tienden á disecarle. Esta vegetación puramente primaveral aparece con mayor esplendor todavía en las estériles provincias del Norte. Se la ve engalanar con sus más bellos colores los vastos desiertos de arena; pero no dura más que hasta la llegada de los calores del verano, que la queman y la destruyen. Entonces todo vuelve á tomar el primitivo aspecto de esterilidad y de tristeza; las llanuras y las montañas se presentan á la vista en toda su desnudez, y los animales no encuentran alimento más que en algunas plantas de raíces bastante largas para poder dirigirse á buscar en las profundidades de la tierra la humedad que necesitan. En este concepto, la *chépica*, especie de *paspalus*, presta algunos servicios á los hacendados, conservándose para estos momentos de miseria. Las de los terrenos más secos sirven para los burros y las mulas, verdaderos proletarios de la economía animal; y se reservan para los bueyes y las vacas las que crecen al borde de los arroyuelos como más tiernas, más frescas y más delicadas. En las provincias centrales, el *cardo* presta el mismo servicio en invierno, ofreciendo sus granos, y hasta sus tallos á las apremiantes necesidades de los bueyes y de las vacas.»

El mismo autor, en la misma obra, *Botánica*, tomo 6.º, página 240, dice que «las raíces de la *chépica* son muy usadas en tisana para las enfermedades urinarias, y como refresco.»

Chépica, que era el nombre de esta gramínea en len-

gua araucana, no viene en el DICCIONARIO de la Academia.

CHEQUE

Esta palabra es generalmente usada en Chile.

En comprobación, cito el siguiente documento oficial:

"*Santiago, 27 de noviembre de 1872.*

"Vista la solicitud que precede del Banco de Valparaíso, lo informado por el ministro de la aduana de ese puerto y por el director gerente del Banco Nacional de Chile, y teniendo presentes las dificultades que ofrece en la práctica la concesión otorgada al comercio de Valparaíso de ser aceptados en pago de los derechos de aduana los *cheques* girados contra los bancos de emisión de esa ciudad,

"He acordado y decreto:

"Se deroga el decreto de 30 de agosto de 1870 que permite pagar los derechos de aduana con *cheques* girados contra bancos de emisión establecidos en la ciudad de Valparaíso.

"Tómese razón, comuníquese y publíquese."

El artículo 6.º de la ley de 1.º de septiembre de 1874 relativa á la contribución de papel sellado, determina, entre otras cosas, que "las libranzas ú órdenes de pago distintas de las que se llaman *cheques* de banco, paguen en una proporción fijada cinco centavos."

El artículo 17 del reglamento para la dirección del tesoro y sus dependencias, y para la dirección de contabilidad, expedido por el Presidente de la República el 2

de julio de 1883, dice, en el número 5, que corresponde al cajero firmar conjuntamente con el tesorero «los *cheques* á cargo del banco.»

El DICCIONARIO de la Real Academia Española no admite la palabra *cheque*.

El papel que se denomina con ella en Chile, y en varios países, inclusa tal vez la España misma, ha de designarse, según la Academia, con la de *talón*, á la cual el DICCIONARIO da, entre otras acepciones, la de «libranza á la vista, que consiste en una hoja cortada con tijera de un libro, de modo que, aplicándole el pedazo de la misma que queda cosido al libro, se acredite su legitimidad ó falsedad.» y la de «documento ó resguardo expedido en la misma forma.»

Talonario, *talonaria*, es, según el DICCIONARIO, un modificativo que «se dice de la libranza, recibo ú otro documento que se corta de un libro, quedando en él una parte para acreditar con ella su legitimidad ó falsedad.»

En Chile se llama *talón*, no el *cheque*, ó sea la libranza ó documento á la vista que el DICCIONARIO describe, sino el pedazo ó parte de dicha libranza ó de dicho documento que queda cosido al libro talonario.

El DICCIONARIO de la Academia da también á *talón* este significado.

Entre las acepciones del verbo *destalonar*, menciona las dos que siguen:

1.ª «Cortar las libranzas, recibos, cédulas, billetes y demás documentos contenidos en los cuadernos y libros talonarios.

2.ª «Quitar el *talón* á los documentos que lo tienen unido.»

Evidentemente, *talón* tiene en la segunda de estas definiciones el significado que se le da en Chile.

Resulta que, según el DICCIONARIO de la Academia, puede emplearse en las dos acepciones de documento cortado de un libro talonario, y de pedazo que se deja en ese libro para comprobante.

Es fácil comprender la ventaja de que haya dos palabras distintas para designar estos dos objetos diferentes.

CHICANA

Este galicismo es generalmente usado en el foro y en la prensa de Chile para denotar un embrollo, ó una sutileza, ó una trampa legal en algún pleito, un argumento sofístico, una quisquilla escolástica.

Uno de los principales personajes de la comedia de Racine titulada LES PLAIDEURS lleva el expresivo nombre de *Mr. Chicaneau.*

CHICOTE

Don Zorobabel Rodríguez, en el DICCIONARIO DE CHILENISMOS, escribía el año de 1873 lo que sigue:

"Suele usarse por nuestros paisanos *chicote*; (que es un pedazo de cuerda), por *látigo;* y *chicotazo*, en lugar de *latigazo*, por el golpe dado con el *látigo.*"

Chicote y *chicotazo*, en las acepciones dichas, se han usado de antiguo, y se usan ahora, no sólo en Chile, sino también en el Ecuador y en el Perú.

El hablista ecuatoriano don Pedro Fermín Cevallos, en su BREVE CATALÓGO DE ERRORES EN ORDEN Á LA LENGUA Y AL LENGUAJE CASTELLANOS, reprueba que en

su país se diga "*chicote* por *látigo* ó *zurriago*, y *chicotazo* por *zurriagazo*."

Don Pedro Paz Soldán y Unanue, en el DICCIONARIO DE PERUANISMOS, se expresa como sigue:

"*Chicote*. El DICCIONARIO (edición de 1869) describe así esta voz en la parte que puede interesarnos:—*Náutica*. Cualquier extremo, remate ó punta de cuerda, ó cualquier pedazo pequeño separado:—Y la voz *látigo*:—El azote de cuero ó cuerda con que se castiga y aviva á los caballos y otras bestias.—Las equivalencias latinas que da á ambas voces son: *funi nauticæ extremitas* (cabo de cuerda náutica), y *flagelum* (flagelo ó azote). Es, pues, una gran majadería usar *chicote* como sinónimo de *azote* y *latigo*, usanza inveterada en la ciudad de los Reyes; y derivar de ese provincialismo el aumentativo *chicotazo* y el verbo *chicotear*, y hasta un nombre propio especial, porque, al decir *chicotillo*, no significamos sino el *latiguillo* que, para montar á caballo, usan las señoras, y también los hombres cuando cabalgan á la inglesa. Es verdad que *chicotear*, no lo empleamos precisamente por *latiguear*, porque, en tales casos, decimos *dar de chicotazos*, sino figuradamente por *sobar*, *zurrar*, etc".

El único escritor hispano americano aficionado á estas cuestiones de lenguaje que yo sepa haber defendido el uso de *chicote* y de *chicotazo*, es don Fidelis P. del Solar quien, en sus REPAROS AL "DICCIONARIO DE CHILENISMOS", dice lo que copio á continuación:

"El diccionario de la lengua trae una acepción náutica de *chicote* que es muy semejante al sentido que nosotros le damos:—*Chicote*, cualquier estremo, cabo, remate ó punta de cuerda, ó cualquier pedazo pequeño separado.

"*Chicotazo* sería el golpe dado con el *chicote*. Se ha

aplicado en Chile, y quizá en otras repúblicas con algún fundamento en el sentido del *látigo* español (pues el chileno es sólo de tiras de cuero).

Chicote es en Chile un azote de cuero, de cordel, de cerdas ó de lo que se quiera; *látigo*, como hemos dicho, solamente se diría de un zurriago de cuero, lo que no sucede en España.

«Creemos muy aceptables *chicote* y *chicotazo*.»

Dadas á conocer las opiniones que acabo de mencionar, conviene poner á la vista el artículo que el DICCIONARIO de la Academia, duodécima y reciente edición, dedica á la palabra de que se trata.

Helo aquí:

«*Chicote, chicota*. (De *chico*). Masculino y femenino. *Familiar*. Persona de poca edad, pero robusta y bien hecha. Úsase para denotar cariño.—Masculino. *Provincialismo de Méjico. Látigo.—Marina*. Extremo, remate ó punta de cuerda, ó pequeño pedazo separado.—*Figurado* y *familiar*. Cigarro puro.»

Chicotazo, es, según el DICCIONARIO, un provincialismo de Mejico que significa «golpe dado con el chicote.»

Se ve que la Academia ha reconocido que *chicote* es equivalente á *látigo* y *chicotazo* á *latigazo*.

Y para proceder así, ha tomado en cuenta únicamente el uso de Méjico.

Es claro que el conocimiento de que ese uso se extendía por lo menos al Ecuador, al Perú y á Chile, como es la verdad, habría sido un nuevo y poderoso fundamento en favor de tal resolución.

CHICHA

Don José Amador de los Ríos corrió con la magnífica edición de la HISTORIA GENERAL Y NATURAL DE LAS INDIAS por el capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, cuyos cuatro infolios la Real Academia de la Historia hizo imprimir desde 1851 hasta 1855.

El sabio editor, no sólo puso al frente de esta obra monumental una interesantísima memoria acerca de la VIDA Y ESCRITOS de Oviedo, sino que insertó al fin del cuarto tomo un curioso GLOSARIO DE LAS VOCES AMERICANAS empleadas por este autor, glosario que merece ser consultado por los aficionados al estudio de las etimologías.

En este último trabajo, se lee lo que sigue:

"*Chicha*: manera de vino usado por los indios en algunas regiones de América, y principalmente en las islas, compuesto de azúcar y agua en la cual se echaba maíz tostado para precipitar la fermentación." *(Lengua de Cuba.)*

El DICCIONARIO de la Academia define esta acepción de *chicha*, atendiendo sólo á lo que el tal licor fué primitivamente antes del descubrimiento y conquista de América.

Léase lo que dice sobre este punto:

"*Chicha*. Bebida alcohólica muy usada en América, que se prepara poniendo á fermentar en agua, cebada, maíz tostado, piña y panocha (panoja), y añadiendo especias y azúcar. Su sabor es el de una cidra de inferior calidad."

"Los promaucaes y los araucanos, (dice don Claudio

Gay, HISTORIA FÍSICA Y POLÍTICA DE CHILE *Agricultura*, tomo 2.º, páginas 187 y 188), preparaban la *chicha* más frecuentemente con los frutos de ciertos árboles ó arbustos tales como *huingún*, *molle*, *maqui*, *quinua*, diferentes especies de mirto, y sobre todo con el *mirto uñi* ó *murtilla*, muy común desde el 37º hasta el 43º. La bebida que hacían con este último fruto era de un excelente gusto, y gustaba mucho á los españoles, que la bebieron durante mucho tiempo. Después del vino de viña, Herrera lo consideraba como el mejor de los brevajes empleados por los americanos.»

«Aunque estos diferentes brevajes (agrega Gay más adelante, páginas 188 y 189), están en uso todavía, sobre todo por los indios; sin embargo, á causa de la introducción de las viñas en Chile, el vino se ha generalizado, y hasta los mismos indios que no cultivan la uva, han reemplazado sus *chichas* con una verdadera sidra que los bosques de manzanos les proporcionan en gran abundancia.

«El vino, al estado de *chicha*, mosto, etc., es, pues, el principal licor que beben los chilenos desde el norte hasta el Biobío, límite sur del cultivo de la viña, y más adelante está reemplazado por la sidra.»

Así lo que se usa generalmente en Chile es la *chicha*, no de los frutos mencionados en el GLOSARIO de Ríos y en el DICCIONARIO de la Academia, sino de uva.

Don Claudio Gay (página 195), describe como sigue el modo de fabricarla:

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

(Continuará)

REVISTA DE REVISTAS

Y PUBLICACIONES

Cúmplenos dar cuenta á nuestros lectores de las varias publicaciones periódicas que hemos recibido en estos días, y que la REVISTA DE ARTES Y LETRAS agradece muy sinceramente á los editores ó propietarios que han tenido la bondad de remitírselas.

***

Revista del Progreso.—Con este título ha comenzado á publicar el club del mismo nombre, recién fundado en esta capital, un periódico quincenal encargado de difundir por la prensa las ideas que en aquel club se emitan. Nos es verdaderamente grato dar la bienvenida á la nueva Revista, y desearle una vida larga y floreciente, como la merecen todas aquellas publicaciones que desentendiéndose de pasiones mezquinas ó de miras estrechas, buscan sólo la propagación de las ciencias y de las letras. Nosotros que venimos luchando desde hace tiempo por dar lustre y vida al genio literario de nuestro país, y que contra la indiferencia de los muchos hemos logrado mantenernos sin ceder á las dificultades, nosotros no podemos permanecer indiferentes á la creación de una nueva Revista, que en parte viene á servir propósitos semejantes á los nuestros, esto es, á la difusión de ambas ramas del saber humano que acabamos de enunciar.

La *Revista del Progreso* en su primera página dice muy bien. La publicación de los varios periódicos quincenales viene á llenar una

verdadera necesidad. Hay en Chile campo para todos ellos, y no es menester llenar el granero propio con las ajenas espigas. Miéntras más aumente el número de los labradores más abundantes serán los beneficios de la cosecha, porque el campo del espíritu es ilimitado, y su cultura no conoce ni horizontes ni barreras.

Por ese motivo la REVISTA DE ARTES Y LETRAS mira, no con ojo sospechoso ni con rivalidad antipática, sino antes bien con complacencia y agrado la creación de su nuevo colega *del Progreso*. En la esfera literaria encontrarán una y otra alimento bastante para sus páginas, porque, menester es reconocerlo, los que somos todavía jóvenes jamás habíamos presenciado en Chile tal despertamiento y tanto entusiasmo por la literatura. En la esfera social, económica y política, que de ordinario no nos ocupa, podrá acaso haber divergencias de opiniones entre ambas, pero creemos que nunca perjudica el estudio de las opiniones encontradas, ó la comparación de los opuestos temas, sino que, por la inversa, de tal estudio y comparación nace la verdad que debe guiar á la conciencia pública.

Si acaso esta disparidad de ideas y de opiniones se hiciera notar alguna vez en los artículos de una y otra Revista, lo que no es extraño suceda, puesto que ambas parten de puntos diversos para arribar á un mismo objeto, que es el cultivo de las letras y de las ciencias en bien del progreso, no seríamos nosotros los que evitáramos ó tratásemos de rehuir una discusión seria, una polémica elevada y caballerosa, tal como corresponde á los cultos colaboradores que nos favorecen con sus escritos, y como se merecen las altas materias que vengan á ocasionar tales polémicas.

Si, por el contrario, esta Revista y la del Progreso estuvieran siempre de acuerdo en todo linaje de asuntos, juntos marcharíamos abriendo paso, poco á poco, y á fuerza de tenacidad y constancia, entre las filas de la indiferencia, que es harto común en Chile todavía.

Comoquiera que sea, y cualquiera el rumbo á que la *Revista del Progreso* dirija sus estudios ó su propaganda, no dudamos de los elevados fines que sus directores tienen en mira, y les deseamos éxito completo en la nueva empresa que acometen.

*
* *

El señor don Agustín Ross ha tenido la amabilidad de remitirnos su último folleto titulado: *El impuesto al ganado argentino*, que con justa razón él califica de folleto de actualidad. Pocas cuestiones han preocupado más la atención pública en los últimos meses, que la promo-

vida por el señor don Lauro Barros, diputado por Melipilla, al presentar á la cámara su proyecto de impuesto á los ganados argentinos que se importan por la cordillera á nuestro país. La Sociedad Nacional de Agricultura, hacendados y ganaderos, ricos, pobres, economistas, todos en Chile han levantado su voz para ensalzar ó para deprimir el proyecto de impuesto, movidos unos por el intérés de fomento de la producción ganadera, y otros por el espíritu de protección á las clases proletarias que acaso vendrían á ser perjudicadas por el alza en el precio de la carne que consumen. Y no sólo en Chile, sino también en la República Argentina, ha sido el proyecto del señor Barros objeto de los comentarios más vivos. Bien se comprende tal interés y tal resistencia de parte de aquellos que vendrían más directamente á ser gravados, y que se han habituado hasta ahora á importar libres los ganados que tienen á Chile por natural salida.

El señor Ross, después de hacer una erudita historia del impuesto, después de presentarnos minuciosos datos de estadística sobre el mismo, de hacer más patente todavía el desnivel comercial entre Chile y la Argentina, y pesando las razones alegadas en favor del proyecto con las razones contrarias que él mismo aduce, decídese, al fin, en contra del impuesto, que tilda de pejudicial, de incoveniente y de injusto.

Con verdadero interés no hemos impuesto del folleto del señor Ross, cuya palabra es conocidamente autorizada en materia económica administrativa; porque, aunque la REVISTA no se dedica con especialidad á esos estudios, le serán ellos siempre interesantes, pues, no puede desprenderse de los graves problemas y de las cuestiones trascendentales en la marcha económica de la nación.

*
* *

En medio del sorprendente desarrollo moral y material que ha alcanzado la República Argentina en los últimos años, llama de una manera especial la atención el incremento tan considerable de la instrucción pública, tanto en Buenos Aires como en las más apartadas provincias de la federación.

Tenemos á la vista tres diferentes publicaciones sobre enseñanza, que nos han sido remitidas de aquella capital. *El Monitor de la Educación Común*, publicación quincenal del Consejo Nacional de Educación, número correspondiente al 15 de agosto del presente año. Los nombres de los señores que encabezan el periódico, doctor don Benjamín Zorrilla, don Federico de la Barra, don Benjamín Posse, don Cárlos

G. Spano, doctor don F. Martín y Herrera, y doctor don Julio A. García, y el ser órgano del Consejo de Educación, nos demuestran la importancia pedagógica de *El Monitor*. Contiene numerosos datos sobre las escuelas públicas de todo el país, sobre la educación en los países extranjeros, y, en fin, sobre todo aquello que á su objeto se refiere. Por lo que hace á Buenos Aires, unas cuantas cifras dan á conocer el sorprendente adelantamiento que ha alcanzado en la instrucción. El mes de junio funcionaron ciento treinta escuelas públicas, con setecientos noventa y cuatro maestros y veintinueve mil ochocientos veintiún alumnos inscritos.

La Revista de la Enseñanza, publicación mensual correspondiente al mes de agosto de 1888 y *La Educación*, revista quincenal correspondiente al 1.° de septiembre, teniendo un fin análogo al del periódico anterior, esto es, la difusión y desarrollo de la enseñanza, parecen ocuparse más en las cuestiones generales de pedagogía, de metodología, de ejercicios manuales, etc., que en la marcha especial y diaria de las escuelas.

En una y otra publicaciones encontramos con agrado muy benévolos y satisfactorios comentarios á propósito de la obra publicada en Chile por nuestro compatriota y amigo don Claudio Matte sobre la enseñanza manual, obra que este señor, en su patriótico celo por difundir la instrucción pública, no sólo en Chile, sino en todos los países latino-americanos, ha distribuído en los varios centros de educación en el continente.

La Revista de Artes y Letras agradece á sus amigos de Buenos Aires la remisión de los anteriores periódicos, y espera estrechar cada día más las relaciones intelectuales entre una y otra capital.

*
* *

Lo que decimos de Buenos Aires en el párrafo anterior, podemos también aplicarlo á Méjico y á la Habana, ciudades hermanas de donde nos favorecen igualmente con el envío de la *Revista Latino-Americana*, de la primera, y con el de *Habana Elegante*, de la segunda. En verdad que, debido á la excesiva distancia en que nos encontramos unos de otros, y á la suma lentitud de las comunicaciones postales, muy cortas y reducidas son las relaciones que median entre éste y aquellos países; pero por ser ellas dificultosas deberá crecer nuestro empeño á fin de facilitarlas, y de establecer ese cambio de ideas, esa reciprocidad de sentimientos, ese lazo de simpatía, que, naciendo del conocimiento

nuestro, son tan necesarios y tan naturales en naciones de idéntico origen, del mismo lenguaje, y de semejantes tradiciones.

Decimos esto, no por superficial galantería de cronistas, sino por haber tenido ya el placer de visitar los dos países á que venimos refiriéndonos, y de conocer en sus capitales á hombres que desearíamos fueran igualmente conocidos en la nuestra.

La REVISTA DE ARTES Y LETRAS es deudora á su colega de Méjico de una atención que mucho le agradecemos. Interesada como está esta última en el estudio de la historia americana, reprodujo no hace mucho tiempo en sus acreditadas columnas el trabajo de nuestro colaborador don Nicolas González Errázuriz, sobre la embajada á Chile de monseñor Muzzi, primer intermediario entre la Santa Sede y el nuevo gobierno de Chile independiente. Esta reproducción, que es señalado honor para el autor del trabajo y aún pará nuestra propia REVISTA, no nos podía pasar desapercibida, y enviamos por ella, así como por la remisión de las publicaciones, nuestras más expresivas gracias.

SESIÓN SOLEMNE

DEL CENTRO DE ARTES Y LETRAS

APERTURA DE LA SESIÓN

Al declarar abiertas las sesiones públicas del Centro de Artes y Letras de Santiago, que, como director de turno, me cabe la honra de presidir en estos momentos, permitidme, señoras y señores, ocupar vuestra atención por un instante, y dirigiros una palabra de agradecimiento y de bienvenida.

El veros agrupados aquí en torno de esta sala, formando concurrencia numerosísima y la más distinguida que pudiera encontrarse dentro de la sociedad en que vivimos, sobradamente manifiesta que no habéis sido indiferentes á nuestro llamado, y que no era osadía invitaros á tomar participación en esta velada con que el Centro de Artes y Letras, con la amable cooperación de la Academia musical del Círculo Católico, inaugura sus sesiónes públicas y solemnes.

No era osadía el pretender agrupar en amistoso consor-

cio á las artes y á las letras inspiradas por la belleza, porque no se comprende la existencia de las unas sin la otra, y porque la belleza que vosotras, señoras, representáis no puede separarse de la literatura y de la música que, aunque muy indignamente, representan aquí las dos instituciones nuestras.

La entusiasta acogida de vuestro simpático concurso nos colma de regocijo, y de sobra compensa las tareas muchas veces ingratas de una juventud que palpita de entusiasmo por los bellísimos ideales, y á quien arrebata aún el fuego sagrado de su ardiente y soñadora fantasía.

¡Qué hermosa misión habéis recibido, señoras, sobre la tierra!

Estimular todo lo grande, todo lo heroico; idealizar todo lo bello, inspirando los melodiosos cantares al poeta, al músico las divinas notas que hacen brotar raudales de armonía, y al artista las concepciones grandiosas y sublimes que lo elevan hasta las más puras regiones del humano espíritu.

¡Qué hermosa misión aquella que junto con la inspiración y con la vida os permite discernir á vosotras mismas la recompensa, con un aplauso de vuestras manos, una mirada de vuestros ojos, ó una dulce sonrisa de vuestros labios!

Servidnos, pues, de aliento también á nosotros, señoras; á nosotros, caminantes que no queremos desperdiciar los pocos y perdidos oasis que se encuentran en la aridez del mundo.

Sed los nuevos Mecenas de nuestras pobres inteligencias, y os aseguro que así habréis cumplido la misión poética y encantadora que os encomendara Dios en sus altísimos designios.

En nombre del Centro de Artes y Letras os doy, señoras y señores, los agradecimientos más sinceros y la más cordial bienvenida.

RAFAEL ERRÁZURIZ U.

ELEGÍA AL SENTIMIENTO

I

¡Lira del sentimiento!
ve ya á dormir en soporosa calma,
la calma del olvido;
tú que lanzaste un día al raudo viento
los ecos fugitivos de mi alma,
que era entonces de ensueños blando nido.

¡Ve á dormir en las sombras! Si algún día
la eterna y creadora poesía
derramó sobre ti su casto aliento
y te envolvió un momento
con el velo de luz de su armonía;
si despertó en tus cuerdas los cantares,
como despierta la alborada hermosa
aves, flores y céfiros y arrullos
en la pradera umbrosa,
y alegría en los rústicos hogares,
y aroma en los capullos
y reflejos inmensos en los mares;
si al par de tus canciones
volaron por los aires de mi vida,

como rayos de sol, mis ilusiones,
alumbrando en el alma oscurecida
anhelos, esperanzas y ambiciones:
llora hoy tu soledad, tu breve gloria,
lira de mis recuerdos, compañera
de aquella mi alegría transitoria,
tú mi primer amor, tú la primera
fiel confidente de mi propia historia.

II

No sin dolor te dejo
¡oh lira de los trémulos rumores!
que reflejabas como terso espejo
los del alma templados resplandores.

Aun vaga por tus cuerdas encantada
la perennal sonrisa
de la alma juventud. Aun en la brisa
de los recuerdos que mi frente orea
me llega un eco de la edad pasada,
jirón de luz que en mi memoria ondea.

Y vuelven otra vez aquellas horas
de vívidas auroras,
inmortales auroras de esperanza,
y aquellas róseas tardes soñadoras
de vaga, esplendorosa lontananza.
Y hoy, cual entonces, al abrir la noche
su amplio dosel de sombras sobre el mundo,
como embozado en el celeste velo
del aire transparente, el pudibundo

ángel de lo ideal baja del cielo.
Del seno de las húmedas praderas
tienden el vuelo caprichoso y blando
las ráfagas ligeras,
como hadas invisibles murmurando
recuerdos, ilusiones ó quimeras.
Del pétalo entreabierto de las rosas
surgen arrullos mil y mil suspiros,
himnos de amor, canciones voluptuosas,
y en torno vuelan con revueltos giros
los ensueños, brillantes mariposas.

Y todos vuelven en celeste coro
á llenar otra vez mi mente en calma,
y se alza la ilusión, cual bruma de oro,
de la sombría inmensidad del alma.

III

¡Oh eterna inspiración, oh sentimiento!
que conviertes en himnos y canciones
la rauda vibración del pensamiento,
y evocas con tu acento
las de la dicha espléndidas visiones:
Si hoy tu alegría pesaroso canto,
es porque ya al olvido te condena,
á muda soledad y á oculto llanto
la del diario luchar ruda faena.

Si el pesar, la inquietud ó la amargura,
como el fragor de tempestad lejana
amenaza envolver en noche oscura

vuestra existencia en su primer mañana:
cobijad en las sombras vuestro duelo
como oculta su crimen el bandido;
cortad el libre vuelo
al céfiro vernal de vuestro anhelo,
y al cierzo del dolor, nunca dormido.

Caiga otra vez al corazón humano
ese dolor que de su abismo sube,
como cae en el túrgido oceano
el agua misma que sorbió la nube.

IV

Pálidas hijas del Olimpo griego,
que ceñidas de blancas siemprevivas
aun buscáis por el mundo el sacro fuego,
la sombra del laurel y de la oliva,
el áureo altar y el sacerdote ciego:
¡ay! en vano eleváis entre cantares
la vista escrutadora
sobre las verdes ondas de los mares:
veréis en ellas purpurear la aurora
que resurge soñando entre la bruma,
nítido velo de la mar Egea
cuando recibe enamorada al día;
sí, pero no veréis sobre su espuma
la plástica beldad de Citerea
que se mece sonriendo en la ola fría;
mientras el aire en derredor chispea,
canta en el cielo azul la poesía,

y se une el sentimiento con la idea
en connubio de luz y de armonía.

Y tú la virgen de los salmos tristes,
que de penumbras diáfanas te vistes
y moras en las viejas catedrales
á la mística sombra del santuario;
que cantas en las arpas celestiales
y preludias endechas inmortales
en nuestro pensamiento solitario;
tú, que al caer la tarde en la colina,
como un suspiro del Señor desciendes
sobre el alma cansada y peregrina,
y de la vida en la desierta ruina
santo recuerdo velador enciendes:
ya tú no oirás el íntimo sollozo,
la sincera efusión, el alborozo,
que de su limbo sin misterios lanza
el espíritu en sombras sumergido;
ni desde su perenne lontananza
vendrá, como antes, á arrullar tu oído
la profética voz de la esperanza.

V

Hoy ya no vibra en la sonante lira
mas que el eco fugaz, la cantinela
monótona del alma que suspira
por el perdido amor que la desvela.
Cantar á un ideal es ya locura,
que hoy ya no se le canta, se le llora.
La realidad, la realidad impura

es hoy la única musa inspiradora
la única voz que en lobreguez murmura.

Ya el siglo de las luces lentamente
se va hundiendo en las sombras del ocaso,
y como el sol, al dar en occidente,
su prístino fulgor ya es más escaso,
su rayo cada vez más decadente.
Lo mismo que un volcán amenazante
surgió en el tiempo, y hasta al cielo mismo
quiso lanzar su destructora lava;
nube de sangre coronó al instante
su altanera cerviz, y un cataclismo
cada rujido suyo levantaba.

Y era grande y hermoso,
lo mismo en roja tempestad bañando
su frente de coloso,
que al dormirse en reposo
con la visión del porvenir soñando.
Los genios de la lira, en su mañana,
con voz jamás oída,
cantaban, ebrios de entusiasmo y vida,
la majestad de la conciencia humana,
tan sólo á Dios rendida,
sólo en Dios libre, altiva y soberana.

Pero hoy ya no es su canto
mas que el estruendo pavoroso y frío
del raudal que al abismo se derrumba;
su voz helada zumba
como un oscuro vendabal de espanto,

y el tedio cierra el corazón vacío
como lápida inmensa de una tumba.

VI

¡Surge ya de tu noche abrumadora
oh sentimiento! voz inspiradora,
ave de amor que cantas embebida,
y en las almas despiertas
con recia sacudida
gérmenes nuevos de esperanzas muertas,
nuevas auroras de fecunda vida.

Siempre que en himnos férvidos te exhalas
tiende el anhelo sus brillantes alas,
sus alas de voluble mariposa
por la etérea región maravillosa
de un soñado ideal. Se explaya el arte
en cánticos y en ritmos y en colores;
con el valor y la virtud comparte,
los lauros triunfadores;
canta al amor con misterioso acento
y llega al corazón como el aliento
del céfiro que duerme entre las flores.

VII

¡Oh humilde lira mía!
baje otra vez á tus calladas cuerdas
la augusta poesía:
que aun puede revivir como la llama
el sentimiento inerte; todavía
el espíritu humano gime y llora
como un arpa sonora,

ríe, suspira, se acongoja y ama,
y su dolor en cantos evapora:
que el alma, semejante á una serena
noche de estío límpida y callada,
cuando el misterio en lo infinito nada
y duerme en el cenit la luna llena,
tiene también su inmensidad oscura,
su ideal misterioso de ventura,
vagos rumores y silencio santo,
su eterna claridad allá en la altura
y en la vida las sombras de su llanto.

FRANCISCO A. CONCHA CASTILLO

POESÍA

Como el enebro, por dichosa suerte,
mira su mismo mal en bien trocado,
si en incienso sus lágrimas convierte;
tal vuelve en dón preciado
el hombre su mortal melancolía;
tal eres, Poesía,
nostalgia de nuestra alma prisionera,
que en su ideal bendito
tanto más ama, cuanto más espera
una patria de eterna primavera,
aquella patria azul de lo infinito...

La luz do en torno gira,
con incansable anhelo
la mariposa busca; el nido el ave
donde le aguarda el bien por que suspira;
la flor al aura suave
demanda besos y rocío al cielo;

y, ansiosa de tu luz y de ti ansiosa,
el alma es ave, es flor y es mariposa.

Poesía inmortal, de Dios emana
tu esencia que en Dios mismo resplandece
con lumbre soberana,
y en ti la creación brilla y florece.
¡Inefable deidad! de tus encantos
el milagro sin par que nos rodea
inspira al hombre luminosos cantos
y el mundo tu alabanza balbucea . . .

Por doquiera te siente halagadora
y sigue de ti en pos la fantasía:
en los castos sonrojos de la aurora
al sorprenderla el día,
en el vívido sol que en la azulada
bóveda fulgurando el cielo inunda
de inmenso resplandor; en la callada,
soñadora quietud del firmamento,
cuya calma profunda
habla en la soledad al pensamiento;
en el vasto horizonte
que, en gigantesco círculo encerrado,
en las enhiestas cúspides se inclina
de la alta cordillera,
al peso colosal de la ancha esfera . . . ;
en el prado, en el bosque, en la colina,
en el ígneo volcán, en el torrente
que se despeña y choca,
en el picacho estéril, en la roca
do el águila su nido
inaccesible esconde; en la imponente

majestad del oceano proceloso,
por llanuras inmensas derramado;
en el rayo, en el trueno fragoroso;
en la implacable guerra
del huracán soberbio desatado
como una maldición sobre la tierra;
en el triste crepúsculo, en la hora
de duelo universal y hondo desmayo,
en que la luz envía,
como un último adiós, su último rayo,
al par que vencedora
la sombra crece impenetrable y fría;
en el suave fulgor de las estrellas
que, en la bóveda oscura,
del sol parecen encendidas huellas;
y en la luna apacible y solitaria
de cariñosa luz, que nos convida
al amor y al recuerdo y la plegaria...

¡Oh! ven á mí, celeste poesía,
de soñadas regiones mensajera!
¡Sé de mi corazón la compañera
y enciéndase en tu luz mi fantasía!

Tú de la vida en la fatal pendiente
benigna das asilo hospitalario;
sin que en ardor creciente
ó en áspera inquietud nos turbe el ruido
de este combate diario,
cuanto más sin piedad más necesario,
cuanto más necesario más temido.

Y, al contemplar así de tanto anhelo
el corto bien logrado

entre el afán de velador recelo,
al ver que en la suprema
lid de la realidad con lo soñado,
la implacable ambición sus alas quema
del hondo desencanto en la amargura,
el ánimo marchito y desolado
á ti se vuelve y sus dolencias cura.

Por ti reviven ilusiones muertas
como sonrisas de otra edad pasada;
tú la esperanza con tu luz despiertas
y engendras las visiones tentadoras
del alma enamorada;
por ti desciende en las benditas horas
al triste corazón grato consuelo
y rasgan del dolor la niebla fría,
como brisas del cielo,
ráfagas de entusiasmo y de alegría.

Por ti llegan á el alma arrobadores,
como soplos de Dios sobre la tierra,
el beso de la madre y la callada,
fiel promesa de amor que casta encierra
de pudorosa virgen la mirada.

Por ti sorprende el alma los rumores
de otro Edén inmortal; por ti adivina,
acaso como el ciego
que al través de sus párpados ve el fuego,
los éxtasis de dicha embriagadores,
las auras de otra atmósfera divina...

Contigo, dulce flor del sentimiento
donde liban dolores y venturas,
contigo, Poesía,
piadoso el cielo concedernos quiso
todo el aroma y plácidas frescuras
de la primera flor del paraíso.

Si en la cuna el arrullo perfumado
de tu soplo vivífico se advierte,
por ti también en el sepulcro helado,
palpitando en su atmósfera dormida,
parece que va huyendo de la muerte
algo como un recuerdo de la vida.

¡Oh! ven á mí, celeste Poesía,
de soñadas regiones mensajera!
¡Sé de mi corazón la compañera
y enciéndase en tu luz mi fantasía!

Si en medio de la vida y sus azares
de tu grata amistad llevar me dejo,
quiero ser, olvidando mis pesares,
tanto más soñador cuanto más viejo.

Almas que ansiáis con dulce devaneo
en el amor magnífica victoria,
almas do siempre con la luz del día
iluminando está vuestro deseo
como en su propio hogar la Poesía,
por mí cantad su gloria,
hoy que en su nombre os llamo,

porque también como vosotras creo,
porque también como vosotras amo.

Cantad la Poesía, misterioso
ángel que los anhelos interpreta...
Sentir la Poesía es ser dichoso
y amar la Poesía es ser poeta.

CLAUDIO BARROS

LA MONTAÑA

(Continuación)

(Trabajo leído en la Academia Filosófica de Santo Tomás de Aquino

II

HOGAR MONTAÑÉS

—Así es que no hay que descuidarse, hijitos.

—Por lo bien *refregao* que no es ir á morir por ey como perro.

—¿Y qué le abimos de hacer?

—No dejar que los agarren.

—¡Esto es! ¿Y si lo pillan á uno imprevenío?

—¡Bah! Patitas pa que te quiero y azotar firme pa la montaña, que no han ser tan *arrejonados* que vengan pu aquí.

Á este punto llegaba un animado diálogo que un mes después de los sucesos que dejamos narrados sostenían en la cocina de *ña* Basilia, tres hombres, de los cuales

dos nos son conocidos, Jacinto y Puy, y es el tercero un viejo algo obeso llamado Pedro Oñate, padre de unas señoritas que, si mal no recomendamos, dimos á conocer, aunque de paso, al lector, en la noche de la Cruz de Mayo.

Pedro había regresado á mediodía del *pueblo*, es decir, de Chillán, y desde que se presentó en el trabajo fueron objeto de grandes comentarios las noticias que con mucho misterio y no pocas reticencias transmitió á algunos sobre el último episodio de la guerra.

Olvidábamos decir que corría el año de 1879, y como tal se hallaba en todo su apojeo el ardor bélico que en sus primeros momentos despertara la contienda entre Chile y sus vecinos del norte.

Cuando sonó la hora de abandonar las faenas, Jacinto invitó al recién llegado á cenar, y entrando en la cocina acompañados de Puy, que se les agregó en el camino, tomaron asiento al rededor del fuego; Basilia los esperaba allí vigilando la cena al mismo tiempo que mecía sobre sus rodillas al menor de sus vástagos, un pedazo de montañesa que no había vivido aun mas que un año y ya se salía de madre en las faldas de la suya; tal era de rolliza.

La conversación, como era natural, versó sobre el tema del día, la guerra. Pedro refirió con muchísima calma y desesperantes pausas cómo, habiendo ido el sábado último á la feria, oyó en el despacho de "La cuchara de palo", al mismo don Vicente, que pocos días há se había librado un horrible combate entre buques chilenos y peruanos; que los chilenos se habian ido á pique, pero con el consuelo de haber saltado al buque enemigo donde mataron peruanos "á su gusto", y por fin que el más va-

leroso y más nombrado era un capitán que Pedro entendió llamarse *Prate*, pero no lo jurara.

—¿I cómo se llamaban los buques?—preguntó Puy al llegar á esta parte de la narración.

—Uno se llamaba... se llamaba... esto... ¡*Huasca!* el peruano, y el chileno me lo dijieron tamién pero es un nombre tan rudo que no me hay podido acordar. Es así algo parecío al nombre con que mientan al hijo de mi comaire Juana. Esme...Esme...

—*Esmérito* será.

—Por ahí va, pero no es el mesmo.

—¿I eso es todo lo que trae de nuevo?

—Espérate, hombre, que tuavía tengo en el buche lo más *fregao*. Han de saber que de onde don Vicente me fuí á dejar la carreta á la posada, y corté pa la casa de ese rico que me vendió la yunta de negros, y está así pa el lado de las máquinas. No sería mucho lo que había caminado cuando topo con un cristiano que se me pone por delante y me ice:

—Mire, amigo ¿pa onde bueno?

—*Pa* abajo; ¿qué se le ofrecía?

—Es que si tuavía quiere algo su pellejo, no pase por casa blanca, porque andan recogiendo gente pa la esa guerra; ey tienen un *paco* en la puerta y al que pasó... ¡lo *encapacharon!*

—¡Adiós, diablo! ahora sí que la saqué linda.

Y esto que digo, y doblo la esquina, y agarré trote, y onde verán que lo mesmo fué mirar pa atrás y ver el cuartel con toos los *pacos* que venía á lo que es correr detrás de mí. En fin, que si no es por la Virgen Santísima Nuestra Reina y Señora, esta sería la hora en que los peruanos me hubieran metío una bala en toito el cuerpo.

¡No! si me parece mentira que haya podido llegar aquí sin más novedad que un paquete de velas que le quedé debiendo á las benditas ánimas del Purgatorio de Carmencito.

Y al terminar su narración Pedro se santiguó reverente.

Fué ella tan expresiva que dejó aterrados á los dos oyentes; á Jacinto porque pensó como Oñate en su mujer y sus hijos, y á Prudencio porque por naturaleza era cobarde hasta donde á un montañés le es permitido serlo; el primero pareció confiarlo todo á la Providencia, pero el último creyó más conveniente, ó no salir de la montaña, ó bien huir al menor amago, opinión que expresó con toda claridad en la última frase del diálogo con que empezamos este capítulo.

Siguióse un silencio sepulcral durante el cual sólo la chiquitina se atrevió á gruñir y á revolverse hasta que su madre, zarandeándola á más y mejor y golpeándole el pecho con poca suavidad, la apaciguó cantando muy destempladamente:

Duérmete, niñito,
que viene la vaca
con los cachos de oro
y la cola de plata.

Y no bien hubo cantado, entró en la cocina, no la vaca sino Zacarías, quien saludando á los presentes, tomó asiento al lado de Basilia.

Como era natural, se le impuso en el acto de las aventuras corridas por Pedro, y éste hubo de repetir su narración, más algunos detalles de última hora y un tanto fantásticos que aumentaron su interés.

—Lo que es por mí,—dijo Zacarías después que hubo

escuchado aquella odisea,—no se me diera ni tanto así que me agarraran, y hasta me están dando ganas de irme pa el cuartel y entrarme de sordao.

—¡Virgen Madre! esa sí que es brutalidad!—exclamó Jacinto.

—Eso será pa ustedes que tienen mujer y chiquillos; pero pa mí, que no tengo ni paire ni maire, ni perro que me laire...

—¡Ve! ¡Es que vos ni conocís la *fregatina*, pué!

—Pero ha de ser cosa muy rebonita ¡caramba! ir á rodar tierras por ey, muy empaquetao, con kepis y botones con números, y un fusil, y un chafalote, y que toita la gente se lo quede mirando con la boca abierta, y irse en la máquina pa el norte, y que...

—¡Chit, chit, chit!—dijo á la sazón Basilia á su pequeñuelo.—Ya despertaste otra vez bellaco, cara de nuco:

San José bendito,
alférez mayor,
bate la bandera
que pasa el Señor.

El Señor pasó
naide lo sintió,
sólo la bandera
sola se batió.

¡Patín!

—Dicen que cuando uno toma le arriman palo, y si acaso se queda traspuesto cuando lo tienen parao en la puerta, lo *afusilean*.

—¿Qué tiene este niño
con tanto llorar?
¿Que no tendrá madre
que lo haga callar?

Patín,—gritó de nuevo *ña* Basilia interrumpiendo su canto.

—¡Mamita!—repuso desde la puerta con voz rezongona un muchacho como de quince años, segundo cachorro de la guapa montañesa.

—¿Onde te metís que no contestáis?

—Si estaba encerrando los chanchos.

—Anda á decirles que vengan á cenar.

Y Patín (que, dicho sea de paso, se llamaba Valentín) salió á buscar, no á los cerdos, como más de uno pudiera figurarse, sino á su hermana Felicia y á otros dos más pequeños que él que añadidos al que aún no había abandonado el regazo materno formaban la moderada familia Ponce y digo moderada, porque bajo aquel cielo son los niños numerosos y lozanos como las espigas de trigo y las mazorcas de maiz.

Luego que se hubieron reunido en la cocina á la luz por demás vacilante y aún á ratos nula de la leña que ardía en el centro, y envueltos en el humo, para cuya salida eran las paredes de ramas, que habiendo perdido sus hojas constituían un muro muy elemental, Felicia hizo bajar del techo una canasta de la cual sacó algunas cucharas, una sarta de ajíes muy rojos y una cebolla; dió una cuchara parda de estaño á Pedro Oñate, á su padre otra que quizás en la niñez fué hermana de la anterior, pero que ahora gastaba mango de palo y una quebradura tal en la estremidad destinada á acarrear el alimento que quien, no conociendo sus malos instintos, se aventurase con ella se expondría á quedar sin lengua; entregó una tercera hecha toda de palo á Zacarías; otra igual á Puy y á Patín; y en cuanto á ella y su madre le bastaba con el *cucharón de revolver*. Basilia quitó, por fin, el pedazo de

teja que cubría la boca de la olla y salió por ella una columna de vapor cuyo perfume, aspirado con delicia, hizo llenarse de saliva la boca de los circustantes, quienes se saboreaban prematuramente. Una parte del contenido pasó á una olla más pequeña, que fué entregada á Patín para de ella comiera con sus dos hermanos, y los tres se instalaron en un rincón. Cuatro cucharas y un cucharón entraron entonces en la olla grande, y después de hacer en su interior algunas evoluciones, salieron llenas de un caldo amarillo con tintes rojos en el cual nadaban algunos frejoles. Las cuatro cucharas y el cucharón llegaron á la boca de sus respectivos dueños y se oyeron por algunos minutos los trinos que hacía el líquido al ser absorbido por los labios. Después de las cucharas entraron sucesivamente varios ajíes que se daban un baño, salían y eran devorados sin hacer un gesto.

En la olla chica, es decir, á su alrededor, la cuchara pasaba de mano en mano por riguroso turno, y toda la dificultad estaba en salvar lo extraído en la peligrosa angostura de la garganta, donde en ocasiones solían volcarse los vehículos destruyendo de un golpe sabrosas ilusiones.

Y así transcurrió un rato sin que alterara la paz y el silencio más que el ruído de las cucharas que ya raspaban el fondo de la olla que presidía Patín. Después de algunas exploraciones se declaró agotada la materia, y tocó á aquél la última gota, casi imperceptible.

—Comida hecha y amistad desecha,—dijo el viejo Oñate levantándose.

Todos le imitaron y salieron de la cocina, siendo el último Zacarías, que se permitió, como despedida, tirar de

la trenza de Felicia, quien le correspondió con un puntapié de pie maestro.

—Hasta mañana, Jacinto.

—Hasta mañana, si Dios nos presta salud y vida.

Y los visitantes se perdieron en la sombras de la noche que, como suelen en aquella época, estaba oscurísima.

Felicia cubrió de ceniza los últimos carbones que aún ardían y entró en el rancho, donde ya Basilia había encendido una vela de sebo á la cual no se podía exigir mucho á causa de su extremada debilidad.

Las paredes de ese *rancho*, al igual de sus congéneres, eran formadas por gruesos troncos de poco más de un metro de altura que dejaban entre sí espacios suficientes para dotar á aquella vivienda de una ventilación tal vez excesiva; sobre ellos se alzaba el techo de paja apenas capaz de contrarrestar la lluvia. Sólo en un rincón en que había una tarima con un colchón lleno con hojas de maíz y hasta pedazos de mazorca, y dos ó tres frazadas muy sucias, estaba la empalizada cubierta con trozos de género; lo demás pertenecía á los vientos y sobre todo á los helados del norte.

Sobre dicha tarima acostó Basilia á la pequeñuela, luego apagó la vela, y despojándose sus escasos vestidos se metió bajo las frazadas, seguida á poco de Jacinto. Á los pies de esta cama rudimentaria, unos cueros formaban el lecho de Felicia, y en otra esquina se tendieron sobre unas pajas cubriéndose con jergones y sin quitarse las ropas, Patín y sus hermanos: padres é hijos se sentaron en sus pobres lechos y se oyó un cuchicheo de oraciones y de besos; dijeron el Bendito en alta voz los dos pequeños y Patín rezó con mucha atención el Padre-

nuestro y el Avemaría, pero ya en la Salve sus ojos intentaron cerrarse y al llegar al Bendito se quedó dormido con el nombre de Dios entre los labios; no de otro modo se dormirían los angeles si de reposo hubieran menester.

Al día siguiente, cuando apenas comenzaba el alba á disipar las sombras, Jacinto, su mujer y su hija habían abandonado la posición horizontal y emprendía cada uno su tarea. La última debía ir al molino situado en la ribera opuesta del Pichinco para *tratar la harina* que pronto sería necesario comprar.

Envuelta la cabeza en su pañolón y calzadas sus *ojotas* de cuero, tomó Felicia el camino del balseadero ó «raudal de la balsa» como allí le llaman.

Corría esa brisa helada que acompaña de ordinario á la aurora; el cielo estaba cubierto de nubes de un tinte plomizo; los árboles, sin hojas, semejaban gigantescos esqueletos; reinaba la calma en todas partes y tan sólo turbaban aquel hondo silencio el lastimero balar de alguna oveja ó el silbido de una lechuza sorprendida por la luz.

Pero en nada paraba Felicia su atención; parecía por el contrario concentrada en sí misma. Ella, siempre tan alegre, que gustaba de correr y brincar por esos campos, atravesando los potreros sin respetar cercados, marchaba ahora á pasos lentos muy arrebujada en el pañuelo y con los ojos bajos; era evidente que una idea triste le preocupaba, y tan era así que absorta en sus pensamientos no sintió los pasos de Zacarías que la alcanzó y se colocó á su lado, hasta que él le dirigió la palabra:

—¿Cómo habís amanecido, Feli?

—¡Ay! no te había visto,—exclamó sorprendida la joven.—Ya andas siguiendo, odioso...

—¡Y cómo querís que no vaya onde tú vas pa que me mandes en lo que te se ofrezca!

—¡Ya empezaste con las *pilloicas!* Como no servís pa ná, por eso te ofrecís.

—Eso si que nó, caramba, porque si se me antoja te agarro á *apa* y te llevo á onde queráis.

—Yo voy pa el molino.

—Entonces te paso en la balsa.

—Mira, Zacarías, no quiero que tú me pases.

—Y yo sí que quiero, y te paso y te paso.

—Á que no me pasas.

—¡Era de que nó!

—Y no me la habís de ganar.

—Feli, cuando yo te diga que el macho es rucio, mírale el pelo no más.

Y al decir estas palabras se encontraron en la orilla del río. El «raudal de la balsa» era un espacio como de una cuadra, enteramente limpio de piedras, por el cual se hacía la travesía del río, impracticable en cualquier otro paraje. Atada á un palo por fuerte cable estaba la balsa, curiosa embarcación formada por una docena de troncos no muy gruesos y como de tres metros de longitud, atados con *boqui*, enredadera silvestre que sirve de cuerda; si á esto se agrega un palo bastante largo llamado «la palanca» y que sirve para empujar la balsa apoyándolo en el fondo del río quedará descrita en todas sus partes una balsa montañesa.

Zacarías desató el cable, tomó la palanca é invitó á Felicia á entrar.

—Yo no entro hasta que tú me prometas una cosa

—¿Qué cosa? ¡Á ver, á ver!

—Que me has de decir tu pura y santa verdá cuando yo te *preúnte* una cosita que quiero saber.

—Ya está, en llegando al otro lao, toito eso y mucho más.

—No me engañís, Zacarías; mira que te cuesta caro.

—Déjate. *¡Véis qué!* ¿Pa qué te voy á engañar?

—Bueno, entonces entro.—Y Felicia entró en la balsa colocándose en el lugar que Zacarías le indicó á fin de no descontrapesarla. Éste dió luego un vigoroso impulso apoyando la palanca en la ribera y la balsa se deslizó por sobre la tersa superficie de las aguas.

Zacarías se sintió en esos momentos perfectamente dichoso; la balsa se le figuró un mundo pequeño que habitaban solos los dos: más aun, Felicia estaba allí tranquila y confiada; Felicia pasaba el río, vencía un obstáculo, en una palabra, gracias á él, y eran sus brazos de hierro los que imprimían á la balsa ese suave movimiento, cuyo encanto sentía más que él su compañera. Mucho antes de lo que Zacarías hubiera deseado, tocó la balsa á la orilla y saltaron á tierra sus dos tripulantes.

—Mira, Zacarías,—le dijo entonces Felicia, tomándolo de un brazo ¿es cierto que querís entrarte de sordao?

Zacarías no contestó, sino que inclinó la cabeza y se rascó la oreja, como buscando medio de salir del paso: sin duda no se había imaginado que pudieran hacerle una pregunta semejante: por fin dijo algo turbado:

—¿Quién te metió eso en la cabeza?

—¡Ah! ¿no ves? En la cara se te conoce, pícaro, embustero! Pa eso andan éstos con tantas *lilailas* con una pa dejarla después aquí llorando como una lesa.

—No seáis así, Feli.

—Cállate la boca, sinvergüenza. ¿Cómo tenís cara pa hablarme, perro ingrato? ¿Que no sabís que te quiero mucho y que si no me caso contigo, me muero *asina?* Mira, Zacarías, tu me estáis engañando, estarás queriendo á otra.

Y la infeliz rompió á llorar.

—¡Pero si no es pa tanto, Feli, por Dios!

—Sí, como á ti no se te da ni tanto así.

—Mira, pues, chicuela, no lloris más,—dijo en tono afligido aquel hombre que parecía un Hércules, tomando entre sus manos las de Felicia;—yo te voy á decir mi pura y santa verdá, y es que cuando estoy aquí contigo no me dan ganas de moverme por toa la vida; pero en llegando á Chillán, en viendo los batallones, me da una cosa que me llega á dar rabia, y arranco pa acá porque si nó, capaz soy de meterme al cuartel y hacer una brutaliá. Pero, mira, Feli, ya te digo por este puñadito de crucesitas que no quiero á naide en esta vida más que á ti solita no más.

—Entonces no te aportes más solo por Chillán ¿que ris?

—Difícil está la cosa; pero... ¡Bah! eso no queará por mí. Entonces quedamos en que no voy á Chillán hasta que vaya *ño* Jacinto.

—Eso es; así sí que me voy contenta; adiós Zacarías.

—Adiós, mi vida,—contestó Zacarías y se quedó mirándola hasta que la ocultaron los árboles del camino

Saltó entonces á la balsa y se alejó con rapidez.

III

En Carmencito

Al amanecer del 15 de julio salía de la casa de *ña* Basilia una carreta seguida de dos hombres á caballo; tomaron el camino que, trasmontando la Buitrera, llevaba á Carmencito, y comenzaron á subir aquella escarpada y elevadísima cadena.

En la oscuridad, y sobre todo, viajando por el campo, no sé si por miedo ú otro motivo cualquiera, se guarda respetuoso silencio: parécenos que cometeríamos una profanación si dejáramos oír una sílaba. Así fué que los viajeros permanecieron callados durante todo el tiempo que emplearon en la ascensión, si bien es cierto que aunque la hora era avanzada, reinaba la más completa oscuridad: que era difícil á la aurora vencer la espesa cortina de nubes que cubría el firmamento.

Sólo de cuando en cuando se oía la voz del carretero que, asestando á los hueyes un *picanazo*, les marcaba la verdadera dirección ó les hacía menudear sus tardos pasos, diciéndoles en voz relativamente baja:

—¡Arre, Pensamiento!

—¡Apúrale, apúrale!

Por fin, concluyeron la penosa subida y entraron en la Loma, meseta de regular extensión, tanto más grata á los ojos de los viajeros, cuanto que ofrecía gran contraste con la falda opuesta que acaban de traspasar. Allí, la falta de árboles les permitió ver que ya inundaban el cielo los tintes blancos y rosados del alba. Las dos mujeres que iban en la carreta se revolvieron y desperezaron.

—¡Co-co-ro-có! gritó un gallo en un rancho cercano.

—¡Cristo nació!—repitió inmediatamente el carretero.

—¿Y mañana es el día del Carmen?—preguntó uno de los de caballo, que parecía el más joven.

—Sí, pues, y mañana son toas las fiestas, si Dios quiere y la Virgen Santísima,—le repuso su compañero.

—Estará güena la cosa.

—¡Clarito! ¡Psch! antiayer, cuando yo pasé, ya había *montón* de gente, que daba gusto ver; y los ricos andaban que se las pelaban arreglando los santos y poniéndoles unos trapitos de toos colores al *taulaíllo*, porque icen que van á bailar las niñas de don Bernabé.

—¡Ay, qué gusto, hijito de mi alma!

—Ya te dijeron polleras, pues, *templao*,—saltó la más joven de las de la carreta.

—Ahí está la Feli con la mesma de siempre.

—*Mirá*, Jacinto,—dijo la otra mujer en són de amenaza,—no te vayáis á *curar*, porque te rajo el alma á palos.

—Mírenla tamién quién habla. ¿Á quién sería la que decían chicha fresca?

—Eso me lo decían porque era alegre, mal hablao, y en jamás de los jamases me habrís visto *curáa* como vos, viejo garra de cuero.

—Mire, mamita,—preguntó el muchacho que guiaba los bueyes,—¿siempre va á salir la mesma santita de la otra vez?

—Siempresito, pué; mi Señora del Carmen, que es la patrona grande, y el otro patrón más chico, que es san Cayetano.

—¿Y por qué no me pusieron Cayetano á mí?

—¡Veh! Porque nó. ¿Sabís ahora?

Supongo que mis lectores habrán comprendido que los viajeros que vamos acompañando, son nuestros buenos conocidos de Pichinco, que se dirigen á Carmencito para asistir á la solemnísima fiesta del Carmen, que en el presente año, á su fama, como la patronal del pueblo, añadirá la de que será en alto grado patriótica y tendrá por objeto implorar la protección de la Virgen para las armas chilenas.

¡Y qué de afanes y sudores costaban ya al señor cura y á don Bernabé, el maestro de escuela, los preparativos para el 16! ¡Qué derroche de buen gusto y elegancia había hecho *misiá* Antuquita para el aderezo de las imágenes que habían de salir en procesión! Y hasta doña Lastenia, la preceptora, había agotado sus no muy vastos conocimientos musicales enseñando á sus alumnas un himno á la Virgen, letra de don Bernabé y música de unos cuantos. Pero en fin, se esperaba que la fiesta saldría *en regla*, como decía el educacionista, y que hasta los periódicos de Chillán le dedicarían algún parrafito, tomado de una carta que oportunamente les sería enviada, lo cual haría reventar de gozo á los habitantes de Carmencito y de envidia á los de los pueblos comarcanos.

De más estará decir que en los dos días que precedieron al de las celebraciones, afluyó al lugar tal número de personas de todas las clases, pues las había también de las más encopetadas, que gastaban zapatos de tienda y vestidos con cintas, que se agotaron las camas, y dueños de casa hubo que harto hubieron de pensar para distribuír tres ó cuatro lechos entre doble número de individuos de los más variados sexos, estados y circunstancias.

No pasó igual cosa á *ña* Basilia, que ni ella ni los suyos eran muy exigentes en materia de muebles y viviendas, ni había motivos para afanarse por ello, porque como decía con sobrada experiencia:

—¡Aquí es onde yo quiero ver á las comaires!

Y ya sabemos que las tenía sin cuento.

No detallaremos la instalación de la interesante familia en casa de una de esas envidiables comadres; basta y sobra con saber que la cocina, el gallinero y hasta las vigas fueron disputadas como dormitorios y que por providencial permisión, donde sólo una cabía, se instalaban tres y aún holgados. Que pasó la noche y amaneció un nuevo día, cosas son que fácilmente se comprenden; pero no así el que los primeros destellos de la aurora hallaran ya á no pocos fieles aguardando en la plaza el advenimiento del sacristán Juan Veinte, que les abriría las puertas del sagrado recinto.

Y la verdad es que la iglesia valía la pena de verse; desde la desmayada torrecilla, en cada una de cuyas cuatro ventanas asomaba una bandera, hasta la nerviosa reja del comulgatorio, do quiera se fijasen los ojos, sólo veían los colores del pabellón nacional; los altares eran bosques de rosas azules como el firmamento, claveles más verdes que las ondas del océano, é interminables varas de azucenas que amenazaban llevar hasta el cielo el perfume de su inocencia. San José tenía un vestido nuevo de brocado, y la Virgen del Rosario, unos zapatitos rojos, que ¡vaya si le sentaban! Pero todas estas galas parecían mezquinas cuando se fijaba la atención en la imagen de Nuestra Señora del Carmen, colocada sobre el anda á la derecha del altar mayor: vestía túnica de cachemira y un manto del mismo género, al cual se

habían, adherido un cúmulo de antiquísimos adornos que desde época inmemorial se venían sucediendo de manto en manto; cubría su cabeza larga y rizada cabellera castaña, simétricamente esparcida sobre la espalda; con una mano sostenía al Niño, reclinado en su seno, y con la otra mostraba un escapulario. Á cada lado del anda se alzaban pabellones de armas formados por fusiles de chispa, á la parte de adelante se cruzaban cuatro banderas ensartadas en lanzas, al pie cinco tambores y tres cornetas; en cada esquina dos trabucos y hacia atrás un ramillete de espadas y bayonetas; y no se pusieron más armas porque no se hallaron. El aspecto general de la imagen, rodeada de todo ese aparato, era casi aterrador.

No es, pues, extraño, que al penetrar en el templo *ña* Basilia y su comitiva, los cinco abrieran la boca en señal del más desmedido asombro y se quedaran sin saber qué hacerse y como alelados, si bien es cierto que algo influiría también en ello el hecho de no haber visitado aquel recinto sino en muy señaladas ocasiones. Sea lo que fuere, es lo cierto que Patín llegó á experimentar sensaciones extrañas, y como él mismo refirió después, sintió "que se le *erizaba* el cuerpo" al reparar en el lujo bélico desplegado al rededor de la Virgen.

Más ligero de lo que se esperaba se llenó la iglesia y buen trecho de la calle, y aunque no con tanta rapidez, salió por fin el señor cura precedido de Juan Veinte y comenzó la misa. Mujeres y hombres se arrodillaron, murmurando sus oraciones, y cuando menos se esperaba desprendióse del coro un raudal de sonidos imitando música con muy mal éxito: todos levantaron la cabeza en demanda del origen de tan inesperado aluvión, y ¡oh

sorpresa! era la Damianita Jarabrán que arrancaba los últimos ahullidos á la *piana* de su abuelo.

Aquello era regio, no tenía parecido, rayaba en lo sublime. Otros años ocuparon ese coro el arpa y la vihuela, pero ahora era una *piana* y tocaba en ella Damianita, la hermosa carmencitana, de arreboladas mejillas, enroscadas patillitas y anchas ojeras de carbón.

Mas la impresión producida por la música se borró muy pronto; las ceremonias del culto, eran flamante novedad para muchos montañeses, y, por lo tanto, cada objeto, cada acto, cada movimiento, ofrecía campo á su ávida curiosidad. De rodillas y con las manos cruzadas sobre el pecho, miraba Jacinto el altar devorándolo con los ojos, y á su lado estaba Zacarías, que sin duda no sabía qué pensar de todo aquello. Junto á su madre estaba Patín, que, con sus grandes ojos negros fijos en el sacerdote, se imaginaba soñar cuanto pasaba, y repetía por centésima vez el Padrenuestro; y, por fin, la misma *ña* Basilia y la Feli, quienes, al terminar la misa, se hallaban tan enredadas en los mantos, que la una temió ahorcarse y la otra quedar sin pies.

Y héteme aquí que apenas el señor cura abandonó el altar, empiezan á alejarse los concurrentes y quieren los de atrás llegar hasta el anda y salir á toda costa los de adelante, y hubiera sido sin segundo la confusión, si no hubiese aparecido en el presbiterio el buen sacerdote, quien procedió á organizar la procesión.

Salió, ante todo, una cruz alta, que no lo era; luego después San Cayetano, y por fin la Virgen del Carmen; en cuanto á alumbrantes, no se pudo obtener muchos por ser las velas un tanto escasas.

Al llegar á la puerta se detuvo la última anda, y un

mujer instaló en las esquinas anteriores dos seres extraños, cuya aparición produjo un murmullo de asombro general: á ratos parecían niñitas y á veces cualquiera otra cosa; su rostro aparecía absolutamente negro entre las gasas blancas que lo rodeaban, y de los hombros se desprendían dos grandes trozos de cartón plateado, que pudieran muy bien ser alas, mas no lo parecían.

—¡Buen dar con las moscas en leche!—exclamó Zacarías.

—¡Tate callao, bruto!—le repuso Felicia, pellizcándolo en el brazo.—¿Que no vís que son ángeles?

—Vé que van á ser tan fieros. ¡Bah! ni yo, pues.

La procesión se puso en marcha por el centro de la calle, estrechada por la multitud, que pisándose y estrujándose, trataba de pegarse á las andas. Las personas de categoría que al principio habían permanecido á cierta distancia, se mezclaron pronto con la masa del pueblo, y eran las niñas *decentes* las que lanzaban más fuertes chillidos cada vez que se veían detenidas por algun imprudente que se subía sobre su cola, ó cuando la presión de los lados ponía en peligro la estructura de sus ampulosas *crinolinas*. Hasta *misiá* Dionisia, la esposa del subdelegado, señora de algunos metros de diámetro, se había aventurado con temeraria imprudencia, y por allí rodaba jadeante sin rumbo fijo.

Los hombres aprovechaban la situación, y á fuerza de vaivenes se habían hecho colocar donde les convenía; así ayudaban á las chicas en los aprietos mayúsculos y salvaban á la mamá de una sofocación.

Ña Basilia avanzaba también, sin ver más que las espaldas de sus colaterales y á ratos perdidos las andas. La pretina de su vestido había ya dejado de ser, y como no

había tiempo para sujetarlo, y era bueno pensar en el porvenir, lo levantó con sin igual agilidad, y quitándoselo, continuó muy contenta, no sin notar que sus enaguas eran mucho más elegantes y de mejor efecto. Patín gozaba como nadie: ni siquiera tenía el trabajo de andar, pues lo llevaban suspendido en el aire, y aunque temía salir más flaco de lo que entrara, tan inusitado medio de viajar era interesante. En cuanto á Zacarías y Felicia, no hay qué decir, que no lo pasaban tan mal, por más que Basilia los llevaba «á la mano».

Mas el anda de la Virgen del Carmen se detuvo por fin frente á un tablado puesto en el centro de la plaza, y subieron á él por una menguada y temblorosa escala no menos de veinte muchachas vestidas de blanco con cintas tricolores; siguiólas doña Lastenia y las hizo formar en semicírculo, luego les distribuyó unos papeles y á una señal rompieron con el himno ya nombrado, fruto de las copias de don Bernabé.

Luego que hubo terminado el canto, ascendió al tablado el señor cura, y santiguándose, dió principio á un sermón: se ahogaron las risas, fuéronse apagando los murmullos, y la voz del orador, que se perdiera en el espacio durante el exordio, fué aumentando poco á poco hasta llegar á ser oída de la mayor parte del concurso.

Empezó diciendo que todos tenían obligación de pelear por su patria y que, al hacerlo, defendían también á su familia, expuesta á sufrir todos los horrores de una invasión extranjera; habló luego de los múltiples favores que Dios dispensaba al ejército chileno por mediación de su patrona jurada, Nuestra Señora del Carmen; pero agregó que, á fin de impedir el que cesara esta protec-

ción, era necesario hacerse dignos de ella, observando todos una conducta de verdaderos cristianos; que no bebiesen, que no faltasen jamás á sus deberes; que enseñasen á rezar á sus hijos y, sobre todo, que frecuentasen la iglesia y se confesaran.

—¡Ay!—exclamó aquel hombre tan sencillo y tan noble, ya profundamente enternecido—¡qué triste es para el pobre cura ver que están llenos los despachos y solita su iglesia! ¡qué pena le da cuando se vuelve á bendecir á sus hijos y no halla ninguno que reciba aquella bendición!

Algunas mujeres dejaron escapar sollozos y suspiros.

—Y ¿qué le diré yo á Nuestro Señor,—siguió diciendo con la voz trémula y los ojos anegados en llanto,—qué le diré cuando me pregunte por vuestras almas? Yo, Señor, las llamé, pero nadie me quiso oír, y por eso vengo solo, completamente solo; pero, castígame Dios mío, castígame porque yo no supe llamarlos con buen modo.

Y no pudo continuar; los lloriqueos subieron de punto, y él mismo se vió obligado á enjugarse las lágrimas. Por fin, se serenó y concluyó exhortándoles de nuevo á mejorar de vida, y manifestando su confianza de que en adelante todo cambiaría y así podrían llegar á gozar de la eterna bienaventuranza.

No bien hubo terminado el sermón y descendido el orador, le sucedió en el tabladillo el maestro de escuela don Bernabé Conejeros que, á ruego de la autoridad civil, debía dirigir al pueblo una peroración patriótica. Treinta días con sus noches le costaba *la confección*, como él decía, de su discurso y no habían sido sus menores afanes el aprendizaje, los ensayos con declamación y, por fin, el tener que vestirse una levita que desde quince

años atrás dormía entre polillas en las profundidades del baúl.

Bien puede comprenderse cuál sería su turbación y su alegría al verse, por fin, dominando al concurso en aquel tablado que para él era un trono.

—«Señores,—dijo haciendo tal inclinación que por poco no cae sobre el público:—todos los grandes hombres han sido patriotas, y todos los patriotas han sido grandes hombres; he ahí el principio de regeneración social que yo quisiera embutiros para que nunca lo olvidaseis, para que fuese siempre el mágico alentador de nuestra existencia. Porque ¡ah señores! la patria es lo más grande entre las cosas grandes, es el sublime y puro ideal de los que viven y mueren, es lo que hace palpitar con más violencia los corazones amantes, lo que nos lleva hasta el combate sin espanto y sin pavor; la patria es, por fin, lo que nos mata al sentir en nuestro sér el salvaje estampido de una bala.»

—¡Bravo!—gritaron todos mientras don Bernabé observaba no sin sobresalto que empezaban á caer algunos goterones.

Y prosiguió con mucha seriedad:

—Yo quiero mostraros ejemplos bien grandes de hombres patriotas, y abro la historia de nuestro Chile, y ¿qué veo? O'Higgins, Carrera, Freire, Bolívar, San Martín, Manuel Rodríguez y Colón; y por fin, en nuestros días, en la horrible guerra que tenemos trabada, Prat y Condell, Serrano y Riquelme, Aldea y Videla, Orella y Mutilla, la *Esmeralda* y la *Covadonga* y otra porción de hombres tan grandes que en el universo entero nadie los alcanza.

Pero he aquí, que mientras hablaba la lluvia había

aumentado, y al pronunciar las últimas palabras arreció de tal modo que la gente empezó á moverse y á gritar; echáronse los mantos á la cabeza; don Bernabé bajó á salvar su levita; San Cayetano y la Virgen corrieron hacia la iglesia, y hasta los ángeles se echaron á llorar.

Así terminaron las muy solemnísimas fiestas con que la aldea de Carmencito celebró á su patrona el año 1879.

CARLOS SILVA VILDÓSOLA

(Continuará)

LA ÉGLOGA I DE VIRGILIO

TITIRO

Después de la batalla de Filipos, viéronse obligados los triunviros, en fuerza de promesas anteriores, á distribuir entre las legiones victoriosas las tierras de más de treinta ciudades de Italia. Cremona, que había favorecido la causa de la República, fué una de ellas; mas como el territorio de esta ciudad fuera demasiado reducido para los muchos lotes que debían asignarse, se apoderaron los repartidores de algunas tierras de Mantua, ciudad vecina de Cremona. Entre ellas se hallaba el dominio de Virgilio, situado en los alrededores de Andes, pueblecito inmediato á Mantua. Esta es la causa de la amarga exclamación de Mœris: *Mantua, væ miseræ, nimium vicina Cremonæ!* (Égl. IX, 28). Felizmente, gracias á la protección de Asinio Polión, obtuvo el dulce poeta la devolución de su dominio, y compuso entonces esta égloga para manifestar á Augusto su reconocimiento por tanto beneficio. Melibeo representa á uno de los infelices desposeídos de su patrimonio; su lenguaje, lleno

de gemidos, expresa con admirable verdad lo que pasaría en el corazón de esos pobres desterrados, que tenían que ir á mendigar su pan en tierras extrañas, lejos de sus *sagradas fuentes y conocidos ríos.* Por boca del dichoso Títiro manifiesta su reconocimiento y regocijo el agradecido poeta.

Ahora, como explicación del fin que me he propuesto en el presente trabajo, me bastará citar las palabras textuales del egregio humanista don Marcelino Menéndez Pelayo. Después de tachar de «vana y ridícula la opinión de los partidarios de la traducción en prosa, tratándose de lenguas como la de nuestra península y la italiana,» agrega: «Bueno que traduzcan en prosa los franceses, porque el sistema de versificación que tienen no les consiente otra cosa; pero nosotros ¿qué ganamos con eso, cuando (aunque parezca paradoja) podemos ser más concisos y literales escribiendo en verso suelto, el cual, además, por la licencia consentida al lenguaje poético, puede reproducir intactos giros, vocablos y latinismos que en prosa fueran exóticos y pedantescos, y hasta remedar en algún modo la cadencia de los versos del original, como acontece cuando se traduce sáficos latinos ó griegos en los llamados sáficos modernos?»

¿Habré conseguido que mi traducción sea una confirmación más de lo expuesto por tan autorizado maestro? Que lo juzguen aquellos de mis lectores que quieran imponerse el trabajo de compulsar esta versión con el texto virgiliano.

MELIBEO, TÍTIRO

Melibeo

¡Oh, Títiro! á la sombra recostado
de la anchurosa haya, en tenue avena
pastoriles cantares ejercitas.
Nosotros de la patria los confines
abandonamos y sus dulces campos:
¡Huimos de la patria, y tú á la sombra,
Títiro, el nombre de Amarili hermosa,
tranquilo al bosque á repetir enseñas!

Títiro

Á un dios debo esta holganza, porque él siempre
para mí será un dios ¡oh, Melibeo!
de mi redil un tierno corderillo
frecuentemente bañará sus aras;
que él permitió, como tú ves, que vaguen
mis vacas, y á mí mismo en el agreste
caramillo tocar lo que me agrada.

Melibeo

No te envidio, en verdad; antes me admiro.
¡Hasta tal punto en estos campos reina
doquier la turbación! Triste y enfermo,
mira, yo mismo mis cabrillas guío;
y aquesta apenas si llevarla puedo,
pues, há poco, entre densos avellanos

dos gemelos parió, y abandonados
¡ay! la esperanza de la grey, dejólos
en la desnuda peña. Muchas veces,
(¡cuán obcecada nuestra mente estaba!)
las encinas heridas por el rayo
recuerdo que este mal nos predijeron.
Muchas veces siniestra le predijo
desde una hueca encina la corneja...
Mas, quién es ese dios, Títiro, díme.

TÍTIRO

¡Necio de mí! creía, Melibeo,
que era aquella ciudad que llaman Roma,
semejante á esta nuestra, do solemos
llevar frecuentemente los pastores
de las ovejas las pequeñas crías.
Así como á los perros los cachorros,
así como los chotos á sus madres,
semejantes miraba, así lo grande
con lo pequeño comparar solía.
Mas, tanto su cabeza entre las otras
alza aquella ciudad, cuanto descuellan
entre flexibles mimbres los cipreses.

MELIBEO

¿Y cuál de ver á Roma fué tu causa?

TÍTIRO

La libertad, que al fin, al indolente
aunque tarde miró, cuando ya blanca

la barba al rasurarla me caía.
Miróme al fin; llegó tras largo tiempo,
después que me ha dejado Galatea,
y después que á Amarilis pertenezco.
Pues lo confesaré, mientras servía
yo á Galatea, ni esperanzas tuve
de libertad, ni afán por mi peculio.
Y aunque víctimas muchas del cercado
salieran, y cuajara pingües quesos
para llevar á la ciudad ingrata,
jamás á casa para mí la diestra
recargada tornaba de dinero.

MELIBEO

¡Y yo que me admiraba, oh Amarilis,
de que triste á los dioses invocaras,
y para quién dejabas, discurría,
pendientes de los árboles los frutos!
¡Títiro estaba ausente! ¡Hasta los pinos,
oh, Títiro, y aquestas fuentes mismas,
y estas mismas florestas te llamaban!

TÍTIRO

¿Y qué hacer? Ni salir de servidumbre,
ni en otra parte dioses tan propicios
podía conocer. Allí vi al joven
en cuyo honor humean, Melibeo,
doce días al año mis altares.
Allí aquel, el primero, esta respuesta
dió al suplicante Títiro: «Como antes

apacentad, zagales, vuestras vacas,
haced medrar, como antes, vuestros toros.»

MELIBEO

¡Anciano afortunado! luego siempre
continuarán en tu poder tus campos,
y serán para ti bastante grandes,
aunque desnudas guijas los recubran,
y aun cuando llene las dehesas todas
de cenagosos juncos el pantano.
No ofenderán á las preñadas reses
pastos insuetos, ni podrá dañarlas
del ganado vecino el mal contagio.
¡Anciano afortunado! Aquí, á la sombra,
respirarás entre sagradas fuentes
y conocidos ríos, frescas brisas.
Por una parte, del vecino linde
la cerca, do en las flores de los sauces
se alimentan del Hybla las avejas,
se invitará á menudo, como antes,
con un blando murmurio al dulce sueño;
por otra, al pie de la elevada roca,
su canto el podador alzará al cielo;
y en tanto, empero, desde el olmo erguido,
no cesará la tórtola en sus quejas,
ni las roncas torcaces, tu delicia.

TÍTIRO

¡Antes, por tanto, los ligeros ciervos
pacerán en el éter; y en la playa

el mar en seco dejará á los peces;
antes el Parto beberá el Saona,
ó el Tigris el Germano, sus confines
traspasando los dos, que de mi pecho,
la imajen de aquel dios se desvanezca!

MELIBEO

Mientras tanto, nosotros nos iremos,
los unos hacia el África abrasada,
á la Escitia los otros, y de Creta
al Oaxes veloz, y á los britanos
del Orbe enteramente separados.
¿Y quién sabe si un día, de la patria
los confines al ver, tras largo tiempo,
y del tugurio mísero ¡mi reino!
la techumbre de césped fabricada,
si asombrado veré algunas espigas?
¿Y tendrá estos novales tan labrados
un cruel soldado? ¿Un bárbaro estas mieses?
¡Ved á qué males la civil discordia
á los cuitados ciudadanos lleva!
¡Ved para quién sembramos nuestros campos!
¡Ingerta ahora, ingerta tus perales!
¡Pon en orden las vides, Melibeo!...
¡Idos, cabrillas, id vuestro camino,
mi rebaño feliz en otro tiempo!
Ya no os veré, tendido en verde gruta,
lejos colgar de una arbustosa peña;
no os cantaré canciones ¡oh, cabrillas!
¡Ni paceréis, por mí pastoreadas,
el florido citiso y sauce amargo!

TÍTIRO

Podías, sin embargo, aquí esta noche
Conmigo descansar en verdes hojas;
tengo abundancia de cuajada leche,
blandas castañas y maduras frutas;
y de las alquerías ya los techos
á lo lejos humean, y mayores
caen las sombras de los altos montes.

JUAN R. SALAS E.

Valparaiso, septiembre de 1888.

NOTAS

Bañará sus aras. Se debe entender: *con su sangre.* No lo expreso por amoldarme más fielmente al texto, *illius aram imbuet.*

Triste y enfermo. Tal es la fuerza de *aeger* en este pasage: «*Aeger* debe entenderse aquí no sólo del cuerpo enfermo, sino también del dolor que resulta de las inquietudes y angustias del alma.» (BENOIST.)

Do solemos llevar. Y no *do solemos ir á destetar*, como absurdamente se le antojó traducir á don Eugenio de Ocha, quien encontró tal vez en su diccionario que *depellere, puede* tener tal significado *(depellere oves a matre; dulce sutis humor, depulcis arbutus hædis)*; pero no

pára mientes en lo desatinado de la idea de hacer que los pastores de Audes fueran á destetar sus corderillos á Mantua. Ya en otra ocasión me he ocupado minuciosamente en los muchos y graves errores en que incurre el señor Ochoa en su traducción de esta primera égloga. No es éste el caso de insistir en ellos.

Haced medrar. Así interpretan generalmente los comentadores el *submittite tauros. Criar, hacer crecer*, etc. No faltan quienes traduzcan *domad, uncid al yugo*; pero parece que el verbo necesitaría un complemento especial *submittite yugo*, por ejemplo) para tener tal significado.

Algunas espigas. Pasaje muy controvertido. La dificultad está en la traducción de *aristas.* Algunos comentadores sostienen que *post aliquot aristas* significa *después de algunos años*, haciendo una transición algo violenta de *espigas* á *mieses*, y de *mieses* á *años.* Citan en apoyo de semejante interpretación un pasaje de Claudiano y alguno que otro de escritores griegos. Yo he preferido conservar á *aristas* su significado propio, porque los más autorizados intérpretes defienden esta opinión, apoyados en razones muy convincentes, á mi juicio.

DOS TUMBAS

"Á veces tan dulces lazos
forman la muerte y la vida,
que una en otra confundidas
van una de otra en los brazos."

(CAMPOAMOR)

Hay ideas tristes que infunden en el alma una melancolía tan suave y dulce como los reflejos del sol poniente en las tardes del otoño. Si al sentirlas cruzar por nuestra mente se desliza de los ojos una lágrima, esa gota de llanto no escalda las mejillas, sino que rueda fresca y plácida como cae el rocío de la noche sobre la flor pronta á marchitarse.

Un poeta, que tras haber probado desde muy joven la hiel de la desgracia, expiró abrumado por el peso del genio y de los dolores en la edad en que el vulgo de los mortales sueña tan sólo con la esperanza y el goce, se complacía en revelar al mundo la extraña y secreta hermandad que existe entre el amor y la muerte.

"Tan luego, dice Leopardi; tan luego como comienza á despertarse en lo íntimo del corazón el sentimiento del

amor, agita nuestro pecho un deseo de morir lleno de languidez y abatimiento. ¿Cómo nace? Lo ignoro; únicamente sé que es ese el efecto de todo amor profundo y avasallador.»

Y es que el amor humano es una leve gota de la fuente, donde el alma beberá un día el licor de la inmortalidad. Cuando se ama se llora la brevedad de una existencia que quisiéramos prolongar mas allá de los lindes del tiempo, para juntar nuestra pasión destinada á amenguarse, ó á encontrar demasiado temprano fin, con una vida que no tiene término, en la que las almas libres de toda miseria, se funden una en otra, como dos gotas de rocío, como dos rayos de luz que se unen en el espacio. El amor puede apagarse acá; allá crece á cada latido de una vida inmortal; acá lo turban la calumnia, el odio y un sinnúmero de contrariedades, allá no existen el olvido, el hastío ni el dolor.

El mar que bate incesantemente la playa, furioso de no poder traspasar el dique de arena que detiene sus ímpetus, es la viva imagen de esa aspiración hacia lo infinito que jamás abandona á los corazones subyugados por una verdadera pasión. Para ellos el mundo es estrecho y el tiempo muy corto para amar; y, ya abriguen, como Eloísa ó Safo, una idolatría ciega por un mortal perecedero, ya se remonten, como Teresa ó Francisco de Borja, á la adoración de un sér que no muere, cada suspiro que exhalan va á perderse lejos del mundo en las regiones que alumbra el sol de la eternidad.

*
* *

Nadie comprende esta verdad como el que es víctima de un amor desgraciado y va arrastrando penosamente su

existencia alumbrado apenas por el destello de una pálida esperanza.

Raúl, que amaba y era amado y á quien, sin embargo, el amor había hecho verter muchas lágrimas, se hacía reflexiones semejantes cierta tarde en que un deber de familia lo llevó á visitar el cementerio de Santiago.

Al través de aquellas calles formadas por monumentos en que se alternan las magníficas alegorías de mármol de Carrara con las severas capillas de piedra de Rigolemo y las modestas bóvedas de ladrillo, el melancólico joven iba buscando la tumba de sus padres y pensando al mismo tiempo en sus desventurados amores.

Era corrido un año desde que él y Cecilia se habían jurado fe eterna, un año, durante el cual habían probado cuanto se puede gozar y sufrir en la vida.

Los primeros meses de su pasión corrieron para los dos en medio de esa felicidad sin nubes que embriaga el alma haciéndola olvidar que el dolor prefiere descargar sus golpes sobre los que que se creen más dichosos y viven más descuidados de su terrible poder.

Jamás pensaron en que habían de abandonar el paraíso que habitaban sus almas, no viendo en el día venidero sino una flor más que enlazar á la corona de rosas, que de tiempo atrás venían entretegiendo.

Por desgracia, los sueños son hijos de la fantasía que se disipan apenas la luz de la realidad hiere nuestros párpados.

Raúl vió un día la tristeza sobre la frente de Cecilia. Sus ojos, que antes brillaban vivos y ardientes con el fuego de la pasión, aparecían ahora velados por una lágrima, y su voz tan dulce é insinuante, expiraba en los labios como un suspiro tímido y doloroso.

En vano pidió á su amada la explicación de aquel arcano. Cecilia permanecía muda á sus ruegos, como si temiese pronunciar la palabra fatal que había de ser la muerte de su dicha.

¿Qué pasaba?

¿No era la misma mujer que la noche anterior lo despedía asegurándole una vez más su fe y su constancia?

¿No lo amaba ya como antes?

¿Por qué, pues, desaparecía así de súbito la dulce confianza que los hiciera tan venturosos á los dos?

Raúl sintió en el alma un hielo semejante al que hubiera causado en su pecho la hoja de un puñal. Se estremeció por su amor y receló la desgracia, llegando á preguntarse si ese penoso silencio no sería el precursor del olvido; y así, de pensamiento en pensamiento, concluyó por perderse en un mar de confusiones.

—Soy siempre la misma para ti,—balbuceó al fin Cecilia en voz baja y dirigiendo á su amante una mirada llena de dolorosa ternura,—soy la misma, Raúl; pero ¡quién sabe si no fuera mejor que nos separásemos para siempre! Tú no puedes comprender hasta dónde soy desgraciada!

—¡Qué dices!—exclamó ceñudo Raúl.—Por ventura ¿has dejado de amarme?

—Te amo como nunca,—respondió Cecilia apretando con fuerza la mano de su amante.

—¿Y cómo me hablas de separarnos?

—Dios tal vez lo quiere así.

—Sé franca, Cecilia; dime más bien que me has olvidado para siempre.

—Raúl, Raúl, no te ofendas; perdona si inadvertidamente he podido herirte, pero estoy tan turbada que ni

yo misma sé lo que pienso... Has de saber,—continuó Cecilia reponiéndose algún tanto,—que hoy me llamó mi madre y después de protestarme su amor por largo rato, concluyó por pedirme entre severa y cariñosa que te olvidara. Yo quedé anonadada. Ella estaba profundamente conmovida. Lloraba, y, mirándome palidecer al oírla, tomó una actitud dolorosa y suplicante que me llegó hasta el fondo del alma.—¡Por Dios!, le dije, ¡qué sacrificio es el que venís á exigirme! ¿Acaso ese hombre sería indigno de mí? ¿No es vuestro amigo, no le habéis dado un asiento en nuestro hogar y una parte de vuestro cariño? Decidme que ha perdido con justicia vuestra estima y reveladme lo que lo hace inaceptable á vuestros ojos, y entonces me resignaré con mi suerte.— Yo hablaba con vehemencia; mi madre calló por algunos instantes, hasta que al fin reanudando el hilo de la conversación me dijo: —¿Crees, Cecilia, me dijo; crees que basta el que Raúl sea digno de ti para que yo te lo dé por esposo?—¿Y por qué nó?—¿Sabes hasta qué punto una madre vela por la felicidad de sus hijos? ¿Conoces tú lo que son la vida y el porvenir?—Yo insistí, defendiendo con calor mi causa; pero mi madre concluyó por intimarme que en adelante sólo debía ver en ti un amigo y que era preciso dar al olvido sueños locos que no habían de realizarse jamás.—Por último, añadió, eres muy joven y quiero todo tu cariño para mí. Lo que es hoy, no aprobaré tu unión con Raúl, ni con nadie.

—Y tú ¿qué piensas?—preguntó Raúl con ansiedad á su amada.

—Amarte siempre,—contestó Cecilia.

—Si me amas, nada he perdido, entonces,—afirmó el

joven respirando con más libertad y desarrugando el ceño de su frente.

—¡Ojalá tengas razón!—dijo Cecilia,—pero no me negarás que aquí ha terminado la paz de nuestro amor, no quedándonos para en adelante sino la lucha y una resistencia que jamás temimos encontrar. Tú no sabes cuánto amo á mi madre y cuán duro me es contrariarla...

—Espero que el amor te dará fuerzas para ello,—respondió Raúl.

—¡Dios lo quiera, porque siento en mí que no amaré á otro hombre en la vida!

—Así lo dicen todas; pero es sueño:
las finezas de amor duran un día.

murmuró Raúl, repetiendo con tristeza un melancólico dístico que Lope de Vega pone en los labios de un amante desgraciado.

—Yo no soy de esas, Raúl; seré eternamente fiel á mis promesas.

—Pobre niña!—murmuró Raúl, cuánto te compadezco: no has nacido para soportar las contrariedades te asedian, y quién sabe si mañana no te arrepentirás de haberme dado tu alma! Si eso llegase á suceder, ten la noble franqueza de no ocultármelo y que no sea otra mano que la tuya la que hiera mi corazón.

—Por Dios, Raúl, ¿qué motivo te he dado para que dudes de mí?—preguntó Cecilia con acento quejoso.

—Cecilia, quiero confiar en ti, porque tu amor es mi vida. Recuerda sólo que tu olvido sería mi eterna desgracia.

—No la temas, entonces,— dijo Cecilia con una sonrisa tan dulce que cayó sobre el corazón de Raúl como penetra un rayo de sol en el seno de una oscura prisión.

* * *

De este modo comenzaron para Raúl los días de prueba que aun duran y un sinnúmero de contrariedades que auguran un desenlace muy oscuro á la historia de sus amores.

Cecilia tenia razón.

Huía la tranquilidad y comenzaba el combate. Raúl está resuelto á todo; ella, tierna y delicada sensitiva que jamás habían agitado los vientos, se siente inerte y desmayada, fluctuando entre dos voluntades contrarias, que hablan al mismo tiempo á su corazón. Dar á su amante un eterno adiós es para ella la muerte; lanzarse á la resistencia es aventurarse en un mar borrascoso donde sólo ve peligros y tormentas.

De todas maneras, ambos miran con tristeza el porvenir.

* * *

Raúl se pregunta á todas horas de qué proviene su desgracia, sin poder darse cuenta del motivo por el cual la suerte se le muestra tan ceñuda.

Examinando el pasado, no encuentra motivos que justifiquen una oposición que puede causar la desgracia de dos seres inocentes. La madre de Cecilia, á quien le es imposible odiar, á pesar de que ve en ella el único obstáculo que se opone á su dicha, es una mujer dotada de

nobles virtudes. Como esposa y como madre, ha atravesado su camino, sin que la vida le deje un sólo remordimiento, venciendo mil pruebas dolorosas y afrontando serena más de una desecha tempestad. ¿Por qué rechaza como á hijo al que da tan cordialmente el nombre de amigo? Acaso como otras madres ambiciona para su hija un partido brillante, según los sueños de su cariño, que engañan tanto á veces como á la juventud los sueños de la pasión. Acaso quiere que el tiempo pruebe en su crisol un amor que hoy juzga el delirio de dos corazones entusiastas, ó tiene ya elegido el hombre á quien desearía confiar el destino de ese sér tan querido.

Raúl piensa á menudo en todo esto sin encontrar todavía la clave del enigma.

Lo único que lo alienta es saber que Cecilia le guarda íntegra la fe de su alma.

La delicadeza y el pundonor lo han hecho alejarse de la casa de su amada, que se había acostumbrado á mirar como suya. Lejano de ese hogar donde era recibido como el mejor de los amigos, extraño á sus alegrías y apartado de todo lo que en otro tiempo lo hacía feliz, sólo traspasa sus puertas cuando se lo impone un deber social ó una necesidad imprescindible.

Raúl se ha apartado de la casa Cecilia, pero no de su amor. El amor ha seguido á pesar de esa forzada ausencia, y sus corazones están cada día más unidos. Si alguna vez pueden hablarse es para ratificar los juramentos mil veces pronunciados y, aunque sus entrevistas son dolorosas, saborean con avidez el goce de verse para separarse luego quién sabe por cuanto tiempo.

Ella conoce cuánto es amada, él comprende también que es correspondido; pero destroza su corazón la amarga

idea de que Cecilia no ha nacido para una lucha tenaz y que bien puede mañana ceder al temor ó á las sugestiones cariñosas y reiteradas de los que á todas horas le repiten: ¡Olvida!

. . . . . .

*
* *

Oscurecida la frente por sus sombrías preocupaciones, Raúl penetró en el cementerio. Cuando vivía su padre, acostumbraba venir con él cada año á arrodillarse junto al sepulcro de su madre en aquel día que era precisamente el aniversario de su muerte. Años hacía que visitaba solo ese lugar regado con tantas lágrimas.

Poco amigo de las exterioridades que ha introducido la moda para ocultar la falta de verdadero sentimiento, no llevaba consigo una sola corona que colocar sobre la lápida mortuoria. Bastaban á su alma y á las de sus padres sus plegarias y la fidelidad del cariño que dirigía sus pasos.

Era aquella una tarde de octubre.

El cementerio parecía un risueño jardín, poblado de árboles frondosos entre cuyas ramas asomaban las elevadas tumbas de mármol coronadas por la cruz, los ángeles que simbolizan la inmortalidad, emblemas de virtudes, trofeos militares que recuerdan á un héroe de la patria, y por fin, columnas truncadas, símbolo del varón fuerte que cayó para no levantarse en el camino de la existencia.

Los sauces llorones inclinan á la tierra sus ramas aterciopeladas, mientras los cipreses levantan á la región del aire sus copas sombrías, que las tempestades remecen

sin doblarlas. La hiedra amorosa se enlaza á los árboles y aún se extiende por el suelo cubriendo más de una humilde tumba, los copos de nieve mecen aquí y allá sus blancos penachos, las enredaderas de diversos colores se extienden festonando de verde los muros blanqueados y el espacio que media entre nno y otro sepulcro lo cubren rosas, azucenas, peonías, geranios y mil otras plantas, vistosas las unas, y las más, de esas que juntan á la belleza de sus flores lo regalado de su perfume.

Octubre es el mes privilegiado de los jardines, cuya pompa desfallece en los últimos días de diciembre.

Vestida con tantas galas, la mansión de los muertos no tenía nada de lúgubre, era un sitio tan apacible como uno de esos parques que plantan los ricos para embellecer sus casas de campo. Allí, como en esos sitios consagrados al placer, las aves fabricaban sus nidos y cantaban sus amores despidiendo con dulce concierto al sol que da vida á la naturaleza. Las brisas, la luz, los collados vecinos cubiertos de verdura y hasta el suelo tapizado de menuda hierba floreciente, todo aquel aspecto primaveral estaba muy lejos de producir las ideas que naturalmente debe despertar un sitio destinado á no tener otro riego que el llanto. Pero esa exuberancia de vida cubre los horrores de la tumba y las plantas y las flores la destrucción sorda y lenta que se opera en el seno de la tierra, corroyendo todo lo que en vida fué hermoso, espléndido y altivo. Hasta los sepulcros mismos parecen no haber sido levantados para honrar el polvo de los muertos. Su magnificencia es un sarcasmo para los que yacen bajo de ellos y no necesitan para nada de aquella pompa. Una cruz que les diera sombra sería lo único que los finados reclamarían para sí, si pudiesen ha-

cernos oír su voz. ¡Cuánto más vale una plegaria exhalada entre suspiros que esos dones colocados en el altar de la vanidad humana!

Sin fijarse en la belleza de la tarde ni en las maravillas artísticas que lo rodeaban, Raúl, como quien sigue un camino muy conocido, se echó á andar por una angosta calle de cipreses, entretenido en recordar á su madre muerta en la flor de la vida y á su padre que había sido tantas veces su compañero en estas piadosas peregrinaciones. Aunque había perdido á ambos demasiado pronto, comprendía, sin embargo, que muchas veces no es la muerte de los seres queridos lo más digno de llorarse en la tierra.—Muere también la virtud,—pensaba, —muere la fe en los hombres, la confianza en la amistad y también mueren las esperanzas del amor. ¡Ah!—continuó con amargura,—cuando pienso que hasta el amor llega á borrarse y que hay muchos corazones á los que ya no arranca un solo latido la memoria de una pasión que juraron los seguiría más allá del sepulcro; cuando me asalta esta amarga idea, en vez de aterrarme la muerte, creo que daría mi adiós al mundo con la serenidad de ese sol que camina á perderse tras los montes... En fin, si Cecilia me olvidara también ¿qué me quedaría ya en la vida?

Hablando así llegó el joven peregrino al sepulcro de su familia.

—¡Muertos queridos!—exclamó,—el cielo me es testigo de que en mi corazón no cabe el olvido!—Y descubriéndose respetuosamente cayó de rodillas junto al monumento de sus padres.

Con la frente apoyada sobre el zócalo de mármol y abstraída la mente en dulce y religiosa contemplación,

permaneció allí largo rato. Las sombras de sus padres, esos espíritus protectores y benéficos á quienes acostumbraba invocar en sus horas de angustia, se le aparecieron en esos momentos, derramando un rayo de luz consoladora en el horizonte de su existencia.

Después de orar largo rato se levantó fortalecido con las esperanzas de lo eterno y, dirigiendo una mirada al cielo brillante y á la naturaleza risueña que lo rodeaba, exclamó:

—¡No es tan amarga como pensamos la muerte! ¡Venturosos los que sacuden temprano la carga que los agobia para reposar en tranquilo sueño de las fatigas del camino! ¡Cecilia, Cecilia!—prosiguió,—qué dulce me sería bajar ahora mismo á la tumba con la seguridad de que guardabas mi memoria y orabas por mí!

Terminada su melancólica plegaria, Raúl se descubrió para dar un último y reverendo adiós á las cenizas de sus padres; pero al levantar los ojos, en vez de ponerse en marcha, quedó como clavado, contemplando una tumba contigua á la de su familia.

Era ésta un elegante templete de cal y ladrillo cerrado por una verja de bronce sobre la cual se veían escritos nombres para él muy familiares y queridos.

Aquel sepulcro lo habían construído para sí y *para sus hijos* los padres de Cecilia.

Allí debía dormir también ella, si otro mortal venturoso no la arrebataba al amor de Raúl, si, fiel á sus primeros afectos, la seductora y tímida virgen expiraba cumpliendo la dulce promesa que un día le hiciera: *¡Seré tuya ó de nadie!*

El enamorado Raúl se acercó á aquella tumba, delante de la cual había pasado indiferente tantas veces. Al

través de la reja se divisaban algunos nichos ocupados por los hermanitos de Cecilia, tiernas flores caídas en botón á la huesa. Los sitios vacíos aguardaban á los vivos. Allí reposarían sus padres, en el de la diestra su hermana mayor, aquel otro sería el suyo; sí; debía serlo, pues era el más próximo al lugar que, andando el tiempo, ocuparía el que tanto la amaba.

—¿Por qué?—se preguntó Raúl—¿por qué habrá querido el Señor colocar tan cerca nuestras tumbas? ¿Será esto un augurio de unión en la tierra, ó acaso el anuncio de que debemos conformarnos con el amor ideal, con los sueños del alma que sólo se realizan en el cielo? ¡Quién sabe, si desolados por haber visto deshechas nuestras ilusiones, Cecilia y yo caeremos aquí como hojas de distintos árboles al rincón del jardín donde se juntan con otras hojas mustias y pálidas como ellas, que desprendió el viento de la rama que les negaba su savia? Unidos aquí yo y ella confundiremos nuestras cenizas, y nuestros huesos cansados se agitarán con un pasajero soplo de vida. Tal vez de noche nuestras sombras errarán entre las tumbas marmóreas al rayo de la luna y el viento de la noche recogerá nuestros suspiros entre el perfume de las rosas y las azucenas. ¡Morir así no sería morir!—concluyó Raúl besando el sepulcro que tales ilusiones le inspiraba.

*
* *

La vida de Raúl sigue siendo un problema. Incierto entre el temor y la esperanza carece de valor para despedirse de sus ilusiones.

Pero cada vez que el desaliento le abruma, vuelve los

ojos hacia el porvenir exclamando con resignada tristeza:

—¡Plegue al cielo que aquí nos separa, juntarnos para siempre en su seno, amor mío!

ENRIQUE DEL SOLAR

Andes, 28 de junio de 1882.

BOLETÍN

DEL CENTRO DE ARTES Y LETRAS

Bases sociales

1.º Se establece en Santiago, con el nombre de "Centro de Artes y Letras", una asociación destinada á fomentar el estudio y cultivo de las ciencias, de las artes y de las letras, y á la cual pertenecerán los infrascritos y cuantos en adelante se incorporen en conformidad á los trámites que se acuerden.

2.º La reglamentación de este instituto queda confiada por ahora á la prudencia de sus individuos, que aplicarán en sus procedimientos y deliberaciones las reglas comunes á los cuerpos colegiados, ó las establecerán especiales cuando sea menester, por acuerdos aprobados en mayoría de dos tercios de los socios presentes en la sesión en que voten.

3.º La dirección de la Sociedad corresponderá á un consejo compuesto de cuatro miembros elegidos cada año por voto acumulativo, que se turnarán mensualmente para desempeñar las funciones de presidente, y de un secretario elegido por mayoría de votos.—Santiago, á 22 de julio de 1888.—(Firmados).—*Patricio Larraín Alcalde.—Joaquín Prieto H.—Francisco A.*

Concha Castillo.—Alfredo Vial Solar.—Enrique Larraín Alcalde.—Claudio Barros.—Joaquín Walker M.—Manuel Barros Barros.—Carlos Cerda.—Luis Covarrubias.— Raimundo Salas.— Joaquín Fernández B. — José C. Larraín.—Julio Salas.—M. Francisco Irarrázaval.—Alberto Valenzuela C.—Luis E. Cifuentes.—Luis Vial Solar. — Adolfo Guzmán G.—Pedro N. Cruz.— Alfonso Gumucio.—Alejandro Silva de la Fuente. — Manuel Saldías. — Rafael Errázuriz U. —Carlos Aldunate S. — José Miguel Echenique.—Onofre Jarpa.—Adolfo Ortúzar

Directorio

En conformidad á la tercera de las bases transcritas, el Centro de Artes y Letras, en la sesión de instalación, de 29 de julio del presente año, nombró directores á los señores don Francisco A. Concha Castillo, don Rafael Errázuriz Urmeneta, don Javier Vial Solar y don Joaquín Walker Martínez; y en calidad de secretario á don Luis Covarrubias; y por acuerdo de este consejo se resolvió que el turno se hiciese por orden alfabético de apellido.

Junta calificadora

En la segunda sesión preparatoria, de 5 de agosto, el Centro acordó que una comisión calificadora compuesta de seis miembros elegidos por voto acumulativo y por un período anual, resuelva, junto con el Directorio, sobre las solicitudes de admisión de socios, entendiéndose que será admitida toda persona que lo solicite y que obtenga menos de tres votos en contra. La Junta quedó compuesta de los señores don Raimundo Salas, don Claudio Barros, don Joaquín Prieto, don José C. Larraín, don Patricio Larraín Alcalde y don Joaquín Echenique.

Revista de Artes y Letras

En la sesión de instalación, el señor Errázuriz U., don Rafael ofreció al Centro la REVISTA DE ARTES Y LETRAS, de que es

propietario, y pidió que se nombrase una comisión directiva de ella. Se facultó al Directorio para hacer este nombramiento que recayó en los señores don Raimundo Salas, don Joaquín Echenique, don Joaquín Prieto H, don José C. Larraín y don Luis Covarrubias.

Nómina de los socios del Centro de Artes y Letras en 30 de septiembre de 1888

Aldunate Solar, don Carlos
Barriga, don Juan Agustín
Barros, don Claudio
Barros Barros, don Manuel
Blanco, don Ventura
Campo, don Enrique del
Cerda, don Carlos
Cifuentes, don Luis Eduardo
Concha Castillo, don Francisco A.
Contreras Lira, don Víctor
Covarrubias, don Luis
Covarrubias, don Manuel A.
Cruchaga Tocornal, don Miguel
Cruz, don Pedro N.
Cueto Guzmán, don Enrique
Domínguez Cerda, don Manuel
Echenique, don Joaquín
Echenique, don José Miguel
Edwards, don Eduardo
Errázuriz U., don Rafael
Espiñeira, don Antonio
Eyzaguirre, don Javier
Fernández Blanco, don Joaquín
Figueroa, don Emiliano
Figueroa, don Joaquín
Fóster R., don Manuel

González Errázuriz, don Francisco
Gumucio, don Alfonso
Gutiérrez, don José Ramón
Guzmán, don Adolfo
Irarrázaval, don Fernando
Irarrázaval, don Manuel Francisco
Izquierdo Vargas, don Francisco
Jarpa, don Onofre
Lamas, don Álvaro
Larraín Alcalde, don Enrique
Larraín, don José Clemente
Larraín Alcalde, don José Patricio
Llona, don Carlos
Morandé, don Enrique
Ortúzar Bulnes, don Adolfo
Ortúzar, don Daniel
Ortúzar don Javier
Ovalle Valdés, don Roberto
País León, don Rubén
Pereira, don Benjamín
Pereira, don Carlos
Pérez, don Pedro A.
Portales, don Domingo A.
Porto Seguro, don Javier
Prieto H., don Joaquín
Riso Patrón, don Carlos
Rodríguez Rozas, don Zorobabel
Rozas, don Ramón Ricardo
Salas, don Julio
Salas, don Raimundo
Saldías, don Manuel
Santos, don Vicente 2.º
Scotto, don Federico
Silva de la Fuente, don Alejandro
Subercasseaux Vicuña, don Antonio

Subercasseaux Pérez, don Antonio
Tocornal, don Juan Enrique
Ureta Rodríguez, don Juan Francisco
Valenzuela C., don Alberto
Valenzuela C., don Fermín
Valenzuela, don Juan de Dios
Valenzuela C., don Vicente
Vial Solar, don Alfredo
Vial Solar, don Javier
Vial Solar, don Luis
Vial Solar, don Manuel
Walker Martínez, don Carlos
Walker Martínez, don Joaquín

RESUMEN DE LAS ACTAS

El Centro de Artes y Letras se reúne los miércoles de cada semana, á las 8 P. M., en los salones del Círculo Católico; la sesión de instalación y la segunda preparatoria se celebraron en el salón de la librería de Artes y Letras. Quedan enunciados, en los párrafos anteriores, los acuerdos más importantes de estas últimas sesiones; corresponde ahora dar noticia de las que el Centro ha celebrado con posterioridad.

SESIÓN DE APERTURA EN 16 DE AGOSTO DE 1888.—Presidió el señor director de turno don Francisco A. Concha Castillo, y asistieron 29 socios y buen número de caballeros invitados.

Leída y aprobada el acta de la sesión anterior, se dió cuenta de una nota del vicepresidente del directorio del Círculo Católico de Santiago, en que comunica que el directorio ha accedido á la solicitud del Centro de Artes y Letras en que se le pedía uno de sus salones para celebrar sesiones en él; y á otra nota del presidente de la sección de Bellas Artes é Instrucción de la Comisión de Exposición de 1888 en Santiago y de la Universal de París en 1889, en que solicita una breve memoria sobre el

Centro, su organización y los fines que persigue. Se autorizó al directorio para contestarla.

En seguida se dió lectura á los siguentes trabajos:

Discurso inaugural, por don Francisco A. Concha Castillo.

El desafío de dos valientes, romance por don Carlos Walker Martínez.

El caballo vengador, artículo de costumbres por don Alberto Valenzuela.

Juicio crítico de "Las primeras representaciones dramáticas en Chile" de don Miguel Luis Amunátegui, por don Luis Covarrubias.

SESIÓN EN 22 DE AGOSTO.—Presidió el señor director de turno don Francisco A. Concha Castillo, y asistieron 31 socios, y varios miembros de diversas sociedades análogas al Centro de Artes y Letras.

Leída y aprobada el acta de la sesión anterior, se dió lectura á los siguentes trabajos:

Introducción al estudio de la Sociología, por don Javier Vial Solar.

La mano fría, poesía, y *Estudio histórico sobre Luis* XIV por don Enrique del Campo.

El Suplementero, cuadro de costumbres por don Vicente 2.º Santos.

Á la belleza y *Estrofas*, poesías por don Claudio Barros.

Catalina de Anhalt, drama histórico en verso (acto primero) por don Juan Francisco Ureta Rodríguez.

SESIÓN EN 29 DE AGOSTO.—Presidió el señor director de turno don Francisco A. Concha Castillo, y asistieron 33 socios, y muchos miembros de algunas corporaciones análogas al Centro de Artes y Letras.

Leída y aprobada el acta de la sesión anterior, se dió cuenta de una nota de la Academia Filosófica de Santo Tomás de Aquino, en que agradece y acepta la invitación que se le hizo á las sesiones del Centro; y de otra nota en igual sentido del Directorio del Círculo Católico de Santiago.

En seguida se dió lectura á los siguentes trabajos:

Preliminares de estética, discurso por don Rafael Errázuriz U.

Por donde quiebra la soga, poema por don Antonio Espiñeira.

Apuntes para un bosquejo sobre la unidad de las ciencias en Dios, por don Raimundo Salas.

El Campamento de Caucato, por don José C. Larraín.

SESIÓN EN 5 DE SEPTIEMBRE.—Presidió el señor director de turno don Rafael Errázuriz Urmeneta, y asistieron 38 socios y buen número de personas invitadas.

Leída y aprobada el acta de la sesión anterior, se dió cuenta de una nota circular de los señores Joaquín Larraín Gandarillas, Obispo de Martyrópolis; Alberto Vial Guzmán; Ramón Angel Jara; Domingo Fernández Concha, y Abdón Cifuentes, por la que invitan al directorio del Centro á la Asamblea para iniciar los trabajos de la Universidad Católica de Chile.

En seguida se dió lectura á las siguientes composiciones:

De las atribuciones del Estado, discurso por don Joaquín Walker Martínez.

Poesía, por don Domingo Portales.

La seudo crítica literaria, por don Pedro N. Cruz.

Argumento y *En cuanto hombre*, poesías humorísticas por don Manuel Barros Barros.

Acto continuo usó de la palabra el señor don Ventura Blanco, quien, á propósito del discurso del señor Walker Martínez, manifestó la utilidad de estudiar la ciencia política, é indicó la conveniencia de que el Centro dedicara parte de sus sesiones á la investigación de algunos problemas sociales y políticos, como el que el señor Walker Martínez había planteado, y otros no menos interesantes.

SESIÓN EN 12 DE SEPTIEMBRE.—Presidió el señor director de turno don Rafael Errázuriz U. y asistieron 23 socios y buen número de personas invitadas.

Leída y aprobada el acta de la sesión anterior, se dió cuenta de una invitación de los señores don Rafael Eyzaguirre y don

Rodolfo Vergara para concurrir á un acto literario-musical de la academia literaria del seminario de Santiago, el domingo 9 de septiembre.

Los trabajos leídos en esta sesión fueron los siguientes:

De las relaciones entre las bellas letras y el bello sexo, discurso por don Luis Covarrubias.

Del origen del poder, discurso por don Enrique Larraín Alcalde.

En seguida, y á indicación del señor director de turno, se acordó no tener sesión el miércoles 19 de septiembre, y que el Centro celebrara una pública y solemne el miércoles 26, quedando ámpliamente facultado el directorio para organizarla.

SESIÓN PÚBLICA EN 26 DE SEPTIEMBRE.—Deseoso el directorio de dar á este acto la mayor solemnidad posible, púsose de acuerdo con la Academia Musical del Círculo Católico é invitó á los señores don Antonio Alcalá Galiano, don Juan Agustín Barriga, don Francisco A. Concha Castillo y don Claudio Barros, á que hicieran uso de la palabra. Aceptaron estos caballeros la invitación, y el programa de la sesión quedó formado de la siguiente manera:

Primera parte

I. Rossini, *Italiana*, obertura por la Academia Musical.

II. Discurso de don Juan A. Barriga.

III. Waldteufeld, *La Berceuse*, valse, por la Academia Musical.

IV. Canto poético de don Francisco A. Concha Castillo.

Segunda parte

V. Poesía de don Claudio Barros.

VI. Strauss, *Methusalem*, obertura, por la Academia Musical.

VII. Discurso de don Antonio Alcalá y Galiano.

VIII. Waldteufeld, *Les Patineurs*, valse, por la Academia Musical.

Á las 8 y media P. M., el gran salón del Círculo Católico estaba completamente lleno de señoras, señoritas, caballeros y jóvenes que con su presencia, demás de corresponder á la invitación y á las expectativas del directorio, daban público testimonio del favor y simpatías con que el Centro de Artes y Letras ha sido recibido y con que cuenta en el seno de nuestra sociedad.

Minutos después comenzó la sesión, y antes de que el señor Barriga hiciera uso de la palabra, púsose de pie el señor director de turno don Rafael Errázuriz U., y en breves frases dió la bienvenida á la concurrencia.

La velada terminó á las 11 P. M. dejando la más agradable impresión en la concurrencia, que pasaba de 800 personas.—El directorio del Centro de Artes y Letras se siente satisfecho de haber interpretado con fidelidad los deseos de la institución, y de haber organizado una sesión de que por mucho tiempo conservará recuerdo nuestra sociedad.

NOTAS

Publicamos á continuación algunas de las notas cambiadas últimamente entre el Centro de Artes y Letras y las personas y corporaciones que se expresa:

Santiago, 5 de septiembre de 1888.

Muy señor mío:

El Centro de Artes y Letras de esta capital celebrará la noche del 26 del mes en curso, una sesión pública, literario-musical, en el Círculo Católico.

El directorio del Círculo, encargado de organizar esta velada, en el deseo que le anima de darle el mayor realce posible ha

acordado invitar á Ud. á que, si lo tiene á bien, se digne usar en ella de la palabra.

En la esperanza de que Ud. accederá á este deseo del directorio, que lo es también del Centro de Artes y Letras, tengo el honor de suscribirme de Ud. su muy atento y seguro servidor.—RAFAEL ERRÁZURIZ U.—*Luis Covarrubias*, director-secretario.—Al señor don Antonio Alcalá Galiano.

Santiago, 16 de septiembre de 1888.

SEÑOR PRESIDENTE DEL CENTRO DE ARTES Y LETRAS

Muy señor mío:

He tenido el gusto de recibir la atenta comunicación de Ud. en que, á nombre del Directorio de ese ilustrado Centro, tiene la bondad de invitarme para que haga uso de la palabra en la sesión pública que ha de celebrar en la noche del 26 del corriente.

Me honra de tal modo semejante invitación, que no puedo menos de aceptarla agradecido; y aunque me prueba que amigos que me favorecen con un exceso de benevolencia, han hecho creer á Uds. que mi cooperación vale mucho más de lo que en realidad ha de resultar, procuraré, al descubrir mi insuficiencia, hacer á la vez patente mi buen deseo.

Con este motivo, tengo el gusto y la honra de ofrecerme de Ud. y sus dignísimos consocios, como su más atento y seguro servidor q. b. s. m.—*A. A. Galiano.*

Santiago, 27 de septiembre de 1888

Muy señor mío:

En nombre del Directorio del Centro de Artes y Letras, tengo el honor de manifestar á Ud., y por su intermedio á todos

los miembros de la Academia Musical del Círculo Católico, su más sincero agradecimiento por la participación tan inteligente como entusiasta de la Academia en el acto literario-musical de anoche, á cuyo éxito y buen resultado contribuyó en gran manera.

El Directorio del Centro de Artes y Letras se congratula doblemente de haber procedido, en la sesión solemne dada anoche, de acuerdo con la Academia que Ud. preside, pudiendo así ofrecer á la sociedad de Santiago un espectáculo digno de su cultura, y tendiendo lazos de unión entre dos sociedades cuyos fines se relacionan en las esferas del arte.

Con sentimientos de distinguida consideración para Ud. y cada uno de los caballeros de la Academia Musical que Ud. preside, me es grato suscribirme de Ud. atento y seguro servidor. — JAVIER VIAL SOLAR. — *Luis Covarrubias*, director-secretario. — Al señor presidente de la Academia Musical del Círculo Católico.

Santiago, 27 de septiembre de 1888

Muy señor mío:

La buena voluntad é inteligencia con que Ud. contribuyó á dar realce á la sesión solemne del Centro de Artes y Letras celebrada anoche de acuerdo con la Academia Musical del Círculo Católico, ha empeñado la gratitud del Directorio, encargado de organizarla, y me es muy honroso manifestar á Ud. su agradecimiento.

Sírvase, señor, aceptar los sentimientos de distinguida consideración con que me suscribo de Ud. atento y seguro servidor. —JAVIER VIAL SOLAR.—*Luis Covarrubias*, director-secretario. —Al señor don Antonio Alcalá Galiano.

Santiago, 30 de septiembre de 1888.

Muy señor mío:

En nombre del Directorio del Centro de Artes y Letras tengo el honor de manifestar á Ud., y por su intermedio á los miembros del Directorio del Círculo Católico de Santiago, su más sincero agradecimiento por la buena voluntad y facilidades de todo género que encontramos en el Círculo para realizar, de acuerdo con la Academia Musical, la sesión solemne del 26 del mes que termina, y sin las cuales ésta no habría dado el brillante resultado que dió.

Con sentimientos de distinguida consideración para Ud. y demás caballeros del Directorio que Ud. preside, me es grato suscribirme de Ud. atento y S. S.—RAFAEL ERRÁZURIZ U.—*Luis Covarrubias*, director-secretario.—Al señor presidente del Círculo Católico de Santiago.

Santiago, 30 de septiembre de 1888.

Señor:

Me es muy grato significar á Ud. mi más sincero reconocimiento por habernos facilitado la excelente banda del regimiento de su mando para la sesión pública que, de acuerdo con la Academia Musical del Círculo Católico, dió el Centro de Artes y Letras en el gran salón del Círculo la noche del 26 de este mes, y que en gran manera contribuyó al buen éxito de la fiesta.

Sírvase, señor, aceptar los sentimientos de distinguida consideración con que tengo el honor de suscribirme de Ud. atento y S. S.—RAFAEL ERRÁZURIZ U.—*Luis Covarrubias*, director-secretario.—Al señor coronel don Manuel Bulnes, comandante del Regimiento de Granaderos.

Legación de Bolivia en Chile

Santiago, 25 de septiembre de 1888.

Señor:

Tengo el honor de pasar á manos de Ud., para su conservación en los salones de esa Sociedad, un ejemplar del retrato del coronel don Pedro Domingo Murillo, protomártir de la revolución americana del 16 de julio de 1809, restaurado y litografiado mediante el interés cívico de la Municipalidad de La Paz.

Con tal motivo me es grato saludar á Ud. como su atento y S. S.—*M. Terrazas.*—Al señor don Rafael Errázuriz U., presidente del Centro de Artes y Letras.

Santiago, 30 de septiembre de 1888.

Señor:

He tenido el honor de recibir su atenta nota de fecha 25 del presente, como asimismo el ejemplar del retrato del coronel don Pedro Domingo Murillo, protomártir de la revolución americana del 16 de julio de 1809, retrato que Ud. me envía para su conservación en los salones del Centro de Artes y Letras.

En nombre del Centro de Artes y Letras, agradezco á Ud. muy sinceramente el significativo obsequio que Ud. se sirve hacerle, y espero la próxima reunión de la Sociedad para presentárselo y darle cuenta de su apreciable comunicación.

Con sentimientos de distinguida consideración me es grato sucribirme de Ud. atento y S. S.—RAFAEL ERRÁZURIZ U.—*Luis Covarrubias*, director-secretario.—Al señor don Melchor Terrazas, Ministro Plenipotenciario de Bolivia en Chile.

APUNTACIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS USADAS EN CHILE, ESPECIALMENTE EN EL LENGUAJE LEGAL Y FORENSE

(Continuación)

"Esta *chicha* (la de uva), dice, es una bebida muy apreciada en Chile; y las familias ricas como las pobres, hacen un gran consumo de ella, mientras conserva su dulzura. La de Aconcagua tiene mucha fama, sobre todo la que preparaba el señor Lastra; pero hoy casi toda la gente la fabrica igualmente buena.

"Se prepara con la *lagrimilla*, eligiendo de preferencia la que se saca de las uvas más dulces. Á esta *lagrimilla*, se le da un cocido ligero, que frecuentemente no alcanza á hervir, y después de enfriarla, se echa en barriles, cuya boca se tapa perfectamente. Desde luego se opera la fermentación con gran producción de ácido carbónico, lo que pondría en riesgo el barril, si no se tuviera cuidado de abrirle un pequeño agujero, para dar salida á este gas. Este agujero queda tapado por una clavija que se quita cada dos horas, mientras dura la fer-

mentación. La *chicha* así preparada se trasvasa en barriles para el consumo. Al cabo de seis á ocho días, se puede ya á hacer uso de ella; y muchas personas así la prefieren por ser entonces espumosa y fogosa, pero desarrolla muchos flatos, y por este motivo se suele tomar sólo uno ó dos meses después. Es de poca duración; ya en octubre principia á picarse y se emplea entonces para la destilación. Se necesitan ordinariamente cinco arrobas de este licor para conseguir una de aguardiente. Sin embargo, hay *chichas* que duran hasta enero, cuando están bien preparadas, y según un buen método.»

Lo expuesto manifiesta que la definición mencionada de *chicha*, dada por la Real Academia, necesita ser modificada si se quiere que comprenda todos los objetos á que legítimamente se ha aplicado por extensión.

Y ya que de *chicha* hablo, terminaré este artículo diciendo algo sobre una locución familiar, en la cual figura esta palabra.

En un sainete de don Ramón de la Cruz, titulado El Peluquero Casado, se leen estos versos:

Manuel

... Poco á poco;
no respondas con soberbia,
porque empezaremos mal.

Ambrosia

¡Oyes, mocoso, pues cuenta
conmigo! ¿Qué modo es ese
de tratar á tu parienta?
¿Sabes con quién te has casado?

Joaquina

¿Cuándo lo pensara ella
la muy cochina?

Ambrosia

¿Á mi ahijada?

Joaquina

Á su ahijada, y á cuarenta
madrinas de *chicha y nabo*...

Un periódico titulado EL AVERIGUADOR: CORRESPONDENCIA ENTRE CURIOSOS, LITERATOS, ANTICUARIOS, etc., que aparecía en Madrid el año de 1871, trae, entre otros por el estilo, el siguiente suelto:

"El DICCIONARIO de la Academia da á la frase *chicha y nabo*, aplicada á una cosa cualquiera, la equivalencia de *cosa de poca importancia ó despreciable;* pero éste no pasa de ser un sentido metafórico. En un libro raro sobre ARBITROS AL CONCURSO DEL VELLÓN, escrito por Barbón y Castañeda, á principios del siglo XVII, se dice que en la Calle Mayor de esta corte, los comerciantes Juan Juge, Sisbierto y Pierres vendían orillos, *pasasarrollo*, fustán, bocasí, y *chicha y nabo*, citando estos géneros como de poca importancia y despreciables. ¿Estará aquí el sentido propio de la frase que sirve de ingreso á esta pregunta, ó se usaría ya entonces en la única acepción que expresa la Academia? En todo caso, ¿cuál es su origen?

Me parece que ese origen no es ni oscuro, ni dudoso.

Chicha se toma en la frase citada por el ínfimo de los licores, y *nabo* por el ínfimo de los alimentos.

Tal es la razón porque *chicha y nabo* corresponde á *cosa de poca importancia ó despreciable.*

CHILE

¿Cuál es la etimología de esta palabra?

Garcilaso de la Vega, en sus COMENTARIOS REALES, parte 1.ª, libro 5, capítulo 25, refiere que el inca Viracocha hizo una visita á las provincias de su imperio.

Estando en la de los Charcas, llegaron á su presencia unos mensajeros del Tucumán, que venían á ofrecerle vasallaje.

Garcilaso cuenta que estos mennajeros, al despedirse del soberano le dijeron este discurso:

«Sólo, señor, porque no quede nadie en el mundo que no goce de tu religión, leyes y gobierno, te hacemos saber que, *lejos de nuestra tierra*, entre el sur y el poniente, está un gran reino llamado *Chili*, poblado de mucha gente, con los cuales no tenemos comercio alguno, por una gran cordillera de sierra nevada que hay entre ellos y nosotros; mas la relación tenémosla de nuestros padres y abuelos, y pareciónos dártela para que hagas por bien de conquistar aquella tierra, y reducirla á tu imperio para que sepan tu religión, y adoren el sol y gocen de sus beneficios.»

Garcilaso agrega lo que va á leerse:

«El inca mandó tomar por memoria aquella relación, y dió licencia á los embajadores para que se volviesen á su tierra.»

Tal fué la primera vez que, según la tradición conser-

vada en los *quipos* (Rosales, *Historia General de Chile*, tomo 1.º, página 186, columna 2), se pronunció en el imperio peruano la palabra de que se ha derivado el nombre con que nuestro país fué designado en la época colonial, y es designado hasta el presente.

Hablando yo sobre el origen de la palabra *Chile* con uno de mis amigos aficionado á estas investigaciones eruditas, me hizo notar que en el VOCABULARIO DE LA LENGUA AIMARÁ por el padre Luis Bertonio, cuya primera edición es de 1612, viene una palabra que, por la forma y el significado, parece ser el primitivo de *Chile*.

Efectivamente, el padre Bertonio dice que, en aimará, *Chilli* equivale á «lo más hondo del suelo.»

Trae además dos locuciones del mismo idioma que arrojan mucha luz en este asunto.

Chilli Thakhsi significa «los confines del mundo.»

Hacca chillitha hacca chilli cama haquaca ancha koyatauhua significa: «Desde un término del mundo al otro todos los hombres somos miserables.»

Para mayor claridad advertiré que, según el padre Bertonio, *thakhsi* equivale en aimará á «el horizonte y término de la tierra.»

Creo que esta etimología de la palabra *Chile* merece ser considerada.

Como he estudiado algo por mi parte la cuestión, voy á exponer las razones que tengo para pensarlo así.

Resulta que, según Garcilaso, fueron unos mensajeros del Tucumán los primeros que llevaron al Perú la palabra *Chili*.

Se comprende sin ninguna dificultad que el historiador de los incas, ó quizá sus compatriotas, hayan con-

vertido la palabra *Chilli* en *Chili*, forma que Garcilaso emplea constantemente en su obra.

Se sabe que los habitantes de la comarca que los aborígenes denominaron Tucuma, y los españoles Tucumán, hablaban, á lo menos en el tiempo de la conquista, diversos dialectos que no pertenecían al idioma aimará; pero tal consideración no autoriza para negar en lo absoluto, á tantos siglos de distancia, y con entera carencia de datos, el que los mensajeros recibidos por Viracocha hubieran podido emplear una palabra que, de un modo ó de otro, pudo haber llegado á su conocimiento.

Ello es que el significado de *Chilli* en aimará corresponde perfectamente á la situación peculiar del territorio comprendido entre los Andes y el Pacífico, el cual puede ser llamado con propiedad «lo más hondo ó lejano de la tierra; el término ó el confín del mundo».

Sé que las noticias del Garcilaso, por lo común, pecan de vagas; y que, dado el modo como hubo de componer su obra, así habían de ser; pero conviene hacer notar que, en el discurso de despedida que, según refiere, los mensajeros del Tucumán dirigieron á Viracocha, se encuentra la idea de *Chile* ó *Chili*, país lejano.

Y esto me trae á la memoria otro incidente que no deja de ser instructivo en la materia sobre que voy discurriendo.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

(Continuará)

OBJETO Y NATURALEZA

DE LAS OBRAS DE ARTE SEGÚN EL IDEAL CRISTIANO (1)

I

El cristianismo que engrandece tanto á la humanidad y que penetra con su savia generosa hasta lo más íntimo de nuestra vida, debía imprimir también en el arte el movimiento ascendente que imprime en todas las cosas. Si las costumbres santas son la germinación natural de las doctrinas verdaderas, las bellas creaciones del arte son la eflorecencia espontánea de las unas y de las otras; el fruto de oro de toda esa savia de verdad, de amor y de pureza que circula por las venas del cristianismo. Esta religión que siembra en todo y en todas partes la verdad, desarrolla el bien y crea el orden y la armonía, debía también hacer florecer la belleza. De esta manera el arte se une por sus más profundas raíces y por sus creaciones más brillantes al centro viviente del cristianismo, á Jesucristo, eterna fuente de arte, de ciencia y

(1) Exposición compendiada de las doctrinas del P. Félix.

de santidad, es decir, foco de toda belleza, de toda verdad y de todo bien.

Pero antes de estudiar cómo el soplo divino de Cristo fecundiza, eleva y transforma el arte, es necesario que analicemos su naturaleza, su vocación, sus condiciones de grandeza y sus causas de decadencia.

El objeto propio, inmediato y directo del arte es la belleza, aunque no es su objeto final ni su fin supremo. El filósofo y el sabio tienen por objeto propio, en sus investigaciones, la verdad, y la expresan por medio de fórmulas. El santo, en sus esfuerzos generosos, tiene por objeto el bien y lo traduce en actos de virtud, á menudo heróicos. El artista en sus trabajos, á veces heróicos también, tiene por objeto la belleza y la traduce en sus obras. Enamorado de ella, trata de expresarla en sonidos, en colores, en palabras, en una forma cualquiera que le sea adecuada.

Pero ¿qué es lo que traducimos por la palabra *belleza?* No apliquemos aquí el escalpelo del análisis. Nuestra alma la siente sin necesidad de definir lo que por su naturaleza parece escapar á toda definición.

En efecto, ¿no la vemos resplandecer á nuestros ojos en la creación entera? ¿No hemos sentido su indefinible seducción á la vista de uno de esos lagos transparentes en cuyas aguas se reproducen, como en un espejo, los árboles, las plantas y las flores, los bosques y las risueñas praderas con los variados espectáculos del cielo? ¿No hemos experimentado una especie de éxtasis beatífico al contemplar la bóveda celeste en una de esas cálidas tardes de verano, á la hora en que el sol lleva á otras regiones el explendor de su luz y se acerca la noche á rodearnos con su sombra y sus misterios?

Y cuando las estrellas titilando allá en el fondo del firmamento, parecen mirarnos y hablarnos con su majestuoso silencio y embriagarnos con su visión, ¿no sentimos, como Agustín y Mónica en las riberas de Ostia un poder invisible que nos eleva de la tierra al cielo? Y mirando más arriba en el orden de las maravillas que despliega Dios á nuestros ojos, ¿no hemos contemplado al hombre, que reúne en incomparable armonía todos los reflejos de la naturaleza y todos los reflejos de Dios mismo, desde que, simpática criatura, le vemos dormido en la cuna con sonrisa celestial, hasta que, en medio de su carrera, en el desarrollo total de su naturaleza, irradia de su fisonomía un resumen de las perfecciones del mundo material? Y, sin embargo, no es eso lo que hay de más grande en el hombre, sino su alma, que es imagen de Dios; es su esplendor moral, es la santidad inundando su rostro de una luz incomparable.

¿Por qué palpita nuestro corazón y se conmueve nuestra alma delante de estos espectáculos de la creación? ¡Ah! es que en sus diversas esferas aparece una sola cosa, lo bello: lo bello en el mundo material, lo bello en el mundo viviente, lo bello en el mundo humano, y en el mundo humano lo que hay de más bello, la belleza moral, el grado más alto de la belleza creada.

Sí, por donde quiera que hayamos reconocido este algo eternamente seductor cuya idea está grabada en el fondo de nosotros mismos y cuyo encanto se nos impone con una fuerza irresistible, si bien no encontramos su definición ni sondeamos su misterio, hemos reconocido lo bello, es decir, lo verdadero, que resplandece, la armonía que resuena, el bien que fulgura, la vida que se esparce poderosa y ordenada; lo bello, es decir, la unidad que irra-

dia en la diversidad, y por esta irradiación hace brillar en nuestra alma inteligente y sensible *el esplendor del orden*, según la expresión de San Agustín, la belleza misma.

Unidad, variedad, conveniencia, proporción, simetría, fuerza, armonía, todo esto entraña el misterio oculto de la belleza que busca el artista y todo se resume en una palabra, *el orden;* no el orden abstracto, vacío y muerto, sino el orden viviente, activo, esplendoroso.

La verdad, la vida, el poder resplandeciendo en el orden, que lleva en sí el esplendor de la unidad, he aquí lo que en toda la jerarquía de los séres da el sentido de la belleza, provoca la admiración y enciende el entusiasmo.

Reproducir la belleza, expresarla, crearla á la imagen de la idea que de ella se forma bajo el poder del sentimiento que experimenta, tal debe ser la ambición de todo artista verdadero y tal el primer objeto de toda obra artística.

Así, pues, lo que ante todo hace al artista, lo que le prepara á la creación de las grandes obras, es una manera superior de ver y de sentir lo bello al choque eléctrico que al mostrarse produce la belleza en el genio que la mira y que al mirarla la ama. El artista saca de esa mirada y de ese amor, el deseo de reproducirla y el poder de expresarla. Fuera de ahí, podremos tener los hombres del oficio, jamás hombres del arte.

Si ante el orden y la armonía que relucen en la superficie de los séres, haciendo resaltar del fondo de todos ellos las repentinas intuiciones y el claro discernimiento de la belleza; si como el filósofo, ó mejor que él, nuestra alma no toca lo bello como él toca lo verdadero; si es

necesario decirnos, al mostrarnos las grandes obras del arte ó de la naturaleza, *he aquí la belleza*, y nuestro instinto no la adivina ni la siente como nos sentimos á nosotros mismos; si nuestra vista no tiene esa lucidez que la reconoce á la primera mirada, no, no seremos ministros del arte. Si ante lo bello, es decir, ante el esplendor del orden, nada se conmueve, nada vibra en nosotros; si esta armonía no despierta ecos profundos en nuestra alma y no resuena allá dentro más sonora aun que fuera de nosotros; si esta belleza contemplada un momento no graba en nuestro corazón arrobado una imagen viva é indeleble de sí misma, fuerza es repetirlo, no seremos artistas.

Vamos más lejos todavía, sin temor de ser desmentidos. Si nuestro corazón no ha permanecido sensible y puro, al menos relativamente, y no sabe encenderse en una casta pasión por las bellezas inmaculadas que pasan ante nuestros ojos en el doble dominio del arte y de la naturaleza; si no tenemos para ellas algo de la mirada de los ángeles y del corazón de los serafines en su beatitud eterna cara á cara con la eterna belleza; ó más bien, si participando algo del ángel y del serafín y recorriendo la jerarquía de las bellezas que se pueden ver en la tierra, no subimos grada por grada la escala maravillosa que nos lleva de la contemplación de las cosas creadas á la contemplación de la belleza celestial; si de imagen en imagen no nos remontamos hasta el arquetipo eterno; si nuestra contemplación de la belleza real no está bastante desprendida de las servidumbres de la materia para arrebatarnos hasta la contemplación de la belleza ideal; en una palabra, si con las dos alas de una alta contemplación y de un purísimo amor no levantamos el vuelo

hasta el ideal mismo, hasta ese ideal concreto, sustancial, viviente, que reside en Dios y que es Dios mismo, jamás, por hábiles que sean nuestros sistemas y perfectos nuestros procedimientos, llegaremos al punto culminante de la creación artística; porque jamás imprimiremos en nuestras obras un reflejo de esa divina belleza por la cual son bellas todas las cosas sin la cual nada bello podría existir ni en la naturaleza ni en el arte.

La belleza que el artista debe expresar en sus obras no es, pues, solamente la belleza real. La naturaleza puede y debe servirle para buscar más allá de ella un ejemplar más perfecto, un ejemplar eterno, inmutable, que está sobre toda belleza mudable y pasajera, lo que en la lengua del grande arte se llama *el ideal.*

¡El ideal! astro brillantísimo del mundo artístico, verdadera estrella polar por la cual el genio artístico debe regular todos sus movimientos y cuya inalterable claridad debe alumbrar todas sus obras con un reflejo de lo infinito. ¡El ideal! perfección superior á todo lo que admiramos en la realidad, más bello que todo lo más bello que encontramos en la tierra; belleza celeste en la cual nuestra alma siente como una revelación allá en su santuario más íntimo, y que el genio artístico contempla desde las más altas cimas de su pensamiento vuelto hacia lo infinito; ¡el ideal! que se revela al artista en la misma proporción de su genio y que se retira á más lejanos horizontes á medida que él se le acerca por sus obras más acabadas; ¡el ideal! eterna seducción y eterno desencanto de las más nobles almas, tan impotentes para alcanzarlo cuanto más ardiente en perseguirlo.

Sin embargo, tal debe ser la ambición de todo artista digno de su vocación y de su nombre. Porque lo que

constituye al verdadero genio del arte no es ni la intuición ni la imitación de las cosas creadas tales cuales son y tales como se ven en la realidad; es la expresión de las cosas vistas á la luz transfiguradora de su ideal. El genio del arte es la potencia de ver y de coger el ideal en un grado superior y de expresarlo bajo una forma esplendorosa. El genio del arte es el gran poeta que, después de trabajar veinte años en la creación de una obra maestra, quiere, antes de morir, entregarla á las llamas; tan lejos está á sus ojos esa obra, ya tan bella y que habrá de ser tan admirada, del ideal que él ha entrevisto. Genio del arte es Fidias, que, al decir de Cicerón, cuando esculpía sus estatuas de Minerva y de Júpiter, esos tipos famosos del arte antiguo, no se contentaba con mirar un bello modelo humano, para tomar su semejanza, sino que al mismo tiempo dirigía su pensamiento y su mano á asir el tipo de belleza que contemplaba allá en el fondo de sí mismo. El genio del arte es Rafael, que escribía á un amigo: «Como no tengo modelos que me satisfagan, me sirvo del ideal que encuentro en mi alma». El genio del arte es Miguel Ángel, legándonos en una poesía digna de Dante y de sí mismo estas palabras que debieran meditar todos los artistas: «Desplegando sus alas para elvarse hasta los cielos de donde ha descendido, el alma no se detiene en la belleza que seduce los ojos y que es tan frágil como engañosa, sino que trata, en su vuelo sublime, de alcanzar el principio de lo bello universal.» Y agregaremos todavía; que el genio del arte es el cristianismo transfigurando el alma humana, y que, sin maldecir los tipos de belleza creados por el genio de la Grecia, de más allá de las nubes que velaban el cielo de la humanidad pagana, nos ha traído el verdadero

tipo de la belleza, tipo inalterable, eterno, que aun el paganismo entreveía al través de espesas sombras, el Verbo increado, imagen de la sustancia del Padre, que pudo decir al descender de los cielos para mostrarse á la tierra: El ideal soy yo.

En efecto, este ideal atrae á todos los genios que le contemplan por su natural atracción; pero no á todos los atrae de la misma manera. Los genios gravitan hacia el ideal universal en razón de su poder y de su aproximación. Mientras más sienten la atraccion del grande astro y más se remontan hacia él, mas sienten crecer esa fuerza que los atrae hacia la altura. Esta diferencia de atracción que el ideal ejerce sobre ellos y la manera diversa como reciben su luz y su calor, produce en su variedad infinita las bellas flores del arte, así como el sol material, siempre idéntico á sí mismo, produce en variedad también infinita las bellas flores de la naturaleza.

Recorramos la superficie de la tierra y contemos, si podemos, todos los árboles, todas las plantas y las flores, con sus géneros, sus especies y sus familias, todas esas formas plásticas de la belleza brotadas á los rayos de un mismo sol. ¿Por qué todas esas bellezas se presentan de una manera tan prodigiosamente diversa? Es que todos esos árboles, esas plantas y esas flores se asimilan de una manera diversa la misma luz y el mismo calor; y esta diferencia, resultado de su predisposición nativa, hace lucir en la naturaleza viviente esa imponderable variedad que es el complemento de su belleza. Así los artistas difieren en la manera de mirar y de amar su común ideal. La luz del mismo astro los ilumina, y los enciende un mismo calor; pero sus aptitudes y su atracción son diversas, la asimilación interior no es la misma y sus pro-

ducciones son diferentes. Para todos y para cada uno, el ideal concebido por su inteligencia y amado por su corazón es lo que fecundiza su genio; y este genio del hombre inundado de esta luz y fecundado por este calor, este genio, desplegándose poderosamente, producirá la creación artística. Y si el alma es grande, ardiente la imginación, el corazón abrasado, lúcida la inteligencia, ejercitada la mano; si facultades poderosas, comovidas é inflamadas por el ideal, son movidas por una destreza adquirida, y, sobre todo, si el alma ya grande y luminosa, ha sido engrandecida é iluminada aún por su contacto con el ideal eterno, es decir, con Cristo, ¡oh! entonces será una obra maestra, será en grado superior lo que hemos llamado expresión sensible de la belleza ideal bajo una forma creada, será la creación artística por el genio humano, es decir, el hombre, imitando con su potencia creadora las creaciones de Dios.

II

Mirado á la luz de estas ideas, el arte se nos revela en toda su grandeza, como el poder que más nos asemeja á Dios, el poder de hacer, como Dios, obras creadas contemplando el ideal que Él contempla en sus creaciones. La obra de arte es creación y el artista es creador en cuanto la gloria de este nombre es compatible con su naturaleza limitada. En esto se distingue el artista del filósofo, del sabio, de todo lo que no es él. El filósofo establece principios y deduce conclusiones; pero como filósofo no crea. El sabio sorprende en el seno de la naturaleza algunos secretos de Dios; pero como sabio tampoco crea. Una cosa es comprender y otra cosa es

producir; una cosa es inventar y otra cosa es crear. El genio filosófico puede ser generalizador é iluminador; el genio científico puede ser inventor y aún revelador; sólo el genio artístico es creador.

Sin embargo, un profundo abismo separa las creaciones de Dios de las creaciones del hombre. Dios crea á la vez la sustancia y la forma; el hombre crea en sus obras la forma tan sólo; pero, como quiera que sea, hay creación, es decir, manifestación de la belleza bajo una forma sensible por una potencia creadora. La gloria de las creaciones del hombre consiste en asemejarse lo más posible á las creaciones de Dios.

Crear, en el sentido general de la palabra, es manifestar en la realización del sér una idea preexistente. Dios, desde toda eternidad, ve y contempla en su Verbo, es decir, en su propia inteligencia, los tipos eternos de todos los mundos y de todos los seres á que su poder infinito puede dar existencia. Así es como Dios, en cuanto creador de los mundos y de sus maravillas, se nos presenta como el artista supremo. Su Verbo es su ideal y el universo su obra. Realizando todas las bellas criaturas de que ha sembrado este universo, obra de sus manos, ha dado con la sustancia una forma sensible á la belleza que contempla en sí mismo, en su arquetipo infinito. Los espectáculos transitorios que nos muestra en la creación, no son más que una forma sensible del espectáculo eterno que contempla en sí mismo; y las armonías que hace resonar en nuestros oídos en el concierto de los mundos, no son también mas que una forma sensible de las armonías que Él oye en sí mismo; eterno concierto que Dios se canta y que escucha en lo más íntimo de su sér. Y, no obstante, ¿quién pudiera decir en lenguaje humano

todo lo que el divino artista nos hace ver en esos espectáculos y todo lo que nos hace oír en esas armonías que son la belleza del universo? ¡Qué magníficas é incomparables arquitecturas ha realizado su potencia creadora en en la construcción del universo, vasto templo, más bello que todos los templos, en que habita y se revela á sí mismo! ¡Qué arrobadoras pinturas nos presenta el divino artista en el esmalte maravilloso de los prados, en la frente de los lirios y de las rosas, en el límpido cristal de las fuentes, en el variado plumaje de las aves, en el azul del firmamento y, sobre todo, en la fisonomía del hombre, en la que se resumen todas las bellezas visibles transfiguradas por un reflejo de la invisible belleza! Y ¡qué prodigiosas esculturas ha esparcido también por todas partes en este templo de la creación, el cincel misterioso del divino escultor, desde el humilde hisopo hasta la robusta encina, y desde el más insignificante insecto hasta el más colosal de los animales! ¡Qué variedad de líneas, qué elegancia de formas, qué pureza de dibujo, qué prodigios de proporción, qué perfección de detalles y qué armonía de conjunto! Y del fondo de todos estos seres tan divinamente construídos, pintados y esculpidos, ¡qué admirable música resuena, música á ninguna otra parecida, vasta como el espacio, perpetua como la duración, como la creación grande, verdaderamente universal, en la cual se mezclan todas las voces, en la que vibran todas las cuerdas, en la que repercuten todos los sonidos y en la que todo sér creado hace oír, más ó menos comprendido, más ó menos escuchado, su himno al Criador! ¡Oh! si pudiésemos oír á la vez estos conciertos, que no se callan ni de día ni de noche de un extremo á otro de la creación, desde el zumbido del imperceptible insecto en

un rayo de sol, hasta el rugido del león en el fondo de la selva, y desde la quejumbrosa melodía del arroyo hasta la voz aterradora del trueno en la tempestad! ¡Si pudiéramos abarcar con una mirada, tan vasta como el universo, todas esas arquitecturas, todas esas pinturas y esculturas, todas esas formas de la belleza creada; si pudiéramos ver, oír, gustar y respirar todas esas poesías de la tierra y del cielo, ¡gran Dios! qué encanto, qué arrobamiento experimentaríamos ante esas bellezas terrestres á pesar de la imperfección inherente á su misma creación!

Pero aunque tuviéramos la doble facultad de ver todo lo que el sol alumbra, de oír todos los ecos que resuenan en el seno de la naturaleza ¿cómo podríamos reproducir todos esos espectáculos y todas esas armonías? ¿Dónde encontraríamos los materiales para imitar todas esas arquitecturas, el cincel con que reproducir todas esas esculturas, y los colores para copiar todas esas pinturas? ¿Cómo con algunas cuerdas, con un instrumento cualquiera, por bien templado que sea, imitaríamos el gemido del mar en la playa, el rugido de las olas en la tempestad, el canto de las hojas al paso de la brisa, el suspiro misterioso de todas las plantas que vegetan en la naturaleza? Y ¿cómo imitar algo de ese canto de las esferas celestes que Dios oye en el espacio y que también podrían oír criaturas organizadas de otra manera que nosotros?

No importa: si no podemos ver todas esas bellezas ni podemos oír todas esas armonías; si no podemos reproducir todos esos espectáculos ni repetir todos esos conciertos, podemos ver, oír y expresar algo de todo eso. Esos espectáculos y esos conciertos, si somos artistas, nos traen con su encanto el amor á la belleza creada;

sentimos la necesidad de reproducir esas visiones que nos seducen, de repetir esas armonías que nos arroban y tenemos la ambición de estampar en nuestras creaciones humanas una imagen de esa belleza que es la obra de Dios. Porque si Dios es un artista divino que lleva en sí mismo el ejemplar eterno de las bellezas que crea en el tiempo, el artista, por su parte, es un creador humano, cuya gloria consiste en comprender y en reproducir algo de la obra divina.

Pero ¿cómo? ¿Cómo imita el artista en sus creaciones las creaciones divinas? Será mirando solamente las obras creadas tales como se presentan á nuestros ojos? Nó, es mirando como Dios en Dios mismo su arquetipo eterno; es contemplando de una manera más ó menos clara, en su Verbo divino, el ejemplar increado de sus obras creadas. Limitar al artista á una simple reproducción adecuada del sér creado que tiene á la vista, sería rebajar la majestad de la potencia creadora hasta el calco ó la fotografía de la realidad; sería destituír al artista de su dignidad y de sus funciones, sería quitarle su verdadera fisonomía, su gloria y su corona; sería anularlo, en una palabra.

El artista, pintor ó escultor, á la hora de su inspiración, ve pasar delante de sí bellezas que apagan á sus ojos todas las bellezas de la tierra. Es que al través de las sombras terrestres el artista creador ve brillar su ideal. El músico, á la hora misteriosa de la inspiración, oye, aún en el silencio, voces que cantan en el fondo de su alma conciertos inefables. Pero ¡ay! cuando quiere sacar del instrumento que vibra en sus manos algo de esa música que oye en el fondo de sí mismo, ve que no puede dar mas que ecos débiles de lo que siente interior-

mente, sonidos rebeldes que se desconciertan al pasar por la materia. De la misma manera el pintor ó el escultor cuando ensaya reproducir y fijar esas imágenes que ha visto pasar con su mirada interior, ve que no hace más que oscurecer con la sombra de su instrumento y de su mano la luz de ese ideal que brillaba tan esplendoroso y tan puro en el cielo de su pensamiento. Lamartine dice que lo que hay de más bello y más divino en el corazón del hombre no sale de él jamás: que entre lo que siente y lo que expresa hay la diferencia que existe entre el alma humana y las veinticuatro letras del alfabeto.

El artista mide con espanto la distancia que existe entre la obra que concibe y la obra que realiza. Por pequeño que se encuentre en la superficie de la tierra, penetra por intuiciones más ó menos sensibles en las profundidades mismas de Dios; mira extasiado ese arquetipo de las cosas que Dios mismo contempla dándoles la existencia, y esta impotencia de ver y la impotencia para traducir lo que ve, le producen indecibles alegrías é indecibles tristezas. De ahí resulta que en toda gran creación artística hay dos momentos solemnes, dos horas que dan al artista creador sentimientos bien diversos: la hora de la concepción y la hora del alumbramiento, la hora en que se inspira y la hora en que ejecuta, la hora en que ve pasar por el cielo del ideal la imagen de la belleza y la hora en que da forma sensible en su obra á esa belleza que ha entrevisto su genio.

Detengámonos un momento á contemplar en el alma del artista este misterio de alegría y este misterio de dolor, contemplación, para quien sabe sentir y comprender, más conmovedora que la de sus mismas obras.

Hay en las creaciones realizadas por el genio artístico una hora sin igual, un momento incomparable: es lo que podríamos llamar el pasaje del astro, cuando ve despuntar en el fondo de lo infinito la primera idea de su obra. El astro de la belleza se levanta poco á poco en los lejanos horizontes de su pensamiento creador. Al principio no es mas que un crepúsculo, en seguida es la aurora de la eterna belleza que dora con su primera claridad las altas cimas de la inteligencia; y á medida que el astro se levanta y avanza el día hasta llegar á su mayor esplendor, el alma del artista en el seno de esa luz siente una alegría indefinible. Ve brillar su idea, radiosa, etérea, celeste y en cierta manera divinizada por su contacto con la belleza divina, y admira su candor virginal y se enamora de su belleza inmaculada. Un cielo radiante y profundo se despliega á su vista y magníficas estrellas parecen responder á su llamado. En esta hora afortunada el alma del artista cree ver en su ideal una visión del cielo descendiendo á la tierra, algo como un anuncio de la encarnación próxima de la belleza de Dios en una obra del hombre. La belleza divina, en efecto, va á manifestarse en una melodía cantada por la voz humana ó en una imagen trazada por la mano del artista.

Pero ¡ay! después de la hora de júbilo viene la hora de la tristeza, hora de abatimientos, de dolor, de angustias y desalientos, á veces de desesperación, porque el artista sabe ya que en la lucha con la materia triunfará sólo á medias y que de esa belleza divina que ha contemplado á favor de un rayo de luz desprendido del eterno foco, no expresará más que un bosquejo que la humanidad aplaudirá entusiasmada mientras que él se sentirá vencido

aún en los brazos de la gloria. Pero tal es el precio de las grandes obras. El artista luchará cuerpo á cuerpo con todas las rebeldías de la materia, con todas las repugnancias de su alma, con todas las dificultades de la ejecución y afrontará intrépido todos los dolores de su alumbramiento. Beberá, si es necesario, en el torrente de todas las amarguras, aceptará todas las melancolías, las agonías y las angustias á que le condene la ley de los trabajos fecundos y gloriosos.

Entonces, tras esa frente pensativa que tan pronto se ilumina como se oscurece, que se dilata de alegría ó se contrae de tristeza, se colora de entusiasmo ó palidece de pavor, pasa algo de extraño: la fecundación silenciosa de la idea por el genio, la elaboración solitaria de ese orden que se hace allá dentro entre los elementos del pensamiento y que se manifestará afuera como fisonomía de la belleza. Así como Dios dejó siglos y siglos á los elementos de la materia para que preparasen este orden espléndido que resplandece en el universo, así también le serán necesarios al artista días y días para crear con los elementos del pensamiento en efervescencia ese orden subjetivo, esa imagen interna de su ideal que, encarnándose en palabras ó vibrando en sonidos, pintándose en colores ó desprendiéndose de un mármol inerte va á seducir á la humanidad.

Sea como quiera, lejana ó próxima, suena para el artista la grande hora en que él también pronuncia el *fiat lux* de la creación. Un día, al través de esos elementos que se agitan en su interior como en un caos, brota la luz, como al principio, al través de la creación súbitamente iluminada. Inundado en esa luz y encendido de

entusiasmo, el artista siente la necesidad de manifestar lo que con tanto brillo resplandece dentro de sí mismo; toma con mano temblorosa el instrumento, ó ministro más ó menos dócil de su genio creador, y dice: Hagamos una obra de arte, una obra brillante de nuestra luz, ardiente de nuestra llama, viviente de nuestra vida; hagámosla bella de unidad y de variedad, de proporción y de armonía, bella de este orden que resplandece en nosotros; hagámosla á semejanza de la imagen radiosa pintada en nuestra alma enajenada, así como esta misma alma está hecha á semejanza de la eterna belleza que refleja en nosotros las profundidades de lo infinito.

Entonces por un acto de real voluntad, voluntad creadora en que la libertad y la espontaneidad, la inspiración y la reflexión se encuentran y se abrazan, todo lo que fermentaba y se removía adentro brilla afuera como una aparición espléndida, como esas flores de los trópicos que han tenido oscuro largo tiempo el misterio de su vegetación y de su fecundidad, y que un día, desplegandose de improviso á los rayos del sol con un abrir magnífico, dejan ver toda su belleza y esparcen todo su perfume.

Es entonces cuando la obra artística, verdadera creación del hombre, aparece á la faz del sol como las creaciones de Dios aparecieron en la luz. Y mientras el artista, todavía lleno de su ideal, triste y humillado mira su obra, suspira y exclama golpeándose la frente: *Nó, no es ella*, la humanidad lo aclama diciendo: *Una obra maestra nos ha nacido.*

Lo ideal ha descendido sobre lo real; esta obra ha salido de Dios pasando por el genio del hombre y debe

retornar á Él por la glorificación que toda creación humana debe al Criador de todas las cosas. ¡Gloria al Verbo eterno, supremo artista del universo, fuente de toda belleza, autor de todos los genios é inspirador de todas sus obras!

ONOFRE JARPA

(Continuará)

LA VOZ DE LAS CAMPANAS

(A mi excelente amigo el distinguido orador sagrado presbítero don Ramón Ángel Jara)

Vivos voco, mortuos plango, fulgura frango.

I

Amigas de los que lloran,
cariñosas plañideras,
que lleváis á otras esferas
la oración de los que imploran;
en vosotras se atesoran,
como en urnas misteriosas,
las ilusiones hermosas,
las esperanzas fallidas,
el adiós de las partidas
y las auroras de rosas...

II

Son vuestras voces reflejos
del hombre y sus ilusiones;

y cual sus rudas pasiones,
lo llevan siempre más lejos.
Al escucharlas los viejos
suspiran con inquietud;
y la alegre juventud
al oír esos sonidos,
halla en ellos repetidos
los cantos de su laúd.

III

Todo en la humana existencia
tiene en vosotras un eco:
el infantil embeleco
y el problema de la ciencia.
A la rígida experiencia
le señaláis su destino;
y al que vagando sin tino
va por el mundo perdido,
vuestro acento conmovido
le hace entrever su camino.

IV

Si al fin de larga jornada
ve ya el viajero anhelante
el cielo puro y radiante
de su patría idolatrada,
vosotras de su llegada
celebráis los regocijos;
y hasta el hogar de sus hijos
llenáis de gratos consuelos,

porque cesaron los duelos
y los cuidados prolijos.

V

Cuando del puerto se lanza
la nave á revueltos mares,
entre dolientes cantares
y con anclas de esperanza,
en alas del viento alcanza
al valiente marinero,
como un adiós postrimero,
la voz del bronce bendito,
que siempre ofrece al proscrito
un porvenir lisonjero.

VI

Si en la campesina aldea,
al despuntar la alborada,
se ve la espiga dorada,
fruto de ruda tarea,
la campana que voltea
con aire alegre y ufano,
avisa al pobre aldeano,
como el ángel del reposo,
que recogerá abundoso
el dulce y maduro grano.

VII

Y cuando al caer el día,
en la misteriosa tarde,
de fulgor haciendo alarde
busca el sol su tumba fría,

con tierna melancolía,
á la conciencia cristiana,
le recuerda la campana
con el *ángelus* divino,
el portento peregrino
de esa *mujer* soberana.

VIII

Al monarca sibarita,
que en poderosa opulencia
ahoga de su conciencia
la voz que incesante grita,
con su llamado lo invita
á conocer la verdad;
y con medrosa ansiedad
y desencanto profundo,
ve entonces que en este mundo,
todo es polvo y vanidad...

IX

Y cuando el hombre, inclemente,
en la fratricida guerra
á piedad su pecho cierra
oscureciendo su mente,
la campana, lentamente
resuena en lúgubre són;
con sublime compasión
suspira por los que hieren,
y eleva por los que mueren
hasta el cielo una oración.

X

Hasta el fondo tenebroso
de la cárcel en que mora
el ser que cautivo llora
un negro crimen odioso,
su voz le lleva reposo,
su conmovedor acento
lo mueve á arrepentimiento;
torna en esperanza el duelo,
y tras sonrosado velo
le señala el firmamento!...

XI

Si de laureles ceñido,
el valeroso guerrero
vuelve á su patria altanero
en adalid convertido;
siente que el glorioso ruido
que por doquiera lo aclama,
por los aires se derrama
unido al bronce sagrado,
que despierta entusiasmado
del patriotismo la llama.

XII

Y la blanca desposada
que está al pie de los altares

coronada de azahares
viendo su dicha soñada;
al unir ruborizada
su alma con vínculo santo,
de la campana en el canto
que pregona su ventura,
presiente ya la dulzura
de ese sér que adora tanto...

XIII

Y el poeta en sus ensueños,
y en las cuerdas de su lira,
y en el ángel que lo inspira
entre mirajes risueños;
nunca encuentra sus empeños
más nobles y regalados,
que cuando oye acompasados
los bronces que se lamentan,
que al poeta representan
los horizontes soñados.

XIV

¡Él ve en las notas aladas
que por los aires navegan,
blancas aves que despliegan
sus alas á otras moradas;
y cuando del viento airadas
van á conmover los senos,
entonces ve roncos truenos
que se alejan resonando,

á los hombres aterrando
y á su maldad dando frenos!...

XV

En su genial poesía
Goëthe y Schiller las cantaron;
y con su llanto lloraron
y rieron con su alegría.
En Lamartine renacía,
del bronce con el sonido,
la imagen del bien perdido;
y Víctor Hugo, hechicero,
con su *horrible campanero*
dejó al mundo sorprendido.

XVI

¡Campanas! bronces benditos
que despertáis mis anhelos
y eleváis hasta los cielos
mis deseos infinitos;
con vuestros fugaces gritos
llevadme á un mundo mejor,
donde no exista el dolor
ni el recuerdo de los males,
á esa tierra de inmortales
patria del *eterno amor!*...

ENRIQUE DEL CAMPO

1888.

TEORÍA DEL GOBIERNO AMERICANO

(De la *North American Review*)

La aldea situada al pie de la montaña desde donde ahora escribo, encierra mil habitantes, y es el centro de una comuna *(town-ship)* de dos mil quinientos. La comuna, ó ciudad como se llama, se sienta entre las montañas de Massachussets occidental, á mil pies sobre el nivel del mar. Tiene seis millas de longitud y tres de ancho, y se ocupa principalmente en la agricultura; hay sólo cinco ó seis factorías en las cuales fabrican paño, papel y maquinaria. El valor de la propiedad, real y personal, que figura en el rol de contribuciones, alcanza á dos millones seiscientos setenta mil pesos, que avaluada en sesenta por ciento del valor efectivo, hace subir éste á cerca de cuatro millones y medio. Las contribuciones de caminos, puentes, escuelas y todas las demás ciudades, de gastos comunales y del Estado (1), suben á poco menos de uno

(1) Esta palabra está tomada aquí siempre en el sentido americano, esto es, como una de las muchas agrupaciones políticas que forman la Unión.

por ciento sobre el cómputo de la propiedad contribuyente. Sólo treinta y nueve personas, incluyendo dos enviadas al Asilo de insanos del Estado, reciben socorros como pobres, y de ellas veintinueve socorro parcial. El número de habitaciones alcanza á cuatrocientas setenta y ocho, y el de familias á quinientas. De esta suerte, casi todas las familias viven por separado, poseyendo cada una, casa y jardín, de propiedad del jefe de la familia.

Hay una biblioteca pública de seiscientos volúmenes, en la cual puede cualquiera de los habitantes leer cuanto le plazca, y de donde cualquiera de los contribuyentes tiene derecho, sin gasto alguno, de llevarlos á su domicilio. El número de volúmenes que durante el año se saca y devuelve en la biblioteca es de ocho mil y no se ha perdido uno solo en los últimos diez años.

Hay una sala comunal *(town-hall)* para los meetings de la comuna; cinco escuelas, en una de las cuales se enseña, en el mismo edificio, la instrucción primaria, segunda y superior; y hay asimismo cinco iglesias de diferentes cultos, dos congregacionales, una episcopal, una metodista y una católica romana. Las escuelas son libres para todos, y en ellas se provee de libros á los alumnos. Un cerro boscoso está destinado para el solaz y paseo del público, de todos, ricos y pobres, jóvenes y viejos.

La pequeña comunidad se gobierna para sus negocios internos por medio del meeting comunal *(town-meeting)* en el cual tienen voz todos los varones adultos que pagan contribución, por pequeña que sea. Según esto, el *town-meeting* es la asamblea legislativa de la comuna; se reúne dos veces al año, ó las veces que sea necesario, y maneja los asuntos de la comuna. Los principales empleados administrativos son tres; sólo tres los federales,

quienes tienen á su cargo el servicio de correos; y los únicos funcionarios del Estado son seis jueces, tres notarios públicos y un alguacil.

La comuna es una de las treinta y dos comunas del condado que tiene setenta y cuatro mil habitantes, y forma por sí sola una corporación con funcionarios para el manejo de sus negocios, aunque sin tener el meeting de los ciudadanos del condado. El condado es uno de los catorce de que se compone el Estado, que cuenta con dos millones de habitantes y un gobierno propio; y el Estado es uno de los muchos de los Estados Unidos, que cuentan con sesenta millones de habitantes y un gobierno común á todos los miembros de la Unión.

Las funciones de estos diversos gobiernos están establecidas en constituciones y estatutos escritos.

Corresponde á los *town-ships* ó comunas, conceder las sumas de dinero necesarias para el sostenimiento de las escuelas públicas, para el auxilio y empleo de los pobres, para hacer ó reparar los caminos públicos ó vecinales, para costear las publicaciones referentes á la comuna y á su historia, para los cementerios, para la destrucción de animales nocivos, para el socorro necesario de soldados ó marineros inválidos, de sus familias y de las familias de los muertos en el servicio, para la construcción de monumentos en memoria de éstos, para la conducción de los alumnos á las escuelas, para procurar el arresto de criminales, para mantener la biblioteca pública gratis y la sala de lectura y, en fin, para todos aquellos gastos indispensables al buen servicio de la comuna. Y son funciones de ésta el desembolso de las diversas sumas de dinero y la superintendencia de los trabajos para que aquellas fueron destinadas.

Las ciudades *(cities)* se hallan investidas de mayores atribuciones en el gobierno municipal. El gobierno del condado está en manos de comisionados del mismo, cuya autoridad se extiende á lo que sigue: proveer á la construcción ó reparación de cortes de justicia, de prisiones ú otros edificios públicos para el uso de los condados; y, representándolos, cuidar de las propiedades de éstos y de la dirección de sus negocios en todos aquellos casos no previstos de una manera especial.

Por haber sido todo Estado soberano, y habiéndose juntado como tal á la federación, retiene todas las atribuciones de la soberanía que no han sido conferidas por su propio pueblo al gobierno común de los Estados, según lo determina la Constitución de la Unión Americana. El gobierno del Estado se divide en tres ramas: legislativa, ejecutiva y judicial. La primera compónela el senado y la cámara de representantes; la segunda el gobernador, siendo unos y otros elegidos anualmente, por distritos los miembros de la legislatura, y el jefe del Ejecutivo por todo el pueblo. De esta suerte establece la constitución federal las atribuciones concedidas á los Estados Unidos, y hago la transcripción copiando las palabras del documento, que tantas veces ha sido mal comprendido ó tergiversado. Son atribuciones de los Estados Unidos: «... imponer y recaudar impuestos, contribuciones, derechos, sisas; pagar la deuda y atender á la común defensa y bienestar general de los Estados Unidos, pero todos los derechos, impuestos y sisas serán uniformes en el territorio de los Estados; pedir dinero prestado con la garantía y crédito de los Estados Unidos; regular el comercio con las naciones extranjeras, el de los Estados entre sí, y el de éstos con las tribus de

indics; establecer leyes uniformes de naturalización, y leyes uniformes sobre las quiebras y bancarrotas en todos los Estados de la federación; acuñar moneda; fijar su valor relativo y el de las monedas extranjeras, y fijar igualmente el tipo de pesos y medidas; proveer al castigo de las falsificaciones de documentos ó moneda de los Estados Unidos, establecer correos y postas, promover el progreso de las ciencias y artes utiles, asegurando, por tiempo limitado, á los autores ó inventores el derecho exclusivo á sus escritos ó descubrimientos; constituír tribunales inferiores á la Corte Suprema; definir y castigar piraterías ó crímenes cometidos en alta mar ú ofensas contra la ley de las naciones; declarar la guerra; conceder cartas de marca y represalias, y reglamentar las capturas de mar y tierra; levantar y sostener ejércitos, pero no pudiendo destinar el dinero con ese objeto por un plazo mayor de dos años; formar y mantener una escuadra; reglamentar el gobierno y manejo de las fuerzas terrestres y navales; proveer al llamamiento de las milicias con el fin de ejecutar las leyes de la Unión; reprimir insurrecciones ó rechazar invasiones; proveer á la organización, armamento y disciplina de las milicias, y al manejo de la parte que exija el servicio de los Estados Unidos, reservando á los estados respectivos el nombramiento de oficiales y la facultad de enseñar á las milicias la disciplina prescrita por el Congreso; establecer una legislación exclusiva, y en todos los casos, sobre aquel distrito que, sin exceder de diez millas cuadradas por cesión de cualquier Estado y aceptación del Congreso, llegue á ser asiento del gobierno de los Estados Unidos; y ejercer la misma autoridad sobre todos los sitios comprados, con la anuencia de la legislatura del Estado en

que se encuentren, para la construcción de fuertes, almacenes de guerra, arsenales, diques y demás edificios necesarios; y promulgar todas las leyes que se juzgue necesarias para poner en práctica las atribuciones antedichas, y todas las demás que la Constitución confiere al gobierno de los Estados Unidos, ó á cualquiera rama ó funcionarios del mismo...»

Los poderes de este gobierno federal están divididos en tres departamentos; legislativo, ejecutivo y judicial; formando el primero las dos cámaras del Congreso, el segundo el Presidente, y el tercero la Corte Suprema y los tribunales inferiores.

Me alejaría mucho de mi intento el estudiar con mayor detención las relaciones y el límite entre el gobierno nacional y el gobierno de los Estados. Tal asunto es tan vasto en sus alcances, y tan importante en sus resultados, que exigiría un volumen por sí sólo. Es mi propósito al presente, bosquejar la teoría en que se basa el gobierno americano, sea nacional ó de los Estados, sin ocuparme en la división de la soberanía entre las ramificaciones del gobierno local, todas las cuales, así como el tronco, las ramas y las hojas de un árbol forman la gran figura que parece estable o se agita en la calma ó en la tormenta, á la luz del sol ó en la oscuridad. Baste decir, por el momento, que la idea general de los gobiernos federal y de los Estados, y la idea de sus mutuas relaciones, puede encerrarse en esta fórmula: el primero, cuida de las relaciones de cada Estado con los otros, y los de todos ellos con las potencias extranjeras; y el segundo cuida de las relaciones de sus propios ciudadanos entre sí.

En este artículo doy una ojeada rápida á la pequeña comunidad que describí al principio y á todas las demás

comunidades de que, en graduaciones sucesivas forma parte.

Juzgado en sus resultados y puesto en práctica en tan pequeño teatro, me atrevería á decir que el sistema político de esta reducida comunidad es, salvo una excepción que no debe ser discutida ahora, casi tan perfecto como podía desearse. Todo individuo tiene albergue, vestido, alimento y enseñanza. Todos los varones adultos tienen voz en el manejo de lo que es común y pertenece á todo el pueblo; y para asuntos más importantes y que se relacionan con el condado, con el Estado ó con la nación, tienen sus representantes en cada una de las asambleas deliberativas.

Y ¿cómo vino á suceder todo esto? Sobrevino naturalmente. No fué impuesto por medio de violencias, ni efectuado por el fraude. Conocemos cada uno de los grados del procedimiento. El *self-government* es tan natural en el nuevo mundo como el autoritario en el viejo. Conocemos cada paso de nuestra propia historia. Sabemos quiénes vinieron primero á esta tierra y quiénes vienen en seguida, cuándo y de dónde vinieron, y qué hicieron una vez instalados aquí.

Las colonias que más que todas contribuyeron á echar las bases del gobieruo americano fueron las de New England.

La primera de ellas se fundó en Plymouth, y la segunda en Massachusetts Bay. Los fundadores de Plymouth, que arribaron sin patentes reales ni más autoridad que su voluntad propia é independiente, hicieron al desembarcar un pacto solemne, en virtud del cual se juntaban todos ellos, teniendo sólo á Dios por testigo, para formar un cuerpo civil y político capaz de dictar en cual-

quier tiempo todas aquellas leyes justas y equitativas que se creyeren necesarias al común bienestar de la colonia.

Al ajustar ese pacto, cada hombre obraba por sí mismo y por sí sólo, y como igual á todos los demás individuos. Igualdad de derecho, igualdad absoluta, fué por lo tanto el principio que sirvió de cimiento al gobierno.

Otros establecimientos vinieron después á acrecer la colonia de Plymouth, y todos imitaran el ejemplo de la colonia madre; y cuando hubo necesidad de establecer conferencias entre los diversos establecimientos, se envió á ellas delegados elegidos por el grupo respectivo.

La colonia de Massachusetts Bay fué fundada con letras patentes inglesas; pero ellas confiaban el gobierno de la colonia á los hombres libres de la sociedad sin distinción alguna. De aquí provino que la igualdad fuese la piedra angular en la fundación de New England.

Innecesario sería trazar el progreso de este principio en las diferentes colonias. Hubo excepciones en algunas de ellas; pero las mismas excepciones dan prueba de la regla. Al tomar, por ejemplo, una comuna de Massachussets no debe entenderse que idéntico sistema de gobierno local haya existido en todas las colonias. Ese sistema fue sólo perfecto en New England; pero en todas aquellas hubo alguna forma de gobierno local, á veces por parroquias ó bien por otras divisiones reducidas. Los caracteres generales fueron, sin embargo, los mismos. Por ese motivo, cuando las colonias congregadas lanzaron la declaración solemne de independencia de la corona británica, afirmaron en primera línea la igualdad de la humanidad. «Sostenemos, decían las colonias, estas verdades como incontestables, que todos

los hombres han sido creados iguales; que están dotados por el Criador de ciertos inalienables derechos, entre los cuales se cuentan la vida, la libertad y la tendencia hacía la felicidad, y que para asegurar estos derechos se ha nstituído á los gobiernos, que derivan su autoridad del consentimiento de los gobernados.»

Esta palabra *iguales* es el eje sobre que rueda el argumento; las palabras *vida, libertad, y tendencia hacía la felicidad* se derivan de aquella; son amplificaciones de la misma idea general. Porque si dos son iguales en derechos, ninguno de los dos puede en justicia intervenir en los derechos del otro, sea quitándole la vida, ó bien privándole de su libertad ó bien obstruyendo la adquisición de su felicidad, siempre que esta tentativa no perjudique á los derechos iguales de un tercero.

Desde entonces acá se ha aceptado siempre aquella solemne declaración de independencia como explicación justa de la teoría del gobierno americano. Más famosa y de mayores alcances que la Magna Carta, pues al paso que la obra de Runnymede se refería sólo al pueblo de Inglaterra, la de Pensylvania se refería á toda la humanidad, la declaración fué recibida con universal regocijo como la señal de liberación del despotismo de siglos. Ha girado en torno al mundo, sobrevivido á dinastías y revoluciones y se halla hoy tan llena de vida como lo estaba en los oscuros días de 1776.

Pero, ¿á qué fin estas observaciones? ¿Acaso no son vulgares y repetidas? ¿Acaso no las hemos oído anteriormente? Sí, en verdad, las hemos escuchado mil veces, han sido repetidas en los libros de escuela, declamadas por niños de escuela, vociferadas por oradores del 4 de julio desde innumerables tribunas. Pero

¿han creído en ellas por ventura? Las han aceptado en toda su significación? Pueden ser vulgares para estudiantes ó para pensadores; mas para muchos declamadores, para muchos legisladores aún, deben sonar como doctrina nueva y extraña.

No confundamos, sin embargo, la causa con lo que la acompaña, la razón del gobierno con las condiciones en que debería estar formado. La igualdad no es el fin, sino el medio. Si cada individuo estuviese aislado, por igual que fuese á todos los demás, sería un sér inútil y miserable. La igualdad por sí sola no asegura la felicidad. Esta se obtiene buscándola; y no compete al gobierno prometer felicidad á ningún individuo, quien debe trabajar por sí mismo para conseguirla. Su derecho á esa adquisición sí está protegido por el gobierno. Los grandes hombres que formularon y proclamaron la declaración de independencia sabrían muy bien sobre qué cimientos debería edificarse un Estado, puesto que ellos mismos eran representantes de sociedades políticas establecidas desde largo tiempo, que administraban justicia, levantaban ejércitos y ejecutaban inmensas empresas públicas. Ellos sabían tan bien como nosotros cómo habían nacido, y para qué fines se mantenían los gobiernos de las colonias por espacio de dos siglos.

Por eso, al hablar de igualdad, se referían á ella, no como á un fin sino como á un medio; no como un fundamento de gobierno, sino únicamente como condición justa para tener y gozar de dicho gobierno Ellos comprendieron que los gobiernos eran instituídos para la protección de la vida, de la libertad y de la felicidad de los pueblos, y que antes que todo se imponía, como verdad primordial, el que estas diversas funciones hubieran

de ser puestas en ejercicio con justicia é igualdad absolutas entre todos los habitantes del estado.

Esta teoría está claramente sentada en todas y cada una de sus palabras.

Y ahora bien, conociendo los derechos que deben protegerse, ya sabemos que los medios para asegurarlos son, leyes justas y equitativas, administración de justicia, defensa pública, educación de los niños, construcción de las obras públicas necesarias al servicio común, y, por último, socorro á aquellos miembros débiles del estado que son inhábiles para cuidarse por sí mismos. No conozco otros medios de asegurar los derechos de los individuos que los mencionados. No hay motivo para corregir la fórmula de nuestros padres. Ello es tan cierto ahora como el día en que fué proclamada por primera vez. Pasó aquella generación; otras generaciones aparecieron y ya pasaron; las viejas dinastías han sido derribadas y establecidas otras nuevas; los pueblos se han dividido y juntado nuevamente, pero las verdades permanecen siempre, y ni los aconcimientos las alteran, ni el tiempo las oscurece; ellas brillan, como las estrellas del firmamento, fijas é inmutables. He aquí el credo político americano: establece los derechos que debe proteger el gobierno, y señala la condición de amplio goce y los medios para conseguirlo.

Estudiemos estos medios con algún mayor detenimiento para ver cómo pueden ser mejor disfrutados sin olvidar la condición de iguales derechos para todos.

Nadie pone aquí en duda la sabiduría de leyes justas y equitativas. Y cuando se dice que las leyes deben ser promulgadas para el bien común, no se entiende que exista una suma dada y común de bien diferente de la

especial que corresponde á cada individuo. Si una ley viniese de repente á hacer á la mitad de los miembros de un Estado cinco veces más ricos de lo que son, y á la otra mitad un quinto más pobres en sus haberes, es claro que la suma total de éstos sería casi seis veces mayor de lo que era; pero la ley no dejaría, sin embargo, de ser un robo ó despojo de la mitad del pueblo á fin de enriquecer á la otra mitad.

É igual cosa con las leyes de la defensa pública; ellas pueden ser convertidas en instrumentos de injusticia. Un arsenal, por ejemplo, colocado, no donde se adaptase mejor para la construcción de buques y para lanzarlos á la mar, sino allí donde los especuladores buscan contratos, y los políticos buscan votos, sería arsenal de doble aspecto, uno de defensa y otro de abuso ó robo.

Al encontrarnos perplejos ante teorías ó medidas contradictorias, conviene dar una mirada hacia los primeros principios. El sitio propio y verdadero de la caridad en las funciones del gobierno es asunto de cuidadosa investigación. El fin del gobierno no es el desarrollo de la naturaleza social del hombre, pero sí el mantenimiento de los derechos que Dios y la naturaleza le concedieran. Su naturaleza social se desarrolla por sí propia por medio de las afecciones y de los lazos que unen á todo hombre y mujer venidos al mundo. El gobierno es una máquina política y no un instituto caritativo. Asociación, en sociedad política, es muy otra cosa que asociación de amistad ó compañerismo. La unión del hombre y de la mujer, por ejemplo, está impuesta por la naturaleza, puesto que uno es imperfecto sin el otro. Esto conduce necesariamente á la unión de padre é hijo, y á las múltiples relaciones de parentesco. Estas relaciones, sin embargo, se debili-

tan mientras más se esparcen y confunden en otras análogas que se cruzan en diferentes direcciones. Un padre de familia ve agruparse en torno suyo á hijos y nietos; pero éstos se mezclan ya con los descendientes de otros padres y de otros abuelos, y la identidad de sangre se pierde con dos ó tres generaciones.

De esta manera, cuando se trata de relaciones políticas no deben tomarse en cuenta las que provienen de afinidad ó consanguinidad. Todo hombre experimenta la necesidad de alguna asociación para el mejor desarrollo de su propia individualidad. Necesita la ayuda de su vecino para defendense contra los mal intencionados, y de allí la unión para la defensa común; necesita un camino de su residencia á otra distante, y de allí el acuerdo con su vecino para hacer un camino entre ambos; necesita cruzar un río, y no pudiendo construir un puente por sí solo, se junta con otro individuo para emprenderlo, y otro tanto en múltiples empresas para el beneficio de los muchos, que estos deben emprender en común. El fin, sin embargo, de todas tales empresas es el mismo, esto es, el beneficio de los individuos que en ellas toman parte; y el peligro que encierran es favoritismo de los pocos en perjuicio de los muchos.

La tendencia á gobernar demasiado no tiene contrapeso en la mayor parte de los gobiernos, y sólo puede ser contenida en aquellos casos en que los gobernantes y los gobernados son una idéntica cosa. En las monarquías ilimitadas, la fuerza contenedora es el temor de encontrar resistencias. El autócrata sólo tiene que desear para poner en ejecución sus deseos, sin más limitación que la que la naturaleza le pone, por una parte, y por la otra, el temor de ir demasiado lejos. En las monarquías limita-

das, el número de los que gobiernan se multiplica, y como ellos á la vez están entre los gobernados, se restringen ellos mismos dentro de la esfera de protección de sus propios intereses. De esta suerte sucede que en los países en donde el poder reside en manos de los propietarios de tierra, las leyes favorecen los intereses de ésta. Pero, en cambio, allí donde todos tienen participación en la formación de las leyes, serán éstas hechas en bien de todos, á menos que el movimiento general sea obstruído ó burlado por combinaciones interesadas.

La experiencia nos enseña que las mayorías tienen siempre tendencia absorbente en el ejercicio del poder, y de allí nace la necesidad de una vigilancia constante para restringirla y ponerle atajo.

Dos máximas corren en boca de todos en los estudios sobre los gobiernos: una, «Que el mejor gobierno es el que está mejor administrado,» y la otra, «Que es el mejor gobierno el que gobierna menos.» Ambas contienen alguna sabiduría, pero ninguna es completamente exacta. Un gobierno malo puede ser honradamente administrado, y, sin embargo, por defectos en su constitución, no dejará de ocasionar males considerables; puede administrar demasiado, y verse obligado á hacer aquello que no entra en las atribuciones de ningún gobierno. Por ejemplo, era desde mucho tiempo, y acaso todavía, sistema de Francia, que un molino no pudiese correr sin permiso del gobierno central. Con un buen gobierno, el permiso será prudente y justamente concedido; pero es mala la regla que exige concesión de tal permiso. De igual modo, con respecto á la otra máxima, puede un gobierno hacer muy poco; se expone á descuidar la dispensación de justicia ó la defensa nacional. Es cierto, sin embargo,

que una aplicación justa de nuestro credo político excluiría buena parte de nuestra legislación. El verdadero fin del gobierno es asegurar los derechos de los hombres, y no su fortuna ni sus deleites.

La justificación de toda empresa pública debe buscarse en su tendencia á garantir cualquiera de los derechos confiados á la protección del gobierno. Cada una de las dieciocho cláusulas en que se expresan las atribuciones del gobierno federal descansa, para su justificación, en el principio que he establecido. Y aunque haya la diferencia, entre la constitución federal y las de los Estados, de que la primera enuncia las atribuciones conferidas, al paso que la segunda enumera las atribuciones no conferidas ó negadas á los Estados; aunque haya esa diferencia, toda constitución de Estado contiene la limitación del poder de éste á la mera protección de los derechos del pueblo. No digo que un acto legislativo de un Estado, no prohibido por la Constitución federal ó por la Constitución del mismo, pueda invalidarse por las Cortes. La atribución del poder judicial á este respecto se limita á declarar la inconsistencia ó disparidad entre dos leyes, y á sostener la de mayor contra la de menor importancia. Pero no afirmo menos resueltamente que el acto legislativo de un Estado al extralimitar la protección de los derechos de los ciudadanos, y la sanción de aquellas empresas públicas que, superiores á las fuerzas del individuo, están verdaderamente relacionadas con aquella protección, el acto legislativo, digo, va más allá de los justos límites del gobierno, según lo comprendemos, sea por los dictados de la razón ó por los preceptos de nuestros antepasados.

Hay dos teorías de gobierno: la una liberal, y la otra

oficiosa; fácilmente pueden fijarse sus límites si seguimos el principio que he estado considerando. La vida, la libertad, la persecución de mi propia felicidad son mis derechos inalienables. Esos mismos pertenecen á todos los demás individuos. El fin de la sociedad civil es que todos ellos puedan ser gozados al mismo tiempo y en armonía. Pero comoquiera que existen muchos medios que, promoviendo la felicidad individual, no alcanzan á llevarse á cabo con las facultades de ese sólo individuo, menester es la cooperación de muchos para conseguir el común beneficio. El ejemplo del camino, que antes mencioné, en uno de tantos. Los salvajes carecen de caminos. El uno se abre paso por un despoblado, por entre llanuras y montañas; el otro, al ver las huellas de sus pasos, le sigue, y así se forma un sendero al través de bosques ó de prados. Una sociedad civilizada, en cambio, forma un camino, porque él es necesario á todos los traficantes; y todos ellos se juntan y cooperan á su formación y á su mantenimiento. Este es sólo un ejemplo de los variados trabajos útiles al público, esto es, á los individuos que lo componen, motivo por el cual todos se juntan para llevarlo á cabo. El objeto que se tiene en mira es siempre el individuo. La protección del goce completo de todos sus derechos es el supremo fin de todas las leyes y de todas las instituciones. Siempre que pretenda la sociedad ir más allá, sobrepasa sus justos límites. Tanto es ley de la naturaleza el no pasar de estos límites que, como lo atestigua la historia, siempre que los pasemos habremos de sufrir tarde ó temprano.

La teoría oficiosa conduce á la irritación, á la reacción ó al fiasco. Es evidente que mientras mejor atendamos

á nuestras necesidades más fácilmente hemos de obtener nuestra felicidad individual.

Existen numerosos motivos para vigilar la caridad pública. Tan poderosa es la tentación de fingir necesidades, tan abrumadora la carga de la pereza, y tan común la simulación de desvalimiento, que al intervenir el Estado lo hace de ordinario en manera muy imperfecta, y con tanta extravagancia y desperdicio que hasta sería de desear que no interviniese absolutamente. Con todo, es menester proveer de alimento, de vestido y de amparo á aquellos que, necesitándolos, no son capaces de procurárselos con sus propios esfuerzos. Se los procuramos porque en toda alma humana hay por naturaleza sentimiento de simpatía. No podemos ver á un hombre que se ahoga sin correr en su auxilio; no podemos contemplar un edificio en llamas sin tratar de poner á salvo á sus moradores; los monges de San Bernardo habitan las regiones de hielo con el fin de socorrer al viajero fatigado ó perdido entre las nieves. Mas si nuestra naturaleza es de esta suerte, y si no hacemos otra cosa que ceder á un impulso, la razón nos advierte que es la necesidad la única causa y el límite de nuestra ingerencia. Ningún hombre que pueda valerse por sí mismo debe ser socorrido. El propio amparo es la mejor lección á la vez para ricos y para pobres; hasta ahora no ha existido sin él ningún carácter grande, y muy pocos que lo posean han quedado aún desvalidos ó abandonados en el camino de la vida.

La administración de justicia es de primera necesidad en las organizaciones sociales. Ser iguales ante la ley es la aspiración y la tendencia del hombre bajo los gobiernos más diversos. Alguien dijo, y creo fué Hume, que toda la trama del Estado, todo el aparato del sistema

y de sus variadas complicaciones, termina trayendo al banco de un tribunal á doce hombres buenos que juzguen y decidan por juramento. Para ser equitativa la aplicación de la ley, debe abrazar á todos por parejo; debe estar al alcance tanto del pobre como del rico, del débil como del fuerte, del influyente como del desconocido, y debe además estar en conocimiento de todos.

La educación de los niños y el cuidado de los destituídos entran evidentemente en la esfera de un gobierno equitativo; y las razones para ello, más que económicas, son vitales. La propia conservación así lo exige. Entiendo por educación sólo aquella cultura de la inteligencia, y tal suma de aprendizaje que enseñen á los ignorantes sus deberes y sus derechos, y que los hagan capaces de manejarse por sí mismos en el mundo.

La más poderosa de las influencias seductoras que aleja á los hombres de la sencillez de la fe primitiva y de la frugalidad de los primeros tiempos, es la tendencia á exagerar los gastos públicos. Al idear los medios de recaudar las más onerosas contribuciones para llenar el tesoro, y luego para vaciarlo en seguida y volverlo á llenar más tarde, rivalizan á una los tentadores y los tentados.

Ya que hemos expuesto los medios por los cuales se aseguran mejor los derechos que son el fin de los gobiernos, veamos las condiciones con que deben usarse todos estos medios, y cómo deben asegurarse esos derechos. ¿Qué se entiende por igualdad? Los hombres no son iguales ni en estatura, ni en vigor del cuerpo ó del entendimiento, ni en genio ni en elevación de espíritu. Sólo ha existido un Shakespeare ó un Washington.

Igualdad quiere decir igualdad en derechos, igualdad

en el derecho de vivir, de ser libre, de perseguir la propia felicidad con entera independencia de los demás; y, como consecuencia indispensable, igualdad ante todos aquellos actos de gobierno que contribuyen á la realización de esos resultados. El individuo se halla solo al frente de su Criador. Solo vino al mundo, y solo desciende á la tumba. *Nada trajimos á este mundo y nada podemos llevarnos de él.* Mientras permanecemos aquí estamos por nuestra cuenta, responsables ante Dios sólo de nuestra vida interior, y ante nuestros semejantes únicamente cuando infringimos sus derechos, que ellos poseen en iguales términos que nosotros.

Si hubiera ocasión, muy fácil sería dar fuerza á las lecciones de la historia y á la enseñanza de nuestros padres, raciocinando desde el punto de partida de la naturaleza del hombre. Conocerse á sí mismo y dirigirse á sí mismo son las tareas más dificultosas. «Conócete á ti mismo,» es la máxima de los antiguos sabios. Y si el conocimiento y la dirección de sí propio son tan difíciles, ¡cuánto más no lo serán el conocimiento y la dirección de los extraños! ¿Qué individuo hay bastante sincero que no se diga: «Soy débil é ignorante, sólo alcanzo á ver un paso hacia adelante; hace un año pensaba de tal suerte, ahora pienso lo contrario; ayer estaba decidido, hoy estoy incierto é indeciso; y ¿cómo entonces, siendo yo mismo tan débil, puedo creerme bastante fuerte para manejar á otro? Si soy incapaz de gobernarme cuerdamente yo solo ¿cómo habría de pretender gobernar á mis vecinos?»

Nada es más fascinador que el estudio de las consecuencias lógicas de esta gran doctrina de la igualdad de derechos. La primera de aquellas es la paz religiosa. La

creencia en la igualdad de derechos relega al dominio de la conciencia aquello que jamás debería haberse admitido en el dominio del gobierno, y levanta la oscura y densa nube que ha oprimido al mundo desde los primeros días de la historia.

La segunda consecuencia del principio de la igualdad de derechos es su antagonismo con el gobierno hereditario, cuya teoría hase difundido en los viejos continentes, salvo con rarísimas y heroicas excepciones, como, por ejemplo, tras los baluartes de las montañas suizas. Nada es más absurdo que la superstición de que la sabiduría desciende del padre al hijo, en sucesión no interrumpida, á no ser aquella que permite creer que el hijo débil de un soberano de nacimiento, gobernará mejor que el elegido del pueblo.

Una y otra superstición han desaparecido al menos del nuevo mundo, puesto que en todo el vasto dominio descubierto por el génio de Colón á la humanidad, no existe otro monarca hereditario que el del Brasil, de manera que en América existen cien millones de hombres que creen en la igualdad de derechos, y apenas doce millones que en ella no creen.

Dejo a un lado las colonias que todavía se encuentran sometidas á los tronos europeos. Pero meditemos en las conmociones sin cuento que han perturbado al mundo con las luchas desenfrenadas de cabecillas rivales, desde las primeras batallas en las llanuras del Asia hasta el último combate de don Carlos en los desfiladeros de Vizcaya; pensemos en los calabozos cuyas murallas repercutían los lamentos de patriotas encarcelados; en los fusilamientos y en los cadalsos que han enrrojecido al mundo de sangre; en el odio implacable con que se perseguían y

castigaban las revueltas contra una dinastía; contemos los asesinatos de herederos de tronos, y las crueldades de los pretendientes á los mismos, y entonces de seguro habremos de darnos cuenta del inmenso servicio que prestaría al mundo el abandono de todo gobierno hereditario.

Otra consecuencia todavía de la teoría de igualdad de derechos, es la abolición de privilegios. De todas las formas de opresión con que el espíritu del mal ha oprimido á la humanidad, ninguna más perniciosa que la de los privilegios. Ha robado esclavos de las costas de Guinea, ha dividido en castas á los millones de la India, ha creado los gigantescos monopolios que encadenan la industria y el comercio del mundo, y ha dado origen, por fin, á ese sinnúmero de pequeñas inmunidades que oscurecen la tierra, así como la plaga de langostas que con el levante venían de las costas de Egipto á devastar los campos, y á arruinar los árboles y los sembrados.

La libertad de trabajar en cualquiera forma de industria, de cultivar la tierra, de dedicarse á cualquiera menester, la libertad de comprar ó vender, sin límites, sin condiciones, le pertenece por innato derecho á cada individuo de la especie humana, por derivación de Dios, y jamás podrá combatirse esta preciosa libertad. Los sostenedores del monopolio, grandes ó pequeños, serán necesariamente vencidos.

Consecuencia de la teoría de igualdad de derechos es aún más la cesación ó el término de la carrera de conquista. La pasada historia del mundo ha sido una de invasiones continuas, crueles y sin motivo la historia de un rey que peleaba contra otro rey para arrebatarle sus súbditos, sin mayor consideración á los derechos ó á los deseos

de los súbditos mismos que si ellos fuesen rebaño dócil y á merced y capricho del dueño, ó del más esforzado ladrón que les hubiese robado. Junto con el fin del derecho de conquista, vendrían al suelo los armamentos que ahora arruinan al viejo mundo, y que no se preparan sino para invadir, ó para resistir á las invasiones.

Hasta aquí ha sido mi propósito bosquejar la teoría de nuestro gobierno americano en sus proporciones justas, recontar los derechos que ella garantiza y los medios por los cuales la garantía se consigue, y mostrar cómo en toda esa teoría se manifiesta tendencia á la igualdad de derechos, cuya benéfica influencia suaviza el camino y aligera la carga de todos los hijos de los hombres.

Ese es nuestro ideal de república, tal como deseamos encontrarle en la historia de tiempos remotos y en las constituciones de de los Estados y de la Unión; nó una democracia turbulenta, caprichosa ó desordenada, sino una democracia regida por el orden y por la ley. Para tal forma de gobierno no es absolutamente necesario que el pueblo obre en masa, puesto que puede obrar por delegación en todas las asambleas que no sean las primeras y constitutivas de la comunidad. El principio y el efecto son los mismos. La fórmula de la constitución de Nueva York expresa en iguales términos la teoría y la práctica: «El pueblo del Estado de Nueva York, representado en el Senado y en la Asamblea, legislan como sigue» . . .

Sólo por delegación es posible manifestar la voluntad colectiva en los estados populosos. El pueblo no puede en asamblea general dictar leyes, ni juzgar en puntos de hecho ó de derecho, ni perseguir fujitivos, ni imponer castigos.

Actúa por medio de sus agentes y da á conocer su voluntad por medio de las pequeñas hojas de papel que deciden los destinos del Estado. Es opinión común que la democracia de un gobierno está en proporción á la extensión del voto directo del pueblo, ó más claro, que mientras más elecciones, existe más democracia; pero esto es un error. El más democrático de todos los antiguos gobiernos fué el de Connecticut y allí los ciudadanos elegían anualmente al Gobernador y á la Legislatura, y ésta, á su vez, nombraba á todos los magistrados, desde los ministros de cortes y alguaciles hasta los jueces de paz.

Antes de la última enmienda de la Constitución del Estado, el gobierno de Massachussett era regido por un Gobernador y un Consejo, como Ejecutivo, y por un Senado y Cámara de Representantes, elegidos todos anualmente por el pueblo; los jueces supremos recibían nombramientos vitalicios del gobernador y del consejo, y los demás empleados nombramientos por períodos fijos; ahora, en cambio, muchos de los funcionarios administrativos son elegidos por voto popular y, sin embargo, el gobierno del estado no es ni mejor ni más democrático.

Connecticut, como dije, no era menos democrático en aquellos días que en los presentes, cuando se eligen por dos años á los miembros de la Lsgislatura, y cuando ésta nombra á los jueces por largos períodos.

La experiencia de Nueva York está llena de importancia. Recién fué adoptada la Constitución del Estado, eran materia de elección popular los empleos referentes á los canales y á las prisiones; enmendada ahora, ambas ramas del servicio administrativo dependen del Gobernador con previa consulta del Senado. Á decir verdad,

la provisión de tantos empleos administrativos por voto popular tiende á debilitar la acción del pueblo sobre estos empleos, destruyendo la atención de los electores y llevando á ocupar los puestos á individuos incompetentes.

Hay algunos americanos, siento decirlo, más bulliciosos é ignorantes que numerosos, que repudian el principio sobre el cual se funda el gobierno de su país, que se burlan de los derechos inalienables del hombre, y que confundiendo los abusos con los usos de nuestras prácticas, piensan y dicen que Europa es tierra más propicia y de más benignas instituciones. Son éstos hijos ilegítimos de la república, y en vano trabajan, porque la doctrina de igualdad de derecho para todos los hijos del Padre Común, no ha de ser derribada mientras la tierra no se conmueva hasta en sus cimientos.

Tal es la teoría del gobierno americano, el ideal de la democracia, que me propuse exponer. Me he limitado á ese ideal sin pretender fijar el límite entre la teoría y la práctica, entre el principio y la realidad. Me he esforzado en retratarlo tal como se le encuentra en la tradición y en las páginas de nuestros padres. Tal es el ideal del gobierno americano, de un gobierno fundado, no en tradiciones de remotas edades, ni en la usurpación ni en la conquista, sino en bases mucho más firmes y duraderas, esto es, en la igualdad y en la fraternidad de los hombres.

DAVID DUDLEY FIELD

Miembro de la Corte Suprema de Justicia de Estados Unidos

DOS SONETOS

I

Parece que es feliz. Desde de la cuna
en los genios del bien halló favores,
horizontes de luz, nidos de flores;
paró á sus pies su rueda la fortuna.

Nunca enlutó su sol nube importuna,
ni el ángel de los trémulos dolores
vibró en su arpa gentil tristes rumores,
como suspiros de menguante luna.

No, empero, envidies su brillante suerte,
mortal, que vas jugando la partida
del mismo mar en la tormenta fuerte:

modera tu opinión mal advertida,
y espera ver la hora de su muerte
para juzgar la dicha de su vida.

II

¿Qué rastro deja sobre el mar la nave
que al viento tiende la turgente vela?
¿qué rastro en el espacio, cuando anhela
alcanzar á las nubes, deja el ave?

Aquélla, apenas, silenciosa y grave,
de fugitiva luz frágil estela;
y ésta trémulo són que también vuela,
como su pluma indefinible y suave.

Ave en el viento es la ilusión querida,
nave en el mar la dulce bienandanza
á inconstantes vaivenes sometida.

¡Ay de quien no aprovecha su enseñanza
y en los hondos misterios de la vida
funda en la gloria humana su esperanza!

CARLOS WALKER MARTÍNEZ

LO QUE HA SIDO

EL AMERICANISMO PARA CHILE EN LAS GUERRAS DEL 38, 65 Y 79

(Trabajo leído en la Academia Filosófica de Santo Tomás de Aquino)

Las ideas de fusión ó confederación de las repúblicas hispano-americanas que durante tanto tiempo han preocupado á notables hombres públicos, y que han originado tantos congresos ó proyectos de congresos, han dejado de estar de moda. Que durante la revolución de la Independencia, los jefes patriotas que organizaron y dirigieron el movimiento local y popular que en todas las secciones del continente se produjo, creyeran necesario completar la organización unificando las diferentes repúblicas, ya en monarquías, como la que se pretendió levantar en el trono de los incas, ya en confederaciones, como la que de Venezuela, Nueva Granada y Ecuador hizo y por pocos años sostuvo Bolívar, era natural, pues debieron creer imperfecta la organización que tanto fracciona el poder de los nuevos Estados.

Pero sea porque las fuerzas vitales de la revolución se encontraran en cada centro social, en las aristocracias

de cada vecindario y en los cabildos principales, sea por otra causa cualquiera, el hecho es que al transcurrir el tiempo, y á medida que la historia y las tradiciones van amontonando los rasgos particulares de cada país, se va perdiendo de vista la posibilidad de que se refundan en una las diferentes naciones, cuyas entidades se personifican más y más. El sentimiento del americanismo vive sin duda todavía; pero no tiene ya la profunda trascendencia que en tiempo no lejano se le atribuía, y nadie piensa ya ni en grandes monarquías ni en la confederación sud-americana.

La confederación americana, al realizarse de un modo que significara haberse conseguido en algo su objeto, debería traer ó la refundición de todas las naciones en una, ó el predominio de una sobre las demás.

Podría tal vez mantenerse una unión de tendencias y esfuerzos que no absorbiese la soberanía de cada nación; pero para ello sería necesario que en pro del americanismo se invocara un interés que, sin embargar toda su acción, fuera permanente y general á todas las repúblicas. Los temores de una conquista europea, especialmente española, parecían poner á la América en este caso, y aun cuando la guerra de 1865 demostró que el espíritu público americano no se movía ni aún por tan poderosa causa, Chile supo ponerse con gallardía á la altura de los intereses americanos. Aunque el estudio de esa guerra es el objeto principal de este trabajo, veremos también cómo Chile ha manifestado en las guerras de 1838 y 1879, que está bastante lejos de la debilidad necesaria para aceptar el predominio de una república hermana, impuesto en nombre del americanismo.

Únicamente bajo este aspecto, voy á echar una ojeada

á las tres guerras exteriores que Chile independiente ha sostenido.

*
* *

Se encontraba el Perú en medio de una de sus interminables guerras civiles: Salaverry había arrojado á Arequipa el gobierno de Orbegoso, y ambos mantenían dividido el país; pronto se agregó en la contienda Gamarra que, alucinado por falsas promesas de Santa Cruz, que gobernaba en Bolivia, fué, también con las armas en la mano, á hacer valer sus pretensiones. Orbegoso tuvo entonces la debilidad de acceder á las insinuaciones de de Santa Cruz, é invocar el auxilio de las armas bolivianas contra sus hermanos. Santa Cruz prepara hábilmente su acción en ridículos sainetes masónicos, se impone con las victorias de Yanacocha y Socabaya y con el asesinato en el patíbulo del infeliz patriota Salaverry; hace consagrar sus ideas en las grotescas comedias de las asambleas de Sicuaní y Guaura, se da el título de Protector y por decreto de 28 de octubre de 1836, en Lima, crea la Confederacion Perú boliviana.

Catorce días después recibía de Chile una declaración de guerra: en el camino del Protector se atravesaba el genio de Portales.

Al empezar á desarrollarse estos sucesos, se discutían entre Chile y el Perú varios asuntos diplomáticos. El Perú no había pagado aún la deuda que contrajo para con Chile, por la expedición que le dió independencia. Se había celebrado entre ambos países un tratado de comercio, que iniciado por Orbegoso, fué aprobado por Salaverry. El Gobierno se mantenía imparcial entre las

facciones, y respondía con firmeza á las insinuaciones de unos y otros.

Pero apenas Santa Cruz se vió seguro en el dominio del Perú, dirigió, por medio de Orbegoso, sus ataques contra Chile, con el insulto y la intriga. En efecto Orbegoso declaró roto el tratado de comercio de que hemos hablado, sin avisar siquiera al Gobierno chileno, y amparó y ayudó en el Callao la expedición revolucionaria destinada á debilitar por la división el poder de Chile, y que iba á combatir en nombre del general Freire y del liberalismo. Era lo bastante: se molestaba al Cóndor, y el Cóndor despertó.

Portales descubrió á dónde podía llegar la confederación, y el Gobierno chileno resolvió destruírla. Por eso la primera resolución de la ley que aprobó la declaración de guerra, establece que «el general don Andrés Santa Cruz, Presidente de la República de Bolivia, detentador injusto de la soberanía del Perú, amenaza á la independencia de las otras repúblicas sud-americanas.»

En vano fué que la primera expedición se desbaratase con la traición de Quillota; en vano fué que entonces cayera en el Barón, tal vez merced al oro del Protector, el mismo Portales, alma de la guerra; en vano fué que la expedición de Blanco Encalada terminara con el triste tratado de Paucarpata. El Gobierno desaprobó ese tratado, sobre todo porque no precavía «los males á que se ven expuestos los pueblos vecinos al Perú y Bolivia, cuya independencia y seguridad permanecen amenazadas,» dice el decreto de 18 de diciembre de 1837. Las victorias del ejército chileno al mando del general Bulnes destruyeron en 1839 la confederación perú-boliviana.

El artículo 13 del tratado de Paucarpata dice: «El cumplimiento de este tratado se pone bajo la garantía de su majestad británica, cuya aquiescencia se solicitará por ambos gobiernos contratantes.» Esta cláusula era suficiente motivo para su desaprobación. La nación que había ido á combatir por la igualdad y seguridad de las naciones sud-americanas, como única base de una verdadera unión, no podía aceptar el protectorado europeo.

Don Antonio José de Irisarri, el plenipotenciario chileno, dice en un apéndice á su defensa del tratado de Paucarpata: «El general Santa Cruz sólo podía amenazar á la independencia de las repúblicas sud-americanas... ó con una fuerza demasiado poderosa ó con solo una voluntad impotente. En el primer caso..., cesaba la causa de la guerra, desde que se ofreciese una garantía capaz de desvanecer todo temor. Ofrecida la de la Gran Bretaña... dejaba de existir aquella primera causa de la guerra, y no se presentaba razón alguna para continuar perjudicándonos nosotros y perjudicando á medio mundo con nuestras hostilidades.» Es decir que, según estas antipatrióticas palabras de su mismo autor, el tratado de Paucarpata no dejaba á Chile más disyuntiva que aceptar el predominio de Santa Cruz ó buscar la protección inglesa. ¿Á quien puede extrañar entonces que la guerra continuase hasta dejar á Chile fuera de uno y otro peligro, libre de una y otra vergüenza?

Las ideas que dirigieron á Chile en su empeño, fueron las de la América entera. En la República Argentina gobernaba Rosas, al cual, aunque la posteridad lo haya execrado con el nombre de tirano, no puede desconocérsele un talento político digno de mejor empleo. Declaró la guerra á Santa Cruz, aunque no parece que su acción

fuera poderosa y efectiva, pues el ejército argentino nc pasó las fronteras bolivianas.

El mensaje de 1839, de Rosas á la legislatura, decía así:

»Aun no se ha celebrado el pacto de alianza á que están dispuestos ambos Gobiernos (el chileno y el argentino) para la continuación de la guerra contra el usurpador del Perú. No por eso es menos eficaz el empeño de Chile y la República Argentina en la prosecución de su obra, ni menos estrechos y fuertes los vínculos que los unen.

»El Gobierno de Chile cada día se recomienda más á la admiración y al aprecio de los estados americanos poi la magnanimidad con que consagra heroicos sacrificios á la libertad del Perú y Bolivia. El tratado de Paucarpata, lejos de amilanar el patriotismo del pueblo de Chile, ni desarmar el celo de su administración, irritó el sentimiento de la dignidad nacional... Desde el Callao hasta Túmbez saludan los peruanos á las tropas de Chile, con el honroso dictado de sus restauradores, y asociados aquellos á sus banderas, se empeñan en reconquistar su independencia...

»Á las repúblicas de Chile y Argentina cupo la gloria de alzarse las primeras, para poner á raya la desmedida ambición del general Santa Cruz y denunciar su rebelión contra los principios fundamentales de la emancipación del nuevo mundo. Las repúblicas de la América del sur comprendieron la justicia de nuestra causa, y el nombre y el sistema político del usurpador cayeron bajo el anatema de la opinión general de este continente. Las visicitudes de la guerra pudieran alejar el término glorioso de los esfuerzos de las repúblicas empeñadas en la

contienda; pero impotente el general Santa Cruz para llevar á cabo la oligarquía con que impávido pretendió someter al Perú y Bolivia, la confederación peru-boliviana pasará solamente á la historia de América, como un monumento de oprobio para su autor y sus sostenedores.»

Estas arrogantes palabras de Rosas reflejan con exactitud la situación de la América, y excusan otras observaciones sobre la guerra del 38.

*
* *

Durante largos años se habían estado sucediendo discusiones y reclamaciones, que nunca faltan á una nación fuerte contra una débil, entre España y el Perú. En 1864 el Gobierno español, envió al Perú á don Eusebio de Salazar y Mazarredo con el título de Comisario, para tratar las cuestiones pendientes. El Gobierno peruano se negó á recibirlo con ese título, y el señor Salazar y Mazarredo le envió entonces su nota de 12 de abril de 1864, en que, empezando por hacer una detallada reseña de las reclamaciones pendientes, se avanzó hasta hacer cargos al Perú por haber promovido un congreso hispano-americano. Remontándose después al descubrimiento de la América, hace una pueril disertación sobre los méritos de la España, su buen trato para con los indígenas, sus benévolas leyes, su maternal solicitud, etc., etc.; y habla también del sacrificio que habia sido para la España el atender á sus colonias. «La América, dice, privó á España de libertad, de población, de industria, y de agricultura», y calcula lo que habría sido la España si en ella hubieran nacido los hombres que nacieron en América;

de todo lo cual deduce cuán grande ingratitud del Perú era no someterse á todas las exigencias de la España y de sus agentes. La contestación que á esta nota dió el ministro peruano, no le cede un palmo en puerilidad é inútil palabrería, en que parece inoficioso ocuparse.

Entretanto, se había verificado un hecho de capital importancia: los españoles habían tomado posesión de las ricas islas Chinchas, expresando que la España podía *reivindicarlas*.

Como era de esperarlo, la palabra «reivindicación» así lanzada á la faz de la América independiente levantó protestas en todas partes. En Chile, el pueblo daba continuas muestras de animosidad contra España, y exigía del Gobierno una actitud enérgica. Era entonces Ministro de lo Interior y de Relaciones Exteriores, don Manuel A. Tocornal, sobre cuya actitud en esas circunstancias, se expresa de esta manera don J. Nicolás Hurtado:

«En medio de los arrebatos del entusiasmo y de la expansión del patriotismo, Tocornal, recogiéndose dentro de sí mismo, sin dejarse dominar por la ardiente atmósfera que le rodeaba, atento al grito de la pública opinión... y atendiendo ante todo á las verdaderas conveniencias nacionales, tuvo la fuerza de voluntad y la energía bastantes para examinar con serena calma y fría razón el conflicto, y estimándolo con su recto y elevado criterio en su justo y verdadero valor y alcance, aconsejar al Presidente de la República la adopción de una política cuerda, sensata y conveniente, la que prescribían las circunstancias y el estado de la cuestión, y la que más en armonía se encontraba con la modesta, pero digna posición de Chile y con su merecida opinión de firmeza y seriedad». La política de que habla el señor Hurtado

es la trazada en la circular del 4 de mayo de 1864. En ella los gritos del patriotismo iluso se encuentran ahogados por el sereno raciocinio, que lleva á concluciones tanto más firmes cuanto más moderada y sobria era su forma; en ella no hay ni una sola de esas huecas palabras de americanismo tan usadas por desgracia, ni una sola de esas promesas de solidaridad americana, tan atolondradas como irrealizables; pero sí contiene una declaración expresa de que Chile no reconocería la conquista, y un eficaz llamado á las repúblicas hermanas para evitarla. Esa circular es un monumento de gloria para el señor Tocornal y para el partido conservador á quien representaba en el Ministerio. Pero entonces las pasiones populares, movidas por los agitadores políticos, hubieran preferido que la circular hubiera sido un panfleto contra España, y no encontrando en ella sino una digna expresión de la verdad, la condenaron, y ella fué el último acto de los conservadores en el poder, pues con la renuncia de Tocornal, su jefe, cayeron para no volverse á levantar. Sin embargo, el ministerio Covarrubias, llamado á reemplazarle, no alteró jamás ni en un ápice la sabia política de la circular; esa es siempre la suerte de los de buena intención: hacer el bien para que otros se aprovechen de él, y aunque la maledicencia pretenda desconocerlo, producirá siempre fecundos resultados.

Pero el Gobierno de S. M. C. había desaprobado el atentado cometido por sus agentes en las islas Chinchas, y también la teoría de la reivindicación, sin dar, por cierto, la orden de devolver las islas. El Gobierno peruano de don Juan Antonio Pezet, que al principio se había ne-

gado á entrar en negociaciones sobre bases bastante aceptables, pasó después por la humillación de celebrar un tratado con España, obligándose, entre otras cosas, á pagar tres millones de pesos por gastos de la escuadra española.

Con motivo de la actitud asumida por el pueblo y el Gobierno chilenos durante las negociaciones entre España y el Perú, el señor Tavira, agente diplomático español en Santiago, había iniciado entretanto una serie de reclamaciones que concluyeron con el convenio entre Tavira y Covarrubias, en que éste daba las explicaciones del caso, dentro de la dignidad.

De estos dos convenios, Isabel II aprobó sólo el tratado con el Perú, que le reportaba un provecho positivo, y creyó que, aislado así, Chile quedaba en el caso de cumplir todas sus exigencias, y creyó también que era deber de su Gobierno mantener cierta supremacía, por lo menos honorífica, de la madre patria sobre sus antiguas colonias. El 17 de septiembre de 1865, el almirante Pareja lanzaba su famosa nota en que anunciaba la desaprobación del convenio Tavira-Covarrubias y renovaba las reclamaciones, á fuer de diplomático, y á fuer de militar concluía con un inconsiderado *ultimatum*.

La guerra quedó declarada entre España y Chile.

Entonces Chile envió sus agentes á todas las naciones americanas, y al grito de «Americanismo», pretendió suscitar por todas partes enemigos á la España.

Dejando á un lado los Estados Unidos, cuya conducta hubiera merecido más de una palabra de amarga censura, si nos hubiéramos propuesto ocuparnos de ella, veamos en qué pararon las generosas esperanzas de

Chile en cada una de las repúblicas hermanas, empezando por el Perú, que fué la primera aliada en la cruzada por el americanismo.

Como en todas las etapas de la historia que recorremos en este trabajo, nos encontramos ahora con la revolución en el Perú. Contra Pezet, que, como lo hemos visto, tuvo la debilidad de tratar con España, se había alzado don Pedro Diez Canseco á la cabeza de una formidable revolución, cuya alma era el entonces coronel don Mariano Ignacio Prado. Don Domingo Santa María fué enviado como agente confidencial de Chile en el Perú. El gobieno de Pezet no sólo pretendió mantenerse neutral, sino que dió muestras inequívocas de su desconfianza en los chilenos. Por el contrario, la revolución, cuyas primeras fuerzas de hombres y dinero habían salido de la playas chilenas, continuó recibiendo auxilio y aliento de los chilenos. El señor Santa María, tenía pues, fundados motivos para esperar que sus exigencias contra la España serían bien acogidas en el campamento revolucionario; y en efecto, en 22 de octubre de 1865, el Gobierno de Canseco declaraba la guerra á España, y cuarenta días después, cuando la revolución había triunfado, se celebraba en Lima el tratado de alianza entre Chile y el Perú. El artículo 5.º de este tratado dice: «Ambas partes contratantes se comprometen á invitar á las demás naciones americanas á que presten su adhesión al presente tratado.» Y en efecto, él contribuyó poderosamente á la alianza posterior de Bolivia y el Ecuador.

Difícil es, sin embargo, saber hasta qué punto fué desinteresada la alianza de la revolución peruana. El agradecimiento y el interés por los auxilios chilenos, los compromisos tácitos y solemnes que hacían solidaria la causa

chilena y la revolucionaria, la convenencia de explotar la palabra "americanismo" á favor del partido, la inteligencia entre Pezet y los españoles, el deseo de aprovecharse de la impopularidad del tratado celebrado entre ellos, el interés en evitar el pago de la indemnización estipulada en él, causas todas puramente de circunstancias y de conveniencia, dejaban poco lugar á los sinceros sentimientos de americanismo en la norma de conducta adoptada por los peruanos; ni dejan tampoco lugar á creer que la alianza se debió á la convicción de los elevados principios invocados por Chile.

Las relaciones de Bolivia con Chile se encontraban en esa época en cierto estado de tirantez proveniente de la famosa cuestión de límites; pero á pesar de eso, en 22 de marzo de 1866, el señor Muñoz Cabrera, enviado del Gobierno de Melgarejo, firmó en Santiago con el señor Covarrubias el acta de adhesión á la alianza, declarando: "Que inspirado su Gobierno del más puro sentimiento de justicia y de un bien entendido americanismo, no había podido mirar con indiferencia la injustificable agresión de la España sobre la república de Chile, cuya causa no vacila en llamar causa común de toda América." Para apreciar, sin embargo, en lo que vale esta adhesión, conviene no olvidar que una vez comprometidos en la guerra Chile y sobre todo el Perú, Bolivia no perdía nada adhiriéndose á ella, ni podía sostener tampoco una actitud prescindente á causa de su situación topográfica y moral y de sus relaciones comerciales.

Más pronta y más desinteresada y libre había sido la adhesión de la simpática república del Ecuador, que había formado parte de la alianza desde que los representantes de Chile y el Perú firmaron con el Ecuador

el protocolo de 30 de enero de 1866, en que este último declaró "que el Gobierno y el pueblo ecuatorianos consideraban la causa chilena como eminentemente americana."

Y á lo anterior quedaron reducidos los resultados de los esfuerzos de Chile por la liga americana. En las demás repúblicas, la diplomacia chilena sufrió rechazos más ó menos terminantes, más ó menos motivados.

Casi al mismo tiempo que la guerra entre Chile y España, empezaba la guerra que sostuvo gloriosamente el Paraguay contra la unión de la República Argentina, Brasil y Uruguay. No podía, pues, pensarse en que esos países entraran desde luego en la alianza. Las repúblicas aliadas contra España, resolvieron ofrecer su mediación á aquellos beligerantes, para pedirles en seguida su alianza; pero habiendo sido terminantemente rechazada aquélla, no hubo lugar á ésta. Con el fin de que se favoreciese en algo á los aliados del Pacífico, don José Victorino Lastarria, ministro de Chile en la República Argentina y Uruguay, pidió al Gobierno de este último país que permitiera á los corsarios chilenos vender sus presas en las costas uruguayas, á lo cual se negó dicho Gobierno. Entablóse entonces una acalorada polémica en que el señor Lastarria, que creyó decir siempre la última palabra de la ciencia, no pudo conformarse con que su contendor no se convenciera con sus argumentos, y acabó, devolviendo, sin contestar, una nota del ministro uruguayo; como era natural, se contestó á este desacato con un decreto en que se cancelaba el *exequatur* de las credenciales del señor Lastarria. Como se ve, nada de americanismo había en todo esto.

No fue más feliz en su misión don Manuel A. Matta,

encargado de negocios de Chile en las repúblicas de Colombia y Venezuela.

El Gobierno de Colombia rechazó al principio de plano las gestiones del diplomático chileno en favor de la alianza, fundándose para ello en muchas razones, atendibles las unas, despreciables las otras; pero todas ellas basadas en un egoísmo nacional mal disfrazado con vanas palabras en honor á Chile y á la buena voluntad de Colombia. Entre las razones alegadas por el ministro colombiano, descuella la necesidad de mantener neutral el istmo de Panamá, y no comprometer la garantía que le prestaban los Estados Unidos para mantener su soberanía en ese punto; idea que, como se ve, á más de ser utilitaria, era completamente antiamericana; pues el primer objeto á que podría tender la unión americana sería el obtener derechos preferentes sobre las vías interocéanicas de la América.

Pasado algún tiempo, y habiendo el Perú acreditado un plenipotenciario en Colombia, se trató de nuevo de la alianza, y se exigió al señor Matta poderes especiales para tratar; como éste no los tenía, el tratado se celebró sólo entre el Perú y Colombia. No puede leerse ese tratado, que no se llevó á efecto, sin un sentimiento de desagrado y de desengaño; él no es otra cosa que una especulación mercantil en que Colombia pretendió vender su alianza y su bandera. No hay en él una sóla idea de sincero americanismo, y sí, un reproche á la alianza, especialmente á Chile, en su artículo 8.º, que dice: «Las repúblicas del Perú y de los Estados Unidos de Colombia se comprometen á declarar de común acuerdo, que no aceptan como principio americano ninguna doctrina que no emane directamente de sus pactos expresos, porque las

mencionadas partes contratantes son soberanas é independientes.» etc. ¡Sí! había hecho mal Chile en creer que había en los pueblos americanos un sentimiento común que no necesitaba de estiradas fórmulas para unir su acción y hacer respetar sus derechos comunes.

El señor Matta había ido á Caracas á cumplir su misión cerca del Gobierno de Venezuela. Desgraciadamente, gobernaba entonces allá el hoy célebre tiranuelo Antonio Guzmán Blanco, que ha manifestado lo que entiende de americanismo, entregando poco á poco su país a las garras de la confederación norte-americana, que poco tardará en devorar á Venezuela. El hecho fué que el señor Matta se vió detenido en Caracas con frivolísimos pretextos durante tres meses, y tuvo que retirarse sin obtener una palabra de importancia en favor de la alianza.

Pero después del 2 de mayo de 1866, la España, que no veía ningún resultado práctico de la guerra, puso fin de hecho á sus hostilidades contra las repúblicas aliadas; y cesaron también las gestiones de la alianza para atraerse nuevos amigos.

Al período de las hostilidades, siguióse el período de las insinuaciones amistosas, de los buenos oficios, de las mediaciones. Parece que durante esa guerra la moda de las mediaciones hubiera invadido la América: las ofrecieron Colombia, la República Argentina, Francia é Inglaterra, y sobre todo los Estados Unidos, que ofreció un surtido completo; una especie de ellas, la de armisticio, se aceptó y vino á producir resultados después de cinco años, en la convención celebrada en Washington entre las repúblicas aliadas y la España en 11 de abril de 1871.

Había concluido, pues, Chile sus servicios por la América española; se había comprometido en la guerra por su bien entendida solidaridad con los intereses americanos; había empeñado su acción, contando con que encontraría identidad de sentimientos en las repúblicas hermanas; y, aunque las adhesiones fueron pocas y no desinteresadas, la alianza de las cuatro repúblicas trajo para la América bienes incalculables; robusteció las relaciones diplomáticas y comerciales, facilitó buen número de pactos internacionales, y sobre todo, contribuyó á hacer comprender en Europa que la soberanía de la América tenía el poder necesario para hacerse respetar. Pero nunca cayó Chile en la utopía de a unión americana; y si algunos hombres públicos abrigaron aquí la idea de la confederación, los mismos desengaños sufridos con ocasión de la guerra con España, impidieron que esas ideas llegaran nunca á ser ni del Gobierno, ni nacionales. Por eso fué desechada la propuesta del Gobierno del Perú, que manifestó en su nota del 28 de octubre del 67, que creía llegado el momento de establecer la confederación de las cuatro repúblicas aliadas. Don Francisco Vargas Fontecilla, digno discípulo de Bello, tiene la gloria de haber firmado la nota en que, á nombre de Chile, desechaba la proposición, preguntando con sobrada razón: "¿Estarían dispuestas las repúblicas aliadas á renunciar á su independencia y soberanía?"

* * *

Sobre la guerra del 79 contra la alianza del Perú y Bolivia, diré muy poco. Frescos están los recuerdos de

todos sus hechos, de las intrigas y de las batallas, de las desgracias y de los triunfos, de las miserias y de las grandezas. No necesitamos repetir su historia para convencernos de que en la presente guerra Chile ha obedecido á las mismas ideas y necesidades que Portales invocó para lanzarlo á la guerra en los años de 36 á 39.

Si entonces la confederación perú-boliviana se formó para servir de peldaño á la elevación de un hombre en la América, la alianza firmada entre los mismos países en 1873, tenía el evidente objeto de engrandecer al Perú con la riqueza producida por el monopolio del guano y el salitre, monopolio que aceptaba Bolivia y que se pretendía imponer á Chile. El protectorado de Santa Cruz hacía predominar el elemento boliviano; con la confederación en que el revolucionario Piérola pretendió convertir la alianza, se sobreponía el Perú. En 1839, el ejército chileno destruyó la confederacion; en las conferencias de Arica, una de las bases que Chile imponía para celebrar la paz, era la renuncia de toda idea de confederación entre los dos países enemigos. En la primera guerra, los chilenos encontraron por todas partes simpatías y auxilios en el oprimido Perú; en la última se levantaron en Bolivia mil sordos rumores pidiendo la emancipación del tutelaje de su aliado, rumores que se habrían convertido en abierta enemistad contra él, si los ejércitos chilenos hubieran ido á aquel territorio á deshacer la atmósfera de la influencia peruana. En aquella época, Santa Cruz, el verdadero enemigo, hacía que Orbegoso lanzara la primera ofensa; en la actual ha tocado el turno á Bolivia de suministrar el *casus belli* que necesitaba el Perú, mientras éste se presentaba hipócritamente como mediador. Pero en ninguno de los dos casos ha sido

Chile engañado ni por un momento con un medio tan burdo: entonces fué Portales quien descubrió los proyectos de Santa Cruz para combatirlos, y quien los combatió para aniquilarlos; ahora, el patriotismo de la nación entera descubrió la mano del Perú, y lo ha combatido hasta reducirlo á la impotencia. En el tratado de Paucarpata Santa Cruz invocaba el tutelaje británico, poniendo así en peligro a toda la America; y ahora la cobardía peruana, traicionando toda idea de americanismo, pretende echarse en brazos del extranjero. Chile rechazó aquella idea y ha tenido que luchar contra esta otra. En la destrucción del protectorado, Chile tenía todas las simpatías de la América; más tarde, sólo el oro y la envidia han podido suscitar enemigos tan despreciables como el famoso Guzmán Blanco. Entonces, juntamente con Chile, era la República Argentina una de las naciones más amenazada por la unión perú-boliviana; hoy lo era el Ecuador. Pero en uno y otro caso Chile solo ha bastado para hundir en el polvo la ambición que se levantaba en el antiguo territorio de los incas, y libertar á la América entera de una confederación que teniendo por base su propia opresión, parecía encaminada á extender su perniciosa influencia entre los vecinos.

Si es americanismo el sistema de esfuerzos por el engrandecimiento de las repúblicas americanas, por su soberanía é independencia; si es americanismo impedir á toda costa la dominación de un país extranjero, ó el predominio de una república hermana; si el americanismo consiste en hacer grandes, felices y respetadas las naciones hispano-americanas, es preciso confesar que Chile, por sus costosos y fructíferos sacrificios, se ha colocado en el primer rango de las repúblicas americanas.

Para los que creen que el engrandecimiento de la América está en la confederación, en la pérdida de la soberanía nacional, Chile no sólo no ha hecho nada por el americanismo, sino que lo ha combatido con la diplomacia y con las armas. Chile ha formado su nacionalidad á costa de sacrificios demasiado gloriosos, para que pueda renunciar á ella. Los chilenos estamos demasiado orgullosos del nombre de nuestra patria, y hay en los vecinos demasiadas miserias para que nos sometamos á tener con ellos un nombre y una bandera comunes.

Si son esas confederaciones ó esas absorciones las que se piden en nombre del americanismo, él ha sido siempre una ilusión ó una mentira, y sólo es verdad el chilenismo.

NICOLÁS GONZÁLEZ ERRÁZURIZ

Santiago, 23 de agosto de 1882.

POESÍA

Yo tengo aquí en mi hogar un soberano
único á quien venera el alma mía,
es su corona de cabello cano,
la honra su ley y la virtud su guía.

En lentas horas de miseria y duelo,
lleno de firme y varonil constancia,
guarda la fe con que me habló del cielo
en las horas primeras de mi infancia.

La amarga proscripción y la tristeza
en su alma abrieron incurable herida;
es un anciano y lleva en su cabeza
el polvo del camino de la vida.

Ve del mundo las fieras tempestades,
de la suerte las horas desgraciadas,
y pasa, como Cristo el Tiberiades,
de pie sobre las ondas encrespadas.

Seca su llanto, calla sus dolores
y, sólo en el deber sus ojos fijos,

recoge espinas y derrama flores
sobre la senda que trazó á sus hijos.

Me ha dicho; «Á quien es bueno, la amargura
jamás en llanto las mejillas moja,
en el mundo la flor de la ventura
al más ligero soplo se deshoja.

«Haz el bien sin temer el sacrificio;
el hombre ha de luchar sereno y fuerte;
y halla, quien odia la maldad y el vicio;
un tálamo de rosas en la muerte.

Si eres pobre, confórmate y sé bueno;
si eres rico, protege al desgraciado,
y lo mismo en tu hogar que en el ajeno
guarda tu nombre y vivirás honrado.

«Ama la libertad; libre es el hombre
y su juez más severo es la conciencia;
tanto como tu honor guarda tu nombre,
pues mi nombre y mi honor forman tu herencia.»

Este código augusto, en mi alma pudo,
desde que lo escuché, quedar grabado;
en todas las tormentas fué mi escudo
de todas las borrascas me ha salvado.

Mi padre tiene en su mirar sereno
reflejo fiel de su conciencia honrada;
¡cuánto consejo cariñoso y bueno
sorprendo en el fulgor de su mirada!

La nobleza del alma es su nobleza;
la gloria del deber forma su gloria;
es pobre, pero encierra su pobreza
la página más grande de su historia.

Siendo el culto de mi alma su cariño,
la suerte quiso que al honrar su nombre,
fuera el amor que me inspiró de niño
la más sagrada inspiración del hombre.

Quiera el cielo que el canto que me inspira
siempre sus ojos con amor lo vean,
y de todos los versos de mi lira
éstos los dignos de su nombre sean.

Domingo A. Portales A.

APUNTACIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS USADAS EN CHILE, ESPECIALMENTE EN EL LENGUAJE LEGAL Y FORENSE

(Continuación)

El capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, en su HISTORIA GENERAL Y NATURAL DE LAS INDIAS, tomo 4.º, página 258, columna 1.ª; página 275, columna 1.ª; página 295, columna 1.ª; y página 297, epígrafe del capítulo 10, declara que el principal fundamento de lo que narra en los diez primeros capítulos del libro 47, en los cuales precisamente se comprende la entrada de Diego de Almagro á Chile, es una larga carta ó relación enviada á Carlos V por dicho conquistador ó adelantado.

Así debemos considerar lo que el cronista refiere en esa parte de su obra como si el mismo Almagro lo refiriese.

Cuando este conquistador estuvo en Aconcagua, hizo que Gómez de Alvarado, uno de sus capitanes, fuese con un pequeño cuerpo de jinetes y de infantes á explorar el país hacia el sur.

Fernández de Oviedo, en el capítulo 5, libro 47, ó sea en el tomo 4.º, páginas 274 y 275, da á conocer en la forma que va á leerse el resultado de la expedición aludida.

"En este tiempo, llegó el capitán Gómez de Alvarado, é dijo quél había pasado adelante de *aquella provincia de Chile* é picones ciento cincuenta leguas; é que cuanto más iba la tierra, más pobre é fría y estéril é despoblada é de grandes ríos, ciénegas é tremadales, la halló é más falta de bastimento; é que halló algunos indios caribes, á manera de los juries, vestidos de pellejos, que no comen sino raíces del campo; é que, informándose de la tierra de adelante, supo é le dijeron que *estaba cerca de la fin del mundo*; é le dieron la mesma noticia quel adelantado se tenía antes que lo enviase en Chile; é que, queriendo proseguir el viaje hasta el estrecho (de Magallanes), hacía tantas aguas é tempestad é frío, que, en una jornada, se le murieron cient indios de servicio; é viendo esto, é que había veinte y cinco días que no comían mahíz ellos ni sus caballos, ni tenían carne con que sustentarse, los compañeros unánimes le requirieron que se tornase a donde el adelantado estaba, pues hacer otra cosa sería perderse todos. Y por la carta de navegar, quel adelantado hizo ver en Chile á tres pilotos, no se hallaba haber doscientas é cincuenta leguas hasta el estrecho, las ciento y cincuenta de las cuales habían andado Gómez de Alvarado é su compañía; *é dice la relación, por donde yo el cronista me sigo (ques otra tal como la quel adelantado envió al emperador nuestro señor)* quel estrecho está en 56º, é quellos se hallaron en 47º, é que corrían á dieciséis leguas cada uno. É que visto por el dicho capitán los grandes ríos que había é que no podían vadearse, é como en cuatro leguas pasaban

veinte ríos, é considerando la falta de comida, estaba claro que, á la ida ó á la vuelta, (si la pudieran hacer) se habían de perder todos así, por las dificultades ya dichas é demasiado frío, é que las sierras se estrechaban á la mar, requerido como es dicho, se volvió á donde él general estaba, con la gente muy fatigada y los caballos que casi no se podían tener en pie. *Y dice esta relación* que los trabajos del puerto (el paso de los Andes), hambres y necesidades pasadas no se igualaron á este trabrajoso camino; y que si todo el ejército fuera, como fueron cient hombres con el Alvarado, los menos volvieran.

"Quiero yo agora preguntar á Gómez de Alvarado por qué, pues, le dijeron donde fué que aquellas gentes *estaban cerca del fin del mundo*, por qué no les preguntó cuál era el límite de su principio. Así que, en este caso, bien se muestra lo que de la geografía é asiento del universo sentían los que eso le dijeron."

Es digno de considerarse para el objeto de esta disertación, el que los indígenas dijeran á Gómez de Alvarado estar el país *cerca del fin del mundo.*

¿No guarda esta especie conformidad, ó mejor dicho, mucha conformidad con la noticia que más ó menos un siglo antes, los mensajeros tucumanos de que habla Garcilaso, trasmitieron al inca Viracocha?

Ello es que esta palabra *Chilli* se conservó en el idioma quichúa hasta la conquista española.

Es cierto que, como luego lo demostraré, esa palabra, antes de ese acontecimiento, se aplicaba sólo más ó menos, al territorio de que ahora se forma la provincia de Aconcagua, y probablemente al de Quillota, y quizá á otra de las demarcaciones próximas; pero cuando fué ex-

tendiéndose á toda la provincia, ó todo el reino, cuya capital era la ciudad de Santiago, fundada en 1541 por Pedro de Valdivia á orillas del Mapocho, los indígenas continuaron pronunciando *Chilli*.

Antonio de Herrera, en la tabla general de las cosas notables, contenidas en su HISTORIA DE LAS INDIAS, asevera que *Chile* era también denominado *Chilli*.

El padre jesuíta Diego de Rosales, se expresa como sigue en su HISTORIA GENERAL, (tomo 4.º, página 186, columna 1.ª), la cual debió estar definitivamente terminada allá por el año de 1674:

"Los indios, en su lengua, siempre nombran este reino con esta palabra *Chilli*; y así dicen *chilli-dugu*, que significa la lengua de Chile; y *chilli-mapu*, que quiere decir la tierra de Chile; y siguiendo su modo de hablar, á la provincia de Chiloé llaman *Chilli-güe*; que significa *Chilé Nuevo*, que así llaman esa provincia que de nuevo se descubrió de islas hacia el estrecho."

El individuo de la misma orden religiosa Andrés Febres, en el *Vocabulario Chileno-Hispano* incluído en el ARTE DE LA LENGUA GENERAL DE CHILE, cuya primera edición es de 1765, menciona las palabras *Chile* ó *Chilli*, "nombre general de esta nación ó reino;" *chillidugo*, "lengua ó idioma chileno;" *chillidugun*, "hablar este lenguaje;" *chillihueque*, "carneros de esta tierra, que son los llamados del Perú."

El jesuíta Bernardo Havestadt, en su CHILIDUGU, publicado por la primera vez en 1777, consigna los vocablos *Chili* ó *Chilli chilliche*, "chileno," *chillehueque*.

Es cierto que á *chilidugu* y á *chilidugun* los escribe con *l*, y no con *ll* como Rosales y Febres; pero no debe olvidarse que en los pueblos bárbaros como en los civi-

lizados, el trascurso del tiempo produce variaciones en la pronunciación.

Otra prueba bastante convincente que puede aducirse para manifestar que la forma primitiva de la palabra sobre que voy discurriendo era *Chilli*, y no *Chili*, es que muchos de los conquistadores la convirtieron en *Chille*, lo que no era natural que sucediese si esa forma primitiva hubiera sido *Chili*.

Herrera en la década 7, libro 5, capítulo 7, página 9, columna 2, dice expresamente que, á pesar de que e nombre del reino es *Chile*, lo llaman *Chille*.

El capitán Alonso de Góngora Marmolejo, que como él mismo lo asegura, sirvió al rey para ganarle esta nueva tierra, desde el tiempo de Pedro de Valdivia hasta él año de 1575, dejó escrita una interesante historia del descubrimiento y conquista de esta comarca.

En ese libro, llama á nuestro país alguna que otra vez *Chile*, pero con mucha más frecuencia *Chille*.

Los mencionados no son los únicos españoles del siglo XVI que emplean la palabra *Chille*.

Si hay motivos tan poderosos para presumir que, antes de la venida de los europeos, los indígenas pronunciaban *Chilli*, más bien que *Chili*, es claro que han recurrido á un procedimiento erróneo los eruditos que han buscado la significación primitiva, suponiendo que esa palabra tenía la segunda de esas formas, en vez de la primera.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

(Continuará)

BOLETÍN

DEL CENTRO DE ARTES Y LETRAS

SESIÓN EN 3 DE OCTUBRE DE 1888

Presidió el señor director de turno don Javier Vial Solar, y asistieron, además, los señores: Barriga, don Juan Agustín; Barros, don Claudio; Barros Barros, don Manuel; Campo, don Enrique del; Concha Castillo, don Francisco Antonio; Cruchaga Tocornal, don Miguel; Cueto Guzmán, don Enrique; Domínguez Cerda, don Manuel; Echenique, don Joaquín; Errázuriz U., don Rafael; Eyzaguirre, don Javier; Fóster R., don Manuel; Jarpa don Onofre; Larraín, don José Clemente; Ovalle, don Abraham; Ovalle, don Alejandro; País León, don Rubén; Portales A., don Domingo; Prieto H., don Joaquín; Salas, don Julio; Salas, don Raimundo; Tocornal, don Juan Enrique; Valenzuela C., don Alberto; Vial Solar, don Alfredo; Vial Solar, don Manuel; Walker Martínez, don Carlos; Walker Martínez, don Joaquín; Covarrubias, don Manuel A., que desempeñó las funciones de secretario, y gran número de miembros de corporaciones análogas al Centro de Artes y Letras.

Leída y aprobada el acta de la sesión anterior, se puso en conocimiento del Centro que la junta calificadora había admitido como socios á los señores:

Don José Tocornal
" Antonio Alcalá Galiano
" Abraham Ovalle
" Alejandro Ovalle
" Jerónimo Lazo

Don Julio Lazo
" Juan Enrique Infante
" Eulojio 2.º Díaz
" José Manuel Larraín
" Pedro León Carmona
" José María Hurtado y
" Pedro Correa Ovalle.

Á continuación el señor director de turno presentó el detalle de los gastos de la sesión solemne celebrada el 26 de septiembre

En seguida se dió cuenta:

1.º De una nota del señor don Antonio Alcalá Galiano, por la que acepta la invitación que se le hizo para que usara de la palabra en la sesión solemne del Centro.

2.º De otra nota de la Academia Musical del Círculo Católico de Santiago, por la que acepta la invitación qne se le hizo para que tomara parte, de acuerdo con el Centro, en la sesión solemne que éste celebró.

3.º De otra nota del señor don Melchor Terrazas, por la que envía un retrato del coronel don Pedro Domingo Murillo, protomártir de la revolución americana del 16 de julio de 1809.

4.º De otra nota de don Juan de Dios Vergara Salvá, presidente de la Academia Filosófica de Santo Tomás de Aquino por la que invita á los miembros del Centro de Artes y Letras al acto literario que celebró aquella corporación el 30 de septiembre.

5.º De otra nota de don Eduardo Edwards en que comunica que el directorio del Círculo Católico de Santiago, acordó, en sesión del 1.º del presente mes, tomar á su cargo los gastos que con ocasión de la sesión solemne del Centro, se hizo por la Academia Musical, y por gas y consumo de la banda de músicos.

Los trabajos leídos en esta sesión fueron los siguientes:

Memorias de un viejo chocho, de don Alberto Valenznela C.

Objeto y naturaleza de las obras de arte según el ideal cristiano, de don Onofre Jarpa.

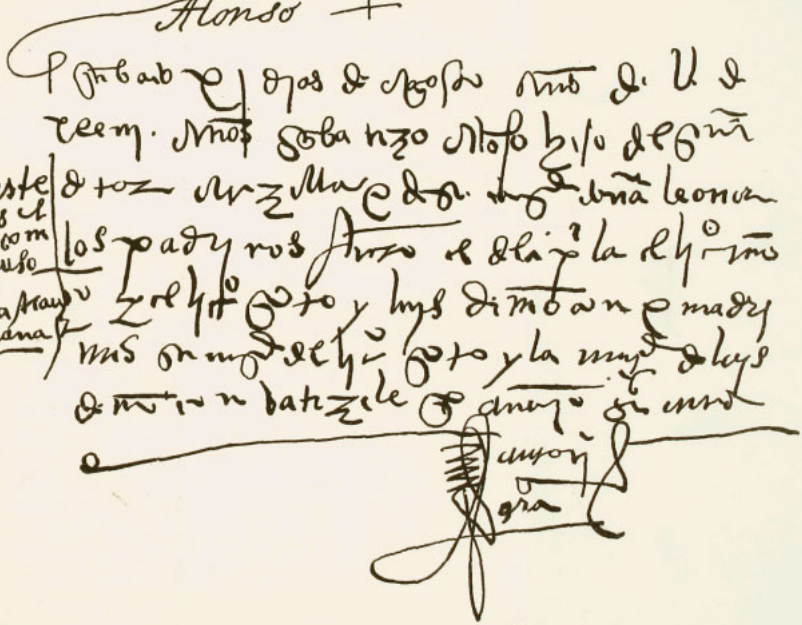
La voz de la campana, poesía de don Enrique del Campo.

Se levantó la sesión.

J. WALKER M.

Luis Covarrubias
Director-secretario

Alonso +



LA PARTIDA DE BAUTISMO

DE DON ALONSO DE ERCILLA Y ZÚÑIGA

(Trabajo leído en la Academia Filosófica de Santo Tomás de Aquino)

El día 8 de mayo del presente año, encontrándonos en Madrid, fuimos invitados por el Padre Fidel Fita para visitar el archivo de la parroquia de San Nicolás de los Arroyos, en donde nos dijo haber visto la partida de bautismo del autor de la *Araucana.*

En efecto, en un libro pequeño del archivo encontramos la partida cuyo facsímile acompañamos.

La palabra "Alonso" del encabezamiento y la frase "este es el que compuso la Araucana," del margen, están escritas con letra del siglo pasado.

La partida interpretada literalmente dice así:

P. Sábado 7 dias d. Agosto Año d. Mdxxxiii Años se batizo Alóso hijo del señor Dotor Arzilla e de su mugr. Doña leonor los padrinos fueró el de la pila el liº mózo y el liº Soto y luys de mózon e madrinas su mugr. del

li° Soto y la muger d. luys de mózon batizele yo annio gr°, cura.

ANTON.
GRA.

Es decir:

Partida.—Sábado, 7 días de agosto de 1533 años.—Se bautizó Alonso, hijo del señor Doctor Arcilla y de su mujer doña Leonor. Los padrinos fueron: el de la pila, el licenciado Monzon y el licenciado Soto y Luis de Monzon; y madrinas, su mujer, del licenciado Soto, y la mujer de Luis de Monzon. Bauticéle yo, Antonio García, cura.

ANTONIO GARCÍA

Muchos biógrafos de Ercilla han leído "sábado 9," en vez de "sábado 7," que es como nosotros interpretamos la partida. Para asegurar la exactitud de esta interpretación hemos comprobado la fecha por medio de las tablas Francœur, y resulta que el 7 de agosto caía en día sábado el año de 1533. En consecuencia, para que pudiera leerse 9 habría que leer *lunes* allí donde claramente dice sábado.

Las palabras "Alonso" y "éste es el que compuso la Araucana", probablemente han sido escritas en el siglo pasado por el erudito Álvarez de Baena, que escribió una colección de biografías de hombres ilustres de Madrid y que, según él mismo advierte, comprobó el hecho de ser madrileños todos sus personajes biografiados, entre los cuales está Ercilla.

La parroquia de San Nicolás es la que comprende en su jurisdicción las residencias reales de la corte de España, y es seguro que doña Leonor de Zúñiga, madre de

Ercilla, habitaba en aquellos contornos, por ser dama de la corte.

Eran tan autorizados los Ercillas en la corte, que don Fortún García de Ercilla, padre de nuestro poeta, fué caballero de la orden de Santiago, hombre de grande influjo y célebre jurisconsulto en aquellos tiempos.

Así se explica que lograra colocar á su hijo, don Alonso de Ercilla y Zúñiga, como paje ó menino del príncipe don Felipe, hijo y sucesor de Carlos V.

Don Juan de Ercilla y Zúñiga, hermano de nuestro poeta, fué abad de Hormedes, limosnero mayor de la reina doña Ana de Austria y por último, maestro del príncipe don Fernando.

Y doña Leonor de Zúñiga, madre de don Alonso, obtuvo, luego de enviudar, el cargo de guarda-damas de la emperatriz doña Isabel.

En vista de estos datos sobre la familia del autor de la *Araucana* y en vista del contexto mismo de la partida de bautismo, no es posible dudar de su autenticidad.

El hecho de ser tres los padrinos del bautizado, dos de ellos licenciados y uno de éstos probablemente el licenciado Pedro de Soto, á quien Cervantes en su *Viaje al Parnaso* llama único y docto licenciado, secuaz de Apolo,

"Con raras obras y ánimo devoto";

el ser doctor el padre del bautizado y el residir en la principal parroquia de Madrid, son datos que concuerdan enteramente con todo lo que se ha averiguado sobre los antecedentes de familia del cantor de Arauco.

Nosotros, que quizá con más derecho que los españoles, podemos llamar á la *Araucana, nuestro poema* y á

Ercilla nuestro primer poeta nacional, no podemos menos de mirar con interés cuanto contribuya á darle fama y renombre en nuestra patria.

Por otra parte, de los muchos poetas españoles que han explotado como asunto poético las guerras de Arauco, con ser ellos muchos y de los más notables del Parnaso español, sólo Ercilla ha conseguido hacerse popular y generalmente querido entre nosotros.

Justo es, pues, que tributemos, al menos, al autor de la *Araucana* el honor que merece, ya que Lope de Vega casi no es conocido en Chile por su *Arauco domado*, comedia que tiene bastante renombre y que aun ha sido traducido al francés. Don Juan Ruiz de Alarcón, el autor de *La Verdad sospechosa;* don Antonio Mira de Mescua, y otros que escribieron *Las Hazañas del marqués de Cañete*, tampoco son más conocidos, por más que este último tenga trozos admirables y tan halagadores para la vanidad nacional, como el siguiente que pone en boca de una araucana:

«Aquí somos hermosas
competidoras de las blancas rosas
las mujeres, y bellas
como el claro brillar de las estrellas:
¿qué mucho que los hombres
el otro polo espanten con sus nombres?»

El poeta don Luis de Belmonte, que tomó parte en la redacción de *Las Hazañas del marqués de Cañete*, exprime en los siguientes conceptos su admiración por los araucanos, por demás patente en sus poesías: «Si los soberbios romanos, que dominaron con las armas los últimos confines de la tierra, se vieran en campaña con los indomables bárbaros de Chile, sin duda perdieran el an-

tiguo esplendor de su monarquía, porque el antiguo furor de los araucanos los arrojara á morir hasta postrar en tierra las águilas de sus banderas». . .

«Con menos soldados de los que ha costado Chile, se hizo Alejandro señor de todo oriente.»

No se encuentran jamás, en los poetas españoles que han tratado el tema de las guerras de Arauco, conceptos injuriosos para los indígenas de Chile y menos para nuestro país en general; por el contrario, las glorias de Arauco son encarecidas sobre toda ponderación.

Sin embargo, el hecho es que no hay en la literatura española obra alguna que tenga para nosotros mayor interés nacional que la *Araucana* de Ercilla, poema que en España no tiene por qué llegar á ser popular y que en Chile, en cuanto es posible, ha llegado á serlo.

Pidiendo excusas por la digresión, terminaremos expresando el deseo de que alguno de los individuos de la Academia, á cuya disposición ponemos hoy la fe de bautismo de don Alonso de Ercilla, tome sobre sí el trabajo de adelantar las hasta hoy infructuosas averiguaciones tocantes á los últimos días de la vida y á la fecha precisa del fallecimiento del ilustre poeta.

LUIS BARROS MÉNDEZ

Concepción, 11 de octubre de 1888.

DE LAS TEORÍAS DE LE PLAY

(Trabajo leído en el Centro de Artes y Letras)

Innecesario me parece entrar á disertar ante una juventud tan ilustrada como la que forma el Centro de Artes y Letras, acerca de la necesidad del estudio de las ciencia política. La política no es ya objeto sólo de la preocupaciones de los hombres que á ella especialmente se dedican, sino atención preferente y motivo de estrictos deberes para todo ciudadano de un país que, como el nuestro, ha tenido la felicidad de nacer al mismo tiempo á la vida de nación soberana que á la vida democrática.

Sucede, por desgracia, que los autores que con más talento han escrito de la ciencia política en la época moderna, son en su mayor número ó enemigos de la religión ó indiferentes á ella. En este caso se encuentran Tocqueville, Thiers, Stuart Mill, Bastiat y gran parte de los economistas. De entre los católicos, De Maistre en su *Principio generador de las constituciones políticas* y en las *Consideraciones sobre la Revolución francesa*, tiene páginas admirables, superiores con mucho á las de los escritores que hemos citado, por la profundidad de genio con que penetra la esencia metafísica de la verdad

hasta prever y anunciar casi con certeza profética los futuros acontecimientos. También el vizconde de Bonald, una de las inteligencias más vigorosas que apareció en Francia en el primer período de la Restauración, dió mucha luz sobre las instituciones que habían gobernado á aquel país en la Edad Media.

Pero estos escritores, de igual manera que Lammenais en su primera época, fueron enemigos del gobierno representativo, tal como se entiende en los pueblos modernos. Impresionados por el abuso que de estas ideas hacían los falsos liberales, en vez de formarse de ellas, como indicaba Chateubriand, una bandera para los hombres de religión, ideal á que tienden hoy todos los nobles espíritus, volvieron sus miradas al pasado y empeñáronse en demostrar que la Francia había tenido bajo sus reyes instituciones políticas más adecuadas que las modernas para el progreso de la nación. Nuestra juventud que, como decía Lacordaire, quiere ser penitente en religión pero impenitente en libertades, no puede pues, buscar en estos escritores ideas aplicables á un país como el nuestro. Por otra parte, nobleza obliga, y por tanto los católicos, á quienes la Inglaterra debe la organización cuyo perfeccionamiento produjo en el siglo XVII el más bello equilibrio de fuerzas políticas que existe en el mundo, al decir de un célebre publicista, tienen razón para defender ahora la obra de sus correligionarios ensalzando el régimen representativo, que ha hecho grande á la raza sajona en Europa y América.

Ahora podemos fijar nuestra atención y estudiar con orgullo la conducta de los católicos de Bélgica, que han practicado allí la libertad con más extensión que en ninguna parte. La mayoría católica que gobierna la Bélgica,

mantiene el principio de la libre discusión y respeta las convicciones de sus contrarios, que vigilan sus actos y la amenazan con sus censuras y su poderosa organizacion.

Convencido de que los católicos chilenos debemos buscar nuestra inspiración en países como Bélgica y en las enseñanzas de escritores políticos que amen la religión, al propio que la libertad, he fijado mi atención en Le Play, ardiente católico y liberal individualista, de cuyas obras me propongo haceros una breve reseña en esta noche.

Hijo de una familia distinguida, nació Le Play en 1806 en el puerto de Honfleur, en donde pasó los primeros años de niñez. Mucho tiempo después, cuando escríbia sus obras políticas, recordaba con emoción los sufrimientos de los pescadores, entre quienes recibiera las primeras profundas impresiones que vinieron á inculcarle el amor á los pobres y abnegación constante para dedicar su vida al servicio de los humildes. Tuvo, pues, una infancia vigorosa, que se desarrolló en medio de los campos y al lado del paisano.

Á los siete años fué á París á casa de un tío muy rico y sabio, quien se encargó de su educación. Mucho más aprendió leyendo con avidez las obras de la famosa biblioteca que tenía en la casa, y oyendo á los distinguidos huéspedes que la visitaban tratar de las cuestiones de religión, política y literatura, que con las lecciones de la escuela. En las sabias discusiones que allí se sostenían, comenzó á notar que muchas de las ideas sociales propagadas por Voltaire, Rousseau y demás apóstoles de la Revolución, lejos de llevar á los pueblos á la felicidad y á la libertad que tanto pregonaban, no habían traído como consecuencia para su patria, sino la corrupción de

las clases sociales que por su ilustración y riqueza habrían podido regenerarla y mantenerle el alto lugar que alcanzara en mejores tiempos. Principió por tener un conocimiento de la historia de Francia mucho más exacto que el que se daba entonces á la juventud; pues todavía no había nacido la verdadera escuela histórica de los Thierry y Guizot. Á los diecisiete años ingresó en la Escuela Politécnica y en la de Minas para dedicarse á la carrera de ingeniero, que más tarde debía ilustrar. En esa época contrajo una íntima amistad con el distinguido literato Juan Reynaud.

Las luchas de ideas que dividían á la Francia, penetraban hasta el pacífico recinto de los laboratorios, y entre los estudiantes, cada escuela tenía ardientes adeptos. Reynaud era partidario entusiasta de Pedro Leroux y creía como muchos jóvenes, notables por su talento, entre los cuales se contaba á Miguel Chevalier, que el socialismo era una doctrina de progreso, y Saint Simón un nuevo Cristo que había venido á completar la revelación que el Evangelio trajo al mundo. Las enseñanzas que Le Play había adquirido en casa de su tío le suministraban armas felices con que combatir en su propio espíritu y en el de su amigo aquellas peligrosas utopías que arrastraban á la juventud inteligente de aquel tiempo. Concluyó por invitar á Reynaud á una excursión á Alemania, con el objeto no solamente de perfeccionarse en el conocimiento de su profesión, sino también de estudiar, al mismo tiempo que las minas y establecimientos fabriles, la sociedad bajo sus diferentes faces.

Este viaje tuvo lugar en 1829. El espectáculo que le ofreció Alemania hizo una profunda impresión en su espíritu. Conoció poblaciones que, si bien no tenían las

cualidades brillantes de la raza francesa, gozaban de la paz social; agrupaciones en donde la familia estaba organizada según las reglas del cristianismo; el gobierno dejaba libertad al municipio y á la provincia, y en donde el trabajo, la cuestión social cuya organización más importa conocer, estaba arreglado conforme á la libertad y con instituciones que protegían al débil asegurándole sus creencias morales y el pan de cada día. Allí concibió el deseo de seguir haciendo investigaciones en el mismo sentido y de desconfiar de las ideas abstractas que dominaban en su país. Propúsose, como Descartes en el terreno de la filosofía, dudar de todo lo que había oído ó leído acerca de los problemas políticos y sociales, y no aceptar una convicción sino después de maduros estudios. Quiso, como sabio matemático y naturalista que era, fundar sus conclusiones siguiendo el mismo método que habían seguido los astrónomos y naturalistas para levantar el hermoso edificio de las matemáticas y de las ciencias naturales, cuya contemplación había llenado hasta entonces su vida. Para el edificio de las ciencias sociales no admitió asimismo otra base que la observación. La idea era tan hermosa como atrevida. Comprendía, sin embargo, su alcance y las dificultades que tendría que combatir. Pero su espíritu era tan enérgico como audaz su inteligencia. Vió que los hechos sociales, fundamento de su sistema, y en los cuales debía apoyarse como un juez para dar sus sentencias, no estaban determinados con exactitud. La estadística en aquella época no era una ciencia perfeccionada como ahora. Sólo había ensayos imperfectos. Para ser consecuente con sus propósitos tenía que idear un sistema de observación propio, un medio de formar la estadística superior al que se conocía.

Escogitó el sistema llamado de las *monografías* ó sea de la observación directa y detallada de cada familia en particular para llegar á tener en sociología resultados tan exactos como los que un químico deriva de sus análisis. «No se trataba ya (nos valemos de las propias palabras del autor) de tomar por base los documentos suministrados por la autoridad pública, tocante al sistema financiero, militar y administrativo. Los estadísticos que coordinan estos datos no disponen de medios de observación; se satisfacen con lo que les comunican personas extrañas á las ciencias, que omiten por este motivo ramos esenciales de la actividad humana. Por esto son inexactas las aplicaciones de la estadística á la agricultura, á la industria y al comercio. Las monografías directas no tienen por qué abrazar en un cuadro general todas las cuestiones sociales. Se debe estudiar cada cuestión separadamente, circunscribiéndola lo más que sea posible. En lugar de considerar bajo un punto de vista único un país, se observan casos particulares, localidades especiales y éstas se estudian á la vez en diferentes aspectos. La observación no se confía á una multitud de agentes encargados de ejecutar un acto material, sino á algunos especialistas versados en el conocimiento del asunto. No se llega, pues, á los hechos especiales por inducciones remotas sino que se les observa directamente en las fuentes mismas de la observación.» Es, pues, Le Play, verdadero inventor de un método en sociología, que vino á llenar gran vacío en los estudios estadísticos, base en que debe descansar la sociología, como ciencia práctica fundada en los hechos.

Pero, como decía Agustín Cochin, para aplicar á la ciencia social este método, se necesitaba nada menos que

visitar á domicilio á cada obrero, imitando entonces la verdadera ciencia á la verdadera caridad, respirando como ella el mismo aire que el trabajador humilde, investigando con una paciencia de benedictino sus recursos y principalmente sus ideas y sentimientos.

Todo esto lo llevó á cabo Le Play. Primero, ensayando los talleres parisienses, en las horas que le dejaban las atenciones de su cátedra de metalurgia, y en seguida en diferentes partes de la Europa. Estas investigaciones merecieron aplausos de hombres de los diferentes campos políticos, como Thiers, Toequeville y Montalambert, y formaron á su derredor un núcleo de talentos distinguidos que le oían con respeto y admiración.

En esa época estalló la revolución de 1848, que tanto perturbó las ideas políticas; pues todos sabéis que aquellos memorables acontecimientos, más que de desorganización política, fueron la revelación del trastorno en las ideas que habían producido las novedades de la falsa ciencia socialista de Saint Simon y Luis Blanc.

Los proyectos tendentes á organizar sobre bases absurdas el trabajo, la familia y la propiedad, que en aquellos días eran pregonados por sofistas de genio y aceptados por un pueblo más iluso que culpable, ponían de manifiesto el precio inestimable de los principios salvadores del orden social é indujeron á muchos hombres distinguidos que tenían la dirección de los negocios públicos y que se sentían impotentes para rebatir en el palacio del Luxemburgo las especiosas doctrinas del socialismo, á solicitar de Le Play que publicase en un libro las preciosas observaciones y estudios que antes les había comunicado en conversaciones particulares.

Este fué el origen de su obra *Monografías de los*

obreros europeos, fruto de sus primeras observaciones, y en que aparecen las ideas capitales del sistema que desarrolló más tarde en sus *Obreros de ambos mundos*, y con la cooperación de los escritores de nota de Francia, Inglaterra y Alemania, que tomaron parte en la Sociedad de Estudios Prácticos de Economía Social, fundada por él.

Pero la grande obra de Le Play es *La reforma social en Francia*, que publicó en 1864. En esta notable producción, que revela en él un espíritu vigoroso y de los mejor preparados para tratar las más delicadas cuestiones, dilucida los principios de la ciencia política con riqueza extraordinaria de conocimientos y con esa originalidad en las ideas que es el sello de las inteligencias superiores que extienden el horizonte de los estudios científicos.

Comprendiendo que no se puede tratar acerca de las cuestiones fundamentales de la sociedad, sin partir de las verdades generales, que como de su fuente ú origen todas las demás se derivan, principia por sentar que según sea el credo religioso del escritor, tiene que ser diferente la solución de las cuestiones políticas que trate. Así, conforme á lo que Bacon llamaba *interiora rerum principia*, Le Play ante todo se declara espiritualista y creyente; y como tal, si bien atribuye importancia al progreso material, considera de un rango superior y más estimable el desarrollo de la inteligencia y facultades morales del hombre.

No debemos ser los esclavos sino los señores de la materia. Naciones hubo que alcanzaron el más alto grado de la civilización y cuyas ruinas contempla hoy el erudito, absorto por el adelanto que revelan, y que sucumbieron, no obstante, por la falta del principio orgánico

de vida moral y de virtud que regenera y neutraliza los mortales refinamientos del progreso material. «Es menester, dice Le Play, que al adelanto de inteligencia y de la riqueza, acompañe el noble principio de la moralidad.» El desarrollo de la población y de la riqueza, base del adelanto material de una nación, está limitado por la extensión del territorio y los obstáculos que el célebre Malthus señala á la propagación de la raza; las fuerzas morales en cambio son infinitas y el progreso espiritual, es, como dijo un notable escritor, el aroma que, impidiendo al hombre corromperse, salva las civilizaciones.

Las objeciones formuladas contra la religión y la moral por los sociólogos positivistas, que, como Spencer, se apoyan en las ciencias físicas y naturales, están reñidas con sus propios principios evolucionistas y de experimentación. Negando á Dios y á la moral por razones tomadas de la física ó de la química, contradicen la misma base de su sistema, que no admite nada que no se pruebe por la experiencia.

Pero las pruebas que la historia nos suministra manifiestan aún más elocuentemente cuán gratuítas son las hipótesis de estos escritores. La historia, que nos enseña cuánto contribuye la religión á la prosperidad de los pueblos, pone de manifiesto también el poder destructor del escepticismo que en Francia, para no citar otros países, ha tenido tanta parte en el abatimiento de esta noble nación, que en época de fe ilustraron hombres como Descartes, Bossuet y San Vicente de Paul; pero á la cual la política de sus reyes, que se titulaban católicos y se conducían conforme á las máximas del paganismo, llevaron á la decadencia en que la habían precedido Italia y España. Tarea á que contribuyeron los enciclo-

pedistas del siglo XVIII, que, llamándose apóstoles de la libertad, adulaban por miedo á los tiranos y volvían sus armas contra la iglesia y los principios de la moral.

Muy diferente conducta fué la de los grandes hombres que, como Washington y Adams, fundaron la república de Estados Unidos, basando sus instituciones en el cristianismo, que consideraban la causa primera de la felicidad de los pueblos. Á cuyo propósito cita Le Play las palabras de Broudon, publicista de Nueva York, que decía: "Tenemos la convicción de que la Providencia nos ha dado una misión importante, eligiéndonos para producir en el mundo una civilización mucho más avanzada que la de que se goza actualmente. El destino manifiesto del país es más noble, más elevado y de un orden más espiritual; es la realización del ideal de una sociedad cristiana para el antiguo y el nuevo mundo. El catolicismo está llamado á perfeccionar nuestra civilización y á hacer de nosotros el pueblo del porvenir. Pero el catolicismo no obra sino por el órgano de los hombres; da su apoyo, su socorro, su influencia; pero no produce sólo su obra. Depende, pues, de nosotros, de nuestra fidelidad ó de nuestra indolencia, que los Estados Unidos realicen su misión gloriosa. No basta que exista la iglesia en el suelo de América. No obra por ensalmo para destruir los males y los obstáculos. Si los católicos no sobrepasan á los otros en virtudes públicas y privadas, no harán servicios. Su responsabilidad es, pues, más grande que la de cualquiera otra clase de ciudadanos. Con respecto al porvenir, somos el pueblo americano. Debemos, pues, exceder á los demás en inteligencia, sabiduría y, diré aún, en capacidad. Si no lo podemos ¿con qué derecho alabamos al catolicismo bajo el punto de vista de la civilización?

Una vez planteada la cuestión religiosa, entra LePlay en la de la propiedad, declarándose partidario de las soluciones de la libertad en este arduo problema. Para él, el progreso de la civilización ha consistido en el desarrollo del poder del individuo por la propiedad personal y absoluta, obtenida con el trabajo y el ahorro, las causas más activas del adelanto de las naciones. En consecuencia, es, como don Andrés Bello lo fué en Chile, entusiasta sostenedor de la libertad de testar, y critica con razón al Código francés, que en este punto es mucho más restrictivo que el nuestro, pues llega hasta impedir que el padre pueda legar especialmente á alguno de sus hijos el taller y el campo fecundado por su trabajo, y confiarle la noble misión de perpetuar la familia.

El derecho de asociación, este principio eminentemente cristiano, está tratado de un modo admirable en la obra de *La reforma social*. Como entre las asociaciones uno de los organismos más perfectos es el de las corporaciones religiosas, que ejercen la misión de educar á la juventud, les dedica elocuentes páginas, y al estudiar su acción en este noble campo, trata de una libertad simpática á todos los católicos y la más hermosa de todas las libertades, la de enseñanza, tan combatida por todos los enemigos de las creencias religiosas. Allí prueba que las universidades que más han brillado en el cultivo de las ciencias, tuvieron un origen libre é independiente de los gobiernos; y que la *ingerencia del Estado*, que ha traspasado el modesto papel de auxiliar la acción del individuo ó de los municipios, ha sido siempre y en todas partes arma del despotismo y causa cierta de corrupción y atraso para los estudios.

En esta materia, como en otras esferas de la actividad

humana, algunos países europeos han retrocedido de las instituciones de la edad media, y los que, como Inglaterra y Alemania, han respetado las buenas tradiciones de aquella edad, son los que ahora tienen universidades más florecientes.

El autor concluye por sostener que el primer paso que debe darse para impulsar los estudios tiene que ser la restricción de las facultades del Estado sobre la enseñanza.

En el capítulo de *La reforma social*, sobre el trabajo, discute valientemente las dificultades que ofrece esta cuestión, casi insoluble, si en ella se buscan fórmulas absolutas que satisfagan nuestras aspiraciones. La igualdad del hombre, proclamada en el Derecho moderno, ha sido un gran paso; pero esto no es bastante como solución de los problemas que ofrecen las dificultades producidas en el campo de la lucha por la vida, ó de la concurrencia, como dicen los economistas. La abolición de los privilegios, que permite á los más hábiles ó afortunados salir de su condición, no ha borrado las desigualdades de aptitud y de nacimiento que mantienen el hambre y la miseria al lado de los felices y poderosos. Con el régimen de la libre concurrencia, gran parte de las clases trabajadoras han caído en una situación aún más horrible que la conocida anteriormente. Por el simple juego de las leyes económicas no alcanza siempre el hombre el hogar y el pan de cada día, que necesita. Como un remedio que, además de la caridad, debe aplicarse para mejorar la situación del obrero, Le Play propone el sistema que llama del *Patronazgo de los capitalistas*, que es de los puntos que estudia con más talento y de los más recomendables en el libro de *La reforma social*.

En materias de gobierno, Le Play, como liberal de la verdadera escuela, que restringe el campo en que debe funcionar el gobierno, da la preferencia á aquellas naciones en que la vida pública no absorbe el movimiento de la sociedad, siendo, al contrario, la vida privada la que desempeña las funciones más importantes. Este es el criterio con el cual aprecia el adelanto político de las diferentes naciones que marchan á la cabeza de la civilización. Por este motivo ama con pasión las instituciones de Inglaterra. Lo que más admira en aquel gran pueblo es la libertad individual, que, por medio de la prensa, el meeting y la asociación, gobierna realmente el país más que la reina y sus estadistas, y también la organización administrativa. Ahí el gobierno *central* no rige sino los intereses generales, quedando los intereses especiales á cargo del individuo, la asociación y el municipio, sistema contrario al vigente en Francia y copiado en Chile, que absorbe todos los poderes en el gobierno central. Como es imposible que los intereses todos de una nación sean atendidos por unos cinco ó diez funcionarios llamados Ministros de Estado, el resultado lógico es que teniendo la sombra de tan inmenso poder, lo que ellos no pueden ejecutar, lo hacen bajo su amparo una multitud de agentes irresponsables y sin interés por las localidades, cayendo en éstos y en los jefes de oficinas toda la administración nacional.

Este poder irresponsable, que se extiende á todo, sofocando así las fuerzas vivas del país, impide hacer el bien, y no puede llevarlo á cabo, careciendo de estímulo que lo impulse á ello. Actualmente es conocido con el nombre de *burocracia* ú *oficinismo*. Le Play estudia en

detalle la acción fatal de este sistema en su país y en otras partes de Europa; é indica asimismo el medio de dar vida al poder municipal, que está llamado á ejercer las atribuciones que la burocracia ha usurpado. Entre las ideas que sugiere para organizarlo y darle vigor, me ha llamado la atención la de distinguir, al distribuir las autoridades que lo ejercen, las ciudades donde la población está aglomerada y la vida es complicada, y los campos cuyos hogares y talleres están diseminados en una grande extensión de territorio. Establece una organización distinta en uno y otro caso y, al organizar el municipio rural, lo independiza del urbano.

En Chile habría mayores razones para imcorporar en nuestra legislación estos principios. ¿Cómo subordinar la satisfacción de las necesidades que tienen nuestros extensos campos, de caminos, escuelas, policía, á los municipios de nuestras poblaciones? ¿Qué interés tienen los municipales de Santiago en que los caminos y las escuelas rurales estén atendidos? Felizmente hay entre nosotros una institución, los mayores contribuyentes, á la cual podría dársele mayor desarrollo, imitando lo que se hace en Inglaterra, que confía á sus propietarios el poder local en los condados; y encargarla de nuestras escuelas, de la policía y de los caminos, asuntos que tanto interesan personalmente a los propietarios.

Me es imposible en una reseña tan breve, indicar, siquiera en parte, las mil cuestiones de que trata el libro de Le Play. Para terminar citaré el juicio de dos escritores franceses, muy conocidos de nosotros, acerca de *La reforma social:* Saint Beuve y Montalambert.

Refiriéndose el primero á la visita que hizo Le Play,

siendo estudiante, á Alemania, y que fué el origen de sus observaciones, da á conocer su carácter en las siguientes palabras: «Es de la nueva generación, es principalmente el hombre de la sociedad moderna, viviendo de su vida, educado en sus progresos, en sus ciencias, en sus aplicaciones, de la familia de los Monge y Berthollet. Si ha concebido el pensamiento de una reforma, no ha sido sino después de la experiencia y combinando los medios que propone con las fuerzas vivas de la civilización actual, sin pretender comprimir su vuelo. Sin embargo, él ha visto el mal que hay en ella, ha creído descubrir peligros en el porvenir, y, en cierta dirección, principios de decadencia si no se aplicaba el remedio; y no solamente como buen ciudadano ha dado un grito de alarma, no sólo ha advertido, sino que, como sabio y hombre práctico, fortificado con todas las luces de su tiempo, y, conocedor de todos los resortes sociales, propone medios exactos y concretos de detenerle y corregirle.

Montalambert, cuyo solo nombre despierta sentimientos de simpatías y nobles estímulos en la juventud, escribía, desde su castillo de la Roche-en-Brenza, á su amigo Agustín Cochin: «Leo el libro de Le Play, y estoy lleno de admiración. No ha aparecido una obra más importante y de más interés después de la grande obra de Tocqueville sobre la democracia; y Le Play tiene el mérito de tener más energía que Tocqueville, quien jamás ha desafiado una preocupación poderosa. Es menester que le hagáis plena justicia y que adoptemos su obra como nuestro programa, sin fijarnos en disentimientos de detalle, que podrían ser numerosos.»

Termino haciendo mío este voto, que el ilustre caudi-

llo de los católicos de Francia nos manifiesta en estas palabras, é invitándoos á beber en esta pura fuente ideas útiles para la felicidad pública en nuestros país.

MANUEL VIAL SOLAR

HORACIANA

(Leída en el Ateneo)

En purpurados versos
cantaba el vate, al pie del Capitolio,
las grandezas del dios moldeado en carne
que se sentaba en el romano trono.
Cantaba de las lides contra el medo
los rasgos portentosos;
cantaba al que el imperio sostenía
sobre sus regios, inmortales hombros.

Cantaba los corceles
que echaban fuego por los grandes ojos,
y los carros de bronce, y las centurias
que se extendían cual torrente indómito.
Cantaba los laureles y las palmas
y las coronas de oro,
las túnicas de púrpura, los mantos
que iban del campo recogiendo el polvo,
el olímpico polvo que envolvía
en amplia nube al vencedor glorioso.

Cantaba de las naves los encuentros
sobre la espalda del inquieto ponto,
las coronadas proas
las anchas lonas que ahuecaba el noto.
De la romana sangre
cantaba el brío y el bullir heroico,
y las espadas tintas
en sangre meda hasta dorado pomo.

Y cantaba, por fin, la entrada á Roma
de los esbeltos héroes orgullosos,
batiendo sus laureles y sus águilas
al pie del Capitolio.

De los labios del vate el espondeo
se desbordaba erguido y ampuloso,
y el verso, como un dios, hacia el Olimpo
se remontaba sobre un carro de oro.
Cuando acabó de hablar, una doncella,
desnudo el pecho púdico y marmóreo,
le presentó una copa
de vino generoso;
y el vate, á la salud de los quirites,
se la bebió de un sorbo.
Batir de palmas se escuchó en seguida,
y ebrio de orgullo, el populacho loco
paseó al laureado vate
por plazas y por calles en sus hombros.

N. TONDREAU

CADENA DE ORO

(Leída en el Ateneo)

Cuando el niño viene al mundo,
recibe dulces sonrisas
de una mujer, de su madre,
la mujer santa y bendita.

Crece el niño, y en sus juegos
le asiste siempre una niña,
la hermana, la dulce hermana,
rosada flor sin espinas.

Llega á joven, y le entrega
alma, corazón y vida
á otra mujer, á su amada,
la casta paloma tímida.

El hombre endulza sus penas,
sus afanes y fatigas
en los brazos de su esposa,
fuente de amor y de dicha.

En el invierno nevado
de la trabajosa vida,
ve una cabeza de plata
á la suya siempre unida.

Y cuando muere en sus ojos
la luz que su cuerpo anima,
ve á una mujer inclinada
sobre su frente marchita.

N. TONDREAU

RECUERDOS

DE LA GUERRA DEL PACÍFICO

UN NAUFRAGIO MISTERIOSO

(Capítulo inédito)

"¡No se supo jamás de él!"...

Estas palabras siniestras de un lacónico parte de navegación han quedado siempre resonando en mi oído y como grabadas en mi memoria.

Partió una tarde con brisa fresca del norte, con su máquina en perfecto estado, sanas sus calderas y... ¡nunca llegó á puerto!...

Tampoco han quedado indicios del naufragio... ¿Cómo tuvo lugar la catástrofe? ¿En qué punto pereció el navío? ¿Á qué hora de la noche ó del día dióle sepultura el mar en sus abismos insondables?

¡Misterio, misterio que hasta hoy nadie ha podido penetrar!...

Mas yo que conocí el crucero en la época de la guerra sangrienta: yo que hice á su bordo la travesía de las

aguas procelosas del sur, he solido pensar, hallá en mis horas de meditación ó insomnio que acaso la suerte del malogrado trasporte habrá sido la que en una circunstancia especial oí predecir á su viejo capitán, una tarde fría de invierno, durante la cual, instalados ambos en la toldilla del barco, mirábamos encresparse las olas, charlando sobre las cosas del mar, la vida de marinos y soldados y los azares de la tempestad y de la guerra.

¿Cómo me hallaba yo á bordo y en qué circunstancias me había embarcado?

Eso es lo que voy á narrar, á la luz de mis recuerdos que, hoy después de más de siete años, siento de nuevo rebullir en la memoria.

*
* *

Un jueves del mes de julio de 1880, muy poco después de la terrible batalla de Tacna, abandonábamos el puerto de Arica.

La hora era ya avanzada. El sol se ponía tras de la línea del horizonte, hundiendo lentamente su disco rojo y agigantado, que parecía crecer y enrojecerse aún, al sepultarse en las profundidades del Océano.

El trasporte de guerra *Lamar*, que hasta ese momento se había mantenido amarrado á una de las boyas del oeste, largaba, por fin, los cables por la proa y, cargado hasta los topes con un sinnúmero de soldados heridos ó enfermos, salidos de los hospitales militares del campamento para ser trasladados á bordo en camillas, fijaba su rumbo al sur, después de doblar rápidamente la punta del Morro.

Una hora más tarde, las casas del puerto asaltado, las

colinas, los fuertes con sus muros y cañones formidables, el Morro mismo, minutos antes tan majestuoso, se borraban poco á poco á la vista y desaparecían, por fin, entre la bruma y la lobreguez crecientes...

Al caer de la noche todo era ya en torno nuestro un caos impenetrable. Pero á pesar de que á proa como á popa, á babor como á estribor, una espesa neblina nos envolvía en su oscuro y húmedo manto, el buque filaba á toda máquina sobre la superficie callada y tranquila de los mares de aquella región excepcional del continente sudamericano, en donde, á menudo, traidoras *calmas*, suelen desesperar, por la frecuencia y tesón con que se presentan, á las tripulaciones de los barcos que, obligados de repente á detenerse en su marcha, aguardan allí en vano, y á veces durante días enteros, el soplo de la brisa bienhechora que ha de hinchar la lona del velamen é impulsarles hacia el puerto de su destino.

En otras ocasiones, por el contrario, tempestades terribles conmueven esa región. El viento de la costa se alza airado; la superficie del mar pierde súbitamente su serenidad; las olas comienzan á crecer y á rugir con furor; el huracán aumenta por instantes, y al cabo de una ó dos horas, la más espantosa de las borrascas pone en riesgo la vida de los valientes veleros que hayan tenido la desgracia de ser sorprendidos allí y á quienes no queda, en tal caso, otro recurso que huir, torciendo el rumbo á capear el temporal.

* * *

Dos días después estábamos al frente de Antofagasta.

Hasta entonces el tiempo había sido espléndido, y los pobres enfermos y heridos de á bordo gozaban á plenos pulmones del aire fresco y vivificante del mar que, casi sin precauciones, se dejaba penetrar por las escotillas del entrepuente, en donde se había organizado el hospital flotante.

Algunos, menos afortunados, sin embargo, habían sido relegados á la cubierta del buque, único sitio disponible, pues el gran número de pasajeros hacía que el espacio faltara en lugar más conveniente.

Allí, acondicionados en un rincón de la popa, hallábanse tendidos treinta ó cuarenta de esos infelices, resguardados apenas de la intemperie y del sol por una tienda de lona que el viento de la marcha bastaba en ocasiones para desquiciar y desarmar casi del todo. Ello era causa de un continuo ir y venir de parte de los marineros del buque que, bajo las órdenes del capitán, motivadas por las reclamaciones sucesivas de oficiales y *practicantes*, se dirigían hacia allá renegando á renovar una costura ó á reforzar una amarra.

Entre los heridos de cubierta había un cabo *dragoneante*, un pobre *chillanejo* horriblemente maltratado por la fractura de una pierna y la amputación reciente del brazo izquierdo: todo ello ocasionado por cuatro ó cinco balazos recibidos con porfiada y cruel fatalidad en el heroico asalto de las fortalezas de Arica.

Extenuado por la fatiga del dolor y la debilidad, sus sufrimientos se habían acrecentado aún con el ataque repentino de una terrible fiebre terciana, cuyo germen, cogido en el seno de los valles envenenados del interior, estallaba á la sazón, agravando su mal en tal manera que «sólo un cambio radical de clima podría hacer quizás,

—á juicio de los médicos,—el *milagro* de arrebatarle á una muerte segura.»

Y el pobre Casimiro (este era su nombre) se había resignado contento, á abandonar el hospital militar de la guarnición, con la esperanza vaga de aspirar un soplo de vida en las brisas saladas y tónicas del mar, ó morir en la travesía; pero «¡morir siquiera,—como lo decía con voz desfallecida á sus camaradas de martirio, al mismo tiempo que una sonrisa amarga y doliente dilataba sus labios,—¡morir siquiera en el camino hacia la patria!»

Por pedido particular suyo, al trasportarle después al navío se le había acondicionado sobre cubierta, en «la carpa de los sobrantes», como decían en su lenguaje seco de soldados los oficiales encargados de su custodia. . .

¡Pobre Casimiro! Recuerdo que con empeño especial solíamos algunos de nosotros ir varias veces en el día á informarnos de su estado. Siempre lo encontrábamos valiente, heroico, luchando con voluntad de hierro contra sus terribles sufrimientos.

—Anoche ha tenido delirio,—nos decía el practicante que le asistía.

Y alguno de los otros heridos, sus vecinos de cubierta:

—¡Ya le va quedando poco!—agregaba con tono compasivo y amistoso—¡Ya le va quedando poco; ¡pobre Casimiro! . . .

¡Aquel barco sombrío, aquel cielo triste y á cada instante más opaco y plomizo; aquel aire frío y enervante de tarde nublada de invierno; aquel infeliz moribundo tendido sobre una camilla desvencijada y estrecha, con su cuerpo á la intemperie, casi desnudo por consecuencia de su mal, y cubierto, sin embargo, de un copioso sudor de tísico, devorado por el calor desesperante de la

fiebre, agitándose convulsivamente con el extertor de una verdadera agonía; ¿qué cuadro más siniestro?

— ¡Pobre Casimiro ¡qué poco le va quedando!—volvían á exclamar los soldados, sus vecinos.

* * *

La mañana siguiente amaneció hermosa. El cielo despejado, la brisa fresca, pura y marina. El mar tranquilo.

Todo el día, navegando á distancia de la costa, avanzamos sin variar de rumbo, hacia el sur.

Recuerdo que durante más de tres horas permanecí sobre el puente, paseándome á trechos á lo largo de la cubierta. Desde allí deleitábame en mirar cómo el buque rompía las olas con la proa y formaba estrías de espuma blanca, blanca como copos de nieve.

Á lo lejos, muy lejos, por el lado de babor, una faja vaga, perdida, dibujaba en perfiles suavemente ondulados los accidentes de las primeras costas de *Chile viejo*.

Aquello debía ya ser Atacama.

Sólo el barco, aislado en el azul inmenso, semejante á un punto perdido en una vasta circunferencia, parecía, por tanto, tener vida en medio de aquel desierto grandioso formado por el cielo y el mar.

Sobre su cubierta había movimiento y ruido. Los marineros, sin trabajo por el momento, recostados de espaldas, cantaban y risoteaban, fumando sus pipas, cuyo olor acre y penetrante se mezclaba al de la brea, contrastando singularmente con el perfume delicioso de las emanaciones salinas, sanas, tónicas y vírgenes de todo germen de veneno y corrupción!

La noche llegó por fin, noche tranquila, melancólica.

Los marineros dejaron de cantar sus canciones; y el eco de sus últimas voces quedó entonces ahogado por el sordo mugido de la mar sonora. Se encendieron las luces á bordo, y el grumete de servicio izó lentamente por las cuerdas de la jarcia el fuego rojo del vigía que, allá en la cumbre, en lo más alto del palo mayor quedó por fin suspendido, solitario, brillando con el destello tenue de un rubí en medio de la oscuridad misteriosa de la noche.

Todo eso lo veía y sentía desde allí, adelante, en la proa, donde me encontraba.

Pero atrás, al otro extremo, hacia la popa, en la región del buque destinada á la tienda de «los sobrantes» ¡cuán distinto espectáculo!

Los enfermos, apiñados en un rincón de la triste ambulancia, al frágil amparo de una techumbre movediza de lona; tendidos en desorden sobre sus camillas estrechas, dormían en sueño agitado bajo el fulgor vacilante y turbio de un farolillo de aceite, balanceado sobre sus cabezas por el movimiento del navío...

Ruido ninguno, ¡un vago eco de mar, ó un quejido de dolorosa angustia!

¡Héroes sublimes de mi patria! ¿serán algún día conocidos siquiera vuestros valientes sacrificios?

* * *

Al cuarto día de navegación, el tiempo comenzó á descomponerse. Hacia la hora del crepúsculo y cuando doblábamos precisamente una punta que supuse ser el cabo Lengua de Vaca, un viento de proa, frío y veloz, que ya desde algunas horas antes había comenzado á

soplar arremolinando y encrespando las olas, se hizo más sensible y violento.

El cielo, al mismo tiempo, fué cubriéndose de nubes pardas, oscurecidas más y más á cada instante.

—¿Tendremos tempestad?—pregunté al capitán, que en ese momento pasaba á mi lado, y parecía observar el horizonte con ojo inquieto.

—Mucho lo temo,— me contestó.— Nos acercamos ya á la región borrascosa de Coquimbo. Vea usted,— agregó, extendiendo el brazo en dirección á la popa,— aquella punta, aquella que acabamos de dejar allá atrás es el cabo de Lengua de Vaca.

No me había equivocado al suponerlo así. El capitán Wakeley confirmaba mis sospechas y, á pesar de su flema habitual, afianzaba, con lo dicho, mis temores.

Era el capitán Wakeley un verdadero lobo de mar (1).

Pequeño, sólido, esmeradamente afeitado, de ojos vivos y penetrantes, activo, inteligente, diestro en la maniobra, aunque de oficio marino mercante, servía por entonces bajo los pendones de la nación con su barco, armado como él súbitamente en guerra por las premiosidades del servicio, en calidad de conductor de tropas y de pertrechos.

Su buque era su hogar y el océano su patria; su pipa su delicia, y su perro su único amigo, fiel é inseparable.

La tormenta no se hizo esperar. Al caer de la noche el viento soplaba ya silbando con furor entre la jarcia y los masteleros del trasporte, que á cada balance crugía y se tumbaba de costado, al mismo tiempo que el agua

(1) Lo supongo aún empleado en la flota de la Compañía Sudamericana de Vapores.

se embarcaba por las bordas, salpicando el puente y los compartimentos de proa.

La borrasca aumentaba visiblemente por momentos.

Las olas, rebramando á su vez, rodaban furiosamente y chocaban entre sí hasta reventar en torbellinos de espuma.

Envuelto en su capa de hule impermeable, encapuchonado, de pie sobre la toldilla, el capitán Wakeley que, en previsión del peligro había tomado su puesto de vigilancia, lanzaba las órdenes con voz breve, observando al mismo tiempo los movimientos de su buque.

El cuadro que presentaba el navío, en toda su extensión, era en esos instantes desconsolador.

Arriba, tendidos sobre cubierta, aguantábanse los soldados enfermos y heridos, apretándose los unos contra los otros, resistiendo á duras penas á los balances; rodando, en muchas ocasiones, hasta estrellarse contra las bordas, renegando de la borrasca los más fuertes, y dejando escapar quejidos de dolor los más abatidos.

Más lejos, hacia el centro, al pie de la chimenea gigantesca por cuya boca se escapaba serpenteando una columna espesa de humo negro de carbón de piedra, uno que otro marinero amarraba un cable y ejecutaba con dificultad casi invencible una orden del contramaestre.

Y adentro, en el fondo, como si luchara también, la máquina poderosa, cuyas claridades se escapaban chispeando por las claraboyas y reverberos de cristal, palpitaba con convulsiones nerviosas y sonidos broncos que hacían estremecer el barco, como si sus calderos fuesen á estallar por exceso de vapor.

Era forzoso, en verdad, activar la presión, pues el bar-

co, pugnando jadeante contra el viento y la mar contrarios, avanzaba con dificultad.

En esos momentos me acerqué al capitán, é interroguéle con una mirada.

—¡He ahí el verdadero y único peligro!—me contestó con su franqueza habitual.—Lo que siempre he temido para el *Lamar*, es que una tempestad de esta clase pueda hacerle *pasarse por ojo.*

Un estremecimiento involuntario atravesó por todo mi cuerpo al oír estas palabras.

No necesitaba, en efecto, ser del oficio para comprender el significado y la gravedad de ellas en boca del experto marino.

Ya lo había oído en otra ocasión: el *Lamar* era de construcción defectuosa. *Pasarse por ojo* quiere decir en lenguaje de marinos «hundirse de proa,» sepultarse súbitamente tragado por una ola, en una brusca cabeceada.

*
* *

Esta situación duró aún varias horas, al cabo de las cuales la tempestad pareció comenzar á agotar poco á poco sus fuerzas.

Una calma relativa siguió á la terrible borrasca, hasta que, por fin, en altas horas de la noche, cerca ya del amanecer, el viento «cayó» casi del todo y el mar se tranquilizó á su vez.

Á la mañana siguiente, al subir de nuevo á la toldilla del capitán, pude observar que la superficie de las olas aparecía apenas rizada por una brisa fresca del sur.

Sobre el puente todo había recuperado ya su aspecto habitual.

Pero en la proa, allá en la tienda misma de «los sobrantes,» un grupo agitado y bullicioso compuesto por un puñado de marineros y sirvientes de á bordo mezclados con los enfermos que, medio incorporados sobre sus lechos, con la palidez del terror en el semblante, indicaban con señas las bordas del buque y las olas del mar á los curiosos que iban aproximándose, denotaba que algo extraño ocurría allí y ocupaba la atención general.

Llevado á mi vez por la curiosidad, me dirigí hacia la proa y abordando á un grumete:

—¿Qué ocurre?—le pregunté.

—Una desgracia irreparable, mi teniente,—me contestó con voz sombría.—El cabo Casimiro ha desaparecido anoche, en medio de la tormenta, barrido, sin duda, por una ola. . . Ó si nó—agregó pensativo,—como sufría atrozmente, desesperado, quizás, ha debido en un acceso de delirio arrojarse al mar. . .

El grito de alarma en tal caso (si alguno alcanzó á dar el infeliz Casimiro), no debió de ser oído en el buque. . .

* * *

Las previsiones del capitán Wakeley no se cumplieron, por fortuna para nosotros, en aquella ocasión.

El *Lamar* fondeó por fin sin novedad, á los tres días, en el puerto de su destino.

Pero dos años después, en una tarde de invierno, en que, si mis datos no me engañan, la lluvia corría á torrentes sobre el mar, y el horizonte, á lo lejos, presentaba al navegante al mismo aspecto negro, brumoso y

amenazador de la noche de mis recuerdos, el aventurero barco levó el ancla en su fondeadero, con brisa fresca del norte, con su máquina en perfecto estado, sanos sus calderos, su tripulación refrescada, y desde entonces ¡no volvió á saberse de él! . . .

Ni quedaron tampoco indicios del naufragio: que cuando las aguas del mar se separan airadas para sepultar á su presa en sus senos infinitos, las olas borran al punto la huella pasajera de la catástrofe, sin que en la superficie reste la menor señal que dé fe de la siniestra historia, siquiera fuese ella escrita allí con caracteres de sangre.

Y ahora al meditarlo, á solas con mis ideas, aquí dentro de mi alcoba, en el momento en que voy á poner fin á estas líneas, en medio de una noche lluviosa de otoño, que afuera, en la intemperie, debe de ser fría y tenebrosa, se me vienen á la mente un sinnúmero de supuestos detalles que reconstituyen en mi imaginación la escena del misterioso naufragio del trasporte.

Si su destino fué el que en la noche aquella de la borrasca descrita en estos recuerdos oí predecir al marino británico que en la hora del naufragio (según lo he sabido después) por fortuna suya no lo mandaba ya, la muerte del pobre *Lamar* ha debido ser rápida, instantánea...

Al *pasarse por ojo* en los mares bravíos en donde la tempestad le sorprendiera, habrá sido tragado por el abismo, de un solo golpe, súbito, voraz...

Y sin saber por qué, se me viene también y al mismo tiempo, á la memoria, el recuerdo del infeliz Casimiro, cuyo triste fin asocio al del barco fatal que un día le llevara sobre su cubierta, "camino de la patria."

¡Ay! ¡Uno y otro se quedaron en el camino, uno y otro

no volvieron jamás á ella, y uno y otro hallaron, aunque en distintas fechas, idéntica y misteriosa tumba en los senos infinitos del mar!

ALBERTO DEL SOLAR

Ginebra, 20 de septiembre de 1887.

OBSERVACIONES

AL PRIMERO Y SEGUNDO CAPÍTULOS DE LA "HISTORIA GENERAL DE CHILE", DEL SEÑOR DON DIEGO BARROS ARANA

La tarea de los escritores de historia es doblemente más ardua y pesada de lo que solía ser en otro tiempo.

Los lectores de hoy día quieren saber claramente la verdad de lo ocurrido, y también las causas y razones de los sucesos más importantes.

Á fin de satisfacer nuestros deseos, los narradores se preocupan, como si fuera su principal negocio, de cosas y personas luengos tiempos tal vez ausentes de la vida, y tratan de volverlos á ella, puede decirse, dándoles carne y huesos nuevos, según las noticias que pueden encontrar desparramadas en escritos y papeles, muchas veces confusos y que, de puro viejos "despiden, como lo decía por experiencia el ingenuo don Miguel Luis Amunátegui, un olor particular y dejan en las manos un polvo delgado y pegajoso (1)."

Á más de resucitarnos así, á fuerza de trabajo y de es-

(1) *Los Precursores de la Independencia de Chile*, tomo I, Advertencia.

tudio, á los autores de los pasados sucesos, tienen los historiadores que presentarnos sus explicaciones de los motivos y resultados con que aquéllos procedieron; para lo cual han de revolver en su cabeza los más grandes problemas que pesan sobre la razón humana.

Una de las consecuencias que se deducen del espíritu extremadamente inquisitivo que nos ha llevado á recargar las obligaciones de esta clase de escritores, es que ahora menos que nunca podemos andar con exigencias de perfección en sus difíciles producciones. Al contrario, nuestro deber de justicia es mostrarnos agradecidos, cuando llegue el caso, y juzgar con la mayor indulgencia.

Pero ni la gratitud, ni ninguna otra consideración nos ha de hacer admitir, sin previo y atento examen, todo cuanto se nos diga en forma de hechos ó de comentarios, como si fuera indudablemente verdadero. Á menos de usar la debida precaución para no prodigar nuestra credulidad, acaso rodaría por el suelo más de una vez al día nuestro buen sentido común, en calidad de víctima ilustre de los mismos que pretenden favorecerlo brindándole con los prodigiosos resultados alcanzados por la ciencia y la literatura del presente siglo.

Cuando nos vienen con estos decantados frutos, aunque la casa que los importa tenga una firma tan digna y respetada como nos hacemos un honor de reconocer que lo es la del señor Diego Barros Arana, hay siempre una manifiesta necesidad de ponerlos en una fiel balanza para juzgar de la calidad de ellos y de su mérito intrínseco.

Y nos hemos de armar hasta de cierto valor para ejecutar la operación, sin hacer mucho caso, por el momento, del respeto que ciertamente inspira la *Historia General*

de Chile, obra preparada mediante una gran suma de trabajo y un gasto reconocido de talento.

Ella comienza echando una mirada escudriñadora al través de las edades y de los siglos del pasado, preguntándose cuál fué el origen primero de las numerosas poblaciones que encontraron los intrépidos descubridores; el origen, en una palabra, del hombre americano.

Este es un problema misterioso y oscuro, exclama con razón el historiador. Pero parece que él no hace nada por aclararlo, como es su deber, sino que lo sumerje en mayores oscuridades, desdeñando lo que ha quedado ilustrado por otros escritores, y empleando, en general, un método de investigación que se asemeja al de un pasajero de mal humor que, no divisando bien su camino por haber escasas luces en él, se le antojara soplar sobre todas ellas, á fin de aventurarse mejor á tientas y á oscuras.

Ello es que, al concluír nosotros la lectura del primero y segundo capítulos de esa historia, y queriendo resumir en una idea, todo lo que dan de sí, la etnografía, la arqueología, la lingüística, la antropología y las tradiciones, según como aparece que el señor Barros Arana las ha nterrogado y hecho declarar acerca del asunto en cuestión, nos ha abrumado un sentimiento incómodo, como si hubiéramos perdido un hermoso tiempo, y se nos escapa un suspiro en que sale envuelta una frase que vertió Larra, con ocasión de otro desencanto muy distinto. Sólo se ve que no se ve nada!

Pero demos por sentado que todas esas ciencias no pueden ser consultadas de otro modo que el que ha usado nuestro escritor, ni con esperanzas de mejor éxito.

Sin entrar en esta cuestión que nos llevaría demasiado

lejos, creemos, con todo, que él ha aumentado la confusión de las cosas relativas al punto indicado, á causa de abandonar y desperdiciar distintas fuentes de datos y presunciones que hacen muchísimo á la cuestión.

Vamos á ver cómo es esto.

El ilustrado escritor de que nos ocupamos no ha tomado partido decidido en contra de la creencia en la unidad de la especie humana, que sirve de punto de partida á casi todas las versiones de los hechos más antiguos y remotos; pero á pesar de la moderación con que se limita á calificar esa creencia simplemente como *un dogma del siglo XVI que tiene todavía altos y distinguidos sostenedores*, lo que más claramente parece deducirse de ese mismo modo de expresarse y de las consecuencias que saca, es que el mencionado dogma no lo es tal para él, que más bien se inclina á la idea de que es cosa resuelta que la especie humana desciende de distintas parejas, y tuvo tantos principios acaso como son ahora sus razas. *Ce n'est que le premier pas qui coûte*, dicen los franceses.

Puesto que ya se ignora que todo el género humano es hijo de unos mismos padres y fué mecido en una sola cuna, no habrá duda en adelante, de que en cualquiera de los últimos rincones de la tierra, puede muy bien haber existido una de las varias cunas de nuestras revueltas y mezcladas familias, ó ya mecida por los aires en las ramas elevadas de un roble, ó ya por las aguas de una fuente guarnecida de juncos y espadañas.

La suposición de semejantes abolengos no es muy halagüeña para los seres considerados como los más racionales del mundo hasta hace poco; pero no por eso es menos conforme con los antecedentes antes referidos.

Para comprobarla, eso sí, es harto más dificultosa que «el dogma del siglo XVI,» que, en fin, tiene «distinguidos *sostenedores* todavía,» más resueltos al menos que lo que suelen sentirse con sus ponderadas conquistas los secuaces de la ciencia emancipada (1).

Mientras tanto, el erudito señor Barros Arana, confiado en lo que oye decir á esa ciencia, piensa que, puesto que ella no ha podido notar, hasta ahora, rasgos de común semejanza entre la constitución física de los indígenas americanos, entre la lengua y los adelantos de éstos, y todo lo que se observa en los habitantes de las demás porciones del globo, es fuerza que no se reconozca ningún lazo de parentesco que ligue á éstos con aquéllos.

Mas, en esto se olvida de que, siendo evolucionista, como hace profesión de serlo repetidas veces, no le es permitido invocar tales antecedentes para dudar de la unidad de la familia humana.

La teoría de la evolución, tal como la entienden sus propaladores y sostenedores principales, Spencer, Darwin y Huxley, parte de la base de que todo sér organizado, sea individual ó colectivamente, tiene que alterar su forma cediendo á la influencia inevitable de las cosas que lo rodean. No es dable, pues, dentro de la lógica de esa doctrina, esperar que una civilización y unas costumbres que se han estado en un continente, desenvolviendo *por millares de años*, como asegura nuestro historiador, guarden semejanza con las que florecen en otro conti-

(1) Uno de los nobles y conspicuos caudillos de ésta, es el sabio Huxley, sin duda; pues he aquí lo que ha dicho de la firmeza de sus creencias: «La ciencia comete suicidio si es que llega á adoptar un credo.» (Citado por Spencer en los *Factores de la Evolución.)*

nente de muy distintas condiciones de clima y de todo.

Según esto, la disconformidad más ó menos aparente que se note en los usos y costumbres de dos ó más ramas del linaje humano, no puede servirnos como un indicio de de la desigualdad de los orígenes y procedencias éstas.

Pasando á otro punto, el señor Barros Arana se coloca en un terreno falso y movedizo también, cuando se propone estimar el grado que corresponde en la escala del progreso á los indios más salvajes de la América: otra grave cuestión que sirve de piedra de toque para descifrar diferentes problemas de historia y de filosofía.

Á juicio de nuestro historiador, el habitante de la Tierra del Fuego, es el hombre primitivo propiamente, y un modelo de lo que debieron ser, por consiguiente, nuestros primeros padres.

¿Por qué, preguntaremos nosotros, le hemos de dispensar tan alta honra al indio que vivió sumergido en repugnantes vicios, de que se nos hace una descripción prolija, que pasó la vida errante en continua vagancia, sin ejercitarse en más arte que una ruda manera de coger los animales del bosque ó del agua y algunas hierbas y frutas silvestres, y sin señales de sociedad ni de gobierno establecido?

Hay personas para quienes las leyes del progreso indefinido y constante que se pregonan como inherentes á todas las cosas existentes, son otros tantos mandatos ineludibles que se han de cumplir en todos casos, por individuos y pueblos, y que cuando no se cumplen, no hay otra consecuencia que permanecer estacionarios y en un sér, por todos los siglos.

Pueden haber sacado esta persuasión de la teoría evolucionista; pero sólo de la mitad de la teoría.

Los que tienen una idea cabal de lo que quiere decir esa famosa doctrina moderna, comprenden que no hay estagnación posible en la marcha de la vida, sino que, en unos casos, se van acrecentando perfecciones sobre perfecciones, ó se pierden éstas paulatinamente, según sean las circunstancias: unas veces la evolución es hacia adelante, otras hacia atrás (1).

Nada más natural que los indios, que vivieron en el aislamiento y la pobreza por millares de años, como se dice, degeneraran tanto en sus aptitudes corporales como en sus facultades espirituales.

Bagehot, que es un evolucionista en toda la extensión de la palabra, desconoce terminantemente á los salvajes que se ven en nuestros días, la semejanza con el hombre primitivo de que lo revisten algunos (2).

Es, pues, curioso observar cómo el señor Barros Arana se apartó del sentido más aceptado y antiguo en la interpretación de los sucesos iniciales de la historia, procurando conformarse al espíritu de las luces más recientes, para tener luego que dar la espalda á éstas también.

El fenómeno nos parece debido al genio innovador que le ha inducido á preparar su magno trabajo de historia, con los menos elementos posibles de otras historias, fiándose casi exclusivamente en los frutos de su propia cosecha de documentos poco estudiados para el vulgo ó del todo desconocidos hasta la fecha.

(1) *Evolution and its relation to religious thought*, por Joseph Le Conte, 1887, chap. I.

(2) «La condición en que vivió el hombre primitivo, si no la hemos comprendido mal, debió de ser bajo varios aspectos diferente de cuanto conocemos ahora.» (*Origen de las naciones*, por Walter Bagehot, número 1.)

Noble propósito que suele, sin embargo, llevar demasiado lejos á los hijos de las Musas cuando, tentándolos con el aliciente de ver lo nunca visto, por largos y sinuosos caminos, suele volverlos á sus casas fatigados y con las manos vacías de saludables verdades.

Así, por ejemplo, nuestro vigoroso narrador, abundando en mil detalles, se ha contentado, sin embargo, con mencionar muy de paso las transmigraciones procedentes del Asia y de Europa, como una de tantas hipótesis que han solido avanzarse, y añade que el antropologista alemán Virchow le presta el prestigio de su patrocinio y defensa.

Enunciada de este modo la hipótesis, hace el papel de un aventurero que se entromete en la escena á la hora de la caída del telón, cuando la concurrencia, cansada, no está ya para escuchar más drama ni tragedia. No es ese el papel que le toca en justicia. En primer lugar, ella no es el producto del talento de Virchow, que es un sabio, aún en vida, sino que data de más atrás que toda la sabiduría de éste; es de antes que se conociera la existencia de la América misma.

Tardará todo el tiempo que se quiera en obtenerse pruebas auténticas de si los primeros hombres que pusieron su planta en el Nuevo Mundo, vinieron del oriente ó del poniente, al través del mar Pacífico ó del Atlántico. Mientras tanto, nunca se podrá dudar racionalmente que pudieron venir por uno ú otro lado, y por los dos á la vez.

Y esta posibilidad no se puede echar en olvido en cualquiera investigacion ó análisis que se haga del estado de América á la época de la llegada de los descubridores.

Sólo para el señor Barros Arana esa posibilidad tropieza con el inconveniente de tener que fundarse en viajes que él llama *fantásticos*, es decir, increíbles.

Permítanos que le repliquemos que no es nada fantástico ni extraordinario siqniera, el que en alguna ocasión ó en muchas ocasiones, en millares de años, algunos viajeros ó náufragos hayan salvado la corta distancia del estrecho de Bering que separa el Asia de América, en los extremos del norte de estos continentes.

No es fantástico creer que embarcaciones arrebatadas de los vientos y tempestades, en tantos años, vinieran alguna vez del Japón ó de la China á las playas de nuestro continente.

Y prueba de que esto pudo suceder entonces, es que ha sucedido ahora después. Mr. Charles Brooks, de San Francisco, en California, ha recogido datos precisos de cien casos de estas travesías casuales ocurridas en los últimos años (1).

Un libro que recientemente ha visto la luz pública en Estados Unidos, relatando los más antiguos descubrimientos y navegaciones en América comienza, desde el primer capítulo, reclamando para el habitante americano un puesto en la familia humana, puesto que «le reconocen, dice, los libros más antiguos del mundo tanto sagrados como históricos (2).»

Y este libro deja la convicción de que, por el lado del Atlántico, no es de presumir tampoco que se mantuviera

(1) *The First Americans*, serie de artículos publicados por el historiador Higginson en *The Harper's Review* correspondiente á 1882.

(2) *The Discoveries of America to the year 1525*, por Arturo James Weise, 1884.

sin comunicación la América con el resto del mundo, en todos los siglos de la antigüedad.

Todavía no extrañaríamos que el señor Barros Arana rechazara todas las emigraciones y salidas de gentes, como cosas imposibles, si viéramos que es igualmente inaccesible para con otras explicaciones que á nosotros nos parecen mucho menos fundadas.

Pero como esto no es lo que sucede, creemos que .i su conocida perspicacia no acompaña al distinguido historiador con la misma fidelidad en todas ocasiones, es, como apuntábamos antes, por el imperio que ha tomado en su ánimo el deseo de la independencia y novedad en la narración.

Si no fueran bastantes las pruebas aducidas para dar fundamento á nuestro temor, ahí tendríamos la primera proposición con que se abre la historia, bajo otros conceptos tan acreedora á los mayores encomios.

Esa primera proposición vale tanto como una advertencia á cuantos se han ocupado en escribir ó leer historias antes que el señor Barros Arana.

Diciendo como dice que "el vasto continente descubierto por Colón á fines del siglo XV, no merece el nombre de nuevo mundo" porque "geológicamente hablando, agrega, se le debiera llamar el viejo continente," nos da á entender que todos estamos en un error, porque todos usamos promiscuamente el nombre de América y el de nuevo mundo.

Pero para hallarle fundamento á la rectificación de que se trata, sería menester que la palabra "nuevo" fuera inseparable de la idea de edad y duración: un viajero como el inmortal Goethe, por ejemplo, no estaría autorizado por las reglas del lenguaje para decir con propie-

dad, al tocar la Italia por primera vez, que "se hallaba delante de un país nuevo y de una gente nueva," sólo porque, hablando históricamente, ese país al cual llegaba, era tan antiguo como la Alemania, de donde venía (1).

Lejos, pues, de convenir en la justicia y oportunidad de la observación, que parte además de un hecho que no está de ninguna manera comprobado, como es el de que América tuviera su suelo formado con anterioridad al de los otros continentes, nos vemos en el caso de pensar que, el haber designado á esta parte de la tierra con el nombre de nuevo mundo, fué una felicísima ocurrencia: ella denota al propio tiempo la separación de las nuevas tierras de las otras, y recuerda el hecho de haber pasado su primera existencia ignorada del resto del mundo.

Jamás trepidaron en hacerla suya valiéndose expresamente de ese nombre los primeros historiadores, como Fernando Colón, y los grandes sabios como el incomparable Humboldt, que compuso una de sus famosas obras, como todos saben, con el título de *Examen crítico de la historia de la geografía del nuevo continente.*

Dejamos este asunto, que hemos traído á cuentas, no tanto por su valor real como por orientarnos en el rumbo que ha tomado nuestro apreciado escritor.

Y ya que él nos ha defraudado un tanto en las esperanzas, recordaremos que otros han llenado el vacío que él parece dejar en su valiosa contribución al esclarecimiento de la verdad. Esos otros ingenios no han podido ser más penetrantes y cultivados, á buen seguro; pero

(1) "Dès que la fraicheur du soir s'est fait sentir, j'ai été me promener dans les environs; alors seulment j'ai compris que j'étais dans un pays nouveau et au milieu d'un peuple nouveau." (*Mémoires* de Goethe, vol. II, chap. II.)

procediendo sin prevenciones adversas á las creencias reinantes, sin echar en su profundo olvido el relato maravilloso que contiene la Biblia, y consultándolo, al contrario, si no como historia en el rigor de la palabra, como luz de historias y luz de ciencias, han tenido la mejor suerte de circunscribir con claridad las dificultades anexas al problema americano dentro de límites que, si bien permiten mucho lugar á la duda y al estudio todavía, contienen los puntos fijos é invariables que son necesarios para que el estudio y la investigación no sean enteramente perdidos é inútiles.

F. González E.

LA MONTAÑA

(Continuación)

IV

La feria

Cuadro vastísimo de innumerables y curiosos detalles, colmenar humano agitado y bullicioso, desordenada escena cuya belleza y colorido local se sienten pero difícilmente se expresan, es la feria que cada sábado tiene lugar en la ciudad de Chillán, según costumbre de remoto origen, y que nada ha sido bastante para hacer olvidar.

Conservada con el esmero y cuidado con que se guardan los monumentos, la feria ha llegado á ser una verdadera institución, pudiendo decirse que satisface una necesidad social, y se halla tan ligada á las costumbres populares, que sería tarea por demás dificultosa la de hacerla abandonar y relegar al olvido á que han ido á parar tantos y tantos hábitos, que no por ser viejos dejaron de ser buenos.

La época del año en que la feria es un espectáculo

interesantísimo y digno de estudio es, sin duda, en la primavera, en aquellos días llenos de luz y renaciente vida, que poco á poco surgen de entre las brumas del invierno, y en que el hombre con la naturaleza toda siente renacer sus fuerzas y sus anhelos; ríe, se inunda de aromas y armonías y olvida los rigores de la estación pasada; días, en fin, en que el universo se abre como un capullo de rosa para recibir de su Creador un nuevo impulso de vida no menos poderoso que aquel que lo sacó del caos y la nada.

Y como tornan al bosque las aves que de él huyeron con los primeros hielos del invierno, vuelven á Chillán los montañeses portadores de los productos de su rudimentaria industria y las primicias de la tierra, apenas los caminos se hacen transitables y mengua el caudal de arroyos y ríos.

Frente á la desmantelada iglesia de la Merced, hay una plaza de dilatada extensión y libre de plantaciones y veredas que impidan en ella el acceso de los vehículos á cualquiera de sus puntos, y que sirve de local á la feria, improvisada allí cada sábado, debiéramos decir, ateniéndonos á lo desguarnecido, polvoroso y descuidado del sitio, que al menos así se hallaba cuando tuvimos ocasión de visitarlo.

Aquí volvemos á encontrar á principios del mes de noviembre á nuestros conocidos de Pichinco, que acuden á la feria, después de prepararse convenientemente durante más de dos semanas. Antes de amanecer llegó á Chillán, entre otras muchas, una carreta que conducía á *ña* Basilia y Felicia, seguidas de Zacarías y Jacinto que, como de costumbre, viajaban á caballo. Á la indecisa claridad de las estrellas buscaron el local más apro-

piado y en él se instalaron, comenzando por desuncir los bueyes, que Zacarías debía llevar á una quinta de las cercanías. No había transcurrido largo rato, cuando ya se vieron completamente rodeadas por carretas, mesas, mostradores y todo género de elementos destinados á improvisar una tienda. Entablóse entre unas y otras mujeres, mientras ordenaban sus mercancías, la más animada conversación, y á medida que avanzaba el tiempo, crecía la luz y llegaban nuevas carretas, era mayor el movimiento, la estrechez y el bullicio de la charla.

—¡Dios me la guarde, ña Basilia!—dijo á ésta una mujer que ponía en orden unas cuantas mesas y veladores.

—Y á usted también, señorita. ¿Qué es de su vida?

—Ey la vamos pasando. ¿Qué es lo que trae hoy? Parece que anda bien aperaa.

—De too un poco, y lo que se puede con el favor de Dios.

—Yo treida estas mesitas porque en vez pasaa me dijo un *gringo* que me las iba á mercar las tres.

—No se meta con esos, ña Pepita, mire que tienen muchas agallas.

—Y á mí ¿qué?

—Así es también: que la que se le va á usted se le va rabona. Yo treigo poca cosa; unos *miñaquitos* que hizo ésta,—y señaló á Felicia,—y unas cucharitas muy bien hechitas, de una pura pieza; estos *chuiquitos* de *anchi* son de una comaire.

Los *chuiquitos* eran unas cuantas vasijas pequeñas de barro llenas de *anchi*, harina fabricada con los granos de trigo cuando ya empieza á nacer el tallo.

—Mire, iñora, no *recule* tanto su carreta, que no tengo por onde darme vuelta.

—Cada una con sus uñas, hijita.

—¿Sabís cuánto pide ese cristiano por la anega de porotos? Cinco pesos.

—¡Jesús, por Dios! Estará creyendo que somos forasteras.

—Aquí tiene, mi señorita, *mote de mey* pa la comía.

—¡Virgen! si está más negro que usted.

Ya empezaban á invadir la plaza una multitud de compradores: sirvientes, negociantes dueños de casa y hasta simples curiosos á quienes lo apacible de la mañana convidaba á abandonar el lecho muy de madrugada, pues aún no eran las seis.

Imposible es dar una idea siquiera de la variedad de los objetos expuestos en este vasto local, pues para ello habríamos de enumerar cuanto produce la fertilísima provincia de que Chillán es capital, y todavía la enumeración resultaría más araucana que castellana, como podrá ver el lector por algunas palabras que al paso apuntaremos.

Mas ya que tratar de internarse en el bosque de carretas, cajones, canastos y personas que llena la plaza es empresa que sólo se acomete cuando la necesidad de comprar algo lo hace inevitable, daremos al menos una vuelta al circuito procurando retener lo que á nuestro paso logremos ver ú oír.

—*Miñaques* finos, señorita, *miñaques* finos pa la ropa ¿quiere mercarme?—gritaba ña Basilia mostrando dos pedazos de cartón, al rededor de los cuales estaban arrollados los *miñaques* ó encajes de hilo, especialidad en las chillanejas.

—¡Á las ricas *papas achiras!* ¿Quién me compra? ¿quién me compra?

—¡Aquí están las empanadas del *Macheteao!* ¡Calientitas, picantes y buenas!

—¿No lleva las ollitas *curaas?* Dos no más que quean.

—¡Al chocolate! ¡al chocolate! pasar á sentarse; á cinco la taza!—decía una vieja batiendo el espumoso líquido con todas sus fuerzas.

La instalación de esta chocolatera era sin duda la más notable, comoquiera que allí al menos había una carpa ó cosa parecida que daba sombra á una mesa cubierta de un mantel muy blanco y provista de dos largas bancas; hacia un lado la patrona calentaba los ingredientes en un brasero. Y era de ver cómo se disputaban patricios y plebeyos los puestos en las bancas y con qué delicia sorbían el chocolate, por más que algunos melindrosos asegurasen ser aquéllo ladrillo pulverizado, más que otra cosa.

—Aquí le tengo las mesitas que me encargó, patrón, —decía la vecina de ña Basilia á un individuo decentemente vestido y al parecer inglés.

—¿Y cuánto es que hay que pagar por ellas?

—Estas valen diez pesos cada una; pero por ser á usted se las dejo en veinte las tres.

—¡Jesús, María y José! eso sí que es robar,—dijo Basilia por lo bajo.

El comprador miró detenidamente las mesas, se apoyó con fuerza en una de ellas para comprobar su resistencia, y pasó el dedo por la cubierta, porque la pintura parecía aún fresca.

—Eso sí que nó, porque soy capaz de subirme encima y zapatear también, y la mesa se queda como si tal cosa,—dijo la vendedora con mucho entusiasmo.

—¡Oh! sí, pero ser muy malamente pintadas.

—¡Meh! ¡las cosas suyas! ¿y onde quiere hallar mejor? Sépase que es pintura de tarro y de lo más *regüeno.*

—Dígame, ¿no poder dármelas usted por quince pesos?

—Nó, señor, no se puede. ¡Si están tan malos los tiempos con las nevazones tan grandes, que no hay ni onde querse muertas! y *contimás* que cuando una tiene tanto chicuelo tiene que sacar algo de su trabajito. . .

—¡Oh! bueno, bueno, hablarme nada más y pagaré veinte pesos.

—Llévelas, pues, señor, que casi regaláas se las doy, é hizo bien de no esperdiciar esta ocasión.

Pagó el inglés los veinte pesos, hizo colocar las mesas en un carretón y se alejó, mientras Pepa decía á ña Basilia:

—¿No ve como me fué bien?

—¿Y cómo tiene valor pa robar así? ¡Por Dios!

—Así es el negocio, hijita.

—¡Alverjas nuevas! ¡porotos caballeros!

—Á cómo el decálitro?

—Á sesenta, eñorita.

—¡Jesús, qué carero!

—¿No quiere comerse una empanadita, mi alma?

—Calla ese hocico, chinchoso.

—¿Cómo te va, Manuela?—preguntó una señora vestida de negro y que iba seguida de una colección de niños de ambos sexos, á otra que venía en dirección opuesta y llevaba una comitiva semejante.

—¿Cómo estás, Adriana? ¡Qué madrugadora te has puesto! ¿Cómo les va, hijitos?

—Y ¿cómo está Manuel?

—Bueno, gracias; ¿y por tu casa?

—No hay novedad, gracias. ¡Quítate Lucho, que te

patea el buey! ¡Jesús qué niños!—exclamó la señora Adriana aplicando un correctivo en el brazo á uno de los suyos.

—Y ¿qué sabes de nuevo?

—¡Anda niña, que me ha llegado á dar vergüenza lo que acabo de ver! Figúrate que encontré á ese jovencito de Santiago, que nos presentaron anoche, muy del brazo con una rucia así... ya sabes tú ya... de mala traza.

—¿No te digo? Si no se puede una fiar de estos mocosos.

—Es seguro que se ha arrancado con ella. En fin, hija, vale más no hablar. ¡Pobre joven!

—Así es, ¡quién sabe si ella es una pilla!

—¡Ah! á propósito. Ahí viene don Julián, que ha estado en Santiago y conoce á estos pájaros.

Acercóse don Julián y saludó á las señoras. Pasadas las preguntas de estilo, dijo doña Adriana con mucho interés y misterio:

—Dígame, ¿quién es una mujer muy arreglada con quien anda ese mocito de Santiago?

—¿Una alta, rubia, ojos azules, buena moza?

—Sí, sí, la misma.

—¡Ah! ya sé, es su hermana María.

—Se conoce, porque son muy parecidos,—exclamaron las damas, y se quedaron tan frescas.

—¿No merca los *miñaques*, mi señorita?—dijo Basilia á una señora que pasaba por delante de ella.

—¿Á cómo la pieza?

—Á peso, mi señorita.

—Nó, nó; si quiere ochenta, le compro.

—No se *puee*, señorita.

—Entonces nó.

—Llévelos patroncita, mire si le van á quear lindas las *naguas* con estos *miñaques.*

—Ya le digo que nó,—repitió la señora.

—¡Eh! ricas...

Y ña Basilia lanzó una exclamación un poco enérgica.

Poco á poco fué Basilia desprendiéndose de sus diversos artículos, y apenas le quedaban algunas cucharas de madera, cuando se presentó Jacinto y les avisó que ya era llegada la hora de retirarse de la plaza. Contó al mismo tiempo que había logrado vender en los *corrales* un novillo que al efecto había traído, y añadió al oído de su mujer:

—Me dieron treinta por él.

—Bueno, y yo tengo aquí cómo unos diez más.

—Cállate la boca, que te están oyendo.

—¿Y Zacarías?—preguntó Felicia.

—No sé,—dijo Jacinto,—hará como una media hora cortó pa la plaza de Armas; quizá se habrá eido ya pa la posaa.

—¿Y no le dijo á ónde iba?

—No me dijo na.

—¡Virgen Santísima!—exclamó asustada la muchacha;—habían de haberlo tomado las comisiones.

—¿Las comisiones? ¿Qué contiene eso?

—Onde los llevan pa la guerra, mamita.

—¿Avemaría! ¡ésa si que fuera!

—Déjense de lesuras,—dijo Jacinto,—si ha de haber ido á comprar un arado.

—Y cómo se dilata tanto...

—Estará por ey.

—Nó, taitita ¡por Dios! vamos á buscarlo; será mejor pa salir de cuidao.

—Vamos pues; arrollar too, y andando.

—¿Y los bueyes?

—Pídelos á mi mairina Peta, que está allí.

Jacinto expuso el caso á la madrina de su mujer, y ésta le prestó su pareja; luego recogieron á toda prisa cuanto habían traído y tomaron el camino de la posada.

Allí indagaron y supieron que Zacarías no había estado en aquel sitio, visto lo cual, y con no poco sobresalto los viejos, y casi llorando Felicia, siguieron hacia la plaza de armas. Buscaron en todos los despachos, almacenes y casas de los amigos, y todo fué inútil: en ninguna parte se había visto á Zacarías.

Por fin, ya muy inquietos iban á dirigirse como último recurso á un molino, cuando quiso la suerte que hallaran á un paisano, á quien, después de saludarlo, preguntó Jacinto:

—¿Habís visto á Zacarías?

—¿Á Zacarías? Como nó. Pa el cuartel lo llevaban los comisionados.

—¡Ay, por Dios! ¡Madre mía del Carmen, ampara á ese pobrecito!—gritaron Jacinto, Basilia y Felicia, ésta última llorando desesperadamente.

—Vamos al cuartel ligerito. Puede ser que no sea cierto.

—¡Cállate, chiquilla, qué dirán los que te ven!

—¡Ay! mamita. ¿No le decía yo? Si el corazón me avisaba...

Y los tres corrieron en dirección al cuartel. Al doblar una esquina vieron á pocas cuadras más adelante que dos soldados armados conducían de los brazos á Zacarías, mientras un tercero llevaba su caballo de las riendas.

—¡Ahí va!— gritaron los tres infelices, y echaron á

correr sin atender á nada y en el colmo de la desesperación.

Mas, ¡ay! cuando ya creían darle alcance, el grupo de los soldados entró en el cuartel, sin que Zacarías mostrase oír los gritos lastimeros de Felicia que lo llamaba sin cesar.

Detuviéronse por fin á la puerta del cuartel, y cuando, sollozando y rendidas de fatiga, iban á penetrar en él, el centinela les dió un grito de ¡Atrás! que dejó heladas á las dos mujeres, mas no así á Jacinto que, cogiéndolas de los brazos, entró resueltamente, sin hacer caso del soldado que le gritaba:

—¡Alto ahí! ¡Párese paisano!

Y aún les hubiera impedido por la fuerza la entrada, á no entrarse los tres con suma rapidez por la primera puerta que hallaron abierta.

Halláronse entonces en una pieza no muy grande y en la que, sentado á una mesa cubierta de papeles y libros, estaba escribiendo un oficial, y delante de él Zacarías y sus dos guardianes. Cuando entraron Jacinto y sus compañeras, el oficial levantó la cabeza y, sorprendido, preguntó en tono muy áspero:

—¿Qué buscan aquí?

—¡Zacarías!—gritó Felicia fuera de sí y sin atender al oficial.

—¡Feli! ¿Qué esto? ¿Qué venís á hacer aquí?

—Á buscarte á ti,— repuso Basilia con vehemencia.

—Porque tú te arrancaste,— agregó Felicia entre sollozos.

—¿Qué significa esto?—dijo entonces airado el oficial, y luego dirigiéndose á un soldado:— Inmediatamente que echen á palos á estos insolentes. ¿Hase visto desvergüenza?

—¡Adiós, adiós!— gritaron Jacinto y las dos mujeres echándose en brazos de Zacarías.

—¡Adiós!— respondió éste,— ¡adiós! que hemos de volver á vernos. Mira Feli, yo no me entregué, fué que me agarraron.

—¡Protégelo, Madre mía del Carmen!— exclamó Felicia.

Y el soldado los arrojó á empujones de la habitación, al mismo tiempo que Zacarías, ciego de ira al ver maltratados á aquellos seres tan caros para él, se lanzó sobre el soldado y de una puñada lo arrojó al suelo. Al ruído de la contienda acudieron guardias y cogiendo entre varios á Zacarías, lo condujeron al calabozo, no sin que antes sintieran los más atrevidos sobre sus cuerpos el peso de los puños del montañés.

En la mañana del siguiente día, marchaba por el camino que conduce á la montaña una carreta en la que iban dos mujeres envueltas hasta la cabeza en sus pañolones; de cuando en cuando se exhalaban de su pecho hondos suspiros, y la más joven de ellas, que apoyaba su cabeza en el seno de su compañera, rompía á ratos en tan amargo llanto, que no parecía sino que en cada sollozo se le escapaba el alma.

Era Felicia, la desdichada novia, que veía alejarse con Zacarías sus proyectos de dicha, sus más dulces ilusiones y más caros ensueños.

V

Aguardando

¡Pobre Felicia! Nada en el mundo le parecía comparable á su desventura; en un instante había visto desplo-

marse sus castillos, disiparse como la niebla sus ilusiones y aparecer ante ella la realidad fría, insensible y desconsoladora. Y como quedan presentes á la memoria los fantasmas que contemplamos en el sueño, así vagaba ante sus ojos la imagen de Zacarías, y cuando, sentada á la puerta de su humilde habitación, seguía con los ojos su labor mientras deleitaba el alma con los recuerdos del bien perdido, parecíale un delirio su desdicha; oía sus pasos y su voz, mas al alzar la vista tan sólo hallaba en torno suyo soledad y silencio.

Corrían en tanto los días y los meses; á la primavera sucedió el estío; las espigas como nunca lozanas, presagiaban al labrador abundosa cosecha; doblábanse las ramas al peso de los frutos; la siempreviva ornaba los prados con sus humildes florecillas azules, y resonaba en los bosques el armonioso é incesante cantar de las aves.

Si Felicia hubiera devorado sus lágrimas en el ocio solitario, la zozobra en que vivía, creyendo expuesta á grave peligro la vida del que debía ser su esposo, concluyera tal vez con su existencia. Mas érale necesario trabajar, unirse á sus compañeras, fijar la atención en objetos bien diversos del que tan cruelmente oscurecía sus días, y como pasa todo, pasó también la exaltación primera de su dolor, dejando allá en el fondo de su corazón, una gota de hiel que no se extinguiría mientras no viese de nuevo á su lado á Zacarías.

De éste sólo se sabía que el batallón de que formaba parte se había embarcado con rumbo al norte y se hallaba probablemente en tierra peruana.

—Si al menos supiera escribir,—pensaba Felicia,—podría darnos de tarde en tarde alguna noticia suya que calmara mi inquietud.

Pero sabía bien que Zacarías ni siquiera había tenido intenciones de conocer las letras.

—Pero si lo desease,—proseguía cavilando la joven,—tal vez un camarada no se negara á escribirle una carta; si bien con los azares de la guerra puede ser ello poco menos que imposible.

¡Quién sabe! tanto muda á los hombres el tiempo y la distancia, que en sus congeturas muchas veces llegaba á creer Felicia, que en la mente del militar habíase ya borrado la imagen que existía en la del labrador montañés; mas en cada ocasión que ese temor la asaltaba, prefería cambiar el rumbo de sus pensamientos y soñaba con la próxima vuelta de Zacarías, su gozo al verle, la unión eterna, y gustaba de antemano todas esas gratísimas impresiones, cual si reales fueran y no vanas é ilusorias las ardorosas creaciones de su deseo.

—Mañungo le ha mandado una carta á su mamita,—dijo un día Basilia al volver del trabajo.

—¿Y qué dice?—preguntó ansiosa Felicia.

—Dice que han pasao muchas pellejerías y que la vida del militar es muy *aperreaa*, pero que todavía no se han topao con los cholos.

—¿Y no dice naa de Zacarías?

—Ni palabra.

—¿Así es que no sabimos si es muerto ó vivo?

—Mientras otra cosa no disponga su *Devina Majestá*.

—Y en la carta ¿no sale naa de cuándo será la vuelta?

—Claro que no los habimos de ver hasta que no se agarren con los cholos.

La conversación no era grata, y ambas callaron. La esperanza de Felicia se hacía cada vez más y más in-

cierta: preciso era aguardar á que se verificase una batalla; sólo después de la prueba le sería permitido ver á su novio, si siéndole propicio el cielo, no moría en tierra extranjera, donde ni aun le restaría el triste consuelo de que una mano solícita cerrase sus ojos y regase con lágrimas su tumba.

Á Felicia, como á toda muchacha agraciada, no faltaban pretendientes, y cuantos, amedrentados por la presencia de Zacarías, se habían guardado bien de decirle una palabra más de las precisas, probaban en su ausencia la fidelidad de la joven. Los más audaces que con rendidos ofrecimientos le hicieron el amor, obtuvieron por todo resultado una amenaza ó un humillante desprecio, capaces de escarmentar á cualquiera y suficientes para ahuyentar á todos.

El más respetuoso con Zacarías y tenaz ahora en en cortejar á su prometida, era Puy, joven, según la expresión de los viejos de Pichinco, indigno del nombre de montañés por su cobardía y ademanes mujeriles. Desde que se hablaba de la guerra, Prudencio no había puesto un pie fuera de la montaña; este hecho mostraba claro la pequeñez de su ánimo.

En más de una ocasión, Felicia había dado golpes de muerte á las esperanzas amorosas del pobre mozo que con tal presteza se amartelaba; pero, como las fuerzas del héroe mitológico, alzábanse ellas cada vez mayores y más atrevidas.

—Tanto le hizo el diablo á su hijo que al cabo le sacó un ojo,—dijo un día Felicia en respuesta á los rendimientos de Prudencio.

—¿Y qué hay con eso?—preguntó él.

—Es que tanto me estás *fregando la pita* con tus tonteras, que al fin te va á salir *chueca.*

—¿Y de ónde saliste tan guapa ahora?

—Así hay que ser contigo, porque eres porfiado como macho. Y ya te he dicho que primero me casaba con un perro que con un marica como tú.

—¡Por el mucho miedo que te tengo á ti!

—Á mí nó, pero á los hombres sí; y no te hagas el leso, que bien lo entendís.

Prudencio veía que en este terreno perdería la partida, y abandonaba el campo de batalla para volver á reanudar las hostilidades tan pronto como la suerte y su deseo lo pusiesen en aptitudes para hacerlo.

Así se deslizaba monótona y triste la vida de Felicia, en la actitud resignada del que espera y confía. Jamás descuidaba el cumplimiento de sus deberes, y sobre todo, el que tenía de guardar como preciado tesoro la fe que, más con el corazón que con los labios, jurara á Zacarías.

Y esta melancolía que empezaba á apoderarse de su ánimo que antes rebosaba de alegría, hízose más marcada cuando, pasados los días risueños del verano y las mil faenas que la cosecha del trigo y el maíz trae consigo, llegó el otoño con sus vientos y sus brumas.

Sentada á la puerta del *rancho,* aguardaba una tarde Felicia el arribo de los suyos, entreteniendo su reposo en arreglar el vestido de uno de sus hermanos. El aspecto de la atmósfera y del paisaje que la rodeaba parecía no ser mas que un reflejo del estado de su ánimo: tarde de un día de marzo, melancólica y languideciente como ella. El sol, oculto todo el día tras espesas nubes, no animaba el firmamento con los purpúreos matices

que de ordinario acompañan y siguen á su puesta; comenzaban ya las sombras á caer sobre el mundo; de los bosques y el río se alzaba densa niebla que poco á poco iba envolviendo el valle; la brisa helada sacudía las ramas de los árboles, arrancándoles sus últimas hojas, arrugadas y amarillas, que arrastraba y reducía á polvo; y repetían los montes los gritos de los animales, tiernos y lastimeros como un adiós. La naturaleza yacía sumergida en una atmósfera nebulosa é indecisa, y cual suele acontecer á los que en dulce calma se adormecen, borrábanse y se confundían las perspectivas, se trocaban en sombras vagas los objetos, y la luz, los sonidos y los seres todos se extinguían como un eco prolongado que va muriendo y se apaga sin que perciban los sentidos el tránsito del sonido al silencio.

Felicia estaba sola, ni aun los pequeñuelos habían regresado, y en cuanto á sus padres, sabía que les era preciso tardar más de lo acostumbrado pues era sábado, «día de pago.»

Como siempre que estaba sola y libre de afanes, su imaginación volaba hacia los lugares en donde creía lleno de mortales angustias á su prometido.—¿Qué hará á estas horas? pensaba la muchacha; ¿Tendrá como aquí un *ranchito* y en él lo esperará una cena? ¿Quién cuidará de su comida? ¿Ó acaso en estos mismos instantes se muere de hambre y de frío, falto de amigos y de hogar? ¿Y por qué se fué?—Y aquí evocaba su memoria los recuerdos de las escenas violentas del día en que Zacarías fué tomado por las tan tristemente célebres comisiones.

—Dios me la guarde, pedacito de cielo,—dijo una voz que sacó á Felicia de su abstracción.

Distraída y con la mirada fija en el espacio, mas no en

objeto alguno, no notó la llegada y aproximación de Prudencio, que fué quien le dirigió el saludo.

—¿Cómo te va?—le dijo por decir algo.

—Penando vamos, hijita.

—¿Que no te enseñó otra cosa tu maire? Toitas las veces que te veo me salís con la mesma tonaa.

—Y tú no sabís más que retarme porque te digo la verdá.

—Yo quisiera saber á cuántas enfelices les habís contao este cuento, y segurito que te lo han creído; pero conmigo no cunde.

—Así dicen toas pa que las rueguen.

—Es que á mí tampoco me entran los ruegos.

—Entonces ¿serás de otra carne?

—Lo mesmo que toas soy, pero yo no tengo dos caras, y con la que digo sí, no pueo decir nó, ¿ves?

—No seas *creída*, Feli; el otro se fué pa el norte, y pu allá hay mucha gente y es otra cosa.

—Zacarías no es como tú.

—Y si acaso se queda pu allá ó si (no lo permita Dios) se muere en la guerra, ¿qué hacías vos?

—¿Si se queda?—dijo Felicia reflexionando,—si él se queda yo también me quedo soltera pa toa la vida.

—¡Já, já, já! ¡buena la lesura grande!

—Y á vos ¿que te importa?

—Pero, Feli, por Dios, quedarse soltera cuando tienes este pobrecito, que se lo pasa llorando, de puro querer, y que pone los ojos onde tú pones esas patitas tan chiquititas...

—Mira, Puy, cállate la boca, porque ya te he dicho que eso lo decís contra la pura pieira.

—Así que sea, caramba, y te quiero mucho y remucho.

—Y yo te quiero á ti como palo de leña, pa echarte al fuego.

—Y yo pa abrazarte, mi alma, cosa linda.

Y diciendo y haciendo, Prudencio estiró los brazos y con verdadera ansia y sin que la joven tuviera tiempo de defenderse, la cogió por la cintura; pero antes de que la hubiera estrechado contra su cuerpo, una mano de Felicia se estrelló firme y vigorosa en las narices del atrevido; se oyó el ladrido de un perro, y uno enorme saltó sobre la espalda de Prudencio, y cogiéndolo por el cuello de la chaqueta lo derribó, arrastrándolo y sacudiéndolo de tal modo que Felicia tuvo tiempo para coger un garrote y dar con él dos terribles golpes al galán, quien luchando desesperadamente, logró alejarse y huir seguido del perro, mientras Felicia gritaba:

—¡Déjalo, Pastor, déjalo!

Y otra voz repetía á su lado:

—¡Cómetelo, cómetelo!

—¡Patín!—exclamó Felicia, volviéndose sorprendida.

—Aquí estoy,—repuso el muchacho, dando con el pie en el suelo.

—¿Alcanzaste á ver?—preguntó la hermana muy excitada.

—Sí, caramba; porque soy chico le animé el perro, pero si fuera grande, por mi vía que lo medio mato á palos.

—¡Por Dios, Patín, no lo digas naa á mi mamita!

—Claro que nó; pero en de aquí pa adelante yo le he de enseñar al Pastor que onde lo pille, duro con él.

Y al decir esto los labios de Valentín temblaban de coraje. Aquel niño de quince años en quien la voluntad y la nobleza de alma suplían con ventaja á las fuerzas físicas, acababa de salvar á su hermana de la deshonra, arroján-

do contra Prudencio al Pastor, su fiel compañero, ya que le era imposible castigar con su propia mano aquella osadía.

—¡Mi mamita!—dijo Felicia viendo á Basilia que se acercaba.

Valentín salió entonces á buscar el ganado, y su hermana volvió á su ocupación, aun cuando ya apenas había luz. Cuando llegó Basilia, la joven cantaba con mucha indiferencia:

Arrastraré estas cadenas
tan fuertes,
hasta que mi triste vida
se acabe.

Sin otros hechos dignos de mención transcurrieron para Felicia y los suyos los primeros meses del invierno y, sólo allá á principios de junio, vino á turbar los ánimos de los montañeses la noticia de un nuevo combate que, aunque favorable á Chile, dejaba en sus filas numerosos claros.

Cada uno creyó ser su deudo de los infortunados y á pesar del peligroso estado de los caminos y lo inclemente de la estación, se hicieron frecuentes viajes á Chillán en demanda de datos que aclarasen la situación y disipasen la incertidumbre.

Contar la ansiedad horrible en que vivieron desde entonces Jacinto y su familia, fuera repetir ponderado lo que dejamos dicho en las anteriores líneas. Cada uno que volvía de Chillán era objeto de los más grandes agasajos y atenciones, destinados á hacerle tal vez más grata la narración de cuanto había logrado inquirir, verdadero ó falso, de regocijo ó duelo, interesante ó nó. Así llegaron á saber por fin que Zacarías vivía aún, noticia

por la cual se encendió más de una vela ante la imagen de la Virgen del Carmen, y que fué recibida con tanto alborozo como lo hubiera sido en época no lejana la de que ya no era soldado.

Súpose más tarde que á la primera batalla había seguido otra no menos sangrienta, pero en la que no combatió el batallón de Zacarías. Corrieron de boca en boca los nombres de los jefes más distinguidos; se narraron con puntos y comas mil incidentes á cual más curioso, y hubo perros que se llamaron Piérola y Campero.

Todo ello era, sin embargo, inútil mientras no se ordenara la vuelta del ejército á la patria, y no otra cosa fué lo que les anunció una carta de Mañungo, corresponsal de la Montaña, que decía entre borrones lo siguiente:

«Le diré también que van á licenciar; y con el favor de Dios, luego tendré el gran gusto del verla, porque en el primer buque que pase nos vamos á ir yo, el hijo de Villegas y Zacarías.»

—¡Á Chillán á Chillán!—exclamaron todos al llegar á esta parte de la epístola.

—¡Mamita, ya viene!—alcanzó á decir Felicia, radiante de felicidad.

—¡Bendito sea Dios! quién lo había de creer!—repuso Basilia juntando las manos; luego agregó dirigiéndose á su marido:—Apúrate, Jacinto, mira que hay que salir temprano pa el pueblo.

—¿Ya nos vamos?

—Mañana bien de alba hay que salir.

—¿Y si llueve?

—Que llueva, ¿qué me importa á mí?

—Pero es que están los ríos muy grandazos.

—Déjate de ríos y anda á acomodar las cosas.

Y cogiendo á Jacinto su mujer y su hija, lo empujaron hacia la puerta sin dejar de repetirle á *dúo*, que era indispensable partir, «aunque se rajara el mundo,» como decía Basilia.

Á la mañana siguiente y desafiando la fuerte lluvia y aún la nevada que podía sorprenderles en el trayecto, subían la Buitrera unas cuantas carretas y algunos hombres á caballo; eran los deudos de los soldados licenciados que iban á recibirles en Chillán.

Algunos días después, la estación de los ferrocarriles de esta última ciudad se hallaba completamente invadida por una inmensa multitud que se agolpaba ansiosa en los andenes, haciendo impotentes los esfuerzos de la policía por impedir que tomase también el espacio que, á juzgar por las sillas y alfombras en él colocadas, se destinaba á las autoridades.

Una banda de músicos formada por alumnos del Liceo, destrozaba algunas piezas, sin conseguir dominar con su estrépito la algazara de las carcajadas, gritos, llamados y saludos. Colgaban del techo, de las puertas, de las ventanas, de las columnas y de todas partes banderas nacionales, y habíase construído á la salida del recinto un arco de arrayán que, profundamente inclinado sobre uno de sus soportes, amenazaba ruina; no así un congénere suyo erigido en la Plaza de Armas, que recto y gallardo mantenía en su cima á la República chilena, quien, sin duda aburrida de esperar, se había sentado cómodamente sobre el escudo nacional.

Media hora después de la anunciada, se divisó, por fin, el tren de los vencedores, y á poco entró en la estación al mismo tiempo que sonaban los primeros acordes del himno nacional y millares de voces lanzaron un ¡viva

Chile! inmenso y poderoso como aquel pueblo. Precipitáronse todos á los carros, arrastraron á unos, empujaron á otros, y mientras en el andén se atropellaban buscando y llamando cada uno al suyo, gritaban en los carros para que dejaran paso á los heridos en camilla. Descendieron con majestuosa gravedad y porte de vencedores los señores jefes, que fueron recibidos por el intendente; apoderóse cada familia, pobre ó rica, del esposo, hijo ó hermano que les era devuelto, sano unas veces, y otras herido y moribundo; y hasta Mañungo, el hijo de Villegas, y muchos otros montañeses, cayeron en brazos de sus madres. En tanto Jacinto, Basilia y Felicia, corrían desalados del uno al otro extremo, buscaban y se revolvían en los carros y entre la multitud, y llamaban y preguntaban sin encontrar nada y sin que nadie respondiera. Acercáronse por fin á sus paisanos y con la voz trémula por el cansancio y la emoción gritaron los tres:

—¿Y Zacarías?

—¿Zacarías?—dijo un soldado con mucha calma,—Zacarías se quedó en Santiago.

CARLOS SILVA VILDÓSOLA

(Continuará)

APUNTACIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS USADAS EN CHILE, ESPECIALMENTE EN EL LENGUAJE LEGAL Y FORENSE

(*Continuación*)

Parece que, antes de que el padre Rosales compusiera su obra, hubo otros que, de palabra ó por escrito, discurrieron acerca de este punto; pero no ha llegado á mi noticia lo que sostuvieron.

El autor más antiguo entre los que han tratado la materia, que yo conozca, es el aludido cronista, quien dice acerca de ella en el tomo 1.º, página 185, lo que copio á continuación:

"El nombre de este reino de *Chile* se tiene por más cierto, dejando opiniones de poco fundamento, que le tomó de un cacique de mucho nombre que vivía en Aconcagua, y era señor de aquel valle cuando entraron los capitanes del inga á intentar la conquista de este reino, el cual cacique se llamaba *Tili*; y corrompiendo el vocablo, los del Perú, que son fáciles en corromper algunos,

le llamaban *Chilli* ó *Chili*, tomando toda la tierra el nombre deste cacique. Y así añaden que, marchando del Cuzco después á la conquista deste reino el adelantado don Diego de Almagro, encontró en la provincia de Tarija con los capitanes y gente del inga, que, ignorando su desastrada muerte, conducían el tesoro anual destas provincias y el oro que le tributaban; y que, preguntándoles de dónde venían, respondieron que de *Tili*; y los españoles trabucaron el nombre y la pronunciación, que es diferente en algunas cosas de la de los indios y llamaron á esta tierra *Chili*.

"Aunque lo más cierto parece que los indios del Perú mudaron la pronunciación del nombre *Tili* en el de *Chili* por cuanto les sonaba mejor y era más conforme á su lengua general quichua. Porque en el valle de Casma hay un campo y pueblo de indios del Perú llamado *Chili*. Y el capitán de Atahualpa, Rey de Quito, que por su orden prendió al legítimo inga Guáscar, se llamaba *Chili-cuchina*. Y como, en su lengua, *Chili* significa la nata y flor de la tierra, como enseñan los curiosos y eruditos en la lengua quichua, principalmente los padres misioneros de la Compañía de Jesús, y los primeros conquistadores del Perú que entraron en Chile, ya por parecerse al nombre del cacique *Tili*, ya porque esta tierra les pareciese fértil y la nata de otras, la llamaron *Chili*, y ese nombre cogieron los españoles, pronunciando *Chile* o *Chili*."

Como se ve, el padre Rosales vacila entre las opiniones sobre la etimología de la palabra *Chile*.

Ya admite que proviene del nombre de un cacique principal que hubo en el valle de Aconcagua; ya se

inclina á pensar que trae origen de un vocablo que, en quichua, significa «la nata y flor de la tierra».

Ningún autor antiguo ha mentado jamás al tal cacique *Tili* ó *Chili*.

Ninguno de los que han escrito sobre el quichua ha enseñado que la palabra *Chilli* ó *Chili* signifique en este idioma «flor y nata de una tierra ó de una cosa».

El padre Diego González Holguín, en su VOCABULARIO DE LA LENGUA QUICHUA, Lima, 1608, dice únicamente que *Chilli* significa «una provincia».

Aparece que los fundamentos aducidos por el padre Rosales en favor de las dos etimologías que patrocina, no tienen peso alguno, aun prescindiendo de lo que dejo expuesto sobre el significado de *Chilli* en aimará y sobre el origen histórico de haberse aplicado este nombre á una de las comarcas situadas entre los Andes y el Pacífico.

El padre Miguel de Olivares, que escribió allá por los años de 1736, su HISTORIA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN CHILE, manifiesta (COLECCIÓN DE HISTORIADORES DE CHILE, tomo 7, página 4), que las opiniones del padre Rosales sobre la etimología del nombre *Chile* no eran seguidas en aquel tiempo; y que había prevalecido una distinta.

He aquí el pasaje á que aludo:

«La etimología de *Chile*, *dicen todos*, que se la cogen de una avecilla pue sólo se diferencia del tordo en que tiene los encuentros de las alas amarillos, y todo lo demás de su pluma negra como el tordo y casi de su tamaño, llamada *tchile (trile)*. Dicen unos que, preguntando los españoles á los indios cómo se llamaba la tierra, estaba este pajarito á la vista; y pensando que pre-

guntaban por el ave, respondieron *thili*; y así la empezaron á llamar los españoles *Chile*, y hasta ahora así lo llaman y llamarán. Otros dicen que el río de Aconcagua, que nace junto al camino por donde se trasmonta la cordillera para pasar á la provincia de Cuyo, se llamaba *tchile* por haber muchos pájaros de éstos en sus orillas; y que, retirándose los indios del inga con el oro que llevaban á su señor, se encontraron con los españoles, y preguntándoles de dónde traían el oro, respondieron que de *tchili*, entendiéndolo por este río; y que de aquí se cogió el nombre de *Chile*, pronunciándolo á su modo. El río se llama de Aconcagua, y pasa por el valle de Quillota, y se entra en el mar de Concón. Antiguamente no sabemos que este reino tuviese nombre general, aunque no hay paraje, estancia, cerro ó quebrada que no tenga nombre propio.»

El padre Andrés Febres, que dió á la estampa en Lima el año 1765 el ARTE DE LA LENGUA GENERAL DEL REINO DE CHILE, enseña en el *Vocabulario Chileno-Hispano*, inserto en esa obra, que «*chili* ó *thile* es un pajarito negro, como tordo, con manchas amarillas en las alas».

«De este nombre, agrega, opinan algunos que los españoles llamaron *Chile* á este reino».

El abate ó ex-jesuíta chileno don Juan Ignacio Molina publicó en italiano el año de 1787 en Bolonia, una obra titulada COMPENDIO DE LA HISTORIA GEOGRÁFICA, NATURAL Y CIVIL DEL REINO DE CHILE, que, traducida al castellano por don Domingo José de Arquellada Mendoza, se imprimió en Madrid el año de 1788.

El autor de este libro dice (página 4, edición de Madrid) acerca de la cuestión que voy ventilando, lo que se leerá á continuación:

«Muchos años antes que los españoles conquistasen á Chile, tenía este reino el nombre con que se le conoce en el día; pero cuyas etimologías, según quieren que sean los varios autores que han escrito de las cosas de América, ó son absolutamente falsas, ó se fundan en frívolas congeturas. Con mucha más verosimilitud pretenden los chilenos que se derive su nombre de la voz *chili* que repiten con mucha frecuencia ciertos pajarillos del género de los tordos, de que abunda el país; porque pudo suceder, en efecto, que las primeras hordas ó aduares de indios que pasaron á establecerse en aquellas tierras tomasen por feliz agüero el oír esta voz en la boca de un pajarillo, y por lo mismo la escogiesen para denominar el país que poblaban».

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

(Continuará)

BOLETÍN

DEL CENTRO DE ARTES Y LETRAS

SESIÓN EN 10 DE OCTUBRE DE 1888

Presidió el señor director don Joaquín Walker M. y asistieron, además, los señores: Barros, don Claudio; Barros Barros, don Manuel; Campo, don Enrique del; Carmona, don Pedro León; Concha Castillo, don Francisco Antonio; Cruz, don Pedro N.; Cueto Guzmán, don Enrique; Díaz, don Eulogio 2.º; Echenique, don Joaquín; Echenique, don José Miguel; Edwards, don Eduardo; Errázuriz U., don Rafael; Eyzaguirre, don Javier; Figueroa, don Emiliano; Fóster R., don Manuel; González E., don Francisco; Lamas, don Álvaro; Lazo, don Julio; Llona, don Carlos; Ortúzar, don Daniel; País León, don Rubén; Portales, don Domingo A.; Prieto H., don Joaquín; Salas, don Julio; Salas, don Raimundo; Santos, don Vicente 2.º; Walker Martínez, don Carlos; el director-secretario que suscribe y gran número de miembros de sociedades análogas al Centro de Artes y Letras.

Leída y aprobada el acta de la sesión anterior y la de la sesión solemne del 26 de septiembre, el Centro, á indicación del directorio, acordó una cuota anual de seis pesos, correspondiente al año en curso, y en seguida se dió lectura á los siguientes trabajos:

La gran cartuja de Francia, narración por don Rafael Errázuriz U.

Al monumento de los héroes de Iquique y *Á mi patria el 18 de septiembre*, poesías por don Rubén País León.

Observaciones á los dos primeros capítulos del tomo I de la Historia general de Chile de don Diego Barros Arana, por don Francisco González Errázuriz.

Amor de niño, cuento por don Raimundo Salas.

Los pololos, artículo de costumbres por don Carlos Silva Vildósola.

Se levantó la sesión á las 10 P. M.

JAVIER VIAL SOLAR

Luis Covarrubias
Director-secretario

SESIÓN EN 17 DE OCTUBRE DE 1888

Presidió el señor director de turno don Javier Vial Solar, y asistieron, además, los señores: Barros, don Claudio; Barros Barros, don Manuel; Concha Castillo, don Francisco Antonio; Contreras Lira, don Víctor; Covarrubias, don Manuel A.; Cruchaga Tocornal, don Miguel; Echenique, don Joaquín; Edwards, don Eduardo; Errázuriz U., don Rafael; Figueroa, don Emiliano; González Errázuriz, don Francisco; Jarpa, don Onofre; Lamas, don Álvaro; Larraín, don José Clemente; Larraín Alcalde, don Patricio; Llona, don Carlos; Morandé, don Enrique; Ortúzar Bulnes, don Adolfo; Ovalle, don Abraham; Ovalle, don Alejandro; Ovalle Valdés, don Roberto; País León, don Rubén; Portales, don Domingo A.; Prieto H., don Joaquín; Salas don Julio; Salas, don Raimundo; Tocornal, don Juan Enrique; Valenzuela C., don Alberto; Vial Solar, don Alfredo; Vial Solar, don Manuel; Walker Martínez, don Carlos; el director-secretario que suscribe, y gran número de miembros de sociedades análogas.

Leída y aprobada el acta de la sesión anterior se puso en conocimiento del centro qne la junta calificadora había admitido como socios á los señores:

Don Alberto Ríos,
" Alberto Yoacham Varas y
" José María Eyzaguirre.

En seguida se dió lectura á los siguientes trabajos:

Relación entre los principios sociales y nuestra Constitución Política, por don Patricio Larraín Alcalde.

Las carreras, artículo de costumbres por don Miguel Cruchaga Tocornal.

Dos sonetos por don Carlos Walker Martínez

Vida y teoría de Le Play, por don Manuel Vial Solar.

Á continuación pidió la palabra don Carlos Walker Martínez, y recordó una anécdota referente á los últimos momentos de Le Play, muerto pocas horas después de haber firmado la protestación de su fe católica en la dedicatoria de sus obras al Santo Padre.

Se levantó la sesión.

JAVIER VIAL SOLAR

Luis Covarrubias
Director-secretario

LA URNA

—*Requiescat in pace*—pronunció el anciano cura Coros regando con agua bendita el ataúd de Carmen.

El oficio fúnebre había concluído, y el viejo capellán del cementerio se alejó á paso lento al través de una angosta calle de cipreses, murmurando el último *De profundis* con aquella entonación singular que le había dado la costumbre y en la cual más de uno creía encontrar cierto dejo irónico que helaba el alma.

El monacillo apagó el cirio bendito y los acompañantes que formaban el cortejo se apartaron, formando diversos grupos, del fastuoso mausoleo, cuya llave entregó el sepulturero á uno de los deudos más inmediatos de la difunta.

Todo había concluído.

Para el nuevo huésped del campo santo comenzaba la soledad, el eterno abandono. Los que habían acompañado sus restos se iban, y á los pocos pasos olvidaban sin remordimiento la memoria de aquella interesante mujer que había tenido tantos amigos en la tierra. Unos fumando; conversando éstos de negocios ó de escándalos

sociales; cuál preparándose para asistir aquella misma mañana á la boda de su amigo; cuál citando á sus compañeros para el club ó para el baile de la noche; cuál, en fin, leyendo en el diario el artículo de fondo ó la lista de los precios corrientes; todos más ó menos preocupados con sus negocios ó sus placeres, desfilaban indiferentes sin que quedaran más de cuatro ó seis personas que dedicaran un suspiro á ese ataúd envuelto para siempre en la lobreguez de una noche sin aurora.

Que haya un cadáver más ¿qué importa al mundo?

***

La mañana estaba muy triste.

Una niebla sutil envolvía los cipreses y las tumbas, limitando el espacio en que se fijaban las miradas. Sólo la naturaleza parecía simpatizar con la luctuosa ceremonia á que acabábamos de asistir.

Me apresuré á tomar mi coche, que con otros muchos estaba aguardando en la ancha y lúgubre plazuela del cementerio.

Dentro de él hallé á mi amigo Andrés que se me había adelantado; hallélo cabizbajo en un rincón del carruaje y embozado casi hasta los ojos en su negra capa española.

Andrés había tomado una parte activa en la ceremonia de la sepultación, llevando hasta la tumba el ataúd de Carmen. Después lo había visto alejarse, y aún me pareció divisarlo á lo lejos apoyado en la reja de un mausoleo y con la frente inclinada hacia el suelo en la actitud de una persona que sufre.

No me pareció extraño que aquella muerte lo impresionara profundamente, desde que él era uno de los amigos más fieles de la familia de Carmen. Pero lo que me sorprendió, y no poco, fué el ver que bajo su embozo sollozaba desesperadamente como un amante que ha perdido para siempre á su amor.

Jamás me había ocurrido la idea de que entre Andrés y Carmen pudiesen existir otros lazos que los de una sincera y fraternal amistad.

Carmen era casada y madre de dos preciosas niñas. Su hogar parecía un centro de unión y de felicidad, y su austera virtud, de la que tenía no pocas pruebas, la ponía al abrigo de toda sospecha.

Por lo que toca á Andrés, conocía de sobra la severidad de sus principios para figurarme ni por un momento que alimentara en su corazón un amor criminal hacia una mujer que había dado á otro su corazón y su mano.

¿Qué podía pensar de su actitud durante la misa fúnebre y sobre todo de aquel repentino arranque de sensibilidad que lo había acometido tan pronto como se halló á solas conmigo?

Por más que me lo preguntaba no acerté á explicarme lo que veía, y como él por su parte no pronunció una sola palabra que descifrara aquel enigma, tampoco me atreví á indagarle nada, respetando, como era de mi deber, un secreto que no se me quería confiar.

Á la puerta de su casa nos despedimos sin explicación alguna dándonos un apretón de mano.

Algunos días después volví á verlo en el teatro y en los paseos, siguiendo la corriente de la vida diaria, como cualquier hijo de vecino, lo que me hizo pensar que la dolorosa tristeza que vi en él en la mañana del entierro

de Carmen reconocía una causa que nada tenía que ver con la tierna amiga que habíamos perdido.

Sin embargo, observando cuidadosamente á Andrés, no tardé en convencerme que bajo las apariencias brillantes de un hombre de mundo ocultaba un dolor secreto que no buscaba ni admitía confidente alguno.

El, todo bondad é indulgencia poco antes, se había trocado de repente en un hombre amargo y sarcástico y á veces injusto en sus juicios; en un hombre que, bajo las formas cultas de la más exquisita cortesanía, ocultaba cierta irritabilidad para con sus semejantes que no le había hasta entonces conocido.

Tres meses más tarde se despidió de mí para un viage á Europa, y cuando á su vuelta acudí presuroso á visitarlo, noté con dolorosa sorpresa que había encanecido y que su aspecto revelaba una profunda fatiga de alma y cuerpo.

Por más que disimulé la impresión que me causaba aquel extraño cambio, Andrés me hizo comprender que no se le ocultaba mi pensamiento.

—Me hallarás muy viejo,—me dijo.

—No pasan en balde cuatro años por la vida de un hombre, ni hoy podemos ser lo mismo que éramos ayer, —respondí disimulando mi sorpresa, que nada tenía de lisonjera.

Después seguimos hablando de mil cosas y viajando con la mente al través de los sucesos ocurridos durante los cuatro años que había durado nuestra separación. Yo le contaba los cambios ocurridos en las familias, el diverso destino que había cabido en suerte á muchos amigos queridos; y aun penetré en el fondo de mi corazón para darle cuenta de mis impresiones íntimas y de

los proyectos que formaba para el porvenir. Andrés, que había seguido la vida indiferente del viajero al través de las grandezas que los siglos han dejado en herencia á las viejas ciudades, tenía pocos sucesos personales que contarme; me habló, sí, de libros y estatuas, de catedrales góticas y alcázares reales, de las pompas de la antigua sociedad y del lujo y desmoralización de la presente; mostróme algunos cuadros y curiosidades que traía, concluyendo, al fin, por afirmarme con profunda y melancólica convicción que tras tanto ir y venir en torno de objetos nuevos y de espléndidos monumentos del arte, el viajero viene á encontrarse sin nada que llene el vacío del corazón, sin nada que valga el calor del hogar y las santas afecciones que dejó en su país.

Entre los diversos objetos que podían llamarme la atención en la opulenta casa de Andrés, nada fijó con tanto interés mis ojos como una magnífica urna de ébano con incrustaciones de plata, en forma de sepulcro romano, la cual por su labor y mérito artístico debía valer un tesoro.

Aquella urna era un verdadero prodigio de talla en el que competían la mano del artista con la riqueza de los materiales. En sus costados se veían esculpidos en metal los retratos de muchas mujeres que han pasado á la historia por sus desgraciados amores. El ángel del recuerdo extendía sobre la coronación del primoroso túmulo sus alas protectoras, y parecía volar arrojando al paso coronas de inmortales sobre la tumba de esos nobles seres que han eternizado la pasión y el infortunio.

Aunque carecía del conocimiento práctico que se necesita para juzgar con acierto las maravillas del arte, comprendiendo, sin embargo, la grandiosa concepción

del poema que el cincel había grabado en tan corto espacio, no pude menos de expresar calorosamente el entusiasmo que aquella joya me inspiraba.

—Tienes razón en admirarla,—me dijo Andrés,—esa urna es una de las obras más notables que ha producido un artista alemán, grande adorador de la antigüedad, á quien conocí en Roma. La adquirí á muy subido precio por el gusto de traer á mi país un trabajo tan primoroso. Lástima,—añadió,—que no pudiera comprar algunas otras preciosidades que llamaron mi atención: siempre el dinero anda escaso para satisfacer los infinitos caprichos del viajero.

Ignoro por qué estas explicaciones, por demás naturales, no me satisfacieron, y continué mirando la preciosa urna de ébano como un objeto mágico ligado por un lazo misterioso á la existencia de Andrés, á quien creía un hombre desgraciado.

Cada vez que entraba en su cuarto, el primer objeto en que clavaba los ojos era en aquel diminuto sepulcro que me atraía á mi pesar, como si dentro de él hubiese de hallar el secreto de los dolores que aquejaban á su dueño.

Cierto día que llegué de repente vi abierta la misteriosa caja y á Andrés que contemplaba con tristeza una flor marchita guardada dentro de ella en un medallón de oro con cristal de roca.

—¿Has dejado tus amores en el otro mundo?—le pregunté festivamente, pensando que esa rosa seca sería talvez un regalo de alguna dama del otro lado de los mares.

—Efectivamente, allá los tengo,—respondió Andrés con acento lúgubre y guardando el precioso relicario en la urna.

—Triste cosa es,—le dije,—amar y tener que dar nuestro adiós á una mujer que oirá de otros labios idénticos juramentos á los que murmuramos á su oído; que será feliz sin nosotros y que habrá olvidado nuestro nombre tan luego como se extinga el eco de la despedida postrera.

—Eso es el amor del viajero,—respondió Andrés,—pero no el mío.

—Con todo, has dejado el tuyo en el otro mundo.

—Sí, allá está; pero no hagamos juegos de palabras, —respondió Andrés fastidiado,—esas sutilezas son indignas de los grandes recuerdos. Entiéndelo de una vez; la que yo amo no existe.

—¿Ha muerto hace tiempo?

—Van ya cinco años.

—¿Y te amó?

—Como una hermana.

—¿Y tú?

—La adoré con un afecto que sólo puede tributarse á un sér superior á la naturaleza humana. Fuí feliz mientras ella vivió, no ambicionando otro bien que sus miradas dulces y tiernas que cariñosamente se encontraban con las mías. ¡Era aquél un amor melancólico y suave como los últimos fulgores del ocaso, amor sin deseos y sin esperanzas, que nada osó ni nada habría querido pedir, y que sin embargo, era toda mi vida!

—¡Extraño modo de amar!—observé.—No comprendo cómo la pasión puede encerrarse dentro del alma sin que estalle un día como la lava comprimida de un volcán, ni que pueda darse el nombre de hermana á una mujer á quien ansiáramos llamar esposa, amante, ídolo eterno del alma.

—Eso pende,—dijo Andrés,—de mil circunstancias que es difícil concurran en las diversas relaciones de la vida. Mi amor á esa mujer, á la que llamaré Leonor, por no darle el nombre que llevó en el mundo, fué por espacio de tres años un secreto hasta para mí mismo. Si ella pensó en mí, lo ignoro, aunque á veces he creído que no le fuí del todo indiferente. Éramos amigos, más aún que amigos; nos mirábamos casi como hermanos; todas las noches la veía, pensaba en ella cuando me hallaba lejos, era la confidente de mis sueños y de mis esperanzas, y más de una vez su sonrisa suave y pura bastó á sosegar las tempestades del dolor que combatían mi alma. Durante los tiempos que la traté en la intimidad de una confianza fraternal, amé ó creí amar á otras mujeres, y en algunas circunstancias ella fué la única ocupación de mi pensamiento. Tal vez envidié la suerte del que alcanzara su amor, que no se me ocurrió codiciar para mí. Y así pasé largo tiempo amándola sin darme cuenta de la profunda afección que me inspiraba. ¿No es verdad que es inconcebible una ceguera semejante?—concluyó Andrés lanzando un profundo suspiro.

—Te aseguro,—respondí,—que no comprendo semejante estado del alma, sobre todo si se prolonga por tanto tiempo. Pero esa mujer ¿no era amada por otro? ¿Sólo tú te hallabas á su lado, no habiendo un tercero que despertase tu dormido corazón con el dardo de los celos?

—Era amada, y yo lo sabía,—dijo Andrés.—Hay cosas que no pueden explicarse y, sin embargo, suceden, que acertemos á darnos cuenta de ellas. Yo, que sólo vivía de su amistad, no sentí nunca celos ni envidia del que venía á robármela para siempre. Era su amigo, y alguna vez hablábamos de sus esperanzas que su posi-

ción de joven sin fortuna no le permitía por de pronto realizar. Vi para ambos en la lejanía del porvenir extenderse un sendero de flores, y juzgué que continuaría siendo ella la misma para mí y yo un testigo de su dicha, que debía ser el complemento de mi felicidad.

Aquí se detuvo Andrés y contemplando la urna que tenía delante, me mostró la rosa que encerraba el lujoso relicario de cristal.

—Mira,—me dijo,—esa flor fué la que me despertó de mi sueño.

Yo miré esa flor amarillenta, emblema de pasadas dichas, tan cuidadosamente guardada por el arte y por los recuerdos, sin poder naturalmente explicarme cuál era la influencia que había ejercido en el destino de Andrés.

Éste continuó:

—No puedes figurarte lo que es pasar algunos días bajo el techo que cobija á la mujer amada. Había llegado el verano y, aceptando la invitación cariñosa que los padres de Leonor me habían hecho desde tiempo atrás, fuí á visitarlos al campo, donde fuí acogido con la franca amistad de siempre.

Paréceme que fué ayer. Con toda la viveza de un espectáculo que contemplamos en el momento presente, aún la diviso á mi lado fresca y sonriente como la mañana al despertar, recorriendo conmigo los sitios más pintorescos, ya cogiendo en el jardín las flores más bellas para ofrecerme un ramillete, ya dejándonos llevar al través de los llanos en la agitación de un paseo á caballo, ya, en fin, contemplando desde lo alto de las colinas el caer de la tarde y el melancólico fulgor que vierte la luna en sus primeros días. Y luego aquellas noches pasadas bajo el corredor de la vetusta casa ó en torno de la mesa del

salón, donde jugábamos al naipe, leíamos hermosos libros, ó interrumpía nuestra plática el sonar de la vihuela, á cuyo compás mi amiga entonaba dulces y enamoradas estrofas que me llegaban al alma. Si antes no la amaba, no sabré decir cómo vino á trocarse la naturaleza de mi cariño, convirtiéndose de súbito en una verdadera pasión.

¡Ella era tan hermosa y tan llena de encantos y virtudes! Los pobres la miraban como su providencia y más de una vez pude notar cómo los sencillos campesinos, creyéndonos una pareja de amantes felices, nos colmaban de bendiciones cada vez que pasábamos frente á sus cabañas.

No era rica, pero derramaba el bien á manos llenas, imponiéndose verdaderos sacrificios para practicar espléndidamente la caridad. Daba á los pobres cuanto tenía; sus escasos ahorros, vestidos que ella misma cosía, las provisiones que sin trabajo obtenía de la liberalidad nunca desmentida de sus padres, y sobre todo, era el ángel del consuelo en los hogares donde se asentaban la enfermedad y el dolor.

Así me lo dijeron con las lágrimas en los ojos los pobres á quienes socorría y pude verlo yo mismo muchas veces, á pesar de las delicadas industrias de que echaba mano para practicar el consejo evangélico de hacer el bien ocultándose á la vista de los hombres.

Tantas nobles prendas concluyeron por rendirme, y una mañana desperté resuelto á ligar para siempre nuestros destinos.

—Era natural que así sucediera,—interrumpí yo,—lo raro es que no pensases lo mismo meses antes.

—Tan dominado estaba por las impresiones que ha-

bía dejado en mi alma una noche de insomio ocupada en su mayor parte en dirigir una ojeada retrospectiva á los últimos años, que me faltó la serenidad para calcular lo aventurado de la empresa en que me iba á embarcar. Ni siquiera se me ocurrió pensar si ella tendría algún compromiso con el que más de una vez me había hecho el confidente de sus amores. Todo lo veía color de rosa, nada me auguraba que acaso llegaría tarde á golpear á las puertas de su corazón.

Aquella mañana la encontré, como de costumbre, en el huerto, sentada á la sombra de los sauces donde pasábamos las horas de la siestas.

Tenía aún entreabiertas las páginas de su libro de oraciones, y parecía rezar bendiciendo á Dios que tan bella había formado la naturaleza. Nada más puro y casto que aquel rostro que por intervalos se levantaba al cielo como saboreando la dulzura de la plegaria que elevaba su alma á la región de lo infinito.

Se hallaba sola y sin sospechar que pudiese llegar tan temprano á sorprenderla en sus piadosos ejercicios matutinos.

No queriendo interrumpirla, me oculté tras un arbol y en un sitio desde donde podía contemplarla á mi sabor.

Al fin se levantó y comenzó á pasearse distraída á lo largo del emparrado que dividía la huerta y en cuyos costados crecían frondosos rosales plantados entre una y otra mata de vid.

Allí nos encontramos, y con la confianza de siempre comenzamos á hablar de mil cosas indiferentes, sin que yo, tan animoso y resuelto momentos antes, encontrase una sola palabra para revelarle lo pasaba por mí.

—¡Qué lindas rosas!—exclamó ella de repente corrien-

do hacia el rosal cercano, y cortando la más bella,—hoy no te daré el ramillete de costumbre, Andrés; más vale esta flor nacida sin cultivo que las mejores que produce nuestro jardín. ¿No es verdad?—añadió, pasándome la rosa.

Miré á la joven y á la flor, preguntándome cuál de las dos era más bella. Las hojas blancas y aterciopeladas de la rosa no aventajaban al alabastro de sus manos ni á la limpieza nacarada de su frente.

—¡Más hermosa eres tú!—contesté con verdadero entusiasmo.

—¡Loco!—respondió ella riendo,—¿desde cuándo has aprendido á echarme flores?

Iba á continuar; pero advirtiendo ella que yo llevaba á mis labios besándola con arrebato la rosa que acababa de darme, se ruborizó toda y con voz un tanto apagada me dijo únicamente:

—Volvamos á la casa, Andrés.

Yo iba á revelárse todo: mi amor, la adoración profunda que le profesaba y lo que había soñado despierto durante toda la noche; pero lo impidió la presencia de su madre que se adelantaba hacia nosotros.

—¡Qué encarnada vienes, hija!—dijo la buena señora, dando á la joven un beso en la frente.

—Me he agitado algo, andando por la huerta,—respondió Leonor.

—Veo que usted va adquiriendo las buenas costumbres del campo, haciéndose muy madrugador,—continuó la excelente dama.

—Acabo de dejar la cama,—respondí algo turbado.

Regresamos á la casa, donde nos esperaba el desayuno, que tomamos con el resto de la familia.

Á poco rato la reunión se dispersó tomando cada cual por su lado. Yo cogí un libro y me dirigí á los sauces, á cuya sombra permanecí hasta la hora del almuerzo sin que nadie viniera á interrumpir el curso de mis pensamientos.

*
* *

—Todo aquel día lo pasé triste,—continuó Andrés prosiguiendo su narración, después de una corta pausa.

La solemnidad del paso que iba á dar pesaba sobre mí, imponiéndome algo de grave. No se enajena sin cierta melancolía la libertad de la vida, y más de una vez asoman lágrimas á los ojos en los momentos en que todo nos promete la felicidad, como un presagio de lo poco que duran las ilusiones, y de las pruebas y sacrificios que nos aguardan, aún después de realizados nuestros más encantadores ensueños.

Á decir verdad, nada me predecía la desventura. La reserva de mi amada la interpreté como un efecto de la sorpresa y del rubor. En el almuerzo la había visto triste y pensativa; quizás noté en su rostro la huella de alguna lágrima y que esquivaba el hablar á solas conmigo; pero esto me parecía natural juzgando lo que pasaba por mí. ¿No sentía acaso yo mismo que nuestra confianza de hermanos se había disipado sucediendo á ella una especie de cortedad que hasta entonces no había conocido?

No tenía, pues, por qué alarmarme.

Todo consistía en esperar algunas horas, pues no podía dejar de presentárseme una ocasión favorable para declararle formalmente mi amor.

Llegó la tarde, y con ella el paseo diario que dábamos á esa hora por el campo.

Allí nos hallamos en cierta libertad, que no tardé en aprovechar para mis fines.

—La rosa que me diste esta mañana,—la dije,—está aún sobre mi corazón. No está tan fresca como cuando la recibí de tus manos, pero aun me regala con sus perfumes.

—Demasiado ha durado,—contestó ella bajando los ojos.

—No se apartará más de mí,—respondí envolviéndola en una mirada de fuego.

—¡Andrés!—murmuró Leonor por lo bajo.

—¿Aun no me has comprendido, Leonor?—la dije con acento trémulo.

Leonor no respondió.

—¿Nada me dices?—pregunté alarmado.

—¿Y qué quieres que te responda?

—¿No te está diciendo tu corazón cuánto te amo?—prorrumpí arrebatado por la pasión y como si exhalara todo mi sér en esas sencillas palabras que eran un grito del alma.

Leonor se estremeció. Sentíla sollozar, y al mirarla vi su rostro bañado por una tristeza tal, que á mi vez sentí desgarrárseme el corazón.

—¿Qué has dicho, Andrés?—exclamó.—¿No ves que me duele herirte y que por nada del mundo quisiera costarte un sola lágrima?

—¡Leonor! ¿Será posible que mates todas mis esperanzas?—balbucié conmovido hasta lo más profundo del alma.

—Mi corazón no es mío,—contestó.

—Entonces...

—Pero, por Dios, ¿cómo es que no has visto nada hasta aquí?

El prisionero que de repente sale á la luz, después de haber habitado largos años una lúgubre mazmorra á la cual no penetra un solo rayo del sol, no recibe una impresión más viva que la que yo sentí en ese instante. Leonor amaba á otro, y yo no había querido conocerlo. Era imposible comprender cómo me había engañado hasta ese punto. Ahora lo recordaba todo, todo lo veía. Estaba destinado á engañarme respecto á ella, como me había engañado siempre al analizar los sentimientos de mi corazón....

—Pero,—exclamé,—¿cómo me has dejado ignorar tus secretos, á mí que creía leer en el fondo de tu alma? ¿Has aguardado, cruel, que llegase este instante para hacerme una revelación que había de destruir toda mi felicidad?

—Tienes derecho á quejarte, y sin duda he cometido contra ti una grave falta,—dijo Leonor,—pero había prometido guardar ese secreto hasta que la realización de nuestro amor fuese posible. Tú lo sabes el primero y á nadie más lo revelaré.

—¡Era esa tu amistad!—murmuré con toda la amargura del reproche.

—¡Todos erramos!—exclamó Leonor tristemente.

—¡Demasiado lo conozco!—respondí.

—Pero tú serás tan indulgente que me perdonarás al fin una reserva que me será un eterno remordimiento. Lo que me pasa es para mí el más terrible castigo de una falta de franqueza que no debí cometer jamás.

—¡Nó!—prorrumpí yo entonces,—no te acuses Leonor. ¡Quién puede decir cuál es aquí el culpado! ¡Soy yo,

te lo juro; yo, que dejé correr el tiempo en que tu corazón pudo ser mío; yo, que no me apresuré á asir la dicha con que acaso me había brindado el cielo! ¡Ah! voy á ser muy desgraciado, Leonor.

—Calla, por Dios,—dijo ella,—y no te atormentes con la visión de un porvenir que no será tan oscuro. Conozco demasiado la nobleza de tu alma para dudar un solo instante de que me perdones. No puedo en adelante darte más de lo que te he dado hasta aquí; seguiré siendo tu amiga, tu hermana, y cuando el dolor que te produce este instante se dulcifique ó concluya por borrarse para siempre, renacerá para los dos esa tierna confianza que ha encantado nuestra primera juventud.

—Nó; todo debe acabar entre nosotros,—exclamé desesperado.

—Dejemos eso al porvenir,—dijo Leonor,—yo espero que no tardarás en olvidarme y que has de encontrar una mujer que te comprenda y sepa hacerte feliz.

—No hablemos de eso,—insistí con amargura.

—Sea, ya que lo quieres así,—contestó ella.

Un silencio profundo siguió á estas palabras. Seguimos caminando sin hablarnos más. Nuestros corazones estaban tan agitados que los sentíamos mutuamente latir.

Por una ironía del destino, aquella tarde en que las ilusiones acababan de darme un eterno adiós, todo se mostraba en derredor tan apacible y sereno como un hogar donde habitan la paz y el amor y donde cada día trae consigo una nueva ventura. Aquella naturaleza que despertaba al murmullo de brisas templadas; los prados vestidos del color de la esperanza; la luna, cuyos rayos se posaban cariñosos sobre el rostro de Leonor, al cual las lágrimas asemejaban á una rosa bañada con el rocío

de la mañana; todos esos murmullos que sólo se escuchan en la quietud del campo, cuando la labor del hombre ha cesado y la creación comienza á entregarse al reposo; todo aquello formaba un triste contraste con la tempestad que agitaba nuestras almas.

Al fin Leonor levantó la cabeza y mirándome tímidamente me dijo:

—Andrés, tengo que pedirte un favor.

—¿Qué podrás pedirme, que te niegue?—la respondí con dolorosa ternura.

—Lo que acaba de pasar es un sueño,—dijo ella,—hagamos lo posible por olvidarlo. Pero, sobre todo, que ninguno penetre lo que debe ser un secreto entre los dos. No quiero que nadie, ni aun mis padres mismos, lleguen á saber que tu afecto hacia mí ha traspasado los límites de nuestra antigua amistad. Me sería muy doloroso, que alguien que no conozca mi alma, llegase á creer que yo había rechazado tu amor, que no merezco.

Había tal delicadeza en esa súplica, que las lágrimas se agolparon á mis ojos. Ella quería ahorrar á mi altivez de hombre todo lo que pudiera herirle, ya que no le era posible darme la felicidad.

Leonor me tendió la mano, diciéndome:

—Ni una palabra más. Dios no ha querido que se cumplan tus votos. Resígnate y procura olvidarme.

Y deteniendo el paso aguardó que se nos juntara el resto de la familia que venía detrás.

Aquella noche, ella y yo realizamos prodigios para disimular lo que había pasado. Felizmente, una carta que recibí al volver á la casa me suministró un pretexto para partir al día siguiente sin llamar la atención denadie.

Con la primera luz del día tomé el coche para dirigir-

me á la próxima estación del camino de hierro. Al salir de la casa sentí el crujido de una ventana que se abría. Al través de ella Leonor me enviaba una cariñosa y melancólica despedida.

*
* *

—¿Y Leonor, ya que así la nombras?...—pregunté yo.

—Leonor,—dijo Andrés, enjugándose una lágrima, —se casó un año más tarde con el hombre de su elección. Mientras duró su noviazgo seguí visitándola, dándome el amargo placer de contemplar sus dichas con rostro sereno y como si todo lo hubiera olvidado.

—¿Y jamás hablasteis de vuestros pasados amores?

—Nunca se deslizó entre nosotros una alusión al pasado. Fué esposa, fué madre y seguí visitando su hogar, de donde nunca salí desesperado. Ella comprendía de sobra hasta dónde llegaba mi sacrificio, y segura del religioso respeto que me inspiraba, me dió un lugar en sus afectos, que no ocupó sin duda el más querido de sus hermanos.

Hoy que es muerta,— concluyó Andrés,—hoy que puedo amarla, sin que una sola sombra oscurezca la pureza de mi cariño, adoro con pasión su memoria, simbolizada en esa rosa marchita que ha respetado el tiempo y que conservaré mientras viva. Esa flor me habla de ella; nacida para morir en un día, ha durado más que mis venturas soñadas.

Al terminar esta conversación, Andrés cerró la urna ocultándome aquella reliquia de sus amores, que sólo pudo mostrarme una casualidad á la cual debí sus amistosas confidencias.

*
* *

Ni Andrés ni yo hemos vuelto á hablar de Leonor, ni me atreví nunca á insistir en que me revelara su nombre, bien que su actitud en el entierro de Carmen y otras circunstancias que poco á poco fuí recordando me descubrieron del todo el doloroso misterio que encerraba la vida de mi pobre amigo.

Andrés murió el año pasado legando su fortuna á las hijas de Carmen, que prometen ser tan bellas y virtuosas como su madre.

ENRIQUE DEL SOLAR

1887.

NECESIDAD

DE LA ADOPCIÓN DE LA ORTOGRAFÍA DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA

(Leído en el Ateneo de Santiago el 5 de noviembre de 1888.)

Son fundamentos de la ortografía castellana la pronunciación de las letras, sílabas y palabras, la etimología ú origen de las voces, y el uso suficientemente autorizado.

La base de la pronunciación, y de la pronunciación de los pueblos americanos, fué la única propuesta por don Domingo Faustino Sarmiento, en la memoria sobre Ortografía Americana leída ante la Facultad de Humanidades el 17 de octubre de 1843. Si tal fundamento no fué del todo sancionado, fué, por lo menos, recibido con aplauso en el seno de esa docta corporación, y, cosa que hoy parecería increíble, la mayor parte de los libros impresos del 43 al 46, llevaron el sello de esa escritura sin *haches* y sin *úes* mudas.

Demasiado visibles son los inconvenientes de un sistema ortográfico cimentado exclusivamente en el modo

de pronunciar los vocablos. Sabido es que cada país de los que gozan del beneficio de un mismo idioma, tiene sus peculiaridades ortológicas dependientes de mil circunstancias que no es del caso considerar ahora, y que aislarían á ese país de todos los demás en materia de ortografía si quisiese que ésta se conformara con el modo de pronunciar de sus habitantes. Tan palpable es esa divergencia, que nos basta, por ejemplo, oír una sola palabra á un español ó á un colombiano para afirmar por lo menos que no pertenece á la nacionalidad chilena. Habría casi tantas ortografías castellanas como países que hablasen castellano, y, lo que es más aún, dentro de un mismo país habría distintas ortografías, comoquiera que no en todas las provincias de una nación se pronuncian de un mismo modo todas sus letras ó combinaciones, y cada cual querría tener el mejor derecho y pretendería que las demás rindiesen pleito-homenaje á su peculiar sistema. Varía también la pronunciación hasta dentro de una misma ciudad según el grado de cultura de los habitantes, porque es sentencia no discutida que las personas ilustradas hablan, es decir, pronuncian y escriben su lengua de una manera muy diferente de las que no lo son, y hasta entre las mismas personas ilustradas se notan variantes de consideración que, en el caso de querer amoldar toda regla á la pronunciación, darían margen á discusiones interminables en que no habría autoridad que las cortase en definitiva.

Teniendo así cada grupo de individuos su ortografía particular, nadie, al salir de en medio de los suyos, estaría seguro de atinar con la ortografía extraña, y se expondría á censuras y á burlas; el alumno educado en un pueblo, al pasar á otro para seguir ó terminar sus estu-

dios, debería comenzar el rudo aprendizaje de una nueva ortografía, y el extranjero habituado á la lectura de los libros de España, verbigracia, desconocería las palabras más familiares, viéndolas escritas á la usanza chilena, como desconoceríamos nosotros un libro escrito en francés con la ortografía de la pronunciación. Agréguese á esto que semejante sistema carecería de antecedentes en la historia de las letras españolas, que no habría ejemplos de valer que pudiesen autorizarlo, y que, adoptado, rompería la gloriosa tradición del idioma que nos permite llamarnos herederos de Cervantes y de Lope, y nos hace vivir en comunidad literaria con Valera y Núñez de Arce.

Razón sobrada tenía, pues, el Decano de la Facultad de Humanidades para decir, en 25 de abril de 1844, y en su informe sobre las innovaciones ortográficas propuestas por el señor Sarmiento:—"Gran ventaja sería suprimir las letras mudas que recargan sin necesidad lo escrito, dar un valor fijo á las que se conservan en uso, y abolir las excepciones y anomalías que complican la natural sencillez de nuestra ortografía, y la Facultad se complace en esperar que los esfuerzos de los gramáticos, escritores y corporaciones literarias conspirarán en lo sucesivo á ese resultado. Pero, por más deseable que sea el arreglo lógico de la ortografía basada sobre la pronunciación, cree que no puede adoptarse, sin graves inconvenientes, de la manera repentina y absoluta que el señor Sarmiento propone. Hay en el día adoptado, casi con entera uniformidad, por cuarenta millones de individuos que hablan el español, en Europa, Asia y América, un sistema de signos ortográficos que se emplea así

en las publicaciones de la empresa *(sic)* como en los documentos oficiales y en las relaciones privadas de los individuos. Imperfecto como es este sistema, está, sin embargo, consignado en innumerables é interesantes escritos, y arraigado por hábito y por educación en muchos pueblos, de manera que puede mirársele como un convenio universal que facilita la comunicación de tiempo y lugares remotos. La separación de este convenio dejaría precisamente en aislamiento al pueblo innovador, y entorpecería sus relaciones con los otros que se conservasen adictos al antiguo sistema. Tal es uno de los inconvenientes de la reforma propuesta. Según ella, debían desaparecer del todo algunas de las letras con que se acostumbra ahora retratar las palabras, otras pasaban á reemplazar las suprimidas, no pocas mudaban de valor, y por medio de estas alteraciones se llegaba hasta consumar la pérdida de varios sonidos genuínos del idioma. Á adoptarse este sistema, las obras impresas en Chile difícilmente tendrían circulación en otros países, y las publicadas fuera de la República no podrían ser leídas por nuestro pueblo si no se le enseñaban dos órdenes ó sistemas de lectura, uno para los escritos indígenas y otro para los extranjeros, complicando así las dificultades de la enseñanza en vez de allanarlas. Ni es de esperar que la excelencia del nuevo sistema lo hiciese prevalecer sobre el antiguo. Los hábitos inveterados y la natural inercia del hombre oponen obstáculos insuperables á la razón y á los esfuerzos de espíritus superiores en asuntos de la mayor importancia: ¡cuánto más difícil no sería, pues, á la Universidad de Chile, falta de medios adecuados, imponer su convicción, no ya en el ex-

terior, pero ni siquiera en el propio territorio de la República, en una materia cuya importancia no se descubre á los ojos desapercibidos de las masas!

"La costumbre ortográfica fomentada y sostenida por la multitud de publicaciones que nos inundan, permanecería sorda á los consejos de la Universidad, y, frustrando la empresa, dejaría relegado el nuevo sistema al archivo de lo pasado, al que tan bellas concepciones han ido á morir. Y, por otra parte, ¿no será tal vez imprudente dar el ejemplo de un rompimiento brusco con las convenciones universales de los pueblos españoles en punto á ortografía? Conocida es la variedad de opiniones y de fundamentos que de algún tiempo á esta parte han aparecido cuantas veces se ha tratado de cuestiones ortográficas; depóngase ese respeto conservador que se ha guardado hasta el día á las convenciones; ábrase la puerta á la ancha libertad de pensamiento y de obra que estas materias permiten, y en breve cada pueblo, cada cuerpo literario, cada escritor adoptará su sistema, y la ortografía del castellano se convertirá en un caos que los más hábiles y poderosos ingenios no podrán reorganizar" (*Anales de la Universidad*, tomo I, págs. 129 y 130.)

La etimología no puede constituir por sí sola un sistema completo para escribir las palabras del castellano, comoquiera que hay muchas voces que han venido de fuentes diversas, y que las nuevas necesidades que diariamente se vienen sintiendo en un cuerpo vivo como es un idioma, requieren la formación de vocablos propios que no tienen equivalente en aquel original. Es, sí, auxiliar poderosísimo de la ortografía en una lengua que, como la castellana, tiene dos terceras par-

tes de sus palabras derivadas de las latinas, en cuanto es casi siempre constante la correspondencia de las letras, y sirve poderosamente para declarar el sentido de muchas voces, para explicar los compuestos por sus desinencias ó por sus prefijos, y para demostrar y establecer la continuidad de nuestro idioma en el tiempo, y tener así fuente segura adonde ocurrir cuando se litigue sobre los procederes más ó menos analógicos que se han seguido en la formación de alguna nueva palabra. No podría, pues, crearse un sistema completo, ni, supuesta su creación, podría ponerse al alcance de toda suerte de personas, de manera que las menos instruídas, ó, lo que tanto vale, las que más necesitasen su conocimiento estarían inhabilitadas para lograrlo.

Estas consideraciones y las anteriores hacen fuerza para declarar inaceptables como fundamentos únicos de la ortografía, tanto el origen de las voces castellanas como su pronunciación, y fueron, sin duda, las que movieron á los antiguos, y en especial á Antonio de Nebrija, á quien han seguido los más, á arreglar la ortografía en parte casi al método de la lengua latina, dando por precepto general que las voces derivadas de ella se escriben conforme á sus orígenes, y las que son propias como se pronuncian.

Esta regla admite la etimología y la pronunciación á la vez; es, más ó menos, como la constitución del uso, que es el otro de los fundamentos de la ortografía castellana. Pero, ¿cuál es el uso á que debemos atenernos?

Se ha dicho siempre que el uso es el juez y el árbitro del lenguaje, «*Quem penes arbitrium est et jus et norma loquendi*», pero no un uso cualquiera, ni el uso de todos, sino únicamente el de las personas doctas, como muy

bien lo declara Quintiliano: «*Ergo consuetudinem sermonis vocabo consensum eruditorum sicut vivendi consensum bonorum.*» (*Or. Ins.*, lib. I., cap., IV, § III.) «No es el uso vulgar el árbitro de las lenguas, dice don Francisco Javier de Burgos, acotando el citado pasaje de Horacio, ni aun el uso de la Corte, sino el de los buenos escritores, y éstos son los únicos que pueden ejercer el derecho de soberanía.» Según esta doctrina, hay que distinguir entre el uso que hace ley y el abuso que debe extirparse, y serán caracteres del primero el ser general y el ser respetable, como son atributos del segundo el hallarse las más de las veces circunscrito á los límites de una provincia ó á los muros de una ciudad, y el no notársele sino en el vulgo ignorante. En el lenguaje castellano, nacido en Castilla y allí ilustrado con el cultivo de ingeniosísimos y sabios escritores, no puede ser indiferente, ni por nadie dejada sin consideración la práctica general de los castellanos educados, y si esta práctica fuera seguida por la universalidad ó por la mayoría de la gente educada de los países que, junto con la lengua, heredaron la religión y las costumbres de Castilla, habríamos, sin duda alguna, hallado ese uso general y respetable que es árbitro, ley y norma del lenguaje.

Sabido es de todos que la ortografía conocida acá con el nombre de española es la que impera sin contradictor en Castilla y en las demás provincias de la Península, y la que domina, oficialmente por lo menos, en las dilatadas colonias de la Madre Patria; y este uso de los hombres ilustrados de la Península y demás pueblos sujetos á su yugo, sería bastante para constituír un uso autorizado, y á que nosotros debiéramos conformarnos, si ya no fuera cierto que la inmensa mayoría, por no decir la

totalidad de los países que antes fueron colonias americanas de España, observan puntualísimamente esa misma ortografía. En Méjico y en Centro América se estudian los textos españoles, y española es la ortografía de sus diarios, periódicos y revistas; en Venezuela, patria de don Andrés Bello, no ha podido implantarse de una manera general y autorizada la práctica de reemplazar la *y* conjunción por la *i*, ni la de poner *j* antes de *e* y de *i* en los nombres que por su etimología piden la *g*, á pesar de estar apadrinada por un gramático tan popular como don Juan Vicente González, y de darle prestigio y luz la sombra del grande hijo de Caracas; en Colombia,—país de América que ha alcanzado sin disputa grado prominente de adelantamiento literario,—todo es puramente español, textos y ortografía corriente, y baste para prueba de este aserto lo que dice don Rufino José Cuervo en la edición que de la *Gramática Castellana* de Bello hizo en 1874: "El autor, modesto sobre manera, la consagró á sus hermanos de Hispano-América, y ella se imprimió en la ortografía casera usada en el país en que la sacó á luz. Deseando por mi parte hacerle justicia y darle el aspecto *de universalidad* de que es digna, solicité de los señores editores la pusiesen en la ortografía adoptada por la mayor parte de los pueblos que hablan castellano;" en el Ecuador se estudian los textos de la Academia Española, y con su ortografía se imprimen libros y periódicos, y lo propio sucede en el Perú, cuyo Gobierno ha adoptado para sus publicaciones oficiales, y de una manera solemne y pública, la ortografía de ese sabio cuerpo; igual cosa, por fin, es aplicable á la República Argentina y á Bolivia, donde cuanto impera en materia de lenguaje es español, y donde, si son conocidas las in-

novaciones avanzadas en Chile, no son seguidas, y apenas si se las respeta como opiniones dadas en punto en que no hay principios inmovibles ni infalibles autoridades. Las faltas de esa ortografía española que puedan notarse en los libros ó periódicos de España ó de América, el que unos á veces escriban *muger* ó *extrangero*, ó acentúen contra regla tal ó cual palabra, no deben achacarse á vicios del sistema ó á ortografía particular, sino á ignorancia ó descuído, principalmente en este caso en que todas las manifestaciones ortográficas se dan á luz en la prensa, sujetas, como lo saben cuantos en ella han tenido que entender, las más de las veces á los caprichos livianos y no ilustrados de los correctores de pruebas.

Hechos son los anteriores que pueden verificarse á cada paso con el más somero examen de las obras ó publicaciones periódicas de esos países, y su fuerza no se desvirtúa con razonamientos, por muy fundados que sean, pues la mayor razón que puede alegarse en esta materia es la del uso de las personas instruídas. Si esto pregonan los hechos, es lícito, pues, asentar como principio indiscutible que el uso de todos los países que hablan castellano es el de reconocer como única ortografía la promulgada por la Real Academia Española, á quien, desde hace más de siglo y medio, se considera con justicia como el único genuino representante del uso autorizado, del buen uso en asuntos de lenguaje. ¿Nos es lícito apartarnos de este uso general de todos los pueblos que gozan con nosotros de los beneficios del idioma de Castilla? Creo que es cuerdo responder negativamente.

Si Chile abrigara la pretensión de constituírse una ortografía privativa, quedaría por ese mismo hecho aislado de la comunidad de todas esas naciones, hermanas

suyas en el heredado lenguaje y fieles á sus tradiciones. Formaría una triste excepción, sin antecedente en ningún otro pueblo, pues ni á los Estados Unidos, que poseen una literatura sobrado respetable, les ha ocurrido la idea de establecer una ortografía aparte, que vale tanto como decir un lenguaje aparte. Si en la insana imaginación del vulgo ha podido dibujarse la sombra de una humillación ó de un dominio extranjero por que se sigan y se acaten las doctrinas de España, tal idea no puede caber en las inteligencias ilustradas, que saben y aceptan como cosa natural que á España debemos ese idioma, que en sus obras lo aprendemos, que allá se cultiva más bien que acá y que, por tanto, es legítimo y conveniente que á ella nos atengamos en cuanto con él se relaciona.

Me es grato reforzar esta mi opinión con la palabra de un eminente literato americano que, tratando de esto mismo, se expresa como sigue: «Excusado parecería tocar este punto si personas desorientadas que miran con ridículo encono cuanto lleva el nombre de España y cierran los ojos para no ver que en todo lo relativo á lenguaje hemos de acudir á ella, como que gramáticas y diccionarios son españoles ó fundados sobre lo español, no graduasen de indigno vasallaje el acatamiento razonable que todos,—y ellas mismas sin quererlo confesar,—rendimos á la preeminencia de su literatura, y pretendiesen preconizar por árbitros de nuestra lengua á solos los escritores americanos. Sáquese de éstos la caterva de los periodistas, de poca autoridad ordinariamente por razones á todo el mundo obvias, y se verá que ni son todos tan excelentes que merezcan aquella primacía, ni los que lo son han llegado á ser dignos de ella sino me-

diante su estudio de los modelos castellanos, de manera que el día en que se presumiese componer gramáticas y diccionarios exclusivamente americanos, se carecería para ello casi absolutamente del ejemplo de los más acreditados hablistas, y, en general, del de las personas cultas».

Considerado así en general el punto de cuál es la ortografía que debe adoptarse, y resuelto en el sentido de que ha de seguirse la del uso autorizado y universal, cuyo legítimo representante es la Real Academia Española, no hay para qué entrar á ver si las innovaciones introducidas respecto de la acentuación por ese sabio cuerpo, son ó nó aceptables dentro de los principios recibidos generalmente entre nosotros. Conviene, sin embargo, no olvidar que el seguir á la Academia en una cosa y al uso vulgar chileno en otra, vendría á fomentar ó, por lo menos, á extender de un modo insubsanable la discordia en que vivimos en lo tocante á ortografía. Lo estamos viendo todos los días, porque un diario usa la *y* como conjunción y el otro nó; porque el uno acentúa de un modo los agudos terminados en consonante y el otro sigue la regla opuesta; porque un profesor enseña á sus alumnos unas reglas y otro otras; porque todos los que somos examinadores de ese ramo estamos viendo que los alumnos tienen que conocer dos ó tres sistemas de ortografía,—sin posesionarse de ninguno,—para quedar bien ante una comisión de tres personas, de las cuales dos tienen ortografía totalmente diferente.

Hacer cesar esta perjudicial divergencia, siquiera en la enseñanza de los colegios del Estado, es obra que puede emprender la Facultad de Humanidades, y, al emprenderla, juzgo que debería desentenderse del clamoreo vulgar que quiere subsista la corruptela en que

nos hemos criado y en que vivimos aún. Si no está en la mano de nadie el hacer que la ortografía de cuantos escriben en Chile se conforme con el uso autorizado constituído en todos los países qne hablan castellano, los cuerpos docentes por lo menos deben arrimarse á las buenas prácticas y tender á la difusión de la ortografía generalizada en los países españoles y autorizada por la Academia, encargada de conservar y pulimentar nuestro idioma.

Ojalá éste sea el fruto que se obtenga del movimiento saludable iniciado en estos últimos días, que ha llevado á la discusión de nuestro más alto cuerpo literario la idea de hacer algo para destruir la anarquía ortográfica que reina en Chile, con daño evidente de nuestra cultura y con notable desmedro de los principios fundamentales de la lengua castellana.

E. Nercasseau y Morán

Después de leído el anterior trabajo en el Ateneo, he tenido oportunidad de persuadirme á que, si en estos últimos treinta años, ha gozado de cierta privanza en el país la Ortografía casera, que en algo participa de la de Sarmiento, ha sido contra el sentir del Consejo de Instrucción Pública y de lo dispuesto terminantemente por el Supremo Gobierno, según se desprende de los documentos que por primera vez se publican más abajo.

En vista de ellos puede afirmarse que sólo una corruptela contra que no se ha reaccionado suficiente y oportunamente, ha podido hacer dejar de mano la *Ortografía española*, que es la que el Consejo de Instrucción

Pública y el Gobierno han querido desde 1851 que sea la única enseñada y dominante en el país.

En efecto, el señor Intendente de Coquimbo decía, en el año recordado y entre otras cosas, al Ministerio respectivo:

"Sin embargo de lo expuesto acerca de la visita de las escuelas de la provincia, á indicación de algunos gobernadores y de la junta de educación, no puedo dejar de hacer la siguiente observación. Acordada la reforma de la Ortografía por la Universidad, se ve que no se observa por las oficinas de los ministerios, tribunales de justicia, institutos etc., como se manifiesta por la correspondencia oficial manuscrita y lo que se publica de las mismas oficinas, y hasta de la misma Universidad: entretanto, el visitador de dichas escuelas ha hecho adoptar en ellas la referida reforma, que no se observa tampoco en los principales y más acreditados establecimientos de educación de la República. Creyendo como creo que esta falta de uniformidad en la enseñanza de la Ortografía debe traer graves inconvenientes, desearía saber si la indicada reforma está ó no en uso."

Con motivo de la transcripción de esta comunicación, se lee en la página 145 de los *Anales de la Universidad:*

"Se dió cuenta de una consulta hecha por el señor Intendente de Coquimbo y transmitida por el Ministerio de Instrucción Pública sobre la Ortografía que deberá adoptarse en los establecimientos de educación de la provincia, con motivo de haber hecho observar en ellos el visitador general de escuelas la ortografía acordada por la Universidad, sin embargo de ser constante que ya se la ha abandonado en las oficinas de los ministerios, tribunales, institutos etc. y hasta por el mismo Cuerpo Universitario.

El Consejo, con relación á este punto, resolvió se contestase que la Universidad, viendo el completo abandono que se ha hecho en impresos y manuscritos de la nueva Ortografía, ha tenido por conveniente no insistir en ella. Por tanto, cree que debe practicarse lo mismo en los establecimientos de educación para evitar los inconvenientes que con justicia representa el señor Intendente de Coquimbo, de la falta de uniformidad á este respecto en la enseñanza." (Sesión del Consejo, de 12 de abril de 1851.)

Por su parte, el Rector de la Universidad, don Andrés Bello, comunicó el acuerdo anterior del Consejo al Ministerio con la nota siguiente:

"Núm. 43.—15 de abril de 1851.—Señor Ministro..... Por lo que toca á la Ortografía que *definitivamente* haya de seguirse en esos establecimientos, ha creído (esta Corporación) muy justos los reparos que hace el señor Intendente con motivo de haber mandado adoptar en ellos el visitador general de escuelas la reformada por esta Universidad. La Corporación no ha tenido por conveniente insistir en esa Ortografía, desde que la ha visto completamente abandonada en impresos y manuscritos. Parece, pues, consiguiente el abandono que de ella debe hacerse, igualmente en las escuelas primarias, para obviar los inconvenientes de una enseñanza inútil y de la falta de uniformidad.—Dios guarde á V. S.—*Andrés Bello.*"

Por ultimo, el Gobierno decretó que la Ortografía que debía adoptarse en la escuelas y demás establecimientos de educación *era la española*, como se ve por la siguiente nota pasada al señor Rector de la Universidad en respuesta al oficio que se acaba de copiar:

"Núm. 207. – Ministerio de Justicia, Culto é Instrucción Pública. – Santiago, 5 de mayo de 1851.—Conforme á la indicación que V. S. hace en su nota de 15 de abril último, número 43, se ha dado orden al visitador general de escuelas para que cuide que se abandone en esos establecimientos la ortografía reformada, y *se siga la española.* —Dios guarde á V. S.—*M. Muxica.*—Al Rector de la Universidad"

Se dió cuenta de este oficio en sesión del Consejo Universitario de 17 de mayo de 1851.

LO QUE ES ETERNO

(En un álbum)

Al pie del mármol que supo
vivificar con su genio
deja el escultor grabado
su nombre; el alcázar regio
guarda en zócalo de piedra
las cifras del arquitecto;
vive el pintor soberano
vida de gloria en sus lienzos
mientras la luz dé colores
y el arte engendre lo bello;
mientras vibre una armonía
que responda al sentimiento,
vivirá el músico en ella
amando, odiando ó sufriendo;
y mientras haya palabras
que den luz al pensamiento,
imágenes á la idea,
cadencia y ritmo al afecto,
habrá versos, y el poeta

se eternizará en sus versos.
Pero todas esas obras,
del arte insignes trofeos,
se hundirán tarde ó temprano
en los abismos del tiempo:
tanto nombre y gloria tanta
no dejarán ni un destello
en la abrumada memoria
del mundo, sepulcro inmenso;
pero aquel dulce cariño,
aquel compasivo aliento,
que curó tantos pesares,
que vertió tantos consuelos,
que dió paz á tantas almas
y salud á tantos cuerpos,
ese vivirá por siempre
grabado en un monumento
que es inmortal, que subsiste
más que en el mundo en el cielo,
en el alma agradecida,
altar de santos recuerdos.

FRANCISCO A. CONCHA CASTILLO

MISIÓN

DEL ARTE EN LA SOCIEDAD

(De la segunda conferencia del P. Félix)

Hemos visto en nuestro estudio anterior que siendo el arte la expresión de la belleza ideal bajo una forma creada, tiene por objeto propio y directo lo bello; que la obra de arte es creación á semejanza de las creaciones divinas, y que todo artista vale según su potencia creadora y brilla con la gloria de sus obras. Estudiemos ahora el fin superior del arte y la vocación del artista; vocación que se deriva de la naturaleza y esencia misma del arte, del genio del arte y del poder del arte.

I

Todo en la creación tiene un fin superior á sí mismo: nada existe por sí ni para sí. No brilla el sol para el sol; no da la flor su perfume para la flor, ni el hombre mismo ha sido hecho para el hombre: la creación entera es para proclamar la gloria de Dios. El arte, como todas

las cosas, tiene este fin último y supremo; pero tiene también otro fin inmediato, una misión social que llenar en la humanidad.

El ministerio del arte, su gran función social, es perfeccionar la vida humana acercándola á su ideal, que es Dios mismo. Siendo la naturaleza y la esencia del arte subir y llamar hacia arriba, secunda maravillosamente los esfuerzos del hombre para elevarse á su fin, es decir á lo infinito. De donde se deriva que el artista tiene la misión de elevar á los hombres hacia la altura y de imprimir á la humanidad un movimiento ascendente y progresivo. La humanidad, cualquiera que sea su grandeza tiene necesidad de perfeccionamiento, porque su educación jamás es completa, y toca al artista parte generosa en tan glorioso ministerio. Esta es su vocación.

Se ha creído equivocadamente que el arte debe descender de las alturas para buscar á las muchedumbres y ponerse á su nivel: el arte, al contrario, es para llamarlas hacia las cimas donde él habita y para encender á los ojos de la multitud las antorchas que la alumbren y le muestren el camino del progreso y del porvenir. Que los artistas, los poetas y los literatos se dejen repetir esta verdad, para ellos gloriosa si saben comprenderla y practicarla, porque á ellos sobre todo corresponde dar la tónica y la dominante en el gran concierto de las almas. «Pues en un concierto, dice José de Maistre, cuando la tónica baja, todo baja; y recíprocamente, cuando la tónica sube todo sube.»

Este objeto superior á sí mismo que debe proponerse el arte, no se escapaba á paganos ilustres que no pensaban que el arte se debiese limitar á remover las fibras de la sensibilidad y á ser para los hombres un simple

entretenimiento, sino que, reconociéndole la vocación de levantar y engrandecer el alma humana, buscaban en él un medio de purificación y de elevación. Por eso querían que el arte representase más bien el tipo ideal de los hombres y de las cosas, que su realidad trivial; que se ofreciese á las miradas de todos al hombre tal como debe ser en conformidad con su tipo ideal y no tal como es en las realidades vulgares de la vida. Platón llegó á proscribir del arte todo lo que no fuese un modelo de perfección y de belleza desde el doble punto de vista físico y moral, lo cual era la exageración de una verdad; que el arte, es decir, la escultura como la arquitectura, la pintura como la música, la poesía y el drama, teniendo la misión de educar y engrandecer, debe presentar á la admiración de los pueblos lo que hay de más grande y elevado.

Y si los paganos consideraban tan alto el ministerio del arte ¿qué diremos de lo que el cristianismo exige al artista delante de Dios y de la humanidad? Si Cristo, motor universal de todo progreso, dice á los economistas, que ponen su ciencia al servicio de nuestras necesidades materiales: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura» ¿que dirá á los artistas, llamados á responder á nuestras necesidades más generosas y elevadas? Buscad, les dirá, la gloria de Dios y el engrandecimiento de la humanidad, y las obras maestras brotarán por sí mismas al soplo de esta ambición dos veces sublime; y la gloria de Dios y el engrandecimiento de la humanidad se reflejarán en la grandeza y gloria de vuestras obras.

Penetremos un poco en la intimidad de las cosas y veamos cómo la naturaleza y la esencia del arte le im-

ponen esta vocación grandiosa de enseñar y elevar á los hombres.

Como lo hemos visto, el arte exige esencialmente tres cosas: la contemplación, el amor y la expresión de la belleza; es decir, una mirada más ó menos clara para verla, un corazón relativamente puro para amarla y una mano hábil para expresarla. Tales son los tres elementos que concurren simultáneamente á la creación de la obra de arte, y los tres atestiguan que el arte tiene la misión y el artista la obligación de impulsar á los hombres á las alturas.

En efecto, el primer acto de toda creación artística es dar una mirada al ideal mismo de la belleza, es la contemplación más ó menos luminosa de esa belleza infinita que refleja en el genio del hombre las profundidades de Dios. Sin los ojos abiertos para mirar el ideal, ya lo hemos dicho, no hay artista verdadero.

Que los que llevan con honor el nombre de artistas, guarden y comprendan su misión. De pie en las altas cimas de la vida humana, deben contemplar más allá de toda belleza, y grandeza limitada al ideal de la infinita belleza y de la infinita grandeza, y, seducidos los primeros por su encanto, tomar nuestro pensamiento sobre las alas del suyo y llevarnos, como el águila á sus polluelos, á esas regiones etéreas y puras, adonde el ideal los atrae por su propia atracción. Por ellos y con ellos el alma del pueblo debe también mirar y ver en ese mundo que se descubre á sus ojos; porque el principio de su grandeza es la contemplación de todo lo grande, y esa contemplación prepara su ascensión. Comiencen por apartar nuestros ojos con los suyos de realidades tenebrosas

y triviales; déjennos mirar con ellos en ese mundo de luz sin sombras y de belleza sin mancha; y cuando nos pinten la realidad palpable, muéstrennos, cerniéndose sobre ella, la idea que hace ver más allá al través de la materia. Pero no sólo deben levantar las miradas de la multitud hacia todo lo que hay de más grande, de más perfecto y de más bello, sino que deben sobre todo levantar sus afecciones. Siendo el corazón el centro de la vida, eleven los corazones y elevarán la humanidad entera. Con la contemplación y el amor, el arte les pide la expresión de la belleza ideal, y este trabajo de expresión es también un trabajo de elevación, un esfuerzo por subir hasta lo infinito.

Expresar por la energía del trabajo el ideal contemplado con los ojos y amado con el corazón, es como decir: estrechar en la mano la materia para sacar de ella un destello del espíritu. Trabajar por desprender de las oscuridades de lo falso el resplandor de lo verdadero, de los desacordes del mal las armonías del bien, de las formas de lo feo la verdadera fisonomía de lo bello, significa todo una misma cosa, es decir, una lucha generosa contra las abyecciones de la vida, un grande esfuerzo por subir y llevar hacia arriba á las generaciones que miran, admiran y aplauden. Y estas tres cosas que reúnen en un mismo trabajo al filósofo, al santo y al artista, lo verdadero, lo bueno y lo bello, son las tres faces de lo infinito irradiando en el alma humana. Reflejar en una obra alguna de estas tres faces de Dios, es invitar á las almas á elevarse hasta Él.

Sin duda que el artista en su vuelo hacia lo ideal, no se separa de lo real, sino que, al contrario, busca en lo real los reflejos de lo ideal, porque reconoce, ama y admi-

ra en la naturaleza los vestigios de Dios. La jerarquía de las cosas creadas que solicitan su mirada, su corazón y su mano, lo hace remontarse de la tierra al cielo, de la naturaleza á Dios, de la belleza imperfecta á la perfecta belleza. Como los santos apasionados del divino amor, así el artista, si mira las bellezas de la tierra, es para percibir mejor la belleza del cielo; si toca la materia, es para transfigurarla en las claridades del espíritu; si pinta, si esculpe y reproduce la belleza de los cuerpos, es para hacer brillar al través de esos cuerpos la belleza de las almas; en una palabra, si representa las realidades, aún las más ínfimas de la naturaleza, es para mostrar el ideal irradiando sobre ellas algo de lo infinito y por ese medio hacer remontarse con él á las almas seducidas por su genio y conmovidas por la belleza de sus obras.

Así es como el arte, con la contemplación, el amor y la expresión de la belleza ideal, es esencialmente un vuelo hacia la belleza infinita; es el *¡Sursum corda!* pintado en la tela, esculpido en el mármol, delineado en la arquitectura, ó resonando en las grandes armonías. Sí, el artista fiel á su vocación dice sin cesar en sus obras; ¡arriba las miradas! ¡arriba los corazones! Porque su arte es un apostolado, su ministerio un sacerdocio, sus obras una predicación; señala á Dios como fuente de toda belleza, así como otros le proclaman centro de toda verdad y de toda santidad; y haciendo brillar en sus obras esta faz la más atrayente de lo infinito, atrae hacia la belleza eterna todo lo que está sujeto á su imperio.

II

Hasta aquí, para conocer la verdadera misión del artista, sólo hemos considerado el arte en sí mismo. Ven-

gamos ahora al genio artístico; penetremos en ese santuario íntimo donde el alma de un grande artista recibe sus revelaciones y sus inspiraciones, y veamos cómo lo que el arte nos clama ya tan alto por su naturaleza, nos lo repite más alto aún el verdadero genio; y nos lo dice por la voz de sus necesarias aspiraciones, por la voz de sus inevitables sufrimientos y por la voz de sus invencibles necesidades; es decir, por todas las voces que salen del fondo del genio del arte para proclamar su vocación.

Una disposición innata caracteriza eminentemente al genio artístico; es la aspiración necesaria no sólo á lo que hay de más grande y de más bello en la naturaleza y en la humanidad, sino á lo que está más allá de la humanidad y de la naturaleza. Mostrad á un artista verdadero la cosa más bella de la creación, y encontrará que no es bastante bella. Mostradle la más bella obra de arte y encontrará que podía ser más bella todavía; aspira á más allá.

Como el viajero que ha llegado á la cima más alta de las más altas montañas y queriendo subir más aun, clava sus miradas insaciables y escrutadoras en las azuladas profundidades de lejanos horizontes, así el genio artístico que llega á las más espléndidas cimas de la belleza natural y de la belleza artística, busca en el firmamento de la belleza y en el cielo profundo del propio pensamiento estrellas todavía más esplendorosas y más arrobadoras visiones. Su facultad de aspirar no se satisface jamás. Como exclamaba Javier en el delirio de la ambición apostólica: *¡Amplius, amplius!* "¡Todavía más reinos que conquistar! todavía más almas que salvar!" así el artista repite en su indomable ambición al más allá: ¡Todavía

más perfección que realizar! más belleza que hacer resplandecer!

Los artistas que pretenden quedarse en lo real, no lo hacen como artistas. En el genio extraviado hay dos seres que componen uno sólo: el hombre y el artista. El hombre con sus instintos rebajados, sus sistemas estrechos, sus preocupaciones mezquinas y sus costumbres tal vez depravadas, puede, no hay duda, detenerse en lo real; pero el artista, si lo es verdaderamente, franquea la realidad, rompe las murallas de esta oscura prisión y lleva en sus aspiraciones ascendentes el signo irrecusable de su verdadero destino.

Un hombre de nuestros días ha escrito: "Cuando por la primera vez se descubre la vida real y, penetrando en su estructura, se comprende el mecanismo admirable de sus partes, esta contemplación basta; no se desea más."

No habrá un solo artista dotado de verdadero genio que no proteste de tal afirmación, que miente á la vez contra la naturaleza, contra el genio y contra el destino del arte. Preguntad á los artistas que sienten el alma abrasada de esa sed de lo infinito, si es cierto que cuando han comprendido todo el mecanismo admirable de la vida real les basta su contemplación para pintar ó esculpir una obra inmortal, y todos responderán que el verdadero genio del arte mira con desprecio soberano las teorías que pretenden encerrarlo en las prisiones de lo real y que desplegando las alas de sus propias aspiraciones, mirando al cielo, repiten sin cesar: "¡Más allá! más allá todavía! y siempre más allá!" porque el grande artista aspira á la perfección infinita y nos llama hacia lo infinito.

Hay en el fondo del genio artístico otra disposición reveladora de su destino: es una gran pesadumbre causada por la inmensa distancia que separa de la belleza ideal todo lo que ve y todo lo que hace; y esta distancia medida con su vasta mirada, hace pasar por su frente esa noble melancolía, que es tal vez lo más bello en la fisonomía de un grande hombre. En lugar de encontrar placer donde lo encuentra el vulgo, siente una tristeza profunda. El esplendor de una hermosa tarde, la calma de un paisaje, una brisa perfumada de primavera, la pureza de una frente virginal, un verso, una melodía, todo esto le da el placer de sentir lo bello y al mismo tiempo es para él una fuente deliciosa de tormento, como ha dicho un poeta. Es que para las naturalezas selectas, todas esas bellezas no son más que un destello de aquella belleza cuya imagen adorable llevan en sí mismas. Tal es la situación de los amantes apasionados del invisible ideal. Retenidos como el común de los hombres en esta cautividad de la carne y de los sentidos, lejos, muy lejos de esas regiones adonde aspiran elevarse, sufren verdaderamente la nostalgia del que mira de lejos su patria. Semejantes á aquellos desterrados de que habla el poeta no se consuelan sino reproduciendo en las obras de sus manos algo de esos esplendores que perciben al través de las sombras del valle, en las alturas iluminadas por el sol de la patria. El supremo esfuerzo del artista es acortar la distancia que le separa de la patria verdadera de las almas, donde la belleza en todo su esplendor las convida á la felicidad de su propia contemplación.

¡Ay del artista que no sufra esa nostalgia de la patria ausente! ¡Ay del artista que hace de lo real y de lo vulgar su morada escogida y en ella se complace como en

su patria! No es verdadero artista, porque si tiene el talento desconoce su misión. En lugar de remontarse y llevarnos consigo, descenderá y arrastrará en su caída á la humanidad. En vez de tender el vuelo hacia ese cielo de la belleza adonde tenía la misión de conducir á las almas, se arrastrará por la tierra, persiguiendo en las más bajas regiones, guiado por luces engañosas, las formas de lo trivial y de lo feo; y, volviéndose contra su propio fin, conspirando contra su propia grandeza, hará descender á la humanidad en lugar de levantarla. Al contrario, si el genio del arte es fiel á sí mismo, si guarda el noble sentimiento que le caracteriza, si siente al contacto de la realidad esa melancolía del ideal ausente, buscará consolaciones generosas, trabajando por elevarse hacia él; dará impulsos sublimes á la humanidad que le contempla y le aplaude; desarrollará en sí mismo y en los demás esas tendencias que nos acercan al cielo; suscitará y agrandará en él y á su rededor esa necesidad de noble raza que nos eleva naturalmente á todo lo sublime; es decir, la necesidad de admirar, tercera disposición nativa que eleva al genio del arte.

Admirar, por un sentimiento desinteresado, todo lo que lleva el sello de la belleza, y provocar en los demás, por medio de sus obras, una admiración semejante á la que experimenta en sí mismo, es lo que levanta el alma del artista y con ella la grande alma del pueblo, impresionado y ennoblecido á la vez por el encanto de la verdadera belleza.

El amor á lo bello es un amor vasto, profundo y sublime que toca á las más nobles almas en lo más delicado de su sér. La admiración instintiva y espontánea es un sentimiento esencialmente generoso, porque es ab-

solutamente desinteresado. Hace más de dos mil años que la humanidad admira las creaciones del genio artístico sin otro interés propio que el placer mismo de admirarlas. Y todo lo que está libre de egoísmo es noble, generoso y engrandecedor. He aquí por qué tiene la admiración el poder de engrandecer y de elevar. Dice un autor contemporáneo, que la admiración es el sol de las almas. En efecto, como el sol, la admiración ilumina; como el sol, la admiración calienta; como el sol, la admiración vivifica; como el sol, la admiración fecundiza, engrandece y eleva á la vez. Así como el sol atrae, la admiración hace subir hasta la belleza á las almas que admiran. La belleza perfecta, dejándose entrever en una obra aún imperfecta, convida á subir y eleva al admirador hasta la perfección del objeto admirado. Si observamos al hombre poseído por el encanto que le produce la admiración de una cosa bella, veremos pintada en la llama ardiente que enciende su fisonomía, su alma toda entera; parece como transfigurado y se diría que no tenía más que tocar su frente, abrir sus labios ó extender la mano, para realizar una obra comparable á lo que admira; ¡tan eficaz es el poder de la admiración para engrandecer las almas y darles con el arrobamiento de una alegría desinteresada, un acrecentamiento de vida, de fuerza y de fecundidad! He aquí lo que acaba de mostrar en el genio del arte la misión de elevar; es que el genio del arte es la facultad de admirar, y es propio de la admiración elevar á la altura del que la produce. Toca pues, á los artistas que han recibido el dón de excitar la admiración por el encanto de la belleza que resplandece en sus obras, apasionarnos de la celeste belleza y, por nuestra admiración, transportar nuestras almas al cielo.

La humanidad, es decir, la humanidad que ha conservado el respeto de sí misma, les está pidiendo que la levanten, que la impulsen hacia los resplandores de la luz en la patria de las cosas sublimes; que la inunden en sus claridades; que la embriaguen de entusianmo por todo lo grande y por todo lo bello, y que se sirvan del poder incomparable del arte para perfeccionarla y engrandecerla.

III

Lo que hace responsables á los artistas ante la humanidad, de una parte de sus decadencias, es el poder inherente al arte mismo. El arte es creación humana á imitación de la creación divina, es el hombre haciendo con su genio resplandecer lo bello en una obra creada; y la creación es el signo del poder. Creemos en el poder de Dios porque hizo el cielo y la tierra: así creemos en el poder del arte porque ha creado obras bellas que arrebatan nuestra admiración. Y como el poder del artista resplandece en su obra, el poder de su obra resplandece en la humanidad y establece en ella un reinado tanto más poderoso y eficaz cuanto que se hace obedecer sin necesidad de mandar.

Este poder de las obras de arte tiene de singular y de particularmente glorioso para el artista, que es esencialmente propio, rigorosamente personal independiente y autónomo, en el buen sentido de la palabra. Si el artista ha recibido del Creador el dón de crear con Él y bajo su sola dependencia, su creación le pertenece, su poder es propio, su obra es la expansión fecunda de todas sus facultades reunidas para crear. Y el artista pone en su creación más de sí mismo que un padre en su hijo,

porque pone todo lo que tiene de más elevado y de más propio, su pensamiento, su imaginación, su voluntad, su libertad, su trabajo, sus sufrimientos, sus fatigas, tal vez sus lágrimas, la carne y sangre necesarias para el ejercicio regular de sus facultades, en una palabra, su sér todo entero. De aquí resulta la gran responsabilidad que le afecta de la misión que le confiara la Providencia; porque es evidente que se hace tanto más responsable ante Dios y ante los hombres, cuanto su poder es más personal en su naturaleza y más libre en su ejercicio.

Nada, pues, de más inherente á la personalidad que la obra de arte, y, á la vez, nada más libre y menos fatal que el ejercicio de las facultades artísticas.

Pero lo que manifiesta sobre todo esta responsabilidad y esta vocación del artista, es que su poder, ya tan personal y tan libre, es también el más enérgico por la fuerza que lo constituye, el más dilatado por la esfera en en que se despliega y el más popular por la simpatía que lo hace aceptar.

En efecto, ¿quién podrá decir lo que puede para la desgracia ó para la felicidad, para el progreso ó la decadencia de un pueblo que siente su dominio, esta potencia tan autónoma, tan personal y tan humana? Es como el poder mismo de la palabra; y es que el arte, como la palabra, se despliega para el reinado del bien ó para el reinado del mal y es verdaderamente dominador. La humanidad en su conjunto no le resiste. Le quiera ó no, el artista pone en su obra el sello real de su genio, y esa obra reinará: podrá manchar ó purificar, pervertir ó santificar, según que el genio haya cumplido ó violado su ley, cumplido su destino ó traicionado su vocación. ¿Quién no podría ser testigo viviente de este admirable pero te-

mible poder que el genio del arte ejerce sobre el alma humana? ¿Quién no lo ha sentido dentro y fuera de sí mismo al atravesar las diversas esferas en que domina el arte con sus obras? ¿Quién no ha experimentado en lo íntimo de su sér, en el sentido del bien ó en el sentido del mal, esa fuerza misteriosa de una armonía, de una estatua, de un cuadro, de un drama ó de un poema? Así el artista, que ha forzado la palabra, el cincel, el color ó los sonidos á hacer lo que él quiere, entra como en triunfo en la ciudad de las almas conmovidas á su paso, y entra con una fuerza que no es la violencia, sino la verdadera dominación.

Se preguntará el por qué de este poderoso imperio que ejerce el arte sobre nosotros: es que el poder del arte, revelándose en una obra maestra, es una grande alma que se manifiesta, una gran fuerza que se despliega y que desplegándose afuera, tal como es en lo interior, da una fuerte sacudida á las demás almas y les comunica, por el encanto de la verdadera belleza ó por la fascinación de una belleza falsa, la pasión del bien ó el contagio del mal. Esta obra del artista es la traducción brillante y arrebatadora de la persona humana; es la expansión exterior de su energía interior; es un alma llena de luz, de amor y de fuerza resplandeciente bajo la magia de esas formas sensibles y dando á las otras almas un impulso más ó menos decisivo, pero siempre real y siempre eficaz.

Pero lo que hace más grande el poder del arte es la esfera inmensa en que se desarrolla. El carácter de las grandes dominaciones es no tener por frontera ni una fecha en el tiempo, ni una barrera en el espacio, ni una clase de hombres en la sociedad, y este es el imperio que

se conquista en el mundo la potencia del genio con la creación de sus grandes obras.

Desde luego, este imperio dura por sí sólo más que las más seculares dinastías. Este poder que aparece hoy como la manifestación espontánea de una gran vitalidad, no desaparecerá como tantos otros en las sombras del porvenir, sino que, al contrario, permanecerá, y se diría que hay en su obra creada un no se qué de increado y que su aparición en el tiempo tiene algo de eterno. Los siglos que pasan, lejos de destruirlo, multiplican su acción, y en lugar de arrastrar en su corriente el pedestal en que descansa, lo elevan y le traen el sufragio de las generaciones que pasan saludando su reinado inmortal. La duración de este reinado es igual á la extensión de sus dominios y á la universalidad de su acción en la humanidad. El filósofo ó el sabio obran directamente sobre una fracción, y, de ordinario, sobre una mínima parte de la humanidad; el artista obra sobre la humanidad misma. La lengua filosófica y científica habla á un pequeño número; la lengua artística habla á todos y todos la entienden. Por eso la responsabilidad del artista es inmensa; porque produciendo lo que hay en él de más personal, de más libre y elevado, lo produce para todos, lo manifiesta rigorosamente á todos, sin excepción alguna, pues la lengua del arte es esencialmente universal, independiente, para todos inteligible; su objeto es decir á todos, cosas que eleven las almas y que resuenen en una vastísima esfera. Y en nuestros días, las exposiciones más y más universales tienden á hacer grande como el mundo el imperio del arte.

Hay en el alma humana el instinto y la necesidad inextinguible de la imitación, instinto á menudo ciego en

la multitud y del cual se sirve el genio como de una palanca poderosa para elevarla ó rebajarla, empujarla al progreso, ó precipitarla en la decadencia. El artista, como hemos dicho, siente la necesidad de imitar el ideal que contempla y que ama y de dar una forma plástica á la belleza. Esta necesidad del hombre artista, lo es también del hombre-pueblo. Si así no fuera, la multitud humana, como el animal irracional, pasaría sin conmoverse delante de las bellas obras del arte, lo mismo que ante las maravillas de la naturaleza. El pueblo siente más de lo que se cree generalmente, la necesidad de admirar; se complace en la visión de las cosas grandes, bellas y sublimes, y también se inclina á amar lo que contempla y á traducir lo que ama, no en obras de arte, sino, lo que es más decisivo, en las obras vulgares de la vida. Ese instinto, dejado en libertad, tiende á elevarse naturalmente; porque, como al artista, Dios ha dado al hombre-pueblo, una frente que levantar al cielo y un alma bastante grande para buscar lo infinito.

Pero esta noble necesidad de la grande alma popular puede extraviarse y se extravía á menudo. El pueblo experimenta por la grandeza y por la belleza una pasión y á veces un entusiasmo tan ingenuo y tan natural, que una simple apariencia ó una semejanza engañosa de belleza, tiene el poder de cautivarlo, seducirlo y dominarlo. Así, la gran perversión del arte respecto de su verdadero destino, y la gran prevaricación de los artistas, es engañar el instinto del alma popular y hacerla admirar como grandeza la bajeza; es presentar á sus ojos, deslumbrados por el encanto de la belleza ficticia, al error con la cara de la verdad, y al vicio con la fisonomía de la virtud; es hacer prevalecer en las obras de arte la be-

lleza de los cuerpos y las sensaciones de la carne sobre la belleza de las almas y las impresiones del espíritu; es valerse, por un deplorable abuso de poder, de todo lo que se ha recibido de energía, de fuerza y de talento para purificar y elevar el alma humana, en rebajarla, corromperla y pervertirla; es hacer que un pueblo engañado aplauda como obras maestras y aun como milagros del genio las producciones vergonzosas de un arte pervertido, á veces verdaderas mascaradas de la belleza disfrazada; es, en fin, volver, insolente y sacrílegamente, el arte en sentido inverso de su destino, condenándole á hacer descender todo lo que debía elevar, y á hacer gravitar hacia la nada lo que debía hacer gravitar hacia lo infinito.

He aquí la vocación del artista proclamada por el arte mismo, por su genio y por su poder. ¡Qué vocación! ¡Qué misión tan alta la de elevar á la humanidad, tan naturalmente apasionada de todo lo bello, por el encanto y la atracción misma de la belleza!

ONOFRE JARPA

LA MONTAÑA

(Conclusion)

VI

UNA CARTA

"Mi más querida mamita:

"Tomo la pluma en mis tristes manos para tener el gran gusto de saber de Ud. y compaña, y anunciarle mi llegada á este pueblo sin mayor novedad, y decirle que quedo con el pesar de no haber podido seguir pa mi tierra con los otros niños del batallón, porque mi comandante me ha tomado de asistente y no tengo esperanza la que menor, de verla hasta que mi comandante se vaya pa allá.

"Le contaré que le treigo un pañuelito de seda con bordaos que le agarré á los cholos, y tamién tengo un reló con cadena de pura plata que relumbra de fino; respeuto á la salú, buena con el favor de Dios: cierto es que no lo pasamos mano sobre mano; pero los que se quejan lo hacen de puro llenos.

"Aquí nos han recibido con muchas fiestas y bolinas: estaba la estación que no se cabía de gente y las calles toas embanderadas. Pa que le digo na del gustazo que tuvimos cuando nos vimos en tierra de chilenos; en Pichinco hubiera querido estar pa haberla remolido bien y con ganas.

"Le diré tamién que hemos tenido una desgracia motivaa porque á las dos noches de estar aquí nos dieron puerta franca y fuimos á echar un verde con unos paisanos; y fué la cosa de que, cuando estábamos en lo mejor, se armó una pelotera muy grande por una chicuela, y como todos estábamos medios alegrones, se agarraron á lo que es moquete, y unos que los querían apartar y otros que nó, sacaron cuchillo y se lo metieron por la barriga á un paisano; esto que vi yo y arranqué como pude; llegaron después los pacos y se llevaron presos á una porción; pero el que está más amolado es Zacarías, el que se iba á casar con la hija de *ño* Jacinto, porque dicen que fué el que mató al otro y por más señas que el cuchillo es de él y muy conocido; otros dicen que nó, y que Zacarías se metió en el alboroto na más que por apartarlos; pero yo no digo palabra porque no me acuerdo de cosa ninguna.

"No le escribo más por falta de tiempo. Déle muchos abrazos á mi paire, y á mi hermana Dolores, y á mi tía Eleuteria y un recadito muy fino pa la Maximina. Muchas memorias á todos los que pregunten por mí, y á los conocíos que se corresponde; y Ud. reciba el afeuto de su hijo que desea verla.

"Orosimbo Vazaubre"

—¡Bendito sea Dios!—exclamaron las mujeres que en el *rancho* de la madre de Orozimbo escuchaban la lectura de la carta, al terminar ésta.

—¡Lo que son las cosas del mundo! ¿Quién lo había de creer de Zacarías?—dijo una vieja en tono sentencioso.

—Y lo peor es que el cuchillo era el de él,—añadió otra.

—Será todo lo que quieran,—dijo Basilia, que hasta este momento había permanecido callada y muy pensativa;—pero yo no creo que Zacarías ha hecho esas cosas malas, y nadie está libre de que le levanten algo.

—Pero ahí está la carta, que lo dice como la agua.

—No me diga naa. Si yo lo conozco mucho y no es capaz de matar una pulga, porque es lo mesmito que su paire, que Dios tenga en su santa guarda, y en de chico ha tenido buenas entrañas. Con decirle que no puede ver sangre porque se le revuelve el estógamo. . . .

—¡Ay, hijita! los que van al norte vuelven otros y muy otros; ahí está Mañungo, que antes era sin hiel, y ahora está *camorrista*, flojo y anda con un *regolve* que llega á dar miedo cuando pasa; y el otro día cuando mi compaire Julián le dijo no sé qué cosa, por poco no lo mata de un balazo.

—Esa es la verdá no más, y ¡qué otra cosa ha de ser ahí onde van todos juntos, buenos y malos, y no tienen quién los ayude y pa *recacha* los enseñan á matar cristianos!

—Yo no le digo que nó,—dijo Basilia;—pero cuando una conoce á un hombre, sabe de lo que es capaz y de lo que no es.

—Dios quiera y la Virgen Santísima que así como usted dice sea, ña Basilia.

—Dios se la pague la buena intención, comadrita.

Y á poco se disolvió la tertulia, porque cada una de las presentes estaba ansiosa por difundir las noticias que acababa de recibir, noticias que, esparcidas como una gota de aceite, serían muy luego conocidas de cuantos habitaban algunas leguas á la redonda.

Relató Basilia á Felicia la tristísima nueva, sin ocultarle ningún detalle, y sin atender á las diversas impresiones que durante el curso de la relación íbanse reflejando en su rostro, y añadió por último:

—Ahora no hay más remedio que encomendarlo á Dios Nuestro Señor.

—¡Sólo esto me faltaba!—exclamó la joven con desconsuelo.

—¿Qué hacerle? Aguantar y no hay más.

—Por lo poco que he sufrido en todo este tiempo.

—Cuando está de Dios que así sea no hay naa que valga.

—Pero mire, mamita,—dijo Felicia con vehemencia, —Zacarías no ha hecho esas picardías, y ese es un testitimonio no más.

—Eso es lo que yo digo, pues, hija, y vas á ver como de un repente llega aquí sano y bueno.

—¡Ay! difícil es.

—Pero, ¿por qué?

—Quién sabe, mamita; pero me da el corazón un mal pensar.

—¡Qué lesura!—dijo Basilia por toda respuesta, apartándose de su hija sin poder disimular lo inquieta que la suerte de su futuro yerno la traía.

Si la hubieran dicho que su novio había muerto en el combate, tal vez el infortunio, por lo temido y casi esperado, no la sorprendiera tanto como la aterraba ahora la

nueva de su prisión, y su complicidad en un crimen. Falta de datos precisos y de nociones ciertas, su mente giraba en un torbellino de ideas incoherentes y confusas, en el que le era imposible distinguir la luz que su corazón pedía á gritos, para saber si aquel hombre era ya indigno de su cariño ó agregaba á su inocencia la aureola de la desgracia; y en su rudeza, no alcanzaba á entender que puede el virtuoso trocarse en malvado y sufrir duro castigo el inocente. Lucha horrible, superior á las fuerzas de una joven inexperta y candorosa, lucha capaz de agostar la flor de los amores, por más que la guarden delicados sentimientos; duda mil veces más amarga que la realidad sombría; dolor de muerte, y muerte de la honra, que hiere en lo íntimo del alma con flecha envenenada.

De todo ello no se daba cabal cuenta la enamorada montañesa; pero si hubiese podido alguien penetrar en los pliegues de su espíritu, en él encontraría oprimidas por basta envoltura grandes sentimientos é ideas no mezquinas. Todas las criaturas piensan y sienten mucho, mas no todas lo expresan.

Si, pues, antes del luctuoso acontecimiento comenzaba Felicia á experimentar un cambio en su carácter, casi trocado ya en melancólico, ocioso es decir que desde el momento en que supo su nueva desgracia fué aumentándose lentamente su tristeza, sin que fueran parte á distraerla los domésticos quehaceres, la compañía de sus amigas y las consoladoras palabras de todos; manifestaciones que más bien la atormentaban obligándola á disimular, pues el alma de aquella mujer, demasiado grande para una montañesa, tenía vergüenza de manifestarse allí donde no había de ser sino mal comprendida.

Corrían en tanto los peores días de un invierno extraordinariamente crudo; cubría la nieve montes y valles, y durante semanas enteras veíanse obligados los labradores á permanecer en sus chozas, arrimados al fuego escaso que podían suministrarles raquíticas ramas que robaban á la nevada. Temibles enfermedades hacían estragos en las gentes de los contornos; las inundaciones y derrumbes amenazaban á cada instante la vida de cada montañés; y día por día escaseaban los alimentos, en tal proporción, que se sentía ya el hambre y todos sus horrores.

En un día de los más tristes y desolados, Felicia hubo de quedarse en su mísero lecho aquejada de fuertes dolores de cabeza: al día siguiente el mal progresaba; cuatro días después se llamaba á la médica de Pichinco y Felicia yacía tendida en unas mantas, mientras dolorosa pulmonía devoraba sus órganos vitales.

En tanto, en un calabozo de la Policía de Santiago expiaba su presunto crimen Zacarías. Ya no el Zacarías alegre, decidor y sencillo que en Pichinco conocimos, sino un soldado pendiente de la ordenanza, lleno de desconfianza y con pretensiones de hombre de mundo y experiencia. Tenían razón las ancianas montañesas; la vida militar y sobre todo la que se improvisa, trae consigo graves males originados por muy variadas causas, entre las cuales no son las menores la confusión de hombres de todas costumbres y el instinto sanguinario que el soldado adquiere pronto, y casi diríamos, necesita.

Allí estaba el prometido de Felicia, sentado sobre una tarima, los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos, quién sabe si tratando de explicarse su peligrosa situación ó tal vez, recordando pesaroso y hasta

arrepentido, su dorado rincón de la Montaña. Mas ¿de qué tenía que arrepentirse? No por su voluntad estaba en el ejército, ni había cometido más crimen que haber querido divertirse en una hora de patriótico entusiasmo y haberse interpuesto entre los reñidores con la más sana intención.—¡Ah! pensaba Zacarías, sin embargo; esto está muy bueno para mí, pero ¿qué le habrán dicho á Felicia, á Basilia y Jacinto? Ellos no saben que el cuchillo con que dieron muerte á la infeliz víctima me fué arrebatado en medio de la riña; creerán sin duda que soy asesino, que soy hombre malo, digno de desprecio y condenación; quién sabe si me lloran ya muerto en el patíbulo. Y ¿qué hacer? Ya todos los compañeros se han ido á sus hogares, no hay quien pueda hacerme una carta y es además imposible que lleguen á mi poder las que de allá me escriban. Y acosado por las cavilaciones, cercano ya á la desesperación, detúvose Zacarías en el punto mismo en que Felicia lo hiciera:

—Hágase la voluntad de Dios.

VII

CONCLUSIÓN

Tendida sobre la desnuda tarima que ya conocemos, estaba Felicia, cubierta la cabeza por un mugriento pañuelo de colores, amarillento el rostro, hundidas las pupilas, enjutas las mejillas, vaga é indecisa la mirada. Apoyaba su cabeza en una almohada dura y compacta que ningún descanso le ofrecía, y su cuerpo, que las dolencias físicas y morales habían aniquilado, se diseñaba rígido é inmóvil bajo las viejas mantas y frazadas que lo

cubrían. Era su respiración dificultosa y de su pecho se escapaban sordos rumores y quejidos débiles y apagados que parecían salir del alma de la joven; muerta se la hubiera creído si la voz de su dolor no anunciara el cercano fin de su existencia.

Era la hora del crepúsculo, siempre melancólica, pero nunca más triste que cuando nos encuentra velando junto al lecho de muerte de un sér querido, y vemos en la lucha de la luz y las sombras un fiel reflejo de nuestro insensato combatir contra el poder que rige al mundo, combate en que siempre la luz desaparece ante las sombras vencedoras. Así veía Basilia, sentada junto á su hija, extinguirse con la luz del astro rey la que iluminaba con suavísimos resplandores la senda de su vida; así veía á Felicia, sol de su hogar, morir, mas no en el ocaso sino al mediodía y casi en la mañana. Cristiana y sumisa á los designios de la Providencia, la madre no lloraba; aguardaba la separación de su hija con la resignación sublime de quien ve en la muerte el tránsito á la vida y el cumplimiento de una orden de lo alto. Quince días há que sus ojos no se cerraban para dormir, fijos siempre en su hija para sorprender en los apenas perceptibles movimientos de sus labios sus deseos y sus necesidades. Los escasísimos recursos de que allí podían disponer se habían empleado unos tras otros para combatir el mal; habíase llamado á la *médica*, y para cumplir sus prescripciones, Jacinto recorrió más de una vez los más ocultos senos de los bosques en busca de hierbas extrañas y rarísimas que, según aquélla, eran las únicas que podían sanar á Felicia. Ante una imagen de María, ardía pálida y temblorosa una vela; viva muestra de la fe inquebrantable de los que allí moraban, su azulada

llama semejaba la ardiente plegaria de una madre que espera mucho porque ama mucho más.

El día en que volvemos á penetrar en el *rancho* de Basilia, la enferma se había confesado y recibido los últimos sacramentos; para ello había venido de Carmencito el párroco, único sacerdote en muchas leguas á la redonda. Á pesar de la fuerte lluvia y de la nieve que dominaba en las alturas, el anciano cura había hecho el penoso viaje con increíble presteza y teniendo que descender del caballo y pasar á pie en ciertas partes en que las aguas habían formado grandes hoyos muy peligrosos para los jinetes. Calado hasta los huesos, transido de frío y maltratado por las asperezas del camino, había llegado á Pichinco; mas esto no sólo no lo contrariaba, sino que, al contrario, raras veces se le había visto más contento; ¿y por qué nó? para el cielo trabajaba y nada le importaban las inclemencias de la tierra.

—¡Ay señor!—dijo la madre al sacerdote;—las penas son las que le han hecho más mella á mi hija, porque mentiría si dijera que en de que se fué Zacarías pa el norte ha tenido gusto pa alguna cosa, y se ha ido secando, secando, y ahí la ve su mercé en el estado que está.

—Hija, ¿qué le hemos de hacer? Conformarse con lo que viene de arriba, que si Nuestro Señor lo ha hecho, bien hecho está.

—Ciertito es eso, señor; pero cuando una está así, no se acuerda de eso, y le dan ganas de morirse llorando.

—Eso no debe ser, que tienes que cuidarte para tus hijos. Además, no hay que desesperarse, porque, mira, muchos enfermos he visto á la muerte y han sanado después de ponerles la extrema; porque esto es para el cuerpo y para el alma, según lo que más le convenga.

—Dios le pague sus consuelos, señor, y le dé muchos años de vida pa aliviar á los pobres.

Y el cura, que no gustaba de elogios ni agradecimientos, se despidió y salió. Era un hombre como de cincuenta años, de baja estatura y un tanto obeso; sin ilustración, pero con mucha fe. En una sociedad culta pasara por ignorante y grosero; allí era la Providencia.

Sólo en los momentos en que la hemos encontrado, *ña* Basilia no tenía acompañantes por ser la hora en que todas las mujeres se ocupan en preparar la cena; pero durante el día como en los anteriores, su *rancho* había estado lleno de amigas que acudían á dar cada una un consejo, y todas á ayudar á cuidar de la enferma y saber cómo seguía.

—Pa esto no hay como el *paico* con agua de nísperos, —decía una comadre.

—Es *pasmo*,—declaraba luego otra,—y yo la sanaba con *pepas* de zapallo machucadas y cocidas en leche.

—¡Si mereciera conseguir la piedra del león!—suspiraba una vieja, que consideraba esa piedra como una panacea.

—Mientras no le den raspadura de *palqui* en dos huevos batidos, no hay esperanza de que levante cabeza,—sostenía otra.

Y formaban tal barullo de infusiones, cocimientos, batidos y raspaduras, que Basilia había tomado la resolución de no atender tales consejos, pues á hacerlo, viérase obligada á hacer tragar una pradera á la pobre enferma.

Pronto llegaron á la casa Jacinto y sus hijos; entraron todos en el *rancho;* y luego de haberse impuesto del estado de Felicia, se dirigieron á la cocina, callados y pensativos Valentín y su padre; alegres é indiferentes los pe-

queños, incapaces de comprender lo que es la muerte. De la hija menor se había encargado una vecina quien, habiendo perdido la suya, la cuidaría mientras durara la enfermedad de su hermana.

Unas tras otras fueron entrando las amigas de que ya hemos hablado, y unas por aquí y otras por allá se metían en todas partes, todo lo escarbaban, hablaban bajo, caminaban de puntillas y no se daban un punto de reposo, aparentando trabajar mucho cuando sólo estorbaban.

—Mamita,—dijo Felicia con voz pausada.

—¿Qué hay, hijita?—le preguntó Basilia.

Y la joven añadió muy quedo:

—Si yo me muero y usted ve alguna vez á Zacarías, dígale que vaya á ver al curita y que él tiene un encargo mío que le interesa mucho. Que sea bueno, que se arrepienta de las maldades que ha hecho y no las vuelva á hacer nunca y... que...

Faltáronle fuerzas para seguir y calló. Basilia permaneció á su lado sin atreverse á pronunciar una sílaba; seguía con la mirada los movimientos más leves de la enferma y devoraba las palabras que ésta le dirigía.

Así transcurrió una hora, durante la cual Felicia se durmió al parecer profundamente, con gran contento de los presentes, pues desde muchos días le era imposible conciliar el sueño. Apagáronse las conversaciones y algunas mujeres salieron de la estancia; ordenóse á los muchachos que callasen y más de una se extendió en comentarios sobre que el sueño era un pronóstico por demás favorable, y por tanto la mejoría no se haría esperar.

Á poco de haberse dormido, notó Basilia que la respi-

ración de su hija era bastante fatigada y que al pasar por la garganta producía un ruido sordo y siniestro, que, débil al principio, fué acreciendo gradualmente y se hizo más fuerte y más prolongado, y tanto, tanto creció, que Basilia se levantó é iba á despertar á su hija, cuando entró el cura, quien, acercándose con pasos rápidos al lecho, movió á la joven llamándola con voz suave:

—Feli, Feli.

—¡Feli!—gritó Basilia sacudiéndola, pero la joven tan sólo pudo abrir los ojos lentamente y de nuevo los cerró.

—¡Feli! ¡hija, despierta!...—gritó de nuevo la madre y, abrazándola, trató de sentarla; pero el cuerpo se dobló y volvió á caer sobre el lecho. Basilia comprendió entonces que su hija se moría, y abrazándose á ella como si quisiera retenerla junto á sí, rompió á llorar, llamándola y clamando á voces; el sacerdote la separó del lecho y sosteniendo con una mano á Felicia, hizo señas para que callaran á las mujeres, hombres y niños que en esos instantes entraban en tropel. Postráronse junto á la cama Jacinto y sus hijos, y se agruparon en torno del sacerdote, de rodillas y temblando de emoción, cuantos allí había.

—En el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo,—dijo el ministro de Dios, tomando en una mano un crucifijo y en la otra su breviario, mientras Jacinto sostenía la frente de Felicia; y empezó las oraciones de los agonizantes. La voz clara y apacible del sacerdote repetía las palabras sagradas; rezaban los otros á media voz; gemía desesperada la madre, y sonaba ronca y pavorosa la respiración de la agonizante: concierto de la muerte; adiós del mundo al que por siempre lo deja; mezcla de oraciones y sollozos, plegarias y gemidos: es-

cena pavorosa como todo lo que á la muerte pertenece: momento aterrador en que todo se pierde ó se consigue todo.

—Padre Nuestro,—decían aquellos hombres y mujeres dirigiéndose á su Dios,—recibe allá en el cielo donde moras á esta alma que ya abandona su mezquina vestidura, esta alma que tú hiciste como tú inmortal, inteligente y bella y que hoy vuela hacia ti buscando lo infinito. Recíbela en tu reino porque hizo tu voluntad aquí en la tierra.

De súbito se abrió la puerta y apareció un hombre que, abarcando en una mirada la imponente escena, se lanzó hacia la cama y allí cayó de hinojos exclamando desesperado y entre gritos y sollozos:

—¡Feli, Feli!

Y como no le contestaran, gritó con voz tan alta que ahogó las oraciones:

—¡Mírame, Feli! ¡Aquí estoy; soy yo, Zacarías, que te vengo á ver!... ¡Feli!... ¡Aaaay!—gritó por fin el infeliz con tal violencia y ademanes tales que todos callaron.

Hubo un instante de silencio. Zacarías cogió una mano de Felicia y le dijo con voz suave y lastimera:

—Yo no fuí el que maté á ese hombre; yo no he hecho naa malo; soy el mesmo de antes: perdóname lo que te he hecho paecer.

Felicia abrió los ojos, sonrió dulcemente y estrechó convulsa la mano de Zacarías.

—Se muere,—dijo el sacerdote,—viendo que doblaba la cabeza sobre el pecho, y colocó en su mano derecha el crucifijo. La moribunda lo llevó á sus labios; lanzó en

un suspiro el nombre de Jesús; su rostro y su cuerpo todo se contrajo, y expiró.

Dos días después, y cuando la aurora comenzaba apenas á lucir, salía de la casa de Jacinto una extensa comitiva: ante todo y llevado por seis hombres el *huando*, tablado de regular extensión, sobre el cual iba colocado el ataúd de tosca madera, forrado en trapos negros, que contenía el cadáver de Felicia; seguían dos mozos, portador el uno de unas docenas de cruces negras y el otro de un cántaro lleno de vino; cerraban el cortejo todos los hombres de Pichinco, muchos de los cuales llevaban también cántaros iguales al ya nombrado.

Largo y fragoso es el camino que á Carmencito conduce, lo que hacía necesario frecuentes detenciones en el camino para relevar á los portadores del cadáver; en cada uno de los puntos donde se detenían plantaban una cruz y se apuraban los cántaros para renovar las fuerzas. Ocioso es decir cuál sería el estado de los dolientes al llegar al cementerio.

Al mismo tiempo que los restos de Felicia recibían la última palada de tierra que debía cubrirlos, Zacarías volvía á incorporarse voluntariamente en el ejército, con grande asombro de los que poco há le habían visto recibir con tanto alborozo la licencia que lo autorizaba para quedarse en la Montaña. Inútilmente lo había buscado el cura para decirle que Felicia le pedía como último favor que jamás saliese de su tierra.

Una cruz sin inscripción y sin nombre da sombra á las cenizas de Felicia. ¿Hanse confundido las de Zacarías con las arenas del desierto?

No lo sé, ni tiempo queda para inquirirlo, porque, ago-

tados ya los recuerdos que dieron vida á estas páginas, debo terminarlas.—Ya era tiempo, dirán los lectores descontentos; mas yo replico que si la lectura no les deleitó, culpa no fué mía sino suya y muy suya, pues buscaron acción é intriga novelesca donde tan sólo se ofrecían *vistas de la Montaña.*

CARLOS SILVA VILDÓSOLA

EPISTOLA

(Al señor don Emiliano Figueroa L.)

Que un "capricho" la mujer
era tan sólo me has dicho.
El mismo es mi parecer;
pero yo quisiera ser
juguete de ese capricho.

Amigo, si bien se ve,
en este mundo traidor
donde es mentira el amor,
donde es engaño la fe
y sólo cierto el dolor,

Para que un loco sufrir
no nos venga á consumir
con su amarga realidad,
es lo más cuerdo vivir,
jugando con la verdad.

La mujer, dices, que miente,
dices que al verse querida
por sólo un «capricho» olvida;
y entrega su amor ardiente
por un «capricho» movida.

Si te digo mi opinión,
sin duda te he de enojar:
yo les encuentro razón;
es lo más cuerdo jugar
con la más seria pasión.

Pues si el alma en su locura
ríe y goza con su pena,
sarcasmo de su amargura;
en medio de su ventura
que la arroba y enajena,

También con su dicha llora.
Y, Emiliano, como ves,
llora la dicha que implora,
ríe el dolor que deplora:
el mundo marcha al revés.

Con el mundo por seguir,
la mujer juega también;
poco á poco y sin sentir
del mal se viene á reír
y viene á llorar el bien.

Un «capricho» es su querer;
un «capricho» su olvidar;

su antojo por completar,
llama un "capricho" el placer,
llama un "capricho" el penar.

Te diré lo que yo creo
sobre este engaño fatal:
es mi más loco deseo,
hoy que cuerdamente veo
no tiene remedio el mal,

Que el ángel que adoro amante
con adoración sincera,
por quien gozoso muriera
por un "capricho constante"
eternamente me quiera.

Y sigue tú mi consejo:
mírate en mi mismo espejo,
como yo me miraría;
que el mundo siendo tan viejo
ya no tiene mejoría.

Y después, de la mujer,
mejorando lo que has dicho,
añade á tu parecer
el que tú quisieras ser
juguete de ese capricho.

A. Subercasseaux Pérez

APUNTACIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS USADAS EN CHILE, ESPECIALMENTE EN EL LENGUAJE LEGAL Y FORENSE

(*Continuación*)

La etimología atribuída á la palabra *Chile* por Olivares, Febres y Molina, es tan infundada, y por lo tanto, tan inadmisible como las dos entre las cuales vacilaba Rosales.

Ninguno de los documentos primitivos, y ninguno de los cronistas del siglo XVI que yo conozca, hace la más remota ó indirecta alusión á las consejas en que Molina se apoya, ni á nada parecido.

Además, los que las propalaron en los siglos XVII y XVIII no acertaban á decir si los que, por el nombre indígena y el canto de los triles, habían llamado *Chile* á este país, habían sido los súbditos del inca ó los conquistadores españoles.

Los triles son, por otra parte, pajarillos insignifican-

tes que existen en varias regiones de la América Meridional.

Así no podría explicarse el que hubieran dado nombre á nuestro país.

Queda aún por traer á la memoria una cuarta opinión relativa á la etimología sobre que voy tratando.

Don Pedro de Córdoba y Figueroa, que, allá por el año de 1751, estaba aún escribiendo su HISTORIA DE CHILE, dice lo que copio á continuación (COLECCIÓN DE HISTORIADORES DE CHILE, t. II, pág. 15):

«Háblase con variedad del origen del nombre de *Chile*. Dicen unos que, en el idioma peruano, alude á región fría; ...; y no falta quien discurra que derivó de un pequeño pájaro, *thili*, bien conocido en el reino.»

Don Vicente Carvallo y Goyeneche, el último de los cronistas chilenos de la época colonial, asevera, en su su DESCRIPCIÓN HISTÓRICO-GEOGRÁFICA DEL REINO DE CHILE, concluída el año de 1796, según se advierte en la portada del manuscrito (COLECCIÓN DE HISTORIADORES DE CHILE, t. X, pág. 9), que las dos principales opiniones acerca del origen de la palabra *Chile* eran, en su tiempo, las que acaban de leerse en el trozo precedente de Córdoba y Figueroa; y junto con decirlo, agrega que son «ridículas.»

Es preciso confesar que Carvallo y Goyeneche tenía mucha razón para calificarlas de tales.

Ya he expuesto los motivos que hay para rechazar la que pretende que el nombre de *Chile* viene de *thili*, denominación indígena del pajarillo, ahora vulgarmente denominado *trile*.

En cuanto á la que sostiene que ese nombre se deriva de la palabra que, en quichua, significa *frío*, basta para

refutarla, hacer presente que esa palabra es *chiri*, la cual tiene, por el sonido, una semenjanza sólo lejana con *Chili*, y sobre todo con *Chilli*, que indudablemente es la forma del vocablo primitivo.

Nótese también que ninguno de los documentos de la conquista ó del siglo XVI hace la menor referencia á un origen que se ha figurado muchos años después sin más antecedente que una suposición antojadiza y arbitraria.

Lo cierto es que, como lo he dicho ya, y torno á repetirlo, la palabra primitiva, sin caber en ello duda, es *Chilli*, y que esta palabra se encuentra en el vocabulario del aymará con un significado que cuadra perfectamente á las condiciones del país á una de cuyas comarcas se aplicó.

La admisión de una palabra del aimará en el quichua no tiene nada de excepcional ó de extraordinario.

Son numerosas las que aparecen igualmente en los vocabularios de la una y de la otra lenguas.

Por vía de ejemplos, voy á mencionar algunas de las que se encuentran en la letra *ch* del vocabulario quichua de González Holguín, y en el vocabulario aimará de Bertonio.

Vocabulario quichua-hispano

Chazqui, «correo de á pie».

Chhalla, «hoja de maíz seca».

Chhampa, «césped de tierra con raíces».

Chhilca, «una mata que tiene hojas amargas y pegajosas».

VOCABULARIO AIMARÁ-HISPANO

Chhasqui, "casita donde aguardaban las postas á cada cuarto de legua".

Chhalla, "la caña del maíz después de desgranado, y suelen darla á las bestias".

Cchampa, "terrón, césped con su hierba".

Cchhilca, "una mata espinosa".

Los sostenedores de las cuatro etimologías que se han atribuído á *Chile* han tomado por antecedente ser el primitivo de esta palabra *chili*, y no *chilli*, como lo es en realidad.

Ya he expuesto diversas razones, en mi concepto irreplicables, para manifestar que la forma original de ella fué *Chilli*.

Se ha visto que los araucanos la conservaron en los vocablos *chilliche*, *chilliduga*, *chillimapu*, *chilligüe*, (Chiloé), *chillihueque*, inventados después de la conquista.

Parece que los peruanos hicieron otro tanto, pues, según González Holguín, crearon la palabra *chilliruna* para designar en quichua á los habitantes del reino que los españoles denominaron *Chile*, nombre que para ellos era *Chilli*.

Así la significación originaria de este vocablo ha de buscarse estudiando, no la de *Chili*, sino la de *Chilli*.

Esta observación basta para refutar las cuatro arbitrarias etimologías antes enumeradas.

Es probable que los peruanos mismos convirtiesen la palabra *chilli* en la de *chili*, pues que esta última se aplicaba en su idioma nacional á diferentes otros objetos.

En cuanto á los españoles del siglo XVI, decían in-

diferentemente *Chili* ó *Chile*, pero más á menudo de este segundo modo que del primero.

Los que decían *Chille* fueron los menos numerosos.

Agustín de Zárate, en su HISTORIA DEL PERÚ, libro 3, dice *Chili*.

Don Francisco López de Gomara, en su HISTORIA DE LAS INDIAS, dice unas veces *Chili*, y otras *Chile*.

Herrera, en su HISTORIA GENERAL DE LAS INDIAS, dice muy pocas veces *Chili*, y muchas *Chile*.

Igual cosa sucede con las cartas de Pedro de Valdivia, y con las actas del cabildo de Santiago.

El capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, en la HISTOPIA GENERAL Y NATURAL DE LAS INDIAS, y Pedro Cieza de León, en LA CRÓNICA DEL PERÚ, dicen siempre *Chile*.

Pero el que, entre todos, hubo de contribuir á que este nombre de *Chile* prevaleciera sobre el de *Chili*, debió ser el ilustre autor de LA ARAUCANA:

> *Chile*, fértil provincia, y señalada
> en la región antártica famosa,
> de remotas naciones respetada
> por fuerte, principal y poderosa;
> la gente que produce es tan granada,
> tan soberbia, gallarda y belicosa,
> que no ha sidó por rey jamás regida,
> ni á extranjero dominio sometida.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

(Continuará)

BOLETÍN

DEL CENTRO DE ARTES Y LETRAS

SESIÓN EN 24 DE OCTUBRE DE 1888

Presidió el señor director de turno don Javier Vial Solar, y asistieron, además, los señores: Blanco, don Ventura; Concha Castillo, don Francisco Antonio; Contreras Lira, don Víctor; Covarrubias, don Manuel A.; Díaz, don Eulogio 2.°; Echenique, don Joaquín; Errázuriz U., don Rafael; Fernández Blanco, don Joaquín; Figueroa, don Emiliano; González Errázuriz, don Francisco; Jarpa, don Onofre; Larraín, don José Clemente; Ortúzar Bulnes, don Adolfo; Ovalle, don Abraham; Ovalle, don Alejandro; País León, don Rubén; Pérez, don Pedro A.; Prieto, don Joaquín; Salas, don Raimundo; Tocornal, don Juan Enrique; Valenzuela C., don Alberto; Vial Solar, don Alfredo; Vial Solar, don Manuel; el director-secretario que suscribe y gran número de personas invitadas.

Leída y aprobada el acta de la sesión anterior, el señor Covarrubias don Manuel A. pidió al señor director de turno que transmitiese al Directorio el deseo de que se invitase á las sesiones del Centro á algunas personas que por sus antecedentes tenían derecho á esta manifestación. Así se acordó.

En seguida se dió lectura á los siguientes trabajos:

Memorias de un viejo chocho, continuación, por don Alberto Valenzuela C.

Agia Sophia, (basílica griega y mezquita turca), apuntes de viaje, por don Rafael Errázuriz U.

Ocho de Octubre, poesía humorística, por don Pedro A. Pérez.

De las doctrinas de Federico Bastiat, por don Alfredo Vial Solar.

Á continuación el director-secretario formuló indicación para que el Centro de Artes y Letras dilucidara si conviene ó nó adoptar en Chile el sistema ortográfico de la Real Academia Española. Sobre esta materia la Facultad de Humanidades ha pedido informe á los rectores de los colegios y liceos de la República, y conviene tomar cuanto antes una resolución, cualquiera que ella sea, para poner término á la anarquía ortográfica en que nos encontramos á causa de los diferentes sistemas propuestos en Chile y oficial ú oficiosamente aceptados. Á juicio del señor Covarrubias, el Centro de Artes y Letras, de igual manera que otras sociedades del mismo carácter, está llamado á estudiar este asunto, y, dando su opinión, á cooperar á los propósitos de la Facultad de Humanidades; y propone en consecuencia, que se abra discusión en el sentido indicado.

El señor Pérez, don Pedro Antonio, manifestó que celebraba la idea que acababa de emitirse, y, refiriéndose á la comunicación de la Facultad de Humanidades, dijo que él, como rector de uno de los colegios de Santiago, había contestado que aceptaba sin limitaciones el sistema académico, porque en punto á ortografía reconoce la autoridad de la Real Academia Española y porque, además, su sistema, sobre ser el más lógico, es el más generalmente aceptado. Después de algunas observaciones, el orador quedó en desarrollar este asunto con más latitud en una de las próximas sesiones.

El señor director de turno, previa aquiescencia de la Sociedad, anunció que quedaba abierta la discusión sobre el tema propuesto, y levantó la sesión.

JAVIER VIAL SOLAR

Luis Covarrubias,
Director-secretario

SESIÓN EN 31 DE OCTUBRE DE 1888.

Presidió el señor director de turno don Javier Vial Solar, y asistieron además, los señores: Aldunate Solar, don Carlos; Barros, don Claudio; Barros Barros, don Manuel; Campo, don Enrique del; Concha Castillo, don Francisco Antonio; Contreras Lira, don Víctor; Correa Ovalle, don Pedro; Covarrubias, don Manuel A.; Echenique, don Joaquín; Errázuriz U., don Rafael; González Errázuriz, don Francisco; Jarpa, don Onofre; Ortúzar Bulnes, don Adolfo; Ovalle, don Abraham; Ovalle, don Alejandro; País León, don Rubén; Prieto H., don Joaquín; Salas, don Raimundo; Scotto, don Federico; Subercasseaux Pérez, don Antonio; Valenzuela C., don Alberto; Vial Solar, don Alfredo; Vial Solar, don Manuel; el director-secretario que suscribe y gran número de personas invitadas.

Leída y aprobada el acta de la sesión anterior, se dió lectura á los siguientes trabajos:

Estudio sobre el reinado de Luis XV, por don Enrique del Campo.

En un álbum, poesía, por don Francisco A. Concha Castillo.

Siendo avanzada la hora, se levantó la sesión.

J. WALKER M.

Luis Covarrubias,
Director-secretario